

HENRI LEFEBVRE

LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA

26 DE MARZO DE 1871



En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons para los libros que publicamos. La utilización de esas licencias implica que los textos se pueden copiar y difundir libremente. Esa es la razón por la que has podido descargar este pdf, y lo puedes reenviar o imprimir de manera gratuita.

Este libro es una pequeña parte del acervo de la cultura libre, que se produce siempre de manera colectiva, por acumulación y como consecuencia de relaciones diversas. No ha sido fácil que nuestros libros tengan licencias Creative Commons y, por desgracia, no lo hemos conseguido con todos aunque sí con la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo cual supone un gran avance para su difusión y para un acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, esto no significa que la producción de estos textos no haya tenido costes: para que estos libros estén disponibles gratuitamente en formato digital ha sido necesario un duro trabajo y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición. Por ese motivo, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

Henri Lefebvre

***LA PROCLAMACIÓN
DE LA COMUNA***

26 de marzo de 1871

Henri Lefebvre

***LA PROCLAMACIÓN
DE LA COMUNA***
26 de marzo de 1871

Traducción: Laura Carasúsán Senosiáin

Título original: *La Proclamation de la Commune*

Autoría: **Henri Lefebvre**

Prólogo: © **Daniel Bensäid**

Traducción: **Laura Carasusán Senosiáin**

Licencia original: © **Editions Gallimard, Paris, 1965**

Fotografía: *Demolición de la columna de la Plaza Vendôme, 16 de mayo de 1871.* **Bruno Braquehais**

Diseño de portada: **Koldo Atxaga Arnedo**

Primera edición: **mayo 2021**

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56
31001 Pamplona-Iruñea
editorial@katakarak.net
www.katakarak.net
@katakarak54

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



ISBN: 978-84-16946-54-9

Depósito legal: NA 871-2021

Impresión: **Gráficas Alzate**

ÍNDICE

| | |
|--|------------|
| A MODO DE PRÓLOGO..... | 13 |
| INTRODUCCIÓN | 23 |
| PRIMERA PARTE | |
| ESTILO Y MÉTODO | 27 |
| 1. El estilo de la Comuna | 29 |
| 2. El concepto marxista de praxis. Historia y sociología. Hacia una historia total..... | 43 |
| 3. Las interpretaciones | 59 |
| SEGUNDA PARTE | |
| DE LA PROSPERIDAD IMPERIAL A LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA | 83 |
| 1. El crecimiento económico durante el Segundo Imperio | 85 |
| 2. El papel del Estado | 105 |
| 3. Ensayo sobre la conciencia de la historia como causa histórica..... | 113 |
| 4. El ejército y el Estado bonapartista..... | 119 |
| 5. El desmoronamiento del Imperio | 125 |
| TERCERA PARTE | |
| LAS IDEOLOGÍAS Y EL PRESTIGIO DE LA COMUNA | 135 |
| 1. El problema | 137 |
| 2. La imagen popular de la sociedad | 141 |
| 3. La imagen de París | 151 |

| | |
|---|-----|
| 4. La ideología de la Comuna. Cuestiones generales | 155 |
| 5. Los recuerdos históricos..... | 161 |
| 6. Proudhon, el proudhonismo y el principio federativo..... | 169 |
| 7. Blanquistas y jacobinos | 175 |
| 8. El anarquismo..... | 181 |
| 9. Los miembros de la Internacional | 185 |
| 10. Los vectores de la ideología | 191 |

CUARTA PARTE

| | |
|---|------------|
| DEL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1870 AL 18 DE MARZO DE 1871 | 193 |
| 1. Desestructuración de la sociedad de París | 195 |
| 2. Reestructuraciones | 205 |
| 3. La situación excepcional de París | 229 |
| 4. Las «jornadas» de la insurrección entre agosto de 1870 y el 18 de marzo de 1871 | 235 |

QUINTA PARTE

| | |
|---|------------|
| LA JORNADA DEL 18 DE MARZO | 241 |
| 1. El caso de los cañones: ¿complot?, ¿provocación?, ¿demostración de fuerza?..... | 243 |
| 2. La noche y el amanecer del 18 de marzo..... | 257 |

SEXTA PARTE

| | |
|---|------------|
| DEL 18 DE MARZO A LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA..... | 311 |
| 1. El amanecer de la libertad..... | 313 |
| 2. La labor del Comité Central | 317 |
| 3. El reagrupamiento del sector reaccionario y la escisión política..... | 343 |
| 4. Las intrigas de los alcaldes | 351 |
| 5. La situación militar | 365 |
| 6. Los movimientos en provincias | 369 |
| 7. Las elecciones y la proclamación de la Comuna | 379 |

SÉPTIMA PARTE

| | |
|---|-----|
| VIDA Y MUERTE DE LA COMUNA. CONCLUSIONES. | 391 |
| 1. El calendario de la Comuna | 393 |
| 2. Importancia y significado de la Comuna | 417 |
| 3. ¿Podía triunfar la Comuna? | 429 |
| 4. ¿Por qué venció Thiers?..... | 435 |
| 5. Esbozo de una teoría del acontecimiento | 439 |
| ANEXOS | 443 |
| Investigación parlamentaria sobre la insurrección del 18 de marzo | 445 |
| Las fiestas de la Comuna..... | 447 |
| Extractos de las actas de las reuniones de la Internacional en París | 459 |
| CRONOLOGÍA | 471 |
| BIBLIOGRAFÍA | 477 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 489 |





A MODO DE PRÓLOGO

A continuación recogemos un extracto del texto de Daniel Bensaïd, *Politiques de Marx*,¹ que es una introducción esclarecedora a este libro.

De una primavera, otra

La controversia del legado: en febrero de 1963, Guy Debord y el movimiento situacionista publicaron una octavilla furibunda titulada «¡A la basura de la historia!» en la que acusaban a Henri Lefebvre de haberles robado su interpretación teórica de la Comuna:

Henri Lefebvre estaba escribiendo un libro sobre la Comuna y había pedido al movimiento situacionista algunas notas que podrían resultarle útiles. Esas notas se le entregaron a principios de abril de 1962. Consideramos adecuado hacer que algunas de esas tesis radicales sobre un tema de esta naturaleza llegaran a introducirse en una compilación accesible al gran público. Nuestro diálogo con Henri Lefebvre (aprovechamos la ocasión para desmentir el rumor absolutamente disparatado de que Lefebvre es un miembro clandestino de la Internacional Situacionista) se justificaba por la importante aproximación de Lefebvre a varios problemas que nos ocupan, tanto en *La Somme et le Reste* como incluso mucho antes, aunque de forma más fragmentaria, en su primera *Critique de la vie quotidienne*.

Sin embargo, la publicación en la revista *Arguments* de un avance de unas cuantas páginas del libro de Lefebvre sobre *La*

1 Daniel Bensaïd, «Politiques de Marx», en Marx y Engels, *Inventer l'inconnu. Textes et correspondance autour de la Commune*, París, La fabrique, 2008.

proclamación de la Comuna, que iba a publicarse en 1965, demuestra, a ojos de los situacionistas, la evolución de Lefebvre «hacia todo lo contrario a la necesaria radicalización de su propio proyecto teórico»: «Hemos constatado que las tesis situacionistas, únicamente en referencias y prácticamente entre comillas, encuentran paradójicamente un gran espacio entre sus enemigos, como perlas ocultas en el estercolero del cuestionamiento absoluto».²

Como prueba, en la octavilla se reproducían en columnas paralelas las 14 tesis situacionistas sobre la Comuna, firmadas por Debord, Kotányi y Vaneigem, y el texto de Lefebvre publicado en *Arguments* con el título «La signification de la Commune» [El significado de la Comuna]. El hecho de que estos textos se publicasen poco antes de 1968 deja claras sus posturas políticas y culturales. Y precisamente por eso, el movimiento situacionista los reeditó en septiembre de 1969, en el n.º 12 de la revista *Internationale Situationniste*, precedidos de una introducción en la que se respondía a distintos autores que consideraban que el libro de Lefebvre había sido (junto con *El hombre unidimensional* de Marcuse) una de las principales inspiraciones del movimiento de mayo del 68. Si bien reconocían que Lefebvre era «un gigante del pensamiento» en comparación con sus epígonos, le reprochaban que ocultase sus fuentes y confirmaban su acusación: «Como hacía mucho tiempo que era imposible encontrar este documento —aunque no había caído en el olvido, porque los rabiosos de Nanterre sabotearan las clases de Morin y Lefebvre al grito de

2 «Aux poubelles de l'histoire!», en Guy Debord, *Œuvres*, París, Quarto Gallimard, 2006, p. 625. Nota de edición del texto original: En 1983, en una entrevista con Kristin Ross, Lefebvre dio su versión de los hechos: «El texto que ha servido para hacer el libro sobre la Comuna era una obra conjunta, suya y mía. [...] Me río yo de esas acusaciones de plagio. Siempre he tenido complicaciones de este tipo. Pero vaya, no sé qué han escrito en su revista, no me he molestado en leerlo. Sé que han arrastrado mi nombre por el fango. [...] Eso me ha dolido un poco. No mucho, pero un poco sí. Trabajamos juntos en Navarrenx, día y noche; nos acostábamos hacia las 9:00 de la mañana. Es lo que solían hacer ellos: se acostaban por la mañana y dormían todo el día. No comíamos nada. Uf, fue un horror. Yo esa semana sufrí; no comíamos, solo bebíamos. Nos bebimos por lo menos 100 botellas. En días. Entre cinco. Pero es que trabajábamos bebiendo. Era casi un resumen doctrinal sobre todo lo que pensábamos, incluidas las situaciones y las transformaciones de la vida; no era un texto muy largo: varias páginas escritas a mano. Se lo llevaron, lo mecanografiaron y luego, bueno, creyeron que tenían derechos sobre esas ideas». Disponible online en <http://revueperiode.net/sur-les-situationnistes-entretien-inedit-dhenri-lefebvre-avec-kristin-ross/>.

‘¡A la basura de la historia!’—, nos ha parecido oportuno volver a ponerlo en circulación».

Estas controversias en torno al reconocimiento de la paternidad del texto son bastante vanas, dado que las ideas suspendidas en el aire de la época brotaron de varias fuentes a la vez. Es cierto, no obstante, que algunos pasajes oscilan entre la paráfrasis y el plagio puro y duro. Para el movimiento situacionista, volver a estudiar la Comuna debe contribuir a una crítica radical del estalinismo y, en un sentido más amplio, del fenómeno burocrático: «Hay que retomar el estudio del movimiento obrero clásico con un cierto desengaño; desengaño, para empezar, con respecto a sus distintas clases de herederos políticos o pseudo-teóricos, porque el único legado que han recibido es el fracaso del movimiento. Los aparentes éxitos de este movimiento son sus fracasos de base (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal), mientras que sus fracasos (la Comuna o la rebelión de Asturias) han sido hasta ahora los éxitos que se abren para nosotros y de cara al futuro». En efecto, en la primavera de 1871 se percibe que «los sublevados tienen la impresión de haberse convertido en dueños de su propia historia, no tanto al nivel de las decisiones políticas ‘gubernamentales’, sino en su vida cotidiana»: «La Comuna fue la mayor fiesta del siglo XIX». Además, «representa la única materialización hasta nuestros días de un urbanismo revolucionario que aborda sobre el terreno los signos petrificados de la organización dominante de la vida y que reconoce el espacio social en términos políticos, sin creer que un monumento pueda ser inocente». En resumen, «la guerra social, de la que la Comuna constituye un momento, aún persiste (aunque sus condiciones superficiales hayan cambiado mucho). En la tarea de ‘volver conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna’ (Engels), aún no se ha dicho la última palabra». Si Lefebvre retomó por su cuenta ideas y formulaciones nacidas, sin duda, de su breve encuentro con los situacionistas, no es menos cierto que esas ideas se inscriben en la continuidad de sus propias preocupaciones, tanto si hablamos de la cuestión de la dualidad del poder y de la dictadura del proletariado como forma proletaria del estado de excepción como si pensamos en las metamorfosis de la ciudad como escenario de operaciones estratégicas. Y es que, efectivamente, la Comuna es el paradig-

ma de una dualidad de poder insurreccional donde lo que está en juego es la capital de un territorio. Es una inversión, como señala Kristin Ross, de las jerarquías espaciales, «un momento horizontal» simbolizado por la caída de la columna de Vendôme: «Los obreros que ocuparon el Hôtel de Ville [ayuntamiento] o que derribaron la columna de la plaza Vendôme no estaban 'en su casa' en el centro de París; estaban ocupando territorio enemigo, el lugar específico asignado al orden social dominante».³

Esta apropiación social del espacio y la transformación de la vida cotidiana que conlleva son la forma extrema de un conflicto político recurrente entre legalidad y legitimidad. Desde el 4 de marzo de 1871, fecha en la que proclama su existencia a la población parisina por medio de un cartel, el Comité Central de la Guardia Nacional es ya un gobierno de hecho en contraposición al gobierno de derecho. Aunque se elige legalmente a alcaldes y concejales de distrito, el 19 de marzo de 1871, con la decisión de levantar el estado de sitio y de organizar nuevas elecciones, el Comité se erige en el nuevo poder gubernamental. Sin embargo, no se supera la contradicción entre la nueva realidad revolucionaria y la legalidad a la que sigue encomendándose el Comité Central. Al no haber resuelto más que la mitad de la dualidad del poder con el gobierno, esas tensiones se reproducen en el propio seno del Comité: «Este acuerdo muestra hasta qué punto los miembros del Comité Central, también los revolucionarios convencidos, los miembros de la [primera] Internacional (Varlin), dudaban ante la decisión crucial: constitución de un ayuntamiento o constitución de un gobierno. Las negociaciones del Comité Central con los alcaldes de distrito, junto con su inacción militar, fueron el gran error político que permitió la consolidación de Thiers» (p. 309).

«Estamos simplificando las formalidades», respondió sobriamente el blanquista Raoul Rigault al destituir el 20 de marzo a un alto funcionario de policía que protestaba apelando al derecho. Por lo tanto, había desde luego «otra ciudad dentro de la ciudad» (Lissagaray), incluso «multitud de dualidades de poder» (Lefebvre), no solo entre las instituciones establecidas y la Guar-

3 Kristin Ross, *The Emergence of Social Space*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1988, p. 42 [ed. en cast.: *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2018].

dia Nacional, sino también en el propio seno del movimiento revolucionario.

Ciudades sublevadas

La segunda gran cuestión por la que comparten su interés Lefebvre y el movimiento situacionista es el papel de la ciudad como escenario estratégico. Para Henri Lefebvre, la insurrección parisina de 1871 representa el «gran intento supremo de la ciudad de erigirse en la norma y la medida de la realidad humana» (p. 48). Porque la ciudad empieza ya a «ampliarse» y a «estallar hacia su periferia»: «la industrialización en el plano económico y el Estado en el plano político dominan la ciudad, [...] amenazan su centro y la hacen estallar hacia su periferia. Se instaaura la desmesura. La ciudad va a dejar de dar la medida del hombre y de estar hecha a su medida, con ese cociente incorporado a una obra magistral». Desde ese momento, amenazada por «la artificialidad del dinero y del capital», la ciudad se vuelve «monstruosa, una cabeza enorme sobre un cuerpo que ya no le corresponde». Desde el libro pionero de Walter Benjamin sobre *París, capital del siglo XIX* hasta su extraordinaria prolongación, *París, capital de la modernidad* (David Harvey), y pasando también por los estupendos libros de Kristin Ross, *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, y de Éric Hazan, *La invención de París*, la ciudad se ha convertido en un palimpsesto en el que, a través de las innovaciones técnicas y arquitectónicas, quedan grabadas las transformaciones sociales del espacio, las fluctuaciones de la renta del suelo y sus efectos sobre la vivienda, los «corrimientos de tierra» y las ordenaciones estratégicas; los jeroglíficos de la modernidad.⁴ Harvey destaca hasta qué punto se asocian en la literatura (de Balzac a Rimbaud, sin dejar fuera a Dickens o a Baudelaire) los organismos políticos a la imagen de la ciudad. Pero desde las micrologías utópicas de Fourier, de Cabet o de Proudhon hasta Marx, la revolución técnica y urbana de la globalización victoriana —el impetuoso auge del ferrocarril,

4 Walter Benjamin, *París, capitale du XIX^e siècle*, París, Éditions du Cerf, 1989 [ed. en cast.: incluido en *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2017]; David Harvey, *París, Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003 [trad. usada en la versión francesa: *París, capitale de la modernité*, París, Les Prairies ordinaires, 2012; ed. en cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2018]; Kristin Ross, *op. cit.*

del telégrafo y de la navegación de vapor, la coordinación de los mercados y de las decisiones financieras gracias a la banca y a la bolsa— ha modificado las relaciones entre la ciudad y el territorio y conlleva un cambio de escala estratégico: «La mayor gloria de Napoleón III —señala Baudelaire en su *Diario íntimo*— habrá sido demostrar que cualquiera puede gobernar una gran nación siempre que se asegure de tener el control del telégrafo y de la prensa nacional».

Sin embargo, desde la Comuna de 1792 hasta la de 1871, las ciudades en general y la capital en particular han sido el escenario por excelencia de la estrategia de insurrección y confrontación de dos poderes socialmente irreconciliables. Como señala Engels, ninguna sublevación ha podido imponerse sin adueñarse del centro de París. En 1832, los sublevados comenzaron a delimitar su territorio, «el París de los obreros» por oposición al «París de los burgueses», construyendo dos grandes barricadas a la entrada de Saint-Denis y a la entrada de la Cité. La capital es, desde luego, la cabeza de la nación, el lugar en el que se concentran los poderes, y la experiencia ha demostrado en más de una ocasión que «si cae París, cae toda Francia».⁵ Pero, a lo largo del siglo XX, los planes de ordenación no han dejado de alejar al espectro de la Comuna, del Frente Popular, de la Liberación e incluso de mayo de 1968, de manera que se ha vaciado la capital de sus energías populares en beneficio de la construcción de monumentos y de la exposición de ensueño de la mercancía del triunfo, escenario en el que la ciudad tiende a «autoconsumirse»... Hasta el punto de que ha estallado «en pedazos a nuestro alrededor» (p. 56). Para Debord, una ciudad dividida en islotes cerrados y vigilados abole la calle y supone el fin de las oportunidades de insurrección y de encuentro. Por eso, «pronto habrá que dejar esta ciudad que para nosotros fue tan libre, pero que va a caer por completo en manos de nuestros enemigos». Sin embargo, el paradigma de ciudad sublevada no es exclusivo de París, aunque París sea símbolo de ello. Pensemos en las comunas de Petrogrado, de Berlín, de Hamburgo, de Barcelona e incluso en la batalla de Argel o en el «Cordobazo» argentino.⁶ Pero las revueltas en barrios de Los

5 Friedrich Engels, «Le Pô et le Rhin», en Marx y Engels, *Écrits militaires*, París, Éditions de l'Herne, 1970.

6 Véase André Neuberger, *L'Insurrection armée*, París, Maspero, 1971.

Ángeles en 1965, como las de los barrios franceses del extrarradio de 2005, dejan entrever otro paradigma urbano en el que la periferia mantiene una relación de exclusión y de hostilidad con el centro de la ciudad. Debord percibió de inmediato la novedad de las revueltas de agosto de 1965 en California. Pero, mientras que los *communards*⁷ no necesitaban que nadie viniese a explicarles sus motivos, que ya conocían más que de sobra, sí sintió la necesidad no solo de «dar la razón a los sublevados» del barrio de Watts, sino también de «darles sus razones», como si se tratase de una revuelta sin motivo y casi sin derecho al uso de la palabra. Aunque al hacerlo pretendía racionalizar arbitrariamente los resortes complejos de una revuelta espontánea, no deja de ser cierto que su intuición fue en algunos casos premonitoria: «La juventud sin futuro comercial de Watts ha elegido otra cualidad del presente» y, mediante la sublevación, ha pasado de la vergüenza al orgullo de ser «de Watts».⁸ Pero los disturbios también se vuelven un espectáculo: «A la aceptación irreflexiva de lo que ya existe también puede unirse en una misma entidad la revuelta como mero espectáculo», dado que la propia insatisfacción se ha vuelto comercial y solvente.⁹ La violencia territorializada, autófaga, castiga el divorcio entre los barrios y un centro de la ciudad que se ha convertido en extranjero, objeto de breves «batidas», incursiones o ataques sorpresa.

«Es a París a quien corresponde —anunciaba el *Diario oficial* del 22 de marzo de 1871— hacer que se respete la soberanía del pueblo. París ha sido y debe seguir siendo definitivamente la capital de Francia, la cabeza y el corazón de la República democrática. Y como tal tiene el derecho incontestable de proceder a elegir un consejo municipal, de administrarse por sí misma como corresponde a toda ciudad democrática y de velar por la libertad y la tranquilidad públicas con ayuda de la Guardia Nacional compuesta por todos los ciudadanos, que elegirán directamente a sus jefes mediante sufragio universal». Pero la soberanía popular no es una institución ni un régimen, sino el ejercicio inalienable

7 En esta obra se mantendrá el término en francés *communard* para denominar a los participantes en la sublevación específica de la Comuna de París en 1871 y distinguirlos de otros movimientos también relacionados con la comuna y lo común, pero situados en circunstancias espaciales y temporales muy distintas [N. de la T.].

8 Guy Debord, *Œuvres*, op. cit., p. 707.

9 Op. cit., p. 785.

del poder constituyente o, en otras palabras, una dinámica democrática y una estrategia subversiva expansiva. No obstante, la democracia también es una organización y una ocupación del espacio. La «destrucción de París», en palabras de Debord, no solo tiene implicaciones estratégicas. Modifica la relación perceptiva, afectiva e imaginaria con la ciudad. Los barrios son también «estados del alma» y la división social del espacio fracciona una ciudad en «zonas de ambientes psíquicos muy definidos».¹⁰ Con la Comuna, París pretendió ser, durante varias semanas, la capital de los Estados Unidos de Europa, para empezar, e incluso de una federación universal de los pueblos. «París ya no existe»—constataba Debord en 1990. ¿Ciudadanos sin ciudad? ¿Ciudad sin ciudadanos?

La Comuna es un acontecimiento político complejo en el que se articulan y se entretajan tiempos y espacios discordantes y muchas motivaciones políticas estrechamente relacionadas entre sí: un movimiento de revuelta patriótica contra la ocupación extranjera, una sublevación del movimiento republicano contra Versalles, una corriente de rebelión contra el Estado parasitario y un movimiento revolucionario contra la burguesía y el capital. Es la cristalización de múltiples contradicciones y alberga otras tantas posibilidades: «La Comuna anticipó, en acto, lo posible y lo imposible. Tanto es así que sus proyectos y decisiones inaplicables, que se quedaron en intenciones políticas, como el proyecto federativo, conservan un profundo sentido» (p. 418). Por eso nunca deja de «reactualizarse»: «Anunció la larga crisis del movimiento revolucionario en los países europeos e industrializados. Caracterizó una época histórica que va desde 1848 hasta la guerra de España. Y, al mismo tiempo, va más allá de ese periodo y nos propone, tal vez con un estilo ingenuo, las exigencias más profundas y más duraderas de la revolución mundial» (p. 55).

La Comuna de París: ¿caso sin cerrar?

10 A estas mutaciones «psicogeográficas» han dedicado muchos de sus libros más innovadores autores todavía muy desconocidos en Francia, como David Harvey o Fredric Jameson: Fredric Jameson, *The Cultural Turn*, Londres, Verso 1998; David Harvey, *Spaces of Hope*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000 [ed. en cast.: *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, 2005], y *The Limits of Capital*, Londres, Verso, 1999.

A Nicole

Heracles

Aunque mis manos habían emprendido ya y mis espaldas soportado con vigor infinidad de pruebas ardorosas y difíciles de verdad, sin embargo [no] me habían expuesto todavía a una prueba tan tremenda como es esta red tejida por las Furias [...]. El mal de esta red, adherido a mis costados, me ha devorado hasta lo más hondo de mi carne y está engullendo ya los bronquios de los pulmones, en cuya compañía ahora habita. Y ya me ha sorbido la sangre fresca, y, sometido a este inexplicable lazo, imposible de desatar, tengo consumido mi cuerpo por completo. [...] Ved, contemplad todos mi maltrecha figura...

Sófocles, *Las Traquinias*¹¹

11 Traducción al castellano extraída de Sófocles, *Tragedias completas*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 119-120 [N. de la T.].

INTRODUCCIÓN

Entre el golpe de Estado del 2 de diciembre [de 1852] y la caída del Segundo Imperio pasaron 18 años. En ese periodo, Francia se caracterizó por dos rasgos principales: el notable crecimiento económico y el deterioro y la erosión del régimen político, a pesar de su incontestable éxito económico.

Si en *El capital* Marx dibuja el trasfondo sobre el que se desarrollan los acontecimientos que van a desembocar en la Comuna de París, en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* nos ofrece el marco más inmediato. Ni una sola línea de este libro ha perdido su fuerza, ninguna de sus ideas ha envejecido. Nos corresponde completarlo, prolongar su análisis, porque Marx lo escribió justo después de que se produjeran los hechos históricos que narra y porque el libro fue publicado en Nueva York en 1852. Hay que señalar que en 1869 se publicó una reedición acompañada de un prefacio de Marx en la que se conserva el conjunto de la obra y se hace hincapié en su tesis central: la lucha de clases en Francia dio lugar a unas circunstancias y una situación que permitieron que un personaje mediocre pareciera un héroe. Con las dotes de previsión que caracterizan su pensamiento y de las que muchas veces hemos abusado para presentarlo como profeta mesiánico, Marx escribió en la última frase del prefacio, al principio de su obra: «Pero si finalmente la túnica imperial cae sobre

los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se desmoronará desde lo alto de la columna de Vendôme».

¿Se puede decir que este texto es un panfleto político? Sí, sin duda. Ataca al régimen bonapartista. Critica sus condiciones, sus causas y sus motivos: el centralismo del Estado instaurado en Francia desde el Antiguo Régimen, consolidado por los jacobinos, acentuado por Napoleón I y por la Restauración. Ese Estado centralizado confiere a la dominación de la burguesía lo que Engels denomina un carácter de «dominación pura de la burguesía con un clasicismo como ningún otro país europeo». Contribuye a que las luchas de clase sean más intensas y profundas que en otros lugares. Esa centralización estatal que se convierte en objeto de luchas políticas entre las clases dirigentes y sus distintas facciones deja también espacio al poder personal, que interviene como «árbitro» en estas luchas y se ocupa de colocar con más decisión al Estado por encima de la sociedad, utilizando el poder como medio de enriquecimiento y de dominación para quienes participan de él.

Este aspecto panfletario y político de *El dieciocho Brumario*... se basa en un análisis económico y sociológico muy completo de la sociedad francesa. Marx explica sobre todo la situación del campesinado francés; el estrato social más acomodado de ese campesinado recibió en la Revolución una parte de las tierras que pertenecían a los terratenientes, y desde entonces ansiaba un poder fuerte que le garantizase sus conquistas.

Marx muestra los distintos aspectos de la vida francesa de 1789 a 1848. Primer aspecto fundamental: las revoluciones prepararon el terreno para la industrialización y el capitalismo. Segunda cuestión decisiva: esas mismas revoluciones, operando de abajo arriba y no de arriba abajo, allanaron el camino a una democracia que pretende convertirse en social e incluso socialista, y por tanto con capacidad para controlar el poder de la burguesía y para orientar en otro sentido la industrialización del país.

De ahí nace una contradicción esencial de la sociedad francesa, contradicción que la instancia superior —el Estado omnipotente pero no omnipotente— trata de dominar, pero que en realidad no puede resolver. Esta contradicción explica al mismo tiempo las sucesivas revoluciones y la propuesta perpetua

de un arreglo liberal, que resuelve aparentemente el conflicto esencial pero en realidad devuelve al Estado la tarea de organizar esa supuesta solución. Por lo tanto, los hombres que toman el poder pueden suspender fácilmente, sirviéndose del Estado, del ejército y de la burocracia, el arreglo liberal que ha permitido su propio ascenso al poder. La disposición de las fuerzas sociales y políticas en 1848 trajo la victoria y después la expulsión de los burgueses liberales. Pero también dejó abierta la posibilidad del crecimiento rápido de la economía capitalista bajo la protección de un Estado autoritario, policial y trapacero, Estado que se verá sacudido por ese mismo crecimiento.

Así es como *El dieciocho Brumario...* de Marx aporta los elementos históricos necesarios para comprender el Segundo Imperio, los acontecimientos que tuvieron lugar en él y las fuerzas que se congregaron a su alrededor.

Si tomamos la obra de Marx como marco y como esbozo y la completamos, podremos analizar la mezcla de necesidades y de azar, de determinismo y de contingencia, de lo previsible y lo imprevisto que, según el pensamiento dialéctico, constituye la historia, de manera que siempre se crean situaciones particulares y originales. El proletariado, convertido en una clase políticamente activa, tenía necesariamente que intervenir algún día de forma revolucionaria. Las formas de esta intervención, su éxito o su fracaso, no podían no depender de circunstancias accidentales, como la derrota de los ejércitos de Napoleón III, el asedio de París, la entrada de los prusianos en la capital y el traslado de la Asamblea Parlamentaria y del gobierno primero a Burdeos y luego a Versalles. La victoria no estaba asegurada de antemano; tampoco el fracaso.¹²

12 El autor expresa su agradecimiento a Gérard Walter, que le ha pedido esta obra, así como a Darivas y Debouzy que le han ayudado en la investigación documental.

PRIMERA PARTE

ESTILO Y MÉTODO

1

EL ESTILO DE LA COMUNA

La Comuna ha enviado pan a noventa y dos mujeres de los que nos matan. Para las viudas no hay bandera. La República tiene pan para todas las miserias y besos para todos los huérfanos.

Jefe de Seguridad de la Comuna¹³

Antes de narrar la jornada decisiva del 18 de marzo de 1871, antes incluso de reconstruirla en su contexto —los acontecimientos que precedieron y siguieron a ese día—, vamos a explicar cómo vemos en esta obra la Comuna de París. Aunque es algo muy poco habitual en los trabajos históricos, vamos a comenzar con algunas consideraciones sobre el estilo. Esas indicaciones condicionarán lo que se explicará a continuación, es decir, el método de análisis y de exposición, los problemas y las conclusiones.

Las obras de historiadores suelen plantear una especie de ficción. Al principio, el autor finge desconocer el asunto del que va a hablar; simula compartir la ignorancia (también supuesta) de quien le lee. Aunque el historiador ya ha estudiado los documentos y testimonios que va a exponer, comienza su relato con inocencia e ingenuidad. Se limita a narrar con sencillez, con sinceridad, y en ese relato introduce los testimonios y su crítica a interpretaciones y teorías anteriores. De manera imperceptible (cuando el autor es sutil) atrae al lector hacia sus posturas, que él mismo parece descubrir y adoptar como si cayeran por su propio peso. Muestra y demuestra al mismo tiempo. En realidad, quien

13 Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Librairie du Travail, 1929, p. 226 [ed. en cast.: *La Comuna de París*, Tafalla, Txalaparta, 2016, pp. 213-214].

escribe sabe perfectamente adónde quiere llegar y sus premisas albergan ya las conclusiones.

Esta ficción de los historiadores es igual de legítima e igual de cuestionable que la ficción que permite al novelista contar hechos que no pudo vivir como si hubiera estado presente en ellos, porque los inventa o los traslada.

Igual de legítima, hemos dicho, e igual de cuestionable. Y eso nos autoriza a cambiar el enfoque.

En esta obra vamos a proceder de manera más directa, aunque parezca que se pierde en términos de rigor del método y de la exposición. Diremos desde un principio qué hemos aprendido en nuestras investigaciones. Nuestras consideraciones sobre el estilo de la Comuna no tendrán nada de arbitrario, porque nacen de una larga consulta de documentos y hechos históricos.

A quienes este enfoque pudiera parecerles extraño, o simplemente paradójico, les respondemos que la cuestión del estilo se impone a las demás. El estilo de los acontecimientos dispone, sea de forma invisible o evidente, el estilo del relato e incluso de la reconstrucción de los hechos. No es una cuestión de estética ni de literatura, ni mucho menos relacionada con una metodología puramente formal o epistemológica. Este enfoque va al fondo de la cuestión, es decir, de los hombres y mujeres, de los acontecimientos, de los actos. El propio historiador piensa y reflexiona con un estilo determinado, que depende de su propia situación, de sus afiliaciones y afinidades y de cómo, para él (en honor a la verdad y a pesar de las refutaciones), los hechos no se separan de las apreciaciones, las constataciones y los conceptos. De todos los estilos posibles, la frialdad que se presume objetiva parece la peor opción. La frialdad viene bien mientras se leen documentos y se contrastan testimonios. Dejémosla caer cuando el historiador llega al relato, porque la historia, como toda realidad humana, es drama: drama más allá de los números y del discurso, más allá de lo que cuenta y de lo que se muestra. Es bien sabido, además, que la frialdad no es ninguna virtud intelectual y que la aparente imparcialidad puede esconder la peor de las parcialidades. Más vale el estilo del partidario político o del ad-

versario apasionado que el de la indiferencia ante el destino y la muerte de los hombres.¹⁴

La actitud que se adopta en esta obra trata deliberadamente de ir más allá de esa contradicción «partidario/adversario». Nuestra actitud no se basa en la afirmación, romántica y distante aunque no desprovista de profundidad, de que toda obra exige pasión, sea su autor un científico o un historiador. No se reduce a la paradoja según la cual la pasión, en contraposición a la indiferencia y el desapego, llega más lejos y profundiza más en la objetividad. A nuestro modo de ver, el estilo procede de una idea global o, si se quiere, de una visión de los hechos. El estilo se apodera de esos hechos y no los abandona al aislamiento de las constataciones fragmentadas, constataciones a las que por supuesto debe dedicar un largo trabajo previo, el trabajo de quien describe, escribe, consulta testimonios y, al hacerlo, frecuenta una época y afronta una experiencia multiforme.

¿No es así como planteó Marx el problema de la historia, es decir, de un fragmento más o menos largo, captado más o menos en su totalidad, de la historicidad completa? En un texto anterior a sus grandes obras y que las anticipa, comparó la situación política, es decir, las relaciones de clases, en Alemania y en Francia; las contempló no solo como relaciones de fuerza, sino también como estilos diferentes.

... en Alemania ninguna clase tiene la coherencia, el rigor, la valentía, la falta de consideraciones que harían de ella el representante negativo de la sociedad. Del mismo modo, a todos los estamentos les falta esa generosidad de espíritu capaz de identificarse, aunque sea por un momento, con el alma del pueblo; esa genialidad que transfigura la fuerza material en poder político; esa intrepidez revolucionaria que arroja al adversario la desafiante consigna: «No soy nada y debería serlo todo». Por el contrario, el núcleo de la moral y la honorabilidad alemanas —y no solo en los individuos, sino también en las clases— lo constituye ese *egoísmo morigerado* que hace valer la cortedad de su horizonte y acepta que otros la hagan valer contra él mismo.

14 A pesar de que la traducción se ha realizado siguiendo parámetros de género inclusivos, en ocasiones hemos preferido respetar el original (escrito en 1965), que incluye masculinos genéricos y el uso abstracto de «hombres» para referirse a personas [N. de la T.].

Según Marx en este fragmento extraído de la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*,¹⁵ estas cualidades morales y sentimentales hacen que la vida política alemana sea ingenua y pasiva. La única y verdadera grandeza de Alemania se descubre en la filosofía, igual que la de Inglaterra y la de la vida inglesa se encuentra en la economía política. «De ahí que la relación entre los diversos ámbitos de la sociedad alemana no sea dramática, sino épica». Cada clase, cada estrato de la sociedad ejerce un peso sobre las clases y los estratos inferiores, sobre todo porque no se alza contra las clases superiores; se dedica a doblegar a aquellas sobre las que ejerce dominio en lugar de desafiar a los amos. La sociedad se subdivide casi hasta el infinito y sus esferas ejercen unas sobre otras una presión sorda e inmovilizadora bajo un falso acuerdo general que causa apatía. Esta situación prolonga la Edad Media. La sociedad alemana en su conjunto, y cada una de las clases cuando toma la palabra, se apresuran a magnificar las hazañas conseguidas por los demás; por los demás pueblos, por las demás clases. Cuentan y se cuentan a sí mismos historias de estilo épico. La filosofía en general, y la filosofía de la historia y del derecho en particular —filosofía gracias a la cual la Alemania de la época alcanzó la actualidad mundial y se convirtió en contemporánea del presente—, consiste justamente en ese relato aumentado y magnificado de la historia y de las aventuras de la conciencia humana vividas en otros lugares, sobre todo en Francia. La preponderancia y la importancia de la filosofía en Alemania indican una especie de alienación general, porque la filosofía consiste en abstracciones e implica la alienación especulativa. Las grandes figuras alemanas, según Marx, pensaron mucho en lo que hicieron otros pueblos, hecho que confiere a esta forma de pensar, incluido el estilo hegeliano —epopeya de la conciencia humana en la historia del hombre—, un carácter épico.¹⁶

Teniendo en cuenta este texto de Marx, trataremos de precisar su forma de pensar para nuestro propio uso. ¿Qué es

15 Trad. al castellano extraída de Karl Marx, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-Textos, 2014, p. 69 [N. de la T.].

16 Véase también *Manuscrits économicopolitiques de 1844*, trad. al francés de Bottigelli, 1962, pp. 51, 75, etc., sobre las condiciones específicas de la economía y de la ideología alemanas. Véase, por supuesto, *La ideología alemana* para más detalles sobre la filosofía.

la épica? Se sitúa al lado, fuera o por encima del momento y de los acontecimientos que se narran, por debajo o más allá de la acción que se presenta. Es una narración que, con el transcurso del tiempo vivido, no logra transmitir una información lo suficientemente precisa como para transformarla en un elemento directo de comunicación verbal. El estilo épico sitúa ya de entrada los acontecimientos en el pasado, a distancia, los yuxtapone y los despliega en el espacio más que en el tiempo, sin revelar el secreto de cómo surgieron los actos y las pasiones que se desataron, sin mostrar desde dentro su nacimiento ni su desarrollo, por más que lo intente. Por ello, aunque la épica brinde una representación llena de color, con formas y líneas potentes, lo hace en detrimento de algo esencial: el alma misma de la poesía y de la creación, la acción productora y creadora. Sin embargo, esa cuestión esencial —el nacimiento, el surgimiento, el crecimiento, el desarrollo, el declive— la capta con más profundidad el lirismo que el estilo épico. En cuanto a la dramática, sobrepasa y engloba a la lírica y la épica, porque crea y presenta situaciones originales, dotadas a la vez de particularidad y de universalidad. Si bien de esta manera los sentimientos se convierten en caracteres, pasiones y situaciones, esta objetividad (o, más bien, esta objetivación) no puede confundirse con la del estilo épico. Es superior a ella en tanto que objetividad, porque la acción no se realiza como el mero transcurso del tiempo, sino como aquello que reviste las intenciones y los fines de la voluntad. La dramática coincide con la voluntad en la medida en que tiene conciencia de los orígenes y de los objetivos, de los obstáculos, de los fracasos y de las victorias. Así, la acción práctica es la única que se presenta como acción histórica, a la vez particularizada, localizada en el tiempo y en el espacio, y totalizante.

El comentario anterior se inspira directamente en Hegel. Nos parece adecuado para los textos de Marx, que no define los términos que emplea, sobre todo la épica y la dramática, pero no puede más que tomarlos en el sentido hegeliano. Para Marx, en comparación con Alemania y por oposición a ella, la vida política y social francesa se define por el estilo dramático.

En Francia basta con que alguien sea algo, para que quiera serlo todo.
En Alemania nadie puede ser nada, si no quiere tener que renunciar a

todo. En Francia la emancipación parcial es el fundamento de la emancipación universal. En Alemania la emancipación universal es *conditio sine qua non* de toda emancipación parcial. En Francia es la realidad de una emancipación progresiva; en Alemania, su imposibilidad, de donde tiene que nacer la libertad. En Francia cada una de las clases del pueblo es políticamente idealista. Y [es que] no se considera, por de pronto, una clase especial, sino representante de todas las necesidades sociales. Por eso el papel de *emancipador* pasa con dramático movimiento, una tras otra, por las diversas clases del pueblo francés, hasta terminar en la clase que ya no realice la libertad social bajo el presupuesto de determinadas condiciones extrínsecas al hombre, si bien creadas por la sociedad humana, esa clase última organiza por el contrario todas las condiciones de la existencia humana bajo el presupuesto de la libertad social.¹⁷

En este texto profético se anuncian tanto los dramas de 1848 y 1871 como el destino de Alemania. Con *El capital*, *El dieciocho Brumario...* y los textos que dedicó a los acontecimientos de 1871, Marx nos proporciona el programa que vamos a seguir en el estudio de la Comuna. Por ahora, volvamos a destacar cómo define Marx un estilo. La vida política y social en Francia a mediados del siglo XIX alcanza una genialidad propia en la *praxis* (práctica social). Esta genialidad no tiene que ver con las personas y ni siquiera se refleja por completo en las conciencias, las ideologías y las obras de las personas. Es la parte del pueblo y de la nación, en tanto que unidad confusa y potente de las diferentes capas y clases que constituyen este pueblo. Esta genialidad, producto de la historia, puede persistir y subsistir en las profundidades, aunque los acontecimientos traten de destruirla. Mientras que en Alemania la genialidad latente se limita al ámbito (de extrema importancia, además) del pensamiento teórico, en Francia las necesidades y las acciones prácticas son directamente teóricas. Son necesidades radicales, percibidas, experimentadas y asumidas de forma directa por el pueblo, o más bien por los distintos estratos y clases que constituyen ese pueblo, entendido en toda su diversidad. Por lo tanto, el pueblo se hace cargo, espontáneamente, de un destino: el de su libertad y el de la libertad en general. Trata de llevar hasta el final el movimiento dramático con un estilo propio. Cuenta de forma espontánea con la valentía

17 Karl Marx, *Contribution à la critique de la philosophie du droit de Hegel*, en *Œuvres philosophiques*, trad. Molitor, I, pp. 103-105 [ed. en cast.: *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-Textos, pp. 71-72].

y la lógica, la agudeza y la claridad que le permiten representar y, de manera más profunda, ser el elemento negativo radical en el corazón de una sociedad que, a su vez, pretende y procura ser positividad pura y consumada.

Esta genialidad impulsa al pueblo a hacerse con el poder vigente para destruirlo y a lanzar el desafío absoluto a la cara del adversario más poderoso.

Al dar validez a esta visión de Marx respecto a la genialidad política y el estilo, afirmaremos y proclamaremos alto y claro que el estilo propio de la Comuna fue el de la fiesta.

¿La Comuna de París? Fue, ante todo, una inmensa y grandiosa fiesta, una fiesta que el pueblo de París, esencia y símbolo del pueblo francés y del pueblo en general, se regaló a sí mismo y regaló al mundo. Fiesta de primavera en la ciudad, fiesta de los desheredados y los proletarios, fiesta revolucionaria y fiesta de la Revolución, fiesta total, la más multitudinaria de la época moderna; esa fiesta se celebra, para empezar, en un ambiente de magnificencia y alegría.

La jornada histórica del 18 de marzo de 1871 termina con la pasividad y la resignación que habían reinado durante el Imperio, durante la guerra e incluso durante el asedio de París sin llegar a afectar a las fuerzas fundamentales. Esas fuerzas irrumpen con grandiosa calma. El pueblo de París rompe los diques e inunda las calles; esa masa fraternal y calurosa incluye también a quienes deben combatir al pueblo, a los soldados del poder establecido. El pueblo los desarma. El héroe colectivo, el genio popular surge con su juventud y su vigor originarios. Ha vencido por el mero hecho de aparecer. Sorprendido de su victoria, la transforma en esplendor. Se regocija, contempla su despertar y transforma su potencia en belleza. Celebra su reencuentro con la consciencia, con los palacios y los monumentos de la ciudad, con el poder que tanto tiempo le había esquivado. Y es una auténtica fiesta, una larga fiesta que va de la jornada del 18 de marzo a las del 26 (elecciones) y el 28 de marzo (proclamación de la Comuna) y se extiende aún más en el tiempo, con un protocolo y una solemnidad magníficamente dispuestos.

Después, o incluso al mismo tiempo, el pueblo se deleita en su propia fiesta y la convierte en un espectáculo. Se engaña y se equivoca, porque el espectáculo que se brinda a sí mismo

lo aleja de su propia esencia. Entonces, como en toda auténtica fiesta, se anuncia y se anticipa el drama en estado puro. La fiesta popular parece cambiar de naturaleza. En realidad, continúa; se hunde en el dolor. Sabemos que la Tragedia y el Drama son fiestas cruentas en las que tienen lugar el fracaso, el sacrificio y la muerte del héroe sobrehumano que ha desafiado al destino. La desgracia se transforma en grandeza y el fracaso deja una lección de fuerza y de esperanza en el corazón purificado de sus temores cobardes. Heracles, domador de monstruos, lucha para impedir que el tejido venenoso envuelva su cuerpo. Venda todos sus músculos. En vano. Entonces, prepara la pira. Luego vienen la muerte y el triunfo del destino y del mal, el fracaso y el holocausto final; pero el cortejo fúnebre no ha perdido el sentido grandioso de la fiesta. Quienes han combatido al grito de «¡Libertad o muerte!» prefieren la muerte a la rendición y a la certeza del sometimiento. Siguen luchando desesperadamente, a lo loco, con una valentía sin límites; después prenden con sus propias manos la pira sobre la que quieren consumirse y desaparecer. La tragedia termina con el fulgor y el desastre dignos de ella.¹⁸ El pueblo de París, yendo hasta el final y llevando su desafío titánico hasta sus últimas consecuencias, prevé el fin de París y quiere morir con lo que para él representa más que un decorado y más que un marco: su ciudad, su cuerpo.

Así, la fiesta se convierte en drama y tragedia, tragedia absoluta, drama prometeico representado sin rastro de juegos frívolos, tragedia en la que el protagonista, el coro y el público coinciden de forma singular. Pero el drama estaba contenido en la fiesta desde el principio; el drama retomaba su sentido primordial: fiesta colectiva y real, fiesta vivida por y para el pueblo, fiesta colosal acompañada del sacrificio voluntario del actor principal en el transcurso de su fracaso, tragedia.

Al definir así el estilo de la Comuna, a la vez obra y acto, no hacemos más que retomar la expresión de Liebknecht sobre «la horrible y grandiosa tragedia de la Comuna». Sin embargo, no vamos a omitir los otros aspectos de los acontecimientos; no olvidaremos ni sus antecedentes y circunstancias, ni las relaciones

18 Queremos dejar claro desde ahora que conocemos muy bien las responsabilidades de Versalles en los incendios de la Semana sangrienta.

entre las personas, los grupos y las ideas que entraron en acción ni tampoco las exigencias de la exposición y del análisis históricos. Pero nos proponemos mostrar cómo vivió París su pasión revolucionaria. Veremos por qué y cómo la ciudad, dispersa y dividida, se convirtió en una comunidad de acciones, y cómo, en el transcurso de la fiesta, la comunidad se transformó en comunión en el sentido más amplio que podía concebirse en ese momento. Y cómo el pueblo aclamó los símbolos del trabajo desalienado y desalienante, la caída del poder opresivo, el fin de la alienación. Y cómo el propio pueblo proclamó el mundo del trabajo, es decir, el trabajo como mundo y creador de mundos. Y cómo, en el transcurso de esta inmensa fiesta, algo traspasa de lado a lado los mantos opacos de la vida social acostumbrada, asciende desde lo más profundo, atraviesa las capas acumuladas de lo inerte y de la oscuridad, ve la luz y se desarrolla. ¿Qué es? Una voluntad fundamental, la de cambiar el mundo y la vida tal y como son, y las cosas tal y como son; una espontaneidad que alberga la forma de pensamiento más elevada, un proyecto revolucionario total. Un «todo o nada» delirante y general. Una apuesta vital y absoluta por lo posible y lo imposible...

La Revolución como acto debía coincidir con los resultados de la Revolución. Se habría pasado, de un salto, de la necesidad ciega al reino dichoso de la libertad, a una gran fiesta infinita. Y al mismo tiempo venían al mundo el trabajo libre, convertido en un juego, y el gran juego de las armas, con la vida y la muerte.

«¡Entelequias! ¡Interpretaciones! ¡Visiones románticas! ¡Literatura, no historia!». Para evitar estas objeciones, que además son normales y naturales, podemos aportar desde ya textos y documentos.

A finales de febrero de 1871 se ha firmado el armisticio y se preparan los preliminares de paz que la Asamblea, reunida en Burdeos, debe ratificar el 1 de marzo. Se propaga el rumor de que los prusianos van a entrar pronto en París; efectivamente, el 26 de febrero Thiers, Jules Favre y Bismarck firman una prórroga del armisticio con la condición de que: «la parte de la ciudad de París situada dentro del perímetro delimitado por el Sena, la calle del barrio Saint-Honoré y la avenida de Les Ternes será ocupada por las tropas alemanas, cuyo número no será superior a 30 000

hombres». Se trata de una ocupación simbólica y los 30 000 hombres deben retirarse en el momento de la ratificación.

En París reina una inmensa emoción. Corren las habladurías y los rumores más diversos. Trochu, el general que no ha sabido ni ha querido defender la ciudad, cree exonerarse publicando una carta en la que escribe lo siguiente:

El enemigo le debía a París los honores de la guerra, a menos que no le preocupasen en absoluto las tradiciones y las reglas que constituyen ante la opinión pública, los títulos de nobleza de los vencedores y los vencidos. Para París, los honores de la guerra consistían en el respeto de su perímetro y de su duelo. El enemigo quiere penetrar en París, a pesar de no haber forzado ningún punto de su perímetro, no haber tomado por asalto ninguno de sus bastiones destacados ni haber acabado con ninguna de las líneas exteriores de defensa. Si esto sucede, ha de devolverse el gobierno de la ciudad para que asuma el odio y las responsabilidades de esta violencia. Que cierren las puertas como protesta muda y solemne y que el enemigo las abra a cañonazos, a los que París, desarmado, no responderá.

El 24 de febrero, aniversario de la proclamación de la República de 1848, a instancias de los guardias nacionales del distrito XV, los batallones de París nombran delegados que se reúnen para debatir el proyecto de una asociación federativa. En esta reunión —la segunda, porque ya se celebró una primera reunión en Vauxhall el 15 de febrero— se constituye definitivamente la Federación de la Guardia Nacional y se la dota de una organización. Se adopta la siguiente resolución: «La Guardia Nacional, por voz de su Comité Central, protesta contra toda tentativa de desarme y declara que opondrá resistencia, si es necesario por las armas». También se decide resistirse a la entrada de los prusianos en París.

Sin embargo, el gobierno (¿maniobra, cobardía o provocación?) deja pasar mucho tiempo sin informar a la población de las medidas previstas. La noche del domingo 26 al lunes 27, circula el rumor de que la entrada de los prusianos es inminente. Todo París sale a la calle. 50 000 guardias nacionales armados, con teas, se congregan en la avenida de los Campos Elíseos bajo la lluvia fina, preparados para combatir. 50 000 hombres: las futuras tropas de la Comuna. Esa misma noche, los soldados del pueblo comienzan a juntar los cañones —sus cañones— desperdigados. La situación se agrava a cada hora que pasa, hasta el punto de que el nuevo poder

que se está formando, el Comité Central de la Guardia Nacional, cambia su decisión de forma brusca (pero con gran sensatez) y anuncia a través de carteles que no es necesario oponerse a la entrada de los prusianos, sino evacuar y aislar los barrios ocupados.

Durante esas jornadas febriles que preceden al 18 de marzo, la Guardia Nacional y la población se congregan para manifestarse en torno al Genio de la Bastilla, símbolo de la Revolución. Las aglomeraciones adoptan espontáneamente una naturaleza festiva.

Con infinito arte, se había decorado la Columna de Julio con coronas de flores de papel que formaban guirnaldas o racimos hasta media altura y con banderas rojas que ondeaban por encima y a los pies del Genio de la Libertad. Los batallones desfilaban por delante de la Columna, interpretando *La Marsellesa*, mientras los oradores, que subían por una escalera hasta la base de la Columna, lanzaban palabras incendiarias a la multitud. Por la noche, la Columna se iluminaba con vidrios de colores y faroles. El dolor de París adoptaba esta forma que se ajustaba al temperamento expresivo de un pueblo, en esencia, artista.¹⁹

Le Rappel, periódico diario, describe así la manifestación del 24 de febrero:

Batallones de la Guardia Nacional, delegaciones de clubs, de la Internacional, de todas las organizaciones obreras, de todas las corporaciones... Ahí están todos, a ver quién afirma más su fe republicana. Las banderas que ondean, las melodías patrióticas interpretadas por fanfarrias militares, la innumerable multitud de olas humanas, la Columna empavesada, las ventanas repletas de cabezas que se asoman... Todo ello explica a quien pudiera tener dudas hasta qué punto el aniversario de la República es una fiesta para París. Al llegar la noche, el espectáculo es aún más emocionante. La Columna se ilumina. Su gran claridad imponiéndose a las flores fúnebres y a la bandera negra del pedestal era como la imagen material del consuelo y de una promesa, como el resplandor del futuro sobre el duelo del presente...

Así, París, del 24 al 28 de febrero de 1871, se rehace y se alza por encima de los eventos sociales y las ceremonias oficiales del Imperio. Reconquista su alma y se afirma republicana y patriota brindándose una primera fiesta; el carácter fúnebre de la fiesta

19 Jules Claretie, *Histoire de la révolution de 1870-71*, París, redacción de *L'éclipse*, 1872, p. 584.

no le quita ni un ápice de gran fiesta popular, a la vez encuentro, espectáculo y participación colectiva apasionada. No le falta el punto cómico. El 26 de febrero, un grupo deja a los pies del Genio de la Libertad, que ya blandía la bandera roja, un pelele de paja en el que se puede leer: «Soy Thiers, el orleanista». La multitud, que acaba de aplaudir al valiente que ha colocado la bandera roja en la mano del Genio, estalla en risas al ver el pelele.²⁰

Las mismas dotes de teatralización dramática se observan cuando entran los alemanes el 1 de marzo, y también el 28 de marzo, el día en que se proclama la Comuna. París se proclama en sus fiestas ciudad santa, arca sagrada y patria inviolable de la libertad, bajo la protección de la bandera roja, símbolo de la unión de la ciudad de París y la revolución.

Antes incluso de narrar los acontecimientos y de tratar de analizarlos, podríamos jalonar esas semanas y esos meses con descripciones de fiestas,²¹ y tal vez debamos recordar desde ya que, mientras las tropas de Versalles franqueaban la puerta de Saint-Cloud la tarde del domingo 21 de mayo, en el jardín de las Tullerías se estaba celebrando un «gran concierto». Hacía varios días que se le había señalado al Estado Mayor de la Comuna que existía una brecha en el perímetro. En vano. Ni el Estado Mayor ni el Comité Central, que había retomado la dirección de las operaciones militares, fueron capaces de organizar la defensa, de cerrar la brecha ni de preparar una defensa eficaz ni una contraofensiva. Los bastiones estaban desguarnecidos, los centinelas no estaban. 300 efectivos de la marina y de asedio concentraron su fuego en la puerta de Saint-Cloud. Mientras tanto,

... bajo la sombra de las Tullerías, se celebraba un gran concierto [...]. Las mujeres, vestidas con trajes primaverales, daban colorido a las verdes avenidas. A doscientos metros, en la plaza de la Concordia, los obuses versalleses lanzaban su nota de mal agüero en medio de la alegría brillante de los cobres y el hálito bienhechor de pradiar. Al final del concierto un oficial de Estado Mayor subió al tablado del director de orquesta y dijo: «Ciudadanos, Thiers había prometido entrar ayer en París. Thiers no ha

20 Véase J. A. Faucher, *La Véritable Histoire de la Commune*, París, Éd. Atlantic, 1960, t. I, p. 38.

21 Por desgracia, la publicación completa de esos relatos es imposible en el marco de este estudio. Destacamos los textos de J. Vallès, de Léon Cladel, de P. y V. Margueritte, etc. Servirían para orientar un estudio sociológico de los emblemas y los símbolos utilizados (la pobreza de la inventiva simbólica era notable).

entrado, no entrará. Os invito el próximo domingo aquí, en este mismo sitio, a nuestro segundo concierto a beneficio de las viudas y de los huérfanos».

En ese mismo instante, a distancia de dos tiros de fusil, la vanguardia de los versalleses entraba en París.²²

Fue una extraordinaria mezcla de grandeza y de locura, de valentía heroica y de irresponsabilidad, de delirio y de razón, de exaltación y de ilusión, y enseguida trataremos de analizarla sin destruirla con los instrumentos del frío análisis.

22 Lissagaray, *op. cit.*, pp. 305-306 [ed. en cast.: p. 283].

2

EL CONCEPTO MARXISTA DE PRAXIS HISTORIA Y SOCIOLOGÍA. HACIA UNA HISTORIA TOTAL

La Historia toda es la historia preparatoria [...] de la conversión de la naturaleza en hombre.

K. Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*²³

Cuando se habla de un fenómeno histórico y social que hace que se tambaleen hasta los cimientos más profundos de una sociedad —cuando se habla de una revolución—, es muy difícil separar los juicios de valor de los juicios de realidad, igual que distinguir los hechos de los conceptos y las constataciones de las ideas teóricas. Pronto aparecerán en nuestro camino las múltiples interpretaciones de los acontecimientos de 1871, que pueden clasificarse *grosso modo* en dos categorías: las de los partidarios y las de los adversarios; entre las tesis extremas se intercalan posiciones matizadas: las de los partidarios tibios y las de los adversarios moderados.

A este respecto, podría argumentarse que la célebre división entre juicios de realidad y juicios de valor, y más concretamente entre constataciones de hecho y apreciaciones críticas —de lo positivo y de lo negativo en el pensamiento—, disocia lo inseparable y está relacionada con la impotencia y con el declive de la teoría. Se podría señalar sin contradicciones que la parcialidad de la historia es una muestra de que el historiador no se libera ni puede liberarse de los marcos sociales en los que se desarrolla la historia que estudia; teniendo esto en cuenta, ¿no sería entonces la obra histórica obra y acto, y no solo una forma

23 Trad. al castellano extraída de Karl Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, p. 185 [N. de la T.].

de constatar lo que ha sucedido, como cuando la visión de un fantasma certifica que alguien ha muerto?

Lo cierto es que esa pregunta se ha convertido en una cuestión ya antigua que no deja de reaparecer. ¿Es la subjetividad del historiador la que trae consigo esa cuestión, aunque dicha subjetividad se disimule bajo un manto de datos cuidadosamente recabados, aunque admita la referencia a ideologías duraderas, a marcos sociales relativamente estables? ¿El historiador hace trampas siempre, siendo más o menos consciente de ello, cuando acumula testimonios y se presenta como testigo supremo, como juez soberano, representante de la Historia con mayúscula, en la medida en que esa historia condena a quienes fracasan y aprueba a quienes triunfan? ¿Acaso no puede pronunciarse y tomar la distancia necesaria respecto a los hechos más que usando hipótesis condicionales que tendrían que descartarse si se usase un método riguroso? «Esto habría podido pasar de otra manera si se hubiera dado así, si no se hubiera tomado tal decisión, si esa causa o esa condición no hubieran tenido efecto. ¿Cómo comprender las ‘intenciones de los autores’ sin presuponer que podrían haber sido otras y haberles llevado a decisiones diferentes? ¿Cómo concebir la intervención de las conciencias y las voluntades en un acontecimiento sin atribuirles cierto grado de libertad?».²⁴

Sigamos poniendo en fila los signos de interrogación y tratemos de acabar con la lista de posibles preguntas.

¿Contrastar obras históricas sobre un periodo determinado, en particular sobre los periodos revolucionarios, aportaría pruebas o testimonios de estas trampas de los historiadores que dicen ser los más objetivos?

¿Se devaluaría inevitablemente la historia como ciencia para acabar presentándose como un género literario o como una variante de la filosofía, de manera que el interés de cada obra consistiera en la compilación de textos y de documentos, en la composición en el sentido con el que se utiliza ese término cuando hablamos de un cuadro y, a fin de cuentas, en la escritura y en el arte?

24 Véase, sobre esta cuestión, R. Aron, *Dimensions de la conscience historique*, París, Plon, 1961, p. 17, etc.

¿Habría que aceptar el relativismo absoluto, es decir, la tesis según la cual la historia consiste en adoptar una perspectiva, siempre provisional y previsible? De acuerdo con esta tesis relativista, siempre podrían descubrirse nuevos enfoques y nuevos puntos de vista, relaciones inéditas entre la actualidad y el pasado, porque el pasado, y también el presente y el futuro, se presentarían como lo que son: inagotables. Estos enfoques y perspectivas estarían todos al mismo nivel, de manera que las discusiones y las polémicas serían inevitables y al mismo tiempo estériles. La historicidad definida y definitiva, estática y fijada, la historicidad del dogmatismo, daría paso a una historicidad indefinida, en movimiento, inagotable pero fluida, en la que los historiadores y los periodos históricos actuarían proyectándose a sí mismos en el pasado e interpretando el pasado en función de una actualidad móvil e imprevisible.

¿Sería necesario, en definitiva, (pero ¿de verdad es la última hipótesis que plantearse?) volver a las ideas de Raymond Aron? Según este autor, el devenir real solo es inteligible mediante abstracción y simplificación, mediante despieces de los datos a escala macroscópica. El historiador, con su inteligencia, es el único que da una forma coherente a los conjuntos de ideas y de hechos, es decir, de intenciones, de voluntades y de actos. La totalidad y, por lo tanto, la inteligibilidad, solo se conciben y se alcanzan a través de la pluralidad de formas de entender las cosas, o sea, a través de una multiplicidad de interpretaciones, multiplicidad dada, definida y por tanto agotada. Si se supera el relativismo histórico puro, se hace solo en la medida en que el historiador reconoce su propio punto de vista y, en consecuencia, reconoce así las perspectivas de los demás. La unidad histórica es un ente construido, no vivido. El historiador debe imponerse una reflexión infinita sobre la Historia. La historia como sucesión de acontecimientos y la historia como ciencia (conceptos que en francés [y en castellano] se designan con un solo término, cosa que invita a la confusión) son distintas, aunque forman parte de un todo común. Ese todo fijaría los límites de un relativismo liberal y razonable, con la historia como ciencia que exige una filosofía e incluso una filosofía de la historia y del hombre.

«Filosofía e historia, filosofía de la historia y filosofía total son inseparables».²⁵

Nosotros planteamos aquí otra hipótesis metodológica que trataremos de confirmar en el desarrollo de esta obra.²⁶ En el centro de una posible renovación del pensamiento histórico colocamos la noción marxista de praxis. Es un concepto difícil de aprehender y de definir, porque recoge una realidad extremadamente compleja. En nuestra opinión, la praxis, realidad y concepto, puede describirse, analizarse y exponerse de muchas maneras, pero ninguna logra ni recoger por completo la totalidad a la que aspira. El esquema clásico «base económica—estructura social— superestructuras ideológicas e institucionales», que se atribuye dogmáticamente a Marx y al marxismo, es solo una de las maneras de analizar la praxis. Hay que evitar fijar el concepto de praxis en una definición unilateral y, sobre todo, hay que poner fin a la actitud intelectual que, en nombre del marxismo, reduce la producción del hombre por sí mismo (la apropiación por parte del hombre de la naturaleza y de su propia naturaleza) a la producción económica. Esa actitud cercena tanto el pensamiento marxista como la realidad humana. La producción material es solo condición y base de actividades más complejas. La producción del hombre por sí mismo implica numerosos actos y actividades y, por lo tanto, obras. Algunas de esas obras son el arte, el conocimiento e instituciones diversas. Si reconstruimos el pensamiento de Marx en su conjunto, podemos comprender que, para él, la división del trabajo condiciona actividades diferenciadas. Entendemos el capitalismo como forma social que lleva hasta sus últimas consecuencias la división del trabajo, por un lado, y, por otro, la producción de mercancías (cosa que implica la preponderancia momentánea, históricamente determinada, de lo económico).

25 Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Paris, Gallimard, 1938, p. 344. Véase también la crítica de «la historia total» en las pp. 145-146.

26 Véase Henri Lefebvre, «Qu'est-ce que le passé historique», *Les Temps Modernes*, julio de 1959, artículo sobre el libro de A. Soboul, *Los Sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*. En esta obra notable se reconsidera la revolución de 1789-93 en función de algunas experiencias políticas contemporáneas: la interrupción del movimiento de masas, la escisión del movimiento, la estatización y burocratización de sus líderes, etc.

Así, el problema central y el tema esencial del proceso de pensamiento se desplazan, se convierten en el problema y el tema del apoyo entre el hombre (social) y sus obras. En sus obras, el hombre se realiza y se pierde; se objetiva y se aliena. Esas obras comprenden tanto los productos materiales como las representaciones; el derecho, el Estado, la ciencia, las ideologías. Se disponen en distintos niveles, desde la trivialidad cotidiana hasta la más elevada «espiritualidad». Las necesidades humanas son obras del hombre que actúa, igual que los instrumentos materiales o intelectuales, la organización del trabajo, los «bienes» destinados a satisfacer las necesidades y las medidas que controlan socialmente las necesidades y las satisfacciones. Los objetos, las actividades y las situaciones forman parte de la praxis, al igual que los acontecimientos históricos.

La praxis no puede cerrarse y no puede considerarse cerrada. La realidad y los conceptos permanecen abiertos y esa apertura tiene distintas dimensiones: la naturaleza, el pasado, la posibilidad humana. No basta con decir que la noción de praxis trata de aprehender o aprehende la complejidad de los fenómenos humanos. Es necesario añadir que la praxis, por sí sola, aprehende esa complejidad creciente. Sin embargo, aunque la praxis (realidad y conceptos) es un concepto abierto por todas partes, no se pierde en la indeterminación. Solo una forma de pensamiento de un tipo determinado, en concreto la inteligencia analítica tradicional, confunde cierre con determinación y apertura con indeterminación. Para dejar claras estas ideas, tomemos como ejemplo la ciudad en general o, mejor aún, una ciudad concreta: París. Es una obra en el sentido que le hemos dado a este término, obra cuyo estudio esboza Marx en repetidas ocasiones relacionándola con la teoría general de la división del trabajo, igual que hace con las demás formas y los demás tipos de obras humanas. Es obvio que podríamos proseguir con ese estudio y que profundizar en él sería fundamental para la historia total. Desde el punto de vista sincrónico, la ciudad es un conjunto, un todo sometido a mutaciones lentas y bruscas. Desde el punto de vista diacrónico, la ciudad es obra de un grupo, mantiene relación con una sociedad global en la que se integra, y también con un estado que la propia ciudad domina o sufre. Una ciudad crece o decae; tiene éxito, se estanca o fracasa. ¿Cómo y por qué? El

estudio del emplazamiento y de la situación corresponde a la geografía, a la economía política o incluso a la biología vegetal o animal. El estudio de las instituciones compete *stricto sensu* a la historia, y el del grupo urbano a la sociología. No puede comprenderse la relación de la ciudad con la sociedad global sin recurrir a las ciencias especializadas. ¿Quiere esto decir que la ciudad, y la praxis que está en marcha en esta realidad, no tienen nada que pueda aprehenderse de forma concreta? Afirmar tal cosa supone resolver el problema metodológico de las ciencias humanas (relación de estas ciencias entre ellas, unidad supuesta o reconstruida de su objeto de estudio) suprimiéndolo por decreto.

Evidentemente no es casual que tomemos la ciudad como ejemplo concreto para ilustrar una tesis general. No es que pretendamos conocer la historia total de París, ni siquiera durante un breve periodo de tiempo, ni inspirarnos en ella. No. Se trata de una tesis o hipótesis que atravesará el estudio de la Comuna. Durante el Segundo Imperio, la «sociedad industrial» en su forma *capitalista* transformó profundamente la *capital*. Despejó el corazón de la ciudad repleto de cuchitriles, pero al mismo tiempo lo mermó y comenzó a destruirlo. La ciudad crece, pero explota ya hacia su periferia. El Estado bonapartista se proyecta sobre el terreno mediante la reorganización que lleva a cabo Haussmann de los barrios centrales y de las calles, y también a través del uso de los monumentos ya existentes y de construcciones nuevas.

A nuestro modo de ver, la insurrección parisina de 1871 fue el gran intento supremo de la ciudad de erigirse en la norma y la medida de la realidad humana. El hecho de que la ciudad fuera el marco y la razón de esta realidad era una especie de postulado de la civilización occidental desde la *polis* griega y la *urbs* romana. La ciudad, el medio humano, imponía su orden racional al caos de la naturaleza, a la barbarie rústica, a las personas y los grupos que la componen. La libertad, que no podía separarse de la razón y de la ley, solo tenía sentido en la ciudad.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX este modelo de civilización occidental se tambalea. La industrialización en el plano económico y el Estado en el plano político dominan la ciudad, la alteran, amenazan su centro y la hacen estallar hacia su periferia. Se instaura la desmesura. La ciudad va a dejar de dar la medida del hombre y de *estar hecha* a su medida, con ese cociente

incorporado a una obra magistral. Se vuelve monstruosa, una cabeza enorme sobre un cuerpo que ya no le corresponde, porque el cuerpo está vinculado a lo rústico (a las personas importantes del ámbito «rural»), mientras que la ciudad vive dominada y amenazada por la artificialidad del dinero y del capital.

¿El proletariado de París era consciente de esta situación? Evidentemente no. Como veremos, su conciencia histórica y su conciencia de clase se formulan de otra manera. ¿Algunos «líderes» comprendían la situación? Sí. De forma confusa, en parte. Les parecía injusto y absurdo que París dominase la provincia y que la capital acabase destruyendo la vitalidad de las demás ciudades. ¿Quién comprendía la naturaleza inquietante de la centralización y la estatización de Francia? ¿Los jacobinos de la Comuna? No. ¿Los marxistas? No había, y no podemos insistir lo suficiente en que la teoría marxista de la extinción del Estado, latente desde las primeras obras de Marx, fue posterior a la experiencia de la Comuna, no la precedió. Los proudhonianos fueron los únicos que entendieron algo y esbozaron un programa.

Nadie podía comprender la situación como podemos entenderla hoy, que hemos vivido y vivimos experiencias terribles: la Revolución de 1917; el fracaso parcial, por no decir otra cosa, de la transformación del mundo a cargo del proletariado; los fracasos del socialismo agrario; la actual explosión de la ciudad, etc. Sabemos, porque lo hemos vivido y hemos pagado un alto precio por ello, que quienes han hecho «historia» no la han hecho conscientemente, que entre su voluntad, sus objetivos y sus metas, entre los resultados, los medios y los fines, existen diferencias singulares. Cuando esos desajustes hayan desaparecido, entraremos en un nuevo periodo. Hasta que llegue ese momento, la historia total toma en consideración precisamente las diferencias y los desajustes que plantean problemas centrales.

La insurrección de 1871, llevada a cabo por el pueblo de la capital al completo (excepto por los elementos de la reacción negra), instigada por el núcleo proletario, tenía estos dos objetivos paradójicos: mantener París como capital frente a Versalles y también, al mismo tiempo, devolver la libertad, la igualdad y la fraternidad con París a todas las ciudades y los pueblos de provincias. Y todo ello de manera que permitiese un reparto equitativo y justo del progreso económico y social (de la industrialización,

en nuestras palabras). Más aún: la ciudad, habiendo recuperado su gloria, su belleza y su razón de ser profunda, entraría en una fiesta sin fin. El día que siguiese al amanecer revolucionario iluminaría una vida profundamente transformada, en el marco poderoso, incluso mágico, de la ciudad espléndida, «sentada al occidente».²⁷ El llamamiento a las ciudades de provincias y el programa federalista fueron algo más que un grito de angustia o una táctica política, aunque sus impulsores y redactores no pudiesen imaginárselo. Si hacían historia, la historia se haría a través de ellos: con sus invenciones creadoras, sus tentativas y sus rodeos, sus actos de heroísmo ciego y sus desenlaces trágicos.

Los hombres (masas, grupos e individuos que actúan) no hacen historia sin una conciencia histórica. Trataremos de ilustrarlo. Entre la conciencia histórica y la conciencia de clase existe una relación compleja: un vínculo dialéctico. A veces, esas dos conciencias tienden a la unidad en la praxis; otras veces, se oponen e incluso se neutralizan como formas de la conciencia social y de las representaciones (ideologías). Veremos cómo el estilo de la Comuna fue fruto de una admirable confluencia entre estas formas de la conciencia: la conciencia de la historia y la conciencia de clase (a las que añadiremos, sin darle una posición de primacía como sí hacen algunos intérpretes que se consideran «marxistas», la conciencia nacional).

Por otro lado, no existe ninguna actividad humana, y menos aún una actividad revolucionaria, sin una imagen del futuro. ¿Utopía? ¿Exaltación ilusoria? ¿Previsión racional e incluso científica? La experiencia del siglo XX muestra que la forma última de conciencia del futuro, que en otro tiempo podía parecer la más eficaz, ha demostrado ser bastante vana. Los hombres actúan movidos por una idea emocionante. Se dejan matar para conseguir una vida nueva. La idea de la libertad era mucho más apasionante que la del desarrollo de las fuerzas productivas y la convergencia entre esas fuerzas productivas y las relaciones de producción. La Comuna, fundamento del análisis marxista de las revoluciones, fue una revolución que tuvo lugar sin el análisis marxista.

27 Verso del poema de Rimbaud «La orgía parisina o París vuelve a poblarse»; trad. al castellano extraída de Arthur Rimbaud, *Poesías completas*, Madrid, Cátedra, 1996 [N. de la T.].

La Revolución y el revolucionario luchan por un futuro; de la imagen de ese futuro toman, en la medida en que pueden, sus características y elementos. En términos filosóficos, no hay acción sin proyecto y los elementos del proyecto se encuentran en el trayecto. Marx nos lo dijo de una forma más relacionada con la historia desde el principio de *El dieciocho Brumario...*: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su voluntad, [...]. E incluso cuando parecen ocuparse de cambiar las cosas y a sí mismos, y crear lo que no estaba, precisamente en estas épocas de crisis revolucionaria invocan temerosamente a los espíritus del pasado para servirse de ellos, toman prestados sus nombres, sus consignas de batalla y sus trajes...».

A nuestro modo de ver, entre los hombres de la Comuna, unos, los jacobinos, hicieron una pobre imitación de 1793 que tuvo bastante peso en el fracaso de la Comuna. Otros incorporaron los elementos del futuro en la experiencia de la Comuna como comunidad y ciudad. Por eso merecen que se los llame *communards*. Otros fueron aún más lejos...

Sigamos generalizando para exponer la legitimación metodológica de nuestro trabajo. En nuestra opinión, una revolución es un fenómeno total: económico, sociológico, histórico, ideológico, psicológico, etc. Un fenómeno total de esta naturaleza contiene en sí mismo su unidad histórica; la globalidad que busca el conocimiento se encuentra incluida y se descubre en esa unidad. Como fenómeno total, parece inagotable, y lo es. Por lo tanto, no dejan de desvelarse aspectos nuevos que se revelan ante la retrospcción. No se trata solo de los aspectos «históricos» en el sentido estricto del término. Hablamos también de los aspectos económicos, sociológicos, ideológicos o psicológicos, sin que a ninguno de ellos pueda asignársele dogmáticamente el privilegio de la causalidad absoluta. Incluimos ahí la conciencia histórica, la conciencia de clase, la imagen de lo posible. Por lo tanto, las obras de los distintos historiadores (o de economistas, sociólogos, teóricos de la ideología, etc.) pueden ser opuestas e incluso enfrentarse sin que exista una incompatibilidad definitiva entre ellas. Esas obras sacan a la luz contenidos que hasta entonces permanecían velados, latentes, enmascarados, inadvertidos en la enormidad explosiva del fenómeno. ¿La totalidad? Se encuentra en el conjunto de manifestaciones, aconteci-

mientos, situaciones y actos, sin dejar fuera —al contrario— la pluralidad de las fuerzas, las intenciones y las voluntades que actúan. La totalidad no se define solamente cuando finaliza una construcción o reconstrucción intelectual, como límite al infinito del conocimiento al que se aproxima mediante acercamientos sucesivos. La totalidad es eso y mucho más que eso. Es una cosa dada. Tiene una objetividad específica, restrictiva, basada en la historicidad de lo humano, que se muestra —de manera simultánea pero desigual— en la economía y la política, en la ideología y las formas sociales, en la vida práctica de las personas y de los grupos, en los objetivos y las voluntades, en la espontaneidad y las ideologías, en los acontecimientos, al fin y al cabo, y en la historia en tanto que sucesión de acontecimientos, es decir, de situaciones, de decisiones y de actos.

Más concretamente, una revolución hace que sean posibles una serie de acontecimientos en el transcurso de un largo proceso del que esa revolución fue origen, parte o momento decisivo. Cada vez que una de esas potencialidades se perfila o se materializa, arroja luz retroactivamente sobre el proceso. Esa luz no se limita a adoptar una perspectiva contingente, a un «punto de vista». No requiere la mediación de una imagen general (filosófica y por lo tanto bien idealista o bien materialista) del hombre y del devenir. La claridad histórica nace de la historia, es decir, de la praxis situada en un devenir y creadora de un devenir; surge de la compleja y contradictoria historicidad del hombre.

Al tomar en consideración una experiencia vivida en la práctica (vivida en la práctica social y política, sin buscar un distanciamiento imposible), los historiadores tienen razón profundamente, es decir, tienen razones profundas. Con una condición: que su propia experiencia histórica sea «válida», esté integrada y enraizada en el proceso en cuestión. Es decir, que no proyecten de manera irreal la actualidad sobre el pasado. Que no elaboren, cada uno por su parte, una imagen general del hombre y una concepción filosófica de la historia implícita o explícita.

No confundamos esta introducción del concepto de lo posible en el método histórico con una interpretación filosófica de la historia. Aunque tenga un origen filosófico y los filósofos hayan dedicado mucho tiempo a elaborarlo, hoy en día este concepto se aleja de toda sistematización especulativa. Es fácil mostrar que

se introduce en todos los ámbitos y en todas las ciencias, por ejemplo, a través del cálculo de probabilidades y de las fórmulas matemáticas modernas, o incluso en las palabras «prospección» y «prospectivo». El concepto pierde su carácter tradicional de abstracción especulativa para adoptar un sentido general. Por lo tanto, aquí ya no se trata de un elemento externo añadido a la metodología de la historia, sino de una carencia que subsanar en las nociones de lo real histórico, de la necesidad, de la causalidad y de las leyes en la historia.

En este sentido, podemos delimitar los contornos de una teoría de la objetividad exhaustiva, no exclusiva de un cierto relativismo. El pasado se convierte en presente o vuelve a serlo en función de la realización de las posibilidades albergadas objetivamente en ese pasado. Se desvela y se actualiza junto con esas posibilidades. En nuestra opinión, introducir la categoría de lo posible permite concebir la objetividad histórica dejando su espacio al relativismo y a la inagotabilidad de lo «real», a la novedad tanto en la historia en acto como en la historia escrita por los historiadores, sin volver a caer, no obstante, en el relativismo puro y duro que se autodestruye en tanto que conocimiento. La introducción de esta categoría también permite restablecer a la obra y a la persona del historiador en el movimiento de la historia sin caer en el subjetivismo. En este sentido, no hemos de tomar al pie de la letra, fetichizándola, la palabra «inagotabilidad» (de lo real, del devenir). Si se tomase al pie de la letra, impediría la profundización; daría un argumento a quienes niegan la historia. Sin embargo, aunque lo infinito, y por tanto lo inagotable, se da en todas partes —en todos los ámbitos de la materia y también en toda acción humana—, y aunque ningún análisis puede aspirar a ser exhaustivo, ni ninguna exposición a estar terminada, existen saltos hacia adelante y discontinuidades tanto en el análisis como en la exposición y en los propios procesos. En particular, en la línea más sólida y más auténtica del marxismo, la intervención revolucionaria del proletariado debe acercar —pero sin identificarlos de inmediato— los hechos al concepto, la praxis a la teoría, lo real a la transparencia, el conocimiento a la verdad. El enfoque que ahonda en el conocimiento —entendimiento y explicación indisolublemente relacionados, aunque

de forma dialéctica, es decir, no sin conflictos— tiende hacia ese doble límite: agotar lo inagotable y exponer la totalidad.

La historia de la Comuna no deja de presentarse bajo aspectos nuevos. Inmediatamente después del desenlace del drama, Marx extrae las primeras enseñanzas del sombrío caos de los hechos; las incorpora a su doctrina, en la que se integran a la perfección. Es la teoría de la dictadura del proletariado y, por lo tanto, de la extinción del Estado en esta dictadura democrática. Bajo la Tercera República, en Francia, la lucha por el laicismo y por las primeras «leyes sociales» da un nuevo sentido a algunas iniciativas de la Comuna. Estas luchas sociales y políticas, además, van de la mano de las campañas a favor de la amnistía y la rehabilitación de los *communards*. Más adelante, los grandes acontecimientos políticos del siglo XX, los estallidos revolucionarios de 1905 y 1917 en Rusia, actualizan de forma nueva e imprevista los acontecimientos de 1871; Lenin señala en la Comuna un esbozo de los sóviets. Incluso a día de hoy aparecen elementos nuevos, como la exigencia general (mundial), que se percibe tanto en los grandes países socialistas (la URSS) como en los grandes países capitalistas muy industrializados (especialmente en Francia), de una descentralización administrativa y política; en la ideología y la práctica de la Comuna también podemos encontrar los primeros indicios de esa descentralización. El devenir histórico ha expuesto sus posibilidades, implicadas, definidas, «condicionadas» por la Comuna y por el proceso del que la propia Comuna formó parte.

Un conjunto impresionante de hechos motiva un nuevo examen de la historia de las revoluciones en general y de la Comuna en particular. Recordemos que el movimiento revolucionario sigue vivo a escala mundial, pero que no siguió la línea recta prevista por Marx, Engels y Lenin, previsiones que se basaron fundamentalmente en las enseñanzas de la Comuna. Este movimiento, que ha derivado hacia los países donde predominan las cuestiones agrarias y las relacionadas con la industrialización acelerada, se ha estancado parcialmente en la burocratización, el estatismo y la tecnocracia. Sin dejar de identificarse con la Comuna ni de poner por las nubes la energía revolucionaria de quienes *acometieron el asalto a los cielos*, este movimiento a menudo hace lo contrario de lo que trataron de hacer los hombres de

la Comuna. Ellos querían quebrar el Estado existente y crear un Estado nuevo, en proceso de extinción y abocado a extinguirse de inmediato (Lenin). El movimiento revolucionario del siglo XX ha creado y continúa creando Estados gigantes, aparatos políticos enormes y poderosos. En estas condiciones, debemos retomar la historia de la Comuna para reconstruir no solo los hechos, sino también su significado, ahora oscurecido. Tenemos que someter a una crítica fundamental las interpretaciones que oscurecen o dejan que se oscurezcan estos significados políticos.

Es posible que el fracaso de la Comuna se nos presente bajo otra luz: a la vez como prefiguración de un fracaso mucho más amplio y como heraldo particularmente importante de potencialidades y tareas futuras. Todas las revoluciones tienen algo de proféticas²⁸ y no se explican únicamente a través de las condiciones, del pasado y de lo conseguido. Los *communards* querían vencer al Estado para hacer realidad la libertad; no lo consiguieron. Quienes vivimos en el siglo XX, tampoco. Y sin embargo es uno de los problemas que tenemos, que se plantea con una amplitud nueva, casi desmesurada.

La Comuna se reactualiza. Anuncia la larga crisis del movimiento revolucionario en los países europeos e industrializados; caracteriza una época histórica que va desde 1848 hasta la guerra de España. Al mismo tiempo, va más allá de ese periodo y nos propone, tal vez con un estilo ingenuo, las exigencias más profundas y más duraderas de la revolución mundial.

Hoy debemos retomar el estudio del movimiento obrero de una forma completamente nueva: que parta del desengaño y sea, a la vez, audaz. El primer asalto, limitado a Europa, de este movimiento contra el viejo mundo, fracasó parcialmente. Provocó cambios profundos en la situación; dio resultados inmensos que no eran los que querían quienes se ocuparon inicialmente de la teoría y de la acción. Algunos de los que se presentan como herederos políticos y teóricos de la Comuna no poseen más

28 Tomamos prestadas estas líneas a uno de los mejores historiadores dedicados a la Comuna y bastante desconocido, M. Dommanget, que además parafrasea textos marxistas clásicos. Las revoluciones son crisoles «en los que, con sorprendente rapidez, se forman y chocan las luchas de clase y las tendencias opuestas, los organismos, los métodos de combate y las instituciones que no se manifestaron plenamente hasta que no llegó la evolución posterior» (Maurice Dommanget, *La commune et les Communards*, París, Les Égaut, 1947).

que la herencia de un fracaso, herencia a la que han privado de sentido precisamente porque creen, o eso dicen, haber tenido éxito. ¿No existe un movimiento dialéctico de la victoria y de la derrota, del fracaso y del éxito? Los éxitos del movimiento revolucionario han tapado estos fracasos; pero los fracasos — el de la Comuna entre otros— son también victorias, abiertas de cara al futuro, siempre que se reinterpreten y se mantenga la verdad de esos acontecimientos. Lo que resultó imposible para los *communards* sigue siendo imposible a día de hoy y, por lo tanto, nos sigue señalando lo posible, lo que se puede hacer realidad. Una segunda ola de asalto revolucionario, una ola mundial, contra el viejo mundo, coronado por la burocracia estatal, ¿no supondría la extinción y el fin del Estado fuera cual fuera el proceso, local o global, violento, pacífico, brusco o gradual?

En cierto sentido, en esta obra trataremos de hacer un inventario prospectivo, con el objetivo simultáneo de desprendernos de ese pasado que representa la Comuna y también de volver a proyectarlo hacia el futuro. Más allá de ese final de la política, el fin del Estado y de la política, la Comuna plantea el objetivo más lejano y también el más próximo, el más amplio y el más inmediato: la metamorfosis de la vida (cotidiana) en una fiesta infinita, en una alegría sin más límite ni medida que la fatalidad de la muerte, muerte que se retrasa indefinidamente.

¿Utopía? Puede ser, pero no está claro. Puede ser, porque la ciudad, ese marco de esplendor y realización del hombre como ciudadano y urbanista, estalla en pedazos a nuestro alrededor. Porque el proletariado ha perdido, indefinida o momentáneamente, su fuerza propulsora, negativa y creadora, porque se han producido fracasos y victorias parciales de la revolución mundial, y puede ser que sus éxitos hayan sido también sus fracasos, los peores.

Y no obstante, los medios para la metamorfosis están ahí, a nuestro alcance, en las técnicas, las máquinas, la electrónica y la cibernética.

Por esta vía, se nos lleva a restaurar el sueño, si no la utopía, y a poner en primer plano la *poiesis*, la idea renovada de una praxis creadora. De ahí la experiencia de la Comuna y su estilo.

Al tratar de caracterizar la Comuna con un estilo, al definir ese estilo mediante la fiesta y el drama, introducimos deliberadamente la sociología en la historia para acercarnos a la historia total.

Nuestra sociedad actual se despliega en una insignificancia llena, atiborrada, de significados, en una satisfacción repleta de malestares, en una cotidianidad por encima de la cual, allá arriba, muy lejos, se erigen el Estado, la tecnicidad y la alta cultura especializada (que conviene no confundir con la cultura de masas, que entrega para el consumo voraz una cultura «general» pasada y ya muerta). En esta sociedad llamada «de consumo», establecida temporalmente, la alienación alcanza su punto álgido, porque toca las raíces del deseo humano; la vida privada, la vida cotidiana y la vida alienada tienden a coincidir. La fiesta y el drama (o lo trágico), se desdibujan como si fueran a desaparecer; las fiestas toman o retoman un cariz oficial y artificial que las aleja de una espontaneidad que podría creerse desaparecida. Es al estar en contacto, si puede decirse así, con estas ausencias —con estas realidades negativas— en el seno de una realidad positivamente constatable y, aun más, cuestionable, cuando los sociólogos pueden retomar la elaboración de conceptos antiguos, como el de fiesta o el de drama. Lo negativo, lo ausente, son tan reales como lo positivo y la «realidad». Igual que lo posible y que el pensamiento crítico. La experiencia negativa es tan auténtica o incluso más que la experiencia llamada positiva; tan real o incluso más. De igual modo, la desestructuración es igual de cierta que la estructura. Esta aplicación retroactiva tal vez nos permita recuperar hasta cierto punto lo que fue y lo que no fue la sociedad en la época de la Comuna, lo que fue y lo que no fue el acontecimiento revolucionario. No nos exime (todo lo contrario) de recurrir a textos, documentos y testimonios.

Para preparar este estudio, hemos consultado muchas fuentes de información, algunas de ellas poco conocidas o muy poco utilizadas.²⁹

29 Por ejemplo, *Pariser Kommune, Berichte und Dokumente*, Berlín, Neuer Deutscher Verlag, 1931, obra notable publicada por el Partido Comunista alemán y la III Internacional.

La casualidad³⁰ hizo que llegara a nuestras manos un documento de gran interés: *La vérité sur la commune par un ancien proscrit*³¹ [La verdad sobre la Comuna por un viejo proscrito], que contiene el relato detallado de la jornada del 18 de marzo. Las entregas que lo componen parecen haber desaparecido, porque, hasta donde sabemos, no se citan en ninguna parte.

Para terminar, tampoco hemos pasado por alto algunos estudios importantes publicados en el extranjero.³²

No obstante, no pretendemos en absoluto hacer descubrimientos de naturaleza histórica, ni alcanzar la historia total hacia la que aspiramos. La diferencia de este trabajo con respecto a las numerosas obras que ya se han dedicado a la Comuna estriba solo en el método de análisis y en la introducción deliberada de conceptos específicamente sociológicos que hacen hincapié en determinados aspectos del proceso social. A decir verdad, a día de hoy, en el plano propiamente histórico, solo los trabajos detallados, las tesis que versen sobre aspectos precisos (p. ej., la vida de los barrios y los batallones de la Guardia, las órdenes de marcha de las tropas, los procesos de los consejos de guerra, etc.) pueden aportar elementos nuevos.

Una cosa más para poner fin a esta introducción. Este estudio, con sus particularidades metodológicas y teóricas, no se dirige a un lector que ignore por completo los hechos. Tampoco a un lector que adopte por su cuenta una interpretación de los hechos y se agarre a ella dogmáticamente.

30 Cosa que debemos a Jacques Debouzy, a quien se lo agradecemos especialmente.

31 *Publications illustrées républicaines*, París, sin fecha, 420 páginas. En el texto se indica que los 53 fascículos se publicaron durante la campaña a favor de la amnistía, a partir de 1878. El autor, anónimo, podría ser Charles Prolès. Cabe señalar que el Instituto Feltrinelli de Milán posee una recopilación, que no hay que confundir con el libro, publicada con el mismo título por Beslay, con 75 años, en 1877 (un largo alegato a favor de sí mismo y del «socialismo liberal»).

32 Sobre todo, Kerjantsev, *Histoire de la commune de Paris*, Moscú, 1959 (en ruso), y Frank Jellinek, *The Paris Commune of 71*, Londres, Gollancz, 1937.

3

LAS INTERPRETACIONES

Los reaccionarios

Entre las múltiples interpretaciones, más o menos disfrazadas de «documentos históricos», nos encontramos primero con las de los adversarios, los integrantes de la reacción y de la derecha «clásica».

Su interpretación es muy sencilla: durante los días de la Comuna, el populacho más vil trató de destruir «la sociedad». Los bajos fondos se sublevaron durante varias semanas contra toda persona con categoría, nobleza y superioridad. ¿Los dirigentes de la Comuna? Una panda de condenados a trabajos forzados que han quebrantado el destierro y de fracasados que buscan venganza (entre los que se incluye «esa cosa a la que llamamos Gustave Courbet», en palabras de Alexandre Dumas hijo).

Unas pocas personas diabólicas, agrupadas en un organismo que representaba las fuerzas del mal (la I Internacional), desataron la potencia destructora. Hubo, así pues, «inductores», palabra vaga y amenazante, auténtico mito similar a los mitos del racismo y del colonialismo, por los cuales *la ausencia de pensamiento reaccionario* explica aquello que lo incomoda, desde las huelgas hasta las revoluciones.³³

A nadie le sorprenderá constatar que la fuente y la inspiración de los historiadores y polemista reaccionarios es la *Enquête parlementaire* [Investigación parlamentaria] oficial sobre la insu-

33 «Los burgueses conservadores y los provincianos dieron a la Comuna una explicación muy sencilla: era producto de un complot fomentado por las sociedades secretas jacobinas y sobre todo por la Internacional» (Adrien Dansette, *Les Origines de la Commune de 1871*, París, Plon, 1944, p. 13).

rección del 18 de marzo.³⁴ El informe inaugural de Martial Delpit comienza en estos términos: «El 18 de marzo se ha convertido en una de las fechas nefastas de nuestra historia, tan numerosas en el último siglo. La sociedad francesa, cuya existencia se vio amenazada ese día, pasó más de dos meses vencida por una increíble insurrección» (t. I, pp. 1-2).

Más adelante, el honorable ponente trata de determinar las causas de la insurrección. Este análisis oficial merece que lo recordemos aquí, no por su interés sobre la historia de la Comuna, sino por los valores y las ideologías que transmite y porque ayuda a recrear el ambiente.

Por supuesto, la declaración de Thiers insiste en el mismo sentido y va aún más lejos: «Creo que la acción de la Internacional es muy real, ininterrumpida, y es así desde hace muchos años, pero al mismo tiempo esa acción permanece muy oculta». El hombre de Estado no oculta sus intenciones, aunque su declaración es ambigua, porque no permite saber si existió una provocación deliberada por su parte: «Cuando quedé encargado de estos asuntos, me asaltó inmediatamente esta doble preocupación: lograr la paz y someter París». La situación de París, agravada desde la entrada de los prusianos, era la siguiente:

Entre doscientas y trescientas mil personas habían pasado varios meses sin hacer nada o llevando un fusil que apenas utilizaban. Vivían de la ayuda de la administración municipal de París y esa vida les parecía bastante cómoda. Junto a ellos había revolucionarios, imitadores de [17]93 que pensaban que en 1848 habían sido demasiado blandos, que esta vez era necesario actuar de otra forma. Y también estaba la Internacional. Todo ello constituía una fuerza extraordinaria. Por otro lado, se habían abierto las puertas de París y todas las personas honradas que se habían comportado de forma muy patriótica durante el asedio de la ciudad se habían marchado a ver a sus familias y a respirar aire puro. La parte de la Guardia Nacional integrada por bravos ciudadanos que contenían el desorden había desaparecido. Solo quedaban los vagos que ya he mencionado. Además, desde que se firmó el armisticio, algunos hombres del ejército habían confraternizado con la fracción malvada de la población. Incluso había sido necesario expulsar a algunos soldados... En cuanto se

34 Versalles, Cerf, impresor de la Asamblea Nacional, 1872, t. I, *Rapports*; t. II, *Dépositions des témoins*.

firmó la paz, vi que tendríamos que librar una lucha terrible contra esas personas de todo tipo acumuladas en París...³⁵

Así, Thiers, el político ilustre, el eminente historiador, no duda en añadir la calumnia y la justificación mediante calumnias a la premeditación de un crimen político que estuvo a punto de salirle muy mal.

La abundante literatura reaccionaria dedicada a la Comuna adorna la ideología expresada desde los organismos oficiales con todo un arsenal de epítetos injuriosos y de hechos distorsionados.

Estas versiones de los acontecimientos no tendrían ningún interés si no formasen un capítulo de la historia de las ideas y de las ideologías. Como se ha señalado en muchas ocasiones (y Henri Guillemin lo ha hecho hace muy poco y con gran intensidad), hasta finales del siglo XIX, la derecha francesa, burguesa y reaccionaria, ignora el patriotismo y no alberga más que las primeras simientes, todavía inciertas, de lo que será el *nacionalismo*. Aunque sus portavoces atacan a la Internacional por su *cosmopolitismo*, e incluso a los *communards*, acusándolos de connivencia con los alemanes, difícilmente pueden sospechar de su patriotismo. El sentido y el odio de clase no encuentran ni mantos ni distorsiones ideológicas lo suficientemente opacos para ocultarse. Se dan rienda suelta a sí mismos, abiertamente, con la única cobertura de la religión, la moral y la autoexaltación de las «élites».

Este odio de clase alcanza a veces una especie de perspicacia brutal. Es más lúcido que la indulgencia desdeñosa. El enemigo inteligente ve con más claridad que el amigo tibio o que el partidario estúpido.

Pese a mi intención de dar un espacio muy restringido a las apreciaciones morales y de ceñirme sobre todo al orden práctico de los hechos, declaro que la revolución del 18 de marzo no ha sido más que la lucha de quienes no poseen nada contra quienes sí tienen posesiones. [...] El odio feroz que los hombres de la Comuna fingían alimentar contra los monár-

35 *Enquête*, t. II, pp. 2 y 9. Sobre la preparación de la jornada del 18 de marzo por parte de Thiers, es decir, sobre la provocación y la agresión, véase sobre todo la p. 10; sobre la poca importancia militar de los cañones de la Guardia Nacional, véase la p. 11. Véase también la declaración del antiguo prefecto de policía, Choppin, p. 117. Pero volveremos a ello.

quicos y los sacerdotes tenía menos que ver con un partido político o con la religión que con la propiedad en sí misma, fuera cual fuera el lugar en el que se encontrase o la forma que adoptase.

Así se expresa un religioso, el abad Lamazou, en un libro representativo de la literatura clerical y reaccionaria durante la época anterior a la consolidación de la Tercera República [francesa] y a la rehabilitación (relativa) de la Comuna.³⁶ Este es el estilo, que además nos retrotrae al ambiente de una época. Los suble-vados, en palabras del autor, eran a menudo de avanzada edad.

Ebrios, horrendos, representaban muy bien a esos tipos innobles vomitados por la revuelta y que forman los bajos fondos de la canalla ruin. Había muchos viejos marchitos por el libertinaje y la pereza que, como no tenían nada que perder, eran reclutas asegurados para la insurrección, viniese de donde viniese. [...] Se distinguía en la multitud a hombres horrendos de entre 50 y 60 años cuyo rostro feroz y marchito debía despertar las más lamentables sospechas sobre sus malos instintos y sus antecedentes judiciales.

Estos mercenarios sin dignidad «no parecían tener ninguna otra preocupación más allá de fumar y beber». Además, un poco más adelante este «testigo» comenta, sin temor a contradecirse, la presencia de numerosos guardias nacionales que «eran más niños que hombres; no parecían tener más de 16 o 17 años. Tan orgullosos como sorprendidos de tener un fusil en la mano, solo buscaban una ocasión o un pretexto para utilizarlo. Quienes vieron de cerca las revoluciones de París, saben que los niños armados son capaces de los estragos más atroces». De este relato, nos quedamos con que en las tropas de la Comuna había viejos revolucionarios de 1848 y críos heroicos. El digno sacerdote narrador ha recibido del cielo el don de la insinuación y la gracia que santifica la mala fe. No duda en escribir, al servicio de la buena causa: «Mientras Prusia se preparaba para exponer en las plazas públicas de Berlín los trofeos conmemorativos de su triunfo, la Comuna, movida por un odio salvaje (los observadores indiscretos añaden: por el oro prusiano), decidió derribar

36 *La Place Vendôme et la Roquette: documents historiques sur la commune*, del abad Lamazou, antiguo vicario de la Madeleine, párroco de N.-D. d'Auteuil, precedido de una carta de Monseñor Dupanloup; París, Charles Douniol et Cie, 1873. El libro contiene interesantes detalles sobre las revueltas reaccionarias del 21, 22 y 23 de marzo de 1871.

la columna de Vendôme». Apreciemos en su justo valor a esos «observadores indiscretos» y sigamos adelante.³⁷

Los simpatizantes tibios, los conciliadores y los adversarios moderados

En el centro de toda esa variedad de interpretaciones podemos situar muchos nombres y títulos de obras.

En cabeza de esa lista, citaremos la declaración de Jules Ferry ante la comisión parlamentaria. Esboza ya las grandes líneas de una interpretación que elude las responsabilidades, que trata de «excusar» al pueblo de París, de culpar a la situación febril del asedio y al nerviosismo de la población, intenta poner de relieve el patriotismo y pasar por alto las razones sociales y políticas del movimiento de masas. En esta línea, llena de buenas intenciones, se admite la culpabilidad por el 18 de marzo y la Comuna.

Me gustaría responder en cierta medida a la opinión, que percibo muy extendida en la actualidad, de que la insurrección del 18 de marzo es fruto de una conspiración organizada desde hace mucho tiempo. [...] Considero que estaríamos tomando el camino equivocado si atribuyésemos los acontecimientos del 18 de marzo únicamente a los elementos de guerra social presentes en nuestra civilización moderna. [...] Entre las numerosas causas que determinaron la insurrección, situaría ante todo un estado moral de la población de París al que yo llamaría gustosamente «la locura del asedio». En cuanto a las causas secundarias pero decisivas, no dudo en clasificar aquí la voluntad expresada por los prusianos de entrar en París y de ocupar uno de sus barrios. El Comité Central de la Guardia Nacional, que ha tenido un papel tan destacado en este asunto, sin duda ya existía. [...] Pero el Comité no tomó la iniciativa ni se convirtió en la fuerza motriz más que a raíz de la entrada de los prusianos. [...] La desgracia es que, para oponer resistencia a esta organización revolucionaria de la Guardia Nacional, lo único que nos quedaba ya era una organización legal profundamente debilitada.³⁸

Esta fue la dirección que tomaron muchos historiadores que pretendían ser imparciales y se creían sinceramente objetivos. De hecho, prolongaron la actitud imprevisible de la «izquierda» radical y de la burguesía liberal en 1871, que se divi-

37 *Op. cit.*, pp. 49 y 59; véase también en la p. 39 el relato del «testigo» de una fiesta de la Comuna.

38 *Enquête parlementaire*, t. II, pp. 60-64, declaración de Jules Ferry.

dió en dos grupos: uno se aproximó a la Comuna y se unió a su causa, mientras que el otro siguió a Thiers.

Así pues, estos historiadores tienden a reducir el movimiento popular del 18 de marzo y las semanas posteriores bien a un movimiento patriótico sin dimensión de clase o bien a un movimiento democrático pequeñoburgués. Justifican a los *communards* y a veces admiten su culpa, insistiendo en el rigor del invierno y los sufrimientos del asedio, en las privaciones y en el nerviosismo creciente de la población. Hacen hincapié, por un lado, en la turbación de las personas más pendientes de estas cuestiones ante la certeza, casi plena, de la restauración de la monarquía por parte de la Asamblea de los «rurales» reunida en Versalles y, al mismo tiempo, en la inquietud de las propias masas. Muestran el patriotismo del pueblo parisino, su indignación ante la manera en que el supuesto *gobierno de la defensa nacional* (GDN) había tomado las riendas de la guerra contra el invasor, ante el evidente sabotaje de la defensa de París y de la lucha en las provincias.

Los partidarios acérrimos de la Comuna, los historiadores de extrema izquierda, acusan a este otro grupo de historiadores de los que estamos hablando de «objetivismo», como si tratar de lograr la objetividad y la imparcialidad fuese contra la verdad histórica. Es una acusación fuera de lugar. Si bien los historiadores «objetivistas» no han visto bien los acontecimientos en su conjunto, si bien su imparcialidad suele quedarse en aparente y superficial y obedecen mucho más de lo que creen a los imperativos de actitudes predeterminadas, no por ello hay que quitarles el mérito de haber establecido o reconstruido muchos hechos y de haber puesto de manifiesto muchos errores difundidos por la derecha. Su papel político fue importante durante la Tercera República, cuando el objetivo era lograr la amnistía y modificar una opinión pública que llevaba mucho tiempo bajo la influencia de la derecha reaccionaria. Introdujeron la razón y el método racional en el estudio de los hechos.

Resulta cuando menos curioso constatar que la historia de la Comuna es una de las más desconocidas. [...] Las dictaduras de orden moral han postergado cualquier examen serio del asunto [...]. Eso explica la formación de lo que yo llamaría la leyenda de la Comuna, leyenda cuyos hechos se presentan más o menos así: los líderes de la facción revolucionaria,

jacobinos y miembros de la Internacional, organizan un gran complot en cuyo núcleo está el Comité Central; el 18 de marzo, dan la señal para entrar en acción, derrocan el gobierno y se hacen con el poder, aterrorizando al París honrado y burgués.

Así comienza la obra de Camille Pelletan sobre la historia de la Comuna.³⁹ El autor continúa:

Es interesante observar la evolución de esta leyenda [...]. Así se valoraban los hechos en Versalles en 1871, por lo menos en abril y en mayo. Pero era necesario que el resto de Francia compartiera esa opinión. La mayoría de los adversarios de la Comuna en la capital y gran parte del movimiento republicano en provincias compartían en ese momento las ideas de la Liga de Unión por los Derechos de París, manifestadas en muchas ocasiones por los delegados de los consejos municipales. Los «conciliadores» de toda índole no creían en absoluto estar perdiendo que se llegase a un acuerdo con un antro de salvajes ni con una banda de ladrones. Y la prueba de que su impresión era compartida es que el efecto de los acontecimientos de la Comuna en las elecciones de los departamentos se tradujo en un voto de condena a la Asamblea y, en muchos casos, en la elección de los propios conciliadores.

Cuando termina la lucha política para consolidar la República, cuando comienza la lucha por la laicidad y la separación de Iglesia y Estado, cuando la pequeña burguesía radical va a dejar su impronta en la democracia francesa, en ese momento un ideólogo de esta corriente esclarece los acontecimientos de 1871 mostrando cómo la Comuna hizo posible la República y la salvó.

Dicho esto, Camille Pelletan figura entre quienes lanzaron la tesis de la espontaneidad absoluta de los movimientos populares de 1871. Empieza con una descripción y un análisis notables de los cambios que se produjeron en París durante el asedio. Se instauraron nuevos marcos sociales; la ciudad, como en la Antigüedad o en la Edad Media, coincidía con la sociedad; el barrio se convirtió o volvió a ser el núcleo de la vida urbana, enmarcado por la organización militar del pueblo armado. «Se sabe» —dice Pelletan— «la importancia que había adquirido la Guardia Nacional durante el asedio. La vida privada y la vida pública habían recibido una gran influencia de las relaciones y los

39 Camille Pelletan, *Question d'histoire. Le Comité central de la commune*, París, Dreyfous éd., 1879, p. 187.

hábitos que creaba la Guardia. El agrupamiento de la población por batallón y por compañía había pasado a formar parte de las costumbres tanto para presentar sus reclamaciones como para examinar a los candidatos a funciones municipales o en la diputación. Se nombraban delegados de compañía. En momentos como las elecciones generales, las negociaciones por la paz o las primeras sesiones de la Asamblea, se llevó a su máxima expresión la emoción pública, el movimiento de la opinión encontró un marco ya preparado [...]».⁴⁰

Tras estos comentarios pertinentes cuyo alcance sociológico parece haber interpretado mal, el autor quita importancia a este marco. El Comité Central constituido tras el 15 de febrero solo tenía un objetivo impreciso: defender los derechos de los ciudadanos, fortalecer los vínculos de solidaridad y de unión entre los guardias nacionales. La única idea clara que se colige de los documentos sobre el Comité Central es un razonamiento electoral. Los fundadores del Comité Central, entre quienes nos sorprendería encontrar a los espíritus más mansos, no tenían ningún propósito establecido, no formaron ningún grupo rector. Los acontecimientos se precipitan: «la firma del tratado, la entrada de los prusianos y los primeros logros de la mayoría clerical y monárquica de Burdeos extienden la sensación febril por todo París». Entonces la anarquía se adueña de la capital. En el seno de esa anarquía no hay ninguna organización con auténtico poder; existen más bien múltiples grupos de acción desordenados. «Se conoce la existencia de un buen puñado de estos comités, todos ellos 'centrales': Comité Central de la Delegación de los Veinte Distritos, Comité Central de los Defensores de la República, Comité Federal Republicano, Comité de la Reunión de los Marseleses, Comité Central de Montmartre, etc.». Los documentos no muestran más que desorden, dispersión y absoluta confusión. Ni siquiera hubo, según Pelletan, «líderes que persiguieran con insistencia un propósito establecido». La composición de los grupos organizados no dejaba de cambiar. El Comité Central de la Guardia Nacional sin duda formó parte de la insurrección, pero «ni la causó ni la organizó. Lejos de haber disciplinado la emoción tumultuosa y desordenada de París, el propio Comité fue

40 *Op. cit.*, p. 8.

uno de sus síntomas más completos». En cuanto a la Internacional, se ha sobrestimado su papel. «El miedo a la Internacional es una enfermedad que viene de antiguo». ¿Cuántos miembros tenía exactamente? ¿Cómo habrían podido organizar la jornada del 18 de marzo unos desconocidos? Las actas de las reuniones de la Internacional (sobre todo la del 22 de marzo de 1871) ilustran la diversidad de opiniones expresadas por los dirigentes sobre los acontecimientos y sobre el propio Comité Central. La Internacional, lejos de dirigir el movimiento, se dejó llevar por él.

Quien dice espontaneidad dice también irresponsabilidad. La tesis de la espontaneidad del movimiento sublevado sirve, por lo tanto, para excusar a este movimiento, al que se reprueba discretamente y del cual se muestran sus motivos, pero no sus objetivos. Y todo ello sin hostilidad, más bien al contrario: con indulgencia. Además, se aportan hechos y argumentos en ese sentido. Tendremos que considerar estos hechos y que responder a estos argumentos si no aceptamos ni la teoría de la espontaneidad absoluta ni, sobre todo, la noción de espontaneidad que implica dicha teoría. Señalemos desde ya que los historiadores en cuestión proceden de forma honesta, pero «historizante». Ignoran la sociología, aunque sus preocupaciones giren en torno a ella y aunque a veces se sitúen en la línea del positivismo de Auguste Comte. Ni siquiera elaboran el concepto de espontaneidad; lo usan sin explicitarlo. Suscitan una objeción inmediata: «¡No! Imposible que un movimiento así tuviese lugar y se impusiera el 18 de marzo y en las jornadas siguientes sin organización, sin que hubiese responsables que se hiciesen cargo del poder y de la administración de París». Entre la tesis del movimiento espontáneo y la del movimiento organizado —con la que nos toparemos enseguida en su vertiente de izquierdas—, ¿nos veremos obligados a elegir? No si encontramos en el pensamiento sociológico conceptos más flexibles y más concretos que nos permitan evitar el dilema y no quedarnos encerrados en un «todo o nada».

En el mismo sentido que la obra de Camille Pelletan, tal vez con algo más de hostilidad hacia la Comuna, tenemos el libro de Louis Fiaux: *Histoire de la guerre civile de 1871*.⁴¹

41 *Histoire de la guerre civile de 1871. Le gouvernement et l'Assemblée de Versailles. La commune de Paris*, París, Charpentier, 1879, 659 páginas.

Desde las primeras páginas de su trabajo, el autor formula con bastante claridad la tesis de la provocación. A principios de marzo de 1871, «circulaban con insistencia [los] rumores del desarme de la Guardia Nacional y la supresión de su salario, a la vez que las noticias amenazadoras desde Burdeos. [...] En un momento en el que la Guardia Nacional, cada vez más recelosa, veía en sus armas y su organización la salvaguarda de la República, volver a agitar la cuestión era provocar de forma imprudente nuevos temores y legitimarlos».⁴² Para París, el desarme era el preludio de la conspiración monárquica. La Guardia buscó la fuerza a través de la unión. Reapareció la idea de federación, precedente de 1789. En todos los distritos se habían formado comités de defensa cuyos delegados integraron el primer Comité Central, el de la Delegación de los Veinte Distritos. De ahí, de forma natural y sin que fuera necesario un acuerdo previo, se pasó a la organización de la propia Guardia. Los miembros de la comisión encargada de redactar los estatutos el 15 de febrero «son desconocidos, pequeñoburgueses, empleados del comercio, tenderos ajenos hasta ese momento a la política y que no constituyen un grupo de inductores». El deber del historiador, continúa Fiaux, es mostrar que, si bien hay una gran inquietud en París y en la Guardia, «no existe una conspiración, ni rastro de un complot».⁴³ Sobre todo porque muchos comités locales o centrales, comités de distrito y de región, el Comité Central de la Delegación de los Veinte Distritos, el Consejo Federal de la Asociación Internacional de los Trabajadores y el Comité Federal Republicano, todos más o menos rivales, miraban con prudente recelo al Comité de la Guardia. «¿De qué sirve entonces hablar de un comité único, omnipotente, que tenía a su disposición a París y a las fuerzas armadas?» En cuanto a la Internacional, las actas de sus sesiones muestran que durante el asedio estaba desorganizada. En las elecciones del 8 de febrero, salieron elegidos dos miembros de la Internacional, solo dos, particularmente moderados y favorables a las ideas mutualistas de Proudhon. Cuando su Consejo Federal designa una comisión de cuatro miembros ante el Comité Central de la Guardia, se especifica en el acta que la actividad de los

42 *Op. cit.*, pp. 13-14.

43 *Op. cit.*, p. 18.

miembros de dicha comisión será «individual y reservada en lo que concierne a la Asociación». Incluso al día siguiente del 18 de marzo, el Consejo Federal duda si entrar en acción (sesión del 22 de marzo), porque no ha preparado la revolución y ni siquiera la había deseado. ¿Cómo se le puede atribuir la responsabilidad de los acontecimientos y el papel principal en ellos?

Aquí nos basta con indicar que ha existido esta interpretación y saber que la han seguido muchos autores; no es necesario hacer la relación completa de todos esos nombres hasta nuestros días. Esta línea ha tentado a muchos historiadores honrados e incluso benevolentes respecto a la Comuna.⁴⁴

En la línea de los autores liberales hostiles a la Comuna, cabe mencionar a Jules Claretie, cuya monumental *Histoire de la révolution de 1870-71* contiene tanto apreciaciones más que dudosas como informaciones útiles, en particular una cantidad considerable de textos, carteles, informes y documentos oficiales. El mismo autor nos ha dejado una notable antología, recopilación indispensable de documentos, titulada *Murailles politiques*. Las conclusiones de la obra exponen su espíritu sin disimulo.

Hay una cuestión primordial que se impone a todas las demás, que deberíamos situar por encima de la cuestión política si todas las demás no se derivasen justamente de ella, pero que, en todo caso, domina todas las cuestiones sociales: es la cuestión moral, la cuestión de la educación, de la refundición de las costumbres, los espíritus y los caracteres. Ahí está el secreto del futuro. Reconstruir una honradez para la multitud, una conciencia para la mayor cantidad posible, una moralidad para todos; he ahí el objetivo. [...] Rindamos el homenaje que merece al hombre que ha llevado en sus manos con valentía y paciencia el destino de la patria. [...] Thiers se ha revelado como un político de grandes ideas y su patriotismo le ha inspirado una conducta muy clara y resuelta por la que la historia le felicitará...⁴⁵

44 Para Mathiez, «la Comuna fue un movimiento burgués patriótico» (véase Bruhat, Dautry y Tersen, *La Commune de 1871*, París, Éd. Sociales, 1960, p. 435; véase la p. 352). Para Georges Bourgin, que contribuyó mucho al estudio científico de la Comuna, se trata también, y sobre todo, de destruir el mito en torno a ella. La revolución del 18 de marzo fue poco más que una revuelta municipal (local) debida a las privaciones del asedio, una improvisación sin unidad de pensamiento.

45 Jules Claretie, *Histoire de la révolution de 1870-71*, 1.ª edición, París, redacción de *L'éclipse*, 1872, p. 795. Reeditado en 1875-76 en cinco tomos.

En lo relativo a la preparación del 18 de marzo, Jules Claretie⁴⁶ cree que tras la salida de los prusianos, el 1 de marzo, el Comité Central de la Guardia Nacional casi se desbarata. Fue entonces cuando, a instancias de los miembros de la Asociación Internacional que formaban parte del Comité, su actividad cogió impulso en dos direcciones: por un lado, estableciendo relaciones más estrechas con los comités de distrito y, por otro, fusionándose con una organización paralela, el Comité Federal Republicano. La comisión de fusión, que contribuyó a redactar los estatutos, constituyó definitivamente el 3 de marzo la Federación Republicana de la Guardia Nacional. Los delegados de 200 batallones reunidos en Vauxhall aprueban esos estatutos. Designan una comisión ejecutiva de la que forman parte algunos miembros de la Internacional, entre los que destacan Varlin y Pindy. La Guardia Nacional reivindica el derecho absoluto a nombrar a sus jefes y a revocarlos. Los delegados consideran que la forma republicana se sitúa «por encima del sufragio universal, que es resultado de ella». Al final, votan a propuesta de Boursier una moción de gran importancia: «En caso de que la sede del gobierno se trasladase fuera de París, la ciudad de París deberá constituirse de inmediato como república independiente». Al día siguiente, 4 de marzo de 1871, el Comité Central anuncia su existencia a la población parisina a través de un cartel:

República francesa. Libertad-Igualdad-Fraternidad.
Comité Central de la Guardia Nacional.

El Comité Central de la Guardia Nacional, nombrado en una Asamblea General de Delegados representantes de más de 200 batallones, tiene la misión de constituir la Federación Republicana de la Guardia Nacional con el fin de que se organice para proteger el país mejor de lo que han podido hacerlo hasta ahora los ejércitos permanentes y para defender, por todos los medios posibles, la República amenazada.

El Comité Central no es un comité anónimo; es un agrupamiento de representantes de hombres libres que conocen sus deberes, afirman sus derechos y quieren fundar la solidaridad entre todos los miembros de la Guardia Nacional.

46 Sigue en parte el relato de dos de los primeros historiadores de la Comuna, grandes «simpatizantes», porque uno de ellos, Lanjalley, fue miembro de la Internacional. Véase Lanjalley y Corriez, *Histoire de la révolution du 18 mars*, París, Librairie internationale, 1871, p. 570, pp. 3 y 4. Sobre los hechos que refiere J. Claretie, la iniciativa en un primer momento correspondió a Chalain, de la Internacional (p. 13).

Siguen las firmas de los 23 miembros del Comité provisional, algunos de los cuales solo salen del anonimato para regresar a él poco después.

«Las palabras recogidas en este anuncio —escribe Jules Claretie—⁴⁷ parecían absolutamente moderadas y los sentimientos que expresaban eran legítimos; pero, a decir verdad, el Comité, por su mera existencia y dada la considerable fuerza de la que disponía, constituía ya un gobierno de hecho situado junto al gobierno de derecho e incluso frente a él». Y todo ello pese a las protestas de un miembro del Comité provisional, Arnold, el primero de los firmantes, que publicó enseguida una carta dirigida a la «opinión nacional» en la que declaraba: «No somos un gobierno, sino un grupo de escritores que defienden una misma causa... La Guardia Nacional forma una gran familia y el Comité Central es su gran consejo de familia».

Sin embargo, unos días más tarde, el 10 de marzo, el Estado Mayor del distrito XIII publica un auténtico programa (se usa esa palabra) político, firmado por Duval (militante de la Internacional). El Comité Central también se posiciona ese mismo día, tras otra asamblea general, respecto a cuestiones políticas esenciales: la república, la democracia y la disolución del ejército permanente. Invita a las tropas regulares a confraternizar con la Guardia.

¿Por qué citar aquí con tanto detalle las observaciones de Jules Claretie? Porque este historiador liberal de derechas, partidario de Thiers, resalta un aspecto fundamental de la situación en marzo de 1871: la *dualidad de poderes*, que sabemos por Lenin que caracteriza las situaciones revolucionarias. Jules Claretie, adversario de la Comuna, extrae el significado de los hechos tal vez mejor que los simpatizantes tibios de este proceso. No adopta la tesis paradójica de la anarquía espontánea y del movimiento inorgánico, ni tampoco la defensa que se apoya en esa incierta base. Nos plantea, sin resolverlo pero sin dejarse cegar por el odio de clase, el complejo problema de la relación exacta entre los militantes de la Internacional (que actuaban sin duda a título individual, pero con eficacia) y el Comité Central de la Guardia Nacional. En pocas palabras, demuestra que es necesario tener

47 *Op. cit.*, pp. 586-587.

en cuenta la información que aporta la historia «objetivista» e incluso la historia parcial.

Los amigos y partidarios

Podemos clasificar a los amigos declarados y los partidarios de la Comuna de menos a más resueltos, de quienes interpretan favorablemente los hechos y conservan un espíritu crítico a los que aceptan y justifican todas las acciones de los *communards*.

En primera fila colocaremos a los historiadores que hoy por hoy son clásicos de la Comuna, cuya lectura se impone como punto de partida de todo estudio serio, porque fueron testigos y participantes, y porque después supieron ordenar sus recuerdos y obrar como historiadores.

El primero o uno de los primeros, Lissagaray,⁴⁸ nos dejó una obra maestra de elocuencia, estilo y observación, un relato entusiasta y objetivo, unido al espíritu crítico más agudo. Pese a la importancia de su obra, es imposible confiar plenamente en Lissagaray. Escribió un relato. Algunos problemas históricos se le escapan y, si tenemos que consultar su obra para contestarlos, no siempre proporciona los elementos para la respuesta. Es el caso, entre otros, del problema que tenemos entre manos: espontaneidad u organización. Lissagaray se inclina por la espontaneidad.⁴⁹

Gaston da Costa también nos dejó un relato histórico. Su obra comienza *ex abrupto* con un informe de lo sucedido en la noche del 17 al 18 de marzo de 1871 y en la jornada del propio 18 de marzo, informe del que más adelante tomaremos prestados muchos detalles.⁵⁰ El historiador posterior no puede pedirle ninguna o casi ninguna información sobre los antecedentes de esa

48 Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, 1.ª edición, Bruselas, 1876, reeditado en 1896, 1929 y 1947. Nosotros disponemos de la 2.ª edición (París, Librairie du Travail, 1929, precedida de un texto sobre Lissagaray escrito por Amédée Dunois). Nacido en 1838 en Toulouse según Dunois y en Aude según otros autores, Lissagaray viajó a América alrededor de 1860 y después entró en la lucha política contra el bonapartismo.

49 Véase *op. cit.*, p. 95 [ed. en cast.: p. 97]: «El Comité Central no es la cabeza de columna de un partido, no tiene un ideal que realizar. Solo ha podido agrupar a tantos batallones una idea sencillísima: defenderse de la monarquía». Véanse los comentarios de Dautry y Scheler, *Le Comité central républicain des 20 arrondissements de Paris*, París, Éd. Sociales, 1960, pp. 10-17, etc.

50 G. Da Costa (condenado a muerte en los consejos de guerra de Versalles), *La commune vécue*, París, antigua Maison Quantin, 1903, t. I.

noche histórica, sobre la ideología de los *communards*. El mero hecho de iniciar un relato como este, narrando la acción directa, y de ceñirse siempre a la experiencia vivida revela una ideología particular: el blanquismo, teoría de las minorías que actúan y práctica de la conspiración revolucionaria permanente. Eso no arroja ninguna sospecha sobre este testimonio, pero limita su alcance.

La mayoría de los testigos oculares y participantes de la revolución de 1871 convierten, por lo tanto, sus relatos «auténticos» en una prolongación de la ideología que les inspiró a entrar en acción. Esto quiere decir que es necesario confrontarlos, tanto para extraer la autenticidad de los hechos a partir de esta confrontación, a menudo difícil, como para formular esas ideologías, con sus implicaciones y sus consecuencias sobre la interpretación de los hechos. La objetividad solo puede derivarse de un análisis comparativo que tenga en cuenta, tras haberlas explicado, las ideologías en su conjunto y con su doble función: en la acción real y en la conciencia y la interpretación de los actos. Cabe hacer una mención especial al autor del intento más amplio de registrar la historia de la Comuna, uno de sus testigos y participantes: Edmond Lepelletier. Tiene el mérito de plantear, desde el principio de su obra (por desgracia inacabada), la cuestión de los antecedentes ideológicos y políticos de la Comuna⁵¹ y también sus consecuencias. Para Lepelletier, la Francia republicana del siglo XX no existiría sin la Comuna.⁵²

No es cierto que no hubiera, como se ha escrito y como aún se escribe, más que sangre y estupidez en los actos y las esperanzas de los hombres de esta breve e impresionante época. Una idea, respetable como toda fe sincera, germinaba en los sillones parisinos empapados de sangre: la idea de un París libre, autónomo, que ejerciera la dictadura del ejemplo y sirviera como modelo a ciudades, provincias, Estados e imperios; que se convirtiera, con la fuerza de la libertad y con la potencia de la emancipación humana, en el hogar de la democracia, en el centro del progreso social, en la capital de los Estados de Europa; eso para empezar. Y después, un París que llegase a ser la Roma de una federación universal de pueblos

51 E. Lepelletier, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Mercure de France, 1911 3 vol., t. I, p. 551.

52 *Op. cit.*, p. 9.

satisfechos, fraternales, que solo se declarasen en guerra con las calamidades que asolan el planeta.

La Comuna tuvo sus precedentes, sus preparativos, y para encontrar sus raíces hay que hurgar en el pasado.⁵³

Entre los antecedentes de la Comuna, Lepelletier cita la revuelta de los bagaudas, las *jacqueries*, las guerras de campesinos, la revuelta de los comuneros en España o la Comuna de París con Étienne Marcel. «Todos estos disturbios populares se conectan, como si existiera una transmisión hereditaria y universal de una misma mentalidad y de un instinto similar, con la revolución plebeya y social del 18 de marzo de 1871».⁵⁴ Bajo ese nombre antiguo, se trata siempre, según Lepelletier, de una acción revolucionaria que trata de sustituir al mismo tiempo la propiedad individual por la propiedad colectiva y las sucesivas tiranías que se han instaurado en la historia por un régimen igualitario. Además, «en todas las épocas de crisis, el pueblo de París ha gritado: ¡Comuna! [...] Todas las insurrecciones parisinas han desembocado en el establecimiento más o menos duradero de un poder comunal, más o menos revolucionario...».⁵⁵ En resumen, Comuna significa comunidad, es decir aplicar al gobierno de la ciudad y al régimen social un principio igualitario y fraternal.⁵⁶ Así pues, no se puede atribuir sin reservas a Lepelletier la tesis de la espontaneidad pura y dura de las masas en marzo de 1871, porque él adjudica a este movimiento unos antecedentes y una continuidad histórica, una ideología y un proyecto revolucionarios.

Una ideología similar recorre la obra, igualmente importante, de Lefrançais. Más aún: este autor atribuye a la influencia de su ideología todos los acontecimientos revolucionarios desde el 4 de septiembre de 1870 hasta el 18 de marzo de 1871. La concepción de la Comuna, formulada ya el 4 de septiembre por los republicanos de tendencia socialista y contemplada en un principio como una necesidad de defensa, vuelve a tomar cuerpo en febrero y marzo de 1871. La Asamblea Nacional quiere arrebatarse a París el honor, pagado muy caro, de ser la sede del

53 *Op. cit.*, pp. 13-14.

54 *Op. cit.*, pp. 45-46.

55 *Op. cit.*, p. 51.

56 Véase el comentario de Charles Rihs, *La commune de Paris, sa structure et ses doctrines*, Ginebra, Droz, 1955, pp. 98-100.

gobierno. «¡Bueno, pues que así sea! París sabrá prescindir de ese honor, pero es necesario que reconquiste al mismo tiempo las franquicias y libertades comunales que nunca se le han querido conceder so pretexto de que, al ser la sede del poder, existiría el riesgo de crear una situación en la que algún día surgiese una pugna fatal como consecuencia del conflicto entre las dos autoridades: la central y la comunal».⁵⁷ En marzo de 1871, una fracción importante de la burguesía había adoptado este punto de vista, no como solución provisional sino como principio; única salvaguarda de una República amenazada por los rurales. «Afirmamos que, a no ser que nos remontemos al derecho divino, ningún otro derecho desde 1789, tampoco el de 1830 ni el de 1848, fue tan legítimo como el derecho en nombre del cual el Comité Central sucedió al gobierno de Thiers...», dado que era un mandato encomendado por la gran mayoría de la población parisina y por 200 batallones de la Guardia, es decir, por el pueblo armado.⁵⁸

Es inútil enumerar aquí la lista completa de las contribuciones de los *communards* a la historia de la Comuna. No queremos dejar de lado otras obras de gran importancia.⁵⁹ Lo esencial es mostrar su diversidad, sin dejar de añadir un comentario a esta observación: la mayoría de estos autores, en su visión retrospectiva de los acontecimientos, ignoraron o quitaron importancia a los textos de Marx sobre la Comuna de París. La mayor parte de ellos vivieron de su pasado y revivieron su propio pasado al escribir, volviendo a trazar su propia trayectoria con gran exactitud. Así pues, su historia está poco integrada en la historia general. Negándose a interceder por la Comuna, intercedieron por sí mismos (blanquistas, jacobinos, anarquistas, federalistas, proudhonianos) y por sus ideas. Al continuar sirviendo a su causa y dar

57 G. Lefrançais (miembro de la Comuna de París), *Étude sur le mouvement communaliste à Paris en 1871*, Neuchâtel, Imprimerie Guillaume fils, 1871, véase la p. 134; véanse otros escritos del mismo autor, entre otros: *La commune et la révolution*, París, Dupont, 1896 (?).

58 *Op. cit.*, p. 144. Según el autor, la idea comunalista, «para pasar de la abstracción al estado de hecho», precisa que se supriman dos figuras: «la supresión del poder en el plano político y la supresión del trabajo asalariado en el plano económico» (*La commune et la révolution*, p. 6).

59 Entre ellas: J. Allemane, *Mémoires d'un Communard. Des barricades au bagne*, París, Librairie Allemane, 1910, relato muy vivo y directo; A. Arnould, *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Bruselas, Kisternaecckers, 1878, 3 vol.; M. Vuillaume, *Mes cahiers rouges*, París, Cahiers de la Quinzaine, 1908-1914, 10 cuadernos, etc.

testimonio de los hechos percibidos a través de su conciencia y de sus representaciones, aportan material histórico y un punto de vista ideológico, más que una historia auténtica. Volvemos a toparnos con la necesidad de una confrontación general y llegamos a los autores que han leído los textos de Marx sobre la Comuna, tanto a quienes los han comprendido como a quienes los han distorsionado.⁶⁰

Comencemos con un texto notable de León Trotski, su prefacio al libro de C. Talès sobre la Comuna de 1871.⁶¹ Citamos mucho este texto, que identifica varios puntos neurálgicos. El autor acomete su propósito con el vigor y la claridad que le caracterizan.

Cada vez que estudiamos la historia de la Comuna, la vemos bajo un aspecto nuevo gracias a la experiencia adquirida a través de las luchas revolucionarias posteriores. [...] La Comuna nos muestra el heroísmo de las masas obreras, su capacidad de unirse para formar un solo bloque, sus dotes de sacrificio en nombre del futuro; pero también nos muestra la incapacidad de las masas para elegir su camino, su indecisión en cuanto a la dirección del movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos...

Para Trotski, la Comuna llegó demasiado tarde. Ya el 4 de septiembre de 1870, el proletariado de París habría podido y habría debido ponerse de inmediato a liderar a los trabajadores del país contra las fuerzas del pasado, tanto Bismarck como Thiers. Pero el poder cayó en manos de charlatanes democráticos, porque el proletariado no tenía ni partido ni líderes. El partido obrero, el auténtico, no es una máquina de maniobras parlamentarias; es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Los jefes políticos en los que confiaban los obreros esperaban un milagro; mientras tanto, las masas daban palos de

60 El texto de L. Dubreuilh, en *L'Histoire socialiste* bajo la dirección de Jaurès (pp. 149-196) podría servir de transición. «Durante todo el asedio la clase obrera había reconocido, de forma más o menos consciente, la necesidad de ese cuerpo a cuerpo con todas las fuerzas capitalistas, tanto nacionales como extranjeras» (p. 250)— se puede leer con interés en *L'Encyclopédie socialiste de l'Internationale ouvrière*, Quillet, 1912. El volumen sobre la revolución social, con una parte dedicada a la Comuna (pp. 227-289) lo escribió Charles Rappoport, que curiosamente se inclina por la teoría de la espontaneidad (véase *op. cit.*, p. 238).

61 C. Talès, *La commune de 1871*, prefacio de León Trotski, París, Librairie du Travail, 1921. (El prefacio no se menciona en la bibliografía estipulada por Bruhat, Dautry y Tersen, *La commune de 1871*, pp. 375 y s.).

ciego y se volvían locas, según prosigue Trotski. «Como resultado, la revolución estalló en medio de esas masas, demasiado tarde y con París sitiado. [...] Si el 18 de marzo el poder cayó en manos del proletariado de París, no es porque el proletariado se hiciese con él de forma consciente, sino porque sus enemigos habían abandonado la ciudad».

Para Trotski, como para Lenin, el Comité Central de la Guardia Nacional es en realidad, en la praxis, un sóviet que incluye a representantes tanto de los obreros alzados en armas como de la pequeña burguesía parisina. Así es, y por eso, según Trotski, hay fluctuaciones. Una asamblea de este estilo, elegida inmediatamente (siguiendo los principios de la democracia urbana directa) por las masas que han tomado la vía revolucionaria, puede convertirse en un excelente aparato para actuar. Pero, debido a su relación inmediata y básica con las masas que se encuentran en fase de iniciativa revolucionaria, debido a su composición, este tipo de asambleas reflejan, en lugar de sus puntos sólidos, los aspectos más débiles de la acción de las masas: indecisión y tendencia a la pasividad tras los logros iniciales. Desde su victoria, la Guardia Nacional y su Comité Central se apresuraron a eximirse de su responsabilidad. Para cubrirse por la derecha y darse una pátina de legalidad, el Comité Central concibió unas elecciones. ¿Astucia y habilidad política? No. Ingenuidad.

Si se hubiese preparado a tiempo un ataque violento contra Versalles, las conversaciones con los alcaldes habrían sido una estrategia militar plenamente justificada [...]. Pero, en realidad, el único objetivo de estas conversaciones era librarse milagrosamente de la lucha. Los radicales pequeñoburgueses y los socialistas idealistas, mediante el respeto a la «legalidad» y a las personas que encarnaban una parcela del Estado «legal» (los diputados, los alcaldes, etc.), albergaban en el fondo de su alma la esperanza de que Thiers se detuviera respetuosamente ante el París revolucionario en cuanto la ciudad adquiriese la pátina de la Comuna «legal»...⁶²

En definitiva, fue un mero intento de reemplazar la revolución proletaria que estaba teniendo lugar por una reforma pequeñoburguesa: la autonomía comunal.⁶³

62 Talès, *op. cit.*, prefacio de Trotski, p. XII.

63 *Op. cit.*, p. XII.

El análisis de Trotski, tan crítico con el pueblo y el proletariado de París —con las personas y con las ideas—, tiene un gran interés desde nuestro punto de vista. No lo citamos por el mero placer de desafiar a quienes han tratado de borrarlo de la historia, los estalinistas y los neoestalinistas. Trotski plantea nuestro problema fundamental: el rol, el lugar del 18 de marzo de 1871 en la historia y su sentido en la estrategia revolucionaria.

Trotski compara el 18 de marzo de 1871 con el 7 de noviembre de 1917:

... en París hay una falta absoluta de iniciativa de cara a la acción por parte de los círculos dirigentes revolucionarios. El proletariado, armado por el gobierno burgués, es el auténtico dueño de la ciudad, dispone de todos los medios materiales del poder, [...] pero no se da cuenta. La burguesía trata de recuperar el arma que le ha dado a ese gigante: quiere robarle los cañones al proletariado. Fracasa. El gobierno, presa del pánico, huye de París a Versalles. Hay vía libre. Pero hasta el día siguiente el proletariado no entiende que es el dueño y señor de París. Los «jefes» van a remolque de los acontecimientos, los constatan cuando ya se han producido y hacen todo lo posible para que pierdan el filo revolucionario. En Petrogrado [...] el partido marchaba con firmeza y decisión para tomar el poder...⁶⁴

Según Trotski, la cuestión militar debía considerarse desde el punto de vista político:

La liberación del ejército del viejo aparato de mando conlleva de forma inevitable el debilitamiento de la cohesión organizativa y la disminución de la fuerza combativa. El mando elegido la mayoría de las veces es muy débil en el ámbito técnico-militar y en cuanto al mantenimiento del orden y de la disciplina. [...] La revolución debe crear un organismo integrado por organizadores con experiencia, seguros, en los que se pueda confiar plenamente y a los que se les pueda dar plenos poderes para elegir, designar y formar al mando.

Para Trotski, el particularismo y el autonomismo democráticos son aún más peligrosos para el ejército revolucionario que para la acción proletaria en general, y esa es la gran lección de la Comuna.

64 *Op. cit.*, pp. XIV, XV y XVIII.

El Comité Central de la Guardia Nacional obtuvo su autoridad de la elegibilidad democrática. Cuando el Comité Central tuvo la necesidad de desarrollar al máximo su iniciativa en la ofensiva, sin la dirección de un partido proletario, perdió la cabeza y se apresuró a traspasar sus poderes a los representantes de la Comuna, que precisaba una base democrática más amplia. Y fue un gran error jugar a las elecciones en ese momento. Pero una vez que se habían celebrado las elecciones y se había constituido la Comuna, era necesario concentrarse rápida y absolutamente en la Comuna y crear, a través de ella, un organismo con poder real para reorganizar la Guardia Nacional. No fue así: junto a la Comuna elegida se mantuvo el Comité Central; el carácter de elegibilidad del Comité le brindaba una autoridad política gracias a la cual podía hacerle la competencia a la Comuna. No obstante, eso le privaba tanto de la energía como de la firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares que, tras la constitución de la Comuna, justificaban su existencia.

La elegibilidad, los métodos democráticos, son solo una de las armas con las que cuentan el proletariado y su partido. La elegibilidad no puede ser en ningún caso un fetiche, el remedio contra todos los males. Es necesario combinar los métodos de elegibilidad con los de designación.⁶⁵

Este texto enérgico y profundo suscita varios comentarios; Trotski no separa la exposición de los hechos de su examen crítico. La separación de esos dos aspectos de lo real caracteriza una concepción de la objetividad que la reduce, porque el movimiento engloba, a la vez y de forma indisoluble, lo positivo y lo negativo, lo posible y lo real, el hecho histórico y su significado político. Solo un pensamiento no dialéctico disocia aquello que se presenta como inseparable. No obstante, esta metodología no está exenta de inconvenientes y hay que utilizarla con ciertas precauciones.

León Trotski considera que el 4 de septiembre de 1870 se produjo una situación revolucionaria que el proletariado de París dejó escapar. El 18 de marzo, la situación ya había evolucionado en sentido desfavorable. Trotski lo imputa a la ausencia de una dirección política del movimiento obrero. Explica retrospectivamente los acontecimientos de 1871 a la luz de la Revolución de Octubre en Rusia y, no contento con establecer una analogía entre los comités de París y los sóviets, juzga severamente la dirección de las operaciones políticas y militares de la Comuna: la estrategia, la ausencia de estrategia por parte de los jefes y

65 *Op. cit.*, pp. XX-XXI.

también su ideología, que cuestionaba el centralismo estatal en nombre de la democracia descentralizadora.

No olvidemos que la mayor parte de las apreciaciones de Trotski remiten a textos de Marx y de Lenin que siguen y seguirán siendo la base de nuestro análisis y de nuestra exposición. Sin embargo, en el caso de Trotski se manifiesta una desafortunada tendencia a reescribir la Historia en condicional. Si el proletariado de París hubiera contado con líderes políticos, una organización de masas y un partido, se habría hecho con el poder desde el desmoronamiento del bonapartismo. Si la revolución de marzo de 1871 hubiera tenido un líder brillante y reconocido, las tropas de la Comuna habrían marchado sobre Versalles y desestabilizado a Thiers y a sus rurales. Si los hombres, los acontecimientos y las cosas hubieran sido diferentes, todo habría sido distinto...

¿No es este el riesgo de lo que hemos llamado «esclarecimiento retrospectivo», en el que lo virtual esclarece lo real? No cabe duda. ¡Riesgo casi inevitable, «hermoso riesgo»! Todo historiador corre ese riesgo; el historiador que aplica el método dialéctico, se arriesga al máximo; pero, dado que lo acepta de forma consciente, ¿no debe también reducirlo? Esta afirmación, o más bien esta exigencia, será a partir de ahora una parte integral de nuestra problemática y de nuestro método.

El inteligente y vigoroso análisis de León Trotski no nos puede satisfacer y no lo tomaremos como hilo conductor. Trata la Comuna como un ensayo general de las revoluciones de 1905 y de 1917 en Rusia; así, Lenin, entre esas dos revoluciones, hablaba de la primera y también de la propia Comuna. Es un derecho del hombre de acción, del político. Se interesan sobre todo por las lecciones del pasado. En la historia escrita de esta manera, el historiador encuentra una tendencia al anacronismo, a la proyección sin precauciones que la acción presenta en el pasado. En concreto, partiendo del texto de Trotski, ¿la situación social y política en septiembre de 1870 en Francia era de verdad revolucionaria? Si lo era, ¿en qué sentido? Si no, ¿por qué? ¿Puede darse una situación revolucionaria si faltan elementos esenciales de una situación de ese tipo, como la conciencia política que se «refleja» —como reza la expresión habitual— en la organización y en la existencia de líderes reconocidos?

Con la historiografía de inspiración estalinista, la tendencia a reescribir la historia en condicional se vuelve pueril y caricaturesca. Esta historiografía ya no se dedica a esclarecer el pasado en nombre de lo actual, sino a hacer apología de lo actual en nombre del pasado. Vincula sus cuadros y sus reconstrucciones históricas a una tautología: si el pasado no hubiera sido el que fue, el presente sería de un esplendor incomparable y una grandeza milagrosa.

Es evidente el sofisma del razonamiento en condicional: «Si los hombres de 1871 hubieran conocido el marxismo, habrían ganado». En primer lugar, si hubieran conocido el marxismo, no habrían «intentado el asalto a los cielos», que, como sabemos por sus textos, Marx desaconsejó vivamente. En segundo lugar, el pensamiento de Marx no se convirtió del todo en «el marxismo» tal y como lo conocemos hasta después de la Comuna y de las reflexiones que inspiró en Marx. En tercer lugar, los «marxistas» de la Comuna, Sérailler o Frankel, intervinieron en cierta medida, sobre todo el segundo, pero no tuvieron una importancia reseñable.

SEGUNDA PARTE
DE LA PROSPERIDAD IMPERIAL
A LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

1

EL CRECIMIENTO ECONÓMICO DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO

Vamos a hacer un análisis rápido del crecimiento económico, aun a sabiendas de que la producción en sentido estrictamente económico no es más que uno de los aspectos de la *praxis* durante un periodo determinado, y de que las condiciones económicas, por mucho que sean esenciales, no entrañan ninguna causalidad absoluta, ningún determinismo completo, ninguna capacidad de explicación definitiva; ni siquiera en el capitalismo, ámbito en el que, no obstante, predomina lo económico.

Aunque algunos aspectos siguen sin estar absolutamente claros, el desarrollo económico en Francia entre 1850 y 1870 se ha estudiado mucho. Vamos a quedarnos solo con aquellos estudios que puedan contribuir a explicar los acontecimientos revolucionarios de 1870-71.

Si se sigue el esquema de Marx en *El capital*, esquema que no ha sido refutado desde entonces, el sector I (desarrollo de los medios de producción e inversiones en este sector) impulsa la economía de forma directa. Si nos fijamos más en concreto en el periodo analizado, la construcción del ferrocarril, con todo lo que supone, actuó como estímulo: producción de raíles, de locomotoras y de vagones, de todo tipo de materiales. Si usamos un vocabulario no ya propio de Marx, sino de teóricos actuales centrados en el crecimiento, la economía francesa atravesó entonces el periodo de despegue.⁶⁶

⁶⁶ Véase Rostow, *Étapes de la croissance économique*, trad. al francés: 1961.

En 1850, Francia contaba solo con 2915 km de vías férreas. En 1851 ya eran 3627 km; en 1858, 8811 km, y en 1869, 16 466 km.⁶⁷ El tonelaje transportado se multiplicó por diez. Al final del Segundo Imperio, todas las grandes ciudades francesas, la mayoría de las ciudades de segundo orden y un número considerable de pueblos estaban conectados por una red ya densa de comunicaciones ferroviarias rápidas. No obstante, esa red no llegaba a la mayor parte de los pueblos y las aldeas rurales, que permanecían aislados, conectados únicamente por medio de coches de caballos, diligencias y tartanas. En cuanto a las antiguas vías de comunicación por tierra y por mar, se iban degradando poco a poco, sobre todo las segundas. El Loira, a cuyo comercio fluvial se debió en parte la prosperidad de Orleans, de Tours o de Nantes, dejó de ser navegable.

En el mismo periodo, la producción de raíles se multiplicó por diez: pasó de 27 000 toneladas anuales en 1851 a más de 270 000 toneladas en 1869.

El número de locomotoras se quintuplicó (273 en 1850 y 4822 en 1869) y el de máquinas de vapor se cuadruplicó (6080 en 1852 y 26 220 en 1869), pero su potencia en caballos de vapor aumentó aún más que su cantidad, porque pasó de una media de 15 000 a una media de 320 000. La extracción de hulla se multiplicó por más de tres (casi 14 millones de toneladas en 1869), igual que la producción de arrabio y hierro.

El comercio exterior era muy próspero. Ascendió a casi 7000 millones de francos en 1864 (2500 millones al año desde el comienzo del Imperio). La importación de algodón pasó de 58 000 toneladas en 1851 a 125 000, a pesar de las dificultades derivadas de la Guerra de Secesión en EE. UU. La flota comercial aumentó en proporciones similares; en la época en cuestión, sumó casi 1500 navíos, 328 de ellos de vapor, y su arqueo pasó de 13 300 a 143 000 de media.

Sin necesidad de una retahíla interminable de cifras, tenemos delante un panorama de prosperidad incuestionable, que supera los cuellos de botella y las crisis cíclicas decenales: las de 1847-48, 1857 y 1867. Sin embargo, la gravedad de estas crisis

67 E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France*, París, Arthur Rousseau, 1904, t. II, pp. 490, 539, etc.

no se atenúa; más bien al contrario. Aunque no detuvieron el crecimiento, comprometieron la estabilidad del régimen económico y, sobre todo, hicieron que se tambalease la confianza en el régimen político. Casi todas las personas interesadas ignoraron la naturaleza exacta de estas crisis cíclicas, pese a las advertencias de Marx,⁶⁸ y las atribuyeron bien a una fatalidad misteriosa o bien a una mala política, en lugar de a la estructura económica del capitalismo.

En resumen, en Francia, la Revolución Industrial —la de la máquina de vapor— continuó y se encaminó hacia su término bajo la dirección del Segundo Imperio. Francia compensó parte del retraso que tenía con respecto a Inglaterra, donde la Revolución Industrial tuvo lugar gradualmente, de forma espontánea, de abajo arriba, por así decirlo, a partir de un capitalismo comercial muy desarrollado. Acentuó su ventaja respecto a Alemania, donde el crecimiento se produjo más bien de forma drástica, de arriba abajo, basado en un capitalismo comercial fragmentado y estancado, con el impulso de Bismarck y del Estado político. Durante el Segundo Imperio, la gran industria se implantó en nuestro país de verdad y con firmeza.⁶⁹

Es fácil mostrar que este rápido crecimiento de las fuerzas productivas viene acompañado de una concentración igual de rápida de los capitales y de la producción. De 1856 a 1869, el número de altos hornos se redujo a la mitad (591 en 1856 y 288 en 1869). En la industria algodonera, el número de brocas para hilar aumentó un 80%, mientras que las hilanderías se redujeron un 7%. En la industria textil normanda, desaparecieron 75 hilanderías en 10 años (de 1860 a 1870). El número global de brocas aumentó en 100 000; cada hilandería puso en marcha una media del 33% de brocas nuevas. La mitad de las que tenían menos de 25 000 brocas desaparecieron, pero el número de grandes hilan-

68 Discurso inaugural de la Asociación de Trabajadores, 1864. Véase el famoso pasaje sobre «las repeticiones cada vez más frecuentes, el alcance cada vez mayor y los efectos cada vez más mortíferos de esa plaga de la sociedad que se llama crisis comercial e industrial».

69 Véase Marx, *Les Luites de classes en France*, con la introducción de Engels, París, Éd. Sociales, 1948, pp. 14-15 [ed. en cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2015]. Véase también E. Jeloubovskaia, *La Chute du Second Empire et la naissance de la III^e République en France*, Moscú, Ed. en lenguas extranjeras, 1959, cuyo análisis seguimos parcialmente aquí.

derías subió de 40 a 48. En el sector textil del norte y de los Vosgos se observan las mismas tendencias.

La constitución de una industria pesada (la metalurgia), y su concentración, enseguida tuvieron consecuencias importantes en el plano político, como la creación en 1864 del Comité de las Forjas, al que durante su primer año se sumaron 125 maestros de forja, como se los llamaba entonces. El presidente del Comité, Schneider, de Le Creusot, presidía también la Cámara Legislativa.

En las nuevas y potentes empresas, el número de obreros alcanzó cifras considerables, altísimas para la época: 10 500 en Le Creusot, en la empresa de Schneider; 2000 en Cail (metalurgia), en París; 2500 en Dollfus-Mieg (textil), en Mulhouse; 2000 en la fábrica de armas Lefauchaux, en París, etc.

En el comercio puede verse una concentración similar. Los grandes almacenes ven cómo crecen muy rápidamente su importancia en la red de distribución y su volumen de negocio. El volumen del almacén Bon Marché de París sube, en ese mismo periodo, de 450 000 francos en 1852 a 21 millones en 1869.

«Sin embargo, a pesar de los considerables progresos de la gran industria, las pequeñas y medianas empresas seguían caracterizando a la industria francesa», constata Jeloubovskaia.⁷⁰ Según el censo de 1866, Francia contaba en esa época con una población industrial activa de 4 715 805 personas, 1 661 584 de las cuales eran patrones, 2 938 153, obreros asalariados y 115 368, empleados de ámbitos no manuales. La industria de la construcción albergaba a 833 263 personas; 341 991 de ellas eran empresarios, 480 388, obreros y 10 884, ayudantes; es decir, la cantidad de patrones era casi igual que la de empleados. En el sector de la alimentación había más patrones (410 204) que obreros (159 393). La concentración solo era perceptible en la industria extractiva (121 824 obreros y 25 949 empresarios) y sobre todo en la metalurgia (49 675 obreros y 2291 jefes). En el textil había 825 829 obreros y 178 117 patrones. El análisis más detallado de las estadísticas y la comparación de los censos de 1866 y de 1872 muestran que, durante esos años, en la industria extractiva

70 *Op. cit.*, p. 29. Véase también *Berichte und Dokumente*, Berlín, 1931, pp. 48 y s., análisis del censo de 1866.

el número de obreros creció un 30% y el de jefes se redujo a la mitad. Sin embargo, en el conjunto de la industria francesa, alrededor del 60% de los proletarios estaban al servicio de pequeños patrones que empleaban a menos de diez obreros y que poseían más del 75% de los establecimientos industriales.

Constatación inesperada: en París, la pequeña empresa resiste mejor que en las principales regiones industriales.⁷¹ En 1860, se contabilizan 416 811 obreros y 101 171 empresarios. 7492 empresas industriales (el 7,4% del total) tienen más de diez obreros; 31 480 (el 31,1%), entre dos y diez trabajadores, y 62 199 (el 61,2%) solo emplean a un trabajador. Una mayoría aplastante de los proletarios trabajan en la confección (alrededor del 20%), en la construcción (11%), en la alimentación (9%), en el sector del mobiliario (9%) y en la fabricación de artículos de París (8%), es decir, en la producción de bienes de consumo (sector II, según el esquema de *El capital*), no en el sector más afectado por la mecanización y la concentración. Solo el 10% de los obreros parisinos son proletariado en el sentido estricto del término: trabajan en la gran industria y no en empresas artesanales o semiartesanales.

Hay una serie de aspectos que siguen sin estar muy claros. Cabe señalar un hecho de gran importancia; en 1860, varios municipios del exterior de París se integraron en la capital, que en ese momento adquirió la configuración que todavía mantiene (20 distritos, la nueva estructura). Los municipios periféricos tenían 234 000 habitantes y numerosas empresas industriales (Cail en Grenelle, Leport en La Villette, muchos establecimientos pequeños en Belleville y en Ménilmontant, distritos de nueva creación). Por otro lado, muchas empresas se trasladaron hacia la periferia e incluso a las afueras.⁷² Además, como consecuencia de la mecanización, algunas empresas aumentaron su producción y redujeron su número de obreros.

A todo ello se debe un problema que puede resultar sorprendente, vistas la cantidad y la (aparente) precisión de las estadísticas. Durante el Segundo Imperio, en Francia, en el mismo París, ¿aumentó el número de obreros? ¿En qué cantidad? En 1866 había en Francia 4 715 803 personas activas y una población

71 Véase Jeloubovskaia, p. 32, y *Berichte und Dokumente*, p. 49.

72 Véase L. Chevalier, *Formation de la population parisienne au XIX^e siècle*, París, Presses universitaires de France, 1950, p. 126.

industrial global que se calculaba en una media de 11 millones de personas, con 2 938 153 obreros. Seis años después, en 1872, en la investigación sobre las condiciones de trabajo en Francia encontramos las siguientes cifras:

| | PATRONOS | OBREROS |
|----------------------|----------------|------------------|
| Industria extractiva | 14 717 | 164 819 |
| Gran industria | 188 227 | 1 112 006 |
| Pequeña industria | 596 776 | 1 060 444 |
| Total | 794 720 | 2 337 269 |

¿Qué pasó exactamente en este periodo? Georges Duveau escribe lo siguiente al respecto:

Todas estas estadísticas que, volvemos a repetir, no tienen un carácter demasiado científico, ponen de relieve un hecho desconcertante: durante el Segundo Imperio, es decir, en una época de industrialización intensiva, la cantidad de obreros parece haber disminuido: 3 millones en 1866 y 2 340 000 en 1872. Y ni siquiera son las cifras más sorprendentes. Si se comparan los 1 300 000 obreros contabilizados en las fábricas en los años 40 y los 1 110 000 censados en la gran industria en 1872, la perplejidad es aún mayor. Simiand, utilizando los trabajos de Foville, creó unas tablas en las que se indica que el porcentaje de población industrial con respecto a la población total descendió: 29,07% en 1856, 28,79% en 1866 y 25,93% en 1876.⁷³ Esta impresión de bajada constante se modifica si recordamos que se produjo un aumento notable entre 1861 y 1866: de 27,3% a 28,79%.⁷⁴ Pero el descenso acusado que se produjo entre 1856 y 1861, del 29,07% al 27,3%, sigue siendo un misterio; la crisis de 1857-1858 fue relativamente benigna; no parece que baste para explicar un descenso de este calibre. Sin duda, la industrialización no conlleva necesariamente el aumento del número de obreros; implica más bien maquinismo y economía de mano de obra. No obstante, si se piensa, por ejemplo, en los miles de obreros que exigió la construcción del ferrocarril o en todas esas empresas nuevas cuyo desarrollo hemos descrito en este largo capítulo, sorprende ver que la cantidad de obreros disminuyó en Francia... A nuestro parecer, el número total de obreros no bajó, en sentido estricto, pero tampoco aumentó, cosa que ya resulta bastante curiosa y que refuerza nuestra sensación de que, durante el Segundo Imperio, a la vez que tenían lugar intensas transformaciones económicas y sociales, existía un trasfondo de estabilidad que brindó una fisonomía muy original al desarrollo

73 François Simiand, *Le Salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, París, Alcan, 1932, 3 vol. in-8°, t. III, p. 56.

74 E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France*, París, Arthur Rousseau, 1904, t. II, p. 575.

del capitalismo en Francia. Sin embargo, aunque la cantidad propiamente dicha de obreros no varió demasiado, sí se modificaron el marco y el carácter de la vida obrera. Además, la disminución de la cantidad de patrones ya es por sí sola un indicio de la concentración industrial.

Respecto la ciudad de París en concreto, se puede afirmar que el número de trabajadores creció (416 811 en 1866 y 442 310 en 1872) al mismo tiempo que la población (1 696 141 y 1 825 300 habitantes, respectivamente), pero con lentitud, y que también cambió profundamente la distribución de los elementos proletarios en la superficie geográfica que ocupaba la capital. Retomaremos esta cuestión para comprender la composición social de la Guardia Nacional y su división muy marcada en batallones burgueses y batallones de mayoría popular, artesana y obrera.

En esta época, los obreros franceses, y sobre todo los de París, tenían salarios muy bajos, salvo una minoría. El salario nominal ascendió, pero el coste de la vida (alimentos, alquileres, etc.) creció más rápido, y la mecanización (aunque parcial) tuvo sus consecuencias: aceleración del trabajo, tendencia a la baja de la tasa de beneficio y mayor explotación de la fuerza de trabajo. La introducción de maquinaria hizo incluso que bajara el salario nominal de varias categorías de trabajadores (guanteros, guardianeros, artesanos fabricantes de muebles, etc.), según los informes de los delegados obreros en las exposiciones universales de 1862 en Londres y de 1867 en París. En 1860, 64 000 obreros cobraban un salario diario que iba desde los 50 céntimos a los 3 francos; 211 000 cobraban entre 3,25 y 6 francos; y 15 000, de 6,50 a 20 francos. En esta última categoría solo se encontraban encargados y obreros de élite. La primera categoría englobaba a aprendices y auxiliares sin cualificación. La segunda, la más numerosa, tenía un salario medio de 4,50 francos. El salario de las mujeres en su conjunto, teniendo en cuenta las mismas categorías, ascendía a la mitad del salario masculino en la categoría correspondiente. El pan (blanco) valía 30 céntimos/kg en 1850 y 37 céntimos/kg en 1869. En las mismas fechas, el kilo de carne de vacuno se vendía a 1 franco y 1,35 francos, y la mantequilla (de calidad inferior) a 1,28 y 2,20 francos, respectivamente.

Las condiciones de trabajo empeoraban la situación de la clase obrera, situación que no se puede definir únicamente con las cifras de los salarios nominales. En primer lugar, era

habitual quedarse en paro (estacional o no), sin ninguna prestación, lo que reducía considerablemente los recursos reales de los trabajadores. En segundo lugar, no había ninguna legislación que limitase la jornada laboral. Los delegados obreros en la exposición de Londres (1864) pedían la reducción de la jornada a 10 horas. Oficialmente, en muchas profesiones los obreros estaban 12 horas presentes en el lugar de trabajo, con dos horas de descanso para el almuerzo. En realidad, la jornada llegaba a durar 14 horas, 16 horas e incluso más.⁷⁵ La productividad cada vez mayor del trabajo, por ejemplo en las minas, no puede explicarse por la introducción de técnicas nuevas, porque la mecanización fue escasa en estos ámbitos; lo único que puede explicar el aumento de productividad es la intensificación del trabajo.

Así pues, la situación de los obreros en esta época es exactamente como la caracteriza Marx en términos lapidarios: no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Viven en cuchitriles cada vez más caros. Poseen, además de una cama, un baúl o un armario con algo de ropa de recambio. Lo poco que tienen lo empuñan regularmente en el Monte de Piedad, donde lo dejan como prenda a cambio de cantidades irrisorias y lo recuperan cuando pueden. Lo fundamental es el pan de cada día para ellos, sus esposas y sus hijos. En 1862, el barón Haussmann, que remodeló París y desplazó a decenas de miles de obreros y de artesanos que vivían en los barrios centrales, calculó que más de un millón de personas en el Sena tenían derecho a vales para recibir pan.

De todo ello se deriva que vivían mucho, lo más posible, fuera de casa y por lo tanto (¿por qué no decirlo?) en el bar, en el café o en la taberna. Por otro lado, la opinión de los obreros, sus actitudes y sus comportamientos se forman en el lugar de trabajo, con las condiciones de trabajo.

Para comprender bien —en sentido sociológico y no solo en función de los datos económicos— las condiciones de una espontaneidad esencial, es decir, de un instinto revolucionario que busca su camino y su expresión, hoy en día tenemos que entender hasta qué punto esas condiciones son distintas de las que vemos a nuestro alrededor. En el Segundo Imperio no existían ni los bienes de consumo llamados duraderos, ni los seguros socia-

75 E. Jeloubovskaia, *op. cit.*, pp. 58 y s.

les ni las vacaciones y el ocio. Por el contrario, las instituciones de beneficencia, con todo lo que tenían de insultante (y de control cuasipolicial) funcionaban a pleno rendimiento. Su presupuesto, al que contribuía el Estado, no dejó de crecer durante el Segundo Imperio, igual que el número de indigentes a los que auxiliaban (15 000 en el distrito XIII en el invierno de 1868-1869; 12 000 en el XX ese mismo invierno; 1 700 000 personas registradas en las instituciones de beneficencia en 1867, según *Le Moniteur universel*, publicación gubernamental).

En esta época en la que, en palabras de Marx, la sociedad burguesa «alcanzó un desarrollo que jamás había concebido», en la que los beneficios capitalistas adquirieron dimensiones colosales, el empobrecimiento (relativo y absoluto) de la clase obrera parece incuestionable,⁷⁶ sobre todo a partir de 1866.

El movimiento obrero, contenido durante mucho tiempo por una mezcla de intimidación, represión y demagogia (idea que retomaremos al analizar el papel del Estado durante el Segundo Imperio), cobró impulso y alcanzó una gran intensidad en 1869 y 1870.

El 11 de junio de 1869, los 15 000 obreros de la cuenca del Loira dejaron de trabajar y al día siguiente nombraron delegados para tratar con las empresas. Los mineros de Carmaux siguieron su estela a los pocos días. Desde ese momento, los movimientos ya no cesaron: hubo huelgas de los obreros de la seda en la región de Lyon en julio, huelga de los carpinteros de Vienne, de los tejedores de Ruan y de los hilanderos de Elbeuf en agosto y septiembre, etc. Estas huelgas tomaron de inmediato un cariz violento, tanto por iniciativa de los obreros como por la represión gubernamental. En Aubin, invadieron las oficinas y querían linchar a un ingeniero jefe. Los prefectos no dudaron en recurrir a los generales y a las tropas. Como resultado de ello se produjeron incidentes graves: los tiroteos de La Ricamarie (13 muertos y 9 heridos, uno de ellos un niño) el 16 de junio de 1869, y de Aubin (14 muertos, entre ellos dos mujeres y un niño de 10 años, y más de 20 heridos graves) el 8 de octubre.

76 Véase Georges Duvéau, *La Vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, Gallimard, 1946, con aclaraciones sobre la evolución de los salarios, sobre todo en pp. 385-386. Véase también F. L'Huillier, *La Lutte ouvrière à la fin du Second Empire*, París, Armand Colin, 1957, p. 18.

Aunque el movimiento obrero se mostró incapaz de fijarse objetivos políticos más amplios que las reivindicaciones puntuales e inmediatas (subidas de salarios, reducción de la jornada laboral, funcionamiento regular de cajas de asistencia, etc.), aquí y allá fueron apareciendo síntomas de una expansión espontánea, como la creación de un «comité democrático» en Carmaux o de «uniones corporativas» en Elbeuf y en la región de Ruan.

A los movimientos de 1869 en la región lionesa y en la del Loira les siguen las huelgas de Le Creusot en 1870, que amplifican esos movimientos. Estas huelgas representan a la perfección el movimiento obrero, su importancia económica y su escasa capacidad política en la época, igual que el crecimiento de la ciudad y de la fábrica de Le Creusot simboliza el ascenso del capitalismo.

La ciudad pasa de tener 9000 habitantes en 1852 a 25 000 hacia 1870. «La ciudad y la fábrica son hermanas gemelas que han crecido bajo la misma tutela» —escribe un autor de la época, y otro afirma—: «En esta ciudad de edificios negros, el equipamiento urbanístico, la policía, las sanciones... todo se encuentra, bajo la supervisión del Estado, confiado a un solo hombre, un solo industrial de Le Creusot, que es casi el propietario de la localidad».⁷⁷ Vamos a tomar prestados algunos detalles significativos del estudio de P. Ponsot:⁷⁸

El florecimiento de la fábrica está relacionado con la Revolución Industrial; los Schneider tuvieron el arrojo de introducir las transformaciones técnicas y los métodos de producción innovadores antes que los demás. En 1870, su fábrica era la primera de la Europa continental: empleaba a 10 000 obreros, producía más de 130 000 toneladas de arrabio y más de 100 000 toneladas de hierro al año. Los beneficios garantizaban como mínimo unos ingresos de entre el 8% y el 10% del capital empleado, a pesar de la envergadura de «autoinversión» que requería la modernización, bajo la influencia de la competencia con Inglaterra, sobre todo a partir de 1860.

Las locomotoras, los barcos de vapor, los puentes de hierro o las cañoneras y las planchas de blindaje durante la Guerra de Crimea (1854-1856) no fueron lo único que dieron a conocer el nombre de Le Creusot por todas partes: la fuerte personalidad y el destacado papel político del dueño de la fábrica, Eugène Schneider, también contribuyeron a ello. Schneider, diputado desde 1845, apoyo fiel del régimen de Luis Felipe y sorprendido por la

77 Véase F. L'Huillier, *op. cit.*, p. 38.

78 Pierre Ponsot, «La Commune au Creusot», *Cahiers internationaux*, n.º 84, marzo de 1957.

revolución de 1848, se convirtió durante la Segunda República en uno de los líderes del Partido del Orden en la región de Saona y Loira y después se unió al príncipe-presidente, que lo nombró ministro (enero-abril de 1851). Tras el golpe de Estado, como diputado se mostró partidario declarado del Imperio autoritario; fue amigo y hombre de confianza de Napoleón III, que en enero de 1867 lo nombró presidente de la Cámara Legislativa. En palabras de uno de sus biógrafos, «marcó y caracterizó la intervención de la fuerza industrial y económica en la dirección política de la sociedad».⁷⁹

En las masas populares, sin embargo, Schneider y Le Creusot evocaban otra cosa en 1871: personificaban la explotación de los trabajadores, su sometimiento económico y político más absoluto y, sobre todo, la represión brutal de cualquier intento de liberación. Los años 1848-50 vieron nacer las primeras esperanzas, generosas y confusas, de los obreros de Le Creusot: un comisario del gobierno provisional impuso a Schneider un convenio por el que se aumentaban los salarios tras una huelga (marzo de 1848); cuando la dirección eliminó estas concesiones en 1850, los mineros fueron de nuevo a la huelga y hubo disturbios graves (6-16 de mayo); durante un tiempo, un obrero de Le Creusot, Victor Heitzmann, ocupó un escaño en la Asamblea Legislativa en las filas de la «Montagne», la lista «demócrata-socialista» que había obtenido un 73% de los votos en Le Creusot en las elecciones del 13 de mayo de 1849. Pero estos 18 años de régimen opresivo no habían dejado que perviviera nada de esas primeras victorias, más allá de la esperanza confusa en la República. El bonapartismo y el paternalismo se conjugaron para ahogar cualquier reivindicación; el Estado y el patrón capitalista se fusionaron en la figura de M. E. Schneider, alcalde, consejero general, diputado, propietario de todos los medios de producción, de las casas e incluso de las calles; las elecciones se celebraban bajo la presión y la vigilancia de los empleados de la fábrica hasta en la propia sala de votaciones, e incluso votar por el patrón, que obtenía siempre casi el 100% de los votos, le parecía al obrero de Le Creusot uno de los deberes inherentes a su condición. Un sistema paternalista concienzudo que fijaba al obrero en su lugar a través de sus «instituciones sociales» (viviendas, caja de resistencia) no impidió la lenta degradación de la condición obrera. Pero los avances de la concentración y de la explotación obrera también dieron lugar al nacimiento del germen de las revueltas. En 1868, un círculo de estudios sociales semiclandestino, espoleado por un joven tornero proveniente de una antigua familia de mineros de la región, Jean-Baptiste Dumay, introduce en Le Creusot la propaganda republicana, antibonapartista y, por lo tanto, contra Schneider; esa oposición obrera se alía con los pequeños comerciantes y artesanos de Le Creusot, a quienes la fábrica no les deja ninguna libertad e incluso les hace la competencia con sus propias tiendas en momentos de crisis. En

79 *L'illustration*, 1875.

las elecciones legislativas de 1864, un competidor de Schneider obtiene casi 800 votos. Como respuesta, la dirección despidió a 200 obreros, pero el descontento crece...

La huelga estalla en enero de 1870, a propósito de la gestión de la caja de resistencia, que dispone de sumas considerables obtenidas en parte de los salarios (retenciones del 2,5%) y las distribuye de forma mezquina, negando cualquier ayuda a los trabajadores ancianos. Los obreros reivindican que administre la caja un organismo elegido. Celebran reuniones públicas, presididas por un joven ajustador, Adolphe Assi. El 19 de enero, la dirección despidió a Assi. Los obreros de los talleres de construcción hacen un paro, van a las fundiciones y detienen las máquinas. La huelga se prolonga. Schneider llama a las tropas. El 21, cuenta con 3000 hombres, soldados de infantería, lanceros y gendarmes, que entran en Le Creusot con la fanfarria a la cabeza. Como el prefecto prohíbe las reuniones públicas, se celebran reuniones clandestinas. Assi declara que es el momento de plantear la *cuestión permanente de la vida obrera*, de someter a la sociedad a *leyes progresivas*. Junto a Larocque, secretario de un comité permanente que se ha creado, Assi anuncia la *comuna industrial*, la reivindicación de un *consejo de garantía de los derechos de los trabajadores*. Pese a la agitación, se retoma el trabajo el 24 de enero. Sin embargo, la agitación persiste, se mantiene viva a través de interpelaciones a la Cámara Legislativa (Gambetta hace uso de la palabra en relación con los acontecimientos de Le Creusot), de un manifiesto de las secciones parisinas de la Internacional y de una suscripción impulsada por la publicación de Henri Rochefort, *La Marseillaise*. El 18 de febrero, un miembro importante de la Internacional, Varlin, celebra una reunión privada en Le Creusot y forma una sección de la Internacional. La huelga se reanuda el 21 de marzo con una violencia extrema. Grupos de obreros, hombres y mujeres, se concentran para impedir que se trabaje en los talleres que rechazan las huelgas. Insultan y agreden a los «esquiroleros», que aún no recibían ese nombre. El 31 de marzo se forma un comité que redacta un programa reivindicativo completo.⁸⁰ La represión se vuelve muy dura y las detenciones se multiplican. El 9 de abril, el tribunal de Autun dicta 25 sentencias

80 Hemos tomado estos detalles de F. L'Huilier, *op. cit.*, pp. 49 y s.

de condena, con 298 meses de prisión en total. Cientos de obreros despedidos ya no encuentran empleo en la región. Detienen a Assi. La huelga ha fracasado.

Antes de disolverse, el comité de la huelga concluye así su declaración final: «Proclamamos nuestra adhesión a la gran Internacional de los Trabajadores, esa francmasonería sublime de todos los proletarios...».

Y sin embargo, en el plebiscito que tuvo lugar poco después, el Imperio volvió a encontrarse más o menos con los mismos votos con los que había salido elegido Schneider y el hijo del gran jefe se convirtió en consejero de distrito.

Si insistimos en lo sucedido en Le Creusot, no es solo porque allí se aclamará, o incluso se proclamará, la Comuna durante unas horas (26 y 27 de marzo de 1871) tras un largo periodo de autonomía local casi total a partir del 4 de septiembre de 1870. También es para mostrar cómo aparecieron nuevas formas de organización con una consigna digna de atención: la comuna industrial (que en realidad hace referencia a la autogestión obrera de una gran empresa). Y además queremos recordar cómo se formaron y adquirieron popularidad los futuros líderes de la Comuna de París y de los movimientos de provincias, muchos de ellos militantes de la Internacional: Assi, Varlin, Malon, Dumay, etc.

A nuestro modo de ver, un examen en profundidad del movimiento obrero⁸¹ acentuaría ciertos rasgos del breve análisis precedente. Existe un desfase entre París y el resto de Francia, pero no se trata, como cabría suponer, de que el movimiento parisino relegue el resto de acontecimientos a las sombras. Durante la época en cuestión, en París solo puede citarse una gran huelga, la de los broncistas (que además salió victoriosa: los 5000 interesados lograron un aumento de salario del 25% y el derecho a afiliarse libremente a la Sociedad de Crédito Mutuo y de Solidaridad que habían creado). París tuvo casi el monopolio de la agitación propiamente política dirigida contra el gobierno imperial; sin embargo, los grandes procesos y las manifestaciones que tuvieron lugar en París durante la agonía del Imperio no deben relegar a un segundo plano los movimientos de provincias. Es-

81 Movimientos huelguistas en Normandía, Dijon, Alsacia, Saint-Étienne, etc.

tos movimientos formularon sus reivindicaciones cada vez con más fuerza. Si bien es cierto que no llegaron a conjugar lo económico con lo político y que ni siquiera reclamaron la República, sus exigencias fueron más allá de los aumentos de salario y de la reducción de la jornada laboral. Entre esas exigencias estaba la organización corporativa para agrupar a los trabajadores de una misma industria (textil, metalúrgica), más allá de las «cámaras» locales. Más aún: se llega a la reivindicación todavía confusa y poco elaborada de la autogestión, llamándola «comuna industrial». Como señaló Marx, la experiencia de la Comuna se había intentado antes en provincias, y sobre todo en las zonas industriales y las ciudades de la región del Midi. En cierto sentido y hasta cierto punto, podemos decir que la Comuna de París conjugó el aspecto económico y el político y eliminó el desfase característico de los años 1868-1870, ahondando en un aspecto a través del otro y compensando el retraso de París respecto al resto de Francia y viceversa.

Esta estampa de la situación económica y social de Francia en vísperas del derrumbamiento del Imperio quedaría muy incompleta si pasásemos por alto el campo y a los campesinos. A este respecto, debemos recordar un célebre pasaje de Marx. Los campesinos parcelarios, con sus explotaciones familiares aisladas bajo condiciones económicas que los separan, forman una clase en la medida en que esas condiciones confrontan su modo de vida, sus intereses y su cultura con los de otras clases de la sociedad; y, sin embargo,

... en la medida en que entre los campesinos parcelarios existe una relación puramente local y la identidad de sus intereses no produce ni comunión, ni unión nacional, ni organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, sea por medio del parlamento, sea por medio de una convención. No pueden representarse, tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder gubernamental ilimitado que les proteja de otras clases y, desde arriba, les mande lluvia y sol. La influencia política de los campesinos parcelarios encuentra, por tanto su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo doblegue [al parlamento, y el Estado,] a la sociedad.⁸²

82 Karl Marx, *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*, París, Éd. Sociales Intern., 1928, p. 132

Este poder ejecutivo, como también señala Marx, se sirve del sufragio universal como si fuera un juguete, un instrumento de fraude y de engaño.

Este profundo pasaje de Marx contiene una verdad dura, que va mucho más allá de la realidad francesa (en la que, en pleno siglo XX, todavía sigue desvelando un elemento esencial). Así, Marx brinda el principio fundamental de una explicación del bonapartismo y de un tipo particular de Estado.

Sin embargo, en los años 1850-1870, si se tienen en cuenta los censos (1840, 1852, 1862), se produjeron transformaciones importantes que modificaron la estructura social del campesinado francés. Para satisfacer las necesidades crecientes de las ciudades, la producción agrícola se desarrolla, con lo que eso conlleva: cultivos especializados y empleo de maquinaria y de mano de obra asalariada. La superficie de terrenos cultivados aumenta en más de un millón y medio de hectáreas. La superficie de pastos pasa de un millón y medio de hectáreas a más de dos millones y medio, crecimiento que se acompaña del aumento del número de reses bovinas. La superficie cultivada con remolacha aumenta a más del doble y la de viñedos crece un 20%. Comienzan a utilizarse máquinas de vapor, cosechadoras mecánicas, sembradoras. Los rendimientos son notables para la época: una media de 13 hectolitros de trigo por hectárea en 1845 y de 15 hectolitros en 1862.⁸³

De esta situación, que los economistas denominan «próspera», solo se beneficia una exigua capa de terratenientes, la burguesía local. Gran parte de los campesinos parcelarios, por el contrario, ven cómo su situación empeora. En 1852 hay una media de 7 850 000 agricultores que poseen un promedio de 6,3 hectáreas. Tres millones de campesinos están completamente o casi privados de tierras que les pertenezcan y 600 000 de ellos están condenados a la miseria. En 1862, las estadísticas —muy incompletas— permiten situar en el 56,29% del total el número de explotaciones de 1-5 hectáreas (es decir, más de 1 800 000), en el 20% el número de explotaciones medianas (5-10 ha) y en el 4,7% la cantidad de grandes explotaciones capitalistas (más de

[ed. en cast.: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, p. 191].

83 *Berichte und Dokumente*, pp. 49-50, y E. Jeloubovskaja, *op. cit.*, pp. 83 y s.

40 ha). Casi dos millones de campesinos son arrendatarios, aparceros y obreros agrícolas, y más de un millón no tienen más que un pedazo de tierra (de entre 0 y 7 ha). Con los datos que se han mencionado, comienza el éxodo rural y la industria y las ciudades absorben una parte del excedente de una población agrícola enorme, aumentada por la presión demográfica que se mantiene desde comienzos del siglo. En la propia París, sobre todo en la construcción (80 000 obreros), la afluencia de campesinos es considerable.

¿Qué otra conclusión se puede sacar si no es que las masas campesinas francesas, pese a seguir siendo el respaldo social y político de un Estado centralizado, no podían hacer otra cosa que alejarse del bonapartismo? La diferenciación en el seno de la población agrícola no podía dejar de tener, tarde o temprano, consecuencias políticas. Pero alrededor de 1870 esas consecuencias todavía no se habían producido. Para desarrollarse, les faltaban una sucesión de *shocks*: la guerra y la derrota, el desmoronamiento del Imperio, la Comuna y la lucha por la República. Entonces sí, a paso lento pero seguro, el radicalismo (el de los republicanos liberales, laicos y a la vez centralistas) se implantará en gran parte de los campos franceses. Pero en 1870 ese proceso sociopolítico apenas acababa de iniciarse.

La situación de los campesinos cambió, pero ese cambio fue más rápido en la realidad práctica que en la ideología y la conciencia política. La *decadencia de la propiedad parcelaria* (Marx) se acompaña de la consolidación de los notables: terratenientes, propietarios de origen feudal o burgués, comerciantes, abogados, médicos, prestamistas y usureros (parece que la masa campesina estaba endeudada, pero hay poca información sobre ese endeudamiento hipotecario). Esas personas notables siguen reinando en ciudades pequeñas, pueblos y aldeas. La mayoría son más monárquicos que bonapartistas y desde luego no son republicanos en absoluto.

Abrumados, explotados, expropiados y perseguidos por los agentes judiciales, los campesinos parcelarios se alejan del Estado bonapartista. Culpan de esta mala situación al destino, al gobierno; no responsabilizan a quienes sacan provecho de ella. Siguen respetando el Estado en sentido general y también a la sociedad existente. Siguen confiando en esos «notables», a los

que suelen considerar próximos a ellos por sus formas y por su lugar de residencia. Tras haber agredido a los republicanos en muchos sitios al principio de la guerra, estos campesinos no se alzaron para defender a Napoleón III. Las *idées napoléoniennes* [ideas napoleónicas], escribe Marx, son ideas de la parcela en su tierna juventud; para la parcela vieja son un contrasentido.

En cierto modo, la Comuna de París y su derrota dieron testimonio de estas contradicciones. No se comprendió su voluntad descentralizadora, y sus llamamientos a los campesinos —tardíos e insuficientes— cayeron, del todo o casi, en saco roto.⁸⁴ Para los campesinos es una cuestión de honor defender al ejército, ese ejército que los convierte en héroes (y con pocos costes) en la guerra civil. Sin embargo, el impulso republicano se transmitió, sacudió los campos, desintegró el estrato de notables reaccionarios y preparó el radicalismo de la Tercera República. Las revoluciones del 4 de septiembre y del 18 de marzo, que destruyeron el aparato bonapartista y mermaron el Estado vigente mostrando sus deficiencias, tuvieron un considerable alcance. Iban a permitir la «modernización» relativa del Estado centralizado y que ese Estado se adaptase a algunas exigencias de la agricultura y de la vida campesina en Francia.⁸⁵ Solo entonces, en el transcurso de luchas políticas, pacíficas y a la vez violentas, entre cuyos objetivos se encontraba la amnistía de los *communards*, se alzaron en los campos franceses nuevas «élites», líderes escogidos entre los artesanos (herrereros), los maestros o los médicos, líderes que fueron destronando, poco a poco y nunca del todo, a los antiguos notables, los «señores».

Con este análisis de los hechos podemos identificar varias consecuencias. En primer lugar, la concentración y la centralización (de la producción y de los capitales) progresaron rápidamente durante el Segundo Imperio. El capital bancario, al que hasta ahora no habíamos prestado atención, tuvo un papel destacado (creación en 1852 de *Crédit Foncier de France* y de *Crédit Mobilier*, en 1859 de la *Société Générale de Crédit Indus-*

84 Véase M. Dommanget, *Hommes et choses de la commune, La commune et les paysans*, Marsella, Éd. École émancipée, sin fecha, pp. 61-63.

85 El Ministerio de Agricultura se creó en 1881, tras la consolidación de la República. En el Estado bonapartista no había ni Ministerio de Agricultura ni Ministerio de Trabajo. Como afirma Marx en *Las luchas de clases en Francia*, los Ministerios de Economía y de Comercio bastaban para ejercer esas funciones.

triel et Commercial, en 1863 de Crédit Lyonnais, en 1864 de la Société Générale pour Favoriser le Développement du Commerce et de l'Industrie, etc.). Sin embargo, aún estamos lejos de la vinculación estrecha entre el capital bancario y el capital industrial que, según Lenin y otros autores (Hilferding), constituye el capital financiero, característico del capitalismo monopolista de principios del siglo XX. El auge de las grandes sociedades capitalistas y la intensa especulación en bolsa no debe llevarnos a error. *Estamos metidos de lleno en el capitalismo de la competencia.*⁸⁶ Es más: ese capitalismo acaba de empezar a introducirse en los campos, donde la comercialización de productos sigue siendo escasa, donde muchos campesinos aislados siguen viviendo en una economía natural y cerrada. Deja que subsistan muchas empresas artesanales independientes. A pesar del crecimiento económico, el capitalismo de libre competencia todavía no había desarrollado por completo las fuerzas productivas que albergaba. El capitalismo monopolista se anuncia, se prepara, pero en 1870 todavía queda lejos.

Así pues, cualquier analogía (explícita o implícita) entre la Francia de 1870 y la Rusia de 1917 sería falsa, incluso a pesar del retraso de Rusia en esa época respecto al desarrollo de los principales países industriales. En primer lugar, gran parte de las inversiones en la gran industria de la Rusia zarista provenían de capitales extranjeros, cosa que no ocurría en Francia en 1870, y correspondían al capitalismo financiero monopolista e imperialista. En segundo lugar, el campesinado francés, como consecuencia de la Revolución de 1789 y del bonapartismo posterior, actuaba como masa de mano de obra y como reserva de la burguesía, en lugar de apoyar la acción revolucionaria del proletariado.

El crecimiento económico francés durante esta época, a pesar de que se formasen capitales considerables, no ofrece la imagen de un desarrollo armonioso. Ni mucho menos. Tiene aspectos «malsanos», como dicen los economistas, que además casi nunca especifican el sentido de esos términos. Para ser más concretos, en este periodo empieza a producirse el desarrollo

86 Por razones que no están del todo claras, los autores marxistas evitan insistir en este aspecto, que sin embargo es importante para el análisis económico e histórico de la época estudiada.

desigual de las ramas de producción y también de las distintas regiones provinciales. La eliminación de las pequeñas empresas tiene lugar sobre todo en unas regiones determinadas y en unas industrias concretas que llevaban mucho tiempo implantadas en esas zonas (la textil, por ejemplo). Llama mucho la atención constatar que las huelgas se ponen en marcha, no únicamente pero sí sobre todo, en las regiones meridionales, que se ven amenazadas por este proceso.⁸⁷ La centralización económica, política, administrativa y cultural refuerza sin cesar el peso y las funciones de París.

Constatamos que el movimiento obrero, de forma espontánea y a ciegas pero por razones profundas, ejerce presión en favor de la idea de la descentralización (que además sanearía y «armonizaría» el crecimiento económico). En la práctica no va más allá de las buenas intenciones de una parte de la burguesía, con la unión de liberales y reaccionarios.⁸⁸ Partiendo de esta constatación, no nos sorprenderá demasiado la paradoja que nos encontramos a cada paso: el París revolucionario, que proclama la función excepcional y creadora de la Comuna de París, presenta al mismo tiempo un programa descentralizador que brindaría a todo el territorio de provincias vida y libertad de movimiento con respecto a la capital. Se trata de un programa que resultará ineficaz e incomprendido por la falta de madurez política del campesinado y también de una parte de la población de las propias ciudades, pero que agitará profundamente el territorio francés fuera de su capital...

87 Carta de los movimientos huelguistas en F. L'Huillier, *op. cit.*, p. 58.

88 «Programa de Nancy», elaborado en 1865 por un comité para la descentralización, que reclamaba una mayor autonomía local para los municipios sin llegar hasta la elección de los alcaldes.

2

EL PAPEL DEL ESTADO

No vamos a analizar con detalle la historia política del Segundo Imperio y su degradación, que empezó poco a poco y se fue acelerando a partir de la crisis económica de 1866-67. Para conocer esa historia, con sus periodos más o menos diferenciados —la fase en que Napoleón III decía ser el emperador de los campesinos, aquella en la que pretendía ser el emperador de los obreros, la de las medidas autoritarias y la del liberalismo de fachada—, remitimos a quienes nos lean a tratados y manuales. Solo vamos a hacer hincapié en las características esenciales de este Estado.

El bonapartismo —escribe Lenin— no es producto del azar. Es la consecuencia natural del desarrollo de la lucha de clases en un país pequeñoburgués que contaba con un capitalismo lo suficientemente desarrollado y con un proletariado revolucionario. [...] Sería un gran error creer que las formas democráticas descartan el bonapartismo. Es precisamente en el seno de la democracia donde nace el bonapartismo (la historia de Francia así lo ha confirmado en dos ocasiones), cuando se establecen determinadas relaciones entre las clases y sus luchas.⁸⁹

El bonapartismo supone y comporta un aparato estatal enorme, una burocracia ya considerable. Este tipo de Estado se erige por encima de la sociedad y se convierte en la extraordinaria presa que se disputan las distintas facciones de las clases dirigentes en nombre de sus propios intereses. Es una potencia ideológica, al mismo tiempo que administrativa y específicamente política. El Estado se presenta como juez y árbitro imparcial

89 Lenin, *Œuvres*, Éd. Sociales, t. XXV, p. 240, escrito en julio-sept. de 1917.

entre todas las clases sociales; de hecho, en la medida en que realiza esa función, dirige los conflictos entre los círculos dirigentes, sus corrientes de opinión, sus intereses económicos y sus pretensiones políticas.

Asumiendo esa función de árbitro, el Estado imperial de Napoleón III interviene hacia 1860 para poner fin al conflicto entre los capitalistas partidarios del proteccionismo y los «librecambistas». Se pronuncia en favor de estos últimos mediante la formalización de un tratado comercial con Inglaterra. Este complicado baile desagrada alternativamente a distintas facciones de las clases dirigentes y conduce al desengaño.

Un Estado de tipo bonapartista⁹⁰ se corresponde únicamente con una determinada fase de desarrollo económico, de las relaciones de clase y de la lucha de clases. Según Marx, el 2 de diciembre marca la victoria de Bonaparte sobre el Parlamento, de la violencia sin palabras sobre la violencia de las palabras. Pero este régimen no podía ser más que una parodia y una caricatura del primer bonapartismo, el de Napoleón I. En términos políticos, tenía el mismo punto de partida: una democracia que no había sabido resolver sus problemas, que no había podido o sabido concretarse y volverse más profunda. Entre tanto, la sociedad había cambiado, tanto su base como las estructuras y las superestructuras. Una parte de las tareas históricas —acabar con las trabas y los cuellos de botella del desarrollo económico y social— que no habían podido realizarse de forma democrática, con un movimiento de abajo arriba, se llevaron a cabo desde arriba, de manera autoritaria. En Francia, durante la primera mitad del siglo XIX, esos dos movimientos —de abajo arriba y de arriba abajo, de las masas al Estado y del Estado hacia la base— chocaron y se conjugaron. La promulgación del Código Civil, la consolidación de las transmisiones de propiedad realizadas durante la Revolución, la lucha contra las potencias feudales en Europa, la acción contra el capitalismo inglés (que suponía una amenaza porque estaba más avanzado) y la industrialización incipiente en el con-

90 En este sentido, Marx y Engels consideran que el Estado bismarckiano es también una variedad de bonapartismo. Este tipo de Estado no puede confundirse con el Estado reaccionario en general, ni tampoco con el Estado fascista del siglo XX ni con el Estado tecnoburocrático. Cada uno de esos tipos de Estado requiere un análisis específico.

tinente y en Francia durante el Bloqueo Continental fueron obra del primer bonapartismo y se llevaron a cabo mediante guerras y por la ambición desmesurada de Napoleón I. Después, las revoluciones de 1830 y de 1848, a pesar de sus fracasos, vencieron las resistencias de los monárquicos feudales y neofeudales. El proceso histórico que comprende revolución como momento esencial crea formas sociopolíticas contra las que la propia Revolución se rebela para acabar con ellas. El segundo bonapartismo llega a Francia muy tarde, demasiado tarde. Las barreras feudales contra el desarrollo del capitalismo se habían roto a todos los niveles, desde la base hasta las superestructuras, de las relaciones de producción y de propiedad a las ideologías. El crecimiento económico en el marco del capitalismo de libre competencia se mantiene bajo el Estado bonapartista, sin él e incluso contra él.

Durante 20 años, este Estado se consolidó como aparato burocrático y militar. Perfeccionó sus mecanismos de represión, desde la cartilla de trabajo obligatoria para los obreros (ley del 22 de junio de 1854) hasta la brutal intervención del ejército en las huelgas durante los últimos años (el derecho a huelga se había reconocido en la ley del 25 de mayo de 1864, pero —contradicción flagrante— no se legalizó el derecho de asociación para los obreros, aunque se hicieron ciertas concesiones a partir de 1868).

El Estado bonapartista se consolida y se corrompe al mismo tiempo. Cada vez se parece más a una enorme protuberancia parasitaria que se levanta por encima de la sociedad, enorme en sí misma, pero que, en relación con las masas y con las auténticas clases, no representa más que a un exiguo estrato de personas y de intereses. Este Estado inunda con sobornos, corrupción y especulaciones bursátiles y de todo tipo un sistema que se pretende, en vano, que sea secreto.

Se desacredita y se corrompe incluso durante sus propios esfuerzos por adaptarse. Porque intenta, no sin habilidad, adaptarse a la vez al crecimiento del capitalismo, a las exigencias de la burguesía y al empuje del movimiento obrero. Napoleón III y su personal político, al que trata de renovar, intentan resolver la contradicción insalvable entre la propia estructura de este Estado y la sociedad que este comprende y corona. A nuestro modo de ver, es conveniente no separar estos dos órdenes de sus causas económicas ni de sus razones históricas: el desarrollo del

capitalismo de libre competencia y el movimiento democrático popular y proletario.

Cuando el Imperio restableció (31 de enero de 1867) el derecho de interpelación en la Cámara Legislativa, admitió en la práctica la expresión pública de los distintos intereses de las diferentes clases de la población, incluidas las facciones de la burguesía y las distintas orientaciones de los ramos y sectores de la industria y de la agricultura. Lo mismo ocurrió cuando las leyes de 1868 «liberalizaron» el funcionamiento de la prensa y de las reuniones públicas. Sin embargo, todo ello no impidió en absoluto que se celebraran grandes procesos políticos contra la Internacional y sus líderes (el primer proceso a finales de 1867 y principios de 1868, el segundo en mayo de 1868 y el tercero en vísperas de la guerra), contra publicistas y periodistas republicanos y demócratas, y contra todos aquellos que atacasen al régimen.

Es muy fácil poner en evidencia la paradoja, la contradicción interna, de este Estado. En Francia, dadas las condiciones de la sociedad francesa, las exigencias del capitalismo de libre competencia deben presentarse a través del Estado para que se reconozcan. Y ello a pesar de que esas exigencias, en lo que tiene que ver con su propia naturaleza, pueden surgir y manifestarse de forma espontánea, sin la intervención del Estado e incluso reduciendo al máximo la presión del aparato estatal, como demuestra el ejemplo de Inglaterra. Alrededor de 1860, a propósito de las negociaciones comerciales con Inglaterra, la autoridad bonapartista trató de establecer en Francia las condiciones para un capitalismo de la competencia. Los empresarios del textil, de la metalurgia y de la industria hullera dejaron de dominar «libremente» el mercado interior. Tuvieron que hacer frente a la competencia de los productos ingleses y, por lo tanto, reequiparse y modernizar (para la época) sus herramientas y sus técnicas. Conocemos el carácter estimulante de estas medidas para la economía, porque motivan inversiones masivas, sobre todo en el sector del desarrollo de los medios de producción (sector I de Marx). En esta ocasión, tras el tratado de comercio con Inglaterra de enero de 1860, el Estado bonapartista acuerda importantes créditos a los empresarios. La paradoja en este caso es que el Estado cree servir, o quiere hacerlo, a los intereses de los

exportadores de bienes de consumo (seda, vinos, etc.) mientras estimula el crecimiento general del capitalismo en el marco de la libre competencia. Disgusta a la gran burguesía industrial, que solo ve sus intereses inmediatos y que declara estúpidamente: «La industria se desarrolla, pero los empresarios no son prósperos». Así, el Estado pierde una parte de sus apoyos políticos, a pesar de haber llevado a cabo una de sus pocas acciones eficaces y positivas. Cabe destacar que el liberalismo político sigue de cerca al reconocimiento práctico del liberalismo de la competencia en la economía. El 24 de noviembre de ese mismo año, la Cámara Legislativa y el Senado admiten mediante decretos el derecho a responder al discurso oficial del Emperador, pronunciado durante la apertura de la sesión, y a votar un discurso, una declaración.

Así pues, este Estado bonapartista interviene en la vida económica. Reparte subvenciones. Protege y facilita la creación de grandes redes de ferrocarril, de sociedades y de empresas. Sin embargo, está muy lejos de tener las funciones económicas del Estado actual. Sin duda está vinculado a los grandes hombres de negocios, a los grandes capitalistas, pero sin fusión de actividades ni de funciones. No dispone directamente de ninguna empresa industrial importante. La autoridad militar traslada (no sin transacciones sospechosas) directamente los encargos del ejército a la industria privada. Este Estado no interviene, o lo hace muy poco, en el reparto de los ingresos nacionales, en la coyuntura económica. Le faltan medios de acción. Como se encarga de proteger la propiedad privada, la respeta hasta el punto de quedar paralizado. Así, la más mínima requisa o expropiación parece exorbitante, igual que la moratoria de los alquileres al principio de la guerra. Para la burguesía de la época, la intervención del Estado (intervención que solicita cada vez que se presenta la ocasión) es ya socialismo y comunismo, esos espectros que la obsesionan.

Así pues, en su forma de funcionar y hasta en sus esfuerzos por adaptarse —o más bien al realizar esos esfuerzos y a causa de ellos—, el Estado bonapartista muestra su propia inutilidad. Se vuelve, como se suele decir, «impopular», cosa que se evidencia en los resultados de elecciones y plebiscitos.⁹¹ Poco a

91 Elecciones de mayo de 1869: 3 millones de votos para la oposición, que gana

poco, la propia burguesía se aleja del Imperio, es decir, no solo del gobierno y del régimen, sino del Estado bonapartista.

Se sabe que, a partir de 1864, Napoleón III (valiéndose de su reputación, mantenida con gran esmero, de hombre de Estado a favor de los obreros y que combate la «misericordia») intenta ganarse al proletariado. Deja que se cree la Internacional. El gobierno tolera hasta cierto punto las «coaliciones», las cámaras sindicales y las huelgas. Además, favorece determinadas corrientes de opinión en la clase obrera y sobre todo a los proudhonianos (cuyo apoliticismo y «mutualismo» lo tranquilizan y cuya voluntad descentralizadora ignora o pasa por alto).

¿Cómo interpretar estos hechos? ¿Como demagogia pura y dura? ¿Como maniobra política? A nuestro modo de ver, hay algo más. Este intento de desviar el movimiento obrero es el equivalente francés a la tentativa bismarckiana en Alemania, que comienza más o menos en el mismo momento (negociaciones clandestinas entre Bismarck y Ferdinand Lassalle). ¿Estaba Napoleón III al corriente, a través de sus servicios secretos, de esas conversaciones? ¿Era lo suficientemente hábil para idear, como Bismarck, una estrategia con el objetivo de integrar el movimiento obrero en el parlamentarismo político y en los marcos socioeconómicos existentes? Poco importa. La idea estaba en el aire. En Alemania, por desgracia, iba a tener éxito. En Francia iba a fracasar. El bonapartismo francés ya no tenía ningún margen de maniobra ni de intervención eficaz. ¿Por qué? Simplemente porque en Francia había habido tres revoluciones que habían preparado el terreno. En Francia ya no podía hablarse de «revolución desde arriba» ni para lograr la unidad nacional ni para establecer las estructuras y las superestructuras del capitalismo de la competencia. El régimen de Napoleón no podía ofrecer nada sustancial a la clase obrera en auge. Además, las dinámicas de clases —sus relaciones y sus luchas— eran muy diferentes en Francia y en Alemania. En Alemania, el movimiento obrero iba a evolucionar con demasiada facilidad hacia el socialismo de

1 400 000 en comparación con 1863, mientras que el gobierno, con 4 300 000 votos, pierde 900 000. Sin embargo, en el plebiscito del 8 de mayo de 1870 (con una pregunta a la que las personas consultadas debían responder sí o no: ¿aprueban o no las reformas del Imperio considerado liberal?) el régimen cosechó 7 359 000 votos de aprobación, 1 672 000 negativos y casi 2 millones de abstenciones.

Estado, inspirado por Lassalle. En Francia, por el contrario, todas las tendencias revolucionarias —salvo los jacobinos— eran antiestatales: de anarquistas a proudhonianos, pasando por los socialistas propiamente dichos.

Por lo tanto, hacia el final del Imperio se agravó una especie de crisis política permanente. El Estado de tipo bonapartista demuestra al mismo tiempo su abrumadora realidad y su irrealidad fantasmal. Se muestra en su desnudez.⁹² Sin embargo, un Estado así no puede desaparecer por sí solo. Tiene amigos, cómplices, partidarios. Por muy podrido que esté, para que se derrumbe hacen falta *shocks*: guerra, derrota, revolución. La Comuna será el episodio esencial de la destrucción de este Estado, lo que hará que se levanten en su contra los burgueses liberales, los republicanos jacobinos y el proletariado revolucionario.

De todos estos adversarios, los primeros no van muy lejos y solo desean un régimen parlamentario mejorado, con una «buena constitución». Los segundos, partidarios de un Estado centralizado aunque republicano, serían sin duda incapaces de destruir por sí solos el aparato estatal existente, que respetan en la medida en que es estatal. Las capas y las clases populares, entre ellas el proletariado (que se alza poco a poco, a paso lento y dificultoso pero seguro, hacia la conciencia política en esos años y hacia la lucha por la «república democrática y social»), serán las únicas que podrán arremeter contra el Estado existente. Aunque no atacase ese Estado más que para construir un Estado en extinción, a pesar de su fracaso múltiple, la Comuna iba a abrir nuevos horizontes para los propios republicanos. Después de la Comuna, a pesar de las tenaces resistencias, se podrá volver a construir una democracia burguesa hasta cierto punto concreta y real. Sin embargo, a nuestro modo de ver, la crisis política nunca llegó a alcanzar la intensidad de una de esas crisis que, según Marx y Lenin, van hasta el fondo de las cosas, sacan a la luz lo más profundo de la sociedad, revelan la esencia de los procesos,

92 La Iglesia aprovechó el Imperio para fortalecerse. En 1850, Francia tenía 50 267 escuelas no confesionales y 10 312 centros que pertenecían a congregaciones religiosas de enseñanza. En 1863, se contabilizan 51 854 y 17 206 escuelas respectivamente. En ese año, 1 367 000 escolares habían podido asistir al primer tipo de centros y 588 000, al segundo tipo. El 25% de los soldados reclutados eran analfabetos. A ello se debe el violento anticlericalismo, suficiente para la izquierda radical (liberal burguesa), pero solo un punto de partida para el movimiento obrero, que quiere ir más allá.

iluminan la superficie y descubren todo lo que se esconde en el espesor de las capas, de las clases y de las masas sociales. Más concretamente, la crisis revolucionaria provocada por la guerra y por la derrota solo afectará a París. En el conjunto de Francia, no hará tambalearse al capitalismo de la competencia, en plena ascensión. Y ese será el drama de la Comuna.

¿No es esa la razón de ser de los consejos de Marx, que, desde septiembre de 1870, advertía a los obreros franceses de que no se dejasen llevar por los recuerdos de 1792?

Es cierto, no obstante, que, según una expresión acuñada, no hay una «muralla china» que separe la crisis política, la crisis económica, la crisis de las ideologías y la de los elementos objetivos y subjetivos de la situación histórica; en pocas palabras, los distintos aspectos de la crisis revolucionaria.

3

ENSAYO SOBRE LA CONCIENCIA DE LA HISTORIA COMO CAUSA HISTÓRICA

Durante un rato, unas páginas, vamos a abandonar el terreno del análisis económico. Este terreno se ha vuelto firme y sólido una vez que el método marxista se ha integrado en el conocimiento general. Sin embargo, es un método que no ha agotado todas sus posibilidades. Descubre niveles de realidad y de análisis todavía poco explorados, como el que vamos a tratar de definir: la conciencia de la historia como tal forma parte de la praxis, ella misma genera historicidad.

Empecemos por comprender esta situación contrastándola con la nuestra. Ya hemos utilizado este procedimiento expositivo mostrando cómo la sociedad del siglo XIX, la del capitalismo de la competencia, se diferencia de la que conocemos y experimentamos: la sociedad del capitalismo monopolista estrechamente vinculado con el Estado y que tiende al máximo de organización compatible con su estructura, la sociedad de la tecnoburocracia, la del consumo y la cultura de masas. A nuestro alrededor, esta sociedad que se cree duradera se exhibe en una ciénaga y un marasmo a los que se denomina satisfacción o felicidad o hastío.

Para nosotros, que vivimos en la segunda mitad del siglo XX, la historia se aleja. Conforme avanza, se va alejando de nosotros. Para los habitantes de la Francia metropolitana, la historia sigue su curso lejos desde el punto de vista espacial: en Moscú, en Pekín, en Washington. En otra parte. La historia avanza lejos, para todos los hombres, si hablamos de distancia social: al nivel del Estado y de las estratosferas burocráticas y políticas, al nivel de la alta tecnicidad que explora el cosmos y, además,

crea el peligro de la destrucción nuclear. En la medida en que contemplamos los cambios, nuestra forma de pensar pretende ser programática o se hace programática, abandonando el terreno de la historicidad y del contacto directo con la historia.

Nuestra propia historia se aleja y se sumerge en el pasado auténticamente pasado. La última guerra y la Liberación paldescen ya en el recuerdo. Quienes quisieron o todavía quieren transformar esos recuerdos en causas históricas han fracasado. Salvo acontecimientos imprevistos —siempre posibles—, seguirán fracasando. La piedad con los héroes y los muertos no es más que una solemnidad. Forma parte de los ritos que preparan el olvido.

En el siglo XIX es completamente diferente. Esas gentes están sumidas en la historia y en la historicidad: se empapan de ellas. Están ahí. La historia forma parte de su ser y su propio ser es histórico, igual que su conciencia. Para ellos, el pasado está vivo y los rodea. No existe el pasado; existe una actualidad que continúa. Encarnan esta continuidad en acto. En 1870, los antiguos revolucionarios de 1848, que ya peinaban canas, constituyeron una parte de las mejores tropas de la Comuna (y algunos errores cometidos desde el principio por los jefes militares impidieron aprovecharlos del todo). Estos hombres pretenden, con la Comuna, retomar y acabar lo que intentaron en 1848; no lo esconden. Al igual que los actores veteranos de la Comuna. Blanqui —el revolucionario de las generaciones anteriores, «el encerrado», el hombre de acción de incomparable prestigio que no podrá participar en la Comuna porque, una vez más, está en prisión en un rincón del país— nació en 1805, lo hirieron por primera vez en una manifestación en 1827, participó en las Tres Gloriosas de 1830 y en la revolución de 1848. Nunca ha dejado de actuar, de lanzar ideas ni de intentar la insurrección. Vive en la historia; es un hombre histórico, y no se encuentra en la cumbre, en las altas esferas del Estado, con un papel de hombre de Estado, sino en la base, en la oscuridad de las cárceles, las conspiraciones y las revueltas.

En cuanto al propio Thiers, él es histórico a su manera, máxime considerando que es historiador de profesión. Igual que Blanqui, vio los años del Primer Imperio. Estuvo presente, al otro lado de las barricadas y en otro nivel de realidad (el del Esta-

do), en las revoluciones de 1830 y de 1848. Pasó del poder a la oposición y de la oposición al poder. Escribió la historia de las guerras napoleónicas. Su forma de pensar y su conciencia penetran de lleno en la historia; él arde en deseos de hacer historia, no de escribirla, y su momento llegó a finales de 1870. Nuestra función aquí no es injuriar a Thiers. Tenemos que empezar por comprenderlo y explicarlo. Junto con Blanqui, que es algo más joven, Thiers conforma la segunda hoja de un singular díptico: son dos hombres históricos, actores y concedores de la historia, creadores de acontecimientos.

Las guerras, tanto si se ganan como si se pierden, no bastan para fundar esta historicidad. Son necesarias las grandes luchas de clases y las revoluciones, con su sucesión de imágenes apasionadas, populares, inseparables de la acción práctica: los muertos cuyo recuerdo, siempre próximo, parece imperecedero; las hazañas que se cuentan en voz baja a los más cercanos; los exiliados y los proscritos que vuelven, sin dejar nunca de ser apreciados por el pueblo que los reconoce y los acoge. Estas imágenes, parecidas a las casas incendiadas y a las marcas de los obuses y las balas en las murallas, no se difuminan en la memoria. Se alzan hasta alcanzar el simbolismo de acción, sin por ello convertirse en míticas. No abandonan, en el entramado de la praxis social, el nivel del discurso dramático y vivo. Si bien no son la causa propiamente dicha, son una razón. Solo el pensamiento reaccionario, tanto en el plano ideológico como en el práctico, sepulta la historia, relegándola a la categoría de las representaciones abstractas y las justificaciones. Con la corriente reaccionaria, los muertos dejan realmente de vivir y se convierten en fetiches y objetos de un culto religioso.

Los textos de Marx reconstruyen el ambiente al que tratamos de llegar, y también los de Blanqui (*La Patrie en danger*)⁹³ o los de Flourens (*Paris livré*),⁹⁴ y muchos otros a los que nos referiremos enseguida. De forma recíproca, para entender bien estos textos, para aprehenderlos desde dentro, como se suele decir, y no desde fuera, como si fueran objetos muertos y fósiles, debe-

93 *La Patrie en danger*, serie de artículos compilados en un volumen, París, Chevalier, 1871.

94 *Paris livré*, recopilación publicada también en 1871, París, Garnier.

mos comprender el entorno en el que fueron escritos, es decir, la praxis misma que fue su contexto.

Ciertamente, en este clima de historicidad vivida, los hombres participan directamente en la historia. Para ellos no es un objeto externo, y menos aún un espectáculo ni un testimonio. Individuos y grupos se conciben como factores y autores de historia. Se sienten y se saben capaces de intervenir y de modificar el curso de los acontecimientos. Las ideologías y las ideas no se les presentan como abstracciones, sino como elementos insertados en la práctica, cuyos puntos de impacto y de eficacia ellos ven o creen discernir. Viven y se ven a sí mismos en una sucesión figurada (y por tanto mental, consciente, relativa a la voluntad) de acontecimientos. Como desean el futuro, cuestionan el presente.

En el siglo XIX, en la época que nos interesa, los múltiples clubs y sociedades secretas (carbonarios, francmasones, etc.) que existen no se constituyen como círculos restringidos y cerrados de personas iniciadas que viven de forma clandestina y sectaria, replegados sobre sí mismos. Estas pequeñas sociedades se conciben como abiertas a la historia, activas, creadoras. Y mucho más en el caso de la I Internacional, que al principio (1864-1868), antes de convertirse en una organización de masas, no es más que una especie de francmasonería obrera. El pequeño tamaño de estos grupos no les da una sensación de impotencia. Los debates no les parecen vanos. Al contrario: todos tienen la sensación de preparar con eficacia el futuro, de crear las formas que aguarda la historia e incluso de ir más allá de la historia, finalizándola. Grupos de lo más diversos, con sus ideologías —sean ocasionales o duraderos, frágiles o con una sólida organización, tanto si se trata del pueblo de París como de las gentes de un barrio o de un batallón de la Guardia, de artesanos de un gremio o de obreros de una rama de la industria, o incluso personas importantes reaccionarias de una región remota—, sienten, por así decirlo, que tienen la historia y la praxis al alcance de la mano. Se ven a sí mismos en contacto directo con la historia y la praxis.

Se nota en su lenguaje, marcado por ello. Las proclamaciones de la Comuna, los artículos, los libros tienen espontáneamente el estilo del discurso histórico, el estilo de los mensajes napoleó-

nicos convertido en popular, el estilo de Victor Hugo convertido directamente en político.

Para mostrar adecuadamente el contenido de estas afirmaciones, habrá que estudiar con detalle las publicaciones de la época, los periódicos, los libros, las estampas, los carteles, los poemas y las canciones; su contenido, su ideología, su estilo original.

Si usamos la terminología de las ciencias sociales contemporáneas, podemos decir que nos estamos moviendo en el seno de la realidad sociológica, que a su vez está insertada en una realidad histórica: la conciencia de la historia como hecho y como forma social, intervención (mediación) entre lo económico y lo político, entre las ideas y las masas. ¿Una conciencia de este tipo no debe formar parte de la definición de las sociedades prometeicas? ¿No se trata acaso de un elemento por excelencia de la sociedad prometeica durante su juventud y su vigor inicial?

Si empleamos el lenguaje de los filósofos, diremos que captamos una razón más que una causa; en este caso la racionalidad engloba la causalidad, pero se sitúa al nivel del discurso y de los proyectos humanos, en tanto son inseparables de la praxis. Manteniéndonos en el plano filosófico, podemos destacar aquí la notable concordancia de la conciencia espontánea de las masas con la alta cultura, en la que se incluye la filosofía. A la conciencia histórica le corresponde la filosofía de la historia, gigante con Hegel, degradada en Francia con Renan y Taine, pero predominante.

4

EL EJÉRCITO Y EL ESTADO BONAPARTISTA

En todo Estado que no sea un Estado en extinción, en el que desaparece el ejército permanente (condición esencial de la libertad y que la Comuna se esforzará en vano por materializar), el ejército forma parte del aparato del Estado. Con más razón aún en el Estado bonapartista, en el que el ejército es la razón de ser, el orgullo, la «cuestión de honor», objeto de todas las atenciones y codicias.

Al estar tan vinculado al Estado, compartió su destino. Este ejército con ecos de Julio César no fue un ejército popular, ni un ejército de mercenarios y profesional ni un ejército de clase, sino algo intermedio, siempre cuestionado, entre todas estas fórmulas. Al igual que el Estado, se erigía por encima de toda la sociedad y pretendía obtener recursos y hombres de esa sociedad sobre la que se alzaba. Acabó descomponiéndose desde la base hasta la cúspide, empezando por la cúspide.

Por supuesto, el régimen imperial había empezado por disolver la Guardia Nacional, que suponía una amenaza permanente porque implicaba necesariamente armar al pueblo. Las leyes militares organizaban un sistema complicado, destinado en un principio a contentar a todas las clases de la población, y ante todo a las clases pudientes y dirigentes, pero que acabó molestando a todo el mundo. Entre los reclutas considerados físicamente aptos para el servicio se hacía un sorteo. Los afortunados no abandonaban su pueblo o su ciudad natal; quedaban exentos del servicio activo. Entre quienes tenían menos suerte, los que tenían algo de dinero podían comprarse un sustituto. A partir de la ley militar de 1855, los ejércitos del Imperio siem-

pre tenían una parte cada vez mayor de hombres que no eran otra cosa que mercenarios camuflados, pero que no por ello se convertían en soldados profesionales. Esa parte del ejército se reclutaba sobre todo entre la población rural, pagada «con el precio de su vida», que se vendía sin entusiasmo y esperaba con impaciencia el fin de un largo servicio (siete años). Recibían el nombre de *cochons vendus* [puercos vendidos].

En estas condiciones, el espíritu militar y la disciplina del Primer Imperio, y el espíritu guerrero ofensivo de los ejércitos reclutados durante la Revolución ya no son más que un recuerdo histórico, un fantasma. Mientras el pueblo vive en la historia, el ejército vive entre los fantasmas de la historia. Ideológicamente, se agarra a tradiciones anticuadas y a la más estrecha camaradería, a la que los militares llaman sin el menor sentido del humor «el honor del recluta». Mientras que la conciencia popular es dramática, la del ejército se instala en la épica: en los recuerdos de la epopeya imperial. Sigue creyéndose algo que ya no es: ese ejército del pueblo que logra acciones grandiosas o grandes empresas militares. Los mandos del Estado Mayor, que provienen casi exclusivamente de la burguesía y de la aristocracia, se burocratizan igual que el Estado. Desprecian el estudio, se aprenden el reglamento de memoria y cultivan el arribismo. En 1870, los despachos son todopoderosos en la organización militar. Sobre el papel, la organización es perfecta. En términos abstractos, los burócratas desplazan a los hombres y a los ejércitos de un extremo a otro del país, los manipulan, manejan y reestructuran las unidades. En la práctica, en 1870 reina la confusión más inconcebible; se suceden las órdenes y los reglamentos contradictorios. Los planes de movilización, de transporte y de equipamiento se ejecutan mal o no se ejecutan en absoluto.

Durante las campañas de Italia y de Crimea, esta maquinaria militar pesada e ineficaz ya mostró sus defectos. Sadová y la aplastante victoria del ejército prusiano en Austria fueron como el trueno antes de la tormenta. En enero de 1867, el mariscal Niel sustituye al mariscal Randon en el Ministerio de Guerra. Lleva desde el año anterior estudiando un proyecto de reorganización del ejército que la Cámara Legislativa adopta a principios de 1868.

En el proyecto se preveía que el número de soldados del ejército activo llegase a 800 000, creando ya en tiempos de paz grandes unidades militares con capacidad para entrar en acción con rapidez. Se proponía instaurar el servicio militar obligatorio (seis años) y volver a formar una Guardia móvil compuesta por hombres que acabasen de terminar su servicio (tres años). Todo ello para responder al sistema prusiano de las reservas.⁹⁵ Así pues, el gobierno bonapartista comprendía muy bien las exigencias de la situación. Habría querido volver a crear el ejército popular, pero no pudo hacerlo. Las resistencias generalizadas y las discusiones en las altas esferas, tanto en el Estado Mayor como en la Cámara Legislativa, no dejaron que quedase gran cosa del proyecto de Niel. En la ley votada en enero de 1868 solo se introducía una novedad, pero tendría grandes consecuencias. Se creaba una Guardia móvil cuyo número de efectivos debía llegar a los 500 000 hombres y, por lo tanto, debía funcionar como reserva del ejército activo. Sin embargo, no podía hacer esa función. Los periodos de instrucción no debían sobrepasar los 15 días al año; los convocados a la Guardia móvil volverían a sus casas todas las noches y no estarían obligados al acuartelamiento. El proyecto, que quedó así reducido casi a la nada, ni siquiera llegó a aplicarse. Suscitó una resistencia feroz.

Quando tuvieron lugar las operaciones de censo y revisión que debían permitir organizar esta Guardia móvil, hubo disturbios. En Burdeos, en marzo de 1868, la agitación se convirtió en revuelta. 300 jóvenes, todos obreros y artesanos, se congregaron en torno a una bandera roja; cantaron *La Marsellesa* y volcaron ómnibuses... Los futuros integrantes de la Guardia móvil gritaban «¡Viva la República!» con más ganas aún, porque durante la década de los 60 la República era sinónimo de desarme. Durante el Segundo Imperio, la incompatibilidad entre el ejército y la democracia republicana es absoluta. [...] El antimilitarismo era un arma eficaz en manos de la oposición republicana...⁹⁶

95 Véase Engels, *Anti-Dühring*, Éd. Sociales, p. 442: «En la guerra franco-alemana de 1870, el sistema francés de reclutamiento sucumbió ante el sistema prusiano de reservas. [...] Los franceses seguían combatiendo con las viejas columnas de batalla y a veces también en línea, mientras que los alemanes, con la introducción de la columna de compañía, trataban al menos de buscar una nueva formación de combate adaptada al arma nueva» (el fusil cargado por la recámara, el *chassepot* francés). Tras lo ocurrido en Saint-Privat, donde sufrieron terribles pérdidas, los alemanes adoptaron la formación de tiradores, incluso durante el combate «a la carrera».

96 G. Duveau, *Le Siècle de Paris*, París, Hachette, 1939, pp. 29-30.

Y, sin embargo, la creación de la Guardia móvil debía conllevar la reconstrucción de la Guardia Nacional: el pueblo armado. Y, sin embargo, la República, es decir, la Comuna, iba a reconciliar al pueblo con las armas y con la organización militar.

No se puede insistir lo suficiente en el efecto desmoralizante que tuvieron en ese ejército de aspiraciones cesáreas las guerras coloniales: Argelia, México, China.⁹⁷ Gracias a estos conflictos, se instalan «en las altas esferas» la malversación y la extorsión, el sistema de prebendas y de recompensas. Así, el general Cousin-Montauban, a quien la expedición de China convirtió en conde de Palikao, se lleva 600 000 francos de oro como asignación o botín. Los soldados y oficiales se acostumbra a victorias fáciles que pasan por gloriosas incluso cuando terminan en desastres, como en México. El ejército se transforma de manera imperceptible en un ejército de guerra civil, porque durante las expediciones coloniales lucha tanto contra la población como contra los combatientes enemigos. Se desmoraliza e incluso se desadapta en sentido material a las condiciones de la guerra en el continente europeo. En el rigor invernal, con nieve y viento glacial, los soldados franceses acampan en tiendas, como en Argelia. Se instalan en las pendientes de Champigny (1 de diciembre de 1870) con la consigna de no encender fuego para no alertar al enemigo. El reglamento funciona y se ejecutan las consignas. A poca distancia de las tropas francesas, los alemanes se instalan en las casas de las zonas ocupadas y disfrutan de su abrigo. El ejército francés respeta hasta sus últimas consecuencias la propiedad privada que defiende y protege.

El ejército, motivo de orgullo del bonapartismo, es también su punto débil. Lo sustenta y lo hace vulnerable. El bonapartismo va a derrumbarse con él y por su causa.

Cabe destacar un detalle interesante: los burócratas del aparato del Estado bonapartista, tan hábiles en las operaciones de policía política interior (negociaciones, provocaciones, arrestos y represiones), se muestran incapaces de hacer funcionar servicios de inteligencia y de contraespionaje. La debilidad de estos servicios sale a relucir desde el comienzo de las hos-

97 Véase Lissagaray, *op. cit.*, p. 10 [ed. en cast.: p. 28].

tilidades. Mientras que el Estado Mayor alemán siempre tiene información, el Estado Mayor francés nunca sabe nada sobre la envergadura de las tropas enemigas, sus movimientos ni su sistema.

5

EL DESMORONAMIENTO DEL IMPERIO

De todos los hechos, nos quedaremos solo con los que atañen directamente a nuestro proyecto: comprender y explicar la Comuna.

Ambos gobiernos, el de Bismarck y el de Napoleón III, prepararon y desearon la guerra. La provocaron, cada uno por su lado, con igual mala fe, y ambos procuraron que la responsabilidad del conflicto armado recayera sobre el otro, aunque tenían razones diferentes para ello. Bismarck y el Rey de Prusia querían llevar a término, bajo su égida, la unidad alemana. El clan belicista, agrupado en torno a la emperatriz Eugenia (Napoleón III, de naturaleza indecisa, no se pronunció hasta el último momento), quería una guerra a modo de distracción política. Quienes ostentaban el poder en París, militares y hombres de Estado, creían que se podía derrotar rápidamente al ejército alemán tras una ofensiva potente del bando francés. Esa victoria consolidaría el régimen y permitiría aplacar definitivamente la doble oposición: la de la burguesía republicana (liberal) y la del pueblo y el proletariado socialista.

Sin embargo, desde el comienzo de las operaciones militares (agosto de 1870) cambian las tornas y la situación prevista en los círculos gubernamentales franceses se invierte. Es decir, la realidad se impone. El proyecto de una ofensiva potente y masiva del ejército francés contra Alemania del sur ni siquiera llega a ponerse en marcha como consecuencia de la incapacidad burocrática. El enemigo penetra en Francia. En unos días, los alemanes cruzarán el Rin y la barrera de los Vosgos. En París la indignación está a punto de estallar y se aseguran las revueltas. A

partir de entonces, como señala Engels ya el 8 de agosto, los movimientos de las tropas francesas se rigen por motivos políticos, por lo que pasa o puede pasar en París y no por lo que sucede en la facción enemiga. Los franceses ya están vencidos.

Antes incluso de que se declarase la guerra, varias secciones parisinas de la Internacional se habían posicionado y habían declarado que la guerra no era ni justa, ni nacional, ni conforme a los auténticos intereses de Francia, sino una cuestión dinástica.⁹⁸ Los militantes obreros denuncian los clamores belicosos de quienes están exentos del impuesto de la sangre. Afirman que la guerra es la forma de los gobiernos de cortar las alas a las libertades públicas. Pero sus llamamientos tienen una repercusión muy limitada. No obstante, cuando empiezan a conocerse las primeras derrotas (que coincidieron con las elecciones municipales del 6 y el 7 de agosto) la gente se echa a la calle. A pesar de que el desconcierto en las esferas gubernamentales es total, los representantes de la burguesía liberal y los diputados de la «izquierda» radical se niegan a encabezar el movimiento y a dirigir las manifestaciones hasta la toma del poder político. No obstante, no pueden eludir sus responsabilidades y se reúnen el 8 de agosto para formular una declaración en la que se reclama *que se arme de inmediato a todos los ciudadanos de París*.⁹⁹ Respecto a los demás diputados, se limitan a pedir cambios en el gobierno y en el alto mando.

La sesión de la Cámara Legislativa se abre el 9 de agosto a las 13:00. La policía y el ejército protegen el Palacio Borbón frente a la multitud obrera que se congrega en la plaza de la Concordia. Según Lissagaray¹⁰⁰ hay 100 000 manifestantes. Pocos burgueses. Se ven sobre todo monos de trabajo y manos ennegrecidas. Pero los obreros no tienen jefes. ¿Dónde están? Fugados, en la cárcel o sin capacidad de actuar políticamente debido a su ideología. En cuanto a la izquierda republicana, trata de encontrar un término medio. Llega a apelar a los sentimientos patrióticos de la mul-

98 Véanse Bruhat, Dautry y Tersen, *La Commune de Paris*, pp. 64-65, y Benoît Malon, *La Troisième Défaite du prolétariat*, Neuchâtel, Guillaume Fils, 1871, p. 36.

99 E. Jeloubovskaia, *op. cit.*, p. 352. Véase también, de la misma autora, *Questions d'Histoire*, Éd. Nouvelle Critique, t. II, pp. 169-195.

100 «Los diputados de la izquierda, a quienes acosan los delegados de los que aguardan fuera, acuden aturridos: [...] '¿Hay bastante gente? ¿No sería mejor dejarlo para mañana?' No hay, en efecto, más que cien mil hombres». (*Histoire de la commune*, p. 2 [ed. en cast.: p. 21]).

titud y a exhortar a los obreros que están a punto de invadir el Palacio Borbón. Primero Jules Ferry y luego Gambetta consiguen restablecer la calma.

Antes de desaparecer, el jefe del gobierno, Émile Ollivier, anuncia la reorganización de la Guardia Nacional móvil y el aumento de sus efectivos y convoca a todos los hombres no casados de entre 25 y 30 años para que se incorporen al ejército activo en cuanto sea posible. En nombre de la izquierda, Jules Favre critica este proyecto y propone retomar la antigua fórmula de la Guardia Nacional, en la que se reclutaban soldados entre los ciudadanos inscritos en las listas electorales, con capacidad de equiparse por su cuenta, es decir, de pagar la ropa y las armas.

Pese al carácter limitado de este último proyecto (que se aceptó con debates y enmiendas y se promulgó el 11 de agosto), llegaba más lejos que el proyecto oficial. Entrebrea la puerta por la que, un mes después, van a colarse las masas proletarias. Durante ese mes de agosto, los obreros se amontonan literalmente ante esa puerta. El nuevo gobierno presidido por Palikao sabotea la idea de que se extienda la Guardia Nacional para evitar que el pueblo se arme. Se propone limitar los efectivos de la Guardia a 60 batallones. En esa temporada, la Guardia Nacional del Sena no crece más que de 12 000 a 15 000 hombres y solo una parte de ellos —dejando fuera a los obreros— reciben armas. Así que se ve en las calles de París a «guardias nacionales haciendo ejercicios con varas, bastones y paraguas a modo de fusiles».¹⁰¹ El gobierno intenta armar únicamente a los elementos que considera de confianza, es decir, a los hombres reclutados entre los reaccionarios declarados o bien en provincias. En lugar de dirigir la guerra contra el invasor, se ocupa sobre todo de mantener el orden. A su modo de ver, la Guardia Nacional debe proporcionarle los medios para ello. Aquí la situación va a invertirse de nuevo; la realidad de la situación emergerá bajo las ilusiones y las mistificaciones.

Del 9 de agosto al 4 de septiembre, el régimen bonapartista vive sus últimos días, arrastrándose de derrota en derrota. El carácter político de estas derrotas se acentúa. Si Bazaine se deja sitiado en Metz es porque tiene extrañas reservas y quiere

101 E. Jeloubovskaia, *op. cit.*, p. 414. Véase también Henri Guillemin, *L'Héroïque Défense de Paris*, Gallimard, 1959, pp. 32, 49-50.

conservar sus tropas intactas. Si existen dos planes estratégicos opuestos (uno, el de Trochu, contempla un repliegue ordenado a París; el otro, el de Palikao, pretende liberar Metz, al Emperador y las tropas del este) es por motivos de alta política interior. Palikao quiere salvar al Emperador y restablecer el prestigio del régimen a cualquier precio; Trochu quiere, ante todo, vigilar París bajo pretexto de defenderla. Ambos planes resultan ser igual de malos e inaplicables. Las operaciones, incluida la defensa de París, no son «más que una farsa policial para mantener tranquilos a los parisinos hasta que los prusianos lleguen a las puertas de la ciudad, para conservar el orden, es decir, la dinastía y a los mamelucos», le escribe Marx a Engels el 2 de septiembre de 1870, el mismo día de la capitulación de Sedán.

El domingo 4 de septiembre de 1870, 500 000 manifestantes rodean el edificio de la Cámara Legislativa, reunida en sesión extraordinaria por el presidente Schneider. Blanqui está allí con sus hombres, con Ranvier, Delescluze y Millière, pero también con los batallones burgueses, ya formados y armados, de la Guardia Nacional. Los gendarmes, *asombrados al ver a una gente tan distinguida* entre los manifestantes (Lissagaray), dejan el paso libre. Los diputados mantienen una discusión bizantina. Nadie defiende a Napoleón III, vencido y prisionero. ¿Qué declaración se va a hacer? ¿«Ante la vacante del trono» o «dadas las circunstancias»? ¿Se va a proclamar la República o solo se va a nombrar un gobierno de defensa nacional a la espera de que una asamblea constituyente decida el régimen, como propone Thiers? ¿Se va a transferir dentro de la absoluta legalidad todo el poder a la Cámara Legislativa para que designe una comisión gubernamental, como desea la Guardia Nacional? Los diputados, tanto de la derecha como de la izquierda, buscan una salida legalista a la crisis política.

A las 14:30, la multitud invade el patio, los jardines, los pasillos y luego el hemiciclo del Palacio Borbón. Se oyen gritos de «¡Muerte! ¡Abajo el Imperio! ¡Abajo la Cámara Legislativa! ¡Viva la República!». Los blanquistas toman la delantera. Tras algunos incidentes tumultuosos, Schneider abandona el sillón presidencial. Lo ocupa el blanquista Grangier; durante los instantes que le dejan los guardias burgueses antes de llevárselo del sillón, se dirige a la multitud con voz potente: «El pueblo de París ha invadido

este recinto para anunciar aquí el ocaso del Imperio y proclamar la República. Somos los representantes responsables de hacerlo». Entonces Gambetta, al pie de la pared, decide leer un texto que se había preparado de antemano, pero que la izquierda radical dudaba si hacer público o no hasta el último momento: «Considerando que la patria está en peligro [...], considerando que nosotros somos y constituimos el poder regular emanado del sufragio universal libre, declaramos que Luis Napoleón Bonaparte y su dinastía han dejado de reinar en Francia para siempre».

El texto no contiene la palabra «República». De hecho, devuelve el poder a la Cámara Legislativa, no va más allá. «¡La República! ¡Viva la República!», grita la multitud.

En este punto se produce un episodio curioso. Jules Favre, respaldado por Gambetta, se dirige a la multitud, que está en plena eferescencia pero sin organización ni dirección política: «¿La República? ¡Hemos de proclamarla en el Hôtel de Ville!». Pese a la oposición de algunos blanquistas, la muchedumbre sigue esa iniciativa. El torrente de manifestantes sigue a Favre y Gambetta y se encamina hacia el Hôtel de Ville, donde ya ondea la bandera roja entre las banderas tricolores.

¿Por qué el Hôtel de Ville? ¿Por qué triunfa una propuesta cuyo objetivo evidente era ganar tiempo y permitir nuevas maniobras? Porque el Hôtel de Ville es el recuerdo vivo de las revoluciones de 1830 y 1848. Allí se proclamaron y aclamaron los gobiernos provisionales. Pero también porque el Hôtel de Ville representa para las masas de París el núcleo de la eferescencia, el centro de organización: la Comuna de París. Allí es donde el complot de abogados ambiciosos, según dice Marx en *La guerra civil en Francia*, consiguieron legitimar los títulos usurpados.

El sentido de la operación política que intentaron y lograron los republicanos burgueses moderados el 4 de septiembre de 1870 era ambiguo. Distorsionan el espíritu y los actos de la Cámara Legislativa, considerada el centro de la legalidad. Algún día, esa legalidad se restablecerá con toda su fuerza en ese mismo espacio. Los republicanos moderados aprovechan el prestigio del Hôtel de Ville y de la Comuna de París. Allí, como diputados de París, van a lograr eliminar del gobierno a los blanquistas y a conseguir la aprobación del pueblo parisino. Por eso, queriendo aprovechar y tal vez sobrevivir al pasado glorioso del Hôtel de

Ville, deciden resucitar ese pasado, por si les hiciera falta. Lo ponen de relieve como centro de la Francia republicana, cosa que se volverá en su contra.

El 4 de septiembre de 1870, esa gran jornada histórica, se muestra ante nosotros con toda su singularidad. Está marcada al mismo tiempo por la espontaneidad y la maniobra, por la improvisación febril y por la habilidad madurada, por la ambigüedad y por la decisión que pone en marcha la sucesión de los acontecimientos, por el alcance dramático y por el engaño puro y duro. Los especialistas de la política privan del fruto de sus actos a las masas que hacen historia política.

¿Los revolucionarios? Los únicos o casi los únicos ahí presentes son los blanquistas: valientes, enérgicos, ya intentaron un golpe militar el 14 de agosto y no están vinculados a las masas porque pretenden ser una minoría activa y conspiradora; los blanquistas quedan como ingenuos e incautos. Después de haber ocupado el Palacio Borbón, van corriendo a Sainte-Pélagie, la prisión política, para liberar a los suyos. Mientras tanto, los Jules —Jules Simon, Jules Favre y Jules Ferry— no pierden ni un minuto. El hombre con el que cuentan los blanquistas, al que sacan de la cárcel y pasean triunfalmente por París entre aclamaciones, a quien le encargan que lea ante la multitud la lista de los miembros del gobierno elegido, Henri Rochefort, va a servir de pivote en la maniobra dirigida contra ellos.¹⁰² En el momento en que Rochefort va a proclamar el gobierno revolucionario, uno de los Jules, Jules Ferry, le pone rápidamente en la mano otro papel, su lista, la de los republicanos burgueses, integrada por diputados de París (o elegidos a la vez en París y en provincias, como Gambetta). El célebre panfletista, desconcertado, sin dejar de parpadear, arrojado del silencio de la prisión al tumulto de la jornada revolucionaria, puede que tranquilo o cómplice en secreto, proclama el gobierno burgués en lugar del gobierno revolucionario. «Sin esa feliz idea, tal vez la Comuna habría llegado ese día», escribió el tercer Jules, Jules Simon.¹⁰³

102 Véase el testimonio del joven blanquista Da Costa, *La commune vécue*, París, antigua Maison Quantin, 1903, t. III, pp. 320 y s.

103 Jules Simon, *Origine et chute du Second Empire*, París, Calmann-Lévy, 1876, p. 414.

Así es como se suceden todos los acontecimientos durante ese día de los engañados¹⁰⁴ (para los revolucionarios): con embustes y a salto de mata. Todos. Incluida la designación del alcalde de París. Uno de los miembros del gobierno provisional, alzado al poder por el impulso popular, Emmanuel Arago, tuvo una inspiración. Llevaba en el bolsillo una bufanda tricolor. Se la lanzó a su tío, Étienne Arago, que se la puso. Y ya está, así se proclamó a Étienne Arago, un antiguo republicano de 1848, moderado y juicioso, alcalde de París, de manera que tenía competencias para nombrar a los alcaldes de los 20 distritos.

Trochu completa el equipo. Aporta la adhesión del ejército, no sin antes poner sus condiciones. Preside un gobierno revolucionario que se compromete a respetar la trinidad burguesa: Dios, familia y propiedad privada. Trochu, orleanista camuflado, asume la presidencia y el mando del ejército. Un orleanista reconocido, el conde de Kératry, se convierte en prefecto de la policía. Los reaccionarios tienen el poder real y los republicanos, los *cargos de hablar* (Marx).

La noche del 4 de septiembre, cuando la multitud se dispersa y el «gobierno de la defensa nacional» va a reunirse, se quita la bandera roja de la fachada del Hôtel de Ville.

El mismo 4 de septiembre, la sección francesa de la Internacional publica dos manifiestos sucesivos, ambos igual de poco eficaces. En el primero, se dirige al pueblo alemán y lo invita a detener la guerra injusta: «La Francia republicana os invita a retirar vuestras tropas en nombre de la justicia. Si no, habremos de combatir hasta el último hombre y verter a raudales tanto vuestra sangre como la nuestra. [...] Volved a cruzar el Rin. [...] Fundemos con nuestra alianza los Estados Unidos de Europa». La Internacional señala así que, en el momento en el que el Imperio de Napoleón III desaparece, cambia el carácter de la guerra. Si la guerra continúa, puede convertirse en la guerra de la democracia y el socialismo contra el invasor, cosa que implica un gobierno

104 En Francia, la expresión «día de los engañados» se usa tradicionalmente para referirse a otro «engaño» histórico: el 11 de noviembre de 1630, el rey Luis XIII le había prometido a su madre, María de Médicis, que destituiría a su hombre de confianza, el cardenal Richelieu; sin embargo, el cardenal consiguió convencer al monarca de que lo mantuviese en el cargo y María de Médicis no volvió a ver a su hijo y acabó exiliada [N. de la T.].

democrático deseoso de llevar la guerra a término con la ayuda del pueblo armado.

El 4 de septiembre por la noche, la Internacional hace suya esta hipótesis política. Decide apoyar al nuevo gobierno, considerando el hecho de la guerra y considerando también la poca preparación y la desorganización de las fuerzas obreras. «Cualquier intento de derrocar por la fuerza al nuevo gobierno en la crisis que vivimos, con el enemigo a las puertas de París, sería una locura desesperada».¹⁰⁵

Este texto completa el día de los engañados y ratifica su significación política. Pero está claro que los miembros de la Internacional no pueden actuar de otra forma. Marx les desaconseja toda pretensión revolucionaria por medio de su emisario Serrailier. Se dejan llevar por la corriente arrolladora. Con los blanquistas a la cabeza, que ofrecen al gobierno su *colaboración más enérgica y más absoluta*,¹⁰⁶ el pueblo de París se suma al GDN, el gobierno de la defensa nacional que pronto se revelará como «gobierno de la desertión nacional» (Marx).

¿Cómo interpretar estos hechos? No nos dejemos engañar ni por las descripciones superficiales que muestran la concen-

105 Véase Dommanget, *Blanqui, la guerre et la Commune*, París, Domat, 1947, p. 29.

106 En el cartel que anuncia, el 6 de septiembre, la publicación de *La Patrie en danger* se declara: «Ante la presencia del enemigo, desaparecen los partidos...».

«Se ha proclamado la República. Francia respira y renace a la vida. [...] El ejército, con su muerte, la ha liberado. Francia no ha de mostrarse indigna de semejante sacrificio heroico. Que el París republicano sea el primero en pagar su deuda con los soldados mártires de nuestra libertad...», exclama Blanqui en el n.º 1 de su periódico, el 7 de septiembre (20 de fructidor, año 78). Y continúa, lleno de pasión —y de ilusiones que pronto va a perder—: «Ha de llamarse a las armas mediante un decreto a toda la población de sexo masculino de 16 a 60 años. [...] París puede disponer de 400 000 hombres en 48 horas».

El 9 de septiembre, Blanqui escribe: «El pueblo de París nunca se ha mostrado tan grandioso, tan magnífico como en esta terrible crisis. Deja de lado todos sus reproches. Las ideas de renovación, que hasta hace poco eran las únicas con el privilegio de enardecerlo, ya no tienen lugar en sus prevenciones. El pueblo tiene un único pensamiento: combatir hasta la muerte, salvar París y Francia pagando el precio de toda su sangre. [...] Seguirá al gobierno de cabeza, a ciegas; ojalá que el gobierno lo lleve derecho hacia los prusianos. En cambio, el menor atisbo de debilidad, de vacilación, lo enfurece. [...] Duda. Tal vez sea un error o impaciencia por su parte, pero los recelos salen a la luz. Sus temores obedecen sobre todo a dos causas: la tardanza de una decisión oficial respecto a la antigua Guardia de París y los policías de la ciudad, y la aparente ausencia de preparativos para la resistencia».

El 15 de septiembre: «La ansiedad es intensa. [...] El enemigo está a las puertas. [...] La duda invade las almas. El corazón se agarra a la sospecha de una inmensa mentira».

tración de masas ni por los análisis que «sustancian» las clases y las relaciones de clase. Vamos a tratar de extraer el significado de los acontecimientos. Para explicar el 4 de septiembre, no basta con aludir unas veces a la inexperiencia y las ilusiones de las masas, otras a su profundo y auténtico patriotismo y otras a la falta de dirección política. Como si esa desafortunada casualidad —la ausencia de un factor histórico positivo, la intervención de un factor negativo— permitiese comprender por qué la crisis revolucionaria no se llevó a término, habiéndose dado las demás condiciones.

Si se analiza bien, se ha desarrollado ante nosotros el espectáculo de una crisis política, de una crisis de régimen político. Por relevante que sea, esta crisis se queda en el nivel del Estado, de las superestructuras. No llega ni a las ideologías ni a las estructuras propiamente dichas, las relaciones sociales de producción y de propiedad, y menos aún a la base económica. El 4 de septiembre, las estructuras económicas y sociales de París siguen intactas. Al pueblo, congregado en torno a una acción cuyo sentido y cuyo objetivo ignora, le basta con un cambio de gobierno. Lo acepta. Se pone en marcha. La crisis política no ha llegado al alcance y la profundidad de una verdadera crisis revolucionaria. Por eso las masas no tienen auténticos líderes ni dirección política; los miembros de la Internacional se muestran lúcidos y poco eficaces, y los blanquistas, audaces e ingenuos. El pueblo parisino, reunido, ni espera ni desea un cambio radical. Culpa al Imperio, no al capitalismo. Todavía no quiere dejar de vivir como antes. Creador de acontecimientos y de historia, en contacto directo con la historia, se contenta con este cambio, superficial desde el punto de vista sociológico pero de relevantes consecuencias: otro gobierno. Esto demuestra que el acto de agruparse, un hecho sociológico, no basta para hacer ni explicar las revoluciones.

No hemos de omitir la contrapartida. Tras la noche del 4 de septiembre, la Cámara Federal de Sociedades Obreras envía al Hôtel de Ville una delegación a la que recibe Gambetta; reclama elecciones municipales inmediatas en el departamento del Sena, la supresión de la policía de Estado en París, libertad de prensa, de reunión y de asociación absolutas, la amnistía política y que se arme al pueblo.

El 5 de septiembre comienzan a formarse comités de vigilancia que van a constituir un Comité Central provisional y después un Comité Central Republicano, con sede en el local de la Federación de la Internacional y de las cámaras sindicales: 6, calle de la Corderie.¹⁰⁷

El 10 de septiembre se publica, inspirado por el Comité Central en proceso de formación, un periódico político, titulado *La Commune de Paris*, que solo tuvo tres números. Esto significa que la consigna está en el aire, pero que todavía no reviste ninguna importancia política. Cuando un mes más tarde, una vez que la decepción se acentúa, un blanquista que dirigía el 79.º batallón de la Guardia osa hacer votar a su batallón a propósito de la Comuna, hay más de 1000 abstenciones, 427 votos en contra y solo 120 votos a favor de la Comuna.

107 Véanse Lissagaray, *op. cit.*, pp. 46-47 [ed. en cast.: p. 57], y el material complementario aportado por Dautry y Scheler, *Le Comité central républicain des 20 arrondissements de Paris*, París, Éd. Sociales, 1960, sobre todo pp. 27 y s.

TERCERA PARTE
LAS IDEOLOGÍAS
Y EL PRESTIGIO DE LA COMUNA

1

EL PROBLEMA

Ya nos hemos topado con este problema en varias ocasiones, sobre todo con respecto a los documentos históricos. Hemos constatado que todas las obras y todos los textos sobre la Comuna estaban vinculados a una ideología. Hemos observado que los testimonios directos —los relatos de los hechos a cargo de participantes y testigos— prolongaban y justificaban las ideas en nombre de las cuales habían asistido a esos acontecimientos o participado en ellos, ideas a las que su memoria confería más claridad de la que tenían durante los propios acontecimientos.

Si se toma literalmente, el problema de las ideologías es irresoluble. Nos encierra en un círculo vicioso. Para estudiar los hechos sería necesario haber comprendido las interpretaciones y las perspectivas, porque los relatos y los testimonios incluyen esos hechos y se inspiran en ellos. Para conocer las ideas y las críticas, las ideologías, es decir, las intenciones y las interpretaciones de los acontecimientos, sería necesario haber comprendido los hechos.

Como la mayoría de los círculos viciosos, este se puede romper con bastante facilidad. Solo se encerraría en un círculo de este tipo el filósofo tradicional o el historiador que se inspirase en la filosofía tradicional. Ese filósofo quiere manejar un discurso en el que todos sus términos se hayan definido. Ese historiador quiere presentar una exposición en la que la sucesión de los hechos se presente con transparencia total, partiendo de cero hasta llegar al conocimiento absoluto del acontecimiento. Nosotros, a lo largo del camino (y ya hemos recorrido un buen trecho), hemos aceptado empíricamente unos cuantos términos. Los he-

mos tomado prestados de la cultura adquirida y corriente, sin procesarlos de ninguna otra manera. Hemos hablado de historicidad, de método dialéctico o de acontecimientos sin definirlos de una forma completamente satisfactoria para el entendimiento. ¿Pero existe esa definición plenamente satisfactoria? Cada término conlleva una referencia más o menos implícita o explícita a una praxis, a una conciencia, a marcos sociales, a una cultura. De igual forma, hemos introducido en el discurso las palabras «marxismo», «proudhonismo», Estado, Comuna, centralismo, descentralización o «blanquismo», que no solo hacen referencia a realidades determinables, sino también a ideas, significados, actitudes e ideologías. Esto no quiere decir que, en un momento dado, no haya que ir más allá de este empirismo cultural y resulte conveniente en ese momento ser más explícitos, profundizar y decir en qué consisten estas ideologías. Eso es lo que vamos a tratar de hacer ahora. El problema se formula de la siguiente manera: «¿De dónde viene el prestigio de la Comuna, la relevancia de esta idea política que crece durante el asedio de París, en el invierno de 1870-1871, hasta hacer que la situación dé un vuelco el 18 de marzo de 1871?».

Ya nos hemos topado con el problema ideológico al estudiar la conciencia histórica como factor de la historia. Hemos tenido ante nosotros algo que no era una ideología en sentido estricto y que, sin embargo, solo tiene sentido en la conciencia social y a través de ella. La conciencia de la historia, en determinadas condiciones históricas, no puede considerarse un hecho cultural, reservado a las élites, a grupos especializados (aunque pueda coincidir con las culturas). En estas condiciones, se trata de un fenómeno de masas que no se reduce a una realidad dada ni tampoco a una teoría. Hemos tenido que aceptar la noción de intervención o de mediación entre las realidades y las teorías, entre los hechos sociales y las interpretaciones; son mediaciones situadas al nivel del lenguaje, del discurso, de los significados, pero eficaces e inseparables de la praxis, y relacionadas con la sociología.

En el capítulo dedicado a profundizar en las ideologías presentes, volveremos a encontrarnos algo de análogo: por ejemplo, la imagen de París, la imagen que tiene de su ciudad el pueblo parisino, una imagen potente, cargada de sentido, la figura de la

ciudad santa e inviolable, cuna de la libertad y su lugar elegido. Veremos que, sin esta imagen que subyace a las ideologías, más confusa y más profunda, es imposible comprender el prestigio de la Comuna y explicar su existencia política. Y sin embargo esta imagen no es ni una teoría (una ideología) ni una realidad sustancial. ¿Es un mito? ¿O alguna otra cosa específica? Lo veremos.

Cabe señalar, por último, que para resolver el problema de las ideologías disponemos del marxismo y del método dialéctico. Sin cuestionarnos más a fondo un asunto difícil y controvertido (a saber: si el marxismo es en sí mismo una ideología y por lo tanto una doctrina históricamente relativa), nos conformaremos con recordar que el método dialéctico implica una crítica radical de todas las ideologías, una autocrítica perpetua de la doctrina que se le incorpora (el marxismo como teoría histórica, económica, sociológica y política), y que, a propósito de la Comuna, habrá lugar y ocasión de aplicar este método.

2

LA IMAGEN POPULAR DE LA SOCIEDAD

En la época reina sin discusión una representación de la sociedad maniquea, con toda su frescura y espontaneidad. Esa representación se extiende desde la ingenuidad de los niños y del pueblo hasta la literatura: Victor Hugo, Eugène Sue, el relato novelesco, el melodrama o el drama romántico. En el mundo hay buenos y malos. Los malos (con algunas excepciones dignas de admiración que confirman la regla) son los ricos. Los buenos son los pobres.

La imagen de la pobreza merece que nos detengamos en ella. No se corresponde con la oposición que representarán más tarde, de forma burda, al estilo pequeñoburgués, los conflictos de clase: los «pequeños» y los «grandes». Ya no coincide con el nítido contraste entre suzeranos y vasallos, señores y siervos, fuertes y débiles. La ética del trabajo, a medio camino de la ideología porque interpreta el mundo, se basa en una praxis y, por lo tanto, no es una ideología. Se corresponde con un estilo de vida: el del proletariado y los artesanos. Como sabemos, no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen pocas necesidades materiales y desconocen los bienes de consumo duraderos. Llevan una vida de auténtica dignidad, en el trabajo y a través del trabajo, trabajo que constituye a la vez la base de la vida material y una fuente de valores éticos. La dignidad del artesanado y del proletariado se contraponen a la doble indignidad del «lumpemproletariado» (que se revuelve en vano y se vende con demasiada frecuencia a la policía y al gobierno) y de la burguesía (cuya corrupción se extiende). En cuanto a las características generales del trabajo social, prevalecen sobre los rasgos particulares de las profesio-

nes y los gremios, que provienen de la división del trabajo. Esa división del trabajo todavía no se ha llevado a la diferenciación extrema de los trabajos parcelarios.

Los pobres necesitan pan y vino. Necesitan sobre todo fraternidad y solidaridad. Y también libertad: la libertad de hablar y de vivir a su antojo. E igualdad. Todo aquello que propuso con tantas alharacas la revolución democrática burguesa y que apenas llevó a cabo. Entre ellos, por su cuenta, satisfacen como pueden estas necesidades que no se puede precisar exactamente si son materiales, éticas o culturales, porque es difícil distinguir esos aspectos. Si los pobres frecuentan las tabernas no es tanto por la bebida como para encontrarse y reconocerse, y disfrutar de la comunión y de la palabra. Estas necesidades son a la vez inmensas y escasas, ilimitadas e imprecisas. La seguridad todavía no se vive como una necesidad precisa. La inseguridad forma parte de la vida práctica, hace que se mantenga la valentía. A quien no tiene nada que perder e ignora la seguridad le cuesta poco arriesgar su vida. Así pues, los pobres han ganado la superioridad moral que ha perdido la burguesía. Tienen todas las virtudes. La imagen ética de la pobreza no es un mito ni una mentira. Rechaza la ideología burguesa del trabajo penoso, del trabajo-sacrificio y de la vida sacrificada por el trabajo duro. Según esta ética, la realización humana en el trabajo y por medio de él no admite ninguna duda. Y lo que más se reprocha a la sociedad burguesa es que no se realice en el trabajo y a través de él. Esta ética no se legitima mediante principios simplistas y proverbios como «hacer de la necesidad virtud». El moralismo que conlleva es mínimo, y en eso se distingue de la moralidad burguesa. La gente pobre de esta época no siempre se casa por la Iglesia o en el ayuntamiento. Consideran que la legislación y la sacralización no aportan nada a los vínculos agradables o desagradables entre un hombre y una mujer que viven juntos, y que el matrimonio oficial no transforma la fealdad en belleza ni la tristeza en alegría. Esperan de sí mismos, de sus virtudes, la compensación a las penas de su vida. Esa compensación radica únicamente en su conciencia. Llevan a cabo con dedicación sus dos ocupaciones: la profesión y la vida cotidiana, en el transcurso de la cual crían (mejor o peor) a sus hijos y aman (en mayor o menor medida) a su cónyuge (legal o no). La belleza de los po-

bres está en su bondad. De manera espontánea, el pobre de esta época se ve a sí mismo como el hombre rico, en el sentido en el que Marx interpreta estas palabras en *Manuscritos de economía y filosofía*: el hombre rico con una auténtica vida humana que se contraponen a la pobreza humana de quienes solo son ricos en dinero. Los no poseedores se oponen radicalmente y sin concesiones a los poseedores, en tanto pobres opuestos a ricos, y verdaderos ricos opuestos a pobres reales.

Si bien los pobres no tienen nada y no tienen ninguna esperanza ni tal vez ninguna necesidad de posesiones (individualmente), están aún más faltos de tiempo que de espacio. Viven en moradas estrechas, donde comen apresuradamente y poco más. ¿No es esa la razón por la que la fiesta, que abre bruscamente el tiempo y el espacio, es tan importante para ellos? En una época en la que el «ocio» organizado y comercializado todavía no existía, la fiesta es la extraordinaria apertura de la vida del trabajo al mundo. Las clases dominantes acapararon las fiestas, pero no pudieron adueñarse de ellas. Inspirada en las fiestas campesinas, la fiesta de la ciudad magnifica las tradiciones rurales. La calle, el café y la fiesta son el espacio social de los pobres. La importancia del café demuestra la sociabilidad espontánea de este segmento de la población y también el carácter poco hospitalario de sus viviendas y de la propia sociedad.

Hay diferencias entre los pobres, pero esas diferencias de salario y de estatus según el gremio no quiebran su comunidad. El proletariado propiamente dicho, escaso en número, se diluye en una masa más amplia: el pueblo. Al mismo tiempo, se fusiona con esa masa y le aporta un fermento. Sean proletarios o artesanos, el pueblo tiene signos para reconocerse que se perciben de inmediato: el mono de trabajo o la gorra, que son el auténtico uniforme proletario. Las manos callosas y negras que dan un apretón fuerte y generoso —un auténtico don— forman parte de esos signos de camaradería mediante los que la conciencia popular se reconoce en su dignidad y su libertad. La dignidad en el trabajo tiene un símbolo igual de visible y apreciable: llevar barba, viril y a la vez respetable, es un símbolo de madurez en la vida individual y social. Así pues, los rasgos externos y objetivos, igual que los rasgos subjetivos, confieren a los «trabajadores» una fi-

sonomía, particularidades apreciables. Las clases dominantes, vinculadas al bonapartismo, llevan perilla «imperial».

La dualidad espontánea de la imagen característica podría estudiarse de abajo arriba, por así decirlo, desde la cultura popular, todavía potente (canciones y endechas, folletines y textos por entregas, literatura de cotilleo), hasta las obras de arte propiamente dichas. No es ese nuestro propósito. Sí hemos de destacar que esta imagen estaba muy enraizada y, al mismo tiempo, era inadecuada.

Esta imagen no es, científicamente hablando, más que una representación inadecuada de la realidad social. La imagen, más un hecho sociológico que una verdad sobre la sociedad, «refleja» o refracta, escondiéndolas, las relaciones de producción, de propiedad y de clase. Las disimula representándolas. Considerada una representación, esa imagen pertenece al ámbito de la crítica científica. Marx trata con dureza la contraposición ingenua de pobres buenos y ricos malos. El burgués no es inevitablemente malo como persona, como hombre. Y sin embargo, a su pesar, lo quiera o no, encarna las relaciones de producción capitalistas, con su implacable dureza; eso a menudo le causa contradicciones y situaciones dramáticas. Asimismo, el proletario, como persona, no tiene por qué ser un «hombre valiente», pero inevitablemente mantiene con su clase relaciones sociales que también le generan, en la praxis, situaciones específicas: dependencia, venta de su fuerza de trabajo, solidaridad de clase.

Marx sustituye estas representaciones ingenuas y burdas por conceptos claramente elaborados, como los conceptos de clase, contradicción y conflictos entre clases. El análisis de Marx nos lleva a pensar que la dualidad maniquea (rechazada por la conciencia científica) no es, por su propia naturaleza, menos conciencia de clase; es conciencia de clase bajo una forma ingenua pero sólida. A pesar de su confusión y su oscuridad, o quizás debido a ellas, la imagen de la pobreza y la de la riqueza ponen a un lado al pueblo y al proletariado y, al otro, a la burguesía, la aristocracia y las clases dominantes. La existencia histórica del pueblo y del proletariado se deja sentir en la historicidad fundamental, y eso aunque las imágenes en cuestión reciban la influencia del moralismo de las clases dominantes, moralismo mistificador desde su punto de vista, pero que el pue-

blo y el proletariado aceptan, experimentan y vuelven en contra de esas clases dominantes.

Esta ingenua conciencia de clase es aún más eficaz porque no se reduce a una conciencia de las relaciones sociales, sino que llega hasta una concepción ética del mundo y de la historia. En la imagen maniquea, el bien y el mal luchan; su campo de batalla para esta lucha encarnizada e inexpiable son el mundo y la historia, la naturaleza y la sociedad. Esta imagen ingenua, heredera de gran parte de la filosofía tradicional, laiciza la visión religiosa del combate entre la luz y las tinieblas, entre los demonios y el principio divino. Se diferencia de ese combate lo suficiente como para conferir a la conciencia popular independencia respecto de la religión como autoridad y también como organización; pero no se diferencia tanto como para generar en el pueblo dudas y preocupaciones graves, bajo la «presión ideológica» de la Iglesia y del Estado. Es una visión idealista, pero lo suficientemente ingenua como para no tener que afrontar un materialismo igual de ingenuo, materialismo que el pueblo adopta como parte de su vitalidad espontánea, sin preocuparse de contrastarlo con su idealismo. Tengamos presente que no nos encontramos en el plano de las ideologías elaboradas, sino en el plano de una conciencia social insertada directamente en la praxis.

Para el pueblo y el proletariado, la sociedad existente (capitalista, burguesa) está representada, e incluso, más que representada, se vuelve evidente y palpable en un arquetipo social: el propietario. Más aún que al patrón, el pueblo detesta al dueño del alojamiento, que dispone de las leyes más rigurosas para hacer que le paguen y puede echar a la calle al inquilino quedándose como prenda el escaso mobiliario.

Motivo de terror para el pueblo y destinatario del odio del proletariado, lo cierto es que este arquetipo social, por ironías de la historia, no es nada específicamente capitalista. Como arquetipo social, estaría vinculado más bien al legado de la propiedad feudal del suelo. Sin embargo, no olvidemos que, en Francia, la burguesía ascendente retomó varias actitudes y características del Antiguo Régimen. Quiso las tierras, el suelo, los bienes inmuebles. En el campo, el burgués copió fielmente a los terratenientes. En las ciudades, el hecho de que la burguesía fuera dueña del suelo y de las viviendas, así como la especulación con terrenos

y alquileres, marcaron profundamente el crecimiento urbano. El pueblo no se equivoca del todo al tomarla con los propietarios.

Aunque también es algo ingenua, la imagen del «buitre» tiene la ventaja de resultar próxima e inmediata. Se culpa a un hombre individual, accesible o inaccesible pero visible, igual que sus relaciones con su propiedad y con quienes dependen de él. Las relaciones del capitalista con la propiedad inmobiliaria y las del burgués con el dinero, sin embargo, se mueven entre abstracciones que solo pueden comprenderse mediante el análisis conceptual.

En contraposición a este propietario y a las tierras, el socialismo y el comunismo siguen confundiendo en una representación igual de ingenua y burda. Esta representación, que Marx criticó con tanta brillantez desde el comienzo de su carrera científica en *Manuscritos de economía y filosofía*, no dejó de influir al pueblo y al proletariado durante el Segundo Imperio. Se pondría todo en común, se compartiría todo, desde inmuebles hasta bienes de consumo. Los adversarios de este comunismo achacan a la clase obrera que se quiera «compartir hasta el cepillo de dientes», cosa que no es completamente errónea ni calumniosa. Sin embargo, esa representación ingenua y utópica del futuro tiene un singular poder de sugestión y de estimulación. ¿Cómo exaltar a las multitudes y estimular a las masas en el siglo XIX con el concepto del crecimiento de las fuerzas productivas? Un plan de acción podrá tener un impacto revolucionario sin incluir esos conceptos.

Así pues, en esa época las representaciones albergan malentendidos, ilusiones e incluso errores de bulto en relación con conceptos científicos y, al mismo tiempo, la conciencia de clase tal vez nunca haya sido tan compleja, haya estado tan presta, tan vivaz, tan cargada de afectividad, tan viva y tan eficaz, y tan ligada a la conciencia de la historia.

Volvamos a destacar la concordancia entre las imágenes y las representaciones, concordancia que contrasta con las discordancias que enseguida veremos entre las ideologías elaboradas. La imagen maniquea difundida envuelve una historicidad que no coincide con la que conciben los filósofos y los historiadores, pero no se formula en una relación de antagonismo con estas teorías. De igual forma, la imagen preponderante del propieta-

rio concuerda a la perfección con la de la ciudad como realidad histórica y social preponderante. El odio del pueblo al propietario se sitúa en este marco. No lo rompe. Las contradicciones, representadas o realmente vividas, no ponen fin a las imágenes y representaciones más generales. Incluso los conflictos entre las ideologías tienen lugar en el seno de actitudes que estos conflictos no cuestionan, sobre todo las que tienen que ver con la historicidad de lo humano y de lo social.

Esta concordancia nos obliga a tomar con reservas todas las tentativas de explicar las divergencias ideológicas entre los líderes de la Comuna por sus orígenes sociales.¹⁰⁸ Rechazamos este sociologismo en favor de una sociología que nos parece más justa y de una teoría de las ideas y de las ideologías que no las relacione con un origen social más que a través de intermediaciones complejas y múltiples. Además, los grupos sociales, incluidas las clases, únicamente intervienen y actúan en el seno de una praxis global. Los conflictos entre las ideologías solo se manifiestan a un determinado nivel de elaboración, de manera que los más violentos de estos conflictos no tengan ni que disimular los elementos comunes ni que prohibir que se comprendan los acuerdos, las concesiones.

En comparación con lo que conocemos, la alienación económica del proletariado alcanza en esa época su punto álgido. La miseria es inmensa. El trabajador vende su fuerza de trabajo sin garantías, sin contrapartida. Su tiempo social de trabajo no es realmente más que una mercancía. No hay nada o prácticamente nada que lo proteja, ni en las leyes ni en las organizaciones, que están estancadas en una fase embrionaria. Al mismo tiempo, esta alienación objetiva se percibe como tal en la imagen de la pobreza y se acentúa al contrastarla con la opulencia visible de la burguesía. La alienación no ha penetrado en profundidad, incluso aunque se admita que la subjetividad popular y proletaria, la ética del trabajo, recibe la influencia de determinadas actitudes morales de la burguesía (sensación del deber cumplido,

108 Así, Charles Rihs, en su libro *La Commune de Paris*, afirma que entre los partidarios de la Comuna se pueden distinguir dos «mentalidades» y dos tipos de hombres: los intelectuales y los obreros (*op. cit.*, p. 84). El autor corrige después esta afirmación exagerada y muestra que hubo hombres del mismo origen social que fueron adversarios por sus ideas (véanse las pp. 88-89).

imperativos categóricos de la patria o de la buena conciencia). Como resultado, el pueblo y el proletariado oponen una resistencia considerable a la presión de la sociedad burguesa. Algunos autores constatan, con Auguste Comte, que el proletariado «se atrinchera» en esta sociedad, o que sigue siendo un cuerpo extraño en ella, hecho que deploran; quienes hacen un análisis dialéctico, sin embargo, lo constatan y lo ensalzan. La alienación política y la alienación ideológica (p. ej., el culto al Estado) dejarán su huella en el movimiento obrero europeo cuando crezca y al mismo tiempo se integre en la sociedad global de los grandes países industriales; sin embargo, en este momento estas alienaciones complejas apenas acaban de iniciarse. El socialismo de Estado vendrá de Alemania más que de Francia, y de la ideología de Lassalle más que del marxismo. La evidencia parasitaria del Estado bonapartista no impidió que su demagogia actuara, pero sí evitó que esa actividad demagógica se volviese profunda y llegara a ser algo más que propaganda. En este momento la alienación todavía no tiene una función. Todavía no es necesario aceptarla (al menos en apariencia o hasta cierto punto, como parte de una dualidad consciente o no) simplemente para sobrevivir. No se ha vuelto inherente a una cotidianidad que aún no se ha desprendido de la vida del trabajo.

En esta época, aún falta mucho para que el dinero y el capital, como fetiches sociales, hayan generado todas sus consecuencias. En términos marxistas precisos, las alienaciones que afectan a la clase obrera y al pueblo todavía no han provocado una «reificación» de las relaciones. El enorme poder del dinero, igual que el del Estado, todavía no ha separado las relaciones inmediatas (de persona a persona) de las relaciones mediatas (las que tienen lugar con la mediación del mercado y del dinero), de manera que se destruyan las primeras en beneficio de las segundas. Las relaciones sociales, sin ser realmente transparentes, permanecen en el plano de lo perceptible. La praxis posee esa doble naturaleza que perderá más adelante: por un lado, la evidencia de lo práctico-perceptible y de lo inmediato en las relaciones humanas y, por otro, la evidencia de la historicidad en el seno de la existencia social. Por lo tanto, no se puede afirmar ni que el proletariado se deje aprehender por la reificación (las relaciones transformadas en cosas, fetiches: el dinero, la mer-

cancia, el capital) ni que se rebele contra ella en nombre de una conciencia teórica que además nunca alcanzará. El proletariado vive, junto con la reificación, sus propias modalidades de la experiencia.

Ante semejante proximidad de relaciones que además tienden a alejarse y a disociarse, son muy necesarios los emblemas, las imágenes y las representaciones. Al mismo tiempo, la evidencia de la praxis y la urgencia de posiciones teóricas y, a la vez, activas, con capacidad para intervenir en esa praxis, paralizan la invención de símbolos. Ya se ha señalado antes, hablando de las fiestas de la Comuna, la abundancia de símbolos y el declive de la inventiva simbólica.¹⁰⁹ Ese debilitamiento indica el fin del romanticismo, que se escinde cada vez más en corrientes claramente distintas, de las que una se vuelve cada vez más reaccionaria y la otra atraviesa la gran corriente política de la democracia para renovarse y perderse en ella.

Aparte de los viejos símbolos, como el gallo galo en la bandera roja (el color de París y de la Revolución), se puede constatar en la imaginería popular, como en las canciones y los poemas, que todo el simbolismo se toma de la feminidad. Mientras que en 1848 aún prevalece la naturaleza, representada en el Árbol de la Libertad, ahora se recurre a una bella y fuerte mujer plenamente desarrollada, con abundante pecho, a menudo al descubierto, para simbolizar, según el contexto o las palabras que la acompañen, la Libertad, la Patria, la República, la ciudad de París, la Revolución o la propia Comuna. Este simbolismo tiene muchos significados. La mujer hermosa y fuerte suscita deseo e indica la maternidad. ¿No será ella misma una imagen confusa y transpuesta de la historicidad, del alumbramiento del hombre por la mujer, es decir, del ser humano por sí mismo a partir de la naturaleza, al mismo tiempo que del nacimiento inminente de la sociedad y de la vida nueva? En este sentido, la imagen no significa que se lleve a cabo la liberación de las mujeres. El simbolismo suele tomar elementos ocultos, aspectos latentes de la praxis, para evidenciarlos y trasponerlos. El simbolismo femenino indica la aspiración de las mujeres a la vida social y a la

109 Sobre esta cuestión, véase, en Henri Lefebvre, *Introduction à la Modernité*, París, Ed. de Minuit, 1962, el capítulo sobre «L'ancien et le nouveau romantisme».

libertad, más que el hecho de que se haya logrado. En los días de la Comuna, veremos a las mujeres invadir las calles, desarmar a los soldados del ejército regular, combatir a los versalleses y tratar así de lograr en la praxis una realidad que el simbolismo no consigue conferirles.

3

LA IMAGEN DE PARÍS

El enemigo ha penetrado nuestros muros valiéndose más de la traición que del coraje; el coraje y la energía de los parisinos lo repelerán. En el momento en el que las grandes comunas de toda Francia despierten para reivindicar sus libertades, para unirse entre ellas y con París, París, la ciudad santa, el hogar de la revolución y de la civilización, no tendrá nada que temer...

En esta proclama de 3 de pradial del año 79 (23 de mayo de 1871) se muestra que, en los días sangrientos de la derrota, la imagen de París conservaba toda su vivacidad, si no el poder de enderezar la situación por arte de magia. «¡A las armas! Que París se cubra de barricadas, que tras esas murallas improvisadas siga lanzando a sus enemigos su grito de guerra, de orgullo, desafiante, pero también su grito victorioso, porque París, con sus barricadas, es inexpugnable», proclama ese mismo día el Comité de Salvación Pública, la última expresión de la Comuna y también de sus divisiones internas.

«Palabras, nada más que palabras», comenta con dureza Lissagaray.¹¹⁰ Sí, pero esas palabras tienen un sentido. Sugieren imágenes. Contienen una mezcla de ideología, de utopía y de mitos. De la ideología (federalista, comunista) nos ocuparemos enseguida. Vamos a mostrar el sentido emocionante de la utopía entreverada en el seno de esta ideología, rostro de lo posible y de lo imposible que se confunden hasta ser indiscernibles; el fin del Estado y de la descentralización. De momento, pondremos de relieve la imagen de la ciudad.

110 *Op. cit.*, p. 316 [ed. en cast.: p. 291].

París había sido objeto de profundas modificaciones: la agregación de barrios periféricos y la transformación del centro de la ciudad a cargo de Haussmann. En un estudio en profundidad de estas modificaciones, M. Halbwichs muestra la importancia de las transferencias de población. El centro de París se aburguesa y se vacía. La periferia, con los nuevos distritos, se puebla y se proletariza. No vamos a reproducir íntegramente las estadísticas publicadas por Maurice Halbwichs, pero he aquí algunas cifras significativas:

Población por distrito (índices relativos)

| Distrito | 1861 | 1866 | 1876 |
|----------|------|------|------|
| I. | 100 | 91 | 80 |
| II. | 100 | 98 | 95 |
| XIII. | 100 | 124 | 128 |
| XIV. | 100 | 125 | 144 |
| XV. | 100 | 125 | 140 |
| XVI. | 100 | 125 | 143 |

Población por barrio (cifras relativas)

| | 1861 | 1866 | 1876 |
|------------------------|------|------|------|
| St-Germain-l'Auxerrois | 100 | 89 | 84 |
| Halles | 100 | 87 | 85 |
| Palais-Royal | 100 | 95 | 66 |
| Vendôme | 100 | 100 | 88 |
| La Roquette | 100 | 124 | 150 |
| Picpus | 100 | 124 | 160 |
| Clignancourt | 100 | 126 | 154 |
| Belleville | 100 | 120 | 141 |
| Charonne | 100 | 137 | 156 |

No obstante, cabe destacar que esta segregación, ya muy avanzada, todavía no ha quebrado la imagen de París como entidad y unidad sociales. Repercutirá en el reclutamiento de los batallones de la Guardia Nacional, pero la imagen de París —que se depurará con la salida masiva de los elementos burgueses en cuanto las tropas alemanas avancen hacia la capital y más aún durante los primeros días de la Comuna—, esta imagen es-

pléndida, plena de esperanzas e ilusiones, permanece intacta. El pueblo de París sigue amando París, ese lugar de corrupción, de lujo y de lujuria, esa acumulación fabulosa de riquezas que la propia ciudad ha producido y de la que se la aparta, material y espiritualmente, económica y culturalmente, relegándola lejos del resplandeciente centro de la ciudad. Gracias a la Comuna, a las manifestaciones y a las fiestas, mediante la acción militar y también por las decisiones de los *communards*, va a reconquistar lo que es suyo y, para empezar, su ciudad.

Desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, la imagen de ciudad incomparable no dejó de crecer. Se podría hacer un seguimiento de la elaboración de esta imagen y su transformación en mito moderno, tanto partiendo de documentos literarios como basándose en el crecimiento demográfico de la ciudad y en la distribución de la población.¹¹¹

El París de esta época aún no se ha separado con claridad del campo que lo rodea (Les Ternes y Passy siguen siendo prácticamente pueblos, con jardines e incluso bosque y campos) ni de la vida campesina. A pesar de los ferrocarriles, abundan el ganado y los caballos. Sigue habiendo, dentro de los límites de la ciudad, cuadras y establos. Proliferan los puestos artesanales, las pequeñas tiendas y los vinateros. De todas partes, fuera de las estaciones, siguen saliendo carretas. En todos los sitios circulan por los caminos, en pesadas carretas de carga tiradas por percherones, toneles, sacos de harina y alimentos. El centro del país más centralizado del mundo sigue nutriéndose de la vida en el campo a través de numerosas raíces de mayor o menor

111 La imagen de París empieza apareciendo en la obra del gran creador de imágenes que fue Restif de La Bretonne (*Les Nuits de Paris*). Alcanzará la plenitud con Balzac y Stendhal, con Eugène Sue (*Los misterios de París*) y Victor Hugo (*Los miserables*, *Nuestra Señora de París*). Se tornará sutil y refinada en los *Tableaux parisiens* de Baudelaire y sublime en los poemas de Rimbaud sobre la Comuna (*Paris se repeuple*, *Les Mains de Jeanne-Marie*). Durante el Segundo Imperio, la imagen se propaga. Por un lado, se vulgariza en la literatura popular y el melodrama; por otro, la burguesía se la apropia. En esta época, son incontables las obras en cuyo título figura la palabra París (p. ej., *Les Dessous de Paris* de Delvau, *Les Odeurs de Paris* del articulista católico y archirreaccionario Louis Veuillot, *La Vie parisienne* de Meilhac y Halévy, *La Mascarade de la vie parisienne* de Champfleury).

Sobre la demografía y la estructura de la población, véanse L. Chevalier, *Classes laborieuses, classes dangereuses*, y G. Duveau, *La Vie ouvrière sous le Second Empire* (sobre todo, pp. 212-217). Sobre la imagen y el mito, véanse los trabajos de Roger Caillois.

calibre. La centralización aún no se ha convertido en organización, técnica y burocracia. En muchos barrios y en muchas casas —con la aristocracia o la burguesía en el primer piso y los proletarios en el sexto— siguen coexistiendo las diferentes capas y clases de la población. El odio, como el amor, se alimenta de este hacinamiento. El París militar y el París oficial (estatal y gubernamental), con sus palacios, sus monumentos y sus calles, que son la proyección sobre el terreno de la estructura social y política, se superponen sin ahogar al París popular.

Los barrios tienen una originalidad y un particularismo que a día de hoy aún no se han perdido del todo. Dentro de cada barrio las noticias parecen transmitirse con rapidez; se propagan por redes de comunicación garantizadas (comerciantes, porteros, intermediarios). Estas redes se detienen en los límites del barrio. A escala de la ciudad, es sorprendente la lentitud de las comunicaciones. El gobierno tiene el telégrafo; el ejército, sus estafetas a caballo. El pueblo solo dispone de las comunicaciones boca a boca. El amanecer del 18 de marzo, hacen falta horas para que la información sobre lo que pasa en Montmartre llegue a los barrios alejados. Harán falta horas para que en el Hôtel de Ville se enteren de la entrada de las tropas de Versalles.

La vida urbana, llena de contrastes y de contradicciones, no empaña esta imagen que evoca con conmovedora ingenuidad histórica Jules Vallès cuando proclama en *Le Cri du peuple* del 23 de marzo de 1871: «Todos marchamos bajo la misma bandera: el pueblo de París». El pueblo santificó la Babilonia moderna. La ciudad de los reyes y de los emperadores se convierte en la ciudad santa «sentada al occidente» (Rimbaud), el Jerusalén y la Roma del mundo moderno.

4

LA IDEOLOGÍA DE LA COMUNA. CUESTIONES GENERALES

En la importante obra que ya hemos citado,¹¹² Émile Tersen afirma que «la idea de la Comuna no toma nada, o casi nada, de las comunas de la Edad Media, que eran muy poco conocidas en esa época». Añade que no se llamará la atención sobre estas revueltas municipales, y en particular sobre el personaje de Étienne Marcel, hasta después de 1871.¹¹³

No estamos de acuerdo con la afirmación que niega la historicidad profunda, la existencia histórica, la conciencia histórica en esta época, tal y como las hemos tratado de definir. La conciencia histórica, en la medida en que está integrada en la praxis y la forma de vivir, no deja que se pierda nada de la historia. Los hombres, según Marx, viven su presente junto con su pasado, en nombre de su pasado. Llevan el peso y el manto de ese pasado tanto en su realidad como en la conciencia de esa realidad. Según el caso y la situación, ese pasado los enraíza en el presente o los arranca de él. Si ocurre lo segundo, mientras actúan en la práctica y creen cambiar el presente, los hombres que hacen su historia sin saber cómo la hacen se dedican a imitar el pasado de forma caricaturesca y grotesca. Si ocurre lo primero, la conciencia histórica integrada en la praxis sirve, por el contrario, a la praxis revolucionaria, que de verdad cambia o trata de cambiar el mundo existente.

Ciudadanos, ante el peligro supremo de la patria, dado que el principio de autoridad y de centralización adolece de impotencia, nuestra única es-

112 Véase Jean Bruhat, Jean Dautry y Émile Tersen, *La Commune de Paris*, París, Éd. Sociales, 1960.

113 *Op. cit.*, p. 76 y nota a pie de página.

peranza reside ya en la energía patriótica de las comunas de Francia, que se volverán, por el propio peso de los acontecimientos, libres, autónomas y soberanas. El destino del progreso social y de la Revolución reposa hoy en la resistencia inquebrantable de París. Sobre París recae la responsabilidad de la salvación de la raza gala; a París le corresponde la iniciativa.

Con estas palabras comienza una «declaración de principios» con la que el Comité Central Republicano de los Veinte Distritos se dirige a los electores el 9 de octubre de 1870.¹¹⁴ En todo el texto se mezclan los recuerdos de 1792 con referencias históricas más antiguas, entre ellas la antigua teoría (de la que partió Saint-Simon para comprender la lucha del tercer estado contra la nobleza, sustituyendo el concepto de *raza* por el de *clase*) que atribuye a los francos el origen de la nobleza y a la «raza gala» los orígenes del pueblo francés. El *Diario oficial* de la Comuna incluye en esos números del 20 de abril y del 2 de mayo un artículo de Charles Limousin sobre la Comuna de París en la Edad Media y sobre Étienne Marcel.

Cuando la Comuna se dirige a los departamentos, los firmantes del manifiesto publicado el 6 de abril de 1871, miembros de la Comisión ejecutiva, hacen referencia a las antiguas «franquicias» comunales:

París solo aspira a fundar la República y a conquistar sus franquicias comunales, contento de dar ejemplo a las demás comunas de Francia. Si la Comuna de París ha salido del círculo de sus atribuciones normales, es a su pesar, para responder al estado de guerra provocado por el gobierno de Versalles. París solo aspira a volver a encerrarse en su autonomía, respetando plenamente los derechos iguales de las demás comunas de Francia.

El término «franquicias» caracteriza justamente las tradiciones comunales durante el Antiguo Régimen, porque designa la extensión a los urbanitas burgueses de las libertades recuperadas de la raza conquistadora, los francos.

Así, habiendo restablecido una parte de la verdad histórica, podemos abordar el análisis de la ideología de la Comuna. Imaginemos un complejo ideológico-político muy confuso, en el que convergen y se mezclan aspectos distintos e incluso contradictorios. Sin duda, en segundo plano y como trasfondo sobre el

114 Véase Dautry y Scheler, *op. cit.*, pp. 85 y s.

que se destacan las formas ideológicas, llegamos a discernir la acción del proletariado y de sus portavoces, que tratan de dar cierto contenido social y político a la revolución de la Comuna. Este esfuerzo, perseguido también en el plano de los proyectos y de la voluntad más que en el de la eficacia práctica, no debe ocultarnos los demás elementos ideológico-políticos. Ver solo ese factor, magnificarlo, es deformar la verdad histórica. Llevarlo a lo absoluto, despreciando para ello los demás proyectos y las demás ideologías, es hacer propaganda utilizando el pasado en lugar de dedicarse a conocerlo; es emplear un método verbalmente dialéctico, histórico, marxista.

Empecemos por desatar el nudo para sentir bajo nuestros dedos, uno por uno, los filamentos que lo componen.

Lo primero que descubrimos es el aspecto más objetivo de la ideología, a medio camino entre la ideología y la conciencia integrada en la praxis, cuyo análisis ya hemos empezado: existencia de la historicidad y de la conciencia histórica, vida de la ciudad percibida como experiencia. A estos elementos cuasiobjetivos —aunque no exista una realidad sustancial, aprehensible más que a través de los significados—, añadimos los grandes recuerdos históricos, los precedentes de las comunas medievales o de la revolución de 1792.

Alrededor de este nudo histórico giran varias corrientes ideológicas cuya claridad parte de ese mismo núcleo. Podemos contar la corriente proudhoniana, la corriente blanquista, la corriente fourierista y, para terminar, las ideas que dan vida a la Internacional, muy complejas en sí mismas.

Para los proudhonianos, la Comuna y el federalismo consisten en la descentralización. Para los blanquistas, es la Comuna revolucionaria de 1792 y 1793, impulsora de la República, una e indivisible, dictatorial y centralizadora. Para los últimos fourieristas, es la realización del falansterio, el alvéolo de una sociedad nueva. Para los miembros de la Internacional, es un poco de todo eso, pero también algo más; para algunos, de inspiración proudhoniana, consiste confusamente en la autogestión generalizada; para otros, es ya el comunismo bastante rudimentario con el que sueñan, y para un último grupo es, también con cierta confusión, la dictadura del proletariado. Para todos, salvo para los neojacobinos y los blanquistas —y aquí llegamos a lo esencial— es la

destrucción del Estado centralizado existente y la creación de un nuevo Estado en extinción.

La unidad ideológica entre estas tendencias nunca llegará más allá de un arreglo inestable y cuestionado una y otra vez, que estallará en cuanto la Comuna llegue al poder. Este arreglo ideológico, analizado en términos sociológicos, contiene unos elementos cuyas propuestas no pueden definirse con exactitud: la ideología propiamente dicha, el mito, la utopía. Estos términos no tienen en absoluto un sentido despectivo. Al contrario: los rehabilitamos con toda su fuerza y su razón eficaz. Existe el mito de la Comuna en la medida en que, para los *communards*, esa palabra significa la igualdad, materializada *de facto*, de los grupos sociales —ciudades y pueblos— y de las personas que forman parte de esos grupos. Hay un mito en la medida en que se imaginan la posibilidad de una especie de contrato social nuevo y extenso que sustituya, de inmediato y con total libertad, los vínculos estatales por vínculos de libre asociación entre las partes contratantes. Existe un mito porque hacen referencia, de forma consciente o no, a hechos históricos cuyo contenido real fue muy distinto de esta imagen. Podemos hablar de mito, para terminar, porque quieren sacrificarse por la imagen sagrada de una trascendencia: la ciudad santa, desacralizada y reconsagrada a la libertad por medio de la revolución. Existe una utopía en la medida en la que sueñan con una vida nueva, instaurada de un día para otro, que emerge ardiente y pura del fuego de la revolución de la Comuna y materializa de la noche a la mañana las aspiraciones comunitarias. Y, por último hay ideología porque la realidad social —la praxis— se transpone en una representación ilusoria que solo conserva una parte de esa realidad y la lleva al absoluto. Los *communards* no conciben la sociedad como un todo que engloba las relaciones a distintos niveles, sino como una suma de entidades: las aglomeraciones sobre el terreno.

La unión y la imbricación de estos elementos dispares forman un «complejo» ideológico-político de extraordinaria potencia, porque aúna lo afectivo y lo voluntario, el sueño y el pensamiento, el pasado y el futuro. Esta potencia ideológica, una mezcla auténticamente explosiva, llamada a abrir paso a las fuerzas más espontáneas, alberga el germen de su caída. Es

inevitable que la mezcla, sometida a la práctica, explote convertida en fragmentos heterogéneos.

En relación con las fuerzas sociales y políticas que sustentan en la praxis un complejo ideológico, encontramos:

a) Un movimiento de revuelta patriótica y nacional contra el invasor extranjero, contra sus cómplices, contra los traidores del gobierno desertor, contra el ejército y los generales bonapartistas, considerados responsables de la derrota;

b) Un nutrido movimiento de opinión republicana contra la Asamblea de Versalles, rural, conservadora (en cuyo consejo de 13 miembros había 12 orleanistas);

c) Un movimiento de rebelión revolucionaria contra el Estado parasitario, contra la autoridad tiránica de ese Estado centralizado y contra los políticos que lo admiten;

d) Un movimiento revolucionario de contenido proletario y socialista dirigido, de forma confusa pero auténtica, contra la burguesía y contra el capitalismo (en la fase que había alcanzado su desarrollo para esa época), aunque sumido en la confusión entre el adversario social y el adversario político.

La Comuna, con su lema «Francia, República, trabajo», logra la convergencia —momentánea pero eficaz— de estas fuerzas sociales. Según la excelente afirmación de M. Dommanget, «la Comuna era a la vez la cosa y el mensaje de unión, la realidad y el signo, el hecho y la ideología».¹¹⁵ Representa al mismo tiempo el extremismo y la capacidad de llegar a acuerdos haciendo concesiones. Se corresponde simultáneamente con un estado de las cosas realizado en la práctica durante el asedio de París y con la esperanza de una transformación radical, usando para ello el sufragio universal y la transmisión del poder a representantes conocidos, elegidos y revocables. Reúne y resume «aspiraciones contradictorias, a menudo antagonistas, dispersas en el alma de un pueblo sobreexcitado y armado. Su mero nombre ya era suficiente...».¹¹⁶

115 M. Dommanget, *Hommes et choses de la commune*, Marsella, Éd. École émancipée, sin fecha. El propio Dommanget se inspira en un artículo del inteligente orador Félix Pyat publicado en 1887 en *La Semaine sanglante* y que recuerda el lema «Francia, República, trabajo». «Se puede decir que tal vez nunca se hayan encontrado en la historia unas palabras que sirvan tan bien para unir tendencias diversas. Las dificultades no iban a surgir hasta después de esa unión...» (*op. cit.*, p. 7).

116 E. Lepelletier, *op. cit.*, p. 52.

Las corrientes de opinión que convergen y confluyen en la Comuna, las fuerzas sociales que la sustentan, no se corresponden con ningún reclutamiento social bien definido. Si bien el contenido socialista de la ideología y las acciones de la Comuna vienen de la existencia del proletariado, el patriotismo integral pudo encontrar partidarios entre los proletarios originales. Esta cuestión del reclutamiento social tal vez no tenga la importancia que se le atribuye en nombre de un sociologismo ingenuo. Lo fundamental es que, en torno a un lema aparentemente concreto pero bastante impreciso en realidad, pudiera lograrse una unidad de acción contra la burguesía en el poder y contra su Estado, unidad de acción entre el proletariado, el artesanado y el pequeño y mediano comercio; en otras palabras, entre la clase obrera y una parte de la pequeña burguesía y de las clases medias.

Está claro que una aclaración ideológica prematura (y además inconcebible en las condiciones concretas que estamos analizando) habría perjudicado a esa unidad hasta llegar a destruir las condiciones en las que se daba. Esto hace que resulte difícil defender la hipótesis que se formula a menudo de la necesidad (o de la falta) de un partido político centralizado, monolítico, dotado de una ideología y de una teoría rigurosamente coherente.

Hemos de añadir que el socialismo de los miembros de la Internacional oscila entre las reivindicaciones inmediatas (las relativas al trabajo nocturno, la reducción de la jornada laboral, etc.) y la visión de la República universal. De igual modo, los blanquistas dudan entre la acción revolucionaria permanente y pura, apelando a la Comuna hebertista de 1793, y el centralismo jacobino, enemigo del federalismo girondino. Ni los blanquistas ni los miembros de la Internacional tienen una teoría clara del Estado, aunque el objetivo sea quebrar el Estado existente y aunque la tendencia preponderante se oriente a la creación de un Estado en extinción. Esta tendencia se impone y se abre camino. No cuenta con una teoría política; no está elaborada a nivel ideológico ni mucho menos a nivel conceptual. Hay un motivo excelente para ello: Marx extraerá la teoría de la extinción del Estado, con su formulación completa y clara, de la experiencia de 1871. Así pues, esta experiencia se lleva a cabo sumida en una enorme confusión, propia de la vida espontánea y creadora.

5

LOS RECUERDOS HISTÓRICOS

¿Se olvidaron o desdeñaron en el siglo XIX las tradiciones comunales de la Edad Media? Esta afirmación puede rebatirse.

Para que conste, recordemos que la *Encyclopédie* de Diderot incluye un artículo bastante largo sobre el término «comuna».¹¹⁷ En este artículo se mencionan los dos sentidos de la palabra, que designa al «propio pueblo» de una villa o de un burgo y también a la sociedad que los burgueses de un mismo lugar «adoptan entre ellos», de manera que «juntos forman un organismo, tienen derecho a reunirse y a deliberar sobre sus asuntos comunes, a elegir representantes para que los gobiernen y para recaudar los ingresos comunes, y a tener un sello y una caja comunes», etc. En este texto se vincula el fomento de las comunas a la lucha de la raza gala contra los conquistadores: primero los romanos y luego los francos y los señores feudales. Bajo el régimen monárquico, en la Edad Media, las villas y los burgos que no tenían comunas eran gobernadas por oficiales (del rey o del señor feudal). Sin embargo, «algunas villas de primer orden, como París, se consideraban libres aunque nunca hubieran obtenido una carta ni una concesión de comuna».

A este artículo le sigue otro sobre las comunas en Inglaterra en el que se especifica que, en ese país, la palabra se usa para referirse al tercer estado en contraposición con la nobleza.

Cuando Marx, en su carta a Weidemeyer del 5 de marzo de 1852, atribuye a los historiadores burgueses que le precedie-

117 *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des métiers*, t. III, París, Briasson, David, Le Breton y Durand, 1753, pp. 725-727.

ron el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, su lucha y el desarrollo histórico de esa lucha, ¿a qué historiadores se refiere Marx? ¿Cómo llegaron a este descubrimiento crucial? Podemos hacer algunas aclaraciones que no contiene la carta de Marx. El primero de esos historiadores, Saint-Simon, sustituye en *Lettres d'un habitant de Genève* (1803) las nociones de raza, de casta o de Estado por la de clase. Vislumbra que el largo combate del tercer estado contra el feudalismo solo puede entenderse científicamente como lucha de clases.¹¹⁸ Transmite esta visión renovadora, o más bien creadora, de la historia como ciencia, a su secretario y discípulo Augustin Thierry.

Ahora bien, ¿qué escribe este gran historiador cuando resume sus investigaciones en unas pocas frases? Pone en primer plano la «revolución municipal», como él la llama; la revolución de las comunas:

Si bien la historia de las comunas y de los municipios no constituye la historia completa de los orígenes del tercer estado, sí que conforma su parte heroica; ahí están las raíces profundas de nuestro orden social actual [...]. La historia municipal de la Edad Media puede dar grandes lecciones a la época presente [...]. Contiene en pequeña escala, bajo mil aspectos diversos, ejemplos de lo que nos sucede a gran escala desde hace medio siglo, de lo que nos sucederá en la carrera en la que estamos inmersos desde entonces. [...] La vida de los municipios ha dado forma a las viejas creaciones políticas del tercer estado. La igualdad ante la ley, el gobierno de la sociedad por sí misma y la intervención de los ciudadanos en todas las cuestiones públicas son reglas que practicaban y conservaban enérgicamente las grandes comunas; nuestras instituciones actuales se hallan en su historia, como tal vez también se hallarán nuestras instituciones futuras.¹¹⁹

En su magistral *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers État*, Thierry muestra cómo se planteó en las ciudades y los burgos la cuestión del origen de la autoridad. ¿Emanaba del pueblo o, por el contrario, del obispo, del señor y del rey? Todo el sistema feudal inclinaba la balanza hacia esa segunda opción, que nunca aceptaron los burgueses de las co-

118 Véase Engels, *Anti-Dühring*, Éd. Sociales, trad. al francés de Bottigelli, p. 298.

119 Augustin Thierry, *Récits des temps mérovingiens*, precedidos de *Considérations sur l'histoire de France*, nueva edición, París, Lévy frères, 1868, p. 205 (hemos de señalar la fecha de la reedición).

munas. Esto causó una profunda crisis del feudalismo, crisis que no se limitó a Francia. Desde comienzos del siglo XII, comenzó a aparecer por toda Europa, en las ciudades mercantiles, «la nueva forma de gobierno municipal». El mismo impulso, las mismas causas sociales, tuvieron efectos diferentes en el sur y en el norte de Francia. En la región del Midi se impone la comuna, aunque dotada de instituciones y de un derecho tomados de las tradiciones romanas e italianas (el consulado). En el norte del país tiende a establecerse otro tipo de constitución municipal, «igual de novedosa, igual de enérgica, pero menos perfecta que la otra: la comuna jurada»; se llegó a este sistema aplicando al régimen municipal una serie de asociaciones cuya práctica provenía de las costumbres germánicas. En ambos casos, pese a los distintos procedimientos y resultados, «el espíritu fue el mismo: un espíritu de acción, de dedicación cívica y de inspiración creadora. Las dos grandes formas de constitución municipal, la comuna propiamente dicha y la ciudad regida por cónsules, tuvieron por principio la insurrección más o menos violenta, más o menos sostenida, y el objetivo de ambos sistemas fue la igualdad de derechos y la rehabilitación del trabajo». Y así fue como «la burguesía, una nueva nación cuyas costumbres son la igualdad civil y la independencia en el trabajo», se alzó contra la nobleza y la servidumbre. Esta acción de las villas se extendió al campo y llegó, mal que bien, a simples pueblos o a asociaciones de pueblos. Los dos siglos transcurridos desde el renacimiento revolucionario de las libertades municipales permitieron la comuna parisina de Étienne Marcel. En los Estados Generales de 1356,

... solo estuvieron los representantes de las ciudades, sobre quienes recayó todo el peso de la reforma y de los asuntos del reino. [...] Se subordinaron espontáneamente a la delegación de París [...]. Mediante un extraño acto de anticipación, este consejero municipal (Étienne Marcel) quiso e intentó cosas que parecen exclusivas de las revoluciones modernas. La unidad social y la uniformidad administrativa, la extensión de los derechos políticos igual que la de los derechos civiles, la transferencia del principio de autoridad pública de la Corona a la nación, la voluntad del pueblo acreditada como soberana ante el depositario del poder real, la acción de París en provincias como líder de opinión y centro del conjunto del movimiento, la dictadura democrática y el terror ejercido en nombre del bien público, la asunción de nuevos colores que

se llevaban como signo de alianza patriótica y símbolo de renovación [...]. Todo esto emergió en los tres años durante los que destacó el nombre del preboste Marcel.¹²⁰

En su libro *Les Communes françaises*, Charles Petit-Dutaillis complementa y corrige las tesis de Augustin Thierry. Sin embargo, elimina algunos elementos de la historia que Thierry, sin conocer la obra de Marx, había atisbado y que pueden traducirse fácilmente a una terminología precisa, la del marxismo: la institución comunal como superestructura sobre la base de la economía de mercado, la lucha de clases de la burguesía incipiente contra el feudalismo. Al sumergirse en los detalles de la historia —las cartas, las concesiones de franquicia, las muy diversas modalidades de la comuna como institución—, Petit-Dutaillis pierde de vista las líneas principales, un peligro que acecha a los historiadores honrados y escrupulosos. Disocia el privilegio comunal de las franquicias. A su modo de ver, no se produjo una «revolución municipal» y eso no contribuyó a hacer que se tambaleasen las relaciones sociales del vasallaje. En el siglo XII, el hecho original que brindaba a la Comuna su rasgo distintivo era la conjura burguesa, el juramento de ayuda mutua, a lo que se llama propiamente «comuna».¹²¹

120 A. Thierry, *Œuvres complètes*, t. v, *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers État*, París, Lévy, 1868, pp. 25, 27 y 43. Sobre la época de la Liga, véanse las pp. 110-120. Sobre la Fronda, véanse las pp. 178-181. Misma apreciación en P. Robiquet, *Histoire municipale de Paris*, París, Hachette, p. 29.

121 Véase Petit-Dutaillis, *Les Communes françaises, caractères et évolution des origines au XVIII^e siècle*, París, Albin Michel, 1947, p. 81. Véanse, contra las «generalizaciones» de Auguste Comte, las pp. 84-85.

Otro autor igual de reciente, Roger Gros, señala justamente que las comunas nacieron de una especie de creación continua de colectividades de habitantes «que materializaban por sí mismas sus necesidades y sus aspiraciones en los ámbitos económico y social». El derecho medieval se basaba en la costumbre. Sin embargo, las comunidades de habitantes podían «mostrar sus derechos», cuyas múltiples y profundas raíces se hundían en el pasado. El permiso para vincularse mediante un juramento significa que los habitantes ganan el «derecho» a gozar de un conjunto de libertades y costumbres. Esas costumbres existentes eran la razón de ser del juramento de comuna. Las analogías entre las instituciones comunales derivan «de las necesidades primordiales de una formación social de este tipo». Existe una estrecha relación entre la hermandad profesional y la comuna; la primera fue históricamente «la escuela» de la segunda (R. Gros, «La genèse du mouvement communal en France», *Revue historique de Droit français et étranger*, t. XX, 1943, pp. 149-173). Los historiadores dedicados a las instituciones y a las insurrecciones comunales nunca insisten lo suficiente en las constantes sociológicas: «necesidad de solidaridad, impulso de una conciencia colectiva que persigue sus derechos, instinto de las masas hacia la justicia social» (véase Ch. Rihs, *La commune de Paris, sa structure et ses*

El único rasgo distintivo de la concesión de la comuna sería el permiso para formar una asociación jurada.

¿No estamos aquí ante un ejemplo de intrusión en la historia de nociones sociológicas que enturbian los conceptos históricos en lugar de enriquecerlos y esclarecerlos? La adhesión jurada y el compromiso mediante juramento son hechos sociológicos que revisten la máxima importancia y el máximo interés. ¿Bastarían estos hechos para definir y explicar tal o cual grupo social? Estos ritos consagran relaciones sociales que ya existen; las consolidan, no pueden crearlas. ¿De dónde vienen las relaciones que los historiadores atribuyen a la expresión «comuna urbana»? La teoría que defina y explique esas relaciones considerando únicamente el crecimiento del capitalismo (mercantil) estará incompleta y pasará por alto gran parte de la contribución marxista al estudio de esta cuestión. No se pueden simplificar la interacción y la interdependencia de lo político, lo social y lo económico. Los primeros componentes de la burguesía mercantil y del capitalismo comercial utilizaron los vestigios de la ciudad para implantarse y luchar contra los señores feudales. Además, las comunidades urbanas (comunidades, corporaciones y organismos organizados) se acoplan, según Marx y Engels, a la antigua comunidad campesina, disociada, reconstituida y que aún persiste durante estos periodos históricos. Esas comunidades hicieron que perviviese, en otras condiciones y con un estatus y con instituciones nuevas, la comunidad campesina, restablecida por medio de las invasiones bárbaras tras el dominio romano, e inmanente además a las relaciones feudales de propiedad; esas relaciones feudales conllevan derechos «útiles» de coposesión por parte de los siervos, vinculados a la gleba y, por lo tanto, inseparables de sus medios de producción. El rito del juramento forma parte de las relaciones arcaicas de la comunidad tribal, comunidad más o menos transformada por la sedentarización, disociada por la propiedad privada y que, sin embargo, mantenía los vínculos de consanguinidad (real o ficticia) a través de los vínculos de territorialidad.¹²²

doctrines, Ginebra, Droz, 1955, p. 292).

122 En su *Critique de la Raison dialectique* (pp. 445 y s.), J.-P. Sartre también exagera la teoría del juramento, la lleva más allá de sus límites y la deshistoriza. Sobre la comunidad primitiva y sus repercusiones, véanse sobre todo Engels, *Anti-Dühring*,

La tradición comunitaria y comunalista lleva consigo elementos tomados de lo que se llamaría comunismo primitivo, cuyo legado y cuyos recuerdos recorren de forma soterrada los sucesivos modos y relaciones de producción hasta el capitalismo y hasta la teoría marxista, que les proporciona un sentido y los salva cuando van a naufragar.

La transición entre el legado comunitario y los conceptos marxistas del comunismo científico (que, en tanto negación de la negación según Marx y Engels, retoma algunos rasgos del comunismo arcaico, superándolos y transformándolos) la garantizan Babeuf y Fourier. Victor Considérant, que dedicó su vida a difundir la doctrina fourierista, brindó su apoyo a la Comuna.¹²³

Es interesante señalar que la reacción pudo apropiarse de la comuna francesa, tanto de la ideología como de la institución. En la época de la Liga, frente al rey Enrique III, que arremetió brutalmente contra las libertades y las franquicias municipales, y que de hecho suprimió el ayuntamiento de París, la capital tomó la iniciativa de un amplio movimiento que se extendió a las ciudades de provincias¹²⁴ y que, en 1588, estuvo cerca de desintegrar el Estado monárquico centralizado, ya muy consolidado. Lo mismo ocurrió durante la Fronda.¹²⁵ Antes hemos mencionado el Programa de Nancy y el movimiento descentralizador que creó ese programa en 1863. Este movimiento, muy mal definido, tenía partidarios hasta entre los republicanos, pero fue de orientación reaccionaria.¹²⁶ No obstante, de su programa se deduce que el régimen particular impuesto a París durante mucho tiempo y reforzado por el Imperio —por miedo a que un ayuntamiento de París elegido tuviera demasiado poder frente al poder central— tiene que desaparecer. Si se aplican los principios descentralizadores de Nancy, hay que brindar a París, como a

pp. 210-215, pp. 471 y s., y en *Origines de la famille, de la propriété privée et de l'État*, en anexo, el texto sobre «la marca».

123 Véase A. Chabosseau, *De Babeuf à la commune*, París, Rivière, 1911.

124 Véase Robiquet, *op. cit.*, pp. 83 y s.

125 E. Lavisse, *Histoire de France*, París, Hachette, 1911, t. VII, pp. 44 y s.

126 Por eso, algunos ideólogos de la Comuna protestan contra el hecho de que se asimile la Revolución a la simple «reivindicación» de las «franquicias» (véase el artículo de Vermorel, en *L'Ami du peuple* de 23 de abril de 1871).

las demás comunas, un ayuntamiento elegido y único, con una alcaldía central.¹²⁷

Así pues, la comuna en Francia, tanto ideología e institución, surge como una *forma* que puede albergar contenidos diferentes y de la que pueden apropiarse fuerzas sociales y políticas opuestas. Cada vez que el ayuntamiento de París quiere participar en acontecimientos políticos, toma el nombre de comuna. En todas las épocas de crisis, el pueblo de París ha gritado: «¡Comuna!».¹²⁸ De 1792 a 1871, fueron las fuerzas revolucionarias, fundamentalmente las de París, quienes vertieron sus contenidos en esa forma y se adueñaron de ella. No obstante, hemos de señalar una contradicción con un largo recorrido. París instiga y dirige la Revolución de 1789; la salva con la energía de la dictadura democrática. A la monarquía le sigue en realidad la comuna insurreccional, en la que se apoya la Convención para oponer resistencia a una gran parte de Francia y a Europa, que ya ha formado una coalición contra la Revolución francesa. Esta comuna de 1792-1793 también se siente heredera de la lejana comuna medieval: «La palabra, cargada de leyendas a costa de burdas analogías históricas, se usará, por supuesto, para expresar el nuevo empuje de la eterna revolución parisina que pronto la inscribirá en la práctica...».¹²⁹ Pero esta revolución, en la práctica y por profundas razones históricas, es centralizadora. En 1871, sin embargo, las fuerzas que se adueñan de París y que tratan de convertir a la ciudad en el centro de una nueva revolución son descentralizadoras. Cuando los elegidos de la Comuna se reunieron por primera vez, su decano, el honesto e ingenuo Beslay, aplaude la joven revolución: «La liberación de la Comuna de París es la liberación de todas las comunas de Francia». A los pocos días, la Comuna publica el manifiesto en el que se concretan y acentúan estas tendencias federalistas. Cada una de las comunas de Francia, autónomas, votaría un presupuesto, establecería sus impuestos, elegiría a sus magistrados, organizaría su sistema de justicia, su policía, su enseñanza y su defensa, y enviaría a sus representantes a una gran administración central.

127 Véase A. Dansette, *Histoire de la commune*, pp. 60-61.

128 E. Lepelletier, *Histoire de la commune*, p. 62.

129 A. Dansette, *op. cit.*, p. 62.

Hasta los blanquistas y los neojacobinos de 1871, aunque no colaboran en ese manifiesto y están lejos de aceptarlo, dejan hacer. Para ellos, la Comuna es patriotismo.

En resumen, los historiadores marxistas han acertado al poner el acento en el contenido proletario socialista de la revolución de 1871 y se han equivocado al no estudiar la forma que dio cabida a ese contenido. Al pasar por alto las formas ideológicas e institucionales, el análisis se limita a la unilateralidad y la explicación histórica se vuelve insatisfactoria.

Cuando en agosto de 1855, los obreros de las industrias de la pizarra de Trélazé y de Les Ponts-de-Cé marchan sobre Angers para establecer allí una comuna revolucionaria, cuando los obreros de Le Creusot reclaman la comuna industrial, ponen sobre la mesa una serie de problemas que la Comuna de París tratará de resolver.

6

PROUDHON, EL PROUDHONISMO Y EL PRINCIPIO FEDERATIVO

Si damos crédito a Armand Cuvillier, Proudhon presenta la revolución como una fuerza irresistible cuya idea rectora es la *reciprocidad*. Critica el principio de autoridad que se manifiesta tanto en el jacobinismo como en el derecho divino de la monarquía, en la concepción comunitaria de las asociaciones obreras y en la concepción absoluta de la propiedad. Quiere reemplazar ese principio por una *sociedad sin autoridad*.¹³⁰ El ideal proudhoniano, en todos los órdenes y en todos los planos, es un ideal de igualdad, de obligaciones recíprocas y aceptadas libremente. En el orden político, este «mutualismo» se opone a todas las teorías estatales. Conduce a la anarquía, es decir, a la supresión del gobierno de los hombres en beneficio de la administración de las cosas. Así, Proudhon previó la desaparición del Estado como poder coercitivo e instrumento de opresión, sin basar esa previsión, como sí hizo Marx, en un análisis de las clases, de las luchas de clases y de los objetivos de la revolución proletaria. El sistema federativo, materialización del sistema de equilibrios entre la unidad de la sociedad global y los agrupamientos particulares, entre los grupos y los individuos, entre la autoridad y la libertad, le parece a Proudhon necesario y suficiente. «La teoría del sistema federal es nueva; creo hasta poder decir que no ha sido formulada por nadie. Está, empero, íntimamente enlazada con

130 A. Cuvillier, *Proudhon*, París, Éd. Sociales Internationales, 1937, véase la p. 38. Recordemos cuánto le impresionó al joven Marx la audacia de los pensadores franceses que cuestionaban el Estado (el primero de ellos, Saint-Simon). Esa audacia estimula la crítica marxista a la filosofía hegeliana del derecho y del Estado.

la teoría general, de los gobiernos». ¹³¹ Esta estructura es la única que reúne las condiciones de libertad y de duración, de justicia y de orden, que el espíritu requiere en aras de la verdad, de la naturaleza, de sí mismo y *de su obra más grandiosa: la sociedad*. Según la dialéctica proudhoniana —dialéctica impregnada, como sabemos gracias a Marx, de idealismo filosófico—, ¹³² el orden político descansa en dos principios contrarios: la autoridad y la libertad. «Estos dos principios forman [...] una pareja cuyos dos términos están indisolublemente unidos y son, sin embargo, irreductibles el uno del otro, viviendo por más que hagamos en perpetua lucha. La autoridad supone indefectiblemente una libertad que la reconoce o la niega; y a su vez la libertad, en el sentido político de la palabra, una autoridad que trata con ella y la refrena o la tolera. Suprimida una de las dos, nada significa la otra». ¹³³ Todas las constituciones políticas pueden reducirse a esta fórmula: el contrapeso de la autoridad por la libertad, y viceversa.

La lucha de las clases entre ellas, el antagonismo de sus intereses y las alianzas de intereses determinan el sistema político. Según Proudhon, las clases se reducen a dos: una superior (aristocracia, patriarcado, burguesía) y otra inferior (plebe o proletariado); una encarna el principio de autoridad y la otra, el de libertad. Los dos principios se suceden, tanto en el terreno de la teoría como en el de la historia, mediante una especie de polarización. La actual *subordinación* del principio de autoridad nos lleva a la idea del contrato político libre, idea en la que debemos fijarnos a partir de ahora. ¹³⁴

El contrato político no adquiere toda su dignidad sino bajo la condición de ser sinalagmático (bilateral) y conmutativo, limitado y definido.

Para que el contrato político llene la condición de sinalagmático y conmutativo que lleva consigo la idea de democracia; para que encerrado dentro de prudentes límites sea para todos ventajoso y cómodo, es indispensable que el ciudadano, al entrar en la asociación: 1) pueda recibir del Estado tanto como le sacrifica; 2) conserve toda su libertad, toda su

131 Pierre-Joseph Proudhon, *Du principe fédératif et de la nécessité de reconstituer le Parti de la Révolution*, nueva edición, París, Librairie internationale, 1868, p. 9 [ed. en cast.: *El principio federativo*, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 83].

132 G. Gurvitch llama al sistema proudhoniano «idealorrealista», véase más adelante.

133 Proudhon, *op. cit.*, p. 10 [ed. en cast.: p. 84].

134 *Op. cit.*, p. 44 [ed. en cast.: p. 118].

soberanía y toda su iniciativa en todo lo que no se refiere al objeto especial para que se ha celebrado el contrato y se busca la garantía del Estado. Arreglado y comprendido así el contrato político, es lo que yo llamo una federación.

Federación, es decir, pacto, contrato, tratado, conveni-
ción o alianza mediante los cuales las familias, las comunas o
los grupos de comunas, los Estados, quedan obligados de forma
recíproca y en plano de igualdad con respecto a una o a varias
cuestiones particulares, cuya carga recae sobre los delegados de
la Federación... «El sistema federativo es el opuesto al de jerar-
quía o centralización administrativa y gubernamental...».¹³⁵

El contrato de federación, por su esencia, afirma Proudhon,
«no puede menos que reservar siempre más a los individuos que
al Estado, más a las autoridades municipales y provinciales que
a la central». Su idea, si se analiza bien, tiene para él la misma
antigüedad histórica que las ideas de la monarquía y de la de-
mocracia, de la autoridad o de la libertad, ideas que Proudhon
termina conciliando en una unidad consciente y superior. Es la
idea más elevada a la que se haya alzado el genio de la política,
porque se dirige a la contradicción fundamental que desgarró al
hombre en su historia.

Además, la aplicación del principio federativo en el marco
del derecho político tiene condiciones en el derecho económi-
co. En contraposición con el feudalismo financiero, primero hay
que constituir la federación agrícola-industrial y, en ese mar-
co, aplicar los principios de reciprocidad, división del trabajo y
solidaridad económica, principios que la voluntad del pueblo
transformará en leyes del Estado. Todas estas perspectivas con-
ducen a una fórmula: federación política a partir de la federación
agrícola-industrial y, por lo tanto, *descentralización*.

Si el pueblo francés se desmoraliza es porque está falto de
una gran idea. Ante la falta de esa idea, su capacidad de iniciativa
no tiene objetivos.¹³⁶ El pueblo ha de comprender el sistema en el
que las unidades no son personas ni Estados constituidos, sino
grupos naturales cuyas dimensiones no superen ciertos límites
cuantitativos.¹³⁷ En resumen, quien dice libertad dice federación,

135 *Op. cit.*, pp. 47-49 [ed. en cast.: pp. 120-122].

136 *Op. cit.*, p. 235.

137 *Op. cit.*, pp. 237-288.

o no dice nada; quien dice república dice federación, o no dice nada; quien dice socialismo dice federación, o no dice nada. El siglo XX abrirá la era de las federaciones, o la humanidad comenzará de nuevo un purgatorio de mil años.

De acuerdo con el comentario de G. Gurvitch, Proudhon, sin darse cuenta del todo y sin señalarlo claramente, pasa de la idea de federación a la de confederación. Lo que le atrae de esa ampliación del concepto de contrato social es eliminar la razón del Estado, sustituida por la supremacía del derecho. Es la limitación del poder central en favor de los agrupamientos locales. Esta idea llega lejos y basa la sociología política en un doble estudio sociológico, el de la sociedad global y el de los agrupamientos particulares, en diversos grados, niveles y peldaños. Así pues, Proudhon, añade G. Gurvitch, no puede ser tratado como un soñador que se deja seducir por la belleza de un texto constitucional. Examina las condiciones en las que puede realizarse su proyecto y cree que la forma federativa será la que utilizará el proletariado para organizar la sociedad socialista.¹³⁸ Esa forma proporciona el medio para evitar que el organismo económico sea reabsorbido por la organización estatal y política. Los agrupamientos organizados en la democracia socialista deben limitar el Estado, no reforzarlo. Según el espíritu del proudhonismo, el federalismo político no sería más que degradación a ojos de la clase obrera si a dicho federalismo no le acompañasen la supresión del capitalismo y de su burocracia, y el fin del feudalismo industrial y financiero.

El hecho de que resumamos aquí la ideología proudhoniana y el proyecto político que implica tiene un triple objetivo. En primer lugar, el proudhonismo no se reduce a estas partes o parcelas de un conjunto mucho más vasto: el crédito y la garantía mutua, la igualdad mediante la garantía del derecho al trabajo y a la formación o, en resumen, a reformas. Los marxistas que recalcan el reformismo y el idealismo proudhonianos tienen razón cuando muestran el carácter insuficiente de estas reformas, pero se equivocan cuando no ven más que el reformismo, pasando por alto otros aspectos, más esenciales, de una forma

138 G. Gurvitch, *Les Fondateurs français de la sociologie contemporaine, Saint-Simon et Proudhon*, París, Centre de documentation universitaire, 1955, p. 77.

de pensamiento muy amplia. En segundo lugar, no se puede definir el proudhonismo en función de las discusiones filosóficas de Proudhon con Marx, o de las concesiones temporales al principio autoritario del bonapartismo que Proudhon admitió en algunas fases de su vida. La idea de una reconstrucción del Partido Revolucionario partiendo de una teoría descentralizada responde en cierta medida a esas acusaciones, que de nuevo toman la parte por el todo y consideran esencial lo secundario. Es posible que, en el caso de Proudhon, la persona y el filósofo no iguallen el destino del pensador político. Sin embargo, la teoría de la descentralización tuvo una eficacia revolucionaria en 1871; así es como entra en la praxis y permite imaginar la transformación del mundo. En 1871, en la práctica, los proudhonianos no rechazaron la acción revolucionaria surgida de la lucha de clases. Ni siquiera es exacto atribuir al proudhonismo de algunos hombres de la Comuna (como Beslay) el respeto de los *communards* al banco de Francia, en vista de que su líder había aconsejado expresamente las medidas contrarias. Dado que la noción de descentralización vuelve a estar a la orden del día, se impone la rehabilitación de Proudhon (en la medida en que se pueda hablar de rehabilitación). El fracaso de 1871 no demuestra nada o, por lo menos, no demuestra las conclusiones que a veces se quieren sacar. No implica el carácter revolucionario o reformista ni el carácter utópico —en el sentido peyorativo del término— del proyecto federalista. Si se interpreta de esa manera, el fracaso de la Comuna también compromete al marxismo y más aún a la teoría de la revolución proletaria en los países industriales.

El objetivo último de la doctrina proudhoniana como proyecto político coincide con el del marxismo, el del pensamiento de Saint-Simon y el del anarquismo: el fin del Estado. Lo único que cambia según la doctrina son los medios: los instrumentos políticos y las etapas de su realización. Saint-Simon confía en sustituir a los políticos por tecnócratas para que la gestión de las cosas se imponga en lugar del poder que constriñe a los hombres. Los anarquistas bakunianos luchan por la abolición inmediata del Estado. Los proudhonianos apuestan por la autogestión de los grupos territoriales y particulares. Se saltan un periodo histórico de dictadura del proletariado, que Marx define justamente

como aquel en el que se construye un Estado nuevo: un Estado en extinción por su propia naturaleza.

El hecho de que estos objetivos coincidan parcialmente no basta para explicar el arreglo de 1871 entre las distintas tendencias del movimiento obrero, porque ese aún no era un objetivo consciente. La conciencia del proyecto revolucionario vendrá precisamente de la experiencia de 1871 y de su elaboración conceptual por parte de Marx. Por otro lado, el acuerdo, base confusa de una especie de frente común ideológico-político, se extendió a los jacobinos y a los neojacobinos, partidarios de la centralización. El acuerdo se situaba en el orden de las cosas y de los hombres: lo exigía la situación. En ese marco concreto, la doctrina proudhoniana era la única que, proponiendo un programa, podía permitir y de hecho permitió a París dirigirse a las provincias, y a los obreros dirigirse a los campesinos. Por otra parte, la gran idea de la Comuna, idea que los marxistas no pueden rechazar (a saber, la gestión democrática directa de sus asuntos por parte de los ciudadanos reunidos en consejos, comisiones y comités), no puede separarse del proudhonismo, que fue el primero en plantearla.

7

BLANQUISTAS Y JACOBINOS

Los blanquistas y el propio Blanqui no se preocupan mucho por la teoría política; son hombres de acción, activistas, conspiradores incorregibles. Blanqui actúa como líder del partido blanquista y sus miembros se agrupan en torno a él. La revolución —conspiración permanente— quiere echar abajo al gobierno existente y llevar al poder a Blanqui y al partido blanquista. El jefe del partido se ocupa de organizarla, de armarla. Cuando redacta *Instructions pour une prise d'armes*, reflexiona con gran seriedad y profundidad sobre los problemas de la táctica: la insurrección como arte. No se cuestiona nada más y acepta sin discusión el rol histórico de las minorías que actúan. No hay duda de que reflexiona mucho y escribe, pero siempre se involucra de inmediato en la situación, en la praxis política, sin ir más lejos. En 1869 y 1870, los blanquistas son valerosamente anticlericales, antiplebiscitarios, antibelicistas y pacifistas. Poco dado a lo teórico, Blanqui obtuvo un enorme prestigio mediante la acción; ejerce una gran influencia sobre quienes tratan con él gracias a su inteligencia, al fuego de su mirada y a la pasión que consume su cuerpo frágil, desgastado antes de tiempo por la prisión. Cuando habla, es persuasivo; cuando escribe, cuando protesta contra los motivos absurdos de las sentencias que lo condenan y contra las calumnias que se le dedican, es elocuente:

Tras 25 años de prisión, cuando la puerta del calabozo, brevemente entreabierta, vuelve a cerrarse sobre los escasos días que me restan, ya no quiero retornar a mi noche sin decir lo que pienso... He luchado toda mi vida por la justicia y por el derecho y contra la iniquidad y el privilegio,

por la mayoría oprimida y contra una minoría opresora. Pobre y cautivo he vivido y pobre y cautivo moriré. Nadie más que yo, me atrevo a pensar, tiene derecho a decir que los desafortunados son hermanos... Habría podido decirle a quien enviaba gente a Cayena: «¡El terror! ¡El 93!» Hace ya 30 años que somos nosotros los que sufrimos el terror. 30 años han pasado sin que se harten de machacarnos, sin que nos cansemos de sufrir. Pero un día salimos victoriosos. Y ese día ninguno de nuestros enemigos tuvo que temer por su integridad ni por un solo minuto de su libertad. Y al día siguiente fue a nosotros a quienes aplastó el terror, sin piedad, sin tregua y sin vergüenza. Soy viejo, ya solo peino canas, pero no tengo las manos manchadas de sangre, ni una gota de sangre. Ojalá vuestros héroes puedan decir lo mismo.¹³⁹

La pasión revolucionaria y patriótica que impulsa a Blanqui no le impide, dado el caso, razonar y madurar proyectos meditados. Después de *La Patrie en danger*, periódico que por lo demás se elaboraba apresuradamente y cuya presentación solía dejar bastante que desear, publicó un auténtico plan de movilización económica, social y militar muy detallado: traslado fuera de París de las bocas inútiles, requisita en provincias de los recursos necesarios, reclutamiento en masa con formación rápida de mandos, etc., todo ello acompañado de cifras y de previsiones presupuestarias.¹⁴⁰

Los blanquistas se inspiran en los recuerdos de 1792-93 y de la Comuna revolucionaria. Quienes tienen confianza a veces se refieren a Blanqui como «el viejo» y también como «el padre de la Comuna». Cuando la falange revolucionaria que se congrega a su alrededor quiere propagar su pensamiento político, lo hace reviviendo el recuerdo de los hebertistas.

Tridon, heredero de un rico comerciante de Borgoña, intelectual burgués convertido a la revolución, consigue en 1864-65, junto a Charles Longuet, publicar el *Journal des écoles*, que se prohibió enseguida, y después *La Rive gauche*. Ahí publica Tridon rotundos artículos sobre los hebertistas que agrupará en un folleto con el subtítulo *Plainte contre une calomnie de l'histoire* [Denuncia de una calumnia de la historia]. Hébert, junto con Chauvette y Anacharsis Cloots, son los *malditos de la historia* a los que el autor quiere rehabilitar; todos ellos son *fanáticos sin galones ni*

139 Manuscrito inédito de Blanqui, publicado por Dommanget en *Blanqui et le Second Empire*, p. 39.

140 A. Blanqui, «Un dernier mot», sin fecha. Dos páginas en folio, Bibl. nat., Lb 57.1104.

penachos cuyo corazón sangra por el pueblo traicionado y cuya alma llora, sufre y gruñe en sintonía con el alma de ese pueblo; son, así pues, los blanquistas. Hébert, muy beligerante, libró durante toda su vida una larga lucha contra la calumnia, el escollo de los fuertes. Venido, insultado, vilipendiado, este *paria del partido del pueblo* fue objeto de una tromba de maldiciones para volver a sumirlo en el silencio. Para Tridon, el hebertismo fue la cara brillante de la revolución. Fue la única corriente que tuvo verdadera conciencia de la revolución, la única que comprendió su sentido, su evolución y su objetivo. Combatió *la metafísica autoritaria, esa piedra angular de toda opresión*. Representante de la plebe, del pueblo con los brazos desnudos, Hébert fue al mismo tiempo el defensor del pensamiento racional y el corazón palpitante de la revolución. *Marat solo es un grito de guerra, mientras que el hebertismo es un sistema.*¹⁴¹ ¿Qué sistema es ese? (En esta época, esa palabra tomada de los filósofos no tenía sentido peyorativo; todo lo contrario: designa cualquier gran pensamiento coherente y todo el mundo quiere poseer un «sistema» para tener derecho a hablar y a actuar). Se reduce, al parecer, al proyecto de la dictadura popular parisina sobre la Francia de provincias, más retrasada.

Otro blanquista, Raoul Rigault, que se convertirá en el fiscal de la Comuna y el jefe de su policía política, sigue el mismo camino. Hijo de un antiguo subprefecto de la República, cursa una educación secundaria brillante, pero en 1865, con 19 años, lo único que le interesa es el hebertismo. Es lo suyo, de su propiedad, hasta el punto de que le reprochará a su amigo Vuillaume que lance su *Père Duchesne*.¹⁴² En las reuniones públicas parisinas que se celebraron tras la ley «liberal» del 28 de junio de 1868, Rigault ensalza el plan educativo que presentará Hébert en la Comuna de París.¹⁴³ Por esa misma época lanza un semanario, *Le Démocrate*, que al principio iba a llamarse *Le Barbare*, título provocador. En el primer número, Rigault publica un artículo sobre el *ateísmo de los girondinos* en el que pretende mostrar que el materialismo es una condición necesaria pero no suficiente para querer la

141 Véanse Maurice Dommanget, op. cit., p. 76, y para más detalles Gérard Walter, *Le Père Duchesne, Hébert et la Commune de Paris*, y *Hébert et le père Duchesne*. Sobre el *Journal des écoles*, véase M. Choury, *La commune au quartier Latin*, pp. 4 y s.

142 Dommanget, op. cit., p. 171.

143 Op. cit., p. 174.

felicidad de los hombres en esta tierra. En el segundo número, Rigault hace apología sin reservas de la Comuna de 1793. En el artículo, titulado *De la tolérance*, se afirma que no hay tolerancia para los enemigos de la libertad y del pueblo. La revolución ha de llegar hasta el final y destruir al adversario o dejarse tumbar por él. Estas publicaciones le costaron a Rigault tres meses de prisión y la prohibición de su periódico. Ya lo habían condenado a cuatro meses de cárcel por «atentado contra las buenas costumbres» como consecuencia de un discurso a favor de la unión libre, contra el matrimonio legal (ese yugo, esa cadena) y contra la educación familiar.

En *Souvenirs*,¹⁴⁴ Lefrançais juzga a Rigault con dureza. «Es un político puro, sin ningún vínculo socialista». El proudhoniano extiende esta apreciación a todos los blanquistas con excesiva facilidad. Hemos de corregirlo. En primer lugar, el movimiento blanquista, que al principio se componía sobre todo de intelectuales bohemios y de estudiantes, se proletariza. Algunos blanquistas usaban las reuniones públicas para reclutar miembros entre los obreros, haciendo hincapié en las derrotas de 1848 y de 1852. Las reivindicaciones de orden económico o social, tanto los escritos como las declaraciones de los blanquistas, se asocian a aspiraciones políticas. Jaclard, futuro jefe de la 27.^a legión, se declara discípulo de Blanqui y también «comunista racional». Émile Duval afirma en una reunión pública en 1869 que es necesario suprimir «ese vestigio del feudalismo que ya no se llama nobleza, sino burguesía. Queremos la igualdad de salarios y que el valor de cada cosa se base en el tiempo que se dedica a producirla. Queremos que se aplique el derecho natural: la igualdad; suprimimos la herencia, la propiedad individual y el capital, que no puede existir sin el trabajo».¹⁴⁵ En cierto sentido, puede decirse que la energía revolucionaria y socialista de los partidarios de Blanqui estimuló a aquellos miembros de la Internacional que (como veremos) negaban la importancia de la acción política para limitarse a las reformas y a las reivindicaciones económicas.

144 Lefrançais, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, p. 320.

145 M. Dommanget, *op. cit.*, p. 174.

Más allá de cualquier programa político, lo que distingue a Blanqui y a sus discípulos es el patriotismo apasionado y brillante. Ese patriotismo estalló en gritos y llamamientos en el periódico publicado por «el encerrado», que estuvo libre un tiempo durante el asedio de París: *La Patrie en danger*.¹⁴⁶ En su publicación denuncia día a día, con vehemente lucidez, las amenazas a la nación y los peligros surgidos de la traición, la cobardía y la confusión reinantes.

Todo carece de base, tanto en provincias como en París. La revolución es perseguida por el gobierno, tratada como sospechosa, como enemiga. Se muestra más resentimiento con la revolución que con los prusianos. La reacción ignora a los alemanes; solo le inquieta una cosa: la democracia. Esa es su auténtica pesadilla...¹⁴⁷ Los republicanos «puros» van quitándose la máscara. Gritan «¡Viva la República!» y «¡Abajo la Comuna!». Si la traición no se hubiera instalado en el interior, el enemigo no habría podido mantener su lugar en el exterior. ¿Qué hacía falta para acabar con él? Hombres, energía y armas. A los hombres se los ha engañado y adormecido; la energía se ha sofocado; las armas aún están por llegar y no llegarán, aunque bastaría con alargar la mano para tenerlas... ¿Qué pedía, qué sigue pidiendo al gobierno el partido republicano? Cañones, fusiles y una organización sería de la Guardia Nacional; tres cosas necesarias y suficientes para acabar con el enemigo. Nunca ha podido lograr nada y pronto será demasiado tarde.¹⁴⁸

1792 y 1870. Solo hay 80 años entre estas dos fechas. De esta cuna a su tumba, han pasado diez siglos. Ya nada se parece a lo que era... 1792, el entusiasmo; 1870, la especulación. Nuestros padres del 92 se apiñaban en torno a un gobierno revolucionario que pisoteaba al enemigo interior, la monarquía, y apuntaba con su espada al rostro de su cómplice, el invasor extranjero. Y ustedes se unen a un poder contrarrevolucionario, proscritor de los republicanos, adulator de los monárquicos y muy humilde servidor de la invasión. La República de 1870 no conoce más enemigo que los republicanos; está al servicio de los aristócratas y del clero.¹⁴⁹

Este artículo se publicó el 30 de octubre. Su tono vehemente refleja bien la extrema tensión política. Al día siguiente, 31 de octubre, hubo un intento de sublevación que fracasó.

146 Véase Blanqui, «Les classiques du peuple», en *Textes choisis*, con una introducción de V. P. Volguine, Éd. Sociales, *La Patrie en danger*, recopilación de artículos, París, Chevalier, 1871.

147 Art. de 30 de octubre, Recueil, pp. 147-168.

148 Op. cit., p. 156.

149 Op. cit., pp. 186-188.

El patriotismo puro de Blanqui y de los blanquistas los convierte en una especie de nexo de unión entre las demás tendencias. Esas tendencias (los proudhonianos, los anarquistas, los miembros de la Internacional) tienen un programa más o menos elaborado. En ese sentido discrepan, pero durante el asedio todos comparten el patriotismo, más pasional que razonado, de los blanquistas. Este patriotismo casi religioso, sin más fundamento que el carácter sagrado de la patria, será el motor de la gran mayoría del Comité Central de la Guardia Nacional, compuesto por pequeñoburgueses, que querían luchar contra los prusianos, defender la República y transformarla en una auténtica democracia. La ironía de la historia otorgará a ese Comité Central un papel revolucionario que dicho Comité no deseaba; pondrá en sus manos un poder con el que al principio no sabrá qué hacer y que después se apresurará a devolver al organismo elegido, el ayuntamiento de París, transformado a su vez en gobierno de la República: la Comuna. En medio de esta confusión, los blanquistas darán lo mejor de sí mismos. Mostrarán sus cualidades como hombres de acción, enérgicos y decididos. Más tarde, ante los hechos consumados, cuando se ven en el poder, sin programa, sin ideas políticas de envergadura, sin su líder, serán una decepción. Contribuirán a dividir la Comuna. Obsesionados por el recuerdo del 93, conseguirán imponer la designación de un Comité de Salvación Pública, que constatará la impotencia del poder revolucionario. Todos los acontecimientos se sucederán como si quisieran dar la razón a Marx cuando rogó al proletariado parisino que se alejase de las imágenes de 1792-1793.

8

EL ANARQUISMO

Diferenciemos en este punto la espontaneidad y la ideología. Espontáneamente hablando, podría decirse, la espontaneidad es anarquizante. Se corresponde con un empuje instintivo, negativo y, por lo tanto, poderosamente destructor de las instituciones existentes, pero sin un objetivo concreto. Es a la teoría política a la que le toca insertarse en esa espontaneidad y aportarle claridad y objetivos sin acabar con ella. A esa conclusión llegó Lenin basándose, precisamente, en la experiencia de la Comuna. La Comuna nació de manera espontánea. La espontaneidad, necesaria e insuficiente, se deja aplastar «espontáneamente»; deriva hacia posiciones reformistas o reaccionarias si la organización política no acude a orientarla. No hay que desdeñarla ni hostigarla, porque alberga el impulso fundamental sin el que ninguna teoría revolucionaria puede penetrar en las masas y convertirse en fuerza política.

En 1870 y 1871, el pueblo de París se alzó de forma espontánea contra el Estado burocrático y militar, contra el ejército permanente, contra las instituciones establecidas: la policía, la justicia, la administración fiscal y financiera. Lo habían hastiado; el pueblo había sufrido tanto que no podía menos que aborrecerlas. Había que suprimirlas y comenzar de un plumazo una nueva vida de fiesta perpetua y de libertad. El pueblo de París no iba ni podía ir más allá en términos de pensamiento político. A nuestro modo de ver, esta espontaneidad está tan llena de sentido y de nuevas realidades que no hay derecho a reprocharle nada.

Los anarquistas, discípulos de Stirner y de Bakunin, se sumaron a la Internacional. Contribuyeron a aportar la adhesión

de las élites obreras y de las cámaras sindicales en las grandes ciudades de provincias, Lyon y Marsella. En el plano ideológico, el anarquismo solo tiene fuerza en estas últimas ciudades. Allí se suma a tendencias descentralizadoras muy intensas, que estarán cerca de llegar al separatismo cuando se constituya en Lyon la Ligue du Midi. En Lyon, los monárquicos (legitimistas) publican un periódico que se llama *La Décentralisation*. En esa misma ciudad, hay un núcleo anarquizante con gran influencia sobre los obreros. En Lyon, igual que en Marsella, los líderes anarquistas son organizadores de primer orden, contradicción bastante sorprendente que aparece en la historia del movimiento obrero hasta nuestros días, sobre todo en España. Sin duda saben cómo ganarse su autoridad personal disertando contra toda autoridad, actitud muy similar a la de los dirigentes que quieren imponerse en nombre de una doctrina de autoridad. Hablamos de Bastelica en Marsella y de Albert Richard en Lyon. ¿Su ideología? Muy confusa. Parece posible hallar en ella trazas tanto de blanquismo y de proudhonismo como de puro individualismo anarquista. Marx conocía estos eclecticismos, tan confusos como reales, y no le gustaban demasiado; llegó a acusar a algunos líderes obreros franceses de «proudhonismo stimerizado».¹⁵⁰ Esta ideología se reduce a la negatividad pura. ¿Y por qué no, si lo negativo —según Marx— ha de preceder y anunciar a lo «positivo»? Es cierto que los anarquistas se equivocan en cuanto enuncian un pensamiento constructivo. «Vamos a demoler, empecemos por demoler y cuando la anarquía haya pasado por encima de las instituciones de la vieja sociedad —creo que la palabra ‘anarquía’ no nos asusta—, los delegados de los trabajadores, en un congreso europeo, se dedicarán a la reconstrucción», escribe el lionés Albert Richard en mayo de 1870.

En la sombra, refugiado en Suiza, Bakunin se agita. Respira rabia y furor. Alberga de forma casi absoluta la inspiración prometeica, faustiana, titánica, demoníaca. Como Blanqui, pero siempre escondido, invisible, conspira sin cesar. Quiere dar rienda suelta a las pasiones. Quiere destruir: el Estado, el Imperio, la República, la sociedad. Todo lo que afecta al individuo y lo aliena.

150 Sobre la ideología de la sección lionesa de la Internacional, véanse los debates resumidos por Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 59.

Todo e *ipso facto*. La revolución que está preparando es el apocalipsis, el final del tiempo y de la historia, decretado de inmediato. Un sueño grandioso y pueril.

La ironía de la historia quiso que fueran los militantes anarquistas quienes desencadenasen los primeros movimientos insurreccionales: en Lyon, el 28 de septiembre de 1870 y luego en noviembre y diciembre; en Marsella, también a finales del año 1870. Estos movimientos, prematuros y seguramente condenados al fracaso inevitable, se malogran antes de que París se subleve. Pero no hemos de precipitarnos y acusar a los anarquistas de aventurismo, de sectarismo ni de distanciamiento respecto a las masas. Las comunas ajenas a la capital, con las que ya nos hemos topado antes y con las que volveremos a encontrarnos, son precisamente un ejemplo de la eventual eficacia del programa descentralizador; y además justo en las regiones a las que amenazaba el centralismo autoritario: el suroeste y el sureste de Francia. A nuestro modo de ver, la genialidad política espontánea de la Comuna radicó en haber roto, en nombre del pueblo de la capital, con el centralismo estatal tradicional y haber propuesto un programa descentralizador. Era inevitable que este programa se mezclase con tendencias de lo más variadas: autonomía, separatismo, reacción, etc. Pero así, en medio de esa confusión, la Comuna iba a reconocer fácilmente a los suyos.

9

LOS MIEMBROS DE LA INTERNACIONAL

Grupo de estudio o «cadena de amor» de los oprimidos, la I Internacional se convirtió a los pocos años en una organización de masas y pasó del reformismo a la revolución. En esa metamorfosis tuvo una importancia incuestionable el *Discurso inaugural* redactado por Marx en 1864. La Internacional se convirtió entonces en el lugar de confrontación entre el pensamiento de Marx, el de Proudhon, el de los anarquistas y el de Bakunin.

La transformación de la Internacional puede analizarse de tres maneras: examinando la confrontación de sus tesis; estudiando las acciones de los hombres más capacitados y más activos: Varlin, Assi y Malou; o destacando sus intervenciones en la práctica: huelgas, manifestaciones y procesos. Los hombres cambian en el transcurso de la acción, durante los procesos y la represión que abruma a la Internacional hasta dispersarla en 1870. Los primeros líderes (p. ej., Tolain, que traicionará a la Comuna) pasan a segundo plano en favor de hombres nuevos. Es un fenómeno general del que la renovación de los mandos de la Internacional es un mero ejemplo. «Los jóvenes de 1868 son muy distintos a los de 1848. En los cuatro lustros que los separan, el realismo ha sucedido al romanticismo. El idealismo y el deísmo de los veteranos quiméricos han dejado paso al materialismo y al ateísmo de los positivistas despreocupados. Los jóvenes sorprendieron a sus mayores, que perdieron la República», escribe Dansette con bastante acierto.¹⁵¹ Pero no se puede reducir a una diferencia entre generaciones todo lo nuevo que acontece en

151 *Histoire de la commune*, véanse pp. 28-31.

el movimiento obrero en vísperas de la Comuna. Que la Internacional eliminase todo legado de las sociedades secretas que establecían las consignas antes de 1848 tanto para los obreros como para los republicanos burgueses es un hecho histórico y sociológico de extrema importancia. Ese proceso no se debió únicamente a la acción de los líderes ni a las ideologías políticas; su razón de ser se encuentra esencialmente en la praxis: en las luchas obreras, en la conciencia de clase del proletariado y en su inserción en el seno de una conciencia social (histórica) que se modifica a paso lento pero seguro. Podemos decir, con Charles Rihs, que en vísperas de la Comuna se extendió un conjunto de opiniones y que esas opiniones se volvieron corrientes: «propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo, solidaridad económica, nivelación de clases...; en pocas palabras: justicia social».¹⁵² Sin eliminar, ni mucho menos, toda huella de idealismo filosófico y político, y conservando a la vez la ingenuidad y las potencialidades de acción que encierra la idea de justicia, el pueblo y la clase obrera fueron adquiriendo poco a poco una nueva conciencia: la conciencia de lo posible. Es posible eliminar la burguesía y el capitalismo, aunque las maneras de hacerlo no se vean claras e inequívocas. La espontaneidad popular y proletaria se enriquece gracias a estos elementos nuevos y da contenido tanto a las ideologías como a las formas institucionales y a los instrumentos políticos que ya existen, entre ellos la tradición de la Comuna.

«En 1863, los miembros de la Internacional afirmaban su voluntad de emanciparse mediante el estudio; en 1870, declararon la guerra a la sociedad».¹⁵³ En 1869, en el congreso de Basilea, la victoria de los revolucionarios fue absoluta. Marxistas, bakunistas y blanquistas se aliaron contra el reformismo de inspiración proudhoniana y, a la vez que se enfrentaban entre sí con gran dureza, eliminaron el «socialismo mutualista» (al que en esta obra evitaremos confundir con el principio federativo). Con 54 votos a favor, 4 en contra y 13 abstenciones, el congreso de Basilea (6-12 de septiembre de 1869) aprueba la resolución en la que se proclama que la sociedad tiene derecho a abolir la

152 Ch. Rihs, *La Commune de Paris*, p. 106.

153 *Op. cit.*, p. 42.

propiedad privada del suelo y las herramientas de trabajo para transformarlas en propiedad colectiva.

Esta votación no hace que la Internacional se vuelva homogénea o «monolítica», y menos aún su sección francesa y las secciones locales en Francia; de hecho, en estas secciones son muy numerosos los blanquistas; los proudhonianos se mantienen y su influencia incluso se consolida en nombre del «principio federativo», y los bakunianos continúan con su actividad a la vista de todos y también con sus tejemanejes soterrados. En cuanto al marxismo como teoría económica y política, su influencia no prevalece en este marco. Varlin tal vez sea el único que atisba la relación entre lo económico, lo social y lo político, una conexión que exige a la revolución política un cambio radical en las relaciones de producción. Hasta 1870 sigue sobrestimando las virtudes de la propaganda pura y dura.¹⁵⁴ Ni él ni los demás interlocutores de Marx en París (Sérailler, Frankel) llegarán muy lejos en el campo del conocimiento. El movimiento obrero francés apenas tiene sentido teórico. Los obreros solo se sienten cómodos cuando entran en acción. «En eso son unos maestros», como le escribe Engels a Marx el 18 de mayo de 1870.

En la época revolucionaria y sobre todo después del 18 de marzo, nos parece observar un contraste entre la actividad individual de los miembros de la Internacional y la de la Internacional como asociación. ¿Es posible que el secreto de este enigma, todavía sin resolver por completo, sea la ineficacia de la Internacional? A nivel individual, los miembros de la Internacional actúan con presteza, celeridad y autoridad. Están donde se los necesita, sobre el terreno, tanto en los comités locales o centrales como en la propia Comuna. Difunden sus ideas, sus «opiniones», entre el pueblo. En cuanto a la Internacional como conjunto, fluctúa entre el proyecto de la República universal (europea o mundial), el proyecto comunitario o comunalista y las reivindicaciones económicas y sociales. Oscila entre el republicanismismo puro y duro y la organización profesional (estrictamente

154 Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 42, pintan a Varlin como un marxista que censura a los proudhonianos. Sin embargo, los historiadores soviéticos de la Comuna lo consideran «proudhoniano de izquierdas». A pesar de lo ocurrido en el congreso de Basilea, ¿quién no se considera proudhoniano en 1871? Véase Dautry y Scheler, *Le Comité central républicain*, p. 256.

económica) de la clase obrera. Los documentos de los que disponemos (informes, seguramente incompletos, de las sesiones del Consejo General de la Internacional) parecen reflejar esas dudas, debidas en parte a la falta de una organización homogénea y también a la ausencia de una teoría política. Durante la época más dramática del asedio, los miembros de la Internacional se dedican sobre todo a reorganizarse, a procurarse estatutos nuevos y a publicar un periódico. A veces el trabajo de noche de los panaderos les interesa más que la revolución política, y el internacionalismo abstracto, más que la situación en Francia, situación que no siempre evalúan con exactitud. El 1 de marzo, los militantes de la Internacional forman parte de la organización de masas (la Guardia Nacional y su Comité Central), pero lo hacen a título individual. El 23 de marzo, cuando el Comité Central de la Guardia Nacional se ha hecho con el poder mediante una acción dirigida por los blanquistas tanto o más que por los miembros de la Internacional (aunque estos últimos hayan cooperado), el Consejo Federal aún sigue dudando si implicarse a fondo; si se compromete, es por las elecciones, y de la Comuna elegida, más que por el organismo revolucionario, el pueblo armado y el Comité Central. Pero por otro lado, muchos miembros de la Internacional, a título individual, fomentaron la formación de comités locales, comandaron batallones, dieron un impulso revolucionario al propio Comité Central y redactaron o firmaron carteles y manifiestos.

Es comprensible, pues, el desconcierto de los historiadores que se cuestionan el papel de la Internacional y su actividad.¹⁵⁵

Tras leer estos documentos, y no sin reservas, llegamos a una conclusión en lo que respecta a la Internacional y a sus miembros. Contribuyeron a dar un contenido revolucionario, socialista y proletario al movimiento de París, a sus emanaciones directas (el Comité Central y luego la Comuna), a las ideas y a las formas institucionales (la proclamación del gobierno republicano por parte del ayuntamiento elegido). Pero no dirigieron las fuerzas sociales, ni prepararon ni orientaron el movimiento. La Internacional trata confusamente de intervenir como un partido

155 *Les Séances officielles de l'Internationale à Paris pendant le siège de la commune*, París, Lachaud édit., 3.^a ed., 1872.

político y no lo consigue. Dado que se trata de un movimiento más que de una organización política, no llega más que a esbozar vagamente la actividad de un partido de esas características. Así pues, la única ideología que presenta un proyecto político es el federalismo, y eso a pesar de todo lo que se puede decir sobre el apoliticismo y el reformismo de los proudhonianos. ¿Quién no se encomendaba a Proudhon en 1870-1871?¹⁵⁶ Creemos haber dilucidado la razón de ser de esta afirmación, formulada por dos historiadores marxistas particularmente objetivos.

156 Véase Dautry y Scheler, *op. cit.*, p. 256. C. Talès, en *La commune de 1871*, pp. 9-10, demuestra con buenos argumentos que la Internacional, como organización, aportó poco a la jornada del 18 de marzo, pero que sus militantes y sus ideas sí hicieron una contribución considerable.

10

LOS VECTORES DE LA IDEOLOGÍA

Dejando a un lado a algunos militantes de origen obrero o artesano (de quienes siempre se puede decir que representan a su clase o que «reflejan» la realidad social de dicha clase), muchos de los revolucionarios de 1870-71 son desclasados. Forman parte de una bohemia viva y bulliciosa: «los intelectuales de izquierdas» de la época, la vanguardia no integrada en la sociedad burguesa, en guerrilla permanente contra ella.

A los panfletistas de la reacción no les cuesta nada identificar entre los revolucionarios a autores de vodeviles, cantantes, actores, oradores de clubs y de reuniones públicas, poetastros y autores de dichos ingeniosos.¹⁵⁷ Para la burguesía, estos revolucionarios son fracasados que se toman su revancha brutal cuando y como pueden.

No hemos de debatir esta apreciación. Con una primera respuesta es suficiente: esta bohemia literaria, esta *intelligentsia* de desclasados, dio tres escritores geniales, dos de ellos poetas de primera línea, como lo fueron Lautréamont, desaparecido misteriosamente en vísperas de la Comuna, Rimbaud y Jules Vallès. Y también tuvo un pintor destacado: Courbet. Este grupo social, coherente dentro de su incoherencia, ahondó en el romanticismo revolucionario hasta integrarlo no solo en el lenguaje y en el discurso, sino también en la praxis. Debido a su carácter marginal dentro de la sociedad instaurada, estos hombres albergan en su

¹⁵⁷ Véase, por ejemplo, Henri Morel, *Le Pilon des communaux. Biographie des membres de la commune. Révélations*, París, Lachaud, 1871. Recopilación de anécdotas malintencionadas rebosante de odio. Para compensar, se puede leer la viva descripción de Rigault a cargo de M. Choury, *La commune au quartier Latin*, p. 9.

voluntad algo indefinido e ilimitado (en la voluntad más que en la teoría) que refuerza esa espontaneidad esencial.

Así pues, es inútil insistir en el hecho de que Moreau, cuya intervención fue decisiva en el Hôtel de Ville en la noche del 18 al 19 de marzo de 1871, había hecho que se interpretase en el teatro Rossini, en 1867, una breve pieza de un acto (*Une pointe d'aiguille*) y que escribió emotivos poemas, bastante mediocres.¹⁵⁸ También es inútil recordar los poemas sentimentales y místicos de Maroteau, los melodramas de Félix Pyat, los *bluettes* de Vermersch (autor de *Printemps du cœur* antes de ser redactor jefe del *Père Duchesne*, donde retomó el lenguaje de Marat), los ensayos estéticos de Cluseret, general (sin grandes capacidades militares) de la Comuna, los juegos de palabras de Rigault o los famosos caracoles simpáticos —capaces de comunicarse a distancia por telepatía— del estrafalario Allix,¹⁵⁹ etc. Es inútil. Lo que importa es la apasionada fermentación y la valentía de este curioso grupo social, que de verdad llegó a conformar un grupo portador de ideologías heterogéneas pero activo, catalizador de los movimientos espontáneos. Si bien hemos de señalar que de este grupo no surgió ningún genio de la política, no podemos acusarlos del fracaso. En la misma medida en la que existe una necesidad histórica, este grupo era inevitable, necesario e insuficiente para llevar a término una revolución en el siglo XIX.

158 Véase M. Vuillaume, *Mes cahiers rouges*, Cahiers de la Quinzaine, cuaderno n.º 11 de la serie 13.ª, pp. 110-167.

159 Según un artículo del propio Jules Allix en el ejemplar de *La Presse* de 26 de octubre de 1850, se trataba de un «sistema de comunicación universal instantánea» en el que, gracias a la mezcla de los fluidos producidos por los caracoles con otras sustancias químicas, dos caracoles separados podían transmitirse mensajes telepáticamente letra por letra [N. de la T.].

CUARTA PARTE

DEL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1870 AL 18 DE MARZO DE 1871

Vamos a dejar a un lado las peripecias de la guerra francoalemana y del asedio de París. Nos centraremos en los siguientes puntos: 1) el proceso de desestructuración de la sociedad de París durante el asedio y en el transcurso de las conversaciones del armisticio y de paz; 2) el proceso simultáneo de creación de nuevas estructuras; 3) la situación excepcional de la capital, en la que el gobierno llamado republicano y el ayuntamiento de París coincidían *de facto*; 4) los impulsos revolucionarios cada vez más intensos, que se tradujeron en «jornadas» de manifestaciones y de revueltas. Este análisis nos llevará hasta la víspera de la insurrección triunfal. Y entonces nos preguntaremos si las medidas adoptadas por el gobierno de Thiers se corresponden con la búsqueda de una prueba de fuerza o con una provocación deliberada.

1

DESESTRUCTURACIÓN DE LA SOCIEDAD DE PARÍS

El 4 de septiembre, la erosión de las estructuras sociales no hace más que comenzar. Solo afecta a un estrato social limitado: los «mamelucos», el personal en el poder y el aparato superior del Estado. Y muchos de los integrantes de este aparato —militares, policías, administradores— se cuelan entonces en el aparato del Estado republicano. Durante el asedio, los auténticos republicanos no dejaron de pedir la destitución de los comisarios de policía y de los funcionarios superiores bonapartistas. El gobierno de la defensa nacional se limitó a reemplazar a algunos prefectos, generales, fiscales y diplomáticos exageradamente comprometidos. El propio Gambetta, ministro del Interior del nuevo gobierno, consiguió evitar las medidas radicales, fuera por impotencia, oportunismo o habilidad. Cuando Blanqui y los blanquistas exigieron la revocación de todos los alcaldes del Imperio, la depuración del cuerpo de funcionarios y la prohibición a los diputados monárquicos de incitar a las regiones del centro contra la República y los «rojos», ninguno de los hombres en el poder se dignó a escucharlos.

A pesar de todos los esfuerzos para mantenerlo intacto aun a riesgo de comprometer la República, el aparato estatal tiende a desintegrarse durante la guerra y el asedio. Las provincias se le escapan. Los alemanes ocupan la parte norte del país y reemplazan a las autoridades francesas con su brutal poder. La capital de la Francia de provincias se traslada a Tours y luego a Burdeos. Incluso en el transcurso de la acción desesperada de Gambetta, jefe de la delegación de Tours, para enardecer la defensa militar y organizar las tropas, aparecieron tendencias separatistas

guiadas por agrupaciones de departamentos y de regiones: la Ligue du Midi, la de la región suroeste y la de la región oeste. Esas tendencias preocupan a Gambetta, atrapado entre el deseo de mantener su autoridad y el hecho de que los prefectos y los funcionarios que hacían gala de un patriotismo más eficaz eran personas de izquierdas, republicanos que se apoyaban en los «rojos» y, por lo tanto, poco sumisos al gobierno central. Los intentos de insurrección en Lyon a finales de septiembre de 1870 son una buena muestra del peligro de la situación y de sus contradicciones internas.¹⁶⁰ Sin embargo, estas contradicciones no llegaron muy lejos en provincias. El poder pudo controlar fácilmente las corrientes, los movimientos separatistas y las revueltas republicanas, igual que sucederá con las tentativas comunales en marzo. Los «rojos» de provincias, aislados de París y de su movimiento republicano, democrático y socialista, no consiguieron en ninguna parte hacerse con las riendas de las tendencias descentralizadoras, orientarlas ni darles un doble contenido, patriótico y social, que las organizase y que transformase el proyecto en programa. Cuando la Comuna les tendió la mano, era demasiado tarde o en vano. Por muy débil que fuera, el poder de Gambetta consiguió restablecer una autoridad «legal» y central, pero sin cumplir su principal misión y razón de ser: la contraofensiva victoriosa contra el enemigo exterior.

En París, durante el asedio continúa la disolución del aparato estatal. Desde sus comienzos, el llamado gobierno de la defensa nacional trata de someterse a un plebiscito. En septiembre y octubre surgen las dudas. Su impopularidad le molesta, aunque el bonapartismo hubiera afinado la técnica del plebiscito. Los integrantes del gobierno de la defensa nacional no saben qué hacer. Acumulan errores y meteduras de pata. «Hasta el 25 de octubre —señala Jules Claretie— los días transcurrían llenos de debates y noticias, con el intercambio de informaciones contradictorias. Portalis, redactor jefe de *La Vérité*, fue detenido por haber publicado informaciones que por desgracia después demostraron ser casi totalmente ciertas. Mottu fue sustituido como alcalde del distrito XI. Se racionaba la carne a 60 g por persona y

160 «En 1870, el Estado francés corre el riesgo de dividirse», señala acertadamente G. Duveau, *Le Siècle de Paris*, p. 128.

el día 26 iba a racionarse a 50 g. Casi a la vez, Félix Pyat hablaba de orgías gastronómicas de los Turcaret¹⁶¹ de la Chaussée d'Antin...». ¹⁶² El 27 de octubre, en su periódico *Le Combat*, Félix Pyat publicó este breve suelto: «El plan Bazaine. El gobierno de la defensa nacional se guarda para sí un secreto de Estado que nosotros denunciábamos, para indignación de Francia, como alta traición. El mariscal Bazaine ha enviado un coronel al campamento del Rey de Prusia para tratar sobre la rendición de Metz y sobre la paz en nombre de su majestad el emperador Napoleón III». En efecto, se desató la indignación, pero primero —sabiamente orquestada— contra los «calumniadores». Se organizaron quemas de *Le Combat* en público y en una nota del *Diario oficial* se denunció a Félix Pyat como agente extranjero. En esa nota, Jules Favre se refería a Bazaine como «glorioso mariscal» y decía que el periódico de Pyat era *el combate de los prusianos contra Francia*. En las altas esferas del Estado, Pyat y su periódico generaban malestar porque denunciaban los escándalos, porque habían escrito: «No saldrá de Francia ni un prusiano sano y salvo si el gobierno se va del Hôtel de Ville y deja paso a la Comuna».

Sin embargo, el 30 de octubre el pueblo de París se entera de lo exacta que era la información que se había desmentido desde las instancias oficiales. Ese mismo día, un comité revolucionario del distrito VI, dirigido por republicanos moderados, exige por medio de un cartel que se ilegalice a los bonapartistas, que se destituya a los generales incapaces y que el gobierno dimita.

El 31 de octubre, los «rojos» intentan dar un golpe militar. Se apoderan del Hôtel de Ville, donde tiene su sede el gobierno de la defensa nacional, aunque el gobierno consigue restablecerse. Con tan buen motivo, el gobierno abandona el Hôtel de Ville, lugar comprometedor, y empieza a reunirse a veces en el Louvre, otras en el muelle de Orsay (Ministerio de Asuntos Exteriores) y otras veces en el cuartel general de Trochu. Los tres Jules, victoriosos, organizan de inmediato el referéndum que ha de consolidarlos. El jueves 3 de noviembre, el gobierno invita a

161 Turcaret es un personaje de la obra de Lesage que lleva su nombre (*Turcaret*, 1709); es un tratante que representa la riqueza y la opulencia, igual que la Chaussée d'Antin, zona muy cara de París [N. de la T.].

162 *Op. cit.*, p. 304.

París a responder con sí o no a la pregunta de si la elección del ayuntamiento y del gobierno tendrá lugar en breve plazo; ¡la pregunta es, cuando menos, admirable! En un comunicado oficial se precisa que la elección subsiguiente, limitada a la designación de alcaldes y concejales de distrito, «no se parece en nada a la elección de la Comuna. El gobierno insiste en pronunciarse contra la constitución de una Comuna». Cosa que hace que la pregunta resulte más admirable aún. La consulta a París reporta 560 000 votos afirmativos para «los Jules» y solo 53 000 negativos. Favre y Trochu se imponen. Y entonces se les plantea un problema político. Al haber dejado el Hôtel de Ville para empezar a reunirse en los palacios del Estado, recuperando así plenamente su estatus de poder estatal, el gobierno de la defensa nacional deja de confundirse con la alcaldía y el ayuntamiento de París, confusión peligrosa pero útil durante esos dos meses. Así pues, hay que hacer un simulacro de elecciones municipales. ¿Se va a pedir a los electores que designen un ayuntamiento para París? No. Eso es lo que piden los «rojos». Eso sería la Comuna. Con gran destreza, el gobierno de la defensa nacional hace que se elijan alcaldes de distrito (el 5 de noviembre) y sus concejales (7 de noviembre). Es una buena fórmula. Como hay elecciones, los «rojos» pierden un argumento. Y no se corre el riesgo de que vuelva la Comuna. Sobre todo porque a los alcaldes de distrito, elegidos como alcaldes provisionales, los supervisa un alcalde de París nombrado por el gobierno, uno de los Jules: Ferry.

Este triunfo del gobierno de la defensa nacional es solo fachada. Y la fachada se agrieta. Va a resquebrajarse y desmoronarse justamente por donde parece más sólida. En el momento en el que su poder se consolida, el gobierno de la defensa nacional se tambalea. Se cree que los distritos y los barrios de París están bien administrados y supervisados, bien asentados. Pero durante el asedio, los alcaldes y los concejales de distrito se encargan de tareas cada vez más numerosas e importantes. Distribuyen ayuda, víveres y madera para calentarse; reparten incluso el equipamiento y las municiones para los batallones de la Guardia Nacional. Su rol crece. La descentralización se lleva a cabo en el interior de París, donde el gobierno se queda en el vacío, excepto en lo relativo a la estrategia política a gran escala: maniobras de distracción y engaños diversos. A partir de ese

momento, es en los barrios y los distritos del París bajo asedio, que adquieren una vida autónoma, donde se toman decisiones importantes y donde la vida social se reorganiza o se mantiene.

Los distritos y los barrios de París escapan al poder estatal tanto más cuanto que los electores designaron como alcaldes y concejales de distrito a muchos adversarios del gobierno. Los barrios periféricos demostraron su hostilidad a los hombres del 4 de septiembre. En el distrito XVIII se elige a tres blanquistas como concejales de Clemenceau; en el XIX, Delescluze (jacobino) conquista la alcaldía de distrito con tres concejales «rojos»; en el XX eligen solo a revolucionarios: Ranvier (a quien el gobierno declara inelegible so pretexto de que está en bancarrota), Millièrre, Flourens y Lefrançais. En el XIV, Mottu, la bestia negra de los Jules, republicano moderado y, sobre todo, partidario acérrimo de la laicidad y de las «escuelas sin Dios», triunfa con un gran número de votos (más de 14 000). En el XI, Tolain, conocido por ser miembro de la Internacional, es concejal de distrito.

La posición política de estos hombres (entre los que figuran los nombres de varios dirigentes de la Comuna) está reforzada porque dirigen batallones de la Guardia. Flourens lidera un batallón de voluntarios; Jaclard, blanquista elegido concejal en el distrito XVIII, comanda el batallón 138.º y Ranvier, el 141.º. El gobierno los persigue y los revoca; los electores los sostienen. El número de votos obtenidos por los «rojos» supera la cantidad de votos negativos en el referéndum plebiscitario. El gobierno al que se denomina «de la defensa nacional» quiere que los alcaldes y concejales de distrito sean meros representantes del ejecutivo, pero va a tener ante sí a patriotas y revolucionarios que sublevarán a los barrios de París contra el poder del Estado.

Durante el asedio, la desintegración afecta en profundidad a las relaciones sociales y las relaciones de propiedad y de producción. La moratoria de los vencimientos (medida adoptada en agosto de 1870) y la de los alquileres en París (estipulada al comienzo del asedio) paralizan los intercambios, la circulación de mercancías y de dinero. Durante el asedio, las empresas parisinas paran una tras otra, excepto las que trabajan directamente para la defensa nacional y disponen de materias primas. Se cumplen estrictamente las reglas del capitalismo de la competencia. No se fundirá ni un solo cañón que no se pague por suscripción o

por los servicios de la guerra. La vida económica, sin que ningún organismo estatal la supervise ni la estimule, se descompone. Cuando termina el asedio, el paro causa estragos: de los 500 000 o 600 000 obreros que hay en el área metropolitana de París, tres cuartas partes estarían sin recursos si no entrasen en la Guardia. Muchas de quienes aún trabajan son mujeres (industria textil para el ejército y la Guardia, alimentación y subsistencia). En París, la desestructuración de la sociedad capitalista se produce con gran rapidez. Los entornos dirigentes, capitalistas, financieros y sobre todo bursátiles son impopulares, si es que aún siguen operativos. ¿Acaso el panorama que describe Flourens en *Paris livré* no es el de una sociedad cuyos marcos y formas habituales de vida se desmoronan?

Este invierno del asedio ha albergado fríos precoces y terribles. A las 2 de la madrugada [...] se veía ya entre tinieblas, porque ya no había alumbrado de gas en las calles, a niños pequeños que se acucillaban en el umbral de piedra de las puertas de las carnicerías. Se caían de sueño, pero habían de luchar contra el frío para no morir congelados. [...] Si al pasar a su lado se encendía una vela para verlos, encontrábase la faz verdosa y crispada, con los dientes rechinando y los labios pálidos. [...] Estaban alestargados por el sufrimiento. Para protegerse contra el frío no solían llevar más que un blusón de tela y algún viejo pantalón como abrigo. Dichosos aquellos que bajo el blusón vestían una prenda de lana.

A las 2:30 llegaban las mujeres y empezaban a formar largas filas. Se hablaba poco; se imponían el frío y la desesperación. Un lúgubre silencio pesaba sobre todos estos miserables, harapientos cubiertos de andrajos. [...] La fila seguía creciendo: viejos, hombres, ocupaban su lugar. [...]

Llegaba el día. [...] Por fin, a las 8, abría la tienda. [...] Quienes estaban esperando desde las 2 de la madrugada entraban de uno en uno. [...]

Y esta tortura volvía a empezar cada noche. Duró todo el invierno. [...] Y no solo era preciso hacer cola por la noche; también todo el día. Terminada la cola en la carnicería, se volvía a empezar en la panadería; después de la panadería, en el sitio de la leña. De modo que toda la existencia de una infortunada madre de familia se dedicaba a esperar ante puertas cerradas...¹⁶³

Esta imagen dramática, que podríamos complementar con otros documentos, muestra la desintegración, durante el asedio, de la vida cotidiana, de los modelos y los roles sociales más habi-

163 *Paris livré*, pp. 173-175. Véanse en J. Claretie, *op. cit.*, p. 526, las estadísticas de muertes por epidemia, sobre todo infantiles.

tuales y más admitidos, de los fundamentos prácticos de la vida social en sí misma.

La desestructuración, que afectó de arriba abajo a la sociedad existente, iba a coincidir con una nueva reestructuración de abajo arriba cuyas bases y cuyos puntos de partida fueron la vida en los barrios, en los clubs y más aún en los batallones y las legiones de la Guardia, y, en definitiva, la voluntad general de acción y de lucha que cimienta, en el seno mismo de la desintegración de las formas y estructuras habituales, la existencia de la comunidad.

Esta Guardia, que, según los proyectos militares del bonapartismo, tenía que servir de contrapeso a las reservas activas del ejército prusiano, se quedó en gran medida sobre el papel. El 9 de agosto de 1870, Jules Favre había presentado ante la Cámara Legislativa dos resoluciones: una relativa a la provisión de armas a París y otra a la organización efectiva de la Guardia Nacional. «Habida cuenta de que es preciso armar a toda la población y de que es necesario organizarla dándole el derecho de designar oficiales, la Cámara determina que se distribuirán de inmediato fusiles entre todos los ciudadanos válidos y que se organizará la Guardia Nacional en toda Francia conforme a la ley de 1831». Esta decisión, como hemos visto, se aplicó tras someterse a varias enmiendas y con numerosas precauciones. El gobierno de Palikao, nombrado el 10 de agosto, limitó el número de batallones a 60 (decreto del 12 de agosto de 1870). Pero a partir del 4 de septiembre, el movimiento se vuelve incontenible, irrefrenable. Llevados por un ardiente patriotismo y arrasados por el paro (aunque poco importan las causas), los hombres válidos pretenden ser soldados-ciudadanos. Hacen que salten por los aires los marcos previstos. Improvisan. Prescinden del uniforme habitual —chacó y casaca— y adoptan uno más simple: guerrera o chaqueta con botones blancos, pantalón bordado con una banda roja, quepis de 30 sueldos o a veces gorro frigio. Desde la primera mitad de septiembre, el número de batallones sube de 60 a 138, el día 23 ya hay 244 y el 27 de septiembre, 260; cada uno cuenta con 1500 hombres y 8 compañías. En dos decretos (del 10 y del 24 de septiembre) se asigna un salario de 30 sueldos a los necesitados. Belleville, Ménilmontant y Charonne concurren en la Guardia; sus batallones crecen desmesuradamente. En las altas esferas, y

sobre todo entre los militares profesionales, esto genera desconfianza; se niegan a utilizar los batallones hasta el punto de no creer en su valentía. En realidad, se los considera el enemigo interior, tan temible como el enemigo exterior.¹⁶⁴ Al mismo tiempo, los dirigentes se revelan incapaces de fusionar las aportaciones de los distintos estratos y clases sociales. No quieren; no pueden, porque el reclutamiento se hace con un patrón territorial (local) y la población de París ya se ha segregado. Solo se hacen esfuerzos para aislar a los sospechosos en la Guardia sedentaria. En la Guardia móvil sirven únicamente hombres escogidos de entre 25 y 35 años, solteros o viudos sin hijos. Pero la Guardia móvil sigue el patrón de la sedentaria. Aunque al principio la dirigían oficiales en activo, luego eligen a sus propios jefes. La Guardia móvil de París (18 batallones) se muestra casi igual de indisciplinada y tumultuosamente política que la sedentaria. Sin embargo, a la burguesía le conviene mucho esta organización. Aunque los *moblots* [integrantes de la Guardia móvil parisina] no la satisfacen por completo, los de fuera de provincias, y sobre todo los bretones —cargados de rosarios y escapularios, dirigidos por sus curas con sotana al son de los *binious*¹⁶⁵ y las cornamusas— compensarán sobradamente esta decepción. Para empezar, sus batallones reeligen con gran triunfalismo, de forma republicana y democrática, a sus oficiales reaccionarios.

Durante el asedio desaparecen las fronteras entre la vida civil y la vida militar, entre la masa que constituye la población y el pueblo armado, es decir, la Guardia sedentaria y la Guardia móvil. Muchos miembros de la Guardia móvil se alojan en casas particulares o en barracones de los que salen fácilmente para distribuirse por la ciudad. En cuanto a los integrantes de la Guardia sedentaria, vuelven a casa por la noche, salvo cuando están de servicio o en combate. Cada día a las 8 se toca llamada en los cuarteles; los soldados-ciudadanos acuden, relevan la guardia en las puertas y las murallas y hacen ejercicios militares. Viven en la calle, como las mujeres que, por su parte, esperan pacientemente durante horas a que abran las carnicerías y los centros de distribución de víveres. Entre ejercicio y ejercicio de manejo de

164 H. Guillemin, *L'Héroïque Défense de Paris*, p. 32.

165 Instrumento de viento propio del folclore bretón, similar a una gaita y parecido a la cornamusa [N. de la T.].

las armas, los hombres de la Guardia Nacional van a la taberna y por la noche no perdonan su sesión en el club si no están de servicio. A veces también acampan, instalan un campamento en las plazas, en las murallas o en las afueras, cerca de las líneas.

Y así París, asediado, aislado de las provincias, no se instala ni en una vida encerrada en sí misma ni tampoco en una existencia enclaustrada, marcada y pautada únicamente por los ritos militares: llamadas y redobles de tambores, toma de armas, instrucción, pases de revista y misiones (o falsas misiones). Todo lo contrario. París tiene una vida social intensa, con una efervescencia espontánea que tiende con toda naturalidad a volverse política. Las barreras y la separación habituales entre la vida privada y la vida social, entre la calle y la casa, entre la vida cotidiana y la vida política han saltado por los aires. La mujer de París «no retiene a su hombre; lejos de eso, lo empuja a la batalla, le lleva la ropa y la comida a la trinchera como antes al taller».¹⁶⁶ Se presenta ante nuestros ojos una masa en proceso de fusión, lista para adoptar nuevas formas, una masa sensible, atenta, febril, pero que desde luego no es en absoluto un medio pasivo agitado por fuerzas externas. Estos hombres y mujeres unidos en estas circunstancias actúan y querrían actuar aún más, toman las riendas de sus asuntos, participan. Estas formas se proyectan en los clubs; los clubs vierten a la masa la semilla y los fermentos. Los comités se materializarán sobre esta base social: la efervescencia espontánea. Los clubs y los comités intensifican su actividad y a veces son una misma cosa, como en Belleville, donde los dirigentes del Comité Permanente de Defensa Republicana dan vida también a los clubs de la sala de Folies-Belleville y de la sala Favié, que desde septiembre de 1870 acogió a blanquistas y miembros de la Internacional y a la idea revolucionaria de la Comuna.¹⁶⁷ Los clubs (junto con los comités)

166 Lissagaray, *op. cit.*, p. 210 [ed. en cast.: p. 200].

167 Véase Dautry y Scheler, *op. cit.*, pp. 21 y s. – Véase también Bruhat, Dautry y Fersen, *op. cit.*, pp. 153 y s. Detalles pintorescos en G. Duveau: *Le Siège de Paris*, pp. 98-99, y en Choury, *La Commune au quartier Latin*, pp. 16 y s., y 38-39. Observaciones maliciosas en Molinari, *Les Clubs pendant le siège*. A los historiadores marxistas y simpatizantes de la Comuna les embarga la emoción cuando hablan de estos clubs. Los autores moderados les profesan un escepticismo amable y los reaccionarios, un odio mal disimulado.

Tanto unos como otros carecen de auténtica objetividad. Ante los clubs, los oradores populares trataban los problemas más complejos y también los más concretos, desde

proliferan hasta su prohibición en enero de 1871; hay varios en cada barrio (p. ej., en el distrito V están el club del Collège de France, el club demócrata-socialista del V, el club Blanqui o de «la patria en peligro», el Comité de armamento de voluntarios, el Comité de vigilancia, etc.).

el racionamiento y la provisión de armas hasta la cuestión de la Comuna y el gobierno. No es menos cierto que la frivolidad y la credulidad de quienes los escuchaban daban lugar a entusiasmos singulares. Fue ante un club como estos donde Allix presentó sus caracoles telepáticos o la invención del fusil con agua hirviendo. Fue muy aclamado el proyecto de lanzar un ataque hábilmente dirigido para hacer que el ejército prusiano se congregara en la meseta de Châtillon y, una vez allí, hacer que saltara por los aires haciendo explotar la meseta desde las catacumbas. Y también la idea de proporcionar a cada parisina una aguja y un poco de ácido prúsico [cianuro de hidrógeno] para que acabasen con la vida de los prusianos que no dejaran de mostrar una galantería extrema ante esta nueva clase de Amazonas. La experiencia demuestra que los auditorios populares, en épocas de fermentación revolucionaria, suelen dar cabida a lo mejor y lo peor, y que el pensamiento político incipiente se mezcla en estos foros con la mayor de las ingenuidades.

Algunos oradores de estos clubs gestionaron a su manera la campaña contra el gobierno de la defensa nacional diciendo que era Trochu quien hacía que se bombardease París, y no los prusianos, aunque se les atribuyese esta malvada acción; o que al Consejo de ministros del gobierno de la defensa nacional asistían generales prusianos disfrazados. ¿Los oradores se lo creían? Desde luego. ¿Y su público? Sin lugar a dudas, durante unos instantes. Igual que se creían las historias de espías o de documentos en los que se demostraba la connivencia entre los «rojos» y Bismarck.

2

REESTRUCTURACIONES

Enseguida se afianza la tendencia a «estructurar» los movimientos locales y espontáneos por medio de comités centrales. Esos comités centrales, igual que los locales, se multiplican: Comité Central Republicano de los Veinte Distritos, Comité Central del Movimiento de las Mujeres, Comité Federal Republicano, Unión Republicana Central, Liga de los Derechos de París, Alianza Republicana de los Departamentos (en la que se agrupan, bajo la dirección de Millière, personas originarias de provincias que residen en París), etc.

La palabra «central», que se usa a menudo, no ha de llevarnos a error. Estas numerosas organizaciones ponen de manifiesto una gran necesidad de unidad para no dejar que el movimiento general se fraccione. Todas las organizaciones no dejan de estar construidas siguiendo el principio federativo, admitido implícita o explícitamente y único principio político en vigor: gran autonomía de la base, elección directa de mandatarios revocables y centralismo democrático que resalta el aspecto democrático de la estructura proyectada. No se trata, bajo ninguna circunstancia, de erigir encima del movimiento un aparato fijo que sea traza o germen de un aparato de Estado.

De estos comités, los más importantes son el Comité Central Republicano y el Comité Central de la Guardia Nacional; son estructuras en formación de una sociedad nueva y además están estrechamente relacionados entre sí.

El Comité Central Republicano se constituye en septiembre de 1870. «La idea de que este tipo de organismos populares eran indispensables estaba muy extendida, como no podía ser de

otra manera, porque los parisinos conservaban el recuerdo amargo de la confiscación de su esfuerzo revolucionario por parte de los diputados burgueses en 1830, y en 1848 habían intentado por un momento imponer sus delegados del pueblo». ¹⁶⁸

La noche del 5 de septiembre, los militantes de la Internacional (entre ellos Tolain, Beslay, Camélinat y Laverdays) convocan en la escuela municipal de la calle Au-Maire una asamblea de delegados obreros que alcanza los 500 asistentes.

Según lo votado en esta asamblea, «es preciso organizar de inmediato comités republicanos en cada distrito. Cada distrito designará a cuatro de sus miembros para formar un comité central. Estos comités se pondrán a disposición del gobierno provisional para ejecutar las medidas de ayuda y le prestarán su apoyo más leal para defender la capital». Un comité central provisional formado por siete miembros se instala en la plaza de la Concordia, en la sede de las organizaciones obreras. El Comité publica en *Le Patriote*, dirigido por Armand Lévy, miembro de la Internacional (sección del distrito VI), una especie de circular en la que se insta a formar comités locales. Cinco de los siete firmantes (entre ellos Varlin, que había regresado a toda prisa de su exilio en Bélgica) también son miembros de la Internacional. La noche del 6 de septiembre, 1500 ciudadanos de los barrios de Grenelle y de Vaugirard designan un comité de vigilancia de 25 miembros. Ya se ha prendido la mecha. Los distritos XVII, II (aunque reaccionario), V, VI, XIV y XX (Belleville), con un gran respaldo de los clubs, se suman a esta corriente. En todas partes, los miembros de la Internacional se manifiestan abiertamente como personas de acción. Llevan a cabo un auténtico control de las fuerzas populares por medio de grupúsculos de militantes, ¹⁶⁹ aunque la Internacional como organización no tenga una línea política bien definida ni ningún programa más allá del federalismo descentralizador, y aunque por todas partes se produzca

168 Dautry y Scheler, *Le Comité central républicain des 20 arrondissements*, p. 12. Los autores atribuyen al Dr. Dupas, médico de Montmartre, la iniciativa, la redacción y la publicación el 5 de septiembre de un manifiesto en el que se pedía la elección de delegados por barrios para que formasen el ayuntamiento de París. Añadamos a este recuerdo histórico un simple comentario: el Dr. Dupas, partidario de la descentralización federativa, no entra en contradicción consigo mismo cuando redacta este texto. Al contrario.

169 Dautry y Scheler, *op. cit.*, p. 24.

el gozoso encuentro entre la actividad de hombres ya conocidos y la actividad completamente espontánea de «ciudadanos preocupados», simple y llanamente. Hemos de señalar la intensa intervención, desde sus comienzos, de estas reuniones y organismos en los asuntos más delicados, en el ámbito reservado al Estado. El 8 de septiembre de 1870, en el distrito XV, 2000 ciudadanos quieren elegir a los comisarios de policía de los barrios. Nombran a tres blanquistas. Por supuesto, el prefecto de policía del gobierno provisional, el conde de Kératry, considera que esa elección es una usurpación del poder y se niega a tenerla en cuenta.

El 11 de septiembre, el Comité Central Republicano ya es una realidad, aunque todavía no cuenta con representantes de todos los distritos. Esta consolidación no puede separarse de la afluencia de ciudadanos a la Guardia Nacional, afluencia gracias a la cual la Guardia pasa de ser una milicia pretoriana a convertirse en una organización del pueblo armado. El Comité Central se siente lo suficientemente fuerte como para colocar un cartel con un programa de cuatro puntos: *medidas de seguridad pública* (devolver los poderes de la policía, por barrios, a manos de las personas elegidas disolviendo los cuerpos especiales de la antigua policía centralizada, para lo cual la Guardia Nacional respaldará la acción de los magistrados designados y responsables y velará por las libertades fundamentales: la de escritura, la de palabra, la de reunión y la de asociación); *subsistencia y alojamiento* (requisa de alimentos, elección por barrios de comisiones encargadas de inventariar y repartir las provisiones de manera justa, en función de las necesidades de los ciudadanos y de las familias); *defensa de París* (elección inmediata de oficiales, incluidos los de la Guardia móvil, provisión de armas a todos los ciudadanos válidos, asunción de tareas por parte de los comités de barrio, control popular de todas las medidas adoptadas para la defensa); *defensa de los departamentos* (leva en masa, requisa general, nombramiento de delegados generales para la defensa nacional).¹⁷⁰

Este programa descentralizador y a la vez eficaz, en el sentido de que el pueblo y las fuerzas democráticas se hacían cargo

170 Texto completo en Dautry y Scheler, *op. cit.*, pp. 35-35. Los autores insisten con razón en la importancia de este «primer cartel rojo».

de la defensa nacional, tuvo una enorme repercusión. Se reprodujo en muchos periódicos y también en octavillas. El 16 y el 27 de septiembre, el Comité Central envía delegaciones al gobierno. Ya sabemos que el gobierno las despide sin contemplaciones. Esos mismos días, los comités locales completan el programa y proponen medidas a favor de los desempleados, del reparto justo de alimentos y de los trabajadores en general.

El gobierno de los Jules no tenía más que adversarios en el pueblo e incluso entre los militantes obreros de París, como también hemos constatado. Pero las dobleces del gobierno de la defensa nacional y sobre todo la entrevista de Ferrières con Bismarck (el 19 de septiembre) cambian la situación. El 20 de septiembre, el Comité Central Republicano convoca una asamblea extraordinaria de todos los comités de distrito; hay 230 delegados que representan la parte más activa de estos comités y todos tienen gente que los escucha, sea en una organización obrera, entre su clientela profesional (como Dupas, el médico de Montmartre) o entre el público general (como Jules Vallès). Se muestran dos tendencias con respecto al gobierno de la defensa nacional: una impaciente y otra contemporalizadora. Jules Vallès propone organizar compañías de personas que se dediquen a levantar barricadas. Duval (distrito XIII) anuncia la preparación de una reunión conjunta entre los jefes de batallón de la Guardia y los delegados del Comité Central. Roullier quiere marchar de inmediato sobre el Hôtel de Ville para mostrar la oposición de los ciudadanos y de la opinión republicana ante cualquier idea de paz. Chassier propone nombrar un concejal por cada 10 000 habitantes (aprobado por unanimidad menos un voto). Al final, la asamblea aclama de forma unánime la consigna, que no tiene nada de novedoso pero cuyo peso y cuya importancia no dejarán de crecer: la Comuna de París.

Se vota una resolución de cinco puntos que se publicará en un cartel:¹⁷¹

1. La República no puede hacer tratos con el enemigo que ocupa su territorio.
2. París está decidido a quedar sepultado bajo sus ruinas antes que rendirse.

171 Aquí seguimos el análisis de Dautry y Scheler, *op. cit.*, pp. 54 y s.

3. Se decretará de inmediato la leva en masa en París y en los departamentos. [...]

4. Se devolverá de inmediato el control de la policía municipal a la Comuna de París [...].

El Comité (al que se le da en ese momento el nombre de «Comité Central Republicano de Defensa Nacional de los Veinte Distritos») publica el 22 de septiembre otro texto, con un cariz político cada vez más claro: «¡Ciudadanos! La salvación de Francia y el triunfo de la revolución europea dependen de París. El gobierno tal vez sea obligado a trasladarse fuera de París. La Comuna ha de vivir o morir con la capital». Así pues, el Comité Central solicita que la policía vuelva a estar completamente supeditada a los delegados municipales; que se asegure la subsistencia a todos los ciudadanos y a sus familias durante el asedio; que, cuando se restablezca la paz, se acabe con la miseria; que se haga una leva en masa en todo el país y que se requisen medios para luchar contra el invasor; que, tras la guerra, se produzcan la «supresión del ejército permanente y la organización de milicias nacionales». La piedra angular de este programa es «la Comuna soberana, que logra mediante la revolución la derrota del enemigo, facilitando así la armonía de intereses y el gobierno directo de los ciudadanos por sí mismos. [...] Y es que, ciudadanos, no podemos repetirlo lo suficiente: de la constitución de la Comuna de París, formada por ciudadanos decididos, dependen la vida o la muerte de la patria, el triunfo o la ruina de los principios políticos y sociales de la Revolución. Viva la República universal». Este texto lo firmaron los redactores (Beslay, Chassier, Chemaillé, Lefrançais, Longuet, Leverdays y Vaillant) y los delegados de distrito.

En la reunión del 22 de septiembre, uno de los delegados hizo la siguiente propuesta:

Propuesta:

¿Quién tiene que conformar la Comuna de París? ¿Abogados? ¿Burgueses? No. La Comuna de París han de conformarla esencialmente trabajadores de toda clase, reconocidos por ser revolucionarios y socialistas; ha de elegirse una lista y presentarla al pueblo de París.

Si no es así, nunca llegaremos a nada positivo.

El 25 de septiembre por la mañana se celebró otra asamblea plenaria de los comités de los 20 distritos en la calle d'Arras, que continuó por la tarde en el n.º 4 del bulevar de Clichy. El Comité Central adoptó la siguiente resolución:

Considerando que el derecho heroicamente ejercido por los municipios de Estrasburgo, Metz, Phalsbourg, Toul y Lyon no puede negársele a París; que es, en principio, justo y, de hecho, indispensable que el París bajo asedio asuma por sí mismo, mediante concejales elegidos, la responsabilidad moral y material de su propia defensa y de la salvación de la República...

El 5 de octubre, el Comité Central se dirige a los ciudadanos de París en un cartel:

Por nuestra parte, nunca se ha tratado de hacer una oposición parcial al gobierno de la defensa nacional, en beneficio de un individuo, de un grupo ni de ninguna clase concreta. Nuestra única pretensión es brindar a todos los habitantes de París, que combaten por la defensa de la gran ciudad, la posibilidad de ejercer su derecho municipal imprescriptible, conforme al más simple y al más natural de los principios republicanos. [...]

Un ayuntamiento elegido garantiza por sí solo, en efecto, a la capital bajo asedio [...] el control efectivo de sus finanzas, la organización metódica de su armamento y el reparto equitativo de sus medios de subsistencia. [...]

Con gran confianza en vuestra inteligencia política y en vuestra energía, os rogamos que preparéis vosotros mismos la constitución de vuestro municipio.

En vuestras reuniones públicas, vuestros comités de distrito, en vuestros batallones de la Guardia Nacional, elegid desde hoy a los hombres a quienes consideréis más dignos de representaros en el Hôtel de Ville. [...]

El mismo espíritu impregna la redacción de la *Declaración de principios del Comité Central Republicano de los Veinte Distritos de París a los electores*:

Ciudadanos:

Ante el peligro supremo de la patria, dado que el principio de autoridad y descentralización adolece de impotencia, nuestra única esperanza reside ya en la energía patriótica de las comunas de Francia, que se volverán, por el propio peso de los acontecimientos, LIBRES, AUTÓNOMAS y SOBERANAS.

La vida municipal de una ciudad es absolutamente inviolable. Porque la Comuna es la unidad política. El Estado o la nación no es más que la unión de las comunas de Francia, y el Estado, ente colectivo, no podrá bajo ningún

pretexto arrogarse el derecho a herir de muerte una comuna alegando supuestos motivos de salvación pública. El principio de libertad municipal no es otra cosa, en el fondo, que el de la inviolabilidad individual.

Hace un mes que el Comité Central Republicano, emanación del espíritu público reclama la formación del ayuntamiento de París. [...]

En pocos días, París tendrá que haber constituido su representación municipal soberana y regularmente.

Hasta ahora no éramos más que una MULTITUD; por fin seremos una CIUDAD. [...]

Por delegación del Comité Central firmaron los miembros de la Comisión (Chassin, Lefrançais, Leverdays, Rigère y Verturin), el presidente de la sesión (Pindy), los asesores (E. Roy y Montelle) y el secretario (L. Jacob).

La declaración se publicó en *Le Combat* el 9 de octubre de 1870.¹⁷²

La cohesión y la influencia de este Comité no siguen una línea ascendente y continua.¹⁷³

El 8 de octubre, el Comité convoca a la Guardia Nacional y a los ciudadanos que quieren elecciones a la Comuna de París a manifestarse ante el Hôtel de Ville. Es un fracaso. Sin embargo, el 24 de septiembre, la reunión del Comité Central la había presidido el republicano moderado (radical) Lockroy, hecho que marcaba el crecimiento del frente republicano. Pero la campaña gubernamental contra este organismo se vuelve pérfida y feroz. En artículos con títulos como «Traición» o «El traidor» se afirma que se han infiltrado en el Comité de delatores de la policía del Segundo Imperio. Se suceden los desmentidos, pero pervive una impresión penosa. ¿Es ese el motivo de que Blanqui y los blanquistas, como oficiales de la Guardia, vuelvan a entrar en escena con fuerza? Tal vez. Tienen además un acuerdo tácito o estipulado con los miembros de la Internacional. En todo caso, después del 31 de octubre y con los blanquistas perseguidos por el gobierno, los simples republicanos (entre ellos Lockroy) se retiran del Comité de los Veinte Distritos. El Comité se mantiene, pero

172 Dautry y Scheler, *op. cit.*, pp. 85-88.

173 A partir de aquí, nuestro análisis difiere ligeramente del que presentan Dautry y Scheler, *op. cit.* Los autores marxistas oficiales tienden a sobrestimar la acción del Comité Central de los Veinte Distritos. Véanse Choury, *Paris livré*, París, Éd. Sociales, 1960, que escribe: «es de ahí de donde surge el 18 de marzo...» (p. 131), y también Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 82.

el reclutamiento es más estricto. Se diría que su única función es la de fachada para reconstituir la Internacional, su Consejo Federal de las secciones de París y la Cámara Federal de Sociedades Obreras. En el reglamento adoptado en octubre se establece que el objetivo del Comité Central Republicano es *centralizar las fuerzas democráticas socialistas*. Así pues, afirmarse socialistas se vuelve obligatorio para los delegados del Comité Central. El Comité se proclama hogar del socialismo, casi partido socialista. Pero entonces surgen otros organismos rivales, estrictamente republicanos: la Unión Republicana Central (que retoma la propaganda en favor de la Comuna), luego la Alianza Republicana, que nace en diciembre de 1870 y en la que se agrupan los radicales y los jacobinos con el desfasado Ledru-Rollin, y también la Asociación de Defensores de la República, el Club Central de los Veinte Distritos y la Liga Republicana de Defensa Nacional a Ultranza, dirigida por los blanquistas, que se alejan del Comité Central. Además, hacia el 1 de enero de 1871, el Comité Central adopta el nombre de «Delegación de los Veinte Distritos», sin duda para diferenciarse de los numerosísimos comités centrales.

Con este nuevo nombre, que permite o se acompaña de un nuevo crecimiento hacia los blanquistas y los radicales, la actividad del Comité se recupera de forma momentánea. Es entonces cuando redacta y coloca por París el famoso «cartel rojo» del 5 de enero, cuyo texto se recoge en todas las obras sobre la Comuna; de hecho, muchas de esas obras sitúan (equivocadamente) el origen de la campaña a favor de la Comuna y la influencia de su consigna en este cartel:

El ayuntamiento o la Comuna, se le llame como se le llame, es la única salvación del pueblo, su único recurso contra la muerte. [...] ¿El grandioso pueblo del 89, que destruyó la Bastilla y derrocó tronos, esperará sumido en una desesperación inerte a que el frío y el hambre congelen hasta la última gota de sangre de su corazón, al que el enemigo le cuenta los latidos? ¡No!

La población de París jamás querrá aceptar estas miserias y esta vergüenza. Sabe que todavía hay tiempo, que caben medidas decisivas para permitir que los trabajadores vivan y que todo el mundo pueda combatir.

¡Requisa general! ¡Racionamiento gratuito! Ataque en masa:

Se juzgan la política, la estrategia y la administración del 4 de septiembre como prolongaciones del Imperio. ¡Paso al pueblo! ¡Paso a la Comuna!

se proclama en este cartel, seguramente redactado por Tridon (blanquista) y por Jules Vallès (cuyo estilo se deja ver en ciertos pasajes) y firmado por 140 nombres, muchos de ellos nuevos, tanto blanquistas como miembros de la Internacional.

No obstante, aunque el cartel rojo tuvo una repercusión indudable, no modificó sustancialmente la situación política. Al gobierno de la defensa nacional no le cuesta nada mantener su autoridad. Ordena que se rompan los carteles y que se detenga a algunos de sus firmantes. Trochu responde al texto de la Delegación con otra bravuconada que se coloca en los muros de la ciudad: «El gobernador de París no capitulará». Bravuconada y mentira. Sin embargo, «la masa, que quería nombres ilustres, se apartó de los carteles» (Lissagaray), aunque los hombres de los barrios no llamaban ya a los hombres del gobierno de la defensa más que «la banda de Judas».

Tras este arrebato, la actividad de la Delegación decae. La revuelta del 22 de enero la preparan los blanquistas (Sapia, que será asesinado, y Raoul Rigault), Flourens y algunos batallones populares de la Guardia. Ellos toman la iniciativa.¹⁷⁴ En las elecciones generales del 8 de febrero para formar una Asamblea Nacional, solo salen elegidos 4 de los 43 candidatos «socialistas revolucionarios» apoyados por la Delegación, y únicamente con los votos de los republicanos moderados. La Delegación permanece en una especie de letargo del que no sale hasta después del 18 de marzo, en las elecciones a la Comuna. Entonces retoma el nombre de «Comité Central de los Veinte Distritos» y el 23 de marzo publica un primer manifiesto electoral, luego un segundo, y un tercero y último el lunes 27 de marzo.

Así pues, el Comité Central de los Veinte Distritos inaugura la reestructuración del movimiento espontáneo de las masas. Lo nutre y lo orienta. Pero hay que poner en su sitio su verdadero papel en la preparación efectiva del 18 de marzo. Fueron la Guardia Nacional, la emanación directa del pueblo armado (el Comité Central de la Guardia) y sus instigadores blanquistas (aliados

174 Como admiten Dautry y Scheler, *op. cit.*, p. 155.

con los miembros de la Internacional en la acción revolucionaria directa) quienes desempeñaron el papel principal. Desde su formación, el Comité Central de la Guardia lidera el movimiento de masas y toma el relevo del Comité Republicano de los Veinte Distritos y de los demás comités republicanos, que quedan reducidos al silencio y a la inacción o llegan incluso a frenar el movimiento.

No cambia nada el hecho de que, en una sesión conjunta de la Delegación y de la Internacional, Henri Goullé definiese la dictadura de la clase obrera y la «fijación del objetivo del Estado por la clase obrera» (tesis frente a la que otros miembros situaban la idea de una democracia ampliada) con una representación de la clase obrera que coincidiese con el número de trabajadores. Este debate¹⁷⁵ es una muestra más, en esencia, de la extrema confusión teórica que reinaba entre los miembros de la Internacional.

El Comité Central de la Guardia Nacional se constituye despacio y con gran potencia durante el asedio, tras el armisticio y durante las conversaciones de paz. Las semillas y los antecedentes de este organismo fundamental asoman desde el comienzo del asedio: reunión de los oficiales que se oponen al gobierno de la defensa nacional; participación de los batallones populares en las revueltas insurreccionales; necesidad cada vez más intensa de un agrupamiento «central» construido según el principio federativo, «estructurado» y a la vez «estructurante», sin perder el contacto con las masas en efervescencia.

En la formación del Comité Central no hay ningún enigma, no tiene ningún misterio. Si bien se puede detallar y es posible profundizar en ella (sobre todo en la vida de los barrios, en los batallones y sus *consejos de familia*, en la afluencia de humildes habitantes de los barrios a la actividad pública, militar y política), en su historia, salvo imprevistos, no se presagia ningún descubrimiento extraordinario. Las apreciaciones varían;¹⁷⁶ los hechos son bien conocidos y poco discutibles.

175 Véase Dautry y Scheler, *op. cit.*, p. 169. La mayoría de los marxistas oficiales destacan y sobrestiman las declaraciones de Henri Goullé, muy interesantes desde el punto de vista histórico, pero desprovistas de eficacia política. Véase Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 90.

176 G. Bourgin, que estudia el Comité Central de la Guardia Nacional solo a partir de la jornada del 18 de marzo (véase *La commune*, colección «Que sais-je?», P.U.F.,

Lógicamente, los opositores de cualquier parte del espectro al gobierno de la defensa nacional, desde los republicanos «radicales» (es decir, moderados) hasta los demócratas socialistas revolucionarios, habían ingresado en la Guardia Nacional y en los nuevos batallones cuando el ingreso en masa del pueblo había hecho saltar por los aires los marcos y los límites impuestos al reclutamiento. Estos opositores, como es natural, anhelaban los puestos de oficiales, que se obtenían por elección; y los consiguieron. Desde octubre de 1870, los batallones de los barrios proletarios intervienen y tratan de influir en la situación y de llevar al gobierno de la defensa nacional al camino que este se niega tercamente a enfilarse: la lucha a muerte contra el invasor.

El 5 de octubre, Flourens, el romántico Flourens, sabio, filósofo y revolucionario extremista por temperamento, que comienza su obra *Paris livré* con las palabras «Seguimos esperando con más fuerza que nunca el triunfo de nuestros sublimes principios de igualdad social y fraternidad entre todos los pueblos y todos los hombres», se sitúa a la cabeza de los batallones de Belleville y se dirige al Hôtel de Ville; exige que se arme a la Guardia con *chassepots*,¹⁷⁷ que se elimine a los oficiales y los funcionarios bonapartistas y que se haga un ataque masivo para romper las líneas de los sitiadores. El gobierno se niega. Flourens abandona su cargo de mando y sin embargo, unos días más tarde, vuelve intentar lo mismo en dos ocasiones. Blanqui, siempre en la brecha, organiza una reunión con 65 jefes de batallón, pero solo 12 de ellos firman una moción para solicitar que el gobierno de la defensa nacional se sustituya por la Comuna. Se toma la decisión de detener a Blanqui y a Flourens; a partir de ese momento, el poder es incapaz de ejecutar sus decisiones. Blanqui se oculta. Flourens se instala ostensiblemente en Belleville, donde sus

1953, p. 42), ve en ese Comité *el genio malvado de la Comuna*. Véanse *Histoire de la commune*, París, F. Rieder & Cie, 1900, p. 100, y también las conclusiones de *Les Premières Journées de la commune*, París, Hachette, 1928.

177 La Guardia disponía de fusiles *tabatière* o «de tabaquera»; eran fusiles de avancarga que se habían modificado manualmente con un corte en la recámara para poder introducir el cartucho y convertirlos así en fusiles de retrocarga, de manera que su sistema de cierre recordaba a una caja de tabaco de rapé. El fusil *chassepot* era un modelo posterior, diseñado ya como fusil de retrocarga a partir de una modificación del fusil de aguja Dreyse que usaba el ejército prusiano [N. de la T.].

guardias y el conjunto de la población lo protegen frente a la policía.

Desde este brillante comienzo hasta marzo de 1871, las reuniones de oficiales, las asambleas de compañías y de batallones, las manifestaciones y las revueltas se suceden sin cesar. Poco a poco, el organismo inmenso, al principio amorfo y fragmentado, que era la Guardia Nacional va cohesionándose; sus jefes, cada vez más descontentos, cada vez mejor orientados por quienes se oponen al gobierno, forjan entre ellos vínculos cada vez más sólidos. Sobre las peripecias vividas por la Guardia y las afrentas que sufrió durante el asedio, se puede consultar el relato de Flourens en *Paris livré*, apasionado y sin duda parcial, pero desde luego intenso. Narra con detalle cómo, tras la traición de Bazaine, para distraer la atención pública y para contentar a la Guardia, que se impacientaba al no hacer nada, Jules Favre y Trochu, en octubre de 1870, tuvieron la idea de formar las «compañías de marcha de la Guardia Nacional». Para ello se convocó, por razones formales, una reunión de todos los jefes de batallón de París. Jules Favre les anunció que «la Guardia Nacional por fin iba a ser llamada a desempeñar en la defensa de París el rol importante que le tenía destinado su patriotismo, que cada batallón tendría que aportar cuatro compañías de marcha [...] formadas con las siguientes categorías: voluntarios, solteros jóvenes y, por último, los casados más jóvenes [...], que la Guardia Nacional así movilizada se pondría a disposición de los generales del ejército para ser empleada en reserva o, si era necesario, incluso para combatir tras las tropas de línea y las tropas móviles».

Rochebrune, héroe de la guerra de Polonia, pidió «que la Guardia Nacional no se fraccionara de esa manera, que se confiara más en ella, que se la dejase constituir un ejército, cosa que centuplicaría su fuerza; si quedaba a disposición de los generales de línea en tropas pequeñas, no tendría un espíritu de cuerpo militar que la sostuviera, ni gloria que conquistar ni bandera que defender. No serviría para nada, se quedaría aislada en pequeñas fracciones en cada combate y no haría más que dejarse matar en vano. No se podía negar a los ciudadanos de París el derecho a salvar sus hogares».

Imaginémonos —escribe Flourens— un ejército de la Guardia Nacional de París comandado por hombres como Rochebrune en lugar de por patanes retirados como Tamisier, o por gendarmes eméritos como Clément Thomas. [...] Pero entonces se habría convertido en el gran ejército de la revolución, habría fundado la república universal, cosa que no querían bajo ningún concepto los aliados de los prusianos contra la revolución.

Millière protestó contra esta singular manera de formar compañías de marcha cuyo resultado inevitable sería desorganizar la Guardia Nacional; militarizar una parte y desmoralizar al resto.

Flourens protestó aún más enérgicamente contra todos los retrasos que agravaban la situación cada día. Afirmó que Francia y París podían salvarse si actuaban de inmediato, si se distribuían enseguida a la Guardia Nacional las armas con gran cadencia de tiro que se les habían negado a principios de mes y las fabricadas desde entonces por Dorian, y si se marchaba contra los prusianos como cuerpo del ejército, como quería Rochebrune.

Muchos comandantes escuchaban a Rochebrune, Millière y Flourens a regañadientes y dando muestras de desaprobación, porque estos tres oradores osaban contradecir al todopoderoso Jules Favre.¹⁷⁸

Desde comienzos de enero de 1871, la agitación crecía en la Guardia Nacional y personas muy diversas se preocuparon por «federarla», es decir, crear un organismo central. El proyecto estaba en el aire. Se celebró una primera reunión en Cirque d'hiver el 15 de enero, presidida por un desconocido comerciante del distrito III, Courty, y por iniciativa de un periodista, Henri de La Pommeraye. El 8 de febrero, según Jules Claretie,¹⁷⁹ se colocó un cartel con una acusación contra el gobierno de la defensa nacional y que terminaba imputándolo ante una próxima asamblea; el cartel estaba firmado: *En nombre del Comité, su presidente: Raoul Rigault* (blanquista). En ese momento, las preocupaciones electorales se mezclan con las iniciativas revolucionarias, pero estas últimas comienzan a imponerse durante la segunda reunión

178 *Op. cit.*, pp. 124-126.

179 Lanjalley y Corriez, *Histoire de la révolution de 1870-71*, p. 578. J. Claretie no siempre distingue bien el Comité Central de los Veinte Distritos y el Comité Central de la Guardia Nacional. Según *Histoire de la révolution du 18 mars*, p. 13, algunos habitantes del distrito XV también habrían tomado esta iniciativa y la forma federativa la habría aconsejado un miembro de la Internacional: Chalaín.

constituyente del Comité Central de la Guardia, el 15 de febrero en Vauxhall. «¿Quién pensaba entonces en las elecciones? Un solo pensamiento ocupaba todos los corazones: ¡la unión de todas las fuerzas republicanas parisinas contra los rurales triunfantes! La Guardia Nacional era tanta como el París viril en su totalidad».¹⁸⁰ El nuevo organismo que se constituye quiere imponer la República y también retomar la guerra. El 15 de febrero, una comisión se ocupa de redactar los estatutos de la Federación de la Guardia y de su Comité Central. 18 comisarios tenían que representar a 18 distritos parisinos; en la sala no estaban presentes dos de ellos. «Entre los elegidos no hay ningún nombre con notoriedad de ningún tipo. Los comisarios son pequeñoburgueses, tenderos, empleados, ajenos a todas las camarillas y, en su mayoría, ajenos incluso a la política».¹⁸¹ Y efectivamente es la «base», el pueblo de París —artesanos, tenderos, obreros, la pequeña burguesía aliada con el proletariado— quien toma la palabra y participa en los acontecimientos. Estos hombres están orgullosos de su anonimato.

Ese día, los asistentes adoptan por aclamación los preámbulos de los estatutos, según los cuales

... el deber de todo ciudadano es contribuir a defender el país y el orden interno, no el orden monárquico, sino un orden basado en principios verdaderamente republicanos. Los derechos (del ciudadano) son el de ser elector y el de tener el arma necesaria para cumplir sus deberes; la Guardia Nacional ha de sustituir a partir de ahora a los ejércitos permanentes, que nunca fueron otra cosa que instrumentos del despotismo y que trajeron consigo inevitablemente la ruina del país.

Una vez designado de forma definitiva, el Comité Central tendría la misión de intervenir en las elecciones y en la vida política, asegurándose de que la notoriedad que permite acceder a funciones públicas ya no pudiese basarse en éxitos fáciles, «de manera que el hombre trabajador, el productor, también esté llamado a representar a la Nación».

180 Lissagaray, *op. cit.*, p. 83 [ed. en cast.: p. 87].

181 *Op. cit.*, pp. 83-84. Sin embargo, destaca entre ellos el nombre del joven blanquista Da Costa y el de Alavoine, miembro de la Internacional. Sobre la constitución del Comité Central de la Guardia Nacional, véase Charles Rihs, *La Commune de Paris*, Ginebra, Droz, 1955, p. 16, que insiste, a nuestro modo de ver exageradamente, en el «mecanismo impenetrable de la sociabilidad espontánea» (p. 18).

Acaba de nacer una nueva fuerza social y política, tanto en el plano organizativo como en el de la ideología política, y de carácter claramente democrático. El estado de ánimo de la Guardia, es decir, del pueblo en armas, acaba de cambiar. Se produce una especie de salto cualitativo en la actividad de las masas de París. En las altas esferas eso se comprende muy bien; el comandante superior de la Guardia, el general Clément Thomas, que morirá un mes más tarde bajo las balas de Montmartre, presenta su dimisión. Lo sustituye Vinoy, general de carrera, hombre autoritario, reaccionario demostrado y firmante de la capitulación.

El 24 de febrero, 2000 delegados de compañías y batallones se congregan en Vauxhall para escuchar la lectura del borrador de los estatutos y designar al Comité Central. En este sentido, no dejemos de subrayar el carácter federativo de estos estatutos tal y como se redactarán y se adoptarán un poco más tarde, tras la fusión que comentaremos enseguida entre el Comité Central de la Guardia y el Comité de la Federación Republicana. He aquí el texto definitivo, que ha de considerarse no solo como documento histórico, sino también como documento sociológico. En este punto, la masa en eferescencia supera la fase que podríamos llamar de preestructuración. Se brinda una estructura fuerte y a la vez próxima a la base social, vigorosa y democrática. Aunque el texto no tuviera una intención política, ofrece el prototipo de organización política original que la Comuna tratará de hacer realidad: el federalismo, el centralismo democrático con énfasis en la democracia directa.¹⁸²

El Comité de la Federación Republicana y el Comité Central de la Guardia Nacional se han fusionado y han adoptado los siguientes estatutos:

Federación Republicana de la Guardia Nacional.

Estatutos:

Declaración previa:

La República es el único gobierno posible; no puede ser cuestionada.

La Guardia Nacional tiene pleno derecho a nombrar a todos sus jefes y a revocarlos en el instante en que pierdan la confianza de quienes los

182 Véase el comentario de Arthur Arnould en su *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, t. II, pp. 5-6: «La Guardia Nacional se había federado [...]. Había buscado la salvación aplicando el gran principio socialista: la autonomía y la federación, es decir, la independencia del grupo y la asociación libre de los grupos entre sí».

eligieran; no obstante, tras una investigación previa para salvaguardar los derechos de la justicia.

Art. 1 – La Federación Republicana de la Guardia Nacional queda organizada como sigue:

- 1.º La Asamblea General de Delegados;
- 2.º El círculo de batallón;
- 3.º El consejo de guerra;
- 4.º El Comité Central.

Art. 2. – La Asamblea General la forman:

- 1.º Un delegado elegido a tal efecto en cada compañía, sin distinción de rango;
- 2.º Un oficial por cada batallón, elegido por el cuerpo de oficiales;
- 3.º El jefe de cada batallón.

Estos delegados, sean quienes sean, podrán ser revocados en todo momento por quien los haya nombrado.

Art. 3. – El círculo de batallones lo forman:

- 1.º Dos delegados por círculo de batallón, elegidos sin distinción de rango;
- 2.º Los jefes de batallón del distrito. [...]

Art. 5. – El Comité Central lo forman:

- 1.º Dos delegados por distrito, elegidos sin distinción de rango por el consejo de legión;
- 2.º Un jefe de batallón por legión, elegido por sus colegas.

Art. 6. – Los delegados de los círculos de batallón, consejo de legión y Comité Central son los defensores naturales de todos los intereses de la Guardia Nacional. Han de velar por que se mantenga armados a todos los cuerpos especiales y otros cuerpos de dicha Guardia y han de evitar toda tentativa cuyo fin fuera el derrocamiento de la República.

También tienen la misión de elaborar un proyecto de reorganización total de las fuerzas nacionales.

Art. 7. – Las reuniones de la Asamblea General se celebrarán los primeros domingos de mes, salvo en caso de urgencia. — Las diversas facciones constitutivas de la Federación determinarán por reglamento interno las formas, los lugares y las horas de sus deliberaciones.

Art. 8. – Para cubrir los gastos generales de administración, publicidad y otros del Comité Central, se establecerá en cada compañía una aportación que deberá generar un desembolso mínimo mensual de cinco francos, que los delegados entregarán al tesorero entre el día 1 y el día 5 del mes.

Art. 9. – Se entregará a cada delegado, miembro de la Asamblea General, una identificación personal que le servirá para entrar a las reuniones.

Art. 10. – Todos los guardias nacionales son solidarios y los delegados de la Federación quedan bajo la protección inmediata y directa de toda la Guardia Nacional.

En la reunión del 24 de febrero, estos estatutos aún están incompletos y además el auditorio —según Lissagaray— no hace demasiado caso a su lectura. Su atención está en otra parte. Las noticias de Burdeos inquietan a los 2000 delegados. Thiers, el sepulturero de la revolución de 1848, nombrado jefe del ejecutivo, ha formado su gabinete con una singular mezcla de reaccionarios (Dufaure, Pouyer-Quertier) y de capituladores (Jules Favre, Jules Simon). El sueldo de la Guardia, indispensable debido al paro, se convierte en un privilegio, ya que ahora hay que solicitarlo por escrito y demostrar que quien lo solicita no ha podido conseguir trabajo. Y por último y ante todo, el armisticio expira el 26 y se espera la entrada brutal de los prusianos en París. La reunión es tempestuosa. Un delegado solicita que la Guardia ya no reconozca como jefes más que a sus elegidos, lo que la libera del mando superior. Se aprueba por unanimidad. Otro delegado somete a votación una resolución por la que la Guardia se resistirá a toda tentativa de desarme y se opondrá por la fuerza a la entrada de los prusianos en París. Si las compañías la aprueban, ante el menor indicio de esa entrada, «los guardias se comprometen a alzarse inmediatamente en armas en su lugar habitual de reunión y a dirigirse contra el enemigo». A continuación los delegados van a manifestarse a la plaza de la Bastilla, manifestación que dura tres días y en la que participan muchos batallones de la Guardia, también batallones de tropas móviles e incluso, si se da crédito a Lissagaray, una parte considerable del ejército regular (en particular, un regimiento entero de cazadores a pie). Y todo ello pese a la oposición del gobierno, que hace que se toque llamada en los cuarteles burgueses sin conseguir congregarse a ninguno de sus batallones.

En los días posteriores, el Comité Central se ve obligado a dar marcha atrás, pero aun así esto es una manera de afirmar su autoridad. El día 26, 100 000 guardias nacionales acampan ante las puertas para impedir el acceso de los ejércitos alemanes. La multitud se hace con los cañones de la Guardia, repartidos por los cuarteles del oeste, y los lleva a zonas menos amenazadas. ¿Cómo iba a contener el gobierno a esta marea humana? Se teme lo peor. Entonces interviene el Comité Central; su componente mediador no provenía desde luego de la Delegación de los Veinte Distritos, muy violenta, sino del Consejo Federal de la Internacio-

nal y de la Federación de las Cámaras Sindicales, que se temían, con razón, otra revuelta como las jornadas de junio de 1848 que ahogase «las reivindicaciones sociales en un baño de sangre».

Según Lanjalley y Corriez,¹⁸³ el Comité Central, todavía provisional,

... decidió incorporar a algunos miembros del Consejo Federal como miembros independientes para contrarrestar la influencia del componente violento y exaltado que existía en el Comité. Ya tras esas modificaciones, el Comité provisional de la Guardia Nacional, que ya se llamaba Comité Central, anticipando las desastrosas consecuencias que podían derivar de un enfrentamiento con los prusianos, redactó un manifiesto dirigido a la Guardia.

Para evitar un ataque que supusiese el derrocamiento inmediato de la República, el Comité Central invita a formar un cordón defensivo alrededor de la parte de París ocupada por los prusianos; esa parte se evacuará y la Guardia y el ejército se establecerán en el perímetro de las barricadas vigiladas, de forma que el enemigo, «aislado en un terreno que ya no será nuestra ciudad, no pueda comunicarse en modo alguno con las partes aisladas de París». Así, curiosamente, el pueblo armado conserva la imagen de terreno sagrado, de ciudad inviolable e inviolada. «La burguesía de París —señalan Lanjalley y Corriez—, que luego expresó tan profundo desprecio por el Comité Central, le estuvo entonces muy agradecida por su inteligente intervención». El manifiesto, colocado en carteles con bordes negros en señal de duelo, lo firmaron 29 personas, todas desconocidas. Algunos de los miembros de la comisión nombrada el 15 de febrero se habían retirado, entre ellos el blanquista Da Costa, seguramente contrario a la concesión.

183 *Op. cit.*, p. 15. En el acta de la sesión del 27 de febrero de las asociaciones obreras, recogida en *Le Cri du peuple* del 1 de marzo, no se deja ninguna duda sobre la actitud de estas organizaciones ni sobre la publicidad que se le dio. Los comités se reunieron en la plaza de la Concordia en una reunión presidida por Vallès. A los asistentes les sorprendió ver llegar a su sede a los delegados de los batallones de la Guardia con órdenes firmadas por ciudadanos que afirmaban ser miembros de la Internacional y que pedían instrucciones y municiones. Los grupos de la Corderie protestaron: «No hemos incitado en absoluto un posible ataque contra los prusianos». Viard expresó su desconfianza hacia el Comité Central de la Guardia y Pindy preguntó sobre su funcionamiento. Al final del debate, Avrial declaró que la Internacional había de liberarse de toda excitación «no ventajosa para la República y de la que pudiese beneficiarse la reacción».

En la semana del 26 de febrero al 3 de marzo, según los mismos autores, los comités de distrito (que ya no son comités de vigilancia republicana, como al principio, sino comités de la Guardia) se ponen en marcha; establecen turnos de guardia locales y tres delegados de cada distrito garantizan el contacto con el Comité Central. Sin embargo, durante unos días, y a pesar de que se sumaron cuatro miembros del Consejo Federal de la Internacional (que ya sabemos que actuaban a título individual e independiente, no como enviados de la Internacional, sino como guardias nacionales), el Comité Central se topó con algunas dificultades.

Un curioso personaje, Raoul du Bisson, antiguo legitimista y bonapartista y autor de obras que firmaba como «Du Bisson, Hedjaz de Abisinia», elegido comandante de un batallón, había conseguido instigar la formación en la Guardia de una organización rival, llamada Comité Federal Republicano y que, al parecer, daba cabida a oficiales más preocupados por el sueldo de sus hombres que por la acción política, pero aun así republicanos por principio. Esa organización, compuesta al principio únicamente por jefes de batallón, pronto admitió a oficiales de cualquier rango. Se celebró una reunión general de la organización alrededor del 1 de marzo en la calle de Richelieu, presidida por el comandante Raoul du Bisson. El Comité Central era muy consciente de los inconvenientes de una rivalidad como esa; envió a esa reunión a tres delegados, Arnold, Bergeret y Viard, que señalaron la imposibilidad de una doble dirección política en la Guardia Nacional. Tras un acalorado debate, una comisión de fusión presidida por Raoul du Bisson e integrada por Jaclard (blanquista), Triboulet, Garcia y Grelier se reunió con una delegación del Comité Central, formada por siete miembros: Bergeret, Boissier, Chanteau, Courty, Pindy, Varlin y Viard. Los nombres muestran que los miembros de la Internacional, muy activos, actuaron como vínculo conciliador. Se consiguió un acuerdo concediéndole al Comité Federal Republicano la representación propia de oficiales. Dos miembros del Comité Federal Republicano se incorporaron a la comisión ejecutiva que designaba el Comité Central. En resumen, el Comité Central, la organización más potente y más representativa con diferencia, absorbió al Comité Federal Republicano, emanación de una parte de los oficiales, haciendo para ello algunas conce-

siones. Por lo tanto, se produce la fusión, que recibirá el nombre de Federación Republicana de la Guardia Nacional.

El 3 de marzo, en una reunión general que congrega a los delegados de 200 batallones, se presentan públicamente los estatutos y se aprueban. La Comisión ejecutiva asume su cargo a la espera de la elección ordinaria y general de los delegados, contemplada en los estatutos.¹⁸⁴ Así pues, el Comité Central provisional se vuelve definitivo.

Recordemos que en esta sesión del 3 marzo, el ciudadano Boissier propone que, en caso de que la sede del gobierno se traslade fuera de París, «la ciudad de París habrá de constituirse de inmediato como República independiente»; fue una propuesta crucial en cierto sentido, porque anuncia, en el seno del organismo político nuevo, la marcha de la idea misma de la Comuna y porque presagia también el terrible peligro que iba a acechar y a echar a perder la Comuna: el riesgo del aislamiento entre París y las provincias.

El 4 de marzo, la Comisión ejecutiva y el Comité Central declaran su existencia publicando una proclama:

El Comité Central de la Guardia Nacional, nombrado en una Asamblea General de Delegados representantes de más de 200 batallones, tiene la misión de constituir la Federación Republicana de la Guardia Nacional con el fin de que se organice para proteger el país mejor de lo que han podido hacerlo hasta ahora los ejércitos permanentes y para defender, por todos los medios posibles, la República amenazada.

El Comité Central no es un comité anónimo; es una reunión de representantes de hombres libres que conocen sus deberes, afirman sus derechos...¹⁸⁵

A los pocos días, el 10 de marzo, el Comité Central se dirige directamente a las tropas regulares, al ejército, mediante octavillas:

¡Soldados, hijos del pueblo! Se han hecho correr en provincias rumores odiosos. Hay en París 300 000 guardias nacionales y, sin embargo, cada día se ordena que entren tropas y se pretende engañarlas con respecto al espíritu de la población parisina. Los hombres que organizaron la derrota,

184 Entre sus 31 miembros se incluyen varios futuros dirigentes de la Comuna (como Bergeret, Varlin y Pindy) y muchos nombres que no iban a dejar de ser desconocidos, cosa que interpretamos como síntoma de la espontaneidad del movimiento, de su carácter fundamental y vinculado a la base.

185 Texto íntegro en *Murailles politiques françaises*, en J. Claretie, *op. cit.*, p. 586; en Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 200, y en otros autores.

desmembraron Francia y entregaron todo nuestro oro quieren eludir la responsabilidad que asumieron al causar la guerra civil. Cuentan con que seréis dóciles instrumentos del crimen que meditan. Soldados-ciudadanos, ¿obedeceréis la orden impía de derramar la misma sangre que corre por nuestras venas? ¿Desgarraréis vuestras propias entrañas? No, no consentiréis convertirnos en parricidas y fratricidas...

¡Viva la República por siempre!

Así, a mediados de marzo de 1871, el Comité Central se espera un golpe de Estado o un golpe por la fuerza del gobierno. Prevé la guerra civil provocada por Thiers. Niega su responsabilidad, pero se prepara para ella.

En la sesión del 15 de marzo, de nuevo en Vauxhall, la Federación se considera constituida y su comité definitivo, elegido. Bisson preside la reunión con un teniente de Garibaldi como asesor. Varios ciudadanos-soldados se manifiestan sobre el principio de revocabilidad de los oficiales. La Asamblea declara que no puede aceptar a d'Aurelle de Paladines como general en jefe y nombra en su lugar, por unanimidad menos un voto, a Garibaldi.¹⁸⁶ Se suman 215 batallones. La intención política se proclama abiertamente. Los federados se oponen, de entrada y por principio, a cualquier tentativa dirigida contra la República, contra París y contra el pueblo francés. Dicen ser el electorado (y, por tanto, organismo político) en armas.¹⁸⁷

Se confirma la dualidad de poderes. Ya sabemos que el gobierno, en marzo de 1871, es incapaz de hacer que se ejecuten sus decisiones; que Duval, en el distrito XIII, toma la iniciativa y anuncia un programa político, se apodera de municiones, traslada 26 cañones no muy lejos de su cuartel general y actúa independientemente del gobierno. Picard, ministro del Interior, protesta en vano: «Desde hace unos días se están produciendo hechos lamentables que suponen una grave amenaza para la paz de la ciudad. Los guardias nacionales armados, sin obedecer a sus jefes legítimos, sino a un comité central anónimo que no puede darles orden alguna sin cometer un crimen severamente castigado por las leyes, se han apoderado de gran cantidad de armas...».

186 Acta en *Le Drapeau*, diario, n.º de 10 de marzo de 1871. Bib. nat., LC 2.3463.

187 Lanjalley y Corriez, *op. cit.*, p. 20.

El ministro pasa por alto unas cuantas verdades: aún no se había elegido al general en jefe de la Guardia Nacional. Los generales ocupan su cargo, entre ellos Henry, (grabador, distrito XIV) y Duval (antiguo fundidor, distrito XIII), a quienes el gobierno trata de encarcelar en vano. Como muy bien señala J. Claretie, «los soldados asistían a la formación de este nuevo poder mientras recorrían París, desarmados».¹⁸⁸

La situación adquiere un cariz revolucionario. Es inevitable el conflicto entre las estructuras viejas y las nuevas. ¿Qué puede hacer un gobierno desbordado, amenazado, salvo tratar de retomar la iniciativa de las operaciones?

La toma en el plano económico y en el político. Deroega las leyes sobre el pago de los alquileres y los efectos comerciales. Al establecer la Asamblea Nacional en Versalles, en los lugares deshonrados por la proclamación del Imperio alemán, «descapitaliza» París. Condena a muerte a Blanqui y a Flourens. Suprime la prensa de izquierdas. Nombra al reaccionario Valentin en la prefectura de policía y al también reaccionario d'Aurette de Paladines (impopular desde las derrotas del ejército que comandaba cerca de Orleans), general en jefe de la Guardia.

Amenaza con suprimir por completo el salario y, sobre todo, trata de dividir a la propia Guardia. Para reconstruir estas operaciones de baja estofa, vamos a consultar los periódicos de izquierdas que retoman su publicación tras el 18 de marzo. Recogen numerosos detalles sobre las semanas previas.

Por ejemplo, *La Nouvelle République* publica en su número del 19 de marzo, con la semana de retraso obligatoria, la orden del 12 de marzo firmada por Vinoy en la que se prohíbe la prensa republicana y democrática, y desgrana retrospectivamente el sentido de dicha orden. Después, el periódico incluye un artículo, también retrospectivo, titulado «El desarme», en el que se recogen datos que muestran lo que se hacía para desmoralizar a la Guardia y socavar su cohesión desde dentro.

Los dos fragmentos auténticos que reproducimos a continuación lo ilustran.

He aquí el primero:

«Guardia Nacional

188 J. Claretie, *op. cit.*, p. 587.

96.º batallón, 10.ª compañía.

Señor:

Se ruega que lea la circular siguiente:

Dado que el servicio en la Guardia Nacional es obligatorio, todo aquel que no lo preste sin motivo corre el riesgo de ser sancionado con las penas disciplinarias contempladas por la ley. Cualquier guardia a quien le sea imposible continuar con su servicio habrá de *devolver de inmediato sus armas y su equipamiento* e indicar el motivo que le obliga a tal entrega.

En consecuencia, para los hombres que se queden sus armas:

1.º Obligación de hacer todo servicio que se les ordene;

2.º Acusación por malversación de efectos y de armas que pertenecen al Estado para aquel que quiera eludir el servicio y conservar sus armas;

3.º Indicación al ayuntamiento de los nombres de los hombres que se descartarán y a los que, por tal cuestión, se reconocerá como *no aptos desde este momento para formar parte de la Guardia Nacional*. [...]

El capitán, Froulon».

De este fragmento se deduce que, ante el más mínimo pretexto de no hacer guardia, ante el menor indicio de inexactitud en un servicio cualquiera sin importancia, se dispone obligar al obrero o al empleado, a cualquiera con una ocupación seria, simple y llanamente, a entregar su fusil. No hay principio más falso, nada es más contrario al espíritu de las instituciones democráticas, porque este hecho tendría como resultado que, al cabo de poco tiempo, solo permanecerían armados los ociosos y los ricos con tiempo que perder. [...] El verdadero principio, en una república, es que todo buen ciudadano ha de tener un arma para estar listo, a la menor señal, para defender la patria y sus libertades públicas. [...]

Así pues, es necesario que los ciudadanos se pongan en guardia muy seriamente ante estas tentativas reaccionarias y amenazadoras para el auténtico orden público.

El otro fragmento no es menos instructivo. Reza así:

«París, a 19 de febrero de 1871.

Certifico que B... es mi empleado. Dado que sus ausencias comprometen mis intereses, solicito que deje de formar parte de la Guardia Nacional. V. D.

Habida cuenta de la nota anterior, se levanta la sanción del guardia.

El capitán hará que se desarme a este guardia y lo excluirá de los controles.

París, a 20 de febrero de 1871.

Jefe de batallón, A. L. [...]

3

LA SITUACIÓN EXCEPCIONAL DE PARÍS

Sin miedo a retroceder, ya que el objetivo es proyectar los haces de luz que convergen sobre un acontecimiento (la jornada del 18 de marzo de 1871 y su evolución), hemos de recordar que «París, en cuanto a su organización municipal, está fuera del derecho común».¹⁸⁹ Ese hecho no está exento de importancia ni de interés, porque la reivindicación de una Comuna elegida busca que París vuelva al derecho general; por eso, la Comuna de marzo de 1871 representa para muchas personas de buena fe un simple retorno a la legalidad republicana, retorno que llevaban reclamando mucho tiempo.

Los reyes siempre habían pisoteado las libertades municipales de París, acción política que a su modo de ver estaba justificada por la revolución comunal de Étienne Marcel, por la Liga de 1588 y por la Fronda. En 1789, la Asamblea Constituyente, en su decreto orgánico del 14 de diciembre, introdujo este artículo: «En cuanto a la villa de París, habida cuenta de su inmensa población, se regirá por un reglamento particular que le brindará la Asamblea Nacional». La comuna insurreccional de 1792-93 no iba a modificar la opinión de los hombres en el poder. Una doctrina constante, común a reyes y a repúblicas, es que París no puede equipararse a otras comunas de Francia, porque es capital y a la vez sede de los poderes públicos, de manera que, si se le brindasen las mismas franquicias o las mismas libertades que a otras localidades, se correría el riesgo de poner en peligro las instituciones y la autoridad del Estado. Por eso, París siempre ha

189 P. Robiquet, *Histoire municipale de Paris*, París, Hachette, 1871.

gozado «de mucha menos libertad que la más pequeña de nuestras 36 000 comunas». ¹⁹⁰

No vamos a ahondar en los complicados detalles de las modificaciones históricas de los reglamentos relacionados con la administración de París. Durante el Segundo Imperio, la capital estaba administrada por una comisión municipal de 36 miembros nombrados por el emperador para un plazo de cinco años y presidida por un delegado del poder ejecutivo. El prefecto del Sena y el prefecto de policía tenían en sus manos «la realidad íntegra del poder municipal». ¹⁹¹

Ya hemos visto que los hombres del 4 de septiembre admitieron las elecciones de alcaldes y concejales de distrito y que el alcalde central seguiría siendo nombrado por el poder y estaría subordinado, de hecho, a los prefectos y al gobierno. Estos republicanos más que dudosos se oponían enérgicamente a que se eligiera un pleno municipal, así como a la designación de un alcalde único mediante sufragio universal. ¹⁹²

Nos limitaremos a volver a insistir en que la situación de París durante y después del asedio era paradójica y auguraba numerosos conflictos. La capital, aislada, quedaba reducida a una autonomía de hecho y, no obstante, se la privaba de los organismos representativos que no dejaba de reclamar cada vez con más insistencia. El gobierno de la defensa nacional trataba de mantener la confusión entre un poder central, aislado y sin autoridad sobre las provincias, y la administración de París. Solo lo conseguía dejando vacíos de contenido una y otra vez los principios a los que sin embargo apelaba y que fundamentaban su legitimidad y su legalidad: los principios republicanos, las elecciones, el sufragio universal y los derechos de los ciudadanos.

Esta situación contradictoria no podía prolongarse indefinidamente. Sobre todo porque se agravaba debido a la existencia de una asamblea, elegida de forma ordinaria (aunque en condiciones cuestionables) por sufragio universal, una asamblea

190 *Op. cit.*, p. 183.

191 *Op. cit.*, p. 184.

192 La ley del 14 de abril de 1871, concesión (hábil) a la Comuna, y por lo tanto conquista de la Comuna, permitió, en principio, que el consejo municipal de París se formase por elección por primera vez en nuestra historia. Pero en el artículo 168 de la ley del 5 de abril de 1884 se iban a declarar *no derogadas* las disposiciones de las leyes especiales aplicables a la ciudad de París (Robiquet, *op. cit.*, p. 184).

reaccionaria en la que el gobierno pretendía apoyarse para plantar cara a París, mientras seguía atribuyéndose las prerrogativas del poder, que además transmitía al gobernador militar de París. La situación que se había creado en esas circunstancias no podía menos que volverse explosiva.

En la práctica, el gobierno se ve obligado a reunir y consultar a los alcaldes elegidos. Así trata de consolidar un poder intermedio entre el propio gobierno y la población. Es un arma de doble filo: por un lado, los alcaldes de distrito constituyen una especie de «tercera fuerza» entre el pueblo armado y el poder central, y tratan de ejercer el papel de conciliadores, de moderar las transiciones y las transacciones; al mismo tiempo, cuando tienen los medios y el coraje para ello, manifiestan cierta independencia ante el poder gubernamental y así avanzarán (sin saberlo) hacia la paralización y la disolución de ese poder.

Para conocer más de cerca el clima social de los días previos al 18 de marzo, vamos a citar algunos extractos de *La Guerre illustrée*, periódico autorizado, del 15 de marzo de 1871.¹⁹³ En el primer texto se muestra bastante bien cómo se pretende constituir la «tercera fuerza» conciliadora para mitigar o evitar los conflictos. En el segundo se ve cómo una alcaldía de distrito más que moderada (la del distrito I), tratando de contribuir a la acción gubernamental, interviene en la actividad económica y, en la práctica, muestra, primero, la desorganización de dicha actividad, también la posibilidad de una intervención novedosa en este ámbito en el que hasta entonces funcionaban las leyes de la libertad de empresa y de la libre competencia y, para terminar, la incapacidad del poder central, así como su disolución *de facto*.

La Guerre illustrée, n.º 67, 15 de marzo de 1871.

Reunión de los alcaldes de París presidida por E. Picard en el Ministerio del Interior para que le informen con precisión sobre el estado moral y material de sus administrados. También han asistido a esta reunión la mayoría de los concejales de distrito, así como J. Ferry. [...]

También se han tratado hechos cuya situación, muy intensa, ha asustado mucho a la población de Burdeos; las explicaciones de los alcaldes y

193 En este número se anuncian también la dimisión de Victor Hugo (de la Asamblea Nacional), la evacuación de los fuertes del este por parte del ejército alemán, la «descapitalización» de París en favor de Versalles y la reanudación del proceso contra los sublevados del 31 de octubre de 1870.

de los concejales de distrito han reducido —se nos asegura— todos estos relatos a su justa medida. De los datos que se han podido obtener, se deduce, en efecto, que la Guardia Nacional simplemente quería sustraer a las tropas alemanas sus cañones, cañones de los que se ha adueñado y que conserva bajo su cuidado.

Los alcaldes no dudan que los guardias nacionales aceptarán llevar esas piezas a parques especiales, indicadas por la administración; no habría inconveniente —afirman— en confiar la custodia de los cañones por turnos a todos los batallones de la capital, indistintamente.

En cuanto a los comités que se han creado y que se crean todos los días en el seno de la Guardia Nacional, la mayoría de los alcaldes han considerado que no están encaminados a poner trabas a la actividad de la autoridad superior, dado que la Guardia Nacional no ha dejado de obedecer ni un solo instante a las órdenes del comandante de sector. [...]

Se ha hablado del salario de la Guardia Nacional. El ministro del Interior ha declarado que la intención del gobierno no era suprimirlo de improviso. Es necesario, en la medida de lo posible, incitar a todas las personas, de acuerdo a su capacidad y a sus fuerzas, a retomar el trabajo. Es indispensable —declara— aligerar todo lo posible nuestras finanzas y liberarnos de un gran peso; pero es una medida que solo puede tomarse de manera progresiva. Todos los que trabajen o puedan trabajar serán privados de su salario y así, conforme se retome el trabajo, se acabará con un gasto cotidiano considerable.

El ministro del Interior ha afirmado alto y claro que el gobierno es republicano y no dejará de serlo y que en esta cuestión está completamente de acuerdo con la población de París, pero ha insistido mucho en la idea de que un país republicano y libre debe, más que ningún otro, poner en práctica las ideas de orden público sin las que no es posible ningún gobierno.

El trabajo es libertad.

[...] El ayuntamiento del distrito 1 abre, desde este momento, en una de las salas del consistorio, una oficina especial llamada Oficina de trabajo.

Esta oficina se encargará de recibir comunicados en los que los patrones de todos los ámbitos del comercio, de la industria y de los negocios darán a conocer los empleos de los que dispongan y las condiciones en las que ofrecen dichos empleos. Por su parte, los obreros y los empleados se inscribirán para el tipo de trabajo que soliciten. Estas dos listas estarán siempre a disposición de los interesados.

Esta oficina podrá actuar como intermediaria entre los patrones y los obreros que lo deseen, sea para proporcionar información o para allanar las dificultades que pudieran impedir la colocación de obreros y empleados. La oficina, con ayuda de una comisión, investigará de cara al futuro las mejores condiciones para activar la recuperación del trabajo; agradecerá y analizará las propuestas que se le planteen.

El ayuntamiento no duda que los habitantes del distrito I, que han demostrado sobradamente su dedicación y su espíritu de sacrificio durante la guerra, se sumarán gustosamente a la nueva tarea que la paz nos impone a todos y que alberga el futuro del país.

Los concejales de distrito: Adolphe Adam, Jules Méliné.

4

LAS «JORNADAS» DE LA INSURRECCIÓN ENTRE AGOSTO DE 1870 Y EL 18 DE MARZO DE 1871

En esta época tan agitada se produjeron varios intentos de insurrección, golpes por la fuerza o golpes de Estado. Todos tuvieron la misma naturaleza. Fueron jornadas tumultuosas en las que una minoría agitadora, a veces un puñado de personas, dirigida por algunos revolucionarios casi profesionales, por lo general blanquistas, trataban de derrocar al gobierno.

El domingo 14 de agosto de 1870, hacia las 15:00,

...un centenar de hombres se fueron reuniendo poco a poco en el bulevar de la Villette, cerca del puente del canal. Un artista callejero, cerca del cuartel de bomberos, centraba la atención de unos cuantos curiosos, atraídos por sus volatines. El líder del movimiento previsto, que había llegado al lugar en cuestión antes que los ciudadanos involucrados en esta empresa, les avisó de que se unieran al público congregado en torno al malabarista. Así, el grupo pudo reunirse sin despertar las sospechas de los agentes municipales. Hacia las 15:30, Blanqui dio la señal y el grupo se dirigió lentamente, sin tumultos, hacia el cuartel de bomberos. Ese desvío brusco en ángulo recto alertó al centinela y a los soldados del puesto, que fueron corriendo a por sus fusiles... Los sublevados eran muy reacios al empleo de la violencia. No querían aprovecharse de su superioridad numérica para hacerse con los fusiles por la fuerza. Hubo negociaciones para obtenerlos de buen grado. Las conversaciones hicieron que se perdiera tiempo. Los agentes de un puesto cercano acudieron atraídos por el ruido y se lanzaron contra los sublevados espada en mano. Al grito de «¡Los municipales!», Blanqui, Eudes y Granger salieron del patio interior y se produjo una bronca pelea... La población estaba embargada de estupor; atraída por la curiosidad y contenida al mismo tiempo por el temor, permanecía,

inútil y muda, pegada a las casas de ambos lados. Los sublevados recorrían el bulevar, que permanecía completamente desierto. Apremiaban a los espectadores en vano con gritos de «¡Viva la República! ¡Muerte a los prusianos! ¡A las armas!».

Es el propio Blanqui quien, un mes después, relata así en *La Patrie en danger* del 16 de septiembre este altercado sin resultados. En un artículo del 17 de septiembre, responde a las calumnias de los periódicos bonapartistas y de la policía, que acusaban a los alborotadores de haber recibido dinero de Prusia para comprar las armas. «No, Basile, no fue Prusia, fue el ciudadano Granger quien entregó toda su fortuna para comprarlas... El tiempo y los acontecimientos han hecho justicia a estas infamias. Eudes ha sido elegido jefe de batallón de la Guardia Nacional y el asunto de La Villette era el único motivo para que lo eligieran sus conciudadanos. En Montmartre, a Blanqui también se le ha requerido por aclamación para el mismo rango...».

Este relato ilustra el estilo del blanquismo: coraje llevado hasta la temeridad, entrega, aislamiento y, pese a ello, una popularidad inmensa y que no deja de crecer entre las masas populares, de las que el grupo conspirador se aísla en el momento de actuar.

El 31 de octubre de 1870, tras la rendición de Metz y el desastre de Le Bourget, circula por París el rumor de que se negocia con el enemigo: la sublevación está a punto de triunfar. Puede incluso decirse que consiguió sus objetivos, pero que sus líderes, como el 4 de septiembre, no supieron sacar provecho de su victoria. Desde la mañana, a pesar de la lluvia, los parisinos se congregan en torno a los carteles en los que se anuncia la nueva catástrofe militar. Los alcaldes de distrito, nombrados tras el 4 de septiembre, se reúnen con el alcalde de París, Étienne Arago, y con Jules Ferry. Piden de forma unánime unas elecciones que les brinden el respaldo moral del que carecen y el apoyo de la población. También solicitan que se ponga en situación de combate a la Guardia Nacional y a todos los hombres válidos, en lugar de separarlos en fijos (llamados sedentarios), móviles y voluntarios.

Durante la reunión, la multitud invade la plaza donde está el Hôtel de Ville. Unos quieren protestar contra los rumores de armisticio y otros, cada vez más numerosos, tumbar el gobierno de la defensa nacional. Hay banderas y pancartas con las con-

signas «¡No al armisticio! ¡Leva en masa! ¡Viva la Comuna!». En la calle de Rivoli, bajo las ventanas del general Trochu, la multitud grita: «¡Abajo Trochu! ¡Viva la Comuna! ¡Armas!». Cuando el general Trochu toma la palabra ante el Hôtel de Ville, tras un instante de silencio frío y cortés, esas mismas voces le interrumpen. Hacia las 13:15, la confusión es máxima. Los batallones de la Guardia Nacional convocados a la plaza del Hôtel de Ville (batallones burgueses, entre ellos uno del distrito X) para mantener el orden bajan las armas y se niegan a actuar. Los miembros del gobierno de la defensa nacional, en el salón amarillo del Hôtel de Ville, junto al Sena, deliberan: buscan la forma de hacer alguna concesión y encontrar un subterfugio. Solo están de acuerdo en una cosa: nada de elecciones municipales generales para una alcaldía única, nada de Comuna. Y entonces la multitud invade el Hôtel de Ville y entra en la sala de deliberación, todavía con cierta timidez: aclama a Dorian, uno de los ministros, muy popular porque ha fundido cañones en sus talleres trabajando día y noche. Son las 14:00. Henri Rochefort arenga a los manifestantes y trata de calmar la efervescencia creciente. Anuncia que habrá elecciones municipales. «¡No! ¡No! ¡La Comuna!», responde la multitud. «Ciudadanos —replica Rochefort—, es lo mismo». Han dejado de escucharle, no le creen. Lefrançais le tira de los pantalones y le hace bajar de la mesa a la que se había encaramado, ocupa su lugar y declara que se ha despojado de sus funciones al gobierno de la defensa nacional. Añade que una comisión va a preparar las elecciones de la Comuna. Ovaciones. Esta comisión, designada en el acto y presidida por Dorian, ha de incluir a siete republicanos, unos moderados (Louis Blanc, Ledru-Rollin) y otros mucho más avanzados (Blanqui, Delescluze, Millièrre, Félix Pyat). El gobierno de la defensa nacional, cuyos miembros tratan de mantener una actitud digna, se hace a un lado. No hay nada más que hacer, sobre todo porque en lugar de los batallones del orden llegan los batallones populares de Belleville y de Mouffetard (distrito V), gritando «¡Abajo el armisticio! ¡Leva en masa! ¡Paso a la Comuna!». La Comisión debe reunirse de inmediato. Por desgracia, no se consigue encontrar a sus miembros. Blanqui, al que se había privado unos días antes del mando de su batallón, no está allí. Félix Pyat no congenia con Blanqui. Dorian se escabulle y abandona el Hôtel de Ville.

No obstante, los sublevados veían la victoria asegurada cuando, primer giro inesperado, el romántico Flourens aparece de repente hacia las 16:30 a la cabeza de sus tropas: cuerpo de élite, tiradores y francotiradores de Belleville y compañías de los distritos X, XI, XVIII y XX. Hace prisioneros a los miembros del gobierno de la defensa nacional y anuncia la creación de un Comité de Salvación Pública con los mismos nombres que la Comisión de las elecciones y algunos más, como Victor Hugo, Mottu, Raspail, Ranvier y el propio Flourens. La confusión resurge y alcanza su punto álgido. Entretanto, Blanqui entra en el Hôtel de Ville, se instala en un despacho y trata de organizar este tumulto. Redacta órdenes apresuradamente: cerrar las puertas de París, ocupar las alcaldías, repeler los posibles ataques de los prusianos. Un batallón burgués del distrito VII enseguida interrumpe esta valiente iniciativa de Blanqui. Al mismo tiempo, otro batallón (batallón cuyos jefes gritan «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!», y del que una parte de los soldados creen que van a consolidar el nuevo gobierno) consigue liberar a Trochu y Jules Ferry, que vuelven al Louvre, donde pronto se les une el general Ducrot. Los demás miembros del gobierno siguen prisioneros.

Hacia las 20:00, el Comité de Salvación Pública, aunque incompleto, se reúne. Como garantía, sigue teniendo bajo custodia a Jules Favre y Jules Simon. Se envía al *Diario oficial* el decreto que contempla las elecciones y en el que figura el nombramiento de una comisión para prepararlas. La jornada parece haber arrojado los resultados esperados: elecciones municipales desde el día siguiente y sustitución del gobierno de la defensa nacional por el Comité. Los batallones populares se han ido de la plaza entre las 18:00 y las 20:00 y entonces, en otro giro dramático de los acontecimientos, la situación da un vuelco. Los «batallones buenos» se rehacen. Se reúnen y rodean el Hôtel de Ville. El ejército de línea, comandado por Ducrot, prepara un contraataque. Jules Ferry, más astuto, hace que los soldados móviles bretones, analfabetos e incitados durante semanas contra los *partageux*¹⁹⁴, ataquen bajo la dirección del conde de Legge.¹⁹⁵ Entran en el Hô-

194 Los *partageux* eran personas partidarias del reparto de las tierras y defendían la igualdad absoluta de los bienes, ideas que resuenan con las de los niveladores o *levellers* británicos del siglo XVII [N. de la T.].

195 Véase H. Guillemin, *L'Héroïque Défense de Paris*, p. 364, donde se relatan los

tel de Ville por un subterráneo donde solo vigilaban unos pocos guardias de Flourens. Vuelve a reinar la confusión. Para evitar el enfrentamiento (la jornada revolucionaria ha transcurrido sin que se derrame una sola gota de sangre y sin más violencia que la ejercida por los burgueses del distrito VII contra Blanqui, a quien han vapuleado pese a su edad), se negocia: evacuación inmediata y completa del palacio municipal, mantenimiento de las elecciones y ninguna represalia. Ferry se compromete solemnemente a ello.

Y ya tenemos al gobierno de la defensa nacional de nuevo en acción. La palabra dada no se mantiene; incluso se niega. El gobierno ordena persecuciones, revoca a los jefes de batallón implicados. En lugar de las elecciones ya anunciadas y cuyos carteles ordena rasgar, fija su plebiscito el 3 de noviembre. Entre los ciudadanos detenidos están Tridon, Vésinier, Félix Pyat, Ranvier, Vallès, Lefrançais, etc. Flourens y Blanqui consiguen escapar.

Vamos a pasar por alto la jornada del 22 de enero, en la que unos pocos centenares de guardias nacionales trataron de tomar el Hôtel de Ville por asalto y su jefe, el valiente Sapia, encontró la muerte.

Si hemos narrado los acontecimientos del 31 de octubre es para destacar las diferencias entre lo sucedido ese día y el 18 de marzo. El 31 de octubre de 1870, los sublevados tienen la iniciativa. Una multitud enorme, aunque confusa, se congrega en un lugar establecido, el Hôtel de Ville. Los líderes de la insurrección, sumidos en un desorden innegable pero con un propósito bien definido —tomar el poder—, intervienen; su intervención parece un éxito. Una vez más, se dejan engañar. La relación de fuerzas no juega a su favor. Tienen en su contra al ejército, a los batallones burgueses aún cohesionados y a los pretorianos del gobierno de la defensa nacional (los móviles bretones). Fracasan.

El 18 de marzo de 1871, son los hombres del nuevo gobierno quienes toman la iniciativa. Thiers organiza una demostración de fuerza, pero ya no tiene los medios para ello, al menos en París. El ejército regular se ha desmoralizado y descompuesto. Los componentes burgueses han huido, permanecen pasivos o inclu-

acontecimientos. Hay detalles complementarios en Choury, *La commune au quartier Latin*, p. 45. Jules Claretie se explaya al respecto (*op. cit.*, pp. 331 y s.), pero su relato es parcial. La versión de Flourens está en *Paris livré*, pp. 136-153.

so admiten el cambio político. En cuanto a los dirigentes «rojos», los acontecimientos los cogen desprevenidos; llegan tarde. Es el pueblo de París quien baja a la calle, en todas partes, en todos los barrios, quien inunda y desborda al poder vigente. Después el Comité Central organiza la respuesta a Thiers.

El estilo del 18 de marzo de 1871 es completamente diferente al del 31 de octubre de 1870.

QUINTA PARTE
LA JORNADA DEL 18 DE MARZO

1

EL CASO DE LOS CAÑONES: ¿COMLOT?, ¿PROVOCACIÓN?, ¿DEMOSTRACIÓN DE FUERZA?

El caso de los cañones de la Guardia Nacional es, en sí mismo, muy simple. Los cañones pertenecen a la Guardia o, para ser más exactos, a los batallones de los barrios. Se han pagado por suscripción y la mayor parte de las piezas llevan la marca del barrio del batallón que ha aportado los fondos. El pueblo los considera un bien suyo, de su propiedad.

Desde finales de febrero, los guardias nacionales y la población se encargan de agrupar sus cañones dispersos y de ponerlos fuera del alcance de los prusianos y también del gobierno de Thiers. Los concentran, como es lógico, en las zonas altas que dominan París: Montmartre y Belleville.

Símbolos para el pueblo y para los reaccionarios y pretextos para el gobierno, el asunto de los cañones materializa una tensión que crece durante la primera quincena de marzo, aunque de forma desigual.¹⁹⁶ Lo que vamos a tratar de establecer es si las causas subyacentes de esa tensión tenían otro origen, si el gobierno hacía que la tensión volviera a elevarse en cuanto se relajaba.

Montmartre, según escribe Jules Claretie, ya tenía cañones (los habían subido a finales de febrero, antes de que los pru-

196 Según el corresponsal en París del *Times*, n.º del 13 de marzo, noticia del 12 de marzo, «el movimiento sublevado se debilita. Falta cohesión entre sus componentes». Otra noticia del 15 de marzo confirma esta impresión. Según una noticia del 7 de marzo, en el n.º del 8 de marzo, p. 10, col. 3, el objetivo del gobierno es provocar una revolución para sofocarla restableciendo el orden y la paz. Es preciso señalar aquí que este hecho aporta un argumento a la tesis de la provocación deliberada por parte de Thiers.

sianos entrasen en París) cuando, la noche del 8 al 9 de marzo, se tomaron varias piezas por orden del enérgico Duval (distrito XIII) y las llevaron desde la alcaldía de Les Gobelins a la calle de Moulin-des-Prés. Efectivamente, Vinoy llevaba desde el 1 de marzo queriendo hacerse con las piezas que se guardaban en la plaza Vosges y el día 8 había intentado tomar por la fuerza la colina de Montmartre y las 50 piezas instaladas en el palacio de Luxemburgo. El gobierno, inquieto o fingiendo estarlo ante la acumulación de artillería en las zonas altas de París, se dirigió a los alcaldes. Según el ministro del Interior, Picard, se acordó que los alcaldes (que acababan de reunirse) dedicasen «sus esfuerzos a convencer a la Guardia Nacional para que [devolviesen] los cañones». Los alcaldes y concejales de distrito no dudaban de poder conseguirlo «con la condición de actuar con gran prudencia y gran espíritu de moderación, y de no ocultar a la Guardia Nacional nada de estos procesos ni tampoco de las decisiones del gobierno».¹⁹⁷ Las conversaciones, que se habían iniciado en esos términos, estuvieron a punto de llegar a buen puerto. Los delegados de la Guardia Nacional de Montmartre transmitieron el 12 de marzo al alcalde (Clemenceau) una declaración según la cual «el 61.º batallón, seguro de representar a la Guardia Nacional del distrito XVIII, ofrece devolver sin excepciones los cañones y ametralladoras...». En una reunión celebrada en Montmartre por los guardias de ese mismo batallón se expresaron en el mismo sentido. Los soldados-ciudadanos montaban guardia junto a las piezas ya con hartazgo, y al Comité de Montmartre, con sede en el n.º 6 de la calle Rosiers, le costó mucho convencer al 125.º batallón para que relevase al 142.º, que ya llevaba varios días hastiado de los cañones y las ametralladoras. Así pues, en ese momento el asunto de los cañones aún podía resolverse amistosamente.¹⁹⁸ Bajo el cartel en el que Duval y sus concejales de distrito anunciaban a los ciudadanos del XIII sus actos y su programa, añadieron: «Tenemos la certeza de que casi todos los jefes de batallón del distrito XIII se suman al general d'Aurelle de Paladines».

197 J. Claretie, *op. cit.*, p. 590.

198 De ahí la impresión señalada, como se ha visto, por el corresponsal del *Times* en París. La relajación no dura, y la tensión, que enseguida remonta, determina la gran Asamblea de la Guardia el 15 de marzo.

Esta relajación de la tensión no les sirve ni a la Asamblea, ni al gobierno ni al alto mando militar. Van a sucederse las medidas de provocación. Vinoy toma la iniciativa. El 11 de marzo, envía un batallón que considera fiel, el 59.º, a buscar a la plaza Vosges un cañón que le pertenece y que tiene un nombre simbólico: *Alsacia* y *Lorena*. El 59.º ejecuta la orden, lleva la pieza al Panteón (donde el alcalde del gobierno, Vacherot, arenga al batallón y anuncia que los demás batallones de la Guardia seguirán ese mismo camino) y luego a la Escuela Politécnica, cuyas puertas se han cerrado. En ese momento, el delegado del batallón, Jean Allemane, da un paso al frente y toma la palabra: «¡Este cañón pertenece al pueblo!». El batallón se dispersa y el intento de tomar los cañones se convierte en una manifestación por el Barrio Latino. 2000 guardias nacionales llevan el *Alsacia* y *Lorena* a pulso de vuelta a la plaza Vosges. A raíz de esta manifestación y ante la inquietud generalizada, los comités de los distritos V y XIII, en colaboración con Duval adoptan medidas puramente defensivas: en caso de ataque, se alertará a la población con un cañonazo de fogueo.¹⁹⁹ Vinoy, por su parte, prepara un dispositivo ofensivo: dos regimientos de línea con la artillería ocupan los jardines de Luxemburgo y se acantonan.

Ese mismo 11 de marzo, el gobierno prosigue en consejo de guerra con los procedimientos judiciales de lo ocurrido el 31 de octubre. Al día siguiente, el 12 de marzo, Vinoy prohíbe *Le Père Duchesne* (cuyo enorme éxito le molesta), *Le Cri du peuple*, *Le Vengeur*, *Le Mot d'ordre* y *La Caricature*, o sea, toda la prensa de la oposición.

Pero las noticias que agitan a la población de París vienen de la Asamblea y del gobierno. Recapitulemos los hechos. Para los notables, los rurales, los propietarios y los monárquicos declarados, reunidos en Burdeos, poco importa que la restauración se lleve a cabo, una vez más, bajo la mirada y la estrecha vigilancia del extranjero. Cuando los diputados de París llegan a Burdeos, les espera un gran espectáculo, según describe Jules Claretie.

Burdeos estaba de fiesta. Burdeos, la ciudad coqueta, lucía aún más emperifollada y más provocativa. [...] Imagínense una ciudad americana,

199 Véase Choury, *op. cit.*, pp. 72-73.

una ciudad de California, cualquier cosa exótica y a la vez parisina, el bulevar de los Italianos en San Francisco. [...] Entre los fugitivos de París se encontraba gente que echaba pestes de París tras haber vivido bien y alejados de todo peligro durante el asedio. El gran teatro se transformó en la Asamblea. Se había eliminado la palabra «teatro» del frontispicio del monumento. Se había colocado una plancha a modo de suelo sobre el escenario. La tribuna, alta y majestuosa, de madera blanca, ocupaba el lugar del apuntador. Un telón de fondo cubría el escenario y hacía las veces de decoración. El patio de butacas, las butacas y el perímetro pertenecían a los diputados. Recibían miradas desde lo alto de los palcos.²⁰⁰

La Asamblea se reúne el 13 de febrero. Sus primeros actos consistieron en insultar a Victor Hugo, de quien un tal vizconde de Lorgeril, un hidalgo bretón, afirma en la tribuna que no habla francés, y en abuchear a Garibaldi, elegido diputado en Niza, en Argel, en Côte-d'Or y en el Loira, y por último en París (4.º de la lista con 200 239 votos tras Louis Blanc y Victor Hugo, con Gambetta, por delante de Edgar Quinet, Rochefort y Delescluze). Los días 14, 15 y 16, la Asamblea realiza las verificaciones habituales, limitándose a dejar a un lado el caso de los príncipes de la dinastía francesa (elegidos en los departamentos de Haute-Marne, la Manche y el Loira) y evitando declararlos inelegibles. Cree o finge creer que el sufragio universal se pronuncia en favor de la monarquía. Solo queda esperar mejores circunstancias: la liquidación de la guerra y la impopularidad que traerán de la mano las medidas inevitables. La Asamblea gana tiempo. El día 17, con 519 de 538 votos, se nombra presidente de la Cámara a Jules Grévy (autor de una propuesta que, en 1852, había obstaculizado o entorpecido el golpe de Estado bonapartista, poniendo al ejército bajo el control de la representación nacional). Se confía en él para que medie, es decir, para que permita actuar con libertad a las facciones y las tendencias (legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos moderados o «avanzados») entre las que los monárquicos cuentan con una mayoría asegurada, aunque estén divididos.

El día 18, por unanimidad de los presentes, la Asamblea nombra como jefe del ejecutivo, presidente del Consejo de ministros, a Thiers, y le encarga, junto con Jules Favre (Asuntos

200 Véase J. Claretie, *op. cit.*, p. 563.

Exteriores) y Picard (Interior), negociar con Bismarck. «Dediquemos nuestras fuerzas a firmar rápidamente una paz que solo se aceptará si es honorable», declara Thiers a la tribuna; así establece los términos confesables del «pacto de Burdeos» y tapa el acuerdo entre los monárquicos para tomar el poder, un acuerdo pasajero dirigido contra la República y contra París.

A partir del 15 de febrero, la Asamblea arremete contra la Guardia Nacional. Los «treinta sueldos» solo se pagarán a los guardias sedentarios que presenten una especie de certificado de indigencia. Desde ese momento, la Guardia ya no será el pueblo en armas, sino una multitud de indigentes auxiliados por la caridad pública. Como es imposible desarmar a la Guardia (se sabe que no se dejará) o entregarla a los prusianos (que no han podido forzar las defensas de París), se la va a desacreditar, a dividir y después a disolver.

Desde comienzos de marzo, con la capitulación ratificada y simbolizada por la entrada de los alemanes en una parte de París (1 de marzo), la hostilidad de la Asamblea hacia París se declara cada vez más abiertamente. Fija su sede en Versalles, villa real y ciudad deshonorada a ojos de los patriotas, ciudad maldita. El París republicano, el París patriota pierde la capitalidad. Thiers nombra autoridad de la Guardia al reaccionario d'Aurelle de Paladines, impopular y acusado de haber dejado, fuera voluntariamente o por incompetencia, que se desaprovechasen los primeros éxitos del ejército del Loira y de haberlos transformado en derrotas.

El 10 de marzo la Asamblea toma medidas extremas. Abole la moratoria de los alquileres y modifica la moratoria de los vencimientos adoptada el 13 de agosto de 1870. Los efectos comerciales vencidos entre el 13 de agosto y el 12 de noviembre se vuelven exigibles siete meses después de su fecha, y todo ello a partir del 13 de marzo (tres días después de que se tome la decisión). Los efectos vencidos entre noviembre y abril deberán pagarse en un plazo de tres meses, incluidos los intereses.

Los prusianos jamás habrían osado tratar a París como lo hicieron los rurales. El objetivo de todas estas medidas es exasperar a la población de París, incluidos los artesanos y los comerciantes, a quienes los notables de provincias, terratenientes o propietarios de tierras, contemplan con el desdén de los

Propietarios, los verdaderos y absolutos poseedores del derecho divino, *jus utendi et abutendi*. La política por sí sola no basta para explicar este ensañamiento. Hay que sumarle el odio de los oscuros contra la luz, el rencor de los provincianos contra todo lo parisino (artificial o decadente tal vez, pero demasiado brillante para su gusto), el resentimiento de la periferia contra el centro, un resentimiento que el movimiento revolucionario descentralizador no ha conseguido dominar. Hay que sumarle, en definitiva, la furia del orden moral contra la (supuesta) inmoralidad de París, y de la cobardía contra la valentía.

Al suprimir la moratoria de los alquileres y autorizar la recaudación de los alquileres impagados de los últimos seis meses, la Asamblea da carta blanca a esos personajes tan odiados que simbolizan la unión de dinero y poder: los propietarios. Se pone al pobre a merced del rico, y a tres cuartas partes de París a merced de aquellos a los que el pueblo llama «buitres».

Vamos a ceder en primer lugar la palabra al autor de *La Vérité sur la commune*, que defiende la tesis del complot puro y duro. «La historia imparcial juzgará cómo jamás a ninguna otra ciudad del mundo se la ha provocado a la insurrección como se ha hecho con París».²⁰¹ Según él, hubo una conspiración organizada por los monárquicos y los partidarios del clero.

La gran conspiración de la que París ha sido víctima ha moldeado en todas partes el espíritu público. La reacción ha sembrado en todas partes calumnias y odio. A los guardias nacionales que tiritaban bajo sus ilustres harapos se los llama ahora canallas andrajosos que juegan a ser soldados. Se trata a esta gente hambrienta de borrachos. A estos batallones que en Montretout asombraron a los oficiales regulares les llueven los insultos.²⁰²

El autor afirma que los organizadores del complot eran varios obispos. Asegura que se habían celebrado conciliábulos secretos entre los dirigentes de la Iglesia y los hombres fuertes de la reacción y del gobierno. Al parecer, uno de esos prelados habría declarado: «Queremos la gran sangría indispensable para restablecer la religión y la monarquía». Y en estas reuniones se habrían hecho otros comentarios:

201 *La Vérité sur la commune*, p. 15.

202 *Op. cit.*, n.º 1: «Les provocations» [«Las provocaciones»].

Es necesario que, a ojos de la burguesía parisina, de la Francia conservadora y de la Iglesia, la legalidad esté de nuestra parte. Es preciso que los suburbios se subleven. Las medidas que vamos a tomar parecerán duras, pero son indispensables. Esta población no reacciona ante los golpes de timón, así que, si es necesario, habrá golpes de otro tipo... Es necesario —comenta otro de los asistentes— que los agentes judiciales sigan muy de cerca a los inquilinos para echarlos de las casas, igual que los hurones hacen que los conejos salgan de las madrigueras.

Parece ser que Laurier, un conocido abogado, supuesto republicano, sospechoso de haberse llevado una comisión demasiado elevada en el préstamo de Morgan (contratado por Gambetta para financiar la resistencia y negociado por intermediarios), un individuo ansioso por demostrar su adhesión a los extremistas de la época para que no examinasen sus cuentas muy de cerca, habría asistido también a estas sesiones. Charlatán, fanfarrón e indiscreto, parece haber sido él quien difundió después esas palabras, entre risas: «¡Eso, eso! ¡Que salgan los conejos! Todo el mundo les dará la razón a los perros...».

Lissagaray, por su parte, incrimina a los jesuitas²⁰³ y sugiere que Thiers fue su instrumento político.

¿Chismes? ¿Rumores incontrolables? La participación patente del autor de *La Vérité sur la commune* en la campaña a favor de la amnistía y contra el clericalismo, así como el jacobinismo de Lissagaray, no permiten seguir sus relatos sin reservas. No aportan pruebas. No obstante, no se puede descartar ni refutar la tesis del complot. Un escrutinio muy detallado de los textos y los documentos (de lo que queda de ellos) tal vez permitiría aportar argumentos, si no pruebas.

Lo interesante es que corriera el rumor, como precisa el autor de *La Vérité sur la commune*. Y también lo son los detalles que da sobre los días previos al 18 de marzo. Cuenta anécdotas significativas. Los propietarios estimulaban el celo de los agentes judiciales, que trataban con los inquilinos y que a menudo también eran patriotas.

Uno de esos propietarios de varios inmuebles «dio revólveres a una banda de rapaces, a los que pagaba bien y usaba para impedir a sus inquilinos que salieran de casa. Había colocado

203 *Op. cit.*, p. 78 [ed. en cast.: p. 82].

un centinela armado delante de cada edificio que le pertenecía y estaba al mando de un grupo de cinco hombres preparados para dirigirse a todos los sitios en los que uno de esos centinelas pidiese refuerzos». Quería evitar que los inquilinos se mudasen sin pagar, porque los muebles servían legalmente como prenda.

A los agentes judiciales les faltaba entusiasmo; los propietarios fijaron la consigna: ¡expulsión!, ¡expulsión! «Compraban camas de hierro para sustituir las camas de madera que tenían valor comercial».

Una inquilina con dos hijos había perdido a su marido durante el asedio. En una «jugada sublime», había llamado a un carpintero para que serrase por la mitad el lecho conyugal. «Nunca me voy a volver a casar, hijos míos; llevaré toda la vida luto por vuestro padre, muerto por Francia». El propietario le reprochó que hubiera estropeado el mueble y lo hubiera usado para calentarse. «Hablas prusiano», le respondió indignada la mujer, que además se encontró con la hospitalidad de sus vecinos, porque el gesto del propietario los había encolerizado. Más tarde, esa mujer moriría en las barricadas, añade el autor.

Estos pequeños sucesos demuestran una ofensiva de clase contra el pueblo y la clase obrera. No muestran un centro político en acción que cuente con medios y poderes de decisión.

Desde luego, es innegable que entre el 13 y el 17 de marzo 150 000 protestos de letra de cambio indican que los pequeños y medianos comerciantes de París, igual que los artesanos, no pueden afrontar los vencimientos. Por una ciudad en la que reina el desempleo masivo deambulan 20 000 guardias móviles; según el acuerdo de armisticio (art. 6), se los ha considerado prisioneros de guerra, pero se los ha dejado en el interior de la ciudad, a cargo de las autoridades, que los echan a la calle con 10 francos en el bolsillo.

«Lo que no pudieron hacer los peligros del sitio, lo hizo la Asamblea: la unión de la pequeña burguesía con el proletariado».²⁰⁴ Enseguida se crea un comité de comerciantes y fabricantes con más de 1000 miembros, que publica una enérgica protesta contra la ley Dufaure, «desastrosa e inicua». En *Le Père Duchesne*

204 Lissagaray, *op. cit.*, p. 90 [ed. en cast.: p. 93]. Véase también Yriarte, *Les Prussiens à Paris et le 18 mars*, sobre los protestos y las amenazas de bancarrota.

del 5 de marzo (16 de ventoso del año 79) se proclama la enorme cólera que está a punto de estallar «a propósito de los pobres diablos patriotas a quienes los propietarios echan a la calle». Vermersch, en el primer artículo del primer número, se erige en el portavoz violento de esa cólera.

No basta con haber soportado el hambre, haber derramado nuestra sangre y haber padecido todo tipo de afrentas; aún nos quedan tres letras por pagar. Hace más de seis meses que no hacemos nada, no vendemos nada. ¿Con qué vamos a pagar esas tres letras? No las vamos a pagar. De donde no hay no se puede sacar: los 4000 millones de alquileres con los que se ceba anualmente el parasitismo del capital no podrán salir de las cajas vacías de esta Francia arruinada.

Cederemos ahora la palabra a J.-B. Clément, músico y periodista. En el n.º 16 de *Le Cri du peuple*,²⁰⁵ el 10 y el 11 de marzo, en un texto titulado «La situación» trata de hacer balance con intensidad pero sin acritud. Acusa a los hombres en el poder de mantener voluntariamente el nivel de la tensión popular. Entre las dos partes del artículo, conservamos los «ecos», que reflejan la tensión política.

La situación.

Como todavía hay gente que se atreve a acusar al pueblo y a responsabilizarlo de la situación en la que se encuentra París, vamos a demostrar que son los hombres de su gobierno quienes nos han traído hasta aquí...

¿Qué nos encontramos los de la 27.^a, tras una noche febril y ansiosa a la intemperie? Dos carteles. Uno en el que Thiers suplica a Francia que claudique y con el aviso de que no se escatime para hacer que la estancia de los prusianos en París sea agradable; el otro es de Vinoy y se titula «Orden del día».

Destacamos las dos frases siguientes: «Algunos batallones, en su mayoría engañados, han tomado las armas y han servido, sin saberlo, a propósitos reprobables».

Y más aún: «Se buscará activamente a los autores de estos desórdenes para evitar que hagan daño».

Esos «algunos batallones» de los que se habla los formaban por lo menos 60 000 hombres y no tenían otro reprochable propósito que el de no dejarse sorprender ni degradar. En cuanto a los agitadores a quienes con tanta crueldad se amenaza, no eran más que apasionados patriotas y víctimas de la traición que no entienden el honor nacional de la misma

205 Último número antes de su prohibición.

forma que aquellos que ponen su espada a disposición de quienes dan golpes de Estado y la entregan intacta a los invasores de la patria.

Sigamos.

Cuando ya se ha utilizado al pueblo y ya no se lo necesita, y sabiendo que los talleres están cerrados y que no se retoma el trabajo, que el comercio agoniza, se suprimen los 30 sueldos.

Y el 1 de marzo, la misma mañana en la que los prusianos entran en París, mientras desfilan con su banda de música a la cabeza por la avenida de los Campos Elíseos, en ese mismo momento, se obliga a los guardias nacionales a dirigirse con sus esposas a los oficiales que han de pagarles para interpretar el papel de solicitantes y para que verifiquen su miseria. Como si, tras cinco meses de asedio, la miseria no fuera el pan de cada día de todos los trabajadores...

¡Ah! Pero las gentes del pueblo somos demasiados y amamos la República con demasiado fervor como para no contarle todo sobre la situación y no responsabilizar a quienes nos han llevado a ella.

Mañana, pues, no seguiremos con las recriminaciones, sino con pruebas que queremos aportar en interés de la verdad y de la justicia, las bases de la revolución democrática y social». (continuará)

Ecos.

Está bien acostumbrarse a charlar de nuestras cosas por las esquinas.

Ayer por la noche aún había grupos de ciudadanos en la esquina del bulevar y del barrio de Montmartre.

Molesta un poco a la gente que va con prisa, pero no se trastorna en absoluto el orden.

Observemos, ciudadanos, en qué medida esto nos demuestra la inutilidad de los agentes municipales.

El gran tema del orden del día es la inadmisibilidad de d'Aurelle de Paladines como general en jefe de la Guardia Nacional.

Se propone encarecidamente a Garibaldi.

La mayoría está a favor del gran ciudadano.

¡Bravo!

Los rumores de sublevación en París circulan con fuerza por Burdeos.

Se espera, no obstante, que se repriman las revueltas imaginarias de nuestra pacífica Guardia Nacional. Y que el desarme se lleve a cabo fácilmente.

¡Ese es, en efecto, el quid de la cuestión!

¿El desarme?

¡Habrá que probar, medirse un poco, a ver!

Los cobardes de Burdeos no quieren reunirse en París. Picard, que toma medidas en consecuencia, es de otra opinión.

Según afirma *Le Gaulois*, habría declarado: «Cuando se va a domar a un caballo, hay que empezar por montarse encima».

¡Tienes razón, Picard!

Pero tenemos que advertirte de que es un purasangre.

Reunión de los alcaldes según Picard: «Los delegados del Comité Central de la Guardia Nacional se juegan la cabeza, simple y llanamente».

N.º 17, sábado 11 de marzo de 1871.

La situation, escrito por J.-B. Clément. (Continuación)

... ¡Los cañones! Es un tema grave sobre el que volveremos cuando y donde corresponda.

Entre tanto, que sepa todo el mundo que los famosos cañones de los que tanto se han ocupado y que tantas emociones han suscitado en los burgueses los habían dejado en el parque, en la plaza Wagram, es decir, en pleno territorio prusiano; ha de saberse que la incuria del gobierno es imperdonable y que, si aún tenemos la artillería por suscripción, se lo debemos al pueblo.

Y por lo demás no se ignora nada respecto a este tema, tal y como lo ha contado el señor *Diario oficial*, cuya especialidad es ignorarlo todo y, de esa manera, tergiversar los hechos.

He aquí la verdad:

Las primeras piezas las llevaron a Montmartre unos ciudadanos de Passy y de Auteuil, miembros del 38.º batallón.

Admitieron haberse sorprendido de que el gobierno no hubiese tomado medida alguna para proteger de los invasores esos cañones, que no estaban incluidos en el trato de la entrega de París.

Esta loable iniciativa, que no había partido de ninguna orden superior y que habían tomado unos ciudadanos de dos barrios de las afueras, por lo general muy tranquilos, ¿no es acaso la condena más deshonrosa que se puede imponer a los errores de un gobierno?

Fue entonces cuando todo se puso en marcha y los guardias nacionales de Montmartre corrieron a por los cañones y se los llevaron el lunes y el martes a plena luz del día —habéis leído bien: a plena luz del día— sin toparse con ningún obstáculo, ni siquiera por parte del gobierno.

El pueblo tiene los cañones y los custodia pacíficamente sin amenazas ni provocaciones. Los ciudadanos de los barrios ni siquiera se paran en las esquinas, los pobres se las arreglan a duras penas con un trozo de pan y los niños con una mala sopa, y no se escucha ni una sola queja; y, así las cosas, Vinoy se atreve a creer que la sociedad está en peligro y se permite telegrafiar a Burdeos diciendo que París está perdido si no le envían inmediatamente 40 000 hombres armados hasta los dientes.

Y el ministro del Interior no destituye a los prefectos que, haciéndose eco del general comandante de París, ordenan que se coloquen en sus departamentos carteles en los que se dice que París está sumido en la violencia a sangre y fuego.

¿Para qué necesita Vinoy 40 000 soldados, si ya somos aquí 300 000 ciudadanos en armas? O una cosa o la otra. O bien estos 300 000 hombres

son 300 000 sinvergüenzas a los que pretende hacer entrar en razón con 40 000 soldados, o bien es en realidad la reacción la que, degradando su uniforme, quiere lanzar al ejército regular contra la milicia ciudadana y gozar de un sangriento espectáculo al abrigo del peligro. De lo contrario, Vinoy ha hecho una afrenta no solo a la población de los barrios, sino a toda la Guardia Nacional de París, porque burgueses y obreros, ricos y pobres, sirven codo con codo y con el mismo uniforme desde hace casi seis meses. El pueblo de París no quiere que se burlen de él.

Para resumir, diremos que se encuentran indicios e incluso pruebas de la *premeditación*, desde la ley Dufaure sobre los vencimientos y las condenas a muerte de Blanqui y de Flourens, pasando por las prohibiciones de periódicos del 12 de marzo y hasta los movimientos de tropas hacia París, con el consentimiento de los prusianos, para «restablecer el orden» y ayudar en esa labor a la Guardia Nacional, según los acuerdos del armisticio.

¿Qué se tenía en mente? ¿Qué objetivo se buscaba? ¿Provocar deliberadamente una sublevación para aplastarla? ¿O simplemente hacer una demostración de fuerza? ¿Qué se proponía Thiers? ¿Quería que corriesen ríos de sangre?

El problema que quería resolver tenía tres factores principales: 1) el desarme; 2) la represión, y 3) la organización de la República moderada, liberada de la doble amenaza de los monárquicos y los socialistas. Para resolverlo, ideó tres operaciones: 1) una provocación; 2) la negativa a toda conciliación, y 3) la intervención brutal de la policía y del ejército. Después se adueñaría de la situación y la Asamblea Nacional votaría todo lo que él pidiese. Sería distinto si la población de París permaneciera tranquila ante las provocaciones, se dejase desarmar, amenazar y acallar sin oponer resistencia. Entonces él no podría seguir presentándose como salvador durante mucho tiempo. Seguramente sus servicios se olvidarían con bastante rapidez. No tendría el prestigio de San Jorge tras abatir a la hidra de la anarquía. Sembraría en los barrios peligrosas simientes de odio y de desorden. El gobierno le resultaría difícil, si no imposible... Una sublevación derrotada por él le era indispensable para guardar el equilibrio, para mantener firme el timón entre la Caribdis monárquica y la Escila revolucionaria.²⁰⁶

206 Edmond Lepelletier, *Histoire de la commune de 1871*, t. 1, pp. 273-274. Véanse también las declaraciones de J. Allemane, «Enquête sur la Commune de Paris», *Revue Blanche*, 1897, p. 30.

Así pues, la política de Thiers le confería el lugar preponderante, fundaba una república constitucional y burguesa y neutralizaba a una izquierda aislada de su facción en marcha con una derecha a la que le preocupaba poco confrontar ella sola a la clase obrera; esta política centrista suponía una provocación deliberada. En términos que impliquen un intento de análisis de la relación de fuerzas, esta es la mejor argumentación a favor de la tesis de la provocación.

Nosotros no estamos seguros de querer pronunciamos. Es demasiado fácil atribuir *a posteriori* a un hombre de Estado el maquiavelismo político más profundo. Efectivamente, todo sucedió como si E. Lepelletier tuviese razón. Por otro lado, la historia parece mostrar que los hombres de Estado al estilo de Richelieu o de Talleyrand son en efecto capaces del maquiavelismo más profundo. En este sentido, la historia contemporánea reafirma la de los siglos anteriores.

Vamos a decir que Thiers era el único que tenía lo que en lenguaje moderno se llama una táctica y una estrategia. Así lo había demostrado durante las diversas conversaciones y negociaciones, antes, durante y después de la guerra de 1870; por eso venció. En efecto, su táctica y su estrategia incluían el proyecto de una república conservadora, burguesa y parlamentaria. Él además nunca ocultó, ni ante la Comisión de investigación ni en sus *Mémoires*, que se había propuesto firmar la paz y también someter París.

No obstante, debemos diferenciar táctica y estrategia. Desde el punto de vista táctico, Thiers podía intentar someter París sin arriesgarse a una derrota. ¿Habría previsto expresamente una sublevación victoriosa, seguida de la huida a Versalles y de la contraofensiva militar, cosa que además él había aconsejado en 1848? Era una jugada que albergaba muchos posibles peligros. Por otro lado, la forma de funcionar, de refloatar el asunto de los cañones, sugiere un propósito pensado muy a fondo.

Con todas las reservas y evitando las habituales injurias, podemos suponer que Thiers quiso, preparó y organizó (junto con Vinoy, Jules Favre y algunos más) la demostración de fuerza, en condiciones que consideraba favorables y con el pretexto que le brindaban las circunstancias.

También vamos a decir que se produjo un fenómeno sociológico notable: una intensificación de la conciencia de clase en la mayor parte de los «ricos», sobre todo en provincias, entre los terratenientes y en gran parte de la burguesía (aunque otro sector siguió siendo burguesía liberal, conciliadora y republicana moderada, especialmente en París, donde algunos casos aislados llegaron incluso a pasar al otro lado de la barricada). En nombre de esta conciencia de clase llevada al paroxismo y sustentada por la ideología religiosa y del orden moral, los elementos más reaccionarios se encontraron con la ocasión oportuna para una ofensiva generalizada (económica, social y política) contra el patriotismo popular que, en el caso de los «pobres», estaba vinculado a tendencias socialistas. Seguramente se formaron, y tal vez incluso actuaron, núcleos conspiratorios por cauces clandestinos. En este sentido, podemos hablar de un extenso complot reaccionario contra París, al que se quería reprimir para aplastar la República y a los «rojos».

Thiers no sería la esencia y el genio malvado de este movimiento, el instigador del complot, en la medida en que existiera tal complot. Prefiere una república parlamentaria, que es un mejor instrumento político para sus ambiciones y su sed de poder y también para mediar entre las divisiones y las facciones de las clases dirigentes. Pero él se beneficia de la situación; le saca el máximo provecho, aunque no la haya creado él solo. Si la demostración de fuerza que anhela sale bien (y está seguro de que saldrá bien), habrá aplacado París, a la Guardia y a su Comité Central con daños mínimos. Así pues, según esta hipótesis, es él quien toma la decisión crucial, la de la marcha nocturna del ejército regular de París a los lugares donde la Guardia ha instalado y vigila los cañones. Por lo tanto, hay un delito con premeditación, pero el delito que se comete no es exactamente el que se había previsto, y la decisión política conlleva un destino que va más allá de ella. Como por arte de magia, París va a cambiarlo todo. La decisión provoca el acontecimiento, pero el acontecimiento es distinto de lo que buscaba la decisión. Con el inmenso movimiento del París que se subleva, se estremece y se transforma, se habrá pasado de la demostración de fuerza a la guerra civil. Por tanto, la estrategia de Thiers reportará aciagas maravillas.

2

LA NOCHE Y EL AMANECER DEL 18 DE MARZO

Vamos a intentar reconstruir este día hora a hora, contarlo como una película:

1.º Teniendo en cuenta múltiples fuentes y testimonios (tanto el blanquista Da Costa como las crónicas del corresponsal del *Times*, tanto *La Vérité sur la Commune* como los documentos oficiales), de manera que, en la medida de lo posible, se compensen unos a otros, sin llegar a sobrecargarnos en exceso de las referencias a las que remite cada corriente;

2.º Partiendo de una explicación tan precisa como sea posible de la situación la noche del 17 al 18 de marzo, a la que denominaremos por convención «hora cero»;

3.º Considerando la confusión y el desorden de los hechos, pero también el orden que ponen de manifiesto, es decir, un plan por parte del gobierno y una estructura ya implementada por parte del pueblo;

4.º Tratando de comprender la incidencia de las formas de comunicación y de información, que fueron improvisadas pero eficaces del lado de los sublevados (redobles de tambor, toque a rebato, cañonazos de fogeo, mensajes, estafetas), y rápidas (telégrafo) pero de uso burocrático y pronto desorganizadas del lado del gobierno.

Medianoche

Los famosos cañones están concentrados sobre todo en las zonas altas que dominan París. El pueblo, que ya no cree en simbolismos abstractos, ha dado con estos símbolos concretos. Las piezas habían sido trasladadas hasta allí por multitudes

abigarradas: guardias, obreros, mujeres y niños que tiraban voluntariamente tanto de las más pesadas como de las más ligeras. Al pueblo no le hacían falta esos caballos sin los que no podía vivir el ejército regular, bien organizado, pero prisionero de su disciplina formal y de los despachos que lo dirigen. Que el pueblo haya empujado la artillería de la Guardia hacia las zonas altas ha sido cuestión de instinto. Las colinas son fáciles de fortificar y de defender, y eso son las zonas altas, dignas de estos cañones que pertenecen al pueblo armado. Cuando hizo falta controlar París, el cañón —en época de Bonaparte— retumbó en la capital. Ahora, es el pueblo quien posee este terrible instrumento del poder. Aunque la guerra está perdida, conserva varias piezas del armamento más poderoso, el más moderno: cañones y ametralladoras de fabricación reciente y perfeccionada.

¿Dónde están los cañones?²⁰⁷

En 17 puntos de París.

Colina de Montmartre: 91 piezas del nuevo modelo, 76 ametralladoras y 4 piezas de 12 libras (en total 171 piezas);

Buttes-Chaumont: 22 piezas de 12 del modelo antiguo, 24 piezas de 7 del modelo nuevo, 3 piezas de 16 del modelo antiguo, 1 pieza corta de 24 y 2 obuses, o sea 52 piezas;

Sala de La Marseillaise, calle de Flandres: 31 piezas del modelo antiguo (calibres 12 y 16) procedentes de las murallas;

La Chapelle: 22 piezas del modelo antiguo y 8 ametralladoras (43 piezas en total);

Clichy: 8 piezas y 2 ametralladoras;

Belleville: 16 ametralladoras y 6 piezas convertidas;

Ménilmontant: 22 ametralladoras, 6 piezas de 12 y 12 piezas del modelo nuevo (en total 70);

En total: 417 de todos los modelos.

Desde que cae la noche, un general cuyo nombre se desconoce inspecciona los cuarteles, entre ellos el de Château-d'Eau. Allí da órdenes precisas: dejar el 3.^{er} batallón del 120 regimiento de línea en el cuartel y ponerlo en estado de defensa; ocupar el barrio del Temple con el 1.^{er} batallón y la plaza Real con el 2.^o. Sus instrucciones son despiadadas: la tropa abrirá fuego sin

207 Según Kerjantsev, Moscú, pp. 177 y s., completado por distintas informaciones, en particular *La Vérité sur la Commune*, p. 210.

advertencias sobre cualquier multitud. (El 120.º de línea se va a dispersar cuando se presente ante él la Guardia Nacional).

Casi a la vez, un asistente pasa por los puestos de la Guardia en Montmartre. Lleva una orden (falsa) de evacuación firmada por el alcalde: Clemenceau. Se obedece la orden. Gracias a esta artimaña, solo se quedan siete hombres para custodiar 171 piezas de artillería que iban a ser atacadas por un cuerpo del ejército,²⁰⁸ más un pequeño destacamento en Moulin de la Galette.

Entretanto, empiezan a colocarse en los barrios del centro carteles con estos dos textos:

Va a publicarse una proclamación del jefe del poder ejecutivo que se colocará en los muros de París para explicar el objetivo de los movimientos que se están llevando a cabo. Ese objetivo es el fortalecimiento de la República, la represión de toda tentativa de desorden y la recuperación de los cañones que atemorizan a la población. Las tropas han tomado y ocupado las colinas de Montmartre y también Buttes-Chaumont y Belleville. Los cañones de Montmartre, de Buttes-Chaumont y de Belleville están en manos del gobierno de la República. (D'Aurelle de Paladines).

El segundo cartel comienza así:²⁰⁹

Habitantes de París:

Apelamos de nuevo a vosotros, a vuestro juicio y a vuestro patriotismo, y esperamos que nos escuchéis.

Vuestra gran ciudad, que solo puede vivir con orden, vive profundas agitaciones en algunos barrios, y el tumulto de esos barrios, aunque no se propague a los demás, basta para impedir la vuelta al trabajo y a la abundancia.

Hace algún tiempo que algunos hombres malintencionados, so pretexto de oponer resistencia a los prusianos, que ya no están en nuestros muros, se han adueñado de una parte de la ciudad; allí han construido trincheras, montan guardia y os obligan a montar guardia con ellos por orden de un comité oculto. Ese comité asegura comandar por sí solo a una parte de la Guardia Nacional, ignorando así la autoridad del general d'Aurelle, que tan digno es de dirigiros, y quiere formar un gobierno que se opone al gobierno legal, instituido por sufragio universal.

Estos hombres que tanto daño os han hecho, a los que vosotros mismos dispersasteis el 31 de octubre, hacen alarde de su propósito de defenderos de los prusianos, que no han hecho más que aparecer ante

208 *La Vérité sur la commune*, p. 216.

209 *Murailles politiques*, III, p. 3.

vuestros muros y cuya partida definitiva se retrasa por estos altercados; apuntan con cañones que, si disparasen, no alcanzarían más que vuestras casas, a vuestros hijos y a vosotros mismos; en resumen, ponen en peligro la República en lugar de defenderla, porque si calase en la opinión de Francia que el desorden es compañero necesario de la República, la República estaría perdida. No les creáis, escuchad la verdad que os contamos con toda sinceridad...

París, 17 de marzo de 1871.

Thiers, presidente del Consejo,
jefe del poder ejecutivo de la República.

A continuación figuran las firmas de los distintos ministros.

En el mismo momento (hora cero), un Consejo de gobierno, en realidad un auténtico consejo de guerra que permanece reunido hasta las 2:00 de la mañana, momento en el que se iniciarán las operaciones, dispone el dispositivo militar. Thiers ha llegado a París dos días antes. En París, no ha encontrado más que 12 000 hombres armados (la división Faron), más 3000 gendarmes. Ha obtenido de inmediato la autorización de Bismarck para que el ejército llegue a 40 000 hombres. Debe presentarse ante la Asamblea Nacional el 20 de marzo. La fecha se acerca. Thiers no puede esperar para actuar.

Según el plan de Vinoy, la división Susbille, encargada de tomar Montmartre, estaba compuesta por dos brigadas, comandadas por los generales Paturel y Lecomte. La brigada de Paturel la integraban un batallón de cazadores a pie (el 17.º), dos batallones del 76.º de línea, otro batallón que hasta entonces estaba instalado en el Palacio de Industria y media compañía del cuerpo de ingenieros, más los agentes municipales armados.

La brigada de Lecomte la formaban tres batallones del 88.º de marcha, un batallón de cazadores (el 18.º), media compañía de la Guardia Republicana, media compañía de ingeniería y policías armados. Los agentes municipales, considerados de confianza, debían ir por delante y apoderarse de los centinelas y los puestos (lo que demuestra que el mando militar no confiaba por completo en sus tropas) y luego hacer detenciones y registros y tomar medidas represivas.

La brigada de Paturel tenía que salir de la plaza de Clichy y rodear el cementerio de Montmartre por la avenida de Saint-Ouen, la calle Marcadet y la calle Saules. Desde allí tenía que dirigirse por la calle de Norvins al parque de Moulin de la Ga-

lette. Mientras se producía este movimiento, un batallón iba a instalarse al pie de la colina, en las vertientes norte y oeste, y el 17.º batallón de cazadores permanecería en reserva, a disposición del general de la división Susbille, en el bulevar de Clichy y la plaza Pigalle, con guardias republicanos y dos piezas de artillería.

En cuanto al general Lecomte, tenía que ascender la colina de Montmartre por la calle Mont-Cenis con dos batallones del 88.º, municipales, guardias republicanos y la media compañía de ingeniería. Según la orden de marcha, quedarían en reserva en el bulevar Rochechouart el 18.º batallón de cazadores a pie y una batería de artillería, y el 3.º batallón del 88.º debía ocupar el este de la colina.

Por lo tanto, el dispositivo era preciso, correcto y estaba bien preparado desde el punto de vista policial y militar. Su objetivo no era solo tomar los cañones, sino desarmar a la Guardia, hacerse con los comités, detener a sus miembros y hacer registros. Sin embargo, la mayor parte de las tropas de línea a las que se les había encomendado esta delicada misión venían (con la autorización de los prusianos) de Le Havre, de los acuartelamientos de Tansonville, de las dársenas y de la fabricación de tabaco. En el propio Le Havre, los soldados habían saqueado las fábricas; se habían producido incidentes durante las elecciones. La votación de los soldados fue ridícula, sobre todo en el 88.º; los soldados, en fila, depositaban su papeleta en presencia de tres oficiales en un gran cuenco. Los oficiales preguntaban a los que votaban: «¿Eres mayor de edad?». Habrían dejado votar a los menores si eran de la corriente reaccionaria.

Estos regimientos, ya agitados, habían salido de Le Havre el 2 de marzo; habían hecho una parte del trayecto por la vía férrea y el resto a pie, a marchas forzadas, rodeando París para evitar atravesar las líneas prusianas. Se les hizo acampar en calles y plazas: avenida Malakoff, plaza l'Étoile, plaza de Trocadero y alrededores. Al ver París muy tranquilo, algunos soldados se indignaron por los rumores que se habían propagado. El día 17 por la noche, algunos de ellos —soldados y suboficiales— habían asistido a reuniones (p. ej., en la calle de la Nation, cervecería Lauer) y habían confraternizado con la población. El 17 por la noche, los más enérgicos habían jurado públicamente no dispa-

rar al pueblo. Estos hechos, que el gobierno y el mando militar no podían menos que conocer, explican, igual que las medidas policíacas que preparaban el ataque y la toma de los cañones, la presencia de tropas de apoyo y sobre todo de policía armada.

El dispositivo de ataque contra Montmartre (especialmente importante debido a la fuerza de la posición²¹⁰ y al número de cañones, y también por la actividad de su comité local y de la población) no era más que una parte de un plan mucho más amplio que pretendía ocupar todos los barrios obreros y los puntos estratégicos (fuertes, arsenales, bulevares, edificios públicos) y desarmar por completo a la población de los barrios periféricos. El general Faron y su división, que tenía a sus órdenes al general La Mariouse, debía apoderarse de Belleville y de Buttes-Chaumont. Otros destacamentos, bajo el mando de los generales Wolff, Derroja y Maudhuy, iban a ocupar la plaza de la Bastilla, el Hôtel de Ville. El general Hanriou iba a tomar la orilla izquierda, y el 135.º de línea permanecería en reserva general en los jardines de Luxemburgo y el Panteón. Como señala Da Costa,²¹¹ es un plan de ocupación militar de todo París.

Para completar esta amplia operación, el gobierno contaba con los «batallones buenos», los de los barrios del centro. Durante la misma noche del 17 al 18, el general d'Aurelle de Paladines había convocado a los comandantes de los 40 batallones «burgueses» a los que consideraba de confianza. El general aseguró a los oficiales reunidos, unos 60, que en las altas esferas se esperaba un ataque de la gente de Belleville al Hôtel de Ville. Propuso juntar los batallones de confianza desde las 6 de la mañana del 18 de marzo y dividir París en sectores; quería designar a los oficiales que serían responsables de esos sectores. Estos últimos le respondieron que no creían que sus hombres, ni siquiera los de mayor confianza, aceptasen abandonar sus respectivos barrios.

210 «Estas fortificaciones se habían construido bajo la dirección de un hombre con experiencia... Allí arriba, ante nosotros, se alzaba una fortificación atrincherada extremadamente fuerte con guardias nacionales ocultos en las trincheras, apuntándonos con sus armas. En otras palabras, la guerra estaba suspendida sobre nuestras cabezas» (*Journal de Fidus*, pp. 378-379). Los cañones estaban rodeados de parapetos, en una plataforma sobre la que se elevaba la cima de la colina, defendida por un muro. Había dos llanuras, la interior y la superior, y dos parques, de los que el superior era el más importante.

211 *La commune vécue*, I, p. 73.

El más franco de estos oficiales declaró que dudaba de que, de 1200 hombres, más de 200 respondiesen a ese llamamiento. No obstante, el general d'Aurelle de Paladines mantuvo sus consignas; ejecutaba las órdenes de Vinoy y del gobierno y no podía eludir llevar a cabo (o tratar de llevar a cabo) la parte del plan que se le había asignado. El plan incluía, como último detalle, la entrada en acción de los comisarios de policía, que tenían órdenes de arresto.

En el consejo de guerra, el ministro de Guerra, el general Le Flô, insiste para que los soldados lleven su petate y víveres. No se acepta su propuesta. La operación debe hacerse con celeridad, sin impedimenta.

De todos estos detalles, sin duda sorprendentes (falta de víveres y de bebidas para los hombres, uso de tropas indisciplinadas y fatigadas), hay quienes deducen que varios personajes de las altas esferas deseaban que la operación fracasase. ¿Por qué motivo? Para tener, en lugar de una jornada exitosa para el gobierno, una insurrección; en vez de una revuelta aplacada de inmediato, la «gran sangría». Circularon rumores en ese sentido y el autor de *La Vérité sur la commune* se hace eco de ellos. Los ve como una de las pruebas de la gran provocación. Como estos hechos pueden atribuirse bien a las circunstancias o bien a la incapacidad de los militares profesionales, y dado que no hay documentos que de verdad lo prueben, nosotros mencionamos esta opinión y evitamos sumarnos a ella.

De 02:00 a 03:00

En los cuarteles, los campamentos y los acantonamientos, los soldados se encuentran en estado de alerta y listos para marchar. El clarín no ha tocado diana. Las primeras líneas se ponen en marcha en silencio.

El Consejo de Guerra termina su sesión en el palacio del Louvre. Por una extraordinaria coincidencia, el Comité Central de la Guardia Nacional también ha celebrado una reunión. Ha dedicado la tarde y parte de la noche a labores de organización: reparto de tareas y reuniones de comisiones. Ha nombrado una nueva comisión, la llamada Comisión de guerra, que todavía no se ha puesto en funcionamiento. A las 2:00 de la madrugada, los miembros del Comité Central se despiden. Se citan al día si-

guiente (o más bien ese mismo día, 18 de marzo) a las 23:00 en su nueva sede, la escuela de la calle Basfroi. Cada uno de ellos regresa apaciblemente a su domicilio. Es sorprendente: 35 hombres deambulan por una ciudad que atraviesan por todas partes tropas en armas. ¿Cómo es posible que no se enteren de nada? A pesar de que el corresponsal del *Times* en París sospecha que algo va a suceder, de que el blanquista Rigault tiene contactos en la policía, de que la víspera un soldado de la facción que estaba en la zona de los jardines de Luxemburgo le susurró a Vuillaume cuando pasaba: «Es para mañana»...; pese a todo ello, reina la confianza.

Es cierto que la noche era oscura y que los movimientos de tropas en París no tienen nada de extraordinario. Es cierto que, en caso de urgencia, los cañonazos de fogueo de las piezas de Montmartre, de Buttes-Chaumont y del XIII tienen que dar la alerta. También es cierto que puede que el Comité Central se espere que las negociaciones continúen, que se crea el apaciguamiento porque muchos de sus miembros así lo desean y aprueban a los conciliadores (Clemenceau, Lockroy, Langlois y Schœlcher), que parecen seguir la línea del activo presidente del Comité de Montmartre, Landowski. ¿Se seguirían las consignas de prudencia dadas por Karl Marx (por lo que los blanquistas empiezan a desconfiar de Frankel, que se cartea con Marx)? Sea como fuere, la inacción inicial del Comité Central, que revela falta de vigilancia y de perspicacia, también muestra de la forma más clara posible quién tiene la iniciativa de las operaciones. Aunque llame la atención que Bergeret, que vuelve a su casa en Montmartre, donde el ataque ya ha comenzado, y que Jourde, que regresa al distrito V, no hayan reparado en nada,²¹² no se puede sospechar de estos hombres por cobardía o complicidad.

Una explicación plausible es la propia marcha de las tropas. Se concentraron en los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia (donde se quedaron, hecho igualmente sorprendente, los atelajes que servían para trasladar los cañones), siguieron por la calle de la Paix y por los bulevares. Allí las tropas se dividieron en pequeños destacamentos entre las 2:30 y las 3:00 de la madrugada. La división Susbielle se dirigió hacia Montmartre,

212 Véase J.-A. Faucher, *La Crosse en l'air*, p. 158.

instalando a su paso ametralladoras para vigilar la calle Martyrs y los bulevares exteriores, y después su caballería y su artillería se situaron en la plaza Pigalle.

De 3:00 a 4:00

Una vez establecidas las medidas de protección y las reservas, los generales lanzan al ataque a los gendarmes de los que disponen, a los sargentos municipales y a los guardias republicanos, dirigidos por un policía, el comandante Vassal.

En lo alto de la calle Lepic, el Comité Central y el comité local de la calle Rosiers habían instalado una pieza de artillería de alarma. Estaba siempre lista, el cordel no dejaba el estopín y el centinela debía dar el cañonazo de fogeo ante el primer signo de alarma. No se dio el cañonazo de alarma, no se sabe por qué. Deslizándose en la oscuridad, los agentes municipales se acercan a la torre Solferino, que domina la colina. De repente, una sombra se alza ante ellos; es el guardia nacional Turpin, a quien el Comité de la calle Rosiers había designado para montar guardia. Grita «¿Quién vive?» y cala la bayoneta. Los gendarmes lo abaten de inmediato; cae al suelo, herido de muerte, y morirá a los pocos días. Los atacantes llegan entonces a la llanura y desarman sin dificultad el debilitado puesto de guardia: seis hombres del 61.º batallón. Después se dirigen rápidamente al n.º 6 de la calle Rosiers, sede del Comité de vigilancia, toman prisioneros a algunos de los 18 hombres que allí se encuentran y los meten en los sótanos de la torre Solferino. Otros consiguen huir mientras disparan sus fusiles.

Entretanto, el 18.º batallón de cazadores a pie, a las órdenes del comandante Poussargue sube sin dificultad a la llanura superior. Los cuerpos de ingeniería y de cazadores comienzan a demoler a toda prisa las excavaciones, los terraplenes y las trincheras que protegían los cañones.

De 05:00 a 06:00

La brigada de Lecomte ocupa las zonas altas de Montmartre y la brigada de Paturel, el pie de la colina hasta Moulin de la Galette. El comandante Vassal ha enviado un mensaje al general Lecomte para comunicarle que tiene los cañones, pero que nece-

sita hombres. Lecomte envía inmediatamente a la torre Solferino el 2.º batallón del 88.º de línea.

Se ocupa la posición y se toman los cañones. El general Lecomte se ve vencedor. Si los guardias nacionales llegan, salen de sus casas o intentan reunirse, se les dispara. Son las órdenes de Vinoy: a quienes opongan resistencia a la tropa se les castigará con las armas. Lecomte pasa revista a sus tropas e inspecciona las posiciones. Sube a caballo por la calle Clignancourt y la calle Marcadet hacia la cima de las colinas. Oye el ruido de los picos de los zapadores, que demuelen las barricadas y rellenan las trincheras. Puede contemplar la ciudad vencida.

De pronto, el primer incidente. El guardia Turpin, herido de muerte, tirado en el suelo, agoniza entre estertores. Junto a él hay una mujer, Louise Michel. El general Lecomte contempla fríamente al moribundo cuando alguien le interpela: es el alcalde, Clemenceau, médico. Protesta contra el ataque y le expresa al general su pesar por que la autoridad gubernamental y militar no haya continuado con las negociaciones. Garantiza la tranquilidad del barrio y luego pide que se traslade al herido al hospital. Entre tanto, quiere darle los primeros auxilios. El general se opone, pero no se atreve a ordenar que detengan al alcalde. Pasa. Clemenceau se aleja, acompañado de varios hombres que aprovechan la ocasión para atravesar los cordones de soldados y van a dar la alarma. Cuando Clemenceau llega a la plaza Saint-Pierre, la multitud lo rodea y lo abrumba con reproches. ¿Quién ha avisado a toda esa gente? Se han ido llamando de casa en casa, de vecino a vecino. Se acusa a Clemenceau de haber vendido los cañones y Montmartre a Vinoy y a Thiers. Lo llaman «traidor». La multitud lo habría hecho pedazos si alguien no hubiera gritado: «¡Vamos a recuperar los cañones!».

Algunos cañones ya bajaban por las pendientes, arrastrados a pulso por orden de Lecomte o tirados por los pocos caballos de los que se disponía, porque los atelajes de la plaza de la Concordia no llegaban y la destrucción de las trincheras y los terraplenes que impedían el paso de las piezas pesadas progresaba con lentitud. El comandante Poussargue, en la llanura superior, al ver que la operación se demoraba, juzgó adecuado tomar precauciones. Distribuyó los hombres de los que disponía.

La brigada de Paturel, por motivos desconocidos, permanece inmóvil.

Hacia las 6:00, hay 50 piezas al pie de la colina.

A las 5:55, un telegrama del prefecto de policía, Valentin, informa al cuartel general (Vinoy) de que el ejército se ha hecho con Montmartre y los generales Wolff y Hanriou ocupan la Bastilla y la Cité. A los pocos minutos, otro mensaje lleno de optimismo: Belleville está ocupado por la facción gubernamental.

Sin embargo, en ese mismo momento, el general Faron no ha podido conseguir que sus soldados coloquen las ametralladoras en batería alrededor de la alcaldía de Belleville. Desde el primer contacto con los guardias nacionales, se han negado a obedecer. El general Faron ordena el repliegue y consigue evitar la desbandada general de sus regimientos. No solo no ha llegado al parque de Buttes-Chaumont, sino que al retirarse abandona su propia artillería.²¹³

De 06:00 a 07:00

Se ha dado la alerta, o más bien se ha extendido, con cierta lentitud al principio y luego de forma súbita.

No se sabe cómo ni por qué, Jean Allemane, que vive en el V, es uno de los primeros en despertarse. Según cuenta, sus vecinos lo llaman. Corre a la ventana. Le gritan: «¡El golpe de Estado! Arriba, Allemane, a las armas». Constata que los muelles y los puertos están ocupados, que las piezas de artillería apuntan al Hôtel de Ville (el cuerpo de Maudhuy y el 110.º de línea entran en acción). Inmediatamente, Allemane y algunos amigos suyos corren a Saint-Nicolas-du-Chardonnet y tocan a rebato. Manda avisar a Duval (XIII), que da la orden de disparar el cañonazo de alarma. Así pues, el V, el XIII y el XIV son de los primeros en organizar la resistencia. Los comités locales y los jefes de batallón ya están dando órdenes mientras los miembros del Comité Central duermen el sueño de los justos.

213 El corresponsal del *Times* asistió a la escena de confraternización en Belleville tras venir de Montmartre, donde había visto el comienzo de la agitación popular. «¡Viva la línea!», gritan los guardias; «¡Viva la Guardia!», exclaman los soldados. «Se entregan —escribe con humor el periodista inglés— a las demostraciones y las efusiones a las que son proclives los franceses cuando no se están disparando unos a otros» (*Times*, 20 de marzo de 1871).

¿Y en Montmartre? Primero salen las mujeres; suelen levantarse pronto para ir a buscar la leche, cuya distribución ha vuelto a ser bastante regular. Han avisado a los hombres. Salen despeinadas, sin terminar el aseo matinal y, al principio, atónitas. Las siguen los niños. Y de pronto se ha convertido en una marea humana en la que predominan las mujeres.

Circularon rumores vagos, cuchicheos confusos recorrían las calles, el rugido sordo de la tormenta popular... De repente suena un clarín que arroja sus notas estridentes al viento. Responden diez, veinte, cien clarines; los tambores redoblan con rabia [...]; Montmartre, arrancado del sueño, se agita desde sus profundidades, se expande en sus cruces, se aglomera en sus plazas. Y todo de forma espontánea, prendiendo como un reguero de pólvora, estallando como una mina. Se había desatado la tormenta...

narra al estilo de Victor Hugo el autor de *La Vérité sur la commune*.²¹⁴ Lepelletier, con menos lirismo, dice: «Todo ello había llevado su tiempo. El gran día había llegado. Montmartre se había despertado y ya cobraba vida de manera extraordinaria. Las persianas y los postigos se entreabrían dejando ver a personas impactadas en las ventanas, en la entrada de las tiendas... Fue como el cambio de decorados en un teatro».²¹⁵

En realidad, no debemos exagerar la espontaneidad de esta gran aglomeración. Se escucharon detonaciones en la zona alta de Montmartre; tiros de fusil en la propia colina y tal vez disparos de foguero de la artillería de alarma a lo lejos, tal vez en Buttes-Chaumont o en los distritos XIII y XIV (Henry y Duval nunca se habían creído la conciliación y el apaciguamiento). Los guardias que habían escapado de la emboscada corrieron a la alcaldía del XVIII. Al final, el Comité de vigilancia, cuya actividad ya conocemos, acude al rescate. Sabemos por su relato que Louise Michel, que socorrió al guardia Turpin en su agonía, bajó después la colina corriendo y volvió a subir con los miembros del comité.²¹⁶ Aunque el Comité Central no tuviese presencia directa en la resistencia de Montmartre, de Belleville y de otras partes,

214 *Op. cit.*, p. 229.

215 Lepelletier, *op. cit.*, I, pp. 399-400.

216 Louise Michel, *La Commune de Paris*, p. 140 [ed. en cast.: Madrid, LaMalatesta y Tierra de Fuego, 2014, p. 124].

la organización (la estructura) implantada por el Comité, bajo su protección, sí que sirvió de mucho.

El hecho de que las mujeres predominaran en la multitud es algo reconocido por los testigos. ¿Son agresivas? ¿Están desatadas? ¿Se parecen a las furias descritas por Jules Claretie,²¹⁷ que insultaban a los soldados?

Eso es una leyenda odiosa —responde Da Costa—. El 18 de marzo, las mujeres de Montmartre, que poblaban las calles cercanas a la colina, no se comportaron en absoluto como ha imaginado la literatura reaccionaria. Al principio simplemente se mostraron curiosas, mironas, habladoras y burlonas durante el lento y difícil recorrido de los atelajes; luego se las vio acojonadas y, después, extraordinarias y auténticamente humanas cuando, apelotonadas entre la Guardia Nacional y la tropa, suplican a sus hermanos del ejército que no obedezcan a los jefes que han dado la orden de disparar...²¹⁸

De 07:00 a 08:00

La inmensa multitud rodea a los soldados y paraliza el traslado de los cañones. Se forman grupos. Se hace una colecta para darles pan y vino a esos hombres hambrientos y sedientos (no se han llevado el petate). Conversan. Se oyen gritos de «¡Viva el ejército!». Se abren los cafés y los cabarets. Las amas de casa van a buscar sus humildes provisiones y las extienden sobre las mesas para los soldados. La multitud lo festeja y lo celebra. Algunos soldados llegan a cambiar su fusil por un vaso de vino. La masa efervescente se vuelve comunidad, comunión.

Las mujeres critican abiertamente a los oficiales; los increpan sin preocuparse de la jerarquía y sin rastro de respeto militar: «¿Adónde os lleváis esos cañones?, ¿a Berlín?». Se rompen filas, se rehacen y se vuelven a romper, bajo los gritos y las amenazas de los suboficiales.

El general Lecomte comprende, demasiado tarde, el peligro que supone para sus tropas esta multitud que los inunda, esta vida social y cotidiana que los arrastra. Ha olvidado, si alguna vez ha llegado a conocerlo, uno de los principios tácticos de la guerra civil: no dejar que los militares y los civiles entren en

217 *Op. cit.*, p. 595.

218 Da Costa, *La commune vécue*, t. I, pp. 26-31.

contacto. Hacia las 8:30 da la única orden de disparar si la multitud se acerca a menos de 30 pasos, orden que no será obedecida.

Y los atelajes siguen sin llegar o lo hacen a cuentagotas. ¿Negligencia deliberada o involuntaria? ¿Demostración de que al gobierno le interesaba más el desarme de los batallones obreros, la ocupación de los barrios y los registros y los arrestos planeados que hacerse con los cañones? Nosotros nos inclinamos hacia esta última interpretación.

Hacia las 8:00 entra en escena un nuevo elemento: una columna de guardias nacionales reunida rápidamente por un oficial llamado Pigerre. Desde el amanecer, Pigerre había avisado a algunos de sus hombres y los había convocado en la calle Doudeauville. Uno de ellos se presentó con sus dos hijos, el mayor de los cuales no llegaba a los 16 años. En cuanto reúne a 300 hombres, Pigerre se pone en marcha. En la esquina del bulevar Ornano, se topan con un destacamento de línea. Confraternizan de inmediato. Pigerre prosigue su marcha y en la calle Lepic se encuentra con un cañón de artillería, con sus atelajes, bajando por la calle. En este punto vamos a darle la palabra al autor de *La Vérité sur la commune*, cuyo relato, más vivo y más detallado que los demás (incluido el de Da Costa) sobrestima sin duda el rol de Pigerre por motivos que desconocemos:²¹⁹

Las mujeres y los niños, una masa compacta, subían las cuestas como el oleaje cuando sube la marea; los artilleros trataban en vano de abrirse paso; las olas humanas lo invadían todo, deslizándose sobre las cureñas y los arcones de municiones, bajo las ruedas, bajo los pies de los caballos, paralizando el esfuerzo de los conductores, que fustigaban vanamente a los caballos de los atelajes. Los caballos se encabritaban y luego daban un tirón, de manera que se abría un hueco; pero inmediatamente lo rellenaba un remolino generado al momento por los impulsos irresistibles de las profundidades de la multitud.

Como sucede con la resaca en el mar, esos impulsos relanzaban las primeras filas hacia las baterías y las inundaban de gente.

Los artilleros y los caballeros se mantenían con una entereza admirable.

Les habían confiado los cañones; para ellos, su arma era una cuestión de honor particular y no querían cederlos.

En ese momento llegó la Guardia Nacional; le costó lo indecible abrirse paso entre la multitud que hostigaba las ruedas.

219 *La Vérité sur la commune*, pp. 232-240.

Las mujeres, sobre todo, gritaban con furia:

—¡Desenganchadlos! ¡Marchaos! ¡Queremos los cañones! ¡Nos vamos a quedar los cañones!

Los artilleros veían a lo lejos, más allá de la multitud sacudida por los movimientos del oleaje, el fulgor del acero de las bayonetas; esa sólida columna imposibilitaba toda tentativa de avanzar; sin embargo, seguían sin ceder.

Algunos de los soldados que se habían dispersado los interpelaron y les gritaron que se rindieran.

Permanecieron en sus sillas y siguieron espoleando a los caballos a latigazos.

Pero un guardia nacional que había llegado hasta allí se subió a un mojón y gritó:

—¡Cortad los arneses!

La multitud dio un prolongado grito de alegría; las mujeres que más cerca estaban de las piezas, a las que llevaban media hora aferrándose, cogieron los cuchillos que los hombres se pasaban de mano en mano.

Cortaron las cuerdas.

Entonces, ese mismo guardia nacional lanzó una segunda consigna:

—¡Romped filas! ¡Separaos! ¡Espolead a los caballos! ¡Dejadlos pasar!
La maniobra se ejecutó entre risas de alegría y vítores.

Los artilleros fueron arrastrados por sus monturas y se quedaron distanciados de las piezas y rodeados por grupos que los invitaban a confraternizar.

Les tendieron recipientes llenos de vino y pan con carne.

Ellos también tenían hambre y sed.

Enseguida se sumaron a la revuelta.

Se habían recuperado los cañones.

Se los quedaba el pueblo.

Pero en ese momento solo algunas compañías se habían dado la vuelta.

En lo alto de las colinas, el grueso de la brigada, los gendarmes, los municipales, la caballería y, sobre todo, un batallón del 88.º a las órdenes de un enérgico teniente coronel, seguían amenazando Montmartre.

En ese momento, el general Lecomte aún no ponía en duda la victoria.

Desconocía los dos incidentes que acababan de producirse en el dédalo inextricable de las calles que se enroscan y se funden alrededor de las colinas.

Vamos a seguir a la columna de Pigerre, que iba a toparse con el batallón del 88.º, cuyo teniente coronel se enfrascó en un combate singular con el propio Pigerre.

Se trata sin duda de uno de los episodios más extraños de la jornada.

En cuanto se recuperaron los cañones, los guardias nacionales se enteraron por la multitud de que había un gran pelotón de gendarmes congregado en la parte alta de la calle Sainte-Marie, al final de la calle.

Resonó un grito:

—¡A por los gendarmes! ¡A por los gendarmes!

Gritaban sobre todo los soldados de infantería que se habían dispersado, que parecían profesar un odio profundo a la gendarmería movilizada; ese odio tenía una explicación.

La tropa sabía que por la noche habían arrestado a soldados que se habían negado a marchar o a trabajar en la destrucción de las barricadas.

Se había hecho correr el rumor de que esas detenciones se les habían encargado a los gendarmes y que eran ellos quienes custodiaban a los prisioneros en los sótanos.

Ese era el motivo de la furia de la tropa que se había pasado al bando de los sublevados, que quería liberar a esos hombres a toda costa.

Muchos soldados habían llegado a lanzar una siniestra amenaza:

—¡Matadlos! —gritaban—. ¡Matad a los gendarmes!

Y las mujeres empezaban a repetir esas lúgubres palabras que podían conducir a una masacre.

Pigerre comprendió el peligro.

Hay que impartir justicia a todos.

Este oficial de la Guardia Nacional, un simple obrero que tuvo un inmenso papel y ejerció una influencia decisiva en los acontecimientos de ese día, Pigerre, que recibió una condena tan dura después de ese momento y que hoy ha vuelto de los trabajos forzados de Nueva Caledonia, sin duda salvó la vida de muchos oficiales y en concreto de toda esa compañía de gendarmes contra la que los soldados avivaban la cólera de la multitud.

Para empezar, consiguió que la multitud dejase que la Guardia Nacional marchara al frente.

Después, invitó a los soldados a entrar en sus filas y fundirse en ellas.

Esas dos cuestiones eran importantes.

Se temía que, si la muchedumbre y los soldados se presentaban ante los gendarmes insultándolos, estos abriesen fuego y se defendiesen a la desesperada.

Comportándose como lo hacía, se adueñaba más o menos de la situación.

El pueblo, tras él, estaba contenido.

Los soldados se mantenían en las filas.

Una vez formada su columna y colocados los clarines y los tambores en los flancos de su tropa, Pigerre exclamó:

—¡Adelante!

Y la columna, arrebatada por la carga vigorosamente ejecutada, se dirigió con determinación hacia el puesto destacado de la calle Sainte-Marie.

Quienes vieron su marcha afirman que el ataque tenía un aspecto formidable.

Los guardias nacionales y los soldados marchaban con paso decidido; estaban amontonados y, desde luego, si se hubiera abierto fuego contra la multitud, los daños habrían sido espantosos. Pero la tropa estaban tan lanzada, la impulsaba una resolución tan enérgica, que sin duda habría cargado con las bayonetas e, incluso bajo el fuego, se habría rehecho y habría arrasado al pelotón de gendarmes.

Los viejos soldados saben juzgar un ataque por la apariencia de los atacantes.

Estaba claro, a simple vista, que acabarían con los gendarmes.

Si alguna tropa se mostró sólida ese día, fue la gendarmería móvil.

El puesto se alineó con calma, de forma ordenada, en orden de batalla y en disposición defensiva.

Cuando el oficial vio aparecer la columna, se colocó detrás de su pelotón y gritó con voz vibrante:

—¡Preparad vuestras armas!

Los gendarmes obedecieron...

Iban a abrir fuego...

Solo faltaba una orden, una sola palabra, y correría la sangre.

Pero cuando el oficial vio que detrás de las cabezas a la vista seguían apareciendo otras, cuando vio detrás de las bayonetas de la Guardia Nacional la masa compacta formada por el pueblo y vio que detrás de los hombres había mujeres y niños, todos armados, y que tras los fusiles vendrían los cuchillos y las piedras, comprendió que toda resistencia era en vano.

Los soldados de infantería gritaban, o más bien trataban de gritar:

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

Pero los guardias nacionales, con Pigerre a la cabeza, tapaban sus voces, gritando a su vez:

—¡Rendíos y marchaos! ¡Nada de sangre! ¡Paz! ¡Paz!

A la vista de los acontecimientos, el oficial hace una conversión, alinea a sus hombres a lo largo de la pared de la calle Rosiers y se limita a decir, con desdén:

—¡Entregad las armas!

Los gendarmes no tuvieron tiempo de entregar sus fusiles: se los quitaron al instante.

Ahí no se estrecharon la mano. Nada de confraternización.

Incluso se podía temer que se cometiesen crímenes y que se infringiese esa especie de capitulación tácita que acaba de acordarse.

La multitud volvió a gritar: «¡Matadlos!».

Pero los guardias nacionales protestaron.

Uno de ellos se alzó sobre el tumulto e interpeló con vehemencia a los más exaltados:

—Estos hombres se han rendido sin disparar. Los que quieren matarlos son asesinos.

Se hizo un largo silencio.

Entonces, Pigerre dijo a los gendarmes:

—¡Márchense, señores!

Y se fueron en silencio.

Pero ambos bandos intercambiaron miradas de odio.

Todavía quedaba el batallón completo del 88.º, bien atrincherado en Moulin de la Galette.

Lo comandaba el coronel; era un oficial enérgico y valiente que había jurado no rendirse.

Pigerre, siempre con el objetivo de evitar el derramamiento de sangre, se llevó solo a unos pocos voluntarios.

En su camino hacia el molino había un puesto y, unos metros más allá, un pequeño piquete.

Estos destacamentos estaban comandados por dos oficiales.

Pigerre invita al primer oficial a rendirse.

Se niega rotundamente.

Pigerre se dirige al otro, que responde con violencia «¡No me voy a rendir!» y adopta una actitud amenazante.

Entonces, como llevaba muy pocos hombres con él, Pigerre manda que comuniquen a la calle Rosiers que su situación es complicada, pide refuerzos y espera en la plaza, charlando con sus hombres.

De pronto suenan los clarines, redoblan los tambores y se presenta una columna considerable de guardias nacionales y de soldados con las culatas al aire.

Al verlo, un oficial grita: «¡A las armas!».

El batallón sale por la gran puerta del molino.

El coronel se había colocado delante de sus soldados, a los que había ordenado alinearse en orden de batalla.

Era un hombre de unos 50 años con rostro enérgico y orgulloso; llevaba un capote gris y simulaba fumar un puro.

Se adelanta él solo hacia Pigerre, que, a su vez, va directo a su encuentro.

El coronel se detiene delante de Pigerre, lo mira y le pregunta en tono burlón, con afectado menosprecio:

—¿Qué quiere usted de mí?

Pigerre responde que han tomado la colina, que las tropas confraternizan con el pueblo y que al coronel ya solo le queda rendirse, porque toda defensa es inútil.

Al oír sus palabras, el coronel, pálido de rabia retrocede unos pasos, se arroja sobre el fusil de uno de sus hombres y lo arma para disparar a Pigerre. Uno de sus oficiales se lanza sobre él y lo desarma para evitar el combate.

Lo consigue.

Durante esa corta lucha, otro oficial subalterno había dado marcha atrás por el flanco derecho y el batallón se marcha, bajando por la calle Lepic.

El coronel se queda solo detrás de su tropa.

Pero Pigerre no se separa de él y, al ver que busca la empuñadura de su espada, él mismo desenfunda su sable y se pone en guardia.

El coronel hace lo mismo. Tiene en la mano una espada Luis XV, afilada como una aguja. Su ira es máxima. Se abalanza de un salto sobre Pigerre, que detiene como puede los ataques furibundos de su adversario.

El coronel, exasperado por su impotencia ante Pigerre, se vuelve y arremete contra la multitud, asestando golpes con furia.

Pero se resbala y se cae; mientras carga el peso de su cuerpo sobre la mano izquierda, apoyada en el suelo, intenta atravesar con su espada a los soldados de infantería para aplacar su odio y su cólera contra quienes habían sido sus soldados y ya no lo reconocían como jefe.

Los hombres que rodeaban al coronel no querían matarlo, solo intentaban desarmarlo.

Pero volvió a levantarse y cargó de nuevo contra la multitud.

Al final, un guardia del 169.º, queriendo terminar con la situación, le asestó un culatazo en la cabeza que le hizo dar vueltas sobre sí mismo; se desplomó pesadamente, con el cráneo hendido, sobre los peldaños de una escalera de piedra.

La escena había sido tan rápida que el batallón todavía no había desaparecido del todo tras la curva de la calle Lepic.

Había tanta gente que la retirada era lenta.

Unos oficiales se habían quedado detrás de la columna; cuando vieron que su jefe caía, acudieron a llevárselo; se los recibió con respeto, y Pigerre, que había puesto el pie sobre la espada del coronel, la recogió y se la entregó a uno de los oficiales, diciendo:

—¡Tómela! Es el arma de un soldado valeroso, el pueblo se la devuelve.

Hizo un saludo; los oficiales le devolvieron el saludo y se fueron, llevándose al coronel herido.

[...] Pigerre y su destacamento habían iniciado el movimiento, causado la primera desertión en la línea, recuperado los cañones, desarmado a los gendarmes y a un batallón entero del 88.º; cuando ese batallón se retiraba sin armas, cuando la columna de guardias nacionales se dirigía al punto que se había dicho que estaba ocupado por un general con numerosos efectivos, se conoce la noticia del apresamiento del general Lecomte por parte del 79.º batallón de federados.

He aquí lo que había ocurrido.

El general Lecomte ocupaba la cima de la colina y cubría las inmediaciones del puesto de la calle Rosiers que los agentes municipales habían arrebatado los guardias nacionales por la noche.

Los guardias a los que habían apresado y los soldados que se habían negado a disparar estaban encerrados en el puesto.

El general disponía de muchos efectivos: municipales, gendarmes, cazadores a pie y soldados de línea.

Desconocía, como hemos dicho, lo que había sucedido en las cuestras, aunque había oído el ruido creciente de los altercados. No le daban ningún miedo.

El general pensaba que Vinoy, el general en jefe, enviaría a Susbille con su brigada de reserva para coger a los federados por la espalda mientras él, Lecomte, los recibiría con sus fusiles por el frente.

Había tomado sus precauciones y colocado centinelas para que le avisasen de la llegada de los sublevados; los esperaba a pie firme.

Era sin duda un bravo soldado; dio prueba de ello.

Cuando sus centinelas se replegaron y anunciaron que se acercaban los federados, declaró:

—¡Vamos a dispersarlos!

En ese momento apareció el 79.º federado y se detuvo a la derecha de la torre Solferino.

Lo encabezaban dos oficiales: Lalande y Coulon.

Se adelantaron para parlamentar; Lalande, que era capitán, había puesto su pañuelo en la punta de su espada.

Toda la Guardia Nacional había bajado las armas y esperaba al resultado de las conversaciones.

Entonces se produjo un incidente muy singular que estuvo a punto de causar una masacre general.

Tras los dos oficiales, un hombre completamente desconocido para el 79.º batallón, y que desde luego no era del barrio, comenzó a seguir a los dos interlocutores.

Llevaba el uniforme de la Guardia Nacional y estaba armado. Estando ya a distancia, entre los interlocutores y el batallón, y para sorpresa de todos, armó su fusil y apretó el paso para acercarse a los dos oficiales.

Los oficiales habían llegado ante los cazadores a pie y les suplían que se rindieran para evitar el derramamiento de sangre. De pronto, el guardia nacional, que casi los había alcanzado, comenzó a dispararles.

Hubo un instante de confusión y de dudas; el hombre, que había apuntado a los interlocutores pero había errado, volvió a abrir fuego sobre la Guardia Nacional, que se había puesto en marcha, aún con las culatas al aire.

Algunos guardias respondieron al tiroteo unilateral de ese individuo, que evidentemente trataba de provocar un conflicto, pero de entre las filas salían gritos:

—¡No disparéis! ¡No disparéis!

El tiroteo, que por lo demás no había tenido ningún efecto, cesó de inmediato. El guardia que había causado esta algarada fue perseguido por

la multitud, que lo examinó, lo interrogó y lo halló culpable de ser un provocador disfrazado de guardia nacional.

Se habían infiltrado varios delatores de este tipo en las filas de los federados.

Tenían orden de aprovechar cualquier ocasión para disparar a la tropa con el fin de que la agresión pareciese venir de las filas de la Guardia Nacional.

¿Quién pagaba a estos hombres?

La facción que deseaba la lucha encarnizada, el día o los días completos, la sangría.

El falso federado fue arrojado desde lo alto de la colina, que la muchedumbre convirtió en roca Tarpeya.

Este episodio no duró más que un instante, pero los detalles fueron sobrecogedores.

Faltó poco para que los federados se abalanzasen sobre los cazadores. Siguieron avanzando con calma.

Entonces apareció el general Lecomte.

Cabe destacar que, hasta entonces, ninguno de los oficiales de los cazadores había dado la orden de disparar.

El general debió de comprender que la disposición del batallón no era la más adecuada y por eso acudió a tomar el mando directamente.

En ese momento, la muchedumbre de mujeres y niños, acumulada al final de la calle Muller, ve que el general va a ordenar abrir fuego; cede a un movimiento espontáneo y, en lugar de huir, se lanza delante de los cazadores, gritando:

—¡No disparéis!

El general, con una voz rotunda que tapa el resto del ruido, ordena:

—¡Preparen las armas!

Los soldados obedecen.

La multitud se detiene.

—¡Apunten!

Se apoyan las culatas en el hombro y bajan los cañones de los fusiles.

La multitud se estremece, pero no se mueve.

Tras un corto y profundo silencio, retumba la palabra:

—¡Fuego!

La angustia es desgarradora.

Los federados se disponen a vengar a la multitud si la tropa dispara.

La tropa se niega.

Primero un fusil, luego diez y luego cien se enderezan, y parece que la muerte, que planeaba sobre la multitud, se marcha sin su presa.

El general dedica enérgicos reproches a los cazadores; los apunta con su revólver y los amenaza con volar la cabeza a los que no disparan.

Los federados lo ven y lo oyen.

Ordena abrir fuego tres veces.

Se distingue e incluso llega a registrarse lo siguiente:

—¡Disparad al menos una vez, para salvar el honor!
Nada conmueve ni hace decidirse a los soldados; permanecen impasibles.

Entonces el general, exasperado, les grita con desprecio:

—¿Queréis rendiros ante esos canallas?

Un soldado le responde textualmente:

—Es lo único que pedimos.

Y tira su fusil.

En ese preciso instante, Lalande, el capitán federado que había venido a parlamentar, le pone la mano en el hombro al general y le dice:

—¡Ríndase usted también!

El general se revuelve y grita, ya no a los cazadores, sino a los municipales y a los gendarmes:

—¡Defendedme! ¡Fuego! ¡Fuego!

Pero los cazadores, los federados y la multitud se abalanzan sobre los gendarmes, los desarman y toman a algunos como prisioneros.

Se detuvo a 24 de ellos en la alcaldía.

El general se resigna.

Ha ocurrido en él una reacción profunda.

Su fe en la fuerza militar, su desprecio al pueblo, sus esperanzas y su sueño de ambición se han disipado ante la cruda realidad.

Lo han apresado.

Por preciso y completo que parezca, este relato deja de lado algunos detalles que narran otros testigos.²²⁰ En primer lugar, el general Lecomte modificó sobre el terreno el orden de sus unidades; según el plan, tenía que atacar el 2.º batallón del 88.º. Lecomte lo sustituyó por el 18.º batallón de cazadores. El 88.º de línea no le inspiraba confianza. En la calle Muller, en cuanto aparecieron las primeras vacilaciones entre los soldados de línea del 88.º, Lecomte mandó a la policía que arrestara a algunos de ellos y dio orden a los municipales de sustituir a los soldados. Hubo a continuación un momento de confusión que resultó fatal: durante la confusión, la multitud desborda a las tropas por los cuatro costados. En cuanto al general Paturrel, en la calle Lepic, huye bajo una lluvia de verduras de toda clase, lo que no le impide recibir unos cuantos culatazos mientras la multitud arrastra los cañones a pulso hacia Moulin de la Galette.

220 Véase F. Jellinek, *The Commune of Paris*, pp. 111 y s.

09:00

Se levantan barricadas por todo París, en particular delante de la sala de La Marseillaise, calle de Flandres, en La Villette, donde bloquean la comisaría de policía; en el XI, calle de la Roquette, donde cortan la comunicación entre la Bastilla y Père-Lachaise; en el XIII, donde Duval, que se ha hecho con la alcaldía, ya está preparado para pasar al ataque; alrededor del Panteón para separar al batallón que lo ocupa de la reserva acampada en los jardines de Luxemburgo, etc. En el XIII, un batallón de guardias ha capturado sobre la marcha, en la avenida de Maine, a un grupo de gendarmes a caballo que galopaban para ir de refuerzo a los puntos amenazados.

Sin embargo, el cuartel general y el gobierno han recibido telegramas tranquilizadores. A las 8:00, les ha llegado la confirmación de la toma de Montmartre y se les ha comunicado que los atelajes y los cañones están de camino. A las 8:20 se les ha informado de que el ejército acaba de tomar 400 prisioneros. A las 8:30, Jules Ferry, en el Hôtel de Ville, recibe mensajes alentadores del prefecto de policía. Hacia las 9:00, los infantes de marina de Faron quitan la bandera roja que ondea sobre la columna de la Bastilla para regocijo de las altas esferas; lo que aún no saben es que las tropas de Faron han logrado esta hazaña mientras se retiraban.

En Montmartre, la multitud y los guardias han llegado, como ya hemos visto, hasta la llanura superior. Al principio, hacia las 8:30, llega a la plataforma una pequeña tropa dirigida por el sargento Verdagner. La repelen. El comandante Poussargue ha pedido nuevas órdenes a Lecomte, que ha confirmado la consigna: abrir fuego si los guardias y la muchedumbre se acercan a menos de 30 pasos. Un poco más tarde llega una tropa más nutrida de guardias, a las órdenes del capitán Garcin. Le sigue la multitud. Verdagner es el primero que grita: «¡Camaradas, armas a tierra!». Los soldados de línea del 88.º confraternizan con los destacamentos de los batallones 152.º y 228.º de la Guardia. Juntos desarman a los elementos más peligrosos: los municipales, muchos de los cuales se habían quitado el quepis (que los distingue de los guardias nacionales). Los cazadores del comandante Poussargue se mantienen firmes hasta el final, pero se ven desbordados. Y así, entre los abucheos de la multitud vic-

toriosa, según Da Costa, en quien nos vamos a inspirar ahora, el general Lecomte y varios de sus oficiales son llevados al puesto de Château-Rouge, que comanda el capitán Simon Mayer, del 79.º batallón.

Los guardias nacionales y los soldados del 88.º van entonces al bulevar Ornano. Bajan hasta el bulevar Rochechouart, donde se encuentra desde la mañana el resto del 88.º de marcha, con las armas en posición de descanso.

Cuando ven llegar a sus camaradas con las culatas al aire y confraternizando con la población, los soldados siguen su ejemplo y gritan «¡Viva la Guardia Nacional!».

Así, a las 9:30, la columna de ataque del general Lecomte y su apoyo en reserva desde la derecha, que formaban el pequeño ejército encargado de ocupar las colinas, han dejado de existir.

No obstante, las tropas bajo el mando directo del general de división Susbielle permanecen intactas. Siguen ocupando el bulevar exterior, desde la plaza Pigalle hasta la plaza Clichy y algo más lejos.

En ese momento crítico, el general en jefe, Vinoy, estaba en el lugar de los hechos. Su responsabilidad no es cuestionable. Había aceptado el sacrificio del desafortunado Lecomte como un hecho fatal. La plaza Pigalle la ocupaban entonces guardias republicanos a pie y un escuadrón de cazadores. Al ver que la Guardia Nacional y la multitud avanzaban, el general Susbielle dio orden de cargar. Un oficial, furioso, se pone delante de los cazadores y ordena cargar.

Los hombres dudan. En ese momento, el capitán Saint-James se pone a la cabeza del escuadrón y lo arrastra. Las mujeres, los niños y los curiosos huyen.

Los cazadores reciben entonces el fuego de los guardias nacionales y los soldados; el capitán Saint-James cae, herido de muerte. Los cazadores van a replegarse detrás de los guardias republicanos a pie. Resguardados tras los barracones del bulevar exterior, disparan a la multitud. Una escuadra se lanza con la bayoneta por delante y entra en el pasaje Piemontese, donde se inicia una lucha cuerpo a cuerpo. El general, los cazadores y el resto de las tropas se retiran a toda prisa hacia la plaza Clichy.

El 18 de marzo, la plaza Pigalle fue el único sitio en el que de verdad hubo combate. Y ese combate no duró más que unos 20 minutos.

En este punto, para completar la versión de Da Costa con sus propias aportaciones y con otros relatos, tenemos que señalar la participación de un nuevo elemento en la breve refriega de la plaza Pigalle: el lumpemproletariado, formado por proxenetas, malhechores y prostitutas. Las mujeres siguen siendo numerosas, pero no son las mismas que un rato antes; las amas de casa han vuelto al hogar.

A las esposas y a las madres las ha relevado en esta diversa multitud [...] la horrible falange de chicas sumisas e insumisas, venidas del barrio de Les Martyrs o de hoteles, cafés y lupanares, tan numerosos entonces en los antiguos bulevares exteriores. Son ellas, y algunas mujeres pobres desmoralizadas por los perniciosos estragos de la miseria, quienes en la esquina de la calle Houdon despedazan la carne aún tibia del caballo del oficial al que acaban de matar. Luego se repartieron por Montmartre, paseando su embriaguez y su locura de odio...²²¹

Estas mujeres escoltaron a los prisioneros: el general Lecomte y varias decenas de oficiales y de policías.

Se puede adivinar cuánto aprovecharon estos hechos los articulistas reaccionarios. Atribuyeron a prostitutas y a criminales no solo el movimiento de Montmartre, sino todo lo sucedido el 18 de marzo.

De 10:00 a 12:00

Hacia las 10:30, telegrama de la prefectura de policía al gobierno: «Malas noticias de Montmartre. Tropas se han negado a actuar. Colina, cañones y prisioneros recuperados por insurgentes».

Tres salvas de los cañones de Montmartre confirman la noticia, o más bien se la hacen saber a toda la capital.

París se encuentra ya en un estado de extraordinaria agitación. Mientras la policía ejecuta las consignas, cuando puede, y consigue arrestar a algunos «sospechosos» (entre ellos Prudhomme, Viard y Chouteau) y llevarlos a los calabozos, ya hay varios barrios controlados totalmente por los sublevados, aunque toda-

221 Da Costa, *op. cit.*, t. I, pp. 21-22.

vía no tienen ningún plan conjunto. Las operaciones se llevan a cabo por barrios y las dirigen hombres conocidos, pero de manera aislada: Faltot en la calle Sèvres; Brunet y Ranvier en el XX y el X; Pindy en el III; Varlin en Batignolles; Duval en gran parte de la orilla izquierda. En el V, el servicio de guardia local de la calle Pascal funciona a pleno rendimiento, se hace con documentos y estafetas y envía información útil a Duval.

¿Y el Comité Central? Hacia las 10:30, algunos de sus miembros se encuentran en el local de la calle Basfroi. Pasan allí poco tiempo, el necesario para formular a toda prisa, con sellos más o menos improvisados, órdenes y mandatos. Varlin corre a Batignolles con un papel según el cual el Comité Central le confiere el derecho a hacer «todo lo que considere necesario» en el distrito XVII. Assi ha firmado rápidamente órdenes para que los jefes de los batallones se reúnan en los lugares habituales: «No atacar, levantar barricadas». Nestor Rousseau, que ya ha ordenado que redoblen los tambores en las calles adyacentes a la calle Basfroi, hace construir barricadas dando la consigna de abrirlas ante las tropas con gritos de «¡Viva el ejército!, ¡viva la República!»; así como de evitar el derramamiento de sangre.

Hasta las 11:00 no se dictan las primeras órdenes de movimiento para asignar a los batallones objetivos que no sean de espera, y estrictamente defensivos, en el interior de cada barrio. Assi y Babick ordenan al 65.º batallón y al 192.º que se dirijan a Montmartre, movimiento cuya utilidad no entendemos muy bien: está claro que estos dirigentes apenas empezaban a comprender lo que estaba ocurriendo. Y ese es uno de los aspectos más sorprendentes de la situación. A mediodía, el Comité Central de la Guardia, cuyos miembros van llegando poco a poco, aún no sabe nada, aún no entiende nada de la situación, no decide nada. Solo ha dado una orden: construir barricadas.²²²

Y, sin embargo, París se alza. Y, sin embargo, es el dispositivo del que el Comité Central es la piedra angular, los hombres del Comité y de la Internacional, quienes entran en acción partiendo de la base territorial descentralizada, la de la federación en sí misma: los barrios.

222 Fuentes: Kerjantsev, *op. cit.*; *Enquête parlementaire*, vol. III, p. 180; catálogo de la exposición de 1935 en Saint-Denis sobre la Comuna de París, p. 26, etc.

En el bando gubernamental, hacia las 10:30, el general Vinoy (que ha hecho en persona una expedición de reconocimiento hasta Montmartre y ha constatado la gravedad de la situación) ha dado una orden de retirada general que enseguida (un poco antes de mediodía) se cambia por la orden de evacuar la orilla derecha del Sena y de replugar a todas las tropas hacia la Escuela Militar.

Órdenes inútiles. El general Faron es el único que se retira en orden y con prudencia, parlamentando con los sublevados que le dejan pasar. En la Bastilla, el cuerpo del general Wolff se ha disuelto, literalmente. El ministro de Guerra, el general Le Flô, que había acudido a la zona, estuvo a punto de caer en manos de los sublevados. En Mênilmontant, los soldados del general La Mariouse, atacados por el 173.º batallón de la Guardia (exaltado por un discurso de Félix Pyat), tuvieron que encerrarse en la alcaldía del XX; en Buttes-Chaumont, como en Montmartre, la multitud sobrepasó a los soldados. En la zona de los jardines de Luxemburgo se ven las mismas escenas de confraternización. Antes de las 12:00, la bandera roja vuelve a ondear sobre la Bastilla y los batallones de guardias que se dirigen a la calle Basfroi llevando cañones y prisioneros, la saludan al pasar; entonces se produce la famosa escena en la que las barricadas se abren ante el cortejo fúnebre del hijo de Victor Hugo, cuyo féretro acaba de recibir el ilustre poeta en la estación de Orleans. El cortejo atraviesa París en dirección a Père-Lachaise. Los guardias nacionales presentan armas; algunos, con los tambores ribeteados de crespones, se unen al cortejo.

Hacia las 11:00, el gobierno se entera de que el 13.º batallón ha ocupado la azucarera Say y, alrededor de las 11:30, de que una columna de guardias y soldados marcha sobre el Hôtel de Ville.

A las 12:05, Jules Ferry, que se niega a abandonar el Hôtel de Ville, le anuncia a Thiers que en el XI está todo perdido, que el ejército retrocede por la plaza de la Bastilla, con las armas bajas.²²³ Pero, a la misma hora, Thiers recibe el siguiente telegrama de Valentin: «La acción en Belleville y Mênilmontant no se ha en-

223 *Enquêtes parlementaires*, t. II, p. 167, declaración de Jules Ferry.

contrado con ninguna dificultad hasta las 11:15. En Montmartre hay algunas pérdidas».

La insurrección ya controla todo París y nadie lo sabe: ni en el gobierno, ni en el Comité Central ni en los barrios.

Los mecanismos burocráticos siguen en marcha en el vacío, para nada. Hace horas que los tambores de los barrios burgueses tocan llamada en vano. Los elementos «buenos» se han ido de la capital o permanecen en casa. Thiers y d'Aurelle de Paladines contaban con un mínimo de 18 000 fieles. Poco a poco y a duras penas llegan unos 14 hombres por batallón, es decir, unos 600 en total. Y hasta en los barrios del centro se rompe el cartel en el que d'Aurelle de Paladines invita a los «buenos» a tomar las armas contra los «malos», a defender la sociedad contra la anarquía y la propiedad contra el saqueo. Sin embargo, el comunicado de la victoria redactado de antemano por d'Aurelle de Paladines ya se ha enviado de los despachos a la prensa; se publicará en los periódicos de la tarde. Con todo, el gobierno publica dos proclamas, una tras otra. En la primera declara que «el gobierno os llama a defender vuestra ciudad, vuestros hogares, a vuestras familias y vuestras propiedades. Algunos hombres extraviados dirigen contra París cañones que se habían sustraído a los prusianos [sic]. Se resisten por la fuerza a la Guardia Nacional [sic] y al ejército... ¿Queréis abandonar París a la sedición? Si no sofocáis este movimiento en su germen, será el fin de la República y tal vez de Francia...». En el segundo cartel, redactado por Picard y colocado poco después que el primero (probablemente al principio de la tarde), los transeúntes podían leer: «Circula el absurdo rumor de que el gobierno prepara un golpe de Estado. Las medidas que ha tomado eran indispensables para mantener el orden. Ha querido y quiere poner fin a un comité insurreccional cuyos miembros, prácticamente desconocidos para la población, solo representan las doctrinas comunistas; conducirían a París al saqueo y a Francia a la tumba...».

Volvamos ahora a Montmartre. ¿Qué ocurre allí? Se está incubando un drama, pero aún estamos en el segundo acto.

Entre los abucheos de la multitud —de la que forman parte los hombres del 88.º detenidos por orden de Lecomte por negarse a obedecer, a quienes han sacado de los sótanos de la torre Solferino—, se conduce al general Lecomte y a sus oficiales a

Château-Rouge, establecimiento de bailes públicos situado en la calle Clignancourt y protegido por un destacamento de guardias, mientras en la alcaldía del XVII reciben a los policías apresados con él. Lecomte es entregado al 106.º batallón y a un capitán llamado Simon Mayer. El capitán Mayer va a ver al alcalde, Clemenceau: «Señor alcalde, el general Lecomte está preso. ¿Es cosa mía?». A lo que le responde: «Custodie a los prisioneros; usted responderá de ello...».

Mientras tanto, el general Lecomte explica a sus oficiales (el capitán Franck, el comandante Poussargue, el capitán Dailly, el capitán Beugnot —que luego escribirá su versión de los acontecimientos— y otros dos oficiales detenidos en las fortificaciones) que considera a Clemenceau el principal responsable, que él ha sido quien ha exaltado a la población. Escribe una breve nota en ese sentido, acusando a Clemenceau de falsedad. El capitán Beugnot reproducirá esa acusación en su relato.

Un sargento de la Guardia Nacional va a pedirle al general que firme una orden para ordenar a los soldados que regresen a sus acantonamientos y a los gendarmes que se dejen desarmar. Una orden inútil, por lo demás. El general se niega a firmarla según algunos testigos²²⁴ y acepta según otros.

Alrededor de la alcaldía del XVIII desfilan grupos armados al son de músicas alegres, según contará Clemenceau en una carta al redactor jefe de *Le Soir* cuando proteste contra la versión del capitán Beugnot.

De 12:00 a 14:00

A mediodía, pausa general: el almuerzo. Los numerosos fotógrafos conservan para la posteridad las imágenes de los guardias nacionales barbudos, heroicos, en poses sublimes sobre las barricadas, no muy lejos de los comedores militares.

De 12:05 a 14:52, el gobierno no recibe ningún telegrama ni ninguna información ni del cuartel general, ni de la prefectura de policía ni de la alcaldía general (el Hôtel de Ville). Es la hora del almuerzo.

224 Si se da crédito a Marc-André Fabre, *Le Drame de la commune*, p. 15. Este autor, adversario de la Comuna, cita la nota escrita por Lecomte.

En Château-Rouge, prisioneros y guardias disfrutaban juntos de una comida copiosa y honorable, porque ha costado 86 francos de oro.²²⁵

No ha de sorprender que se produjera esta pausa, constatada por los corresponsales extranjeros. No olvidemos que se trataba de una cotidianidad desintegrada y que intentaba reconstruirse con formas nuevas, que, por así decirlo, esa mañana del 18 de marzo había absorbido un cuerpo extraño: el ejército. Los parisinos quieren vivir, pero no como antes; ni como durante el asedio ni como bajo el Imperio. El 18 de marzo y también durante la Comuna, la vida continúa buscando nuevas formas.

Pero la pausa no es completa. El gobierno busca sus legiones. ¿Adónde han ido? Thiers, inquieto, quiere obtener algo de información sobre los regimientos y los batallones de los que el cuartel general no ha tenido noticias durante la retirada ordenada de la mañana. Hacia las 13:00, le comunican que algunas formaciones militares han desaparecido, literalmente, y que otras están lejos del lugar en el que se suponía que estaban.²²⁶

También hacia las 13:00, el capitán Simon Mayer avisa a los prisioneros de Château-Rouge de que una orden del «Comité» manda que los lleven al puesto de la calle Rosiers. Es una cuestión poco clara. La orden llevaba el sello del Comité de la calle Clignancourt seguido de cinco firmas ilegibles. Ese comité no vuelve a intervenir después, deja hacer, desaparece. Seguramente la orden provenía en realidad del Comité de vigilancia del XVIII, que sospechaba de Clemenceau y temía que, una vez pasada la efervescencia, el alcalde ordenase liberar a los prisioneros. En caso de que las tropas gubernamentales volviesen a la ofensiva, le parecía indispensable conservar a esos rehenes: un general y sus oficiales. En cuanto al pueblo de este barrio, el primero en ser liberado del enemigo, se entregó al alborozo.

En el párrafo anterior, hemos seguido el relato de Da Costa. La versión de Lissagaray²²⁷ es bastante diferente. Según él, el Comité de vigilancia de la calle Clignancourt, con Ferré, Jaclard y Bergeret, lejos de ordenar el traslado, habría ordenado al coman-

225 Informe (inédito) del capitán Chicandart, excapitán de la 11.ª compañía del 79.º batallón.

226 *Enquête*, vol. II, p. 518.

227 *Op. cit.*, p. 101 [ed. en cast.: p. 104].

dante de Château-Rouge que custodiase a los prisioneros y los vigilase. Parece que esa orden habría llegado demasiado tarde.

A esta versión vamos a añadirle dos comentarios. En primer lugar, Bergeret (aunque sepamos que tardó en marchar con sus hombres sobre el centro de París) ¿no había abandonado ya la sede del Comité de Clignancourt? En segundo lugar, nada impide que, mucho antes de la hora indicada por Lissagaray (15:30), otros miembros del Comité hubieran tomado esa iniciativa.

De 14:00 a 15:00

Hacia las 14:00 se retoma la actividad y enseguida adquiere extraordinaria intensidad. Para empezar, el Comité Central vuelve a cohesionarse. Ha recibido información de los distintos barrios. Al patio de la escuela de la calle Basfroi han llevado prisioneros, entre ellos un oficial del Estado Mayor y un policía importante, y los han interrogado. El Comité Central va a coordinar las operaciones con un plan conjunto. En definitiva, pasa de la defensiva a la ofensiva. A las 14:30 se envía en varias direcciones (a los distritos XVII y XVIII, entre otros) una orden firmada por Grolard, Fabre y Rousseau: los batallones disponibles tienen que dirigirse a la plaza Vendôme y ocuparla. ¿Por qué a la plaza Vendôme? Porque es allí donde opera el Estado Mayor de la Guardia, todavía bajo el mando nominal del general d'Aurelle de Paladines. De todo esto podemos deducir que, cuando retoma la iniciativa, el Comité Central no tiene el objetivo de hacerse con el poder político. No envía a sus efectivos a los palacios ni a la sede del gobierno, ni siquiera al Hôtel de Ville, que ya está amenazado por los sublevados. Solo quiere eliminar el Estado Mayor impuesto por Thiers y sus acólitos.

Vamos a examinar rápidamente la situación militar. Es excelente para el Comité Central, mejor incluso de lo que cree el propio Comité. En el XX, el 173.º batallón hace tiempo que ha desarmado a las tropas que debían ocupar los parques de Ménilmontant y de Belleville; el 135.º batallón ha ordenado evacuar la alcaldía y la ha ocupado. El 16.º, dirigido por Pindy, baja hacia el centro, se hace con el cuartel de Minimes y así va a poder marchar hacia la Imprenta Nacional y el Hôtel de Ville. Varlin no ha conseguido movilizar rápidamente a los guardias de Batignolles; sin embargo, ha podido hacerse con la alcaldía del XVIII y al

principio de la tarde desciende con 300 hombres hacia la plaza Vendôme. Bergeret se piensa mucho si abandonar su barrio (Clignancourt); tras una enérgica intervención de Ferrier, presidente del Comité de vigilancia de Montmartre, decide ponerse en marcha, también hacia la plaza Vendôme. Bergeret y Varlin cuentan con casi 2000 hombres.

En la orilla izquierda, la situación es aún mejor. Alrededor del puesto establecido por Henry en avenida de Maine desde varios días antes, no deja de ampliarse una zona de ocupación y de barricadas. Cuando comienza la tarde se ocupan la estación de Sceaux, la barrera de Enfer (actual plaza Denfert-Rochereau) y la alcaldía del XIV.

Duval se muestra particularmente eficaz y es uno de los pocos jefes militares dignos de tal nombre en esta jornada. Tiene un plan de operaciones. Ya por la mañana ha fortificado Les Gobelins y la plaza de Italia. En la desembocadura de cada calle y de cada avenida, el acceso está vigilado por varias unidades y cañones. Duval deja en reserva algunas compañías del XV que amenazan Les Invalides, emprende un gran movimiento y, al principio de la tarde, toma la estación de Orleans, el Jardín Botánico y la Aduana (depósito). El objetivo de ese movimiento es llegar a los jardines de Luxemburgo, y luego al Hôtel de Ville. Faltot, en el XV, sigue el mismo plan. Rodea con seis batallones la Escuela Militar y Les Invalides y va de la calle Sèvres hacia los jardines de Luxemburgo entre las 14:00 y las 15:00. Pero, alrededor de los jardines de Luxemburgo y del Panteón, por iniciativa de Allemane (uno de los primeros en entrar en acción), ya han empezado a confraternizar y se levantan las barricadas. La alcaldía del distrito V queda enseguida para los sublevados, tras una breve protesta del alcalde burgués Vacherot. La guarnición del Panteón capitula. El cuerpo que acampaba en los jardines de Luxemburgo se ha dispersado. Duval puede descender hacia la Cité y amenazar el Hôtel de Ville con Pindy, Eudes y Brunel, que han tomado el cuartel de Château-d'Eau. Hacia las 15:00, este plan táctico se encuentra en plena ejecución. Más allá de las órdenes del Comité Central, con o sin la aprobación de este último, su objetivo es el Hôtel de Ville.²²⁸ En todos los barrios, la multitud

228 A diferencia de lo que escribe Da Costa, *op. cit.*, I, p. 83, nosotros no creemos que los

apoya los movimientos de los soldados-ciudadanos, los aclama. París está en la calle y miles de soldados del ejército regular se mezclan con el pueblo y abandonan a su suerte a los hombres del gobierno, aislados, perdidos, sobrepasados.

En el Consejo de gobierno comienzan a crecer la incertidumbre, la inquietud y los desacuerdos. Se está celebrando en el Ministerio de Asuntos Exteriores, con la única protección de medio batallón de cazadores. Le Flô sale a dar una vuelta y casi lo apresan los federados de camino a la Bastilla. El propio Thiers se dirige a la plaza de la Concordia para entrevistarse con el general Faron y sus oficiales. A las 14:52, llega un telegrama en el que se comunica que los sublevados han ocupado la plaza de Enfer (la actual plaza Denfert-Rochereau).

La discusión se agría. Algunos ministros, sobre todo Jules Favre y Jules Simon, quieren contraatacar. El ejército aún mantiene posiciones sólidas: el Hôtel de Ville —que Jules Ferry se niega a abandonar y que defiende el general Derroja con provisiones y municiones para 48 horas—, la plaza de la Concordia y varios cuarteles; de ahí podría partir la ofensiva. También podría, según Favre y Simon, establecerse otra línea de defensa hacia Trocadero, Auteuil y Passy. Picard, ministro de Interior, y el almirante Pothuan apoyan a Favre y Simon.

Thiers, impasible, reflexiona. ¿Emulará a Cavaignac en 1848? Tiene su plan, el que no consiguió que se siguiese en 1848, el que permitió a Windischgrätz aplastar la sublevación de Viena: llegar a Versalles, presentarse ante la Asamblea emanada del sufragio universal, sede de la legalidad y, desde ahí, recuperar el París sublevado y restablecer el orden para una generación. Los partidarios de la acción inmediata y a ultranza protestan contra la retirada (Favre). Thiers ya ha ordenado a Vinoy que reúna lo que quede de las tropas y que controle únicamente los puentes sobre el Sena, para así evacuar el Hôtel de Ville y la plaza de la Concordia. Duda respecto a la evacuación completa de París, el primer acto de su plan. Cuando alude a ella, Vinoy declara que obedecerá, pero Le Flô se apresura a negarse y alguien pronuncia una palabra terrible: «¡Traición!». En ese momento, hacia las 15:00, se oye un gran rumor, mucho ruido. Con la fanfarria a la

batallones avanzasen por París «sin rumbo».

cabeza y entre cánticos revolucionarios, tres batallones procedentes de Gros-Caillou desfilan ordenadamente por el muelle. Ellos también marchan hacia el Hôtel de Ville, pero los ministros no lo saben, igual que los guardias ignoran que tienen a sus adversarios al alcance de la mano. «Vienen hacia nosotros», murmura Thiers, y Le Flô añade: «Creo que estamos perdidos». En su declaración afirmará: «Los tres batallones de la Guardia solo tenían que cerrar el círculo por la derecha y entrar en el palacio; estábamos prisioneros».²²⁹

Cunde el pánico. Ahora Le Flô insta a Thiers a salvarse lo antes posible. Vinoy le da su abrigo. Le Flô lo conduce por una escalera oculta a la calle de la Universidad, donde Vinoy, precavido, ha dispuesto un cupé tirado por dos buenos caballos y escoltado por gendarmes firmes y fieles. En la escalera y después en la ventana del cupé, Thiers confirma la orden de evacuar París y de dirigir hacia Versalles a las tropas de más confianza, incluida la brigada de Daudel, que ocupa las fortificaciones del sur, Mont-Valérien y Courbevoie.

Mientras tanto, en Montmartre se ha trasladado a los prisioneros. El capitán Beugnot narra el traslado en *Le Soir* del 26 de marzo de 1871: «Ahora empieza nuestro auténtico suplicio, nuestro viacrucis. Atravesamos todo el barrio de Montmartre bajo las imprecaciones de la multitud. Los oficiales de la Guardia nos defienden con bastante rotundidad...». Esta masa de gente, de personas cada vez más irritadas, hasta el punto de que la escolta apenas podía contenerla, la integraban personas del barrio, soldados del 88.º, guardias móviles desarmados, guardias aislados y también personas de carácter sospechoso. Poco antes de las 15:00, el cortejo llega a la calle Rosiers y encierran a los prisioneros en una sala a pie de calle. Ese puesto lo dirigía desde varias horas antes Kardanski, un francotirador polaco llegado de Autun. Un teniente, Meyer (que no es el capitán Mayer del que hemos hablado antes), intenta contener a la multitud. Según Beugnot, los oficiales de la Guardia y el teniente Meyer «bajaban las armas que apuntaban a nuestro pecho, hablaban con la multitud, que aullaba ‘¡Matadlos! ¡Matadlos!’; intentaban ganar tiempo, nos

229 *Enquête*, vol. II, p. 156.

prometían que defenderían nuestra vida aun poniendo en riesgo la suya».

En el primer piso, Kardanski delibera con sus guardias. Celebran o simulan celebrar una especie de consejo de guerra que va a juzgar a Lecomte. Lecomte, cuando lo interrogan, cuenta que ha dado la orden de disparar y añade: «Lo que he hecho bien hecho está». El objetivo de este simulacro de consejo de guerra es hacer esperar a la multitud, cada vez más agitada. Pese a la respuesta del general —que sin duda consideraron valiente—, la mayoría de los miembros del consejo de guerra improvisado quieren salvar a Lecomte.

De 15:00 a 20:00

Hemos de mencionar, para que conste, una primera reunión de los alcaldes, concejales de distrito y diputados de París, convocada por Bonvalet, alcalde del distrito III, y por Tolain. Se celebra a partir de las 15:00 en la alcaldía del distrito II y el objetivo es llegar a Thiers. Esta reunión es un heraldo de la intervención continua de los conciliadores.

Thiers huye hacia Versalles por la puerta de Bois de Boulogne y el puente de Sèvres. Se da prisa: «¡Venga, venga, en marcha!». No se queda tranquilo hasta que llega a Versalles, hacia las 16:00. Con rabia, vuelve a confirmar por escrito la orden de evacuación total, incluida la brigada Daudel.

Mientras Vinoy se dirige hacia la Escuela Militar para ejecutar la consigna, los demás miembros del gobierno se encuentran en casa de un tal Calmou, en la calle Abbatucci. A esta última reunión asisten el general d'Aurette de Paladines, el general Le Flô, Dufaure, Picard, Jules Favre y Jules Simon. El general d'Aurette de Paladines plantea que ya no se puede conseguir nada de la Guardia, tampoco de los «batallones buenos», y que la plaza Vendôme ya ha sido ocupada, igual que el barrio de Saint-Honoré. Jules Favre se indigna y declara que, debido al abandono de la plaza Vendôme, considera que d'Aurette ha dimitido y nombra en su lugar al coronel Langlois. Desde ese momento, el general d'Aurette de Paladines se siente liberado de toda responsabilidad. Esta reunión, muy tumultuosa, es una continuación de la celebrada en el consejo de ministros. La discusión vuelve a coger impulso. Critican con dureza a Thiers; a pesar de la huida, calificada de

vergonzosa, planean organizar la guerra civil. Le Flô no quiere saber nada. Vinoy, consultado por los civiles, responde desde la Escuela Militar, donde se encuentra, que, como soldado disciplinado que es, él ejecuta las órdenes. «En una hora las tropas estarán de camino a Versalles».

Pero en el Hôtel de Ville Jules Ferry sigue resistiendo. Dispone de una tropa importante (300 guardias republicanos a pie y 40 a caballo, más el 109.º y el 110.º de línea) a las órdenes de Derroja. Una primera agrupación que se había formado detrás del cuartel de Napoleón se dispersó cuando comenzaron los avisos. Hacia las 17:00, un grupo de blanquistas intenta entrar por sorpresa en el pasaje subterráneo que comunica el Hôtel de Ville con el cuartel, ya evacuado pese a las protestas de Jules Ferry. Los guardias municipales repelen la intentona de los blanquistas a golpe de bayoneta y causan una quincena de heridos. Pero, hacia las 18:00, los gendarmes empiezan a obedecer la orden general de evacuación de la que ya se les ha informado, no se sabe cómo; se marchan hacia Versalles por el subterráneo de Lobau.

A partir de las 18:00, se multiplican los telegramas oficiales de Jules Ferry y sus llamamientos sin respuesta:

18 de marzo de 1871, 18:00.

Alcalde de París a Interior, a la Guardia Nacional, a Asuntos Exteriores: La plaza del Hôtel de Ville está ocupada por batallones hostiles. Estamos rodeados.

Alcalde de París al prefecto de policía, a Interior, al presidente del gobierno, a la Guardia Nacional y al general Vinoy:

El batallón que rodeaba el Hôtel de Ville se retira gritando tras haber cargado sus armas y haberse emplazado ahí un tiempo. El cuartel está en perfecto estado.

(En realidad se había repelido otro ataque de los blanquistas).

18 de marzo de 1871, 18:35.

Alcalde de París al prefecto de policía, al general Vinoy, al general Le Flô, a Interior y al presidente del gobierno:

Se construyen barricadas en el puente de Luis Felipe y en la calle Bour-tibourg; está claro que también se van a construir en todas las pequeñas calles intermedias; el objetivo es aislar el Hôtel de Ville.

A las 19:00, Jules Ferry se entera indirectamente de que el general Derroja ha recibido de Vinoy la orden de evacuar el Hôtel de Ville y los cuarteles.

Jules Ferry envía el siguiente telegrama:

18 de marzo de 1871, 19:15.

Alcalde de París a Interior, al presidente del gobierno y al general Vinoy:

El general Derroja me comunica una orden de las 18:00 en la que se ordena la evacuación del cuartel de Napoleón y del Hôtel de Ville, firmada por Vinoy. Esta orden es contraria a un comunicado muy reciente del general Vinoy. El Hôtel de Ville se quedará sin defensa; ¿se pretende entregarlo a los sublevados cuando, dotado de hombres y de víveres, puede resistir indefinidamente? Antes de evacuar, espero orden telegráfica.

Al no obtener respuesta, Jules Ferry vuelve a telegrafiar al Ministerio del Interior:

18 de marzo de 1871, 19:40.

Reitero mi pregunta sobre la evacuación. ¿Vamos a entregar las cajas y los archivos? Porque, si se mantiene la orden de evacuar, el Hôtel de Ville será saqueado.

Exijo una orden afirmativa para cometer tal desertión y tal acto de locura.

A las 19:50, Picard responde:

Interior al alcalde de París:

Suspendan la evacuación; voy a verificar la orden y a debatirla con el general.

Picard está mintiendo. Sabe que la orden de evacuación la ha dado Thiers.

Otro telegrama de Jules Ferry:

Alcalde de París al ministro del Interior:

Con 500 hombres, estoy seguro de poder resistir indefinidamente en el Hôtel de Ville. La evacuación de la prefectura de policía es un sinsentido. Las barricadas que se levantan a nuestro alrededor no son serias.

En ese mismo momento, Derroja se prepara —seguramente por orden formal y reiterada del alto mando— para recoger y evacuar el Hôtel de Ville con los últimos gendarmes.

Dejemos luchando a Jules Ferry (cuya valentía reconocieron sus adversarios políticos, incluidos los *communards*) y volvamos a Montmartre, donde el drama ha llegado a su desenlace.

Si retomamos la lectura de *La Vérité sur la commune*, podemos ver que durante la tarde del 18 de marzo, poco antes de las 16:00, la multitud circulaba entre los barracones construidos en los bulevares exteriores, cerca de la plaza Pigalle. Un poco apartado, un dibujante hacía bocetos. A su lado estaban un sargento de francotiradores y un hombre alto, de aspecto militar pero con ropa burguesa. Pasaban grupos cantando *La Marsellesa* y gritando «¡Viva la República!». Cada civil llevaba del brazo a un militar: guardia móvil o jinete, infante de marina o zuavo. De esta multitud festiva iba a surgir el drama:

Era un caos alegre, una especie de fiesta popular al aire libre en la que los soldados confraternizaban con los habitantes de Montmartre.

Nadie había prestado atención al dibujante, a su amigo ni al tercer personaje que miraba atentamente lo que ocurría, cuando un teniente de la Guardia Nacional —teniente desde poco antes, porque había cosido sus galones en un redingote—, tras ver al desconocido, se acercó y le dijo: —Perdone, ciudadano, ¿no es usted Clément Thomas?

El desconocido responde secamente: «Sí».

Entonces se acercan el artista y el francotirador, porque se impone la curiosidad de ver a un personaje cuyo nombre ha dado que hablar.

La conversación entre el general y el teniente no fue larga. Bastaron unos instantes para convertir ese lugar, hasta entonces apacible, en el marco de una escena violenta.

—¡Ah! ¡Es usted Clément Thomas!— dice el teniente.

—¡Sí!— repite el general.

Ya se había formado un grupo de curiosos.

El oficial vuelve a preguntar:

—¿Viene usted a encabezar el movimiento?

—No —niega Clément Thomas—, no quiero meterme en nada, he dimitido.

—¿Y entonces qué viene a hacer aquí?— pregunta el teniente con tono amenazador.

Al escuchar esas palabras, un federado se adelanta, con el fusil en bandolera, y le pregunta al sargento de Lafont-Mocquart:

—¿Qué pasa con él, ciudadano?

El francotirador le responde, muy lejos de imaginarse lo que iba a pasar:

—No pasa nada, es Clément Thomas.

El federado, ya entrecano, era de la edad de quienes habían vivido junio de 1848 en su juventud.

Era grande, con rostro enérgico y aire decidido.

Al oír el nombre de Clément Thomas, responde, con una calma más terrible que la mayor de las violencias:

—Vale, hay que fusilarlo.

El general tiembla y palidece.

El federado no lo pierde de vista.

Algunos hombres van a ver qué ocurre, el grupo crece, se informa; el nombre de Clément Thomas circula de boca en boca.

Gritan pidiendo su muerte.

Los guardias sedentarios, más mayores que los hombres de los batallones de marcha, son los más exaltados contra el general; se acuerdan de su conducta en 1848.

—¡Ah! ¡Aquí estás, asesino del pueblo!— le dicen amenazándole con el puño.

—¿Te acuerdas del barrio Antoine?

—¿Tuviste bastante con el fusilamiento de la calle Sainte-Marguerite?

Un anciano se adelanta y le dice textualmente al general:

—¡Canalla! Te reías sobre tu caballo mientras gritabas, en la calle Sainte-Avoye: «¡Pasad por la bayoneta a toda esa chusma!».

Los jóvenes gritaban:

—¡Y Montretout!

No obstante, mostraban mucho menos ardor que los ancianos y no habrían sido tan inclementes.

Pero el recuerdo de 1848 hizo que los guardias sedentarios fueran implacables.

Habían pasado 20 años por la memoria de sus contemporáneos y no habían borrado el odio que sentían por aquel a quien llamaban el verdugo del pueblo.

La cólera se exalta por contacto; el grupo se había convertido en una multitud; los gritos se transformaron en un clamor acusatorio, miles de voces comenzaron a aullar pidiendo la muerte.

Muchos intentaban golpearlo. Pero el general lo ahogaban quienes lo habían rodeado en un primer momento, aplastados contra él por la multitud.

Los mandobles de bayoneta sobrevolaban sus cabezas y los mismos que habían causado su arresto se veían obligados a levantar la mano para pararlos, no por él, sino en defensa propia.

El general estaba lívido ante las amenazas y balbuceaba palabras inaudibles.

Entonces lo llevaron ante el Comité del distrito.

Dardelles —comandante de caballería de la República— iba por delante para apartar a la multitud y les ordenaba que no golpearan al general antes de que las autoridades revolucionarias tomaran una decisión.

Ras, capitán, condujo al general hasta el último momento; se jugó heroicamente la vida para proteger la de su prisionero.

Atravesaron el parque de artillería, donde un hombre le dijo al general, mientras agitaba el puño:

—Ya ves, no se han llevado todos nuestros cañones.

Tras cruzar la llanura, lo llevaron a la calle Rosiers, adonde el general Lecomte acababa de llegar con sus oficiales.

La llegada de Clément Thomas provoca la masacre. Una tromba humana lo empuja a la sala a pie de calle en la que se encuentra Lecomte junto con cinco personas apresadas un poco por casualidad en los bulevares exteriores: el conde Napoleón-Camille Lannes de Montebello, el marqués Doudeville de Maillefeu (ambos exoficiales de la marina), Leduc (cerrajero), Mirodaine (empleado) y Léo Marin.

Lecomte ha pedido en vano que lo lleven ante el Comité Central, ante el Comité de la legión, ante el Comité de vigilancia, a la alcaldía. Es imposible llegar a los comités; una masa humana bloquea las salidas, las puertas y las calles.

La muchedumbre furiosa rompe los cristales, echa abajo puertas y ventanas. El capitán garibaldino que trata de salvar a Lecomte (cosa que no impedirá que los versalleses lo fusilen), Herpin-Lacroix, un coloso, se alza ante la multitud. Lo empujan. Se sube a la marquesina, sobre la puerta de entrada, y pide silencio en vano. Para lograrlo, ordena un redoble al tamborilero Poncin. Hay un momento de silencio. Herpin-Lacroix, para ganar tiempo, pide que se juzgue a los generales de forma ordinaria, que se forme un tribunal militar. Al cabo de un minuto, la multitud ya ha dejado de escuchar a este desconocido. Vuelven los gritos: «¡Muerte!».

El general Lecomte, que sigue impasible, entrega al comandante Poussargue un cartucho de monedas de oro. «Me van a fusilar. Aquí hay 1000 francos. Déselos a mi familia y cuénteles a los míos que ha ocurrido y que he pensado en ellos hasta el último momento».

Durante el simulacro de deliberación, alguien grita: «¡Que levanten la mano quienes quieran la muerte de los generales!».

Todas las manos se levantan. En este punto las versiones de los testigos difieren bastante. Está claro que no se formó ningún pelotón de ejecución, que no mataron a los dos generales a la vez, que los dibujos e incluso las fotos que representaron la escena son composiciones y montajes.

Parece que el general Clément Thomas fue el primero a quien un soldado raso o un sargento de línea agarró por el cuello; lo empujó a la escalinata y lo acribillaron a balazos ahí mismo, dejándolo desfigurado. Según algunos testigos, pudo arrastrarse, o más bien lo arrastraron a culatazos, hasta el muro del jardín, donde lo abatieron con numerosos golpes de fusil que le machacaron el rostro hasta dejarlo irreconocible.

Kardanski, el comandante del puesto, hace un último intento de salvar a Lecomte. Los soldados y los guardias, desatados, fuera de sí, le arrancan los galones y lo muelen a palos.

Entonces Lecomte sale tranquilamente por la puerta y baja los peldaños de la escalinata con la espada en la mano. Apenas ha dado una decena de pasos cuando recibe el primer tiro, por la espalda, que le hace caer de rodillas. Un grupo lo levanta y lo lleva contra la pared. «Un final así para un soldado...! ¡Un final así...!», gime. Lo rematan con una decena de tiros en el pecho. Dos soldados del 88.º le dan el golpe de gracia disparándole en la cabeza.

Los comentarios de los testigos sobre Lecomte son unánimes: hizo gala de una enorme valentía y de la más absoluta dignidad. Sobre Clément Thomas hay división de opiniones. Según algunos, no paraba de decir: «Nunca he sido un traidor. ¡He servido fielmente a la República! ¡Viva la República!». De acuerdo con otros testigos, parecía aturrido, lleno de estupor, infinitamente sorprendido por su impopularidad. «Parecía un buey camino del matadero».²³⁰

Esto sucedió entre las 16:30 y las 17:00.

Después de esta escena la multitud se dispersa; por eso se salvan los demás detenidos. Vuelven a llevarlos a Château-Rouge, y los ponen en libertad con la intervención de Jaclard (Comité de vigilancia) y de Clemenceau; se marchan hacia el final de la tarde.

230 *La Vérité sur la commune*, p. 254.

En lo relativo a esta ejecución, abundan los escritos y los testimonios, no exentos de contradicciones. Los documentos demuestran que ni el Comité Central ni los comités locales son responsables de ella, y que a los dos generales los mataron sus soldados, porque las balas eran de *chassepots*, cuando la Guardia solo tenía fusiles *tabatière*.²³¹

Hemos de señalar la existencia de una serie de documentos: 1) el acta de sepultura de los cadáveres, establecida por el edecán del general Lecomte; 2) el acta firmada esa misma noche por los testigos involuntarios (Lannes de Montebello, Danville de Maillefeu, Leduc, Mirodaine, L. Marin); 3) la declaración firmada el 19 de marzo por Dufil, subteniente del cuerpo de voluntarios «Los caballeros de la República»; 4) una larga declaración de Clemenceau del 31 de julio de 1871 ante el juez de instrucción del tribunal de primera instancia de Fontenay-le-Comte (Vendée).

Estos documentos no solo exoneran (si es que era necesario) a los miembros de los comités, sino que, según dijo Clemenceau, su concejal de distrito Ferré (futuro miembro de la Comuna) y Jaclard (del Comité del XVII) le aseguraron que estaban buscando a los autores del asesinato (orden, por otra parte, completamente inejecutable)...²³²

A la misma hora (hacia las 17:00), el general Chanzy, muy popular, representante electo de la República por las Ardenas, aparece uniformado en la estación de Orleans. La multitud quiere hacerlo pedazos. Los guardias evitan que corra la misma suerte que Lecomte.

A las 18:00, los alcaldes y los concejales de distrito y los diputados de París celebran otra reunión en la alcaldía del distrito I. No saben que Thiers ha huido. Piden el nombramiento del coronel Langlois, diputado de París (cuya conducta durante el asedio lo volvió muy popular), como líder de la Guardia, el

231 Véase la nota 177 [N. de la T.].

232 Para los autores reaccionarios, tomando como referencia en esta cuestión a Marc-André Fabre, *Les Dramas de la commune*, París, Hachette, 1937, la muerte del general Lecomte fue heroica, los comités fueron los responsables de ella y Clemenceau fue cómplice, si no incluso culpable. Este autor atribuye además al Comité de vigilancia de Montmartre todo lo sucedido el 18 de marzo. En cuanto al proceso oficial que se abrió en Versalles el 3 de noviembre de 1871, estaba amañado. Entre los acusados solo hay un hombre del 88.º, el sargento Verdagner, a quien se condenó a muerte por las confraternizaciones que se produjeron por la mañana más que por la muerte de los generales, en las que no tuvo nada que ver.

nombramiento de Dorian como alcalde de París, elecciones municipales inmediatas y la garantía de que no se va a desarmar a la Guardia. Algunos delegados consiguen localizar a Jules Favre, al parecer en la calle Abbatucci. El ministro de Thiers ya sabe que han ejecutado a los generales. «No tratamos con asesinos», responde brutalmente. Entre los delegados distingue a Millière, su enemigo personal. Le embarga la furia.

Los representantes legales de París siguen reunidos cuando reciben, hacia las 22:00, a Jules Ferry. Vuelven a intentar conciliar cuando se enteran de que el Hôtel de Ville ha sido evacuado y después ocupado por los federados, aunque varios de ellos (como Vautrain, del IV, y Vacherot, del V) están a favor de la resistencia a ultranza.

De 20:00 a medianoche

El ejército regular huye sumido en el más absoluto desorden. Igual que la burocracia estatal. Es como si los jefes de los distintos cuerpos y los funcionarios hubieran oído los gritos impacientes de Thiers: «¡Más deprisa! ¡Venga! ¡Deprisa!».

El mando militar, perdido, toma una sola medida: proteger la retirada hacia Versalles con gendarmes a caballo. Sumido en el pánico, olvida comunicar esa orden a cuerpos enteros: tres regimientos (entre ellos el apostado en los jardines de Luxemburgo), seis baterías y la flotilla de cañoneros.

La moral de los soldados está por los suelos; insultan a los policías y a los gendarmes y no obedecen a los suboficiales; se marchan porque no saben adónde ir, como si fueran un rebaño.

Durante toda la noche van llegando a Versalles, de uno en uno y desmoralizados, destacamentos a los que nadie tratará ni de detener ni de devolver a París. Hacia medianoche, la mayor parte de los 20 000 hombres con los que contaba Vinoy han cruzado las puertas que nadie ha pensado en cerrar. 20 000 hombres se han ido de París sin que en París ni lo sospechen (J. Claretie), mientras muchos de estos cuerpos y destacamentos, de estos soldados aislados, han atravesado barrios populares, como los del sur y el oeste de París.

Antes de huir, los últimos miembros del gobierno redactan dos textos, ambos igual de absurdos, falaces y contrarios a la buena política, que se colocan en carteles durante la noche.

Uno se dirige a los guardias nacionales:

Un comité que se hace llamar Comité Central, tras haberse apoderado de una serie de cañones, ha cubierto París de barricadas y se ha hecho, durante la noche, con el Ministerio de Justicia. Ha asesinado a sangre fría al general Thomas y al general Lecomte. En París nadie los conoce; sus nombres son nuevos para todo el mundo. Nadie sabe siquiera decir a qué partido pertenecen. ¿Son comunistas?, ¿bonapartistas?, ¿prusianos? ¿Son agentes de una triple coalición? Sean quienes sean, son enemigos de París y quieren entregarlo al saqueo; enemigos de Francia, que entregarán a los prusianos, y de la República, que abandonarán al despotismo. [...] Si os preocupan el honor y vuestros intereses más sagrados, uníos al gobierno de la República y de la Asamblea Nacional.

Y aquí tenemos algunos fragmentos del otro texto, con idéntica mala fe:

El gobierno, queriendo evitar un enfrentamiento, ha recurrido a la paciencia y a la contempORIZACIÓN frente a hombres a los que esperaba poder devolver al camino del sentido común y el deber. Esos hombres, rebelándose abiertamente contra la ley, se habían constituido como comité insurreccional y habían ordenado a la Guardia Nacional que desobedeciera a sus jefes legítimos. A ellos se ha debido la resistencia que se ha opuesto a la recuperación de los cañones, que la autoridad militar quería devolver a sus arsenales, bajo la custodia de la Guardia Nacional y del ejército. [...] Mientras ese estado de las cosas se prolongase, era imposible retomar el trabajo, las provincias se distanciaban de la capital y toda esperanza de prestigio y de prosperidad quedaba postergada indefinidamente. Una vez agotadas todas las vías de conciliación, el gobierno ha considerado que era su deber hacer cumplir la ley y restituir a la Guardia Nacional su autoridad legal. [...] El gobierno, salido de una Asamblea nombrada por sufragio universal, ha declarado en numerosas ocasiones que quería fundar la República. Quienes quieren derrocarla son hombres de desorden, asesinos que no temen sembrar el horror y la muerte en una ciudad que solo puede salvarse con la calma y el respeto de las leyes. Estos hombres no pueden ser otra cosa que personas a sueldo del enemigo o del despotismo. Esperamos que esos crímenes causen la justa indignación de la población de París y que dicha población se ponga en pie para infligirles el castigo que merecen.

Cuando los ministros presentes en París terminan de redactar estos mensajes, la mayor parte del pueblo de París, agotado por las emociones, la agitación y la alegría —pero sin conocer «la fiebre de sangre y de desesperación», la fiebre ardiente de las

revoluciones durante esta jornada revolucionaria—, se duerme muy apaciblemente, con la sensación del deber cumplido.

Es alrededor de los grandes edificios públicos, sobre todo del Hôtel de Ville, donde se concentra la actividad. Aunque decae con bastante rapidez durante la noche.

Los batallones populares, impulsados y a la vez paralizados por un torrente humano, han ocupado sin disparar un solo tiro los edificios de las administraciones y el gobierno, los monumentos mantenidos por la burocracia estatal. Se los han encontrado vacíos.

Entre las 20:00 y las 21:00, Varlin, con sus hombres de Bagnolles (distrito XVII), se une con los batallones de Montmartre, dirigidos por Bergeret y Arnould. Convergen en la calle de la Paix hacia la plaza Vendôme. Sin resistencia. Bergeret ocupa el cuartel general de la Guardia. La plaza Vendôme, convertida en un gran campamento, y las calles vecinas reciben a los batallones que pone en marcha Varlin.

La gente de Belleville, desde el noreste, en un principio han rodeado el cuartel de Prince-Eugène, defendido por el 120.º de línea. Su comandante quería resistirse. Brunel ordenó a sus hombres que forzasen las puertas y encerrasen a los oficiales, mientras los soldados confraternizaban. Desde allí, los batallones, a las órdenes de Brunel, Ranvier y Eudes, avanzaron hacia el Hôtel de Ville por los muelles y las calles adyacentes, mientras Pindy iba hacia allí por la calle Vieille-du-Temple. A paso lento, pero sin parar. Temiéndose el retorno con muchos efectivos de los regimientos del gobierno, la Guardia construye una barricada tras otra. Antes de las 20:00, el Hôtel de Ville ya está rodeado y casi aislado.

En la orilla izquierda, en el VI, el 59.º ha neutralizado a tres batallones burgueses tras unas conversaciones hábilmente conducidas por Allemane. Duval avanza, lento pero seguro, hacia la Cité. Al acercarse a la prefectura de policía (entonces cerca de la plaza Dauphine), adelanta algunos hombres para que examinen la situación. Los enviados, que se esperan que los reciban a tiros, quieren forzar el portón a culatazos. La puerta se abre y el conserje, gorra en mano, pregunta: «¿Qué desean, señores? No hay nadie. Están ustedes en su casa...». Acude Duval. Son poco más de las 22:00. A partir

de entonces, Duval acelera su avance. Envía un gran destacamento a la plaza de Notre-Dame antes de ocupar el Hôtel de Ville.

El Palacio de Luxemburgo es lo único que sigue en manos del gobierno, por unas horas. Sin noticias del alto mando, los oficiales van a dejarse desarmar.

23:00

Brunel ha sembrado los alrededores del Hôtel de Ville de barricadas, puestos y centinelas. Hay patrullas por todas partes. Una de ellas está a punto de apresar a Jules Ferry, que sale del Hôtel de Ville a las 21:15 y se dirige a la alcaldía del I. La columna de Brunel llega por fin a la plaza. Desde allí atisba, desierta y oscura, la casa común del pueblo de París. Entra y toma posesión de ella. La fachada se ilumina y se iza la bandera roja. Informan al Comité Central. Varlin envía un mensaje a Arnould; «He ido al Comité Central... Dicen, aunque aún no está confirmado, que hemos ocupado el Palacio de Justicia; ¡permanezcan en guardia! ¡En guardia!».

Los federados y su Comité Central dominan París: los palacios, las sedes de las instituciones y varias (siete) alcaldías de distrito. El Comité controla la situación. Hace tiempo que la controla, desde la oleada protagonizada por el pueblo, por la mañana. Solo quedan dos grandes edificios administrativos sin ocupar: Correos y el Banco de Francia, que se han pasado por alto o bien se han respetado. El Comité no sabe que controla París. En ese momento no quiere saberlo. En París, el poder está en sus manos. Hay que crear la Comuna, esa Comuna que tanto se ha pedido y se ha esperado. Los revolucionarios, si se permite decirlo así, están entre la espada y la pared, obligados a tomar una decisión.

Los miembros del Comité Central, asustados ante una victoria que los sobrepasa, van llegando al Hôtel de Ville. Deambulan por los pasillos, por las salas iluminadas.

Medianoche

A esa hora hay una veintena de personas en la sala de conferencias, la misma en la que unas horas antes debatían Jules Ferry, Trochu y Vinoy. Algunos miembros del Comité no han querido venir o no quieren establecerse en el Hôtel de Ville. ¿Por qué? Porque han luchado por la República, es decir, por el sufragio

universal, y no son representantes elegidos. Esa contradicción que no logran resolver los atenaza: la lucha por la República ha quebrado la legalidad republicana. Se esfuerzan por llevar de la teoría a la práctica y de lo abstracto a lo concreto el principio que ellos mismos formularon durante las semanas anteriores: la República está por encima del sufragio universal. Les cuesta sacar conclusiones de un hecho político crucial: en su lucha a favor de la República, París ha apartado a la Asamblea —emanada del sufragio universal pero antirrepublicana— y a su expresión legal —el gobierno de Thiers—.

La jornada del 18 de marzo, que comenzó con la acción colectiva y anónima de las masas parisinas, continuó y terminó con actos de energía individual: la actividad de los militantes, blanquistas y miembros de la Internacional. ¿Quiénes son? Lo sabemos: sobre todo, hombres y mujeres de barrio, conocidos, estimados y respetados por sus vecinos. ¿Esos hombres prepararon la sublevación del 18 de marzo? Indudablemente, pero primero y ante todo a escala de barrio, haciendo un trabajo lento y paciente y con el respaldo espontáneo de las masas (que son, pues, auténticas masas populares) en cooperación con diversos comités locales. Es en este sentido como se debe interpretar la carta de Lavrov a Starkenschneider. Llegado a París desde Bruselas alrededor del 15 de marzo, Lavrov escribe a su interlocutor que, en muchos distritos de París, la Guardia Nacional ha sustituido tranquila y apaciblemente a la policía. Según narra, un miembro del Comité Central le habría dicho que, en una semana, «tendremos 17 de los 20 distritos; los tres últimos no nos seguirán, pero tampoco marcharán contra nosotros. Entonces nos haremos con la prefectura de policía de París, derrocaremos al gobierno y Francia se unirá a nosotros...».²³³

Pero, a 18 de marzo, el Comité Central no ha celebrado una reunión federal desde el 10 de marzo. La Comisión nombrada el día 15 aún no ha operado con regularidad. La reunión celebrada en la noche del 17 al 18 se dedicó únicamente a cuestiones organizativas internas; y la comisión militar que se nombra aún no existe más que sobre el papel. Y sin embargo, la existencia de

233 P. M. Keriantsev, *op. cit.*, p. 168.

esa comisión es el hecho del que los autores más reaccionarios²³⁴ deducen la puesta en marcha de un plan de insurrección el 18 de marzo. Por el contrario, ya hemos visto que los miembros del Comité Central vuelven tranquilamente a sus casas, que no hay Estado Mayor y que, por lo tanto, el ataque del gobierno los pilló por sorpresa.²³⁵ El Comité Central preparó el 18 de marzo, pero no lo deseó ni mucho menos lo organizó.

Por nuestra parte, hemos tratado de zanjar esta controversia entre los historiadores introduciendo conceptos sociológicos: la reestructuración de la sociedad de manera efectiva (práctica) en París tuvo sus consecuencias.

Ninguno de los hombres presentes a medianoche en la sala de conferencias del Hôtel de Ville contemplaba la situación en su conjunto. El único capaz de pensar de esa manera, Blanqui,²³⁶ no estaba. Ferré, Rigault y Flourens, que no eran miembros del Comité, no estaban allí...

La reunión (inacabada) del Comité Central discurre en corros, con una conversación confusa. Abundan las dudas, sobre todo porque se sabe que los representantes ordinarios de París (los alcaldes y los concejales de distrito) también están reunidos. La conversación gira en torno a estas preguntas: ¿quiénes somos?, ¿con qué derecho estamos aquí? ¡No podemos actuar con autoridad y menos aún como un gobierno! ¡Y sin embargo el gobierno ha huido! ¿No sería una locura absurda, un crimen contra el pueblo, abandonar las posiciones que con tanta facilidad se han conquistado?

En el transcurso de la caótica discusión, no se escucha a los blanquistas (Eudes, Duval, Brunel, Faltot), que preconizan medidas enérgicas: disolución inmediata de los batallones burgueses y marcha inmediata sobre Versalles.

Sin embargo, según Louise Michel, el Comité de Montmartre (como siempre) y varios batallones obreros exigían esa ofensiva. Era posible, sin lugar a dudas. Los tres itinerarios hacia

234 J. De Gastyne, *Mémoires secrets du Comité central et de la commune*, París, Éd. Sciences sociales, 1871, p. 21.

235 Véanse en el mismo sentido la declaración de Jules Favre en *Enquête parlementaire*; las declaraciones formales de Da Costa, *op. cit.*, p. 107, y Lenin, *Œuvres*, t. XVII, p. 111.

236 Duval mantuvo preso al general Chanzy con la esperanza de canjearlo por Blanqui, prisionero en provincias. El Comité Central liberó a Chanzy el 26 de marzo.

Versalles (por Châtillon, por Sèvres y por Côte de Picardie) solo los vigilaban unos pocos contingentes de gendarmes, que impedían el retroceso del ejército en retirada. Versalles no tendría tropas descansadas y con buena moral hasta el 2 de febrero.²³⁷ Durante varios días, el Comité Central podría tomar Versalles sin grandes dificultades con 20 batallones y algunos cañones y ametralladoras. «Había que marchar sobre Versalles de inmediato» (Marx).

En la noche del 18 al 19 de marzo, la mayoría del Comité Central rechaza esa eventualidad, alegando su preocupación por la legalidad, el rechazo a la guerra civil y también el miedo a los prusianos.

No obstante, hacia medianoche un hombre adquiere protagonismo: Édouard Moreau de Beauvière. Es un aristócrata que ha caído en la bohemia intelectual y literaria, diletante, dramaturgo, dibujante y compositor. Por puro patriotismo, tras haber combatido con brillantez en Champigny y en Buzenval, acaba uniéndose a los federados. Fue elegido para el Comité Central en el distrito IV. No está adscrito a ningún movimiento político ni a ninguna corriente. No tiene ninguna ideología. Tiene mucho sentido de lo práctico. Va a encontrar una salida, proponer una decisión y adoptarla.

Toma la palabra y describe la situación. ¿El Comité Central se va a ir del Hôtel de Ville? ¡No! Tiene que quedarse unos días, por lo menos para proceder a unas elecciones ordinarias.

Ante esto, surgen las aclamaciones: ¡Viva la Comuna! Enseguida se produce la primera metedura de pata del Comité Central: pone al mando de la Guardia Nacional a un incompetente y un bravucón, Lullier, mientras Brunel —que ha tomado el Hôtel de Ville— y Duval —que no es un antiguo oficial de carrera pero ha mostrado sus dotes de mando y de organización— permanecen en sus puestos.

Después se pone a redactar proclamas. Es una obsesión (junto con su preocupación por la legalidad).

237 El diplomático zarista Okounev advierte (en una carta del 21 de marzo) del peligro que corren los hombres de Versalles. Señala la desorganización militar y la desmoralización de los soldados. Véase B. Voline, *La commune par les rapports de l'ambassadeur du tsar*, Moscú, 1926, pp. 11-12, citado en Kerjantsev, *op. cit.*, p. 192.

Al pueblo:

El pueblo de París se ha sacudido el yugo que trataban de imponerle. Tranquilo, imperturbable en su fuerza, ha esperado, sin miedo y sin provocaciones, a los viles locos que querían hacer daño a la República.

Esta vez, nuestros hermanos del ejército no han querido tocar el arca santa de nuestras libertades. Gracias a todos, París y Francia han de sentar juntos las bases de una República aclamada con todas sus consecuencias, el único gobierno que pondrá fin para siempre a la era de las invasiones y de las guerras civiles.

Se levanta el estado de sitio. Se convoca al pueblo de París a sus secciones para las elecciones comunales. Se garantiza la seguridad de todos los ciudadanos con el concurso de la Guardia Nacional.

Hôtel de Ville, 19 de marzo de 1871.

Comité Central de la Guardia Nacional.

A los guardias nacionales:

Nos habéis encomendado organizar la defensa de París y de vuestros derechos. Tenemos la impresión de haber cumplido esa misión. Con la ayuda de vuestra generosa valentía y vuestra admirable sangre fría, hemos echado al gobierno que nos traicionaba.

En este momento, nuestro mandato ha terminado y os lo devolvemos, porque no pretendemos ocupar el lugar de aquellos a quienes el aliento del pueblo acaba de derribar.

Así pues, preparad y celebrad de inmediato vuestras elecciones comunales y dadnos la única recompensa que hemos podido esperar: veros instaurar la auténtica República.

Entre tanto, conservamos el Hôtel de Ville en nombre del pueblo.

Estas dos proclamas (que los parisinos, no sin estupor, vieron cuando se despertaron, colocadas en los muros junto a las del gobierno) exigen varios comentarios.

No vamos a incidir en su grandilocuencia («imperturbable en su fuerza», «viles locos») ni en las imágenes significativas cuyo interés sociológico ya hemos señalado («el arca santa de nuestras libertades»).

Más allá de su cuestionable estilo y de sus explicaciones confusas, estas proclamas son un acto político. El Comité Central, forzado por las circunstancias, actúa como gobierno, a pesar de que ni siquiera él mismo sabe aún qué quiere ni qué es: mando de la Guardia, ayuntamiento de París, nuevo poder gubernamental... Aunque haya alcaldes y concejales de distrito elegidos, decide que se celebren elecciones. Levanta el estado de sitio.

Sin embargo, la palabra «Comuna» no aparece en las proclamas. Además, el Comité Central no ha resuelto la contradicción entre su realidad revolucionaria y la legalidad a la que sigue encomendándose y que le obsesiona. Al mismo tiempo, comunica que renuncia (pero ¿en favor de quién?, ¿ante quién?) a su mandato y que conserva el Hôtel de Ville en nombre del pueblo. Por lo tanto, no pone fin al conflicto latente entre la autoridad «legal» en París —los alcaldes de distrito ya elegidos— y la autoridad alega (y sin embargo representativa) —el propio Comité—. Aunque ha resuelto a medias la dualidad de poderes con el gobierno, va a dejar que se cree otra dualidad de poderes.

Las complicaciones comienzan en la noche del 18 al 19 de marzo.

02:00

Langlois se presenta en el Hôtel de Ville. «¿Quién es usted?», preguntan los centinelas. «General de la Guardia Nacional nombrado por el gobierno». Lo dejan pasar.

Langlois exagera. Su nombramiento, propuesto por los alcaldes de distrito y los ministros «presentes en París», aún no ha sido ratificado por Thiers. No lo ratificará —provisionalmente— hasta unas horas más tarde. Langlois ya ha enviado al *Diario Oficial* una proclama (también él) muy lírica en la que se declara capaz de ir al martirio.

Su popularidad es incuestionable: diputado desde el 2 de diciembre, ejecutor testamentario de Proudhon, delegado en el congreso de la Internacional en Basilea en 1869, preso después en Sainte-Pélagie, combatiente heroico en Buzenval y elegido para la Asamblea Nacional, acumula títulos y nombramientos. Es un exaltado, tal vez un poco loco, pero no es un incompetente.

El Comité Central lo recibe y se produce un sorprendente diálogo de sordos:

—¿Quién lo ha nombrado?

—La Asamblea. Mi nombre es una muestra de concordia.

—La Guardia Nacional tiene la intención de nombrar ella misma a su jefe. Su investidura por parte de una Asamblea que acaba de atacar París no es una muestra de concordia... ¿Reconoce usted al Comité Central?

—No.

—¿Qué piensa del Comité Central?

—Nada. Los alcaldes y diputados de París me han nombrado pensando que así evitarían el derramamiento de sangre.

—Presente la dimisión y luego nosotros lo nombraremos.

—No... Es un asunto puramente parisino. Si ustedes no reconocen a la Asamblea, pretenden erigirse en gobierno nacional. Eso es la guerra civil...

Y Langlois se retira, dejando paso al incompetente Lullier, cuyos errores se acumulan desde esta primera noche, sobre todo el error de dejar batirse en retirada sin dificultad al ejército de Vinoy. Se conforma con acciones mínimas. Se dirige a la prefectura de policía (que registra el batallón 101.º del XIII) y anuncia solemnemente (porque de hecho ya ha tenido lugar) la liberación de las personas apresadas por la mañana. Después, con la misma solemnidad, se dirige a la plaza Vendôme, donde ordena liberar a los oficiales capturados en los jardines de Luxemburgo.

04:00

Los alcaldes y los concejales de distrito se mantienen reunidos, sin interrupción, en la Bolsa. Uno de ellos, Tirard, tiene una carta de Thiers en la que le encomienda la administración de París, extremo que se confirmará el día 19 en un telegrama de Versalles.²³⁸ El Comité Central no cuestiona directamente su autoridad legal. Primero recibe a una delegación integrada por dos diputados y seis alcaldes y concejales de distrito. Luego nombra a cuatro de los suyos, entre ellos Varlin, Jourde y Boissier, para negociar con los alcaldes.

Los demás miembros del Comité Central ya han dado por terminada a reunión y se han citado a las 9:00, y las conversaciones entre los cuatro delegados y los alcaldes están en pleno apogeo. Van a durar, de forma casi ininterrumpida, cerca de 48 horas. Desde la primera noche, se contempla un acuerdo con concesiones que los delegados del Comité Central acabarán aceptando tras interminables discusiones.

El Comité Central abandonará el Hôtel de Ville y volverá a la plaza Vendôme, donde operará como cuartel general regular de la Guardia. Los alcaldes y concejales de distrito se presentarán en el Hôtel de Ville y volverán a instalarse allí en calidad de representantes elegidos por el pueblo. Los diputados y los alcaldes,

238 *Enquête*, t. I, p. 79.

que no pueden admitir que se celebren elecciones municipales en París (decisión que requiere una ley votada por la Asamblea), van a publicar un anuncio en el que se pida a la Asamblea la celebración de estas elecciones, así como las de los oficiales de todos los rangos de la Guardia...

Este acuerdo muestra hasta qué punto los miembros del Comité Central, también los revolucionarios convencidos, los miembros de la Internacional (Varlin), dudaban esa noche histórica, primero ante la ilegalidad y luego ante la decisión crucial: constitución de un ayuntamiento o constitución de un gobierno. Las negociaciones del Comité Central con los alcaldes de distrito, junto con su inacción militar, fueron el gran error político que permitió la consolidación de Thiers.

En cuanto se formularon esos acuerdos, los delegados de los alcaldes de distrito salieron hacia Versalles. Por parte del Comité Central, se consultó a las bases: los comités de distrito. La gran mayoría de los comités rechazaron las concesiones para llegar a un acuerdo.

En esta cuestión, de nuevo, será la «base», consultada según el principio federal, quien va a tomar la decisión, una decisión importante cuya relevancia no ha de subestimarse. Las amargas discusiones entre legalistas y no legalistas, entre conciliadores y no conciliadores, entre moderados y extremistas, y entre jacobinos y blanquistas coparon la jornada del 19 de marzo. Pero, en realidad, ya se ha producido la ruptura: la conciliación se vuelve imposible.

SEXTA PARTE
DEL 18 DE MARZO A LA
PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA

1

EL AMANECER DE LA LIBERTAD

19 de marzo de 1871: la más bella aurora que ha visto una ciudad, el amanecer más resplandeciente hasta que se materialicen las expectativas, los presentimientos, los anuncios de nuevos tiempos; los sueños, las «utopías». La gran ciudad, la Cité, con el mero hecho de manifestarse —de ponerse de manifiesto— logró algo único, algo cuyo fracaso volverá aún más inolvidable.

En la noche del 18 al 19 de marzo, el Estado, el ejército y la policía, todo lo que influye en las vidas humanas desde fuera y desde arriba, todo se disolvió, se disipó, se evaporó. El Estado, monstruo frío donde los haya, cayó hecho pedazos y lo remataron trasladando a Versalles sus vestigios, despachos y burocracia. ¿Habría tomado Thiers una decisión arbitraria o alocada al ordenar la evacuación general? No. Thiers percibió y comprendió el desmoronamiento del aparato estatal. Si deja un vacío que no puede permanecer vacante mucho tiempo es porque no puede hacer otra cosa. París se despierta en plena juventud; de pronto lleva a la práctica lo que un hombre que apenas conoce, Marx, ha introducido en la teoría: el fin de la alienación humana. Hay que actuar rápido y con ingenio. Esa mañana todo es posible, porque lo que volvía imposibles las posibilidades de la vida ha desaparecido. Todo es posible: otra vida, una vida distinta, la libertad. París se despierta libre, la primera ciudad libre desde que existen las ciudades. Va a probar una vida nueva: la vida nueva en la que los hombres y las mujeres tomarán las riendas de su destino. A partir de una base social definida, ni demasiado grande ni demasiado pequeña —el barrio—, las personas van a participar en los asuntos públicos, sus asuntos. Van a crear, partiendo de esa

base, la autogestión, el trabajo libre inmerso en la alegría; van a organizar la descentralización.

París se despierta. La ciudad vive la primavera de la libertad. Simplemente la primavera, el primer buen día después del invierno más duro de su historia: un día maravilloso, el sol, las primeras yemas en los castaños, domingo de paseos y de esperanzas...

París se despierta en libertad, pero aún no lo sabe. Desea la fiesta. Es un estremecimiento que recorre la ciudad. Enseguida se forman grupos delante de las barricadas que rodean el Hôtel de Ville, alrededor de los 20 000 federados que acampan con sus cañones y sus ametralladoras en la plaza, entre las trincheras de Montmartre y de Belleville. Van a leer los numerosos carteles, contradictorios, unos colocados por la noche, otros que no van a parar de salir de la Imprenta Nacional por la mañana; unos del gobierno y otros del Comité Central.

El pueblo comprende y se alegra. La burguesía, la que queda en París, se alarma. La pequeña burguesía aprueba la situación, pero comienza a inquietarse. Para quienes confunden el Estado —su Estado— con la sociedad, es la sociedad la que está siendo amenazada.

Examinan con asombro los nombres de los miembros del Comité Central. Desconocidos, salvo Assi, famoso por haber dirigido la huelga de Le Creusot; excepto Babick, perfumista, espiritista y estrambótico; salvo quizás Varlin, considerado el jefe de esa famosa sociedad secreta, la Internacional. Pero ¿quién conoce a los demás, a los otros que forman la lista de los veinte firmantes de las proclamas: Billioray, Ferrat, Moreau, Dupont, Mortier, Gauthier, Lavalette, Jourde, Blanchet, Grollard, Barraud, Gérosme y Pache? Son hombres de barrio, de los batallones. Las clases medias enseguida van a dudar entre su republicanismo y su miedo a estos desconocidos que llevan consigo la democracia, el socialismo.

Primeros síntomas inquietantes: en la Escuela Politécnica, donde el general que la dirige ha dejado su mando a los propios alumnos, los alumnos se han reunido. Solo 14 votos para el Comité Central. La mayoría se suma al gobierno, o más bien a los alcaldes de distrito, autoridad legal y además investida de un

mandato de gobierno. Los universitarios, vanguardia de las revoluciones hasta ese momento, van en el mismo sentido.

¿Y qué va a hacer el Comité Central? ¿Cómo va a desatar los nudos de sus contradicciones políticas (entre su preocupación por la legalidad republicana y su propia ilegalidad) e ideológicas (entre el jacobinismo centralizador y el federalismo, entre el blanquismo revolucionario y los proudhonianos reformistas, etc.)?

Vamos a rastrear las consecuencias del 18 de marzo en los diez días posteriores, hasta la proclamación efectiva de la Comuna —el 28 de marzo—, tratando de comprender la manera en que el Comité Central tomó las riendas de las administraciones, la actitud de los alcaldes de distrito legales y de los conciliadores, la «resistencia» de la burguesía, el problema militar y el de las elecciones, y la situación en provincias.

2

LA LABOR DEL COMITÉ CENTRAL

El 19 de marzo a las 9:00 de la mañana se reúne el Comité Central. Lo preside Édouard Moreau, que por la noche dio muestras de grandes cualidades: energía, iniciativa y elocuencia. Se reanuda el debate. Solo hay una idea clara: ya que se ha tomado el Hôtel de Ville, hay que permanecer en él. ¿Cuál sería el objetivo? Regularizar la situación. ¿Cómo? Hay opiniones diversas. Para algunos, es necesario organizar elecciones, volver a poner en marcha los servicios públicos y defender París, todo ello lo antes posible. Hay quienes piensan que la revolución que se ha llevado a cabo, limitada a cuestiones municipales, solo interesa a París; otros, por el contrario, consideran que hay que hablarle de esta revolución a toda Francia, una vez que se haya marchado sobre Versalles y se haya dispersado la Asamblea reaccionaria.

Se perfila una mayoría: primero, las elecciones. Mientras Moreau redacta la convocatoria, aparece Duval. Trae noticias desagradables. Los altos funcionarios se marchan llevándose consigo los archivos, las llaves de las cajas o las propias cajas; los distritos y los alcaldes de distrito burgueses del centro de París están agitados; corre el rumor de que aún hay ministros de Thiers en París (en realidad, ya han llegado todos a Versalles), de que grupos de soldados siguen yéndose de la capital. Duval propone que se actúe, y para empezar que se cierren las puertas y se controlen las entradas y salidas.

No le hacen caso. ¿Acaso no se ha adoptado ya el levantamiento del estado de sitio, esa medida política imprudente, prematura, pero indispensable el primer día de libertad? Se redacta y se firma el anuncio (tercero del día) en el que se dan a

conocer la fecha y las modalidades de las elecciones al consejo municipal. Se celebrarán el miércoles 22 de marzo, con votación de lista por distrito. Habrá un concejal por cada 20 000 habitantes o por cada fracción excedente superior a 10 000 habitantes (lo que garantiza la representación de los barrios populares y proletarios).

Pero hay que solucionar lo más urgente: encontrar fondos para pagar el sueldo de los guardias municipales, ocuparse de la red de caminos, de las comunicaciones, de Correos, de los alquileres y de los vencimientos, de la prensa, de la educación pública, de los hospitales... Es decir, de todos los organismos que en Francia dependen directa o indirectamente del Estado. El desmoronamiento del aparato estatal desde su cúspide y la deserción de sus puestos de los altos burócratas lo trastocan todo, hasta las ambulancias, los hospitales y los cementerios. ¿Van a dejar de funcionar estos servicios sin los que no hay vida social y menos aún vida urbana? No. Al Comité Central, a este grupo de hombres sorprendidos ante sus responsabilidades, a estos legalistas a quienes se puede reprochar su falta de iniciativa revolucionaria aunque se encuentren liderando una revolución, a estas personas notables entre las que no hay ningún hombre brillante, les va a corresponder, por lo menos, el inmenso mérito de hacer que París viva y de mostrar que una gran ciudad moderna puede vivir sin Estado. Al hacerlo, obligado a resolver los problemas derivados de la situación, el Comité Central se va a exceder con mucho de los límites que se ha fijado. Va a llevar a cabo actos políticos; va a proclamarse gobierno, y gobierno del pueblo, mucho más que consejo municipal interino de París.

Desde la mañana del 19 de marzo, se reparte el trabajo. Lo que hay son hombres de acción, tanto fuera como dentro del Comité. Se los envía a los Ministerios y a los departamentos, a los servicios. Ya iba siendo hora. En la capital abandonada por sus dueños, el poder, o el fantasma del poder, pertenece a quien quiere hacerse con él. En el Ministerio de Educación, un «universitario» de unos 50 años, Paget-Lucipin, se ha instalado tranquilamente en el sillón vacío del ministro. ¿Sus credenciales? Orador de clubs y en cierto modo columna vertebral de las cervecerías, dirigió una pequeña revista, *L'Éducateur populaire*, durante el Imperio. En 1869 publicó un breve folleto, *Le Droit du*

travailleur, en el que afirmaba que todo trabajador tiene derecho al producto integral de su trabajo. Al autor le cayeron varios meses de prisión. Vuillaume, que pasa por allí, cruza los despachos sin obstáculos y Paget-Lucipin le ofrece, igual que a Pilotell, el caricaturista, cerveza y un cigarro barato. Celebra su ascenso: «Aquí estoy, así que yo soy el ministro...». Pero no quiere despilfarrar el dinero del pueblo. Jules Vallès, a quien el Comité Central, bastante inspirado, envía al Ministerio de Educación, puede hacer poco más que constatarlo. Se marcha, pero, dejándose llevar por el espíritu de la guasa, cuando se encuentra cerca de la Sorbona a Roullier, un zapatero, proudhoniano anarquista que «no recibe órdenes de nadie», analfabeto y casi orgulloso de serlo, lo envía a la calle Grenelle [sede del Ministerio] como refuerzo. «Tú que no sabes nada de ortografía, quiero que ocupes el cargo de Jules Simon...». Y, sin embargo, es de este desorden, de esta mezcla de bohemia literaria y de entusiasmo subversivo, de donde saldrán las medidas fundamentales sobre la laicidad, el desarrollo de la educación pública, de la formación profesional y popular...

El Comité Central nombra a Varlin y a Jourde para ocuparse del Ministerio de Hacienda, y a Eudes para el de Guerra; envía a Paschal Grousset al Ministerio de Asuntos Exteriores, a Duval y a Raoul Rigault a la prefectura de policía, a Grollier y a Vaillant al Ministerio del Interior, y a Bergeret a la plaza de París. Édouard Moreau controlará el *Diario oficial*, cuyas instalaciones acaban de ser ocupadas (aunque se ha publicado con las proclamas del gobierno); lo dirigirá Lebeau, ayudado por Longuet.

Ante el Comité, que ha perdido ya a aquellos de sus miembros que tienen que asumir funciones de dirección, alguien propone que se vote una prestación especial, un suplemento de sueldo. «Cuando se está en una situación sin control y sin freno, es inmoral adjudicarse cualquier salario. Hasta ahora hemos vivido con nuestros 30 sueldos; nos seguirán bastando», replica Édouard Moreau, indignado.

El Comité Central no solo quiere reemplazar al gobierno desfallecido y conducir al Estado hacia su extinción (sin reparar del todo en la enormidad de la tarea, sin teoría), sino que además quiere hacerlo con pocos gastos («a bajo coste», como tanto se ha repetido desde entonces).

Pero lo primero que quiere el Comité es que en París la vida continúe. Sin ser conscientes de las posibilidades que encarnan ni del internamiento en lo desconocido que intentan llevar a cabo, estos hombres sin pátina de brillantez y encargados de una labor colosal solo quieren que la vida —nada más y nada menos que la vida— continúe. La presentación de los acontecimientos en el periódico *La Commune* expresa con gran exactitud esa voluntad de tranquilizar y perpetuar. El periódico sale el lunes 20 de marzo con la fecha de 29 de ventoso del año 79. Contiene una parte oficial y otra no oficial. La lectura de estos textos deja entrever, además de un deseo de continuidad, el malestar persistente. En los textos no se responde claramente a la pregunta que podían y debían plantear. ¿Qué es el Comité Central? ¿Un organismo interino? ¿Un ayuntamiento provisional? ¿O un gobierno de la República? Por el contrario, queda bastante claro que los nuevos nombres que ahora de pronto tienen el enorme poder de crear cosas nuevas evitan pronunciarse al respecto. Cuando se pronuncian, dan explicaciones confusas e incluso se contradicen. Por ejemplo, en el mismo momento en el que actúan como un gobierno, declaran a los cuatro vientos que no son un gobierno. Así pues, hay un desajuste entre su actividad —ya considerable, que ceba la actividad de la Comuna, la prepara y a menudo la anticipa, actividad que a menudo va más allá de sus intenciones— y los pretextos y las justificaciones políticas en los que se escudan.

«Son justamente estos hombres que atribuyen un alto precio a la vida humana, a la sangre humana, quienes deben poner todo en marcha para lograr una victoria rápida y decisiva y quienes, después, han de actuar lo más rápido posible en busca del sometimiento enérgico de los adversarios», escribió con gran acierto Lavrov,²³⁹ que pone de manifiesto el motivo que subyace a las dudas del Comité Central y a las contradicciones de su actividad. Los hombres del Comité Central quieren evitar la guerra civil y, sin embargo, corren a su encuentro en cuanto responden a las exigencias de una situación que ellos mismos crean y manifiestan.

239 P. Lavrov, *La Commune de Paris*, Leningrado, Goloss (Petrogrado), 1919, p. 225.

Nos cuesta muy poco mostrar las dudas del Comité, que desde el principio se presenta con esta doble cara: consejo municipal interino de París y nuevo gobierno de la República.

La Commune, n.º 1, lunes 20 de marzo de 1871, 29 de ventoso del año 79.

Parte no oficial:

La paz con Versalles.

Una delegación de los diputados de París, acompañada por los alcaldes de distrito de París, se dirigió ayer al Hôtel de Ville.

El objetivo era conciliar lo sucedido con el gobierno de Versalles. El Comité Central recibió estas conversaciones de manera muy favorable, más aún por el hecho de que no ha contemplado ni por un instante permanecer en el poder.

Se decidió:

Que los alcaldes de distrito de París permanecerían en funciones y atenderían las necesidades administrativas hasta que no fueran relevados de sus funciones mediante sufragio universal.

En cuanto a la conciliación con el gobierno de Versalles, pensamos que el Comité la aceptaría con las siguientes condiciones: consejo municipal de París elegido por el pueblo; reorganización de la Guardia Nacional; elección y revocación de los jefes de todos los rangos en manos de los propios guardias nacionales; supresión de la prefectura de policía, cuyos servicios dependerían de la Comuna de París; supresión del ejército en París. En resumen, la Comuna libre en un Estado libre, como sucede en Bélgica, en Suiza y en todos los países democráticos...

Parte oficial:

El Comité Central de la Guardia Nacional,

Considerando

Que es urgente constituir de inmediato la administración municipal de la ciudad de París,

Dispone:

1.º Las elecciones del consejo municipal de la ciudad de París se celebrarán el próximo miércoles 22 de marzo.

2.º La votación se hará por lista y por distritos. Cada distrito nombrará a un concejal por cada 20 000 habitantes o por fracción excedente superior a 10 000 habitantes.

3.º La votación permanecerá abierta de 8:00 de la mañana a 18:00 de la tarde. El recuento se llevará a cabo de inmediato. [...]

Hôtel de Ville de París, 19 de marzo de 1871.

Comité Central de la Guardia Nacional.

(Siguen las firmas).

El nuevo gobierno de la República acaba de tomar posesión de todos los Ministerios y de todas las administraciones.

Esta ocupación, llevada a cabo por la Guardia Nacional, impone grandes deberes a los ciudadanos que han aceptado esta difícil tarea.

El ejército [...] se ha fusionado con los habitantes de la ciudad. Así pues, hemos de saber aprovechar esta unión para estrechar nuestras filas. [...]

Que la Guardia Nacional, unida a la línea y a la Guardia móvil, continúe con su servicio. [...]

Que los batallones de marcha [...] ocupen las fortificaciones y todas las posiciones avanzadas para garantizar la defensa de la capital.

Que los ayuntamientos de los distritos, movidos por la misma diligencia y el mismo patriotismo que la Guardia Nacional y el ejército, se unan a estos organismos para garantizar la salvación de la República y preparar las elecciones al consejo municipal [...].

Ciudadanos:

La jornada del 18 de marzo, que con ánimo interesado se está tratando de tergiversar de forma odiosa, será conocida en la historia como el día de la justicia del pueblo.

El gobierno vencido [...] quiso provocar un conflicto.

[...] El ejército entero, al que se le ordenaba ser fratricida, respondió al grito de ¡Viva la República! ¡Viva la Guardia Nacional!

Solo dos hombres, que se habían vuelto impopulares por acciones que nosotros hoy calificamos de inicuas, cayeron en un momento de indignación popular.

El Comité de la Federación de la Guardia Nacional, en honor a la verdad, declara que es ajeno a esas dos ejecuciones.

A día de hoy, se han constituido los Ministerios, la prefectura de policía está en marcha, las administraciones retoman su actividad y nosotros invitamos a todos los ciudadanos a mantener la calma y el orden más absolutos.

La jornada

Si en provincias, adonde han debido de llegar los relatos más pavoroso sobre la actitud de la Guardia Nacional y sobre la revolución que acaba de producirse, pudieran ver la calma de París, no darían crédito a sus ojos.

Ayer en los bulevares se veían paseos al sol en medio de una quietud insultante para el poder conservador que acababa de ser derrocado. [...]

Las tiendas, que uno esperaba ver cerradas, las fábricas, que podrían haber interrumpido su trabajo, funcionan a las mil maravillas. [...] Así pues, la calle está tranquila, a pesar de las barricadas; y qué decir del Hôtel de Ville, [...] que se ha transformado en un amplio despacho. [...] Todo el mundo comprende la gravedad de los acontecimientos y, desde la reja de entrada hasta la sala del consejo, reina una seriedad pética...

El Comité Central pretende justificar sus acciones, directamente; se las presenta así a los ciudadanos de París en

un manifiesto cuyo vigor verbal contrasta con la ambigüedad política:

Federación Republicana de la Guardia Nacional.

Si el Comité Central de la Guardia Nacional fuera un gobierno, podría, por la dignidad que le confieren sus electores, no dignarse a justificarse. Pero, como su primera afirmación ha sido declarar que no pretendía ocupar el lugar de aquellos a quienes el aliento del pueblo había derrocado y por un simple deseo de honestidad están decididos a permanecer exactamente dentro de los límites expresos del mandato que se le ha encomendado, el Comité sigue siendo un conjunto de personas que tienen derecho a defenderse.

Como criatura nacida de la República en cuyo lema figura la grandiosa palabra «fraternidad», el Comité perdona a sus detractores; pero quiere persuadir a la gente honrada que, por ignorancia, ha dado por buenas las calumnias...

Hemos recibido un mandato que dejaba sobre nuestros hombros una terrible responsabilidad y lo hemos llevado a cabo sin dudas y sin miedo. Y en cuanto cumplimos el objetivo, le decimos al pueblo: «He aquí el mandato que nos ha sido encomendado; allá donde comienza nuestro interés personal termina nuestro deber; haz tu voluntad. Señor nuestro, te has hecho libre. Éramos desconocidos hace unos días y seguiremos siéndolo cuando volvamos a engrosar tus filas; vamos a mostrar a los gobernantes que se pueden bajar los escalones de tu Hôtel de Ville con la cabeza alta, con la certeza de que nos recibas al pie de la escalera con un apretón de manos robusto y leal».

Los miembros del Comité Central.

El 22 de marzo, el *Diario oficial* atestiguará las mismas inquietudes. El Comité Central se esfuerza por demostrar, en un artículo muy argumentado, que París está dentro de la legalidad:

El mero hecho de formular la pregunta ya la responde. [...] Es a París a quien corresponde hacer que se respete la soberanía del pueblo y exigir que no se atente contra sus derechos. París no puede separarse de las provincias, ni soportar que las separen de él. París ha sido, sigue siendo y debe seguir siendo definitivamente la capital de Francia, la cabeza y el corazón de la República democrática, una e indivisible. Y como tal tiene el derecho incontestable de proceder a elegir un consejo municipal, de administrarse por sí misma como corresponde a toda ciudad democrática y de velar por la libertad y la tranquilidad públicas con ayuda de la Guardia Nacional, compuesta por todos los ciudadanos, que elegirán directamente a sus jefes mediante sufragio universal. El Comité Central de la Guardia Nacional, al tomar las medidas necesarias para garantizar la

formación del consejo municipal de París y la elección de todos los jefes de la Guardia Nacional, ha tomado, por lo tanto, medidas muy juiciosas, indispensables y de primera necesidad.

Así pues, al sufragio universal que ha elegido a la Asamblea reaccionaria con sede en Versalles, el Comité Central le contrapone la democracia directa instaurada en el pueblo armado (sin ir más allá en la elaboración teórica del concepto de democracia directa). A todos los demás derechos les opone los derechos y los deberes de París, centro de Francia, corazón de la República indivisible (sin ocuparse de las dificultades que pueden nacer de la confrontación entre esta idea y el principio federativo).

Veamos cómo se hicieron cargo los delegados del Comité Central de las administraciones, los servicios públicos y los Ministerios.

Finanzas

Encontrar dinero. Los guardias nacionales esperan sus 30 sueldos. Se ocupan de ello Varlin, el honrado y escrupuloso Varlin, socialista convencido pero que no quiere apresurar el movimiento, y Jourde, excelente contable. Dinero hay en las cajas del Tesoro: 5 millones de francos de oro. Pero el tesorero está en Versalles. ¿Qué pueden hacer los delegados del Comité Central? ¿Forzar las cajas? No. No tienen ni competencia legal para ello ni siquiera una orden de requisa.

Así pues, Varlin y Jourde se reúnen con Rothschild. Es un hombre que está por encima tanto de los prejuicios como de las leyes. Negocia. ¿Prestar dinero a los revolucionarios? Por qué no, si eso le permite quedarse en París con toda seguridad y ocuparse de sus negocios. Siguiendo el procedimiento ordinario, con prueba de recibo, adelanta 500 000 francos. Es el salario de un día. Gracias a la dedicación de los encargados de los pagos en las compañías y batallones, los soldados-ciudadanos reciben su salario.

Al día siguiente, los revolucionarios se dirigen al Banco de Francia. ¿Van a tener el atrevimiento de volar a cañonazos las monumentales puertas? ¿Van a romper las cajas y hacerse con el oro, los depósitos, los títulos y los documentos? Tienen medios para hacerlo. Pero las personas a quienes les generaba dudas apoderarse en nombre de París de 5 millones que pertenecían a

París dudan mucho más aún ante las puertas de este templo: el Banco de Francia. ¿Y si los tachaban de «ladrones»?

En el Banco se temen lo peor. También les habría gustado dejar París para irse a Versalles, pero harían falta cien furgones para vaciar los sótanos y las cámaras blindadas, y los cien furgones tendrían que estar bien protegidos contra los federados, burdos saqueadores. ¡Imposible! El Banco, aplastado bajo el peso de su oro y su papel, no se puede mover. Así que habrá que recibir a los que mandan ahora. ¿Cómo? En las altas esferas tienen maneras y habilidad. Pronto el valiente *communard* Beslay tendrá su despacho y su sala, y se dejará manejar por un tal Ploeuc, subgobernador, que proporcionará 15 millones a la Comuna en pequeños paquetes, a la vez que el Banco avala casi 260 millones de pagos de Versalles.

El 20 de marzo es el gobernador Rouland quien recibe a los emisarios del Comité Central. ¿El Banco? No se dedica a la política. Puede adelantar a la ciudad de París sumas limitadas y reembolsables. Varlin y Jourde se marchan muy contentos con un millón. Tres días de salario. El Comité Central va tirando. Cuando se gaste el millón, se conseguirá otro anticipo ejerciendo algo más de presión. Así, llegando a un acuerdo con concesiones, los grandes capitalistas que han permanecido en sus cargos salvarán el Banco, su oro y sus títulos, igual que van a salvar la Bolsa. Ni siquiera le van a brindar al Comité Central las posibilidades que ofrecería una negativa de plano, que habría obligado al Comité a tomar medidas verdaderamente revolucionarias.²⁴⁰

Este oportunismo tenaz no evita las amenazas izquierdistas que, por lo demás, son ineficaces. «Se invita a los habitantes de París a regresar a su domicilio en las próximas 48 horas. Transcurrido ese plazo, se quemarán sus títulos de renta. En nombre del Comité Central: el delegado de Interior, Grelier», se decreta en el *Diario oficial* del 21 de mayo. ¿En qué medida tendría algún tipo de eficacia ese intento de presionar a los burgueses y los capitalistas que se habían ido de París?

240 Los republicanos moderados acusaron a las autoridades del Banco de haber ayudado al Comité Central a instancias de los bonapartistas para causar problemas a Thiers. Acusación sin pruebas. La mera habilidad táctica ya explica la actitud de Rouland y de Ploeuc.

Este puede ser el lugar para señalar que ni el Comité Central ni después la Comuna intentaron nunca nada contra la Bolsa ni quienes trabajaban en ella, por más que fueran odiados, reaccionarios y que conspirasen contra el nuevo poder del pueblo. El 22 de marzo, se puede leer en el *Diario oficial* y en la prensa del Comité Central que los agentes bursátiles han decidido abrir la Bolsa como siempre. La Bolsa cerró el 23 de marzo, un día tumultuoso en el que los enemigos del Comité Central trataron de retomar la iniciativa de las operaciones, pero volvió a abrir el 28 de marzo. Y he aquí las cotizaciones de algunos valores escogidos con fines ilustrativos: el préstamo al 3%, Crédit foncier, Société générale, Crédit agricole y Crédit industriel. Se puede constatar que las bajadas masivas son muy anteriores a que el Comité Central tome el poder. La recuperación iba a ser lenta, pero segura.²⁴¹ A los miembros más audaces y los más revolucionarios del Comité y de la Comuna les asaltaban las dudas ante la puerta de este otro santuario del capitalismo: la Bolsa. No tienen ninguna idea definida respecto a la articulación entre economía y política. No entra en sus previsiones paralizar el funcionamiento del capitalismo.

Cotizaciones recogidas en el periódico *Le Temps*:

| | | |
|----------------------|------------------|-------|
| 3 de febrero de 1871 | 3% | 51,05 |
| | Crédit foncier | 925 |
| | Société générale | 475 |

²⁴¹ Los periódicos comprometidos con el Comité Central destacan la estabilidad de las cotizaciones. «Una revolución con la Bolsa en buena forma; lo nunca visto» (*La Nouvelle République*, 22 de marzo de 1871). Según el mismo periódico, el síndico de los agentes de cambio y los propios agentes se negaron a trasladar la Bolsa a Versalles. Véase también *La Commune* del 22 de marzo, sección «Jornada política»: «Pese al triunfo de la sublevación de los saqueadores, en París no deja de reinar la calma más absoluta desde la abdicación del gobierno de Versalles. Cerca de algunos cuarteles por la mañana aún se veían numerosos grupos de soldados sin armas, que esperaban el reparto de víveres que el traslado del Ministerio de Guerra ha dejado desde el sábado a cargo del Comité Central; pero este servicio [...] no ha tardado en regularizarse [...]. Cabe mencionar que ayer, lunes, la Bolsa abrió como siempre, a pesar de las órdenes expresas enviadas desde Versalles para suspender sus operaciones. Los agentes de cambio, por unanimidad, decidieron que el parque operase, cosa que ocurrió con absoluta normalidad. En general los fondos públicos han aguantado bastante bien, pese al pánico que es de esperar que generen en ese entorno los acontecimientos de la antevíspera [...]».

| | | |
|--------------------|------------------|-------|
| 3 de marzo de 1871 | 3% | 51,10 |
| | Crédit foncier | 965 |
| | Société générale | 500 |

Cotización en bolsa

| | | |
|--------------------|------------------|--------|
| 4 de abril de 1871 | 3% | 51,30 |
| | Crédit foncier | 920 |
| 3 de mayo de 1871 | 3% | 52,10 |
| | Crédit foncier | 933,75 |
| | Société générale | 477,50 |
| 6 de mayo de 1871 | 3% | 352,95 |
| | Crédit foncier | 52,95 |
| | Société générale | 477,50 |

Le Temps no se publicó del 7 al 29 de mayo (incluidos). Volvió a publicarse a partir del 30 de mayo, pero no recoge las cotizaciones en bolsa más que a partir del 6 de junio.

| | | |
|---------------------|-------------------|--------|
| 6 de junio de 1871 | 3% | 52,40 |
| | Crédit foncier | 855 |
| | Société générale | 515 |
| | Crédit agricole | — |
| | Crédit industriel | — |
| 30 de junio de 1871 | 3% | 53 |
| | Crédit foncier | 930 |
| | Société générale | 537,50 |
| | Crédit agricole | 480 |
| | Crédit industriel | 625 |

Por lo tanto, en conjunto se mantuvo la estabilidad de las cotizaciones. ¿Qué otra conclusión se puede sacar, más allá de que el anticapitalismo del Comité Central y de la Comuna era bastante incierto, de que la situación social y política exigía y

reclamaba medidas y de que, en definitiva, los capitalistas no se sentían realmente amenazados?

Asuntos Exteriores

Los delegados del Comité Central en Quai d'Orsay, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, se cartean con el mando del ejército alemán, que permanece ante París. Las cartas se publican en el *Diario oficial*.

Ciudadanos:

El Comité Central ha recibido el siguiente comunicado del cuartel general prusiano:

Comandancia general del 3.^{er} cuerpo del ejército

Cuartel general de Compiègne, 21 de marzo

Al actual comandante de la Guardia de París

El signatario, comandante en jefe, se toma la libertad de informarle de que las tropas alemanas que ocupan las fortificaciones del norte y del este de París, así como las inmediaciones de la orilla derecha del Sena, han recibido la orden de mantener una actitud amistosa y pasiva mientras los acontecimientos de los que París es escenario no tomen un carácter hostil ante los ejércitos alemanes y que pueda ponerlos en peligro; las tropas permanecerán según las condiciones acordadas en los principios de paz.

En caso de que los acontecimientos tomaran un cariz hostil, la ciudad de París sería considerada enemiga.

En nombre de la Comandancia general del 3.^{er} cuerpo,

El jefe del cuartel general,

Von Scholteim, mayor general.

El delegado del Comité Central para relaciones exteriores respondió:

París, 22 de marzo de 1871.

Al comandante en jefe del 3.^{er} cuerpo de los ejércitos imperiales prusianos

El signatario, delegado del Comité Central para asuntos exteriores, en respuesta a su comunicado datado en Compiègne, a 21 de marzo, le informa de que la revolución llevada a cabo en París por el Comité Central, que tiene un carácter fundamentalmente municipal, no es en modo alguno agresiva contra los ejércitos alemanes.

No tenemos competencia para cuestionar los principios de la paz votada por la Asamblea de Burdeos.

El Comité Central y un delegado de asuntos exteriores.

Es fácil identificar las ambigüedades de esta declaración. ¿La «revolución municipal» se limita a París o pretende extenderse a toda Francia? Y, en este sentido, ¿qué quiere exactamente para París? El Comité se compromete a respetar las condiciones de la paz, pero hace que esa responsabilidad recaiga en la Asamblea. ¿Esto no implica autorizar a la Asamblea y también al gobierno de Thiers a continuar con las negociaciones, a firmarlas y a ratificarlas, cosa que al mismo tiempo le hace mantener su estatus de autoridad?

El Comité Central, preocupado por protegerse y por proteger París frente a un golpe militar del ejército alemán (cosa que teme por encima de todo), consigue cubrirse en ese sentido utilizando fórmulas ambiguas. No hay nada que permita acusar al Comité de haberse precipitado a una lucha insensata pero grandiosa ni de haberse rebajado ante el enemigo, ante el verdugo de París.²⁴² En torno al 1 de marzo, los hombres del Comité habían dado muestras de su prudencia. El 22 de marzo, en el mismo sentido, muestran cierta habilidad diplomática, habilidad que a menudo, si no siempre, consistía en el arte de utilizar fórmulas ambiguas.

Es sabido que las tropas alemanas mantuvieron de manera bastante fiel esa actitud formal de neutralidad, lo que no impidió que Bismarck devolviera soldados a Thiers para que acabase con la Comuna. Al jefe del gobierno alemán nada le hacía más feliz que ver estallar la guerra civil en una Francia ya debilitada y vencida, y ver cómo esa guerra terminaba con la derrota de este inquietante movimiento. También sabía que Thiers y su gobierno pagarían cara en el plano diplomático la ayuda directa o indirecta que les prestase Alemania. Todo esto apenas inquietó a la prensa de Versalles, que sin embargo denunció la supuesta connivencia entre el Comité Central y Bismarck y contó que el oro prusiano (igual que el de Napoleón III) circulaba a espuestas por París...

Las administraciones: correos, arbitrios, contribuciones, prisiones, moneda

Las cosas fueron similares en todas partes. Los delegados del Comité Central se encuentran los servicios públicos sumidos en la desorganización absoluta: despachos cerrados, cajas

242 Palabras de Jules Claretie, *op. cit.*, p. 604.

cerradas o vacías y material desaparecido o escondido, incluidos sellos, timbres, etc. Hay anuncios que ordenan a los empleados que se dirijan a Versalles so pena de destitución. La mayoría de los altos funcionarios (no todos) ya ha obedecido o va a obedecer esa orden. Pero con la ayuda del personal de niveles inferiores, de una parte de los funcionarios de nivel medio y de algunos elementos externos (obreros), los delegados consiguen restablecer la situación, tanto en Correos como en lo relativo a arbitrios y a las contribuciones directas.

Lissagaray aporta detalles interesantes sobre la toma de control de los servicios públicos fuera de toda burocracia estatal.²⁴³ Los servicios públicos «fueron manejados con habilidad y economía [...] por hombres que no pertenecían a la carrera administrativa, y no fue este, a los ojos de la burguesía versallesa, uno de sus menores crímenes». Los sueldos inferiores se subieron y el nuevo personal directivo no llegó en ningún caso al sueldo máximo.

Pero, a nuestro modo de ver, lo más interesante es lo que cuenta Theisz en su carta a Lissagaray. Vamos a señalarlo ya en este momento, aunque la carta esté fechada a principios de abril, porque Theisz sigue actuando en calidad de delegado del Comité Central y toma esta iniciativa.

«Los primeros días de abril instauramos un Consejo de Correos, con voz pero sin voto, constituido por el delegado, su secretario, el secretario general, los jefes de servicios, dos inspectores y dos carteros jefes». Este Consejo superior subió el sueldo de las categorías desfavorecidas y decidió regularizar los ascensos, eliminando el favoritismo y la incompetencia.²⁴⁴

En cierto modo, vemos en ello un intento —el primero en la historia— de autogestión de un gran servicio público. Lo consideramos una prueba de la importancia y la eficacia del principio federativo y descentralizador entendido como principio general de libre asociación, que se lleva a la práctica y se

243 *Op. cit.*, p. 220 [ed. en cast.: pp. 208-210], y en el apéndice [no incluido en la edición en castellano], carta de Theisz, obrero cincelador convertido en director de Correos, a Lissagaray, pp. 483-486. Véanse también las pp. 487-489 [no incluidas en la edición en castellano], una breve relación de los hechos acontecidos a la dirección de las contribuciones directas y a la Imprenta Nacional.

244 Lissagaray, *op. cit.*, pp. 220 [ed. en cast.: pp. 208-209] y 486 [no incluido en la edición en castellano].

extiende mucho más allá de la reorganización del ejército o de una nueva distribución de las circunscripciones administrativas. Los trabajadores asociados en los lugares de producción podrían participar de forma activa en la gestión de sus asuntos, determinar juntos y en armonía las condiciones y los objetivos de su trabajo. Las asociaciones libres irían de las unidades socioeconómicas más pequeñas a las más amplias, a la sociedad entera.

Antes de responder a las decisiones tomadas en Versalles con una auténtica innovación práctica y política, Theisz había logrado restablecer el funcionamiento de Correos en París e incluso en parte las comunicaciones con las provincias. Lo único que se interrumpió fue el servicio de telégrafo para comunicaciones privadas.

El Comité Central y la Federación habían denunciado públicamente a Versalles en un anuncio virulento del que destaca su título:

República francesa
Libertad-Igualdad-Fraternidad
Comité Central
Ciudadanos:

Al abandonar París, el poder que acaba de desmoronarse ante el desprecio popular ha paralizado y desorganizado todos los servicios públicos.

En una circular ha ordenado a todos sus empleados que se dirijan a Versalles.

En ese complot monárquico no se han olvidado del telégrafo, servicio útil donde los haya en estos momentos de absoluta crisis de renovación. Se han interrumpido todos los servicios y todas las comunicaciones con las provincias. Nos quieren engañar. Todos los empleados de niveles superiores y muchos de sus subalternos están ya en Versalles.

Señalamos al pueblo de París esta criminal forma de proceder. Es un nuevo cargo en este gran proceso que se celebra entre pueblos y reyes.

Entre tanto y con el fin de dedicar todas nuestras fuerzas a la labor que nos ocupa en este momento, suspendemos a partir de hoy el servicio de telégrafo privado en París.

20 de marzo de 1871. El director general: J. Lucien Combatz.

El director general de telégrafos tiene autorización para suprimir el telégrafo privado en París hasta nueva orden.

París, 20 de marzo de 1871. En nombre del Comité:

L. Boursier, Gouhier, E. Moreau.

Cuando estos servicios vuelven a ponerse en marcha, también se anuncia por medio de carteles.

Ministerio de Hacienda

La recaudación de arbitrios se efectuará como en el pasado. Se tomarán las medidas más enérgicas contra los empleados de este servicio que no realicen sus pagos, por vía administrativa, a la Delegación de Hacienda del Comité Central.

Los delegados del Ministerio de Hacienda,
miembros del Comité Central: Varlin, Fr. Jourde.

Policía

La policía es encomendada directamente al pueblo.

Todas las tendencias ideológicas representadas en el Comité (y más tarde en la Comuna) son unánimes respecto a estas cuestiones: supresión de la prefectura de policía, elección de los comisarios de policía igual que de otros cargos y eliminación de la policía del Estado especializada en provocaciones y delaciones. El verdadero orden y la paz pública en una gran ciudad pueden garantizarse mediante el control popular; la moralidad general no requiere en absoluto un reconocimiento policial.

Pese a las insinuaciones y los ataques de sus adversarios, todos los testigos declaran de forma unánime que durante esas semanas hubo en París menos robos, prostitución y corrupción que nunca.

La primera declaración del Comité Central, del 20 de marzo, afirma este principio de autogestión de la vida urbana a cargo de la población de la ciudad. Por lo demás, resulta fácil detectar cierta contradicción entre este texto, que confía el mantenimiento del orden al honor del pueblo, y una declaración reproducida en estamentos superiores que pretende ser tranquilizadora asegurando que la prefectura de policía funciona. La situación tiene más peso que las dudas, los escrúpulos, las ideologías o la falta de ideología. A través de esta situación que alberga distintas posibilidades, situación que la acción práctica explora, toma forma una nueva estructura social; esa estructura social fue posible entonces por una contingencia inaudita, contingencia que no volverá a aparecer cuando la historia liquide esta posibilidad histórica. Se trata de la dictadura del proletariado (es decir, el poder democrático del pueblo en armas) consciente y controla-

da de los organismos estatales en general, organismos a los que no sustituirán los de un Estado nuevo, centralizado, erigido por encima de la sociedad, como sucedía antes. Se trata, pues, de lo «posible»: una práctica social a la que se ha aligerado de gran parte del aparato estatal, burocrático, militar y policial.

Federación Republicana de la Guardia Nacional,
Hôtel de Ville, 20 de marzo de 1871, 18:00.

Se ha enviado a numerosos criminales de vuelta a París para que atenten contra la propiedad y nuestros enemigos puedan acusarnos de ello.

Instamos a la Guardia Nacional a extremar la vigilancia en sus patrullas.

Todos los cabos deberán asegurarse de que ninguna persona ajena, al abrigo del uniforme, se introduzca en las filas de su brigada.

Está en juego el honor del pueblo; corresponde al pueblo mantenerlo.
Comité Central de la Guardia Nacional.

¿La dictadura revolucionaria? A veces la inauguran y la ejercen, sin retórica vacía, sin ideología, los hombres más audaces del Comité Central o algunos de sus delegados: los blanquistas.

Cuando el director de los calabozos se dirige a la prefectura de policía para protestar contra la ocupación de las instalaciones y la liberación de los presos políticos, el blanquista Raoul Rigault se limita a responderle:

—Queda destituido.

—¡No tiene usted derecho a destituirme! El único que puede hacerlo es el ministro del Interior.

—Estamos simplificando las formalidades— responde Rigault. Y ordena la detención del director de los calabozos. Lo llevan a su propia prisión.

En esos días revolucionarios, la dictadura, entendida como poder sin control, también se ejerce a veces de forma cuestionable y tendente al terrorismo. La mayoría de los libros partidarios de la Comuna no incluyen documentos en este sentido y la mayoría de sus detractores, por el contrario, los destacan. Como hemos expresado nuestra intención de ir más allá de las concepciones limitadas de la objetividad, vamos a exponer al menos uno de estos documentos.

Un tal Gasnier d'Aubin, que se autodenominaba «General de brigada y comandante de la plaza del distrito XVIII», envió el siguiente informe al Comité Central:

Informe del 20 al 21 de marzo.

Sin novedades. He recibido los informes de los jefes de puesto. La noche ha sido tranquila y sin incidentes.

A las 22:05, los francotiradores han traído a dos municipales que se hacían pasar por burgueses y han sido fusilados de inmediato.

A las 00:20, se ha fusilado a otro municipal acusado de haber disparado un fusil.

A las 7:00, se ha fusilado a un gendarme traído por los guardias del 28.º.

Este «comandante de la plaza del distrito XVIII» había ordenado que se colocase en los muros de Montmartre un cartel en el que, imitando el estilo de las proclamas de Napoleón I, les decía a los habitantes del barrio: «Estoy contento con vosotros».

Moratoria de los alquileres y de los vencimientos

El 21 de marzo, el Comité Central suspende la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad; prorroga un mes los vencimientos y prohíbe a los propietarios echar a sus inquilinos hasta nueva orden.

Son medidas provisionales, fáciles de tomar, que se hacían necesarias y que fueron decisivas, porque respondían a las exigencias de la situación. Fueron las únicas medidas que tocaron, por poco que fuera, las sacrosantas bases del capitalismo: los derechos de propiedad. Son las únicas muestras de intenciones anticapitalistas por parte del Comité Central.

«En tres líneas hacía justicia, vencía a Versalles y se ganaba a París» (Lissagaray).²⁴⁵

La labor del Comité, que suscita apreciaciones tan diversas, se muestra notable en lo que respecta a las estructuras sociales. Es el Comité quien, aprovechando el vacío dejado por el desmoronamiento de las antiguas estructuras, pone en marcha el movimiento constructivo. De la continuación de ese movimiento se hará cargo la Comuna. Se beneficiará de él en todos los sentidos. El éxito de las elecciones del 26 de marzo depende

245 *Op. cit.*, p. 125 [ed. en cast.: p. 124].

en gran medida de esta modesta actividad práctica de los miembros del Comité Central.

La prensa y la libertad de prensa

A esta cuestión fundamental, a los actos del Comité Central y a las dificultades con las que se topó vamos a dedicarles un apartado específico.

Si algo tenían claro los miembros del Comité Central —esos desconocidos, muchos de los cuales luego volvieron a abandonar toda notoriedad, esos pequeñoburgueses que hicieron la labor más revolucionaria de la historia—, era esta idea: habían recibido el mandato de defender frente a la Asamblea y al gobierno las libertades republicanas, las libertades de París y la libertad en general. ¿Cómo no iban a decretar la libertad de prensa total?

Sentaron las bases para ello desde el primer día, pero con reservas indicativas de las contradicciones que iban a surgir. El 20 de marzo, el Comité Central, con tres batallones federados, tiene que tomar los edificios del *Diario oficial* y de las prensas. El *Diario oficial* seguía imprimiendo las decisiones y los discursos de la Asamblea y del gobierno de Versalles, y también las declaraciones de los alcaldes «legales». Así pues, curiosamente el número del 20 de marzo queda compartido entre ambas facciones y no es hasta el del día 21 cuando se hace oír del todo la voz del Comité Central.

No obstante, en el número del 20 de marzo se publica un artículo del máximo interés, porque muestra que los delegados del Comité Central vislumbraban la necesidad de dirigirse a las provincias por encima de lo que dijera Versalles, de no conformarse con injuriar a los rurales y contraponer la vanguardia parisina al atraso de los departamentos. Sin embargo, este hábil texto político pasó bastante desapercibido, tanto en provincias (Thiers las había aislado de la capital) como en París, donde habrá que esperar a que la Comuna agonice para que se decida a pedir el apoyo de los campesinos y los habitantes de provincias con un programa definido. En este punto, podemos y debemos subrayar de nuevo la poca certeza del pensamiento político. ¿No existe una contradicción, cuando menos virtual, entre la idea jacobina de la República una e indivisible, fórmula con la que

sorprendentemente termina el documento, y el principio federativo? El problema de cómo se articula ni siquiera se plantea.

A los departamentos:

El pueblo de París, tras haber dado desde el 4 de septiembre una inquestionable y brillante prueba de su patriotismo y de su entrega a la República, tras haber soportado con una resignación y un coraje por encima de toda alabanza los sufrimientos y las luchas de un asedio largo y arduo, acaba de volver a demostrar que está a la altura de las circunstancias actuales y de los esfuerzos indispensables que la patria puede esperar de él.

Con su actitud tranquila, imponente y sólida, con su espíritu de orden republicano, ha sabido unificar a la inmensa mayoría de la Guardia Nacional, ganarse las simpatías y la colaboración activa del ejército, mantener la tranquilidad pública, evitar el derramamiento de sangre, reorganizar los servicios públicos y respetar los acuerdos internacionales y los principios de paz.

El pueblo de París espera que toda la prensa reconozca y constate su espíritu de orden republicano, su valentía y su entrega, y que cesen las calumnias odiosas y ridículas que llevan varios días extendiéndose en provincias.

Así pues, las provincias han de apresurarse a imitar el ejemplo de la capital, organizándose de forma republicana, y han de ponerse en contacto con París lo antes posible a través de delegados.

Nos inspirará a todos el mismo espíritu de concordia, de unión y de amor republicano. Tenemos una única esperanza, un único objetivo: la salvación de la patria y el triunfo definitivo de la República democrática, una e indivisible.

Los delegados en el *Diario oficial*.

El día 21 se publica en el *Diario oficial* «serie nueva», la declaración de principios del Comité Central, reproducida por toda la prensa republicana: «Las autoridades republicanas de la capital quieren hacer que se respete la libertad de prensa, igual que todas las demás; esperan que todos los periódicos comprendan que el primero de sus deberes es el respeto a la República, a la verdad, a la justicia y al derecho, que quedan bajo la salvaguardia de todos». Esta postura trata de dar contenido al principio formal de la libertad. ¿En qué consiste este contenido? En abstracciones con las que pueden identificarse partidos y clases opuestos: verdad, derecho, justicia.

El auténtico contenido de la declaración preliminar se encuentra en el mismo número, pero en otra sección, en una

especie de editorial que seguramente escribió Longuet (a menos que sea resultado de la colaboración entre Moreau, Rogeard y Longuet). Aporta el elemento proletario y revolucionario y el sentido democrático y socialista que no estaban presentes en los principios. Al mismo tiempo, este texto desvela a la vez las contradicciones teóricas internas respecto a estos principios (los de la República y la democracia formales) y las contradicciones reales en la práctica social, es decir, los conflictos de clase:

Diario oficial, martes 21 de marzo de 1871.

París, 20 de marzo de 1871.

La revolución del 18 de marzo.

Proletarios desconocidos que ayer todavía eran extraños y cuyos nombres pronto resonarán en el mundo entero, inspirados por un amor profundo a la justicia y al derecho, por una entrega sin límites a Francia y a la República, partiendo de esos generosos sentimientos y de su valentía a toda prueba, han decidido salvar la patria invadida y la libertad amenazada. Ese será su mérito ante sus contemporáneos y para la posteridad.

Los proletarios de la capital, en medio de las faltas y las traiciones de las clases dirigentes, comprendieron que había llegado el momento de que ellos salvaran la situación tomando las riendas de las cuestiones públicas.

Han hecho uso del poder que el pueblo ha vuelto a poner en sus manos con una moderación y una sensatez que no se pueden elogiar lo suficiente.

Los trabajadores, que son quienes lo producen todo y no disfrutan de nada, quienes sufren la miseria en medio de la acumulación de productos, fruto de su trabajo y de su sudor, ¿tendrán que ser siempre el blanco de las afrentas? ¿Nunca podrán trabajar por su emancipación sin que se lance en su contra un concierto de maldiciones?

La burguesía, su hermana mayor, que llevó a cabo su emancipación hace poco más de tres cuartos de siglo, que les precedió en el camino de la revolución, ¿no comprende ahora que ha llegado el turno de la emancipación del proletariado?

Las calamidades y los desastres públicos en los que su incapacidad política y su decrepitud moral e intelectual han sumido a Francia tendrían que bastar para demostrarle a la burguesía que su tiempo ha terminado, que ha llevado a cabo la tarea que se le impuso en el 89 y que ahora debe, si no dejar su sitio a los trabajadores, por lo menos dejar que les llegue la emancipación social.

El delegado en el *Diario oficial*.

Así pues, es en este terreno, el de la prensa y la libertad de prensa, donde estallan los conflictos latentes, esos conflictos que pretendían evitar los hombres de buena voluntad del Comité Central, pero que los más lúcidos ya percibían. ¿Qué es este artículo si no un llamamiento, tímido y velado, a la dictadura del proletariado? Efectivamente, en este ámbito —la prensa, el uso de la palabra— tras el 18 de marzo no hay un simple vacío que llenar. Los reaccionarios (y bajo el paraguas de este término podemos agrupar tanto a la burguesía no liberal como a los terratenientes de origen feudal, con tanta representación en la Asamblea Nacional) ya tienen sus periódicos, sus locales, sus instrumentos de trabajo político. Aunque la sociedad política edificada por la burguesía bajo la égida del bonapartismo se haya desmoronado, permanece intacto el aparato de propaganda ideológica que la influencia y la hegemonía en la sociedad civil le aseguran a la burguesía.

Por supuesto, los periódicos prohibidos por Vinoy y leales a la causa del Comité Central retoman de inmediato su publicación. Así, *Le Cri du peuple* vuelve a venderse en las calles el 21 de marzo. Tiene un éxito enorme. A las 14:00 ya han salido de imprenta 80 000 ejemplares. Anuncia que «el ciudadano Jules Vallès, eximido de su condena por la victoria pacífica del pueblo, retomará mañana su colaboración cotidiana en el periódico».

Este número de *Le Cri du peuple* también contiene su manifiesto en el que el equipo de redacción trata de exponer y aclarar ante los lectores la situación política. A este texto le sigue una especie de reportaje que establece la Comuna como objetivo y programa.

Le Cri du peuple, n.º 19, martes 21 de marzo de 1871.

Al pueblo de París:

Acaba de producirse otra revolución pacífica y orgullosa.

París se ha reconquistado. Ahora es libre y soberano, dueño de su destino y de su futuro. Si es capaz de tomar hoy mismo una decisión enérgica y sensata, el triunfo de la República está garantizado y la fecha del 20 de marzo será una de las más grandiosas de la historia.

¿La destitución del gobierno indigno? No, porque París no puede disponer de Francia a su antojo.

Esta revolución ha de limitarse a París, que debe convertirse en CIUDAD LIBRE, comuna emancipada, ciudad republicana, ciudad que se gobierne a

sí misma y materialice en la medida de lo posible la teoría del gobierno directo aplicada en la República helvética.

Tiene que tomar de inmediato algunas medidas urgentes para garantizar sus franquicias en el futuro y, a la vez, para restablecer en el presente lo más rápido posible el orden necesario en una ciudad industrial, comercial, trabajadora; para garantizar el funcionamiento normal y ordinario de los servicios públicos; para asegurar lo mejor posible los intereses generales y las relaciones serias con quien constituye el gobierno de Francia, igual que con las demás ciudades libres que quieran imitar el ejemplo de París.

Al día siguiente, *Le Cri du peuple* publica un resplandeciente artículo de Jules Vallès:

Entre Montrouge y Montmartre latirá siempre, hagamos lo que hagamos, el corazón de la vieja patria, a la que nunca dejaremos de amar y de la que nos acordaremos pase lo que pase. París, con una bandera propia, ya no puede ser difamado ni amenazado, y sigue siendo ese hábil buscador, ese descubridor dichoso que inventa hermosos designios y grandes instrumentos. Seguirá siendo el amo y el rey...

Esa apasionada y hermosa retórica muchas veces pierde belleza y se vuelve políticamente imprudente. Veamos este editorial de Paschal Grousset, en *La Nouvelle République* del 23 de marzo, titulado «Los dos mundos».

Tenemos dos mundos dispuestos a enfrentarse en la batalla suprema, dispuestos a acabar de una vez. Uno es el mundo del pasado, de la ignorancia, del privilegio, del abuso, de la vergüenza. [...]

El otro es el mundo del futuro, de la ciencia, de la igualdad, de la justicia, del honor. [...]

El primero es el de las provincias. De lejos impresiona: 36 millones de hombres, montañas de oro, miles de soldados, armas, municiones. De cerca no es nada. [...]

El segundo es París. De lejos es poca cosa: 300 000 o 400 000 ciudadanos, 500 cañones, armas anticuadas y pocas municiones. De cerca, es un ejército invencible. [...] París logrará la victoria. El viejo mundo dará paso al nuevo.

En cuanto al periódico *La Commune*, el lunes 21 de marzo comienza su campaña a favor de la *autonomía de París*, pura y simplemente.

Francia, que lleva siglos indisputada, ha llegado a esa fase final de la enfermedad en la que el enfermo se cura o muere. [...]

París acaba de demostrar que no quiere morir. [...]

A la capital se le reprocha que envía a los campesinos gobiernos ya hechos de antemano. [...] Esta confusión debe cesar. Hemos estado mucho tiempo a su merced. Perdonaron los hechos del 2 de diciembre que nosotros habíamos condenado, votaron la guerra que habíamos rechazado, abandonaron el país que queríamos defender; ¡y además querían imponernos un rey!

Ya está bien [...].

Entre tanto, la prensa burguesa también recuperó su actividad y su influencia. *Le Gaulois* y *Le Figaro* contaron a su manera lo sucedido el 18 y el 19 de marzo.

Sobre la ejecución de los generales, fueron ellos quienes propagaron la bárbara leyenda de una multitud que despojaba y pisoteaba los cadáveres. Hablaban de las cajas públicas y de las propiedades saqueadas; del oro prusiano que corría a raudales por los suburbios; de los miembros del Comité Central que aniquilaban a sus cajeros judiciales. [...] El Comité Central dejaba que se dijera esto, [...].²⁴⁶

Dejaba que se hablase en nombre de la libertad, en contradicción con su propia actividad, con las declaraciones de sus miembros.

La prensa reaccionaria e incluso la liberal no dejan de acusar al Comité de intervenciones brutales y actos tiránicos. Y todo ello únicamente porque una multitud —guardias nacionales y civiles— se manifiesta (el 19 de marzo) delante de *Le Gaulois* y *Le Figaro* e invade las oficinas y las imprentas, y porque algunos miembros del Comité Central quieren prohibir definitivamente estos periódicos. Se le atribuye de inmediato al Comité Central la maquiavélica intención de causar incidentes y de eliminar la prensa que le es adversa encomendándose a la más absoluta libertad.²⁴⁷ Algo para lo que el Comité tenía muy poca capacidad. Los periódicos «prohibidos» no solo iban a reaparecer, sino que iban a refrendar una «Declaración de la prensa a los electores de París» que rezaba así:

Considerando que la convocatoria de los electores es un acto de soberanía nacional,

Que el ejercicio de dicha soberanía corresponde únicamente a los poderes emanados del sufragio universal,

246 Lissagaray, *op. cit.*, p. 126.

247 Jules Claretie, *op. cit.*, pp. 606 y s.

Que, por lo tanto, el Comité que se ha instalado en el Hôtel de Ville no tiene el derecho ni las competencias para hacer esa convocatoria,

Los representantes de los periódicos firmantes consideran nula e ilegítima la convocatoria anunciada para el 22 de marzo e instan a los electores a no tenerla en cuenta.

Se siguen los nombres de muchos periódicos, incluidos *Le Gaulois* y *Le Figaro*, *Le Temps*, *Le National* y *L'Univers*; en total, 35 publicaciones reaccionarias o liberales.

Es una buena muestra de hasta qué punto la situación política del Comité Central era delicada en esos momentos.

3

EL REAGRUPAMIENTO DEL SECTOR REACCIONARIO Y LA DIVISIÓN POLÍTICA

Las intrigas de los alcaldes y los concejales de distrito elegidos, las tentativas de contrarrevolución, las presiones de la base sobre el Comité Central para que resistiera y diese muestras de fuerza... ¿Cómo disociar todos estos aspectos de la situación política que existía entre el 18 y el 26 de marzo? Con el único ánimo de poner algo de orden analítico en los hechos, vamos a empezar estudiando la polarización de las fuerzas sociales y políticas durante esa semana, antes de pasar a analizar las complicadas estratagemas de los conciliadores sinceros y de los «legalistas» hábiles en el arte de los tejemanejes, intrigas en las que Thiers movía los hilos.

Recordemos que hemos dejado a Varlin debatir con los alcaldes y los concejales de distrito, ceder y llegar a reconocer, de hecho, la ilegalidad de la presencia del Comité Central en el Hôtel de Ville.

La intervención del Comité Central Republicano de los Veinte Distritos, que se llamaba entonces Delegación de los Veinte Distritos, seguramente fue decisiva para la repentina firmeza del Comité Central de la Guardia Nacional, que reniega de los compromisos adquiridos por sus delegados Varlin, Jourde, Moreau y Arnould (estos dos últimos se habían retirado del debate mucho antes de que terminase).

Los comités de vigilancia y el Comité de los Veinte Distritos, igual que los alcaldes y los concejales de distrito, también están reunidos de continuo, o casi. En esas reuniones se expresa

el deseo de que el Comité Central de la Guardia tome medidas audaces en lugar de obstinarse en regularizar la situación por la vía electoral. En estos organismos, los blanquistas hablan alto y claro y se los escucha. «Este Estado Mayor revolucionario contempla con mirada crítica al Comité Central, donde aprendices de la política se dejan engañar por los viejos zorros de Versalles...». ²⁴⁸ Tanto directamente por vía oral como en una breve declaración publicada en *Le Cri du peuple* (20 de marzo), en una reunión de los comités se ordena literalmente al Comité Central que conserve el Hôtel de Ville hasta las elecciones. No sin tergiversaciones, el Comité Central de la Guardia Nacional termina aceptando sus responsabilidades y hace saber a los alcaldes de distrito que «en las circunstancias actuales, el Comité Central no puede desprenderse del poder político ni del poder civil».

El acta de la reunión celebrada en la calle Corderie por el Comité Central (delegación) de los Veinte Distritos explicita esta actitud de la «base», de los barrios de París.

Dumont solicita que en el Comité Central de la Guardia Nacional se renueven las muestras más vivas de simpatía, con la condición de que este Comité sea de los más enérgicos...

Briosne: 1.^a propuesta: adhesión absoluta al Comité Central; 2.^a propuesta: ocuparse inmediatamente de las elecciones.

Briosne, en respuesta a *Lefrançais*, dice que lo que él solicita es una adhesión total y firme al Comité Central de la Guardia, ya que dicha adhesión es absolutamente necesaria tras el último anuncio de los diputados y de los ayuntamientos de distrito...

Dumont dice que nuestra última declaración publicada en *Le Cri du peuple* tiene que actualizarse a la vista de los últimos anuncios. Es necesario que el pueblo sepa que todos los grupos revolucionarios marchan junto con el Comité Central de la Guardia Nacional...

Piquet: en vista de la actitud de la prensa, de los diputados y de los ayuntamientos de distrito, la Delegación Comunal de los Veinte Distritos se suma al Comité Central de la Guardia Nacional. ²⁴⁹

Esta intervención, a la que pronto se sumará una acción de la «base» de un estilo diferente, la de los clubs, justifica las

²⁴⁸ M. Choury, *La Commune au quartier Latin*, p. 94. Lissagaray se limita a decir que se unieron al Comité Central grupos revolucionarios hasta entonces al margen (*op. cit.*, p. 131 [ed. en cast.: p. 129]).

²⁴⁹ Dautry y Scheler, *Le Comité central des 20 arrondissements*, pp. 218-219.

palabras de Engels: «el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, resalta con trazos netos y enérgicos desde el 18 de marzo en adelante».

No obstante, no hemos de tomar al pie de la letra estas palabras ya conocidas. Antes hemos señalado las dudas de la Internacional respecto de comprometerse con el Comité Central y con la Comuna. En las reuniones que celebra el consejo parisino de la Internacional esas dudas se expresan abiertamente. Uno de los miembros más influyentes de la Internacional, Benoît Malon respalda el llamamiento de los alcaldes legalistas y conciliadores. No oculta su pesimismo respecto a la actividad del Comité Central y a las elecciones. Abandonaría gustosamente el movimiento revolucionario. Otro respetado miembro de la Internacional, Goullé, toma la palabra para destacar que en el Comité Central solo hay un miembro de la Internacional, Varlin, y que, por lo tanto, no es en absoluto responsabilidad de la organización. No fue hasta la reunión de la noche del 24 de marzo, a instancias de una potente intervención de Frankel, cuando los miembros de la Internacional en París aceptaron respaldar abiertamente al Comité Central, designar candidatos para las elecciones y solicitar al Comité Central que los incluyera en sus propias listas. Se redacta un texto en este sentido junto con la Cámara Sindical de Sociedades Obreras.

El anuncio colocado por la Cámara Sindical de Canteros muestra las precauciones e incluso la timidez con las que las sociedades obreras respaldan al Comité Central. Todas las partes piensan y actúan de una manera ambigua que puede parecer clara en el momento, pero que no oculta sus problemas. Cuando la Cámara Sindical de Canteros recuerda su «adhesión a la santa causa de la democracia», se posiciona implícitamente a favor del Comité Central, pero, unas pocas líneas después, reduce sus perspectivas a reivindicaciones estrictamente e incluso rigurosamente profesionales. Pretenden unir, torpemente, lo económico y lo político, saltando de una cosa a otra sin encontrar los eslabones intermedios.

Diario oficial del 23 de marzo de 1871.

El siguiente cartel, impreso en papel rojo, se colocó ayer en el barrio del Hôtel de Ville:

Cámara Sindical de Canteros y Picapedreros

Ciudadanos:

Ante el llamamiento de la patria en peligro, hemos tomado las armas, como era nuestro deber; hoy la miseria y la lepra nos alcanzan. Nos será necesario un esfuerzo sublime para mejorar nuestro futuro.

La época difícil que atravesamos tiene que habernos llevado a reflexiones serias respecto de nuestra posición social como trabajadores. Debemos preguntarnos si nosotros, productores, tenemos que seguir haciendo que vivan en la abundancia quienes no producen nada, si el sistema que se ha seguido hasta ahora está destinado a existir para siempre, aun cuando nos es completamente adverso. Demostremos mediante nuestra adhesión a la santa causa de la democracia que somos dignos de toda la consideración que se nos debe.

Así pues, trabajadores, ¡manos a la obra! Porque en este momento nuestros patrones solo piensan en aprovecharse de nuestra miseria para explotarnos aún más, si es eso posible; y, si somos capaces de entendernos, pondremos freno a sus viles actos de rapacidad.

Con tal fin, convocamos a los obreros canteros a la reunión que se celebrará el jueves 23 de marzo de 1871, a mediodía, en la plaza Corde-rie-du-Temple, 6 (sala Montier).

El objetivo que se propone la Cámara Sindical es cuidar y defender los intereses generales de sus miembros en caso de resultar heridos o ser víctimas de accidente mientras hacen su trabajo; buscar y materializar todas las mejoras que hayan de obtenerse para la prosperidad de la profesión.

En nombre de la Cámara Sindical de Canteros y Picapedreros...

No se puede pasar por alto que las sociedades obreras y los clubs populares (prohibidos desde el 23 de enero y que retomaron su actividad durante la semana posterior al 18 de marzo) respaldan al Comité Central. La polarización de las fuerzas sociales y políticas se produce en torno a los problemas generados por la existencia y la actividad de estos revolucionarios, a su pesar.

Era inevitable que la coyuntura política derivada de las dudas del Comité Central y de la intervención de los alcaldes de distrito elegidos permitiera un cierto reagrupamiento de las fuerzas reaccionarias. Los dirigentes de la derecha saben aprovechar la situación.

Según el autor de *La Vérité sur la commune*, hubo también en este caso un director de orquesta clandestino: una camarilla de líderes hábiles y decididos; esos espíritus maquiavélicos que-

rían que «la Guardia Nacional del orden», que aún conservaba una parte del centro de París, con varias alcaldías y la estación Saint-Lazare, se hiciese fusilar por los federados.

Por el París rico circulaban muchos elementos, en estos barrios aristocráticos donde, desde la conserjería hasta los aposentos del servicio, desde el establecimiento del tendero hasta el apartamento del 4.º donde vive un empleado del Ministerio, todo el mundo vive por el lujo de las clases altas (o de él) y de los presupuestos.

En estos barrios había, en los 1.ºs y los 2.ºs pisos de los edificios, sobre todo orleanistas y legitimistas; en las plantas bajas, bonapartistas; los conserjes y el servicio doméstico eran lo que se les decía que fuesen, y los que cobraban del Estado estaban siempre de parte del poder, lo ejerciese quien lo ejerciese.

Se produjo una primera manifestación tras la intrépida intervención, pegada en todos los muros de París, de un capitán del 253.º batallón llamado A. Bonne. Tuvo la audacia de dar su dirección: 12 del bulevar de Capucines. El 21 de marzo, un grupo de personas se reunieron alrededor de una bandera con la leyenda «Reunión de los amigos del orden». Esta manifestación, formada por un grupo no muy numeroso pero sobreexcitado, se paseó por las calles de los barrios biempensantes invitando a los *buenos ciudadanos* a unirse a ella; pasó por la plaza de la Bolsa, donde fue muy aclamada y se dirigió hacia plaza Vendôme para detenerse ante el n.º 22, sede del Estado Mayor de la Guardia Nacional.²⁵⁰

Gritaban: «¡Abajo el Comité! ¡Viva la Asamblea!». El comandante al mando de la plaza, Bergeret, toma la palabra: «Enviénnos delegados». La mayor parte de la multitud responde: «Nada de delegados. Los asesinarían». Y los manifestantes se citan al día siguiente a las 13:00.

Al día siguiente, en *La Commune* se informa de esta manifestación de los amigos del orden; se subestima su importancia:

Cada cual se ocupa de sus asuntos, toda la población va, viene, corre, se agita; es la vida, la vida activa. Perfecta calma. [...]

Y en ese momento, cuando este orden asombra a todo el mundo, [...], cuando la Bolsa ha cerrado al alza, entonces [...] se ve aparecer, sin que se aprecie la necesidad de ello, una bandera del orden, tras la cual marcha seria y en silencio una cabalgata más o menos abigarrada de todos los especuladores franceses y prusianos que trafican en la Bolsa.

250 *La Vérité sur la commune*, p. 293.

La mascarada tuvo su proceso. [...] Este grupo de especuladores se dio la satisfacción de bailar en torno a su arca sagrada durante una media hora. [...] Después trató de ir a algún sitio. ¿Adónde? ¿Al Hôtel de Ville? ¿Qué se podía hacer allí? ¿A la plaza Vendôme?... Allí acompañaron a la bandera 17 fieles.

A eso se reduce la manifestación del supuesto partido del orden.

Al día siguiente, a las 13:00, un millar de manifestantes bajan por la calle de la Paix gritando: «¡Viva el orden!». Según Lissagaray, su plan era forzar la plaza Vendôme con la apariencia de una manifestación pacífica y expulsar a los federados de su Estado Mayor, bastante mal defendido (200 hombres, con cañones, pero sin municiones). La presencia allí del almirante Saisset, al que Versalles había nombrado ese mismo día comandante en jefe de la Guardia Nacional, da peso a esta interpretación. Según el autor de *La Vérité sur la commune*, se trataba simplemente de provocar incidentes sangrientos. Justifica su tesis afirmando que en el cortejo se distinguían los rostros patibularios de antiguos «camisas blancas»: delatores y provocadores al servicio de la policía del Segundo Imperio que ahora habían pasado a recibir órdenes de Versalles.²⁵¹

¿Quién estaba en la manifestación? Gomosos, bolsistas, periodistas y antiguos familiares del Imperio, según Lissagaray.²⁵² El autor de *La Vérité sur la commune*, que da más detalles, vio a gente honrada que protestaba contra los actos arbitrarios del Comité Central y contra sus tendencias jacobinas, también a camisas blancas y, para terminar, a «la flor y nata de la reacción militar: oficiales y suboficiales de la Guardia móvil, jóvenes, apasionados, insolentes. Llevaban quevedos y sonreían con desprecio ante el campamento de los federados, que les decían a sus mujeres y a sus hijos que comiesen...».

Sea cual sea la interpretación que se dé a la manifestación de la plaza Vendôme —ataque deliberado al cuartel general de la Guardia o simple provocación—, sus consecuencias políticas fueron inmediatas.

251 La comparación detallada de los diversos relatos de este altercado sería un buen ejercicio de estilo político. Para unos, los federados masacraron a burgueses inofensivos que se manifestaban sin armas en favor de la paz social. Para otros, los federados se defendieron, con retraso, de una agresión militar.

252 *Op. cit.*, p. 129 [ed. en cast.: p. 127].

La reacción más oscura se reavivó. Los batallones burgueses se adueñaron con más solidez del centro de París: reocuparon la alcaldía del XVII y las inmediaciones de la estación Saint-Lazare, donde detenían a los transeúntes. «Había otra ciudad dentro de la ciudad» (Lissagaray).²⁵³

253 *Op. cit.*, p. 130 [ed. en cast.: p. 128].

4

LAS INTRIGAS DE LOS ALCALDES

Así pues, en París, a los cuatro días del 18 de marzo la dualidad de poderes es múltiple, por así decirlo: el Comité Central, el gobierno de Versalles y sus partidarios armados y, para terminar, los alcaldes y los concejales de distrito elegidos legítimamente.²⁵⁴

Y hay más: una contradicción interna en el movimiento revolucionario, es decir, en el Comité Central. El Comité no reconoce de manera explícita el carácter revolucionario de su poder. Para ser más precisos, lo ignora, lo elude. No lo acepta y no se hace cargo más que cuando se ve acorralado por las circunstancias: la situación, el vacío súbito en las instituciones estatales y la presión de la base. En cuanto puede, lo oculta. El Comité es muy consciente de que representa al pueblo armado, a la sublevación y a su dictadura; pero tiene tanto miedo a la ilegalidad que apenas lo dice. Considera que el único mandato que se le ha encomendado es restablecer una legalidad republicana, la de las elecciones municipales de París. Si no deja de desbordar ese marco limitado es muy a su pesar. No tiene ideología, excepto el federalismo implícito. No tiene programa, salvo las elecciones municipales. En principio, como es lógico, esas elecciones harán que el Comité Central como tal desaparezca; solo podrá, en el mejor de los casos, retomar sus funciones de dirección de la Guardia Nacional y, aun así, será hasta las elecciones completas

254 Véase el libro de F. Damé, *La Résistance. Les maires de Paris et le Comité central du 18 au 26 mars*, con documentos oficiales, París, 1871. Contiene el informe detallado de la sesión del 21 de marzo en la Asamblea de Versalles (pp. 109-133), el informe de la sesión del 23 de marzo (pp. 163-179), el relato detallado de las conversaciones entre el 18 y el 20 de marzo (pp. 55-105), etc.

de los mandos. Por lo tanto, la legalización de los hechos consumados por medio de las elecciones no elimina las ambigüedades ni las contradicciones. Su legalidad seguirá siendo cuestionable desde el punto de vista formal y su única forma de afianzarse será otro acto revolucionario y dictatorial. El problema quedará siempre encima de la mesa. ¿Qué va a ser la Comuna? ¿Consejo municipal de París o gobierno de una República francesa transformada y regenerada por la aplicación del principio federativo?

Los editorialistas de los periódicos que se autoproclaman liberales y pretenden ser objetivos (hoy los llamaríamos «objetivistas» con un marcado tono peyorativo) señalan muy bien la ambigüedad de la situación en la que se encuentra el Comité Central. Por lo demás, no consiguen sacar ninguna conclusión política al respecto. He aquí un extracto de *La Vérité* del 22 de marzo:

La jornada.

El Comité de la Guardia Nacional, que vacila a la hora de autoadjudicarse el título de gobierno, ha dado a conocer algunas de sus perspectivas [...] esta mañana. Se deduce de ellas que la revolución a la que el Comité le debe el hecho de haber llegado al poder es considerada por el propio Comité como un movimiento esencialmente parisino cuyo objetivo es constituir la administración de la ciudad sobre unas bases republicanas y autonómicas. A cualquiera que conozca un poco el recorrido de la Asociación Internacional y sus ideas principales, las declaraciones del nuevo gobierno de París le parecerán plenamente acordes a las opiniones y a los principios que la Internacional lleva mucho tiempo profesando. Sus líderes han defendido sin cesar el advenimiento del federalismo revolucionario frente a la tradición de la República una e indivisible propugnada por los jacobinos [...].

En retrospectiva, si nos situamos en el plano estrictamente político, es decir, en el plano de la táctica y la estrategia (no en el de los principios), ¿es posible condenar a un hombre como Millière? Murió por la Comuna; había escrito en el periódico *La Marseillaise* de diciembre de 1869: «El proletariado que no es nada tiene que serlo todo». ¿Se puede decir que la misión de los revolucionarios, o de la clase obrera, era desenmascarar a todos los «conciliadores» como agentes de Versalles? Nosotros creemos que no. Entre la capitulación sin combate y la guerra civil en malas condiciones, había (quizás) una solución intermedia que evitase la disyuntiva. En efecto, el Comité Central contaba,

o podía haber contado, con cartas bastante buenas para pelear con Thiers en las negociaciones y, para empezar, para obligarlo a negociar. Pero debía poner sobre la mesa todas sus buenas cartas y, además, tener «rehenes» importantes. Hacerse con el Banco de Francia no era solo un acto anticapitalista o una forma de encontrar dinero; también implicaba poner a Thiers y a la Asamblea contra las cuerdas y en posición de inferioridad durante las negociaciones. En el entorno de Thiers, los hombres de negocios habrían dudado si sacrificar el Banco, la Bolsa y las demás instituciones del capitalismo que no podían trasladarse fuera de París.

Las conversaciones habrían tenido que llevarse con extrema firmeza. Como resultado de ello, se habría llegado (tal vez) más rápidamente a una democracia más avanzada. Pero en este punto nos estamos adentrando de manera imprudente en el terreno resbaladizo de los condicionales que empiezan por «si» y que por medio de hipótesis ponen en entredicho la historia que ya ha tenido lugar. Si entramos en este terreno, es para señalar que vamos a evitar los juicios apresurados que acusan de traición a todos los partidarios de la negociación (aun cuando el Comité Central no quiere ni una ofensiva militar contra Versalles ni negociar tomando rehenes o prendas), juicios sectarios que parten de etiquetas ideológicas y, por ejemplo, absuelven a los «proudhonianos de izquierdas» (Malon) y ponen en la picota a los «proudhonianos de derechas» (Tolain). Una clasificación tan arbitraria solo puede hacerse *a posteriori* basándose en las actitudes personales y no en auténticas divergencias ideológicas.

Vamos a retomar desde el principio el asunto de los alcaldes y los concejales de distrito elegidos. El debate se prolonga durante horas, casi sin interrupción, de la noche del 18 de marzo a la noche siguiente. Se confrontan posiciones. Para el Comité Central y sus delegados, se ha producido una revolución cuya principal razón de ser es poner fin al mandato de la Asamblea. La Asamblea se encomienda al sufragio universal, puesto en riesgo por los abusos plebiscitarios. París ya no quiere sufrir esta dictadura que finge ser republicana, pero que solo piensa en hacer que surja la ocasión propicia para restablecer la monarquía. Pero ¿qué quiere París? ¿Qué quiere el Comité Central? Proceder a las elecciones de París, simplemente.

En cuanto se hace alusión a una comuna autónoma o una federación de comunas de Francia, llueven las objeciones. Para Millière (para quien la identificación del proyecto federalista y de la revolución social es incuestionable), esa idea alberga un gran peligro. Si el Comité Central sigue esa corriente, el gobierno echará a toda Francia sobre París y lo aplastará; aún no ha llegado la hora de la revolución social. Según Boursier, el mandato del Comité Central se limita a las elecciones, pero las elecciones le permitirán al pueblo elegir su camino, que (si así lo quiere) será el de la revolución, el París autónomo y la Federación. Clemenceau, que quiere saber a qué atenerse, plantea la cuestión política crucial: «¿Limitan ustedes su mandato a solicitar a la Asamblea un consejo municipal para París? ¿Sí o no?». Ante lo cual, Varlin responde con sentido común y honestidad: «Sí, pero queremos, junto con las franquicias comunales para París, la supresión de la prefectura de policía, el derecho a que la Guardia nombre a sus oficiales, incluido el general en jefe, la exoneración completa de los alquileres superiores a 500 francos, la exoneración proporcional para los demás, una ley justa sobre los vencimientos y, para terminar, que el ejército regular se retire a 20 leguas de París».

No hay acuerdo posible. Es entonces cuando Varlin capitula, contentándose con una promesa: los alcaldes y los diputados de París presentarán un proyecto de ley ante la Asamblea en el que se estipule la elección de los oficiales de la Guardia y la elección de un consejo municipal; se dará la máxima publicidad a dicho proyecto mediante un anuncio. Tras ello, el Comité Central abandonará el Hôtel de Ville y se replegará en la plaza Vendôme; los alcaldes de distrito volverán a tomar posesión del Hôtel de Ville.

Ya sabemos que el Comité Central renegó (o tuvo que renegar bajo la presión de la «base») de este mal acuerdo con el que renunciaba a cualquier acto político.

Fieles a sus compromisos, Clemenceau y Millière van a Versalles, donde tiene su sede la Asamblea. El 20 de marzo, Clemenceau presenta el proyecto sobre la elección, lo antes posible, de un consejo municipal de 80 miembros, cuyo presidente tendría las funciones de alcalde de París (este proyecto, elaborado y aceptado por los representantes elegidos, no concede la representación proporcional al pueblo de París). Millière presenta, además de un proyecto de ley sobre la elección de cargos en to-

dos los rangos de la Guardia, una propuesta de prórroga de tres meses para los vencimientos (efectos comerciales). Clemenceau y Millière solicitan que se tramiten con urgencia.

Reciben una respuesta enrevesada del ministro del Interior, Picard:

Diario oficial.

Asamblea de Versalles; extracto del informe resumido de la sesión del 20 de marzo.

Ernest Picard, ministro del Interior.— Si se tratase únicamente de saber si París debe tener un consejo municipal elegido, no contradiría la propuesta del honorable Clemenceau. Pero hay en París una insurrección muy grave, que todavía acepta a algunos miembros de los ayuntamientos, a menos que los echen mañana mismo.

¿Es posible, en tal situación, celebrar elecciones bajo la presidencia de desconocidos que piden para París una autoridad emanada del sufragio universal? Yo me preguntaría: ¿cómo se reconoce en París la autoridad de aquellos a quienes París ha elegido hace tan poco tiempo? Ellos piden que se renuncie a una sublevación criminal, pero no se los escucha. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Si, no hay duda de que la situación requiere toda la atención de la Asamblea y no cuestiono su urgencia. Pero, para que pueda haber elecciones, es preciso que sean libres; en ese caso, solicitaríamos de forma unánime, para París y para toda Francia, elecciones municipales. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pero en este momento solo podemos hacer una cosa: cerrar la herida abierta. Eso no sería posible si se acepta una solicitud de carácter de urgencia que implicaría que se puedan, como transacción, en las circunstancias actuales, celebrar elecciones en París. (*Aplausos.*)

A pesar de esta oposición acérrima, la Asamblea aprueba el carácter de urgencia: el carácter de urgencia, no la ley.

Eso permite a los representantes del Sena redactar y colocar en las calles un texto que podría causar una enorme confusión de ideas:

Los alcaldes y los concejales de distrito de París y los representantes del Sena hacen saber a sus conciudadanos que la Asamblea Nacional, en su sesión de ayer, aprobó el carácter de urgencia de un proyecto de ley relativo a las elecciones del consejo municipal de París.

La Guardia Nacional, que se guía únicamente por su patriotismo, considerará un honor apartar toda causa de conflicto mientras se esperan las decisiones que tomará la Asamblea Nacional.

¡Viva Francia! ¡Viva la República!

Hemos de destacar que este anuncio, la declaración que se recoge más arriba firmada por 35 periódicos y las manifestaciones de la derecha en el centro de París se produjeron simultáneamente.

Los ingenuos, aún numerosos, tal vez confundieran el carácter de urgencia con la aprobación de la ley. La propia Asamblea se encargará de quitarles esa ilusión. ¿Es posible creer que las noticias llegadas de París (la negativa del Comité Central a abandonar el Hôtel de Ville) bastan para explicar esa actitud? No. Por un lado, la polarización de fuerzas sigue su curso, pero por el otro el juego político está claro. En Versalles solo quieren ganar tiempo; cada minuto cuenta. Si la Asamblea hubiera querido continuar correctamente con las negociaciones, habría aprobado la ley y no esa parodia: el carácter de urgencia de una ley que no se va a aprobar. Así pues, al día siguiente la Asamblea decide convocar a los consejos generales de provincia (elegidos durante el Imperio) y lanza una proclama al pueblo y al ejército. La Asamblea de Versalles denuncia a los criminales e insensatos que propagan *el desorden, la ruina y el deshonor*.

Thiers pronuncia un discurso de inusual hipocresía y de incuestionable habilidad dirigido a los parisinos; con una mano juega la carta de los halagos y con la otra esgrime la amenaza:

Diario oficial del jueves 23 de marzo de 1871.

Asamblea de Versalles. Extracto del informe resumido de la sesión del 21 de marzo:

Thiers.— Es muy cierto, señores, que la cuestión reviste una inmensa gravedad, no solo en sí misma, sino en relación con las actuales circunstancias. Habida cuenta de ello, comprendemos el apasionado interés que suscita; pero es necesario que el gobierno se explique y venga a decirle a la población de París que se la respetará como al resto de Francia. Sí, y si Francia no quiere aceptar el dominio absoluto de París, Francia no puede, por su parte, hacer sufrir a París otro sistema legislativo, otra legalidad distinta de la que esté en vigor en toda Francia.

Si aceptásemos los términos de la propuesta que se ha hecho, habría una expresión que no podría adoptarse sin explicación; me refiero a aquello que se ha dicho de que París no podía administrarse como bajo el «Antiguo Régimen».

A los regímenes, señores, no se los insulta cuando han caído; cuando ya no están en pie, dejo a la historia la labor de juzgarlos. ¡Muy bien!

Durante el último régimen, París no estaba representado como las demás ciudades de Francia; lo administraba una comisión nombrada por el propio gobierno. ¿Qué entienden ustedes por derecho común para París? ¿Que París elegirá sus representantes? ¿Que se ocupará él mismo de sus asuntos? Si es eso lo que entienden por derecho común, sí, ¡desde luego!, declaro que esa es también nuestra forma de pensar.

No creo, sin embargo, que deseen que París sea gobernado como un pueblo de 3000 almas; son ustedes demasiado razonables para pedirnos eso. (*Ruido*). París estará representado; no tendrá más gastos que los que haya votado; y votado libremente. Pero les pedimos el tiempo necesario para planear las formas en las que hemos de detenernos a fin de que París pueda, sin riesgo para sí mismo, ocuparse de sus propios asuntos (*¡Muy bien!*)

Si París necesita esta garantía, la de que tendrá su administración municipal, sus representantes, que retornará al derecho común, entendiendo esa expresión como acabamos de explicar, entonces sí, le damos a París esa garantía y no somos personas que falten a su palabra. (*A la izquierda: ¡Muy bien!*)

Pero si lo que París quiere es adoptar formas que ningún gobierno admitiría, si no quiere ser dueño de sus asuntos sino esclavo de sus pasiones, lo amamos demasiado para ponerlo en semejante situación. También pedimos el tiempo suficiente para una organización como la que esto requiere, aunque nos venga a la mente la idea de echar a perder su ejecución hasta donde sea posible.

Lo repito: perderemos el menor tiempo posible, pero no pierdan de vista que una ley concebida a la ligera no sería ni seria ni perdurable. Darnos unos pocos días y París estará en posesión de sí mismo; pero antes tendrá que dejar de estar en posesión de los facciosos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Después sube a la tribuna Jules Favre, y, teniendo esta vez en mente a los habitantes de provincias y a la reacción negra, pronuncia un discurso exaltado. París cae en manos de «unos cuantos canallas que ponen por encima de los derechos de la Asamblea no sé qué ideal sangriento y rapaz». Estos usurpadores, que solo quieren hacerse con el poder mediante la violencia, el asesinato y el robo, llevan a cabo «una prueba de esa doctrina funesta que en filosofía puede denominarse individualismo y materialismo y a la que en política se la llama poner a la República por encima del sufragio universal». Los parisinos han de tener cuidado: la Asamblea está en Versalles «con la intención de volver, ¡para combatir la revuelta y hacerlo con decisión!». Jules Favre llega incluso a apelar casi abiertamente a los prusianos para que aplasten París, garantía de pago

de la indemnización de guerra. Si eso sucede, «nosotros no seremos responsables ante Dios». Se atribuye el mérito de haber salvado el armamento de la Guardia en las negociaciones con Bismarck. «Pido perdón por ello a Dios y a los hombres». Al final, termina con un llamamiento a la guerra civil ante el cual la Asamblea se pone en pie y aplaude enloquecida. Hasta tal punto que Thiers se levanta, vuelve a tomar la palabra y contradice a su imprudente ministro: «La Francia aquí representada no declara ni tiene la intención de declarar la guerra a París. [...] La cámara aprobará la declaración que estoy haciendo, que no declaramos la guerra a París...».

Esos dos o tres días, la situación del Comité Central empeora, a pesar del apoyo que le brinda el Comité de los Veinte Distritos. Los alcaldes declaran ilegales las elecciones previstas para el día 22; en las alcaldías que no ocupan los federados sabotean la organización material de las elecciones y el Comité debe aplazarlas al día 23 y después, al 26.

El 23 de marzo, el almirante Saisset, nombrado por Thiers comandante en jefe de la Guardia, se puede permitir ordenar que coloquen el siguiente cartel:

Estimados conciudadanos:

Me apresuro a hacerles saber que, de acuerdo con los diputados del Sena y con los alcaldes elegidos de París, hemos obtenido del gobierno de la Asamblea Nacional:

- 1.º El reconocimiento pleno de nuestras franquicias municipales;
- 2.º La elección de todos los oficiales de la Guardia Nacional, incluido el general en jefe;
- 3.º Modificaciones de la ley sobre los vencimientos;
- 4.º Un proyecto de ley sobre alquileres favorable a los inquilinos de alquileres de hasta 1200 francos, estos incluidos.

Hasta que ustedes confirmen mi nombramiento o me sustituyan, permaneceré en mi honorable puesto para velar por la ejecución de las leyes de conciliación que hemos conseguido y contribuir así a la consolidación de la República.

París, 23 de marzo de 1871.

El vicealmirante comandante en jefe provisional: Saisset.

El almirante Saisset está mintiendo. A 23 de marzo, sabe perfectamente lo que ha ocurrido en Versalles; estaba allí; ha aplaudido a Jules Favre; ha gritado: «¡Marchemos sobre París!».

¿Qué pretende con este anuncio? Reagrupar a los elementos del orden en torno a los batallones burgueses, congregados en la Bolsa y alrededor de las alcaldías que conservan. Si el anuncio le permite atraer a un número suficiente de indecisos, tal vez pueda pasar a la ofensiva.

Se equivoca. No consigue gran cosa. No podría esperar nada si no reinase la confusión más absoluta. ¿Con qué fuerzas cuenta?

Cuando el almirante Saisset emprende la lucha contra el Hôtel de Ville, estos son exactamente los efectivos que tiene a su disposición.

En Passy, el batallón 24.º, comandado por el coronel Lavigne, y el 72.º, comandado por de Bouteiller. Estos batallones, los únicos que en ese momento estaban listos para combatir y defender la causa del orden, se extendían desde la alcaldía de Passy hasta el hipódromo, por un lado, y, por el otro, desde el castillo de la Muette hasta Trocadero. Un delegado del Comité Central había acudido allí para instarles a renunciar a su bandera y Lavigne había ordenado que lo detuviesen; ese delegado, llamado Sanglier, se intercambió después por el general Chanzy.

Además, el almirante Saisset también podía contar con los batallones 3.º, 1.º, 2.º, 4.º, 5.º, 6.º, 228.º, 7.º, 11.º, 12.º, 106.º y 17.º.

Pero en todos estos cuerpos reinaba una enorme desorganización debido a la flaqueza de algunos hombres que, ante el peligro, habían presentado su renuncia, como De Monicaud, comandante del 6.º batallón; Ibos, coronel que dirigía el 106.º, y De Crisenoy, coronel al mando del 17.º; este hecho resulta más sorprendente si cabe porque estos tres oficiales superiores habían combatido de forma admirable en la batalla de Montretout. El 6.º batallón había tomado por asalto el reducto de Montretout. En la hoja de servicio de De Crisenoy e Ibos figuraba además un comportamiento de lo más enérgico en la noche del 31 de octubre. Fueron ellos quienes, cargando delante de sus soldados, habían contribuido en gran medida a salvar al gobierno.

Otros comandantes que habían permanecido fielmente en su puesto solo contaban con un tercio de sus hombres; lo mismo les ocurre a los demás. En realidad, el almirante Saisset contaba únicamente con un pequeño ejército de entre 15 000 y 20 000 hombres *sin artillería* y casi *sin municiones*; y todo ello para

luchar contra 120 000 guardias nacionales con abundantes cartuchos...²⁵⁵

El 22 y el 23 de marzo, la situación del Comité Central se agrava. Las conversaciones que se mantenían con la Unión Republicana (liberal y legalista, pero cuyos dirigentes admiten negociar un acuerdo) fracasan. Los batallones burgueses conservan una parte del centro de la ciudad y se están reorganizando activamente, y además hay dificultades e incertidumbre incluso entre los partidarios del Comité Central, los miembros de la Internacional y miembros de los comités de vigilancia.

Es entonces, el 24 de marzo, cuando el Comité Central comienza a reaccionar con energía, firme a pesar de ciertas vacilaciones en el apoyo de la «base».

Las elecciones previstas en un principio para el día 22 y luego para el 23 se retrasan al domingo 26. Pero ese aplazamiento no se presenta como una capitulación, sino todo lo contrario. Se hace con textos combativos en los que a la vez se anuncia a la población de París una importante modificación en el alto mando de la Guardia; el Comité Central revoca a Lullier, cuando menos incompetente, y nombran su lugar a tres hombres de acción.

Comité Central.

Ciudadanos:

Habida cuenta de que la situación precaria de los turnos de guardia no cesa de acentuarse y que es preciso salvar la República a toda costa;

De que los mandos superiores, que continúan con sus extravíos del pasado a diestro y siniestro, han causado mediante su inacción el actual estado de las cosas, que la reacción monárquica ha impedido mediante disturbios y mentiras las elecciones que habrían instituido el único poder legal de París;

Habida cuenta de todo ello, el Comité DISPONE QUE:

Los poderes militares de París se encomiendan a los delegados:

Brunel

Eudes

Duval

Ostentan el título de generales y actuarán en conjunto, mientras se espera la llegada del general Garibaldi, general en jefe por aclamación. Valentía ahora y siempre; los traidores serán frustrados.

¡Viva la República!

255 Albert Delpit, *Huit jours d'histoire*, París, Lachaud, 1871, p. 6.

París, 24 de marzo de 1871.

Comité Central de la Guardia Nacional: Avoine hijo, Ant. Arnaud, G. Arnold, Assi, Andignoux, Bouit, Jules Bergeret, Babick, Baroud, Billioray, Blanchet, Castioni, Chouteau, C. Dupont, Fabre, Ferrat, Fleury, Fougeret, C. Gaudier, Gouhier, Géresme, Grolard, Josselin, Fr. Jourde, Lavalette, Maljournal, Éd. Moreau, Prudhomme, Rousseau, Ranvier, Varlin, Viard.

Los tres generales Brunel, Duval y Eudes, en cuanto los nombran, envían un batallón de Belleville a ocupar la alcaldía del VI. Para bloquear la estación de Saint-Lazare, tomada por los «batallones del orden», ordenan que se controlen las vías a la altura de Batignolles. Luego Brunel, con su batallón de Belleville, toma las alcaldías del I y del II mientras los delegados del Comité Central ocupan por autoridad las plazas de alcaldes y concejales de distrito en el III, el X, el XII y el XVIII.

Los tres generales no han ocultado a la población de París su voluntad de actuar. Son blanquistas revolucionarios, decididos a llegar hasta el final. En cuanto los nombran, colocan una proclama que se encomienda al orden público, pero en términos que no dejan ninguna duda respecto a las intenciones de sus firmantes:

República francesa.
Libertad-Igualdad-Fraternidad
Ciudadanos:

Llamados por el Comité Central a ocupar el grandioso y peligroso puesto de dirección provisional de la Guardia Nacional republicana, juramos llevar a cabo enérgicamente esta misión para garantizar el restablecimiento de la armonía social entre todos los ciudadanos.

Queremos orden... pero no el orden que patrocinan los regímenes caídos, que asesinan a centinelas pacíficos y autorizan todos los abusos.

Quienes incitan a los disturbios no dudan, para conseguir su objetivo de restaurar la monarquía, en servirse de medios infames; no dudan en matar de hambre a la Guardia Nacional secuestrando el Banco y el almacén militar de víveres e intendencia.

Ya no es el momento del parlamentarismo; hay que actuar y castigar con dureza a los enemigos de la República.

Todo aquel que no esté con nosotros está contra nosotros.

París quiere ser libre. No teme a la contrarrevolución; pero la gran ciudad no permite que se altere impunemente el orden público.

¡Viva la República!

Los generales al mando:

Brunel, E. Duval, E. Eudes.

Esta acción militar y política se ve facilitada por el fracaso de un último intento de conciliación con la Asamblea. El día 23, los representantes elegidos de París vuelven a Versalles. Suben a la tribuna de la Asamblea. Los republicanos —la izquierda— aplauden; gritan: «¡Viva la República!». La mayoría reaccionaria —la derecha y el centro— replica: «¡Viva Francia!». El presidente Grévy, cuya voz casi no se distingue en medio del tumulto, levanta la sesión. Los alcaldes vuelven a París y su oposición al Comité Central se mitiga, igual que la de la burguesía liberal y la de la pequeña burguesía republicana formalista. Se retoman los intentos de negociación entre los representantes elegidos y el Comité Central. En la alcaldía del II, se alcanza un acuerdo entre Brunel y los representantes, pese a la oposición tenaz de los más enconados, para que se fijen las elecciones el 30 de marzo. El entusiasmo es general. «Los batallones populares, saludados por los batallones burgueses, desfilan por la calle Vivienne y por los bulevares, arrastrando sus cañones sobre los que van montados chicos de la calle, con ramas verdes en las manos».²⁵⁶

Es un acuerdo frágil que enseguida se pone en tela de juicio desde ambas partes. Pero ahora el Comité Central tiene bien amarrados los hombres, las posiciones, la situación. En París, la relación de fuerzas se inclina a su favor. Recurriendo una vez más a los carteles, anuncia su decisión definitiva: las elecciones se celebrarán el 26 de marzo.

Por lo tanto, el Comité Central actúa como un gobierno, pero como un gobierno provisional y prácticamente saliente.

Ciudadanos, llevados por nuestro apasionado deseo de conciliación y contentos de materializar esta fusión, que es el constante objetivo de todos nuestros esfuerzos, hemos tendido lealmente una mano fraternal a quienes han combatido contra nosotros. Pero el hecho de que ciertas maniobras no hayan cesado y, sobre todo, el traslado nocturno de ametralladoras a la alcaldía del distrito II nos obligan a mantener nuestra resolución inicial.

La votación tendrá lugar el domingo 26 de marzo

Si hemos malinterpretado las ideas de nuestros adversarios, les invitamos a que nos lo demuestren uniéndose a nosotros en la votación común del domingo.

Hôtel de Ville, 25 de marzo de 1871.

Los miembros del Comité Central.

256 Lissagaray, *op. cit.*, p. 135 [ed. en cast.: p. 132].

En el cartel que se coloca con la firma de los delegados enviados al Ministerio del Interior se confirma esta impresión:

República francesa
Ministerio del Interior.
Ciudadanos:

Mañana tendrá lugar la elección de la Asamblea de la Comuna; mañana la población de París confirmará con su voto la expresión de su voluntad, que tan claramente se manifestó el 18 de marzo con la expulsión de un poder provocador que no parecía tener otro objetivo que el de acabar la obra de sus predecesores y consumir así, mediante la destrucción de la República, la ruina del país.

Con esta revolución sin precedentes en la historia y cuya grandeza es cada día más evidente, París ha hecho un resplandeciente esfuerzo de justicia. Ha afirmado la unión indisoluble en su espíritu de las ideas de orden y de libertad, fundamentos de la República...

París, 25 de marzo de 1871.

Delegados en el Ministerio del Interior: Ant. Arnaud, Éd. Vaillant.

Y sin embargo este poder político, como él mismo reconoce, se basa únicamente en un arreglo y se limita, una vez más, a París y a las elecciones municipales.

El Comité Central de la Guardia Nacional —al que se han sumado los diputados de París, los alcaldes y los concejales de distrito—, convencido de que la única forma de evitar la guerra civil y el derramamiento de sangre en París y, a la vez, de afianzar la República es proceder a unas elecciones inmediatas, convoca mañana, domingo, a todos los ciudadanos en los colegios electorales.

Los habitantes de París comprenderán que, en las actuales circunstancias, el patriotismo los obliga a acudir todos a las urnas, para que las elecciones tengan el grado de seriedad necesario para que se pueda garantizar la paz en la ciudad.

Los colegios abrirán a las 8:00 y cerrarán a medianoche.

¡Viva la República!

Los alcaldes y los concejales de distrito de París (*siguen los nombres*).

Los representantes del Sena presentes en París [...].

El Comité Central de la Guardia Nacional [...].

Se ha hablado mucho sobre la legitimidad de la fórmula empleada por el Comité Central en el cartel recogido arriba («El Comité Central de la Guardia Nacional —al que se han sumado los diputados de París, los alcaldes y los concejales de distrito—...»)

y también sobre la validez de las firmas que siguen. El autor de *La Vérité sur la commune*, pese a sus simpatías por la Comuna, llega incluso a hablar de una falsificación por parte del Comité Central. El debate gira en torno a detalles mínimos, sutilezas formalistas. El grupo de los representantes elegidos (algo intranquilos por el rumor que circulaba en París del nombramiento del duque d'Aumale como teniente general) había aceptado firmar una convocatoria electoral con la siguiente redacción: «Los diputados de París, los alcaldes y los concejales de distrito y, en nombre de Comité Central, sus delegados...». El Comité Central modificó el texto sin preguntar, porque quería aparecer como colectivo y en primer lugar. Cinco de los representantes elegidos de París (Lockroy, Floquet, Clemenceau, Tolain y Groppo) protestaron, pero fue en vano. Para entonces, la idea de las elecciones ya estaba aceptada por la gran mayoría de los ciudadanos de París y de sus representantes elegidos «de forma ordinaria». Hacía ya varios días que habían dejado de entenderse las trapacerías respecto a la fecha (cosa que comprendemos a la perfección, porque para Thiers y sus cómplices se trataba de ganar tiempo). La ciudad, sin el peso de sus elementos más reaccionarios, se convierte en una comunidad fraternal. Se crea un «consenso» en torno a las elecciones.

Y, sin embargo, Marx le escribirá a su amigo Kugelmann en abril de 1871: «El Comité Central [de la Guardia Nacional] abandonó el poder demasiado pronto para dar paso a la Comuna».

5

LA SITUACIÓN MILITAR

La víspera de las elecciones, tras una semana de actividad del Comité Central, la situación militar se le presenta mucho menos halagüeña que la situación política (sobrentendiéndose que la cuestión principal se dirime en París). La situación podría ser excelente: al menos 60 000 soldados-ciudadanos entregados y ya entrenados, cientos de miles de fusiles, 1200 cañones y municiones; enormes recursos tanto en hombres como en material. Pero el Comité Central no parece preocuparse mucho por esta cuestión; hasta ese punto llega su confianza en la dignidad de su causa y en el prestigio de París. Habiendo hecho todo lo posible, o creyendo haber hecho todo lo posible para evitar la guerra civil y para salvaguardar el auténtico orden, el orden de la justicia y de la libertad, la mayoría de los miembros del Comité Central no creen que esta guerra pueda producirse.

Esa semana del 18 al 25 de marzo fue la de las ocasiones desaprovechadas. Los federados y su primer general, Lullier, no supieron o no quisieron organizar la marcha sobre Versalles. Su segundo error grave fue dejar que los versalleses volviesen a ocupar la posición clave para la defensa de París: el Mont-Valérien.

El 18 de marzo, Thiers dio y confirmó la orden de evacuar el Mont-Valérien para situar alrededor de Versalles y de la Asamblea a la brigada de Daudel, tropa fiel. El general Daudel ejecuta la orden, que le transmite a regañadientes Vinoy; Daudel solo deja en la fortificación dos batallones de cazadores, que se habían rebelado contra el mando y se consideraban inservibles. La mayoría de esos sublevados llegan a París el día 19. Por la noche, el comandante de la fortificación ya solo cuenta con 28 cazadores,

más que dispuestos a desobedecerle. Bastaría con que un batallón, con que una compañía de federados llegase a las puertas de la fortificación para ocuparla. Lullier, el general en jefe, no lo piensa o no se da ninguna prisa; se siente muy seguro de lo que hace y además el comandante es amigo suyo. Por desgracia, Vinoy insiste en su idea. En la noche del 19 al 20 de marzo, hace que Thiers firme la orden de volver a ocupar Mont-Valérien y reúne a toda prisa a varios centenares de hombres. Cuando dos batallones de federados llegan a las puertas de la ciudadela la mañana del 20 de marzo, lo único que pueden hacer es replegarse.

Hubo otra ocasión malograda. La actividad del Comité Central y el patriotismo de sus miembros hicieron que se ganase la simpatía de algunos oficiales de carrera. Uno de ellos, el general del ejército Cremer, uno de los mejores dirigentes de los ejércitos franceses durante la guerra, conducido por los federados hasta el Hôtel de Ville entre vítores, aclamado por la multitud, estuvo a punto de aceptar el mando de las fuerzas de París. El Comité Central no fue capaz de retenerlo;²⁵⁷ habría bastado con que aceptase la puesta en libertad del general Chanzy el 19 de marzo, puesta en libertad que el mismo Comité Central iba a aprobar el día 25. De igual forma, ni el Comité Central ni la Comuna supieron aprovechar al coronel Rossel, que el 19 de marzo envía una carta desde Nevers al ministro de la Guerra, el general Le Flô, a Versalles, para comunicarle que se pone a disposición del Comité Central. «Informado por un comunicado de Versalles, hecho público hoy, de que hay dos bandos en lucha en el país, me pongo sin duda del lado de aquel que no ha firmado la paz y que no cuenta en sus filas con numerosos culpables de capitulación...».²⁵⁸

A decir verdad, ni el Comité Central ni la Comuna lograron una doctrina ni un mínimo de acción coherente en el ámbito

257 Al general Cremer más tarde se lo degradó y se afirmó que había formado parte de la Comuna, cosa que es falsa. Destituído y habiendo dimitido de su cargo, Cremer dio rienda suelta a su resentimiento e injurió a los federados.

258 No vamos a pronunciarnos aquí sobre el caso de Rossel, que ya ha hecho correr ríos de tinta. Este joven valiente y brillante, coronel de un cuerpo especializado del ejército, el de ingeniería, se puso a disposición de los sublevados parisinos. Luego se desmoralizó y reculó en el momento crítico y, como Cremer, hizo unas declaraciones muy duras sobre los *communards*. Pero los hombres de Versalles no le perdonaron la vida y lo fusilaron en Satory.

militar. Se encuentran atrapados entre dos exigencias: el imperativo teórico de la supresión de los ejércitos permanentes, por un lado, y, por el otro, la necesidad de una organización militar sólida para combatir a las tropas de Versalles. Para tener una oportunidad de hacer que entrase en la historia la supresión de los ejércitos permanentes, sin duda era necesario tomar la iniciativa y luchar contra Versalles desde el 19 de marzo. Quedaba la incógnita del ejército prusiano. Una vez desaprovechada la ocasión, ¿no había que abandonar los principios, al menos momentáneamente, y reorganizar lo antes posible a los mejores batallones de la Guardia para que pudiesen medirse con los ejércitos regulares? La cooperación de oficiales de carrera podía ser de gran utilidad para ese fin. El Comité y la Comuna no se decidieron, o lo hicieron cuando ya era tarde y de forma incierta. Los recuerdos de 1789-93 los obsesionan —leva en masa, marcha heroica de los batallones populares sobre el enemigo— y les ocultan la realidad. También se esperan nuevas confraternizaciones. En pocas palabras, en el plano militar, viven en un mundo de ensueño que contrasta con el sentido político y el realismo que se muestran en otros ámbitos. La indecisión de la línea de pensamiento se materializará en la organización. Después de haber prometido que iba a desaparecer cuando existiese la Comuna elegida, el Comité Central se mantuvo e incluso quiso retomar las riendas de las cuestiones militares. A ello se debe la persistencia de la dualidad de poderes, que tuvo nefastas consecuencias.

Esos días, Thiers no pierde ni un instante. El 25 de marzo está en posición de comunicarle a Tirard que es inútil continuar con la resistencia legalista: «Estoy reorganizando el ejército. En dos o tres semanas, espero que tengamos la fuerza suficiente para liberar París». Ha recuperado sin daños, con sus cañones, a la formación emplazada en los jardines de Luxemburgo; La Mariouse, Daudel, Faron y Derroja ya mantienen con firmeza las inmediaciones de Versalles. Pronto, con el permiso de Bismarck, Thiers dispondrá de 100 000 hombres en una sólida organización militar, llenos de odio gracias a la hábil propaganda contra los *partageux*, saqueadores, anarquistas y materialistas de París.

«La resistencia de los alcaldes le dio diez días al gobierno, diez días que valían siglos, porque le permitieron organizar su defensa y plantar cara a la fuerza con más fuerza», admite Jules Claretie.²⁵⁹

259 *Op. cit.*, p. 614.

6

LOS MOVIMIENTOS EN PROVINCIAS

Los acontecimientos de París no son un hecho aislado ni insólito; esto es lo que le gustaría que pensase la atónita población de provincias a la facción antioficial de Versalles. Lo que ha ocurrido aquí tiene repercusiones en Lyon, en Saint-Étienne, en Marsella.

La revolución comunal de la vieja Lutecia se parece en muchos aspectos a la liberación de las comunas que se produjo de forma idéntica hace siete siglos, en el norte y en el sur, adoptando una forma municipal en Picardie y en Île-de-France, y una forma republicana en algunas ciudades de la región del Midi.

Como entonces, la misma chispa prende en todo el país y ese fuego se va propagando poco a poco, con la diferencia de que los partidarios de la Comuna en el norte eran los representantes del pequeño comercio y los republicanos del Midi eran los herederos de algunas tradiciones de la antigua Roma, mientras que los revolucionarios son hoy los delegados de los parias de la industria...

Así, con este curioso recordatorio histórico, anuncia el periódico *La Commune* del 24 de marzo los movimientos insurreccionales que apoyan a París en provincias.

Ya hemos constatado la existencia de un potente movimiento descentralizador en las provincias, pero también su ambigüedad. La tendencia más impetuosa, que tiene sus propios periódicos, sus hombres e incluso un esbozo de programa redactado en Nancy en 1865, es reaccionaria. Hace revivir la ideología girondina. Su objetivo es devolver a las provincias una autonomía que haga que vuelvan a quedar bajo el control pleno de los notables locales. La otra tendencia, más débil, representada por movimientos esporádicos antes de 1870 (en Angers o en Le Creusot), busca de forma algo confusa una verdadera reorganización de la sociedad según el principio federativo: de esta forma, la so-

ciudad se transformaría en una vasta asociación de asociaciones libres, constituidas en los lugares de trabajo y de vivienda, y por lo tanto con una base territorial más popular, en la que el proletariado industrial entraría «de pleno derecho».

Debido a las circunstancias, en septiembre de 1870 comenzaron a formarse agrupaciones bastante inquietantes que acogían a los elementos más dispares, desde socialistas (sobre todo en el Midi) hasta terratenientes monárquicos (en el oeste) y cuyo proyecto llega hasta una especie de separatismo regionalista: la Ligue du Midi, la Ligue du Sud-Ouest y la Ligue de l'Ouest. Estas regiones francesas periféricas, dotadas de una gran originalidad histórica y cultural y prácticamente subdesarrolladas, que habían quedado un poco al margen del gran movimiento de la industrialización que ya se concentra en el norte y en el este, manifiestan de esta forma su rebelión sorda contra el *statu quo*; pero es fácil que esta rebelión adquiera una forma orientada al pasado; existe un regionalismo conservador monárquico.

Los movimientos insurreccionales que estallan en las grandes ciudades del sur en la semana del 18 al 26 de marzo de 1871 no guardan ninguna relación directa con ese regionalismo. Sin embargo, nacen en medio de la confusión. Surgen en las mismas regiones. El hecho de que los prusianos ocupasen el norte y el este no basta para explicar la ausencia casi total de apoyo a París en esas partes de Francia. Los movimientos provinciales, con esa distribución geográfica, no tuvieron capacidad para definir un programa. Brotaron y se marchitaron como flor de un día, reprimidos sin dificultad por las autoridades «legales». Para cuando se consiguió en París cierta clarificación teórica, para cuando a la imagen de la Comuna insurreccional y popular se le unió mal que bien una idea constructiva según el principio federalista, ya era demasiado tarde. Es una terrible ironía de la historia: el día del triunfo de la Comuna en París se vivió el fin del movimiento comunalista en Marsella, en Toulouse, en Saint-Étienne y en Le Creusot. En Lyon ya había sido derrotado.

Marsella

Según Olivesi,²⁶⁰ historiador dedicado a la Comuna de Marsella, no se puede entender la Comuna del 23 de marzo en

260 Antoine Olivesi, *La Commune de Marseille et ses origines*, prefacio de G. Bourgin,

Marsella sin hacer referencia a los movimientos anteriores: las grandes huelgas de 1867 y 1868 en la cuenca minera de la región marsellesa y los disturbios del 8 de agosto de 1870. «Los disturbios del 8 de agosto constituyen la primera tentativa revolucionaria, así como el primer intento, confuso y tímido pero sin duda real, de comuna insurreccional que se alzaba contra la guerra, contra el Estado».²⁶¹ La multitud ocupa la alcaldía. Se constituye una comuna que se adjudica la tarea de agrupar a todos los elementos de la autoridad regional. A la cabeza de dicha comuna se sitúa un líder, el republicano «avanzado» Gaston Crémieux. La policía vuelve con fuerza y dispersa a una muchedumbre que se ha vuelto súbitamente pasiva; Crémieux y sus colegas, al verse abandonados, capitulan.

El 5 de septiembre de 1870, se organiza una guardia cívica; se forman tres compañías con obreros venidos de los barrios populares. La guardia cívica, situada más a la izquierda que los republicanos moderados, representa un segundo poder en relación con la alcaldía y la prefectura «oficiales», una fuente constante de insurrección. Tanto es así que el 9 de septiembre, en la sala Alhambra de Marsella, Bastelica, de ideas anarquistas y miembro de la Internacional, está en posición de exigir la organización de un gobierno del Midi y de una junta regional que decreta la leva en masa y la provisión de armas al pueblo apoyándose en los trabajadores. La Ligue du Midi, que celebra su primera reunión el 28 de septiembre, respalda este proyecto. Desde entonces y durante varios meses, Marsella tiene un gobierno casi autónomo, un Estado dentro del Estado. Según sus miembros más activos, el camino a la salvación pública, en el sentido de 1793, se encuentra en esta asociación: la Ligue du Midi, la comuna revolucionaria. Efectivamente, el 1 de noviembre de 1870 se proclama en Marsella la Comuna revolucionaria. Gambetta responde con una reacción centralizadora y nombra un administrador extraordinario para Marsella. El 3 de noviembre está a punto de desatarse una batalla con todas las de la ley —la guerra civil— entre los guardias cívicos y la Guardia Nacional. Los guardias cívicos no ven claro que puedan vencer y capitulan; evacuan la prefectura

París, Rivière, 1950.

261 Olivesi, *op. cit.*, p. 69.

que tenían en su poder desde el 5 de septiembre y la primera Comuna de Marsella se viene abajo; o más bien desaparece, «sin tomarse siquiera la molestia de anunciar su disolución ni de hacer el traslado simbólico de sus poderes».²⁶² La Ligue du Midi, de tendencia socialista, también desaparece; Gambetta la había declarado ilegal en una circular dirigida a los prefectos de la región del sureste.

Pero la agitación no cesa. El 22 de marzo de 1871 por la tarde, ante miles de personas, Gaston Crémieux pronuncia una violenta acusación contra Versalles: «El gobierno de Versalles ha tratado de levantar su muleta contra lo que llama la insurrección de París, pero la muleta se ha destrozado en sus manos y de ella ha surgido la Comuna. [...] Volved a vuestras casas y coged vuestros fusiles, no para atacar, sino para defenderos...».

El prefecto, el alcalde y el general Espivent, comandante de la guarnición, quisieron entonces que se celebrase una gran manifestación de los «elementos buenos» de la Guardia. La mañana del 23 de marzo, los tambores tocan llamada. Los guardias nacionales del orden faltan a la cita, mientras que los de los barrios de Endoume y de la Belle-de-Mai acuden en masa. A esos batallones populares se unen, entre las 10:00 y las 12:00, en el paseo Belzunce, seguidores de Garibaldi, guardias cívicos, francotiradores y soldados con todo tipo de armas. Al principio de la tarde, una inmensa multitud rodea la prefectura al grito de «¡Viva París!», la invade y hace prisionero al almirante Cosnier, prefecto de Bouches-du-Rhône. Se crea una comisión compuesta por seis miembros entre los que se cuentan Crémieux, un zapatero llamado Mariel, Étienne (esportillero) y Guillard (obrero ajustador). Pronto pasan a ser 12 miembros porque se añaden los delegados del consejo municipal y del club de la Guardia Nacional. La Comisión toma las riendas del poder local. En Marsella —proclama la Comisión— los ciudadanos se administran por sí mismos y sus intereses locales se extienden al departamento y a la región.

Desde ese momento, la suerte de la Comuna de Marsella parodia y anuncia en versión resumida el destino de la Comuna de París. La Comisión dirigida por Crémieux quiere regularizar lo antes posible su situación mediante la elección por sufragio

262 Olivesi, *op. cit.*, p. 122.

universal de un consejo municipal que sería al mismo tiempo consejo general, y también mediante la designación de un alcalde que sería además prefecto, y de un coronel de la Guardia al que se encomendaría el mando militar del departamento. Se declara en una orden que «Queremos la descentralización administrativa con la autonomía de la Comuna», declaración que termina con un llamamiento: «¡Viva la República una e indivisible!». Esta ambigüedad ya la hemos visto repetidas veces. La Comisión pasa dos o tres días intentando hacerse de forma efectiva con las riendas de la administración de la ciudad y se ocupa antes que nada de las tropas que abundan en ella: restos del ejército del este, francotiradores, guardias móviles, seguidores de Garibaldi, voluntarios polacos... Mientras tanto, el general Espivent imita a Thiers; evacua a sus tropas de más confianza y también al aparato burocrático que aún le obedece a la pequeña localidad de Aubagne, en las afueras; allí prepara el contraataque. El ayuntamiento elegido juega la carta de la conciliación y crea confusión. El 27 de marzo sus delegados se retiran de la Comisión, cuyo aislamiento se agrava por momentos. Los delegados de la Comuna de París, que llegan el 28 de marzo, no consiguen enderezar la situación: ofenden a Crémieux, que se retira de la Comisión, y se limitan a anunciar elecciones para el 5 de abril, sin ocuparse siquiera de coordinar los batallones de la Guardia ni de reunir a los soldados dispersos por las calles.

La noche del 3 de abril, el general Espivent ordena a sus tropas que marchen sobre Marsella. El 4 de abril ordena bombardear la prefectura. Tras siete horas de combate y ya cerca de la noche, los infantes de marina ocupan sin dificultad y sin gloria una prefectura ya abandonada por sus defensores.

Según Olivési, hubo 30 muertos y 50 heridos en el bando de las tropas regulares; los sublevados contabilizaron más de 150 víctimas, cifra a la que hay que añadir el número de víctimas del bombardeo y los fusilados *in situ*.²⁶³

El 5 de abril, el general Espivent subió en peregrinación a Notre-Dame-de-la-Garde gritando «¡Viva Jesús!» y «¡Viva el Sagrado Corazón!» tras marchar con sus tropas por la ciudad. Lo

263 Olivési, *op. cit.*, p. 149. Crémieux será fusilado por orden de Thiers.

recibieron con abucheos. La sublevación de Marsella no estaba exenta de apoyos ni de repercusión en la región, como así lo demuestran el intento de sublevación en Aix dirigida el 4 de abril por el obrero Barbaroux y una protesta revolucionaria en Var que provocó en mayo una efímera comuna en Draguignan.

Toulouse

Desde el 19 de marzo los integrantes de la Guardia Nacional de Toulouse se relevaban en los puestos al grito de «¡Viva París!». La Guardia le pide al prefecto Duportal que se pronuncie a favor o en contra del movimiento de París. El prefecto, republicano de 1848, duda; Thiers lo sustituye inmediatamente por Kératry, antiguo prefecto de policía en París, que no llega a tomar posesión de su cargo y se refugia en Agen, donde espera a que llegue el momento oportuno.

El día 24, 2000 guardias se dirigen a la prefectura. En medio del entusiasmo, se acusa a Kératry, se proclama la Comuna y se busca, en vano, un alcalde. Se lee un manifiesto desde el gran balcón del capitolio: la Comuna de Toulouse declara la República una e indivisible, pide a los diputados de París que medien entre el gobierno de Versalles y la Comuna de París y conmina a Thiers a disolver la Asamblea. Es un manifiesto ingenuo. En esa comisión solo está representado el radicalismo moderado; el proletariado del barrio de Saint-Cyprien no tiene ningún delegado. «La multitud aclama a esta Comuna que creía en los diputados de la izquierda y en un Thiers oprimido».²⁶⁴

Cabe destacar que el Comité Central de París consideró que la proclamación de Toulouse era lo suficientemente importante para anunciarla con carteles en París.

República francesa.

Comité Central.

La Comuna de Toulouse.

Uno de nuestros amigos, emisario en Toulouse, nos ha facilitado el siguiente documento:

La Guardia Nacional de Toulouse, reunida con motivo de la creación de batallones de la guardia constitucional y de la toma de posesión de Kératry como prefecto de la región de Haute-Garonne, ha proclamado

264 Lissagaray, *op. cit.*, p. 158 [ed. en cast.: p. 153].

hoy, a las 14:00, la organización de la Comuna, entre gritos de «¡Viva París!».

El cuerpo de oficiales de la Guardia Nacional sedentaria constituye la COMUNA DE TOULOUSE.

La Comuna declara a Kératry despojado de su cargo de prefecto y mantiene al ciudadano Duportal como delegado del poder central.

La Comuna declara su deseo de la República una e indivisible y ruega a los diputados de París que intermedien en una deseable negociación entre el gobierno de la República y el pueblo de París. [...]

¡Viva la República una e indivisible!

Siguen las firmas de los oficiales del Estado Mayor y las de los oficiales del 1.º batallón (oeste), del 2.º batallón (sur), del 3.º batallón (centro) y del 4.º batallón (norte).

Después de tres días de palabrería y confusión crecientes, Kératry pasa al ataque con varios cientos de hombres. Recupera el capitolio y la prefectura sin ninguna dificultad.

Lyon

El 22 de marzo, después de tres días de tumultos, se nombra por aclamación a una comisión comunal (integrada por cinco concejales). El 23, los concejales conciliadores abandonan la comisión. Los demás miembros tratan de mantenerse en ella y presentan un programa muy vago, puramente local, sin hacer alusión ni a las grandes cuestiones políticas ni a las cuestiones sociales. La Comuna defiende para Lyon «el derecho a estipular y percibir sus impuestos, a configurar su propia policía y a disponer de su Guardia Nacional». Pese a la llegada de los delegados parisinos, aplaudidos por una nutrida multitud, la comisión enseguida se encuentra aislada de los elementos republicanos de la pequeña burguesía y del pueblo. En la noche del 24 al 25 de marzo, la Comuna de Lyon desaparece: se desvanece, literalmente, al no haber encontrado gente de mando, ni líderes ni apoyos sólidos junto a las masas populares y obreras.

Saint-Étienne

Historia similar, pero con derramamiento de sangre. El 24 y el 25 de marzo, una gran aglomeración, con la Guardia Nacional a la cabeza, hostiga al consejo municipal para que renuncie en favor de una comisión popular provisional, encargada de organizar la elección libre de una comuna. Se produce una breve

trifulca y matan al prefecto. En la noche del 25 al 26, se constituye la comisión y convoca a los electores para el día 29. El consejo municipal ha presentado la dimisión. Cuando la comisión, que le encomienda a la Comuna la labor única de «conquistar las franquicias y la independencia que nos habían arrebatado las leyes imperiales y monárquicas», toca llamada, no se mueve nadie, ni siquiera entre los mineros. La mañana del día 28, los últimos guardias nacionales evacúan la alcaldía ante una simple orden.

Le Creusot

En esta ciudad obrera, igual que en Marsella, lleva instaurada desde septiembre una autonomía *de facto*. El 26 de marzo, el alcalde Dumay y algunos de sus amigos forman la Comuna independiente de Le Creusot. Al día siguiente, el ejército regular vuelve con más fuerza, dispersa a una multitud pasiva y se hace con la alcaldía.

Narbona

Aquí el movimiento encuentra a un líder, Digeon, que no tiene un programa preciso pero sí da muestras de valentía. El 24 de marzo proclama la Comuna de Narbona ante el pueblo, desde el balcón del ayuntamiento. Se adueña de la ciudad durante ocho horas. Fuerza el arsenal y arma al pueblo; toma la prefectura, la estación, Correos y el telégrafo. Pretende unir en un mismo movimiento a las comunas vecinas.

El 31 de marzo, los «turcos» (cuerpo de soldados árabes) del general Zentz sitian la ciudad y amenazan con bombardearla. Digeon ordena evacuar el ayuntamiento y los mercenarios lo ocupan.

Este resumen da una idea de la importancia de los levantamientos populares a finales de marzo de 1871. No refleja, en absoluto, todas las manifestaciones de la simpatía provincial ante el París sublevado.²⁶⁵

En las grandes ciudades que se acaban de mencionar, el drama es más o menos el mismo. El movimiento revolucionario,

265 Véase una lista, también incompleta, en Bruhat, Dautry y Tersen, *op. cit.*, p. 304.

que al principio se impone, enseguida se hace pedazos y se desmorona.

¿Por qué? Ni la falta de mandos de autoridad, ni los desciertos de los dirigentes locales ni la escasez numérica del proletariado explican estos ascensos y caídas súbitos. Tampoco los explica la falta de valentía ni de perspicacia política de los elementos republicanos de la pequeña burguesía, ni las disensiones intestinas...

Nosotros hemos sugerido otro factor de esta explicación: el carácter periférico (meridional) de la mayoría de estos movimientos, la ambigüedad y la incertidumbre del proyecto descentralizador. Ese proyecto aún no estaba maduro; no llegaba hasta el final ni asumía todas las consecuencias de su propio principio; no proporcionaba una visión política sobre el conjunto de la sociedad y sobre el Estado, ni tampoco una perspectiva de solución a los problemas llamados «sociales», los problemas del proletariado en esa situación concreta, a tenor del desarrollo económico y de las fuerzas productivas, sobre todo en las regiones del sur. Aunque la llevaba dentro en estado germinal, el proyecto no llegaba ni podía llegar a la noción clara de la autogestión obrera y de una sociedad de hombres libres que, asociándose, controlasen el uso de su trabajo y las condiciones de la producción. En definitiva, quedó atrapado en sus propias fórmulas, tratando torpemente de conciliar la República una e indivisible (la expresión del viejo centralismo jacobino) con la autonomía «absoluta» de la comuna local. Su contenido político, y por lo tanto su contenido de clase, apenas se atisba. Tal vez esa sea la causa del entusiasmo súbito y del desencanto.

Estas consideraciones no resuelven por completo nuestro problema histórico-sociológico. Sigue habiendo algo sin explicación en el impulso de las provincias hacia ese centro (París) que decreta la descentralización y en el decaimiento súbito de ese impulso.

Podemos decir lo mismo de los acontecimientos de Argelia, que dieron muchos quebraderos de cabeza a Thiers. En el *Diario oficial* de la Comuna se publica el 26 de marzo la siguiente declaración:

Ciudadanos: los delegados de Argelia declaran, en nombre de todos sus representados, su adhesión más absoluta a la Comuna de París. Toda Argelia reivindica las libertades comunales. La colonia, que lleva 40 años oprimida por la doble centralización del ejército y de la administración, comprendió hace mucho que la instauración total de la Comuna es la única forma que tiene de alcanzar la libertad y la prosperidad...

Incluso en este punto, el proyecto descentralizador se mantiene singularmente equívoco.

7

LAS ELECCIONES Y LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA

¿Fueron las elecciones del 26 de marzo de 1871 libres en el sentido de la democracia formal? Sí; aunque el Comité Central y las grandes organizaciones ejercieran cierta presión y aunque dominasen la campaña electoral (en la medida en que hubo campaña), es innegable que fueron libres. Hubo una lista de candidatos «recomendados» por el Comité de los Veinte Distritos y publicada (tarde, el 27 de marzo) por *Le Cri du peuple*, según la «información proporcionada por los distintos comités electorales», es decir, por los barrios y los distritos, y seguramente con el consentimiento tácito del Comité Central. No existió una lista oficial impuesta a los electores. Los carteles del Comité Central son fundamentalmente llamamientos a los electores para que voten, igual que los anuncios de sus delegados en Interior. El periódico *La Commune* publica la mañana de las elecciones que «distintos comités nos han enviado varias listas electorales. Creemos que no debemos publicar ninguna»... Lo mismo en *La Nouvelle République*, etc.

Si se consulta *Murailles politiques* y sobre todo el libro de Firmin Maillard, *Affiches, professions de foi, documents officiels, clubs et comités pendant la Commune*, se puede constatar la variedad de las tendencias manifestadas en esos textos, aunque los grandes comités se impusieran en número.²⁶⁶

Los periódicos, como es de esperar, publican muchos llamamientos, pero en general, del lado de la Comuna se niegan a

²⁶⁶ Algunos carteles electorales se encuentran en el Museo Carnavalet y en los archivos del Sena. Distintos autores, como Georges Bourgin en *La Guerre de 1870-1871 et la Commune* y Bruhat, Dautry y Tersen en *La Commune de 1871*, reproducen varios de los carteles.

publicar listas. Entre los diversos artículos, vamos a citar este del joven y apasionado blanquista Da Costa, que luego ejercería como historiador con *La Commune vécue*, en *La Nouvelle République*:

La votación de hoy.

Recordemos...

El pueblo de París, llamado a elegir una Comuna, debido a la precipitación de los acontecimientos, va a encontrarse en el aprieto de elegir entre estos candidatos. [...]

El tiempo de los grandes nombres ya ha pasado; el prejuicio de la experiencia política, de los viejos, queda en segundo plano ante la necesidad de juventud, iniciativa y energía.

Asimismo, no podemos insistir lo suficiente a los electores, burgueses y obreros, en que dejen lejos de sus listas a esas personalidades que se han mantenido al margen durante la terrible crisis en la que se ha decidido la victoria del pueblo. Para ser digno de tener un escaño en la Comuna, no basta con tener un pasado político limpio y sin mácula [...]; hace falta sobre todo tener una energía con la que no cuentan quienes se han abstenido en los últimos tiempos...

Hubo muchas candidaturas de adversarios del Comité Central y de la Comuna y una quincena de los elegidos fueron liberales o reaccionarios (que presentaron la dimisión o abandonaron la Comuna poco después, pero libremente).

En los barrios burgueses se votó mucho, aunque con mucho menos entusiasmo que en los barrios populares. Las elecciones estuvieron regularizadas en la medida en que fueron consentidas, de mejor o peor grado, por los representantes del poder «legal»: los alcaldes de distrito. Pero ¿para quién, o más bien para qué, se votaba? Sin duda alguna, en los barrios burgueses los electores votaron para elegir un consejo municipal de París, mientras que en los barrios populares se votaba para legitimar al nuevo gobierno de la República frente a la Asamblea conservadora y al gobierno traidor.

En *Le Cri du peuple*, se describe así al día siguiente la fisonomía de París a las 23:00 del 26 de marzo:

Elecciones

Fisonomía general por distritos (23:00).

DISTRITOS

- I. Poco interés en votar. En los carteles solo se ven los nombres de los miembros del actual ayuntamiento. [...]

- II. Barrio de Saint-Denis: afluencia de electores.
- III. Pocas abstenciones. Muchos carteles. [...]
- IV. Pocas abstenciones.
- V. Muchos votantes.
- VI. Muchos votantes.
- VII. Poco interés.
- VIII. Poco interés.
- IX. Muchos electores en la alcaldía de Drouot.
- X. Interés en votar. [...]
- XI. Afluencia en la calle Angoulême.
- XII. Poco interés.
- XIII. Pocas abstenciones.
- XIV. Afluencia en la alcaldía.
- XV. Afluencia en la alcaldía.
- XVI. Sin candidatos que se opongan a los miembros del ayuntamiento actual. Poco interés.
- XVII. Afluencia de electores en todas las secciones. [...]
- XVIII. Blanqui.
- XIX. Oudet.
- XX. Blanqui, Bergeret, Flourens, Ranvier. Todo tranquilo.

Durante la «campana» se produce una cierta clarificación teórica.

El manifiesto de la Internacional, redactado por Frankel, Demay y Theisz, contiene unas cuantas ingenuidades. Para muchos miembros de la Internacional, la lucha de clases se basa en un simple malentendido. Longuet escribió en el *Diario oficial*: «El lamentable malentendido que hizo que las dos clases sociales se blindasen una contra otra en las jornadas de junio ya no puede volver a repetirse. El antagonismo de clases ha dejado de existir...». Este punto de vista lo compartían muchos revolucionarios. Según Félix Pyat en el primer número de *Vengeur*, la Francia del pueblo tiene su origen el 18 de marzo, la Francia de la nobleza murió en 1789 con la bandera blanca, y la de la burguesía, en 1871 con la bandera tricolor. «¡No más castas! ¡No más clases! La Francia del derecho, la Francia del deber, la Francia del trabajo, la Francia del pueblo...». La gran proclama del Comité Central, titulada «A nuestros adversarios», comienza con estas líneas: «La causa de nuestras divisiones se halla en un malentendido. A los adversarios leales que quieran disiparlo les manifestaremos de nuevo nuestras legítimas quejas».

El manifiesto electoral de los miembros de la Internacional lleva ese mismo sello de grandes esperanzas según el cual el acto revolucionario, al haber transformado totalmente la sociedad, pone fin a los motivos de las revoluciones: las clases y los conflictos de clases. Se pasa de la necesidad a la libertad de un salto, en un solo día. Es aquí, mucho más que en la obra de Marx, donde encontramos la idea grandiosa e ingenua de un final instantáneo de la duración histórica. Incluso Frankel, miembro «marxista» de la Internacional, escribe a Marx el 30 de marzo, tras la proclamación de la Comuna, afirmando que la revolución que se ha llevado a cabo «privará de terreno a todas las revoluciones futuras, porque en el ámbito social ya no quedará nada que reivindicar».

Esa gran esperanza sobrevuela siempre el ambiente festivo de la semana del 18 al 26 de marzo y de la proclamación de la Comuna. El pueblo va a reunirse de forma unánime y a constituir de forma definitiva su comunidad fraternal, en el seno de la cual las decisiones se tomarán desde ese momento libremente, conscientemente, sin presión del Estado ni del poder.

Así pues, no es de extrañar que el manifiesto de la Internacional afirme en su preámbulo que:

El principio de autoridad resulta ya inútil para restablecer el orden en las calles, para hacer que resurja el trabajo en los talleres, y esta inutilidad es su negación. La insolidaridad de intereses ha causado la ruina general, ha engendrado la guerra social: es necesario exigir que la libertad, la igualdad y la solidaridad sean las que garanticen el orden asentado sobre bases nuevas y reorganicen el trabajo, que es su condición de partida. La revolución comunal afianza estos principios, deja a un lado toda causa de conflicto en el futuro. La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, debatidas en libertad, harán que cese el antagonismo de clase y asegurarán la igualdad social.

Por lo tanto, los miembros de la Internacional ven en la autonomía comunal el esbozo y la señal de una reestructuración profunda de la sociedad. Sin saberlo, están uniendo la crítica proudhoniana del principio de autoridad y el principio federativo con la idea central de Marx: «Imaginémonos [...] una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción comunitarios y gasten a sabiendas sus muchas fuerzas de trabajo

individuales como una sola fuerza de trabajo social».²⁶⁷ No obstante, su proyecto sigue estando incompleto. Se limita al marco territorial: la Comuna. No llega a los marcos de la sociedad industrial, es decir, a la autogestión de las empresas, aunque esa gestión obrera se integre en la línea del desarrollo. Cuando intentan precisar sus proyectos, ¿qué piden los miembros de la Internacional? «La organización del crédito, de los intercambios y de la asociación para garantizar al trabajador el valor íntegro de su trabajo;²⁶⁸ educación pública, laica e integral; derecho de reunión y de asociación, plena libertad de prensa, libertad del ciudadano; organización a escala municipal de los servicios de policía, de fuerzas armadas, de salud pública, de estadísticas, etc.».

Es una muestra de que el programa de los miembros de la Internacional mezcla, en medio de una enorme confusión, medidas revolucionarias que requieren una reconstrucción esencial de la sociedad con medidas reformistas aceptables en una democracia avanzada y con medidas liberales sin un contenido socialista bien definido que podrían aplicarse en una democracia formal. El contenido positivo de su programa vuelve sobre los pasos de la parte reformista del pensamiento proudhoniano.

En el manifiesto también se duda, como hemos visto que ocurre en otros ámbitos, respecto de la naturaleza de la elección y del poder que emanará de ella. Se proclama que el pueblo de París «afirmará su derecho, superior al voto de una asamblea, de seguir siendo dueño de su ciudad y constituir su representación municipal a su conveniencia sin imponérsela a los demás»; eso reduce las elecciones a la designación de un consejo municipal de París y deja sin tocar un «malentendido» en el que nos vemos obligados a insistir.

El Comité Central Republicano de los Veinte Distritos (que ha retomado su nombre inicial) publica tres manifiestos sucesivos haciendo un llamamiento a los electores para que voten.

El tercero de ellos contiene sin duda el proyecto más elaborado de reconstrucción federalista y descentralizada de la

267 *El capital*, libro primero, capítulo primero, apartado 4: «El carácter fetiche de la mercancía y su secreto».

268 Utopía que Marx criticó en numerosas ocasiones, sobre todo en el texto que sigue a la cita anterior.

sociedad. Mientras muchos periodistas y periódicos leales a la Comuna —demasiados— se conforman con exaltar una especie de apego al terruño de París, simbolizado por su campanario (la expresión la popularizó Jules Vallès: «Marchamos todos bajo la misma bandera: el campanario de París»), este manifiesto, publicado por *Le Cri du peuple* el lunes 27 de marzo, trata de sacar y exponer las ideas generales.

Manifiesto del Comité Central de los Veinte Distritos. Gracias a la revolución del 18 de marzo y al esfuerzo valeroso y espontáneo de su Guardia Nacional, París ha reconquistado su autonomía, es decir, el derecho a organizar sus fuerzas públicas, su policía y su administración financiera. [...]

Para garantizar el triunfo de la idea revolucionaria y comunal que pretendemos culminar de forma pacífica, es importante establecer los principios generales de dicha idea y formular el programa que sus mandatarios deberán poner en práctica y defender.

La Comuna es la base de todo Estado político, igual que la familia es el embrión de las sociedades.

Tiene que ser autónoma, es decir, ha de gobernarse y administrarse por sí misma de acuerdo con sus particularidades, sus tradiciones y sus necesidades, debe existir como persona jurídica que conserve en el grupo político, nacional y federal su plena libertad, su carácter propio y su absoluta soberanía, como el individuo en el seno de la ciudad.

Para garantizar el máximo desarrollo económico, la independencia y la seguridad nacional y territorial, la Comuna puede y debe asociarse, es decir, federarse con todas las demás comunas o asociaciones de comunas que componen la nación. Como criterios para determinarla tiene las afinidades de raza, idioma, situación geográfica, comunidad de soberanía, relaciones e intereses.

La autonomía de la Comuna asegura al ciudadano la libertad y el orden en la ciudad, y la federación de todas las comunas aumenta, a través de la reciprocidad, la fuerza, la riqueza, las posibilidades y los recursos de cada una de ellas, porque se aprovechan los esfuerzos de todas.

Esta idea comunal que se persigue desde el siglo XII, afianzada por la moral, el derecho y la ciencia, es la que acaba de triunfar el 18 de marzo de 1871

Conlleva la instauración de la República como fuerza política, la única compatible con la libertad y la soberanía popular.

La libertad más absoluta de hablar, escribir, reunirse y asociarse.

El respeto del individuo y la inviolabilidad de su pensamiento.

La soberanía del sufragio universal, siempre dueño de sí mismo y que puede convocarse y manifestarse en cualquier momento.

El principio de elección aplicado a todos los funcionarios o magistrados.

La responsabilidad de los mandatarios y, en consecuencia, su revocabilidad permanente.

El mandato imperativo, es decir, que se especifiquen y se limiten el poder y la misión del mandatario.

En el caso de París, ese mandato puede establecerse de la siguiente manera:

Reorganización inmediata de los distritos de la ciudad de acuerdo con la situación industrial y comercial de cada barrio.

Autonomía de la Guardia Nacional, formada por todos los electores, de manera que pueda nombrar a todos sus jefes y a su Estado Mayor general y que conserve la organización civil y federativa representada por el Comité Central, organización a la que debe su triunfo la revolución del 18 de marzo.

Supresión de la prefectura de policía. Vigilancia de la ciudad a cargo de la Guardia Nacional, bajo las órdenes directas de la Comuna.

Supresión en París del ejército permanente, peligroso para la libertad cívica y oneroso para la economía social.

Organización financiera que permita a la ciudad de París disponer libremente de su presupuesto íntegro, excepto de su parte de contribuciones a los gastos generales y a servicios públicos, y que reparta con justicia y equidad los cargos del contribuyente según los servicios recibidos.

Supresión de todas las subvenciones que favorezcan a los cultos, los teatros o la prensa.

Propagación de la enseñanza laica integral, profesional, que concilia la libertad de conciencia, los intereses y los derechos del niño con la libertad y los derechos del padre de familia.

Inicio inmediato de un estudio extenso en el que: se establezca la responsabilidad que corresponde a los hombres públicos en los desastres que acaban de asolar Francia; se precisen la situación financiera, comercial e industrial de la ciudad, el capital y las fuerzas de las que dispone y los recursos con los que cuenta; y se proporcionen los medios para una liquidación general y amistosa, necesaria para el pago de las sumas atrasadas y para la reconstitución del crédito.

Organización de un sistema de seguridad comunal contra todos los riesgos sociales, incluidos el paro y la insolvencia.

Investigación continua y habitual de los medios más adecuados para proporcionar al productor el capital, los instrumentos de trabajo, las posibilidades y el crédito necesarios para acabar de una vez por todas con el trabajo asalariado y el horrible pauperismo, con el fin de evitar para siempre que vuelvan las reivindicaciones sangrientas y las guerras civiles, consecuencias fatales de esas lacras.

Ese es el mandato que nosotros encomendamos, y que os pedimos que vosotros, ciudadanos, encomendéis a vuestros representantes elegidos...

Por delegación del Comité de los Veinte Distritos y en su nombre: Pierre Denis, Dupas, Lefrançais, Édouard Roullier, Jules Vallès.

Los representantes elegidos fueron designados en la siguiente proporción (con prorrateo de la población y según una cifra fijada por distrito o barrio):

| DISTRITO | CONCEJALES |
|----------|------------|
| I. | 4 |
| II. | 4 |
| III. | 5 |
| IV. | 5 |
| V. | 5 |
| VI. | 5 |
| VII. | 4 |
| VIII. | 4 |
| IX. | 5 |
| X. | 6 |
| XI. | 7 |
| XII. | 4 |
| XIII. | 4 |
| XIV. | 3 |
| XV. | 3 |
| XVI. | 2 |
| XVII. | 5 |
| XVIII. | 7 |
| XIX. | 4 |
| XX. | 4 |

Hubo 229 167 votantes de 485 569 inscritos. Los historiadores hostiles a la Comuna no dejan de insistir en la cantidad de abstenciones. Sin embargo, las listas electorales, y por lo tanto la cifra de inscritos, databan del último plebiscito imperial. No tenían en cuenta las variaciones de la población parisina desde la guerra y el asedio. Además, si se analizan los controles de la Guardia Nacional, se puede constatar que más de 80 000 hombres inscritos habían abandonado París durante los primeros días del armisticio. En los barrios obreros abundaron los votantes y en los «barrios buenos», las abstenciones.

Las distintas tendencias (la palabra «partido» nos parece impropia) obtuvieron la siguiente representación en la Asamblea de la Comuna.²⁶⁹

Revolucionarios blanquistas (unos completamente leales a su líder y otros que se declaran un poco disidentes, sin adoptar por lo demás otra posición más que la de la violencia revolucionaria en estado puro): Blanqui, Tridon, Ferré, Rigault, Duval, Eudes, Miot, Ranvier y Chardon. – Serán el germen revolucionario, el núcleo activo de la Comuna.

Revolucionarios diversos (algunos próximos a Blanqui, otros jacobinos avanzados y otro grupo más de partidarios del socialismo romántico, que se consideran «revolucionarios independientes»): Protot, Flourens, Paschal Grousset, Pyat, Delescluze, J.-B. Clément, Vermorel, Gambon, Jules Vallès, Amouroux, Urbain, Dereure, Cournet, Razoua, Géresme, Arthur Arnould, Allix, Bergeret, Billioray, Fortuné, Jourde, Brunel, Mortier, Antoine Arnaud, Dupont y Ponvielle.

Miembros de la Internacional (la mayoría son proudhonianos; dos o tres están en contacto con Marx): Varlin, Malon, Theisz, Avrial, Vaillant, Pindy, Beslay, Assi, Frankel, Babick, Lefrançais, Chalain, Clemence, Girardin, Langevin y Champy.

Radicales (partidarios de una república democrática y social que no siempre distinguen claramente los problemas económicos y los sociales): Renc, E. Lefèvre, Robinet, Parent, Rigère, Meillet, Rastoul, Fruneau, Jules Méline y Murat.

Republicanos moderados (liberales y reaccionarios que enseguida abandonarán la Comuna o la traicionarán): Tirard, A. Adam, Rochard, Brelay, Loiseau-Ponson, Chéron, Desmarets, E. Ferry, A. Leroy, Marmottan y De Bouteiller.

Entre estos 90 representantes elegidos, predomina el elemento revolucionario. Era fácil prever que en estas condiciones, tanto por su composición como por la situación, la Asamblea de París iría más allá de las atribuciones y competencias de un consejo municipal.

El Comité Central, aunque había presentado muchos candidatos en la mayoría de los barrios, solo contaba con 12 ele-

269 En este punto seguimos la obra de Da Costa, *op. cit.*, t. I, pp. 108-109. Jules Claretie da los detalles del escrutinio por distrito: *op. cit.*, pp. 614-615.

gidos: Bergeret, Ranvier, Billioray, Fortuné, Babick, Eudes, Jourde, Blanchet, Brunel, Dupont, Mortier y Georges Arnold.

25 miembros de la Comuna pueden ser considerados de clase obrera si se amplía el sentido del término al artesanado y a la pequeña industria.

Ni la Asamblea de la Comuna ni su fracción representativa del proletariado tenían ni la más mínima homogeneidad. Enseguida se hicieron visibles las diferencias entre una minoría (preocupada por las cuestiones económicas y sociales) y la mayoría, que hace hincapié en los problemas políticos sin manifestar claramente ni la distinción de esos problemas ni sus puntos de confluencia.

El 28 de marzo se proclama solemnemente la Comuna delante del Hôtel de Ville y se lee la lista de sus miembros ante una gran multitud formada por guardias nacionales y por el pueblo.

El Comité Central anuncia el acontecimiento con una proclama que pretende ser la definitiva y suprema, pero no lo será:

Federación Republicana de la Guardia Nacional.

Comité Central.

Ciudadanos:

Hoy hemos podido asistir al espectáculo popular más grandioso que jamás hayan visto nuestros ojos y haya sentido nuestra alma: París aclamaba y vitoreaba su revolución; París iniciaba una página en blanco en el libro de la historia y escribía en ella su poderoso nombre...

Francia, culpable de 20 años de debilidad, necesita regenerarse tras las tiranías y la indolencia por medio de la libertad tranquila y el trabajo constante. Los representantes elegidos hoy velarán por vuestra libertad con energía, la consagrarán para siempre. El trabajo depende solo de vosotros; las redenciones son personales. Reuníos pues en torno a vuestra Comuna con confianza, facilitad sus tareas prestándoos a las reformas indispensables; como hermanos que sois, dejaos guiar por otros hermanos; recorred el camino hacia el futuro con firmeza y valentía; predicad con el ejemplo dando muestras de valor y libertad y llegaréis sin duda al objetivo próximo:

La República universal

Hôtel de Ville de París, 28 de marzo de 1871.

Los miembros del Comité Central.

Sobre la propia ceremonia y su carácter grandioso, veamos el editorial de *Le Cri du peuple* del jueves 30 de marzo, que se titula precisamente: «La fiesta».

Se ha proclamado la Comuna.

Salió de las urnas electorales triunfante, soberana y armada.

Los representantes elegidos por el pueblo de París han entrado en el viejo Hôtel de Ville, testigo del tambor de Santerre²⁷⁰ y del tiroteo del 22 de enero, en esta plaza en la que la sangre de las víctimas del honor nacional y de la dignidad de París acaba de enjugarse con el polvo que han levantado en este día de fiesta los pasos de los batallones victoriosos. [...]

Se ha proclamado la Comuna en un día de fiesta revolucionaria y patriótica, pacífica y alegre, [...] digno de aquellos días que vivieron los hombres del 92, y que consuela tras 20 años de Imperio y seis meses de derrotas y de traiciones. [...]

El pueblo de París, alzado en armas, ha aclamado a esta Comuna, que le ha ahorrado la vergüenza de la capitulación y el ultraje de la victoria prusiana, que le hará libre igual que le hizo salir vencedor. [...]

Se ha proclamado la Comuna.

Hoy se celebra la fiesta nupcial de la idea y de la República.

Mañana, ciudadanos-soldados, para fecundar a la Comuna aclamada y desposada el día anterior, habrá que retomar, con el mismo orgullo de siempre pero ahora libres, el puesto en el taller o tras el mostrador.

Tras la poesía del triunfo, la prosa del trabajo.

Desde su proclamación, la Comuna actúa como un poder político, tal y como se demuestra en el texto de este cartel colocado el 29 de marzo:

Comuna de París

La Comuna de París, actualmente el único poder, decreta:

1.º Los empleados de los distintos servicios públicos considerarán a partir de ahora nulos e ilegítimos los órdenes o los comunicados emitidos desde Versalles o por los seguidores del gobierno de Versalles.

2.º Todo funcionario o empleado que no cumpla este decreto será revocado de inmediato.

Por delegación de la Comuna y en su nombre:

El presidente: Lefrançais.

Los asesores: Ranc, Éd. Vaillant.

270 Santerre fue un mariscal de campo al que se apodaba «general redoble» porque el 21 de enero de 1793 estuvo presente en la ejecución de Luis XVI y, según algunos testigos, habría ordenado un redoble de tambores para que no se pudiesen oír las últimas palabras del monarca. Según otras fuentes, fue el general Berruyer quien ordenó el redoble, pero la fama y el apodo quedaron para Santerre [N. de la T.J].

El artículo de Longuet, en el *Diario oficial* del mismo día se adentra todo lo posible en la perspectiva política, es decir, en la penumbra:

Las atribuciones de la Comuna.

En el momento en el que escribimos, el Comité Central habrá cedido ya, de derecho, si no de hecho, su lugar a la Comuna.

Habiendo cumplido el mandato extraordinario que la necesidad le había encomendado, se ceñirá por propia voluntad a la función especial que fue su razón de ser y que, cuestionada con violencia por el poder, lo obligaba a luchar, a vencer o a morir con la ciudad de la que era la representación armada.

La única misión del Comité, expresión de la libertad municipal que se sublevó legítima y legalmente contra la arbitrariedad gubernamental, era impedir a toda costa que se le arrebatase el derecho primordial que había logrado conquistar. Al día siguiente de la votación, se puede decir que el Comité ha cumplido con su deber.

En cuanto a la Comuna elegida, [...] en primer lugar habrá que definir su mandato, delimitar sus atribuciones. Ese poder constituyente que se concede a una Asamblea Nacional, ese poder tan amplio y tan confuso para Francia, la Comuna tendrá que ejercerlo para sí misma; es decir, para la ciudad de la que la Comuna no es más que su expresión.

Asimismo, la primera labor de nuestros representantes elegidos habrá de ser el debate y la redacción de sus estatutos, de ese documento al que nuestros antepasados de la Edad Media llamaban Comuna. Una vez hecho eso, será necesario pensar en las formas de hacer que el poder central, sea cual fuere, reconozca y garantice este estatuto de autonomía municipal. [...]

La Comuna de París no deberá responder ante una usurpación de poder con otra usurpación por su parte. Federada con las comunas de Francia ya liberadas, deberá, tanto en su nombre como en el nombre de Lyon, de Marsella y pronto puede que de otras diez grandes ciudades, estudiar las cláusulas del contrato que habrá de vincularlas a la nación, plantear el ultimátum del tratado que pretenden firmar.

¿Cómo será ese ultimátum? Para empezar, [...] deberá recoger la garantía de la autonomía, de la soberanía municipal reconquistada.

En segundo lugar, habrá de garantizar la libertad de actuación en la relación de la Comuna con los representantes de la unidad nacional.

Por último, deberá imponer a la Asamblea [...] la promulgación de una ley electoral con la que la representación de las ciudades deje de quedar absorbida y ahogada por la representación del campo [...].

SÉPTIMA PARTE

**VIDA Y MUERTE DE LA COMUNA.
CONCLUSIONES**

1

EL CALENDARIO DE LA COMUNA

Sobre la breve historia y el dramático fin de la Comuna de París, nos limitaremos a presentar una cronología breve y bastante escueta.

28 de marzo de 1871.— Proclamación de la Comuna en la plaza del Hôtel de Ville.

29 de marzo.— Primera sesión de la Comuna de París presidida por Beslay, la persona de más edad. Se toman varias decisiones: el secreto de las sesiones (cuestión que generará protestas, porque debilitará y tal vez incluso quebrará el vínculo de la Asamblea con el pueblo, con los batallones de la Guardia, con los barrios y las asambleas de barrio y con los clubs); elección de despachos cada semana (primeras elecciones: Lefrançais, presidente; Rigault y Ferré, secretarios; Bergeret y Duval, asesores; así, los cargos dirigentes se reparten entre blanquistas y proudhonianos); decreto según el cual la Comuna toma las riendas de los servicios públicos.

En esta misma sesión, Assi, en nombre del Comité Central, inviste a la Comuna de los poderes que hasta entonces tenía el Comité (que no desaparece; permanece organizado y quiere conservar la dirección de la Guardia Nacional, es decir, del pueblo armado sin el que la Comuna no es nada). La Asamblea elegida asume oficialmente el título de «Comuna de París» a propuesta de Eudes.

Nombra diez comisiones, entre las que destaca la Comisión ejecutiva; además, hay una Comisión de finanzas, una

Comisión militar, una Comisión de justicia, una Comisión de seguridad general, una Comisión de subsistencias, una Comisión de trabajo, industria y comercio, una Comisión de relaciones exteriores, una Comisión de servicios públicos y, por último, una Comisión de enseñanza.

Se produce un duro altercado entre Tirard, que abandona la sala y presenta la dimisión a los pocos días, y varios miembros de la Comuna: Grousset, Jourde y Rigault.

Se colocan carteles con la siguiente proclama:

Hoy los criminales a los que ni siquiera habéis querido perseguir abusan de vuestra magnanimidad para organizar ante las mismas puertas de la ciudad un foco de conspiración monárquica. Llamamos a la guerra civil; ponemos en marcha todo tipo de corruptelas; aceptamos cualquier complicidad; hemos osado incluso mendigar el apoyo del extranjero. Nos encomendamos al buen juicio de Francia y del mundo para que juzguen esas intrigas execrables.

30 de marzo.— Decretos sobre los alquileres y sobre la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad (firmados el 29 de marzo y anunciados el 30 de marzo):

La Comuna de París [...] decreta: Art. 1: Se hará una exoneración general a los inquilinos de los pagos del alquiler de octubre de 1870 y enero y abril de 1871. – Art. 2: Todas las sumas que los inquilinos hayan pagado en esos nueve meses serán deducibles de los futuros pagos del alquiler. [...]

La Comuna de París decreta: artículo único: se suspende la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad.

Beslay (muy conciliador, muy respetuoso con la fortuna del país) se instala en el Banco de Francia como comisario delegado.

Las tropas de Versalles intentan una misión de reconocimiento. En el puente de Neuilly, el general De Galliffet carga con el arma por delante, pero sus hombres no lo siguen. Los federados lo rodean... y lo dejan en libertad.

31 de marzo.— Primeras disputas entre el Comité Central y la Comuna. Decidido a afianzar su autoridad, el Comité Central encomienda a Cluseret la reorganización de la Guardia Nacional.

Los delegados de la Comuna toman posesión de los cargos administrativos (se confirma a Theisz en Correos y Telégrafos, etc.).

Los representantes elegidos de la línea moderada siguen a Tirard y se alejan de la Comuna.

Primera reunión de la Comisión de trabajo, industria y comercio. Frankel expone sus proyectos. Quiere estudiar la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías (cuestión que se decidirá el 27 de abril); también quiere que la gestión de los talleres abandonados por sus patrones pase a manos de los obreros agrupados en asociaciones libres (futuro decreto del 16 de abril).

1 de abril.— Primeras escaramuzas. Las tropas de Versalles tantean a los federados desde Courbevoie y el puente de Neuilly.

La Comuna celebra una sesión agitada. Assi, respaldado por el Comité Central, afirma que la Comuna solo tiene competencia en lo relativo a las cuestiones municipales. Por intervención de los blanquistas y los jacobinos, detienen a Assi. La Comuna nombra a Eudes delegado de guerra, cosa que agrava el conflicto latente con el Comité Central.

Reunión general de la francmasonería.

2 de abril.— Las tropas de Versalles toman la iniciativa de las operaciones. Se hacen con Courbevoie, posición que amenaza sus líneas de comunicación.

En París se toca llamada. A las 15:00, una multitud de 50 000 hombres (Montmartre, Belleville) grita: «¡A Versalles!».

Rossel, que trata de imponer disciplina en los batallones del distrito XVII, es detenido y enviado al calabozo (por orden de Bergeret y del Comité Central), y después liberado (por orden de Rigault y de la Comuna).

Los dos poderes parisinos alcanzan un acuerdo: Cluseret será el adjunto de Eudes, delegado de guerra; Bergeret, Eudes y Duval seguirán compartiendo la comandancia general de la Guardia.

Se aprueba un decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado (redactado el 2 de abril y anunciado el 3 de abril). «La Comuna de París, considerando que la libertad de conciencia es la primera de las libertades, [...] decreta: Art. 1: La Iglesia está se-

parada del Estado. Art. 2: Se suprime el presupuesto de los cultos. Art. 3: Los llamados bienes de manos muertas que pertenecen a congregaciones religiosas, sean bienes muebles o inmuebles, se declaran propiedades nacionales».

Se aprueba un decreto en el que se fija un máximo (6000 francos) para los sueldos de funcionarios en las administraciones y los servicios públicos.

Se hace un llamamiento a la población: «Los conspiradores monárquicos han pasado al ataque. Pese a nuestra actitud moderada, han pasado al ataque. [...] Como representantes elegidos por la población de París, nuestro deber es defender la gran ciudad contra estos agresores reprobables. Con vuestra ayuda, la defenderemos. La Comisión ejecutiva».

Hacia el final de la tarde, se envía un comunicado de la Plaza de París a la Comisión ejecutiva: «Espíritu de nuestras tropas excelente. Soldados de línea declaran que, salvo oficiales superiores, nadie quiere luchar».

Bergeret declara ante la Asamblea de la Comuna que los cañones de Mont-Valérien no dispararán sobre los federados y Cluseret afirma que la fraternización acabará con toda resistencia de las tropas de Versalles.

Bergeret, Eudes y Duval preparan un plan de ofensiva sobre Versalles y Cluseret lo adopta. Tres columnas: una maniobra de distracción por Rueil, un ataque masivo por Meudon y otro por la meseta de Châtillon; así, el enemigo quedaría aislado y rodeado por la unión de las dos últimas columnas, después de que la primera hubiese atraído a una parte de sus fuerzas hacia Rueil.

3 de abril.— Implementación del dispositivo de ataque desde medianoche.

(Al contrario de lo que se suele decir, el plan operativo, el llamado plan Bergeret, no estaba mal, al menos sobre el papel. Los generales de la Comuna se equivocaron, en primer lugar, al no organizar ni el apoyo de la artillería ni el avituallamiento. Además, dejaron creer a sus hombres que iba a tratarse de un paseo militar y que sería un encuentro de confraternización, no de fusiles y cañones. Por último, parece que de verdad creyeron que Mont-Valérien, plaza conservada por un amigo del exgeneral Lullier, permanecería en silencio...).

En la columna de Bergeret, en marcha por Puteaux hacia Buzenval, reina el pánico cuando la cubren de obuses y de metralla desde Mont-Valérien. Gritan «¡Traición! ¡Traición!».

Flourens, sin embargo, avanza hasta Rueil, y Ranvier, hasta Meudon; Duval comete el error de no atravesar los bosques y marcha directamente sobre Villacoublay, donde se encuentra con dos puestos fortificados. Con poca munición y sin artillería. Hacia las 10:00, las tropas de Versalles contraatacan (brigada de Derroja, división de Pellé).

Los federados huyen en desbandada. Muertes dramáticas de Flourens (asesinado por un gendarme) y de Duval (fusilado por orden de Vinoy).

En París, que hasta la noche confiaba en la victoria de los federados, el Comité Central trata de pasar por encima de la autoridad de la Comuna. Publica un manifiesto de corte claramente socialista:

Trabajadores, no os equivoquéis. Esta es la gran lucha. La batalla se libra entre el parasitismo y el trabajo, la explotación y la producción. Si estáis hartos de estar estancados en la ignorancia y de pudrir os en la miseria, si queréis que vuestros hijos sean hombres, y no una especie de animales amaestrados para el taller y el combate, si no queréis que vuestras hijas, a quienes no podéis criar y cuidar a vuestro antojo, sean instrumentos de placer en brazos de la aristocracia con dinero, si deseáis, en definitiva, el reino de la justicia, ¡trabajadores, poneos en pie!

El Comité Central mantiene a su hombre en reserva: Cluseret, un curioso personaje, antiguo general del ejército estadounidense y crítico de arte.

4 de abril.— En Versalles, la muchedumbre burguesa maltrata a los prisioneros del día anterior.

La batalla continúa. Las fortificaciones de Vanves y de Issy hacen recular a las tropas de los generales Derroja y La Mariouse.

En París, los «conciliadores» retoman su actividad y organizan la Liga de Unión Republicana de los Derechos de París. Hacen constar las responsabilidades de la Asamblea y de Thiers. En todas partes (en París y en provincias) se firman peticiones y manifiestos a favor de una república democrática y laica. Se exige el fin de la guerra civil.

Cluseret se convierte en general en jefe. Quiere reorganizar la Guardia y sobre todo el mando. Crea compañías de marcha. Nombra como asistentes a oficiales excelentes: Dombrowski, Wroblewski y La Cécilia. Moviliza a los ciudadanos no casados de entre 17 y 35 años (error grave, porque esta medida deja al margen a los antiguos revolucionarios convencidos). Quiere acantonarse a la defensiva hasta que las tropas de la Comuna se reorganicen por completo.

5 de abril.— Supresión de los periódicos hostiles a la Comuna.

Redacción de un decreto sobre los rehenes: «La Comuna de París decreta: Art. 1: Cualquier persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles será acusada y encarcelada de inmediato. [...] Art. 4: Todos los acusados retenidos por el veredicto del tribunal de acusación serán rehenes del pueblo de París. Art. 5: Toda ejecución de un prisionero de guerra o de un partidario del gobierno ordinario de la Comuna de París se seguirá inmediatamente de la ejecución del triple de rehenes». Este decreto no se aplicará.

He aquí otro anuncio del Comité Central: «La guerra civil es su última oportunidad de salvación; ellos son quienes la desencadenan; ojalá sean objeto de mil maldiciones y mueran. Ciudadanos de París, ¡henos aquí de vuelta a los grandes días del heroísmo sublime y de la virtud suprema! [...]».

Courbet, elegido presidente de la Federación de Artistas de París por 400 artistas que se habían reunido en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina, se dirige a ellos: «Hago un llamamiento a los artistas. [...] París los ha alimentado como una madre y les ha brindado su genialidad. [...] París, la gran ciudad, acaba de sacudirse el polvo del feudalismo. El hombre se gobernará a sí mismo, se comprenderá la Federación y París alcanzará la mayor gloria de la que jamás haya sido testigo la historia. [...]». Tiene la intención de reabrir los museos y preparar una exposición artística internacional.

El subcomité del II se hace con la guillotina y la quema en la plaza del ayuntamiento «para purificar el distrito y consagrar la nueva libertad».

6 de abril.— Gran cortejo fúnebre por los muertos de la Comuna: hay 36 féretros y cientos de miles de asistentes; Delescluze pronuncia un breve discurso.

Bombardeo de Neuilly y de la puerta Maillot.

7 de abril.— Dombrowski sustituye a Bergeret, se hace con el mando, recorre las líneas, agrupa a los fugitivos y los lleva de vuelta al combate. En pocas horas se vuelve muy popular por su valentía y sus capacidades militares.

8 de abril.— Las tropas de Versalles sitian Neuilly y la toman casa por casa, pese a la presencia de las baterías federadas en la puerta Maillot.

La francmasonería trata de detener la guerra civil. Pero Thiers (apoyado por la «izquierda» y la Asamblea de Versalles) no quiere llegar a ningún acuerdo: ni armisticio ni amnistía; se limita a promesas vagas y buenas palabras sobre la República y sobre la ley municipal.

9 de abril.— Domingo de Pascua. Dombrowski, a pesar del plan defensivo de Cluseret, intenta una operación ofensiva. Los federados, bien dirigidos, luchan admirablemente.

La Comuna ha decretado la eliminación de los subcomités de distrito porque intervienen irreflexivamente. El Comité Central paraliza la ejecución de dicha orden.

Varias iglesias se cierran al culto (orden de Rigault) y las ocupan los clubs revolucionarios.

Los obreros de guarnicionería celebran una asamblea general.

10 de abril.— Las mujeres de París se organizan a instancias de Louise Michel y de Élisabeth Dmitrieff. Se crean comités locales. Se colocan carteles con un llamamiento a la lucha (con fecha de 8 de abril): «Ciudadanos, el desafío está sobre la mesa: hay que vencer o morir».

Publicación del manifiesto redactado por André Léo y Benoît Malon, salido de la Imprenta Nacional:

Comuna de París.

A los trabajadores del campo.

Hermano, te están engañando. Tenemos los mismos intereses. Tú también quieres lo que yo estoy pidiendo; la liberación que yo exijo es la tuya. [...]

Hace casi un siglo, campesino, jornalero pobre, que te repiten que la propiedad es el fruto sagrado del trabajo, y tú lo crees. Pero si abres los ojos y miras a tu alrededor, verás que es mentira. [...] Si fuera cierto que la propiedad es el fruto del trabajo, tú serías propietario, tú, que tanto has trabajado. [...]

No, hermano, la propiedad no viene con el trabajo. Se transmite por azar o se gana con artimañas. Los ricos son personas ociosas; los trabajadores son pobres. [...] Esa es la regla; lo demás es la excepción.

Eso no es justo. Y por eso París [...] se revuelve, reclama, se subleva y quiere cambiar las leyes que dan todo el poder a los ricos por encima de los trabajadores. [...]

Lo que París desea, a fin de cuentas, es la tierra para el campesino, la herramienta para el obrero y el trabajo para todos. [...]

Sí, los frutos de la tierra para quienes la cultivan. A cada uno lo suyo; el trabajo, para todos. [...] Así pues, habitantes del campo, [...] la causa de París es la vuestra, y París trabaja para vosotros, además de para el obrero. [...] Ayudadle a triunfar [...].

[El documento lo firman: los trabajadores de París].

Thiers y Jules Simon vuelven a responder a una delegación que la conciliación es imposible.

La Comuna decide pagar una pensión a las viudas y a los hijos de los soldados-ciudadanos muertos por París.

11 de abril.— En sesión pública, se crea la Unión de Mujeres y se aprueban sus estatutos. La Unión pretende movilizar a las mujeres de París para defender la Comuna, cuidar a los heridos, abastecer a los combatientes, etc.

La Comuna levanta el secreto de sus deliberaciones, que se publicarán en el *Diario oficial*.

12 de abril.— El bombardeo de París se extiende a los Campos Elíseos y a Les Ternes. La batalla se recrudece en Asnières.

El Consejo Federal de las secciones parisinas de la Internacional expulsa a Tolain por haber traicionado la causa de la clase obrera al unirse a los hombres de Versalles.

Un decreto sobre los vencimientos suspende todas las actuaciones judiciales.

La Comuna decide, a propuesta de Félix Pyat, derribar la columna de Vendôme (el decreto se publicará al día siguiente).

Fuera de París, el movimiento a favor de la conciliación y la pacificación se extiende; todas las logias de la francmasonería intervienen en contra de Thiers.

13 de abril.— Moción del Comité de Vaugirard a la Comuna: «Considerando que la igualdad no es una palabra vacía para la Comuna, [...] declaramos dar a nuestros delegados las siguientes instrucciones: acabar con la explotación del hombre por el hombre; organizar el trabajo en asociaciones solidarias de capital colectivo e inalienable».

Constitución de la Federación de Artistas de París, lectura de un manifiesto ante los artistas reunidos en la Facultad de Medicina. Los artistas asociados gestionarán sus propios intereses. Habrá un *gobierno de las artes a cargo de los artistas*; su misión será conservar los tesoros del pasado, sacar a la luz y poner en marcha cuestiones del presente y preparar el futuro mediante la enseñanza.

14 de abril.— La Comuna recibe a los delegados de la Liga por los Derechos de París y constata el fracaso de los intentos de conciliación. Se produce una impresionante disminución del número de votantes.

15 de abril.— Acuñación de las primeras monedas en la Casa de la Moneda, bajo la dirección de Camélinat.

16 de abril.— Elecciones complementarias para sustituir a los representantes elegidos que han presentado la dimisión. Decreto sobre la reactivación a cargo de las sociedades obreras de los talleres *abandonados por quienes los dirigían*. Las cámaras sindicales harán un inventario exacto de esos talleres, establecerán las condiciones para su pronta puesta en marcha por parte de una asociación de trabajadores que estuviesen empleados en ellos, elaborarán un proyecto de constitución de esas asociaciones obreras y constituirán un tribunal que decidirá sobre la

indemnización que deberá pagarse a los patrones en caso de que vuelvan.

Manifestaciones en provincias contra la salida de trenes con municiones y tropas en dirección a Versalles.

Creación en París, bajo la presidencia de Rossel, jefe del Estado Mayor, de un tribunal militar para juzgar los casos de indisciplina, desertión y traición.

17 de abril.— Primeras medidas contra los desertores, los rebeldes y los agentes de Versalles en París.

Las tropas de Versalles toman el castillo de Bécon.

18 de abril.— Decreto sobre los vencimientos. El reembolso se realizará a partir del 15 de julio de 1871, en un plazo de tres años y sin intereses.

Las tropas de Versalles se hacen con el puesto de guardia de Asnières.

19 de abril.— Declaración al pueblo francés redactada por el periodista proudhoniano Denis y por el antiguo jacobino Delescluze. La Comuna la acepta sin un debate en profundidad:

En el conflicto doloroso y terrible que vuelve a imponer a París los horrores del asedio y del bombardeo [...].

París y todo el país han de saber cuáles son la naturaleza, el motivo y el objetivo de la revolución que se está viviendo. [...]

La Comuna tiene el deber de afirmar y definir las aspiraciones y los anhelos de la población de París. [...]

De nuevo, París trabaja y sufre por toda Francia; con sus combates y sus sacrificios, prepara la regeneración intelectual, moral, administrativa y económica, la gloria y la prosperidad, de todo el país.

¿Qué pide?

El reconocimiento y la consolidación de la República. [...]

Que la autonomía absoluta de la Comuna se extienda a todas las localidades de Francia, de manera que se garantice a todas ellas la integridad de sus derechos y a todo ciudadano francés el pleno ejercicio de sus facultades y de sus aptitudes como hombre, como ciudadano y como trabajador.

El único límite de la autonomía de la Comuna será el derecho de autonomía igual para todas las demás comunas que se sumen a este contrato, cuya asociación ha de asegurar la unidad de Francia.

Los derechos inherentes a la Comuna son: [sigue la enunciación de los derechos]. [...]

París no desea nada más a título de garantías locales, con la condición, por supuesto, de que en la gran administración central, delegación de las comunas federadas, se materialicen y practiquen los mismos principios.

Pero, gracias a su autonomía, [...] París se reserva el derecho de llevar a cabo como considere, en su territorio, las reformas administrativas y económicas que la población exija. [...]

Nuestros enemigos se engañan o bien engañan al país cuando acusan a París de querer imponer su voluntad o su supremacía al resto de la nación y de aspirar a una dictadura que sería un auténtico atentado contra la independencia y la soberanía de las demás comunas, [...] cuando acusan a París de buscar la destrucción de la unidad de Francia. [...]

La unidad, tal y como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, la monarquía y el parlamentarismo, no es otra cosa que la centralización despótica, carente de inteligencia, arbitraria u onerosa. La unidad política que desea París es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales, la cooperación espontánea y libre de todas las energías individuales con un objetivo común: el bienestar, la libertad y la seguridad de todos.

La revolución comunal, comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era de política experimental, positiva, científica.

20 de abril.— Los profesores de la Facultad de Medicina dejan sus cargos el día anterior y la Comisión de enseñanza nombra delegados con la tarea de reorganizar la formación médica.

Dombrowski, con 4000 hombres, 40 cañones, unos pocos vagones blindados y los cañoneros del Sena, contiene el asalto de un cuerpo del ejército.

La Comuna renueva su Comisión ejecutiva. «Estamos dormitando, no tenemos organización», declara Vermorel en una reunión.

21 de abril.— La Comuna designa nuevas comisiones que controlarán los servicios. De hecho, opta por nombrar un gobierno revolucionario cuyos ministros serán los delegados de las nueve comisiones y tendrán el poder ejecutivo. Se los liberará de las demás tareas (administración de los barrios).

La Asamblea de la Comuna se pierde en debates sobre cuestiones importantes pero secundarias: los vencimientos (cuatro días de debate antes del decreto del 18 de abril) y la validación de los representantes elegidos el 16 de abril.

Primeros desacuerdos públicos. Se confirma la existencia de una mayoría y una minoría. Estallan violentas polémicas entre Pyat y Vermorel.

22 de abril.— El tribunal militar absuelve (en contra del criterio de Rossel) a un coronel encontrado en estado de embriaguez, condena a penas relativamente leves a guardias acusados de indisciplina y establece la disolución de un batallón, el 105.º. La Comuna declara nulo el fallo del tribunal.

Creación de carnicerías municipales.

Los hombres a las órdenes de Dombrowski, varios miles, tienen hambre en sus puestos de combate y en las fortificaciones. No se produce la reorganización militar anunciada por Cluseret, encomendada en algunos casos a los ayuntamientos de distrito, en otros a los jefes de las legiones y de los batallones, y otras veces al Comité Central y a los comités locales bajo su protección. El desorden se agrava (se utilizan 200 cañones de 1200, no hay munición ni víveres para los combatientes, etc.).

23 de abril.— Thiers se niega a canjear al arzobispo Darboy por Blanqui y despide con frialdad a las distintas delegaciones (Lyon, Le Havre) que acuden a pedirle el fin de la guerra civil.

La Comuna, inquieta, acusa a Cluseret, que quiere abandonar la sala, pero lo retienen. Ante la Comuna, Frankel establece como principio que: «No estamos aquí solamente para ocuparnos de las cuestiones del ayuntamiento, sino para hacer reformas sociales».

24 de abril.— Los francmasones, junto con la Liga por los Derechos de París, han logrado una tregua para el 25 de abril, de 9:00 a 17:00, que permita evacuar Neuilly. Vuelven a creer en la posibilidad de la conciliación. El movimiento a favor de la paz civil se extiende por todas partes en París y por las clases medias de provincias.

25 de abril.— Tregua limitada a la zona de Neuilly. Las tropas federadas y las de Versalles están frente a frente, a 20 pasos de distancia. Los parisinos van a las ruinas de Neuilly y de entre ellas recogen brazados de lilas.

Durante la tregua, Thiers ordena instalar nuevas baterías (casi 300 piezas de marina) que se ponen al descubierto a las 17:00 e inician un terrible bombardeo cuyo principal objetivo es el fuerte de Issy.

Versalles decide detener los convoyes de víveres y matar de hambre a París.

En la reunión de la Comuna vuelve a surgir el tema de los subcomités de barrio (instrumentos del Comité Central).

La Comuna pone un local a disposición de las delegaciones obreras en el Ministerio de Obras Públicas.

26 de abril.— Batallas en plena calle en Issy-les-Moulineaux, en Billancourt. Las tropas de Versalles se aproximan a la fortificación de Issy, bastión de los federados.

Rossel, descontento porque sus esfuerzos para restablecer la disciplina han fracasado, dimite del tribunal militar.

27 de abril.— Decreto del Ministerio de Obras Públicas (Comuna de París) en el que se prohíbe el trabajo nocturno en las panaderías (publicación oficial de un decreto aprobado el 20 de abril).

Decreto de la Comisión ejecutiva (Comuna de París) por el que se termina con el sistema de multas y retenciones en los salarios.

Reunión general de la francmasonería en Châtelet. Deciden apoyar a la Comuna y van a manifestarse al patio del Hôtel de Ville.

28 de abril.— Las discusiones se multiplican. Rossel quiere salvar París con una dictadura militar y organiza, con el apoyo del Comité Central, un auténtico complot para liberar a la Comuna de los «polemistas» y los «disertadores» que le suponen un estorbo, y quedarse solamente con los hombres de acción.

Cada vez hay más síntomas dignos de preocupación. Un batallón, el 8.º, se ha negado a combatir.

Carta de Victor Hugo a *Rappel*: «Es incuestionable el derecho de París a declararse Comuna». Pero, indignado por el decreto (no aplicado) sobre los rehenes, Victor Hugo añade: «La Comuna es algo bueno mal hecho».

Miot propone a la Comuna que se cree un Comité de Salvación Pública. Consigue que la propuesta se debata en sesión secreta. Actúa de acuerdo con los «conspiradores» del Comité Central. El Comité de Salvación Pública (reminiscencia de 1793) ejercerá la dictadura.

La Comisión de reorganización de la enseñanza se pone a trabajar. Prepara un proyecto de educación laica y popular, profesional y al mismo tiempo integral. La alcaldía del distrito III estipula que el material escolar será gratis.

Se redacta y se coloca en carteles otra proclama «A la gente del campo» para aclarar a los campesinos la naturaleza de la revolución del 18 de marzo.

29 de abril.— Mucha actividad en las logias masónicas (nuevo intento de conciliación, preparación de una gran manifestación en las murallas perimetrales).

Combates violentos alrededor de la fortificación de Issy.

Rossel expone su plan ante la Comisión ejecutiva (restablecer la disciplina y organizar en los cuarteles un cuerpo de élite capaz de retomar la ofensiva).

La fortificación de Issy se evacua, dejando a algunos soldados federados para que las tropas de Versalles tengan la impresión de que el puesto sigue defendido.

30 de abril.— Rossel recibe, por decreto de la Comisión ejecutiva (publicado al día siguiente en el *Diario oficial*), las funciones de delegado de guerra provisional. Cluseret es destituido.

La Comuna debate la propuesta de que se cree un Comité de Salvación Pública. Los jacobinos la apoyan. La Comuna se escinde en dos facciones iguales: 26 votos a favor, 26 en contra. Se celebran unas agitadas elecciones municipales en el resto de Francia (victoria de los republicanos).

Vuelve a ocuparse la fortificación de Issy bajo el mando de Cluseret. A la vuelta de esa operación exitosa, se entera de que lo han destituido y de que está arrestado.

Rossel toma el mando; exige la cooperación absoluta de la Comuna. Nombra a Eudes comandante de la fortificación de Issy y da un vigoroso impulso a la construcción de barricadas en París.

Desde Versalles conminan a la fortificación de Issy a rendirse.

Lunes 1 de mayo.— Eudes y Rossel rechazan la conminación. Rossel responde al coronel Leperche: «Estimado camarada, la próxima vez que se permita enviarnos una conminación tan insolente como su carta autógrafa de ayer, ordenaré que fusilen a su parlamentario, según las costumbres de la guerra».

En la reunión de la Comuna se retoma la cuestión del Comité de Salvación Pública. Escisión definitiva entre la mayoría que aprueba el proyecto y la minoría que rechaza ese *amuleto*, esos *atavíos inútiles y ridículos*. 46 votos a favor y 23 en contra. Por lo tanto, el siguiente decreto se aprueba y se publica en el *Diario oficial* del 2 de mayo:

La Comuna de París

Decreta:

Art. 1. – Se organizará de inmediato un Comité de Salvación Pública.

Art. 2. – Lo integrarán cinco miembros, nombrados por la Comuna mediante votación uninominal.

Art. 3. – A este Comité se le conceden los poderes más amplios sobre todas las delegaciones y comisiones y solo rendirá cuentas a la Comuna.

Se eligió como miembros del Comité de Salvación Pública a: Antoine Arnaud, Léo Meillet, Ranvier, Félix Pyat y Charles Gérardin.

Los distritos XVII y XVIII empiezan a ser bombardeados.

2 de mayo.— Duros combates alrededor de la estación de Clamart.

Rossel, atacado por el Comité Central y por los delegados de los batallones, tiene que defenderse ante la Comuna. Tras amargas discusiones, conserva la dirección de las operaciones militares y le deja al Comité Central la administración del Ministerio de Guerra.

Abolición del juramento profesional y del juramento político.

3 de mayo.— Conflictos cada vez más graves entre Rossel, el Comité de Salvación Pública y el Comité Central de la Guardia.

Aprovechando el desorden y la traición (les habían comunicado el santo y seña), las tropas de Versalles penetran en el

reducto de Moulin-Sacquet a las 23:00 y se retiran, llevándose consigo prisioneros y cañones.

4 de mayo.— Las cuestiones personales y las rivalidades entre facciones emponzoñan las sesiones de la Comuna.

En la fortificación de Issy, desmantelada por la artillería pesada de Versalles, empiezan a escasear los víveres y los obuses.

Se confirma en un decreto la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías (decisión que no acatan los jefes panaderos). Otro decreto prohíbe la acumulación de puestos y salarios (de los empleados públicos).

5 de mayo.— La fortificación de Issy agoniza.

Supresión de varios periódicos (entre ellos *Le Temps*).

Los francmasones, que prosiguen tenazmente con sus actuaciones y que consideran —con razón— que las elecciones en provincias han sido una victoria de la República y del partido de la conciliación (contra el que Thiers quiere pasar a la acción), redactan un llamamiento a sus hermanos de Francia y del mundo entero:

Hermanos, en la infeliz época que atravesamos, cuando los déspotas han desatado la catástrofe de la guerra para destruir sobre todo a la noble nación francesa, cuando [...] París [...] es objeto de ataques espantosos y fratricidas.

Los francmasones y sus compañeros salen, unos y otros, de sus misteriosos santuarios con la rama de olivo, símbolo de la paz, en la mano izquierda y la espada de la reivindicación en la mano derecha. [...]

¡En pie, hermanos! Que los traidores y los hipócritas sean castigados [...]

Los primeros golpes vinieron de Versalles... [...]

Los francmasones y los compañeros de París, federados a día 2 de mayo, se dirigen a todos aquellos que los conozcan.

Hermanos de la masonería y hermanos compañeros, la única resolución que vamos a adoptar es la de combatir y cubrir con nuestra égida sagrada el bando del derecho.

¡Armémonos para la defensa!

¡Salvemos París!

¡Salvemos Francia!

¡Salvemos a la Humanidad!

Actuad de común acuerdo, todas las ciudades juntas, arrojándoos delante de los soldados que luchan, muy a su pesar, por la causa equivocada,

causa que solo representa intereses egoístas, y conducidlos al servicio de la causa de la justicia y del derecho. [...]

¡Viva la República!

Vivan las comunas de Francia federadas con la Comuna de París.

6 de mayo.— Las mujeres agrupadas en el Comité Central de la Unión de Mujeres para la Defensa de París publican su manifiesto:

No, lo que exigen los trabajadores de París no es la paz, sino la guerra a ultranza. Hoy la conciliación sería una traición. Supondría renegar de todas las aspiraciones obreras [...]. La única salida de la lucha actual es el triunfo de la causa popular. [...] ¡Acción, energía! El árbol de la libertad crece regado por la sangre de sus enemigos. [...]

¡Viva la República social y universal!

¡Viva el trabajo!

¡Viva la Comuna!

En la sesión de la Comuna, Lefrançais presenta un largo y minucioso informe sobre el Monte de Piedad.

7 de mayo.— Rossel y Dombrowski preparan un plan de contraofensiva desde la fortificación de Issy, que aún se mantiene, aunque en terribles condiciones.

Se constituye una federación de clubs, que quiere intervenir y tener influencia en un sentido claramente proletario y socialista.

Hay tantas ausencias en la sesión de la Comuna que la reunión se suspende. La Comuna prácticamente ha dejado de existir. El Comité de Salvación Pública la ha suplantado.

Se publica el decreto preparado por Lefrançais sobre los desembolsos en el Monte de Piedad.

8 de mayo.— El plan de Rossel y Dombrowski no puede ejecutarse. Los generales no han conseguido reunir a los 12 000 hombres que consideran necesarios.

Se evacua la fortificación de Issy.

9 de mayo.— Intensa efervescencia tanto en la ciudad como en la Comuna. Rossel ordena que se coloquen 10 000 carteles con la siguiente información: «La bandera tricolor ondea sobre la fortificación de Issy, abandonada por la guarnición».

La Comuna encarga a Vésinier que lo desmienta y se coloca este cartel: «Es falso que la bandera tricolor ondee sobre la fortificación de Issy. Las tropas de Versalles no la han ocupado ni la ocuparán».

Discurso de Delescluze ante la Comuna, que decide reunirse en sesión secreta y renovar el Comité de Salvación Pública, incapaz de llevar sus misiones a buen término. Todos los miembros nuevos pertenecen a la facción mayoritaria.

Rossel redacta una carta de dimisión:

Ciudadanos, miembros de la Comuna: habiendo recibido de manera provisional el cargo de delegado de guerra, no me siento capaz de seguir asumiendo la responsabilidad de mando donde todo el mundo cuestiona y nadie obedece. Tengo dos opciones: acabar con el obstáculo que me pone trabas o retirarme. No voy a acabar con el obstáculo, porque el obstáculo son ustedes y su debilidad; no quiero atentar contra la soberanía pública. Me retiro y tengo el honor de pedirles una celda en la prisión de Mazas. – Rossel.

La Comuna culpa de todo a Rossel. Mientras el Comité Central contempla confiarle la dictadura militar, la Comuna quiere arrestarlo. Rossel se defiende ante la Comisión de guerra: «La Comuna no ha sabido ni servirse del Comité Central ni acabar con él. Contamos con recursos suficientes y estoy dispuesto a asumir las responsabilidades, pero con la condición de tener el apoyo de un poder fuerte, homogéneo». Convence a Delescluze.

10 de mayo.— Rossel no espera a la sesión de la Comuna en la que se nombra a Delescluze delegado de guerra (con 42 votos a favor y 26 en contra) y se da a la fuga. A instancias de Pyat, que odia personalmente a Rossel, se acusa a este último en un cartel de haber entregado la fortificación de Issy. «La traición se había colado en nuestras filas. El abandono del fuerte de Issy, anunciado en un cartel por el miserable que lo había entregado, no era más que el primer acto del drama...».

11 de mayo.— Delescluze se instala en la delegación de guerra. Sin ilusiones.

El Comité de Salvación Pública decide destruir la casa de Thiers, en la plaza Saint-Georges (la Comuna ratifica la decisión al día siguiente).

Proclama del Comité Central. Salvará la revolución del 18 de marzo, acabará con las resistencias.

Las tropas de Versalles avanzan hacia Point-du-Jour, donde ya se ha abierto brecha en las murallas.

Prohibición de diez periódicos (entre ellos, *L'Observateur*, *L'Univers* y *Le Moniteur universel*).

12 de mayo.— Informe de Frankel ante la Comuna. Señala que los salarios de los obreros de la industria textil, que trabajan para la administración comunal, han bajado. Propone que se fijen los precios de acuerdo con las asociaciones obreras y que tengan preferencia en la adjudicación de encargos. «Si no hacemos nada por la clase obrera, no sé cuál es la razón de ser de la Comuna...» (resolución con fecha del día siguiente, 13 de mayo).

13 de mayo.— Complots y conspiraciones en París contra la Comuna. Detenciones.

Las tropas de Versalles toman el fuerte de Vanves.

14 de mayo.— La Comuna crea una tarjeta de identidad o «tarjeta cívica». El decreto deberá aplicarlo el Comité de Salvación Pública.

15 de mayo.— Crisis grave. 22 miembros de la minoría acusan públicamente a la mayoría de haber «cedido su poder a una dictadura a la que ha llamado Comité de Salvación Pública». En efecto, en contra de sus propios fundamentos, la Comuna acaba de volver a separar los poderes (el ejecutivo del legislativo), actuando como un parlamento ordinario.

Los integrantes de la minoría (Beslay, Jourde, Theisz, Lefrançais, Gérardin, Vermorel, Clemence, Andrieux, Serrailier, Longuet, Arnould, Clément, Avrial, Ostyn, Frankel, Pindy, Arnold, Vallès, Tridon, Varlin, Courbet y Malon), es decir, los miembros de la Internacional y los proudhonianos con un comportamiento político moderado, deciden «retirarse a sus distritos».

Numerosas reuniones: de delegados de asociaciones sindicales, panaderos, federaciones de clubs, etc. Todos están decididos a luchar y a defender la Comuna con la condición de que siga adelante y mantenga la unidad.

Frankel, ante los 2000 panaderos congregados en el Circo Nacional, anuncia que va a poner en marcha un proceso a la burguesía.

La situación militar es cada vez más peligrosa. Entre Vaugirard y Neuilly, lo único que protege ya a los federados es la muralla y el bombardeo hace que sea imposible resguardar algunos puntos.

El delegado del Comité Central para relaciones exteriores Paschal Grousset, ordena colocar un cartel con un manifiesto «A las grandes ciudades» en el que se pide que ayuden a París. El manifiesto termina así:

París os está mirando. París espera que estrechéis el cerco en torno a los cobardes que lo bombardean y que les impidáis escapar al castigo que reserva para ellos. París cumplirá con su deber y lo hará hasta el final. ¡Pero no os olvidéis de él! ¡Lyon, Marsella, Lille, Toulouse, Nantes, Burdeos y las demás...! Si París sucumbiese por la libertad del mundo, la historia vengadora tendría derecho a decir que París fue degollado porque dejasteis que se cometiera ese asesinato.

16 de mayo.— Destrucción de la columna de Vendôme.

Delescluze prepara la batalla suprema en el perímetro de París. Sustituye las barricadas por las tropas de ingenieros de las que dispone.

Se forman equipos de «artificieros» que consiguen por sí mismos material incendiario: azufre, fósforo y petróleo.

17 de mayo.— Se suprime la discriminación entre hijos naturales e hijos legítimos (para los huérfanos de los guardias nacionales muertos en combate).

La puerta Maillot aguanta heroicamente después de haber recibido más de 8000 obuses versalleses. Ya hay cinco distritos de París bajo fuego enemigo.

El Comité de Salvación Pública decide que se va aplicar el decreto sobre los rehenes (como represalia a las masacres de prisioneros cometidas por los hombres de Versalles).

Los miembros de la minoría han vuelto al Consejo de la Comuna, pero se multiplican los altercados, las sospechas y las acusaciones de traición.

La mayoría parece ignorar que Rossel no ha abandonado toda esperanza, que está escondido esperando el momento

oportuno para tomar las riendas de la dictadura militar, que tiene aliados en el Comité Central y que el propio Delescluze se reúne con él.

Terrible explosión: salta por los aires la fábrica de cartuchos de la avenida Rapp.

18 de mayo.— Supresión de diez periódicos y revistas (entre ellos *La Commune*, *L'Écho de Paris* y *La Revue des Deux Mondes*). En su último número, *La Commune* publica una violenta crítica de la ineptitud.

19 de mayo.— Proyecto de laicización de la enseñanza (preparado por Édouard Vaillant).

Debate sobre los teatros en la Comuna.

20 de mayo.— El Consejo Federal de las secciones parisinas de la Internacional invita a los miembros de la Internacional con escaño en la Comuna a recuperar la unidad revolucionaria.

Se crea una comisión para organizar la enseñanza en las escuelas femeninas.

21 de mayo.— Decreto sobre los teatros. En contra del criterio de Pyat, Vaillant hizo que el 19 de mayo se aprobase que «si el Estado es la Comuna, tiene que intervenir en nombre de la justicia y de la libertad en los asuntos del arte».

La Comuna de París decreta: «Los teatros son competencia de la Delegación de educación. Se suprimen todas las subvenciones y los monopolios de los teatros. Se encarga a la Delegación que haga que desaparezca en los teatros el régimen de explotación a cargo de un director o una empresa y que lo sustituya el régimen de asociación».

Las tropas de Versalles entran en París por Point-du-Jour (su objetivo desde que empezó la guerra civil) sin encontrarse con ninguna resistencia y, tras algunos combates, ocupan el distrito XVI y parte del XV. Por la noche, los cuerpos dirigidos por los generales Douay, De Cisse, Ladmirault y Vinoy ya han entrado en París. Controlan Trocadero y el Arco del Triunfo.

Proclama de Delescluze: «¡Basta de militarismo! Basta de Estados Mayores con galones... Dejad paso al pueblo, a los com-

batientes con los brazos desnudos». (En un cartel de la mañana del día 22).

22 de mayo.— París se rehace y la resistencia se organiza, pero lo hace de tal manera que está condenada a la derrota: a partir de los barrios. La estructura social de cuyo surgimiento hemos dado testimonio se convierte, en medio de la catástrofe, en estructura militar. Aquello que no debía ni podía ser. Los miembros de la Comuna, cada uno en su distrito y en su barrio, acuden a luchar heroicamente y en vano.

Los invasores dudan, maniobran. Van a proceder con giros y desvíos, superando las barricadas por callejuelas, evitando los ataques frontales. De hecho, empiezan rodeando París a lo largo de las fortificaciones del norte y del este, pese a las cláusulas del armisticio que les prohibían el paso. Los prusianos hacen la vista gorda.

La noche del lunes 22 de mayo, hay 130 000 hombres de Versalles en París. Han ocupado el oeste de la ciudad, la plaza l'Étoile, el Elíseo y la Escuela Militar. Amenazan Montmartre por el norte (división de Montandon).

23 de mayo.— Resistencia esporádica, sin unidad de mando. Las tropas de Versalles se hacen con Montmartre, Batignolles, el distrito XVIII y el centro. Aún resisten el distrito XIX y el XX, la orilla izquierda y el Hôtel de Ville.

La noche del martes 23 de mayo al miércoles 24 arde París. Los primeros incendios, provocados por los cañones de Versalles, se han apagado, pero los bomberos de la Comuna no dan abasto. Algunos incendios los han causado soldados de Versalles con sus armas, y otros, provocadores y sospechosos. Los *communards* prenden fuego, por razones militares, a casas y calles enteras (por ejemplo, a la parte izquierda de la calle Royale, partiendo del Sena). Pero hay algo más: muchos quieren caer con las ruinas de París. Heracles enciende su pira funeraria con sus propias manos. Así, Pindy ordena que se prenda fuego al Hôtel de Ville, y Ferré, al Palacio de Justicia y a la prefectura de policía.

En una orden del Comité de Salvación Pública publicada el día 23 se anuncia que se quemará toda casa desde la que se dispare a los federados. Theisz se opone al incendio del edificio

de Correos y el batallón de los artistas de la Comuna, al de Notre-Dame.

24 de mayo.— La defensa, aún enérgica en algunos puntos, decae. Escasean los víveres y las municiones. Las tropas de Versalles recuperan el Banco de Francia, la Bolsa y el Louvre. Los federados se repliegan hacia el distrito XI (plaza Voltaire) y hacia las zonas altas (Buttes-Chaumont, Butte-aux-Cailles y Belleville), donde aún pueden defenderse.

25 de mayo.— Los hombres de Versalles (Vinoy) avanzan hacia la Bastilla y la plaza Château-d'Eau (plaza de la República). Esos bastiones caen por la noche.

Viernes 26 de mayo.— Los federados, reducidos ya a unos pocos hombres llevados por la valentía de la desesperación, defienden pequeños «islotes» que van cayendo uno tras otro: Bercy y el barrio Saint-Antoine, la Bastilla, La Villette...

Sábado 27 de mayo.— Belleville y Père-Lachaise aún resisten. Combates con bayoneta en el cementerio; sus defensores serán fusilados en masa en el Muro de los Federados.

Domingo 28 de mayo.— Se despejan los últimos atisbos de resistencia (calle Haxo en Belleville, en Ménilmontant). Hacia mediodía, se acabó.

El mariscal duque de Mac-Mahon ordena que se coloquen carteles con esta proclama:

República francesa:

Habitantes de París, el ejército de Francia ha venido a salvaros; París ha sido liberado. Nuestros soldados han despejado en cuatro horas las últimas posiciones ocupadas por los sublevados.

Hoy la lucha ha terminado. Resurgirán el orden, el trabajo y la seguridad.

En el cuartel general, a 28 de mayo de 1871,

El mariscal de Francia de Mac-Mahon, duque de Magenta, comandante en jefe.

Hubo alrededor de 30 000 fusilados, 100 000 detenciones (muchas de ellas fruto del azar de los encuentros casuales y las

denuncias), más de 36 000 personas «juzgadas» por 26 consejos de guerra y 13 440 condenas (270 a muerte —de las cuales se ejecutaron 26— y las demás a deportación, trabajos forzados y prisión).

2

IMPORTANCIA Y SIGNIFICADO DE LA COMUNA

Para condensar aquí las indicaciones repartidas por distintas partes de nuestro estudio de la Comuna, vamos a examinar en planos múltiples (y difícilmente separables) la importancia y el significado de la Comuna.

1.º La sublevación del 18 de marzo y los memorables días de la Comuna que vinieron tras ella fueron la apertura sin límites al futuro y a lo posible, sin reparar en obstáculos ni imposibilidades que pudiesen bloquear el camino. Hay una espontaneidad fundamental, de base (que no es lo mismo que «incondicional», porque está sujeta a condiciones históricas y sociales en la ciudad y en el proletariado), que criba los elementos que llevan siglos sedimentándose: el Estado, la burocracia, las instituciones, la cultura muerta. Una efervescencia volcánica levanta las escorias acumuladas. En ese movimiento generado por los elementos negativos y, por tanto, creadores de la sociedad existente —el proletariado—, la práctica social pretende ser libre y se libera, desprendiéndose de los pesos que la lastran. En un instante, se transforma en comunidad, en una comunión en el seno de la cual el trabajo, la alegría, el placer y la satisfacción de necesidades —empezando por las necesidades sociales y de sociabilidad— no volverán a separarse. Tras el «progreso» económico, el hombre va a liberarse de la propia economía. La política y la sociedad política van a desaparecer, disolviéndose en la sociedad civil. Dejará de existir la función política como función especializada. La cotidianidad se transforma en una fiesta perpetua. La lucha diaria por el pan y el trabajo dejará de tener sentido.

¿La Comuna? Fue una fiesta; la mayor fiesta del siglo y de la época moderna. Si se hace un análisis más frío, se descubre en la Comuna la impresión y la voluntad de los sublevados de convertirse en dueños de su propia vida y de su historia; no solo en lo relativo a las decisiones públicas, sino también en su vida cotidiana. Es así como interpretamos a Marx: «La principal medida social de la Comuna era su propia existencia en acto... París, todo verdad; Versalles, todo mentira».

Este acto revolucionario total, que se llevó a cabo históricamente, basta para demostrar que la tesis marxista del fin de la prehistoria humana, de la supresión de las alienaciones humanas, de la inauguración de una historia vivida de forma consciente y dominada por los hombres, no tiene que ver, como tantas veces se ha dicho, con la vida de ultratumba, con la visión apocalíptica y la construcción vana de utopías. Esta utopía, este supuesto mito, entró durante unos cuantos días en el terreno de los hechos y de la vida. En este sentido, la Comuna se confunde con la idea misma de revolución, entendida no como una cosa ideal abstracta, sino como la idea concreta de la libertad. Dicha idea contiene el sentido de la historia, o más bien de la prehistoria del hombre, en la medida en que conduce a su verdadera historia y a la historia de su verdad.

Así pues, la experiencia de la Comuna va mucho más allá de una recopilación de imágenes revolucionarias y de enseñanzas políticas. Podemos con mucho gusto adjudicarle la cualidad de transhistórica, o incluso poética, filosófica y «ontológica» (en un sentido renovado de estos términos). Las masas parisiñas, al aparecer, al invadir las calles, ampliaron el horizonte. Su desorden alberga un nuevo orden virtual. Los fundamentos de la sociología emergente salen a la superficie, se manifiestan. La Comuna anticipó, en acto, lo posible y lo imposible. Tanto es así que sus proyectos y decisiones inaplicables, que se quedaron en intenciones políticas, como el proyecto federativo, conservan un profundo sentido.

2.º La Comuna y las iniciativas del pueblo de París, incluidas las del Comité Central, contribuyeron a dar forma a la doctrina marxista sobre el Estado y la política. En medio de la confusión efervescente, Marx captó y escogió los elementos que

podían proyectarse hacia el futuro. Fue tomando forma el germen de una crítica radical del Estado y de la política, germen presente en la obra de Marx desde la crítica del Estado hegeliano. La misión histórica del proletariado no es solo ir en pos del desarrollo de las fuerzas productivas; también implica acercar la praxis a la verdad, realizar la verdad de la praxis social, poner fin al Estado y a la política. El nuevo tipo de Estado creado por la clase obrera en el poder no puede ni debe ser otra cosa que un Estado en extinción, abocado a extinguirse, en proceso de hacerlo y de seguir adelante, liberado de los lastres del ejército permanente, de la burocracia, de la policía, de la magistratura establecida...; en pocas palabras, liberado de todos los «aparatos» estatales y gubernamentales instalados en las sociedades de clases en el transcurso de la historia. Un Estado, por lo tanto, más democrático que cualquier otra forma de Estado...

La Comuna fue la conquista del poder político por parte de la clase obrera (Marx), pero cambió radicalmente la forma y el sentido del poder político, porque puso lo social y a la sociedad por encima de lo político; rebajó lo político y lo condujo hacia su final. La teoría marxista se basa en la experiencia francesa de la Comuna, en la ideología del socialismo francés, no en la ideología del socialismo de Estado en Alemania, proveniente de Lassalle.

«La lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado, con la lucha que tiene lugar en París, en una nueva fase. Cualesquiera que sean los resultados inmediatos, se ha conquistado un nuevo punto de partida de importancia universal», escribe Marx a Kugelmann el 17 de abril de 1871. No nos olvidemos de destacar el término *universal*, o *histórico mundial* utilizado por Marx, término que demuestra que contemplaba desarrollos teóricos, no un mero inventario de las iniciativas del pueblo parisino y de la clase obrera en el plano del empirismo político.

3.º La expresión de Marx y Engels «Mirad a la Comuna de París; ¡he ahí la dictadura del proletariado!» ha de tomarse como un punto de partida para mostrar qué es la dictadura del proletariado, pero también qué no lo es. En concreto, esta experiencia de la Comuna y las frases de Marx y Engels aportan elementos esen-

ciales para juzgar el estalinismo como desviación respecto de la dictadura del proletariado, cuya teoría elaboraron Marx, Engels y Lenin justamente a partir de la Comuna. Los historiadores estalinistas llegan a deformar la historia de la Comuna, porque siguen metiendo bajo la alfombra la verdadera teoría de la dictadura del proletariado, idéntica a la de la extinción del Estado, a la de la democracia profunda y realizada.

Según escribió Lenin, el poder de los sóviets tenía las mismas características que el de la Comuna. El origen del poder se sitúa «en la iniciativa que viene desde abajo, directa y local, de las masas populares...». La policía y el ejército, como instituciones separadas del pueblo y opuestas a él, «se reemplazan por el suministro directo de armas a todo el pueblo... Es el pueblo en armas quien vela por el orden público». En definitiva, la burocracia se sustituye por el poder directo del pueblo o, al menos, se supedita al control del pueblo. Los funcionarios «no solo son fruto de elecciones, también son revocables» y quedan reducidos al estatus de simples representantes.²⁷¹

Muchos historiadores, sobre todo los de corte marxista, han criticado las incoherencias de la Comuna y la carencia manifiesta de un «aparato» político (un partido, personal gubernamental). A día de hoy, tenemos motivos para pensar que el problema de los aparatos es mucho más complejo de lo que afirman los estalinistas (sean estalinistas declarados o de los que rehuyen ese calificativo).

Por lo tanto, es hora de dejar de considerar a la Comuna como el ejemplo típico de primitivismo revolucionario cuyos errores se superan y hay que empezar a contemplarla como una inmensa experiencia, negativa y positiva, de la que todavía no hemos encontrado ni integrado toda la verdad.

4.º Durante la sublevación del 18 de marzo y hasta que la Comuna llegó a su dramático fin, los héroes y los genios fueron colectivos. La Comuna no tuvo grandes líderes. Quienes guiaron oficialmente el movimiento de 1871 —tanto teóricos como hombres de acción, miembros del Comité Central y también los

271 Véanse *L'État et la révolution* en su totalidad y «De la dualité du pouvoir», *Œuvres choisies*, Moscú, Éd. en langues étrangères, t. II, p. 25.

del consejo municipal— carecen de grandeza, de genio y a veces incluso de capacidad. Eso explica, hasta cierto punto, la paradójica maraña de éxitos y fracasos. Sin embargo, hemos de tomar conciencia de que los actos más espontáneos y los más «irresponsables» también hay que reivindicarlos, incluso con más ahínco, para que el movimiento revolucionario de nuestra época se desarrolle. Por ejemplo, el hecho de que se hicieran cargo de los grandes organismos públicos hombres que simplemente contaban con sentido común y con la experiencia de la vida cotidiana. Por ejemplo, la intervención constante de la «base» en las cuestiones que solían tratarse «en las altas esferas».

La importancia de armar al pueblo queda patente desde el comienzo del movimiento hasta su fin. En general, el pueblo de París y sus mandatarios no cedieron a destacamentos especializados —voluntarios, tropas de élite o de choque, formaciones de marcha y de ataque— el derecho de imponer la voluntad común. Está claro que esa actitud colectiva y espontánea causó dificultades, contradicciones y conflictos. El gran mérito de armar a todo el pueblo tiene su otra cara: la falta de coordinación en las ofensivas militares y el hecho de que la lucha contra Versalles nunca llevase a la fuerza popular hasta el punto de la eficacia militar. Sin embargo, no olvidemos que la Revolución Española salió derrotada, pese a la sólida organización del ejército republicano. Por otro lado, la Comuna de París fue derrotada no tanto por la fuerza de las armas como por la fuerza de la costumbre; esa fuerza de la costumbre había sufrido la sacudida de la espontaneidad básica del movimiento, pero algunos dirigentes la habían reinstaurado apelando a su ideología (los proudhonianos; esta es su vertiente nefasta). Que el Banco de Francia siguiese siendo un enclave de Versalles en París (igual que la Bolsa, los bancos en general y la Caja de Depósitos y Consignaciones) es algo que asombra y escandaliza a cualquier historiador. Hubo otras costumbres ideológicas que fueron perjudiciales y albergan algunas de las razones del fracaso: el resurgimiento del jacobinismo, los recuerdos de 1789 (que Marx denunció con tanto acierto), la estrategia defensiva y por tanto derrotista de las barricadas por barrios siguiendo la línea de 1848, etc. Sin duda, hay que reprochar a los hombres de la Comuna que no se atreviesen a responder al terror

totalitario del poder establecido con todos los medios y las armas a su alcance.

La Comuna y su derrota son una muestra de que los defensores del viejo mundo se beneficiaban de la complicidad de los revolucionarios, de quienes pensaban o pretendían pensar la revolución. Revestían auténticas creaciones revolucionarias con atuendos antiguos que las ahogaban. El viejo mundo caduco mantiene así algunos puntos de apoyo (la ideología, el lenguaje, las tradiciones, los gustos, ritos sospechosos, imágenes sagradas, antiguos símbolos) incluso entre sus enemigos. Se vale de ello para recuperar el terreno perdido. Lo único que siempre le falta es la espontaneidad esencial, la capacidad creadora, el pensamiento-acción inherente al proletariado y al pueblo revolucionarios. La «quinta columna» yace latente en el corazón, el alma y el espíritu de los propios revolucionarios con demasiada frecuencia. Es incuestionable que, en la única ideología que impulsaba a los hombres de la Comuna, la doctrina proudhoniana (porque el blanquismo y el jacobinismo eran sobre todo actitudes de acción), el reformismo y el proyecto revolucionario se mezclaban en una madeja inextricable de confusión y conflictos.

La anécdota de quienes querían incendiar Notre-Dame y se toparon con el batallón de los artistas de la Comuna plantea una cuestión que da que pensar. Por un lado, hay unos hombres —artistas— que defienden una gran obra de arte apelando a valores estéticos permanentes. Por el otro, tenemos a unos hombres que, en ese momento, quieren expresarse materializando mediante su acto destructivo el desafío absoluto a una sociedad que, con la derrota, vuelve a arrojarlos a la nada y al silencio. Igual que Heracles, símbolo del héroe colectivo, manifiesta su naturaleza heroica, vital y al mismo tiempo humana y sobrehumana prendiendo la pira en la que va a arder.

5.º La Comuna constituye el único intento hasta nuestros días de un urbanismo revolucionario, que aborda sobre el terreno los signos petrificados de la vieja organización, que capta los orígenes de la socialización (en ese momento, *el barrio*), que reconoce el espacio social en términos políticos y no cree que un monumento pueda ser inocente (demolición de la columna de Vendôme, ocupación de las iglesias por parte de los clubs, etc.).

Quienes simplifican estos actos calificándolos de nihilismo y de barbarie deben confesar que, en contrapartida, se disponen a conservar todo lo que ellos consideran «positivo», es decir, todos los resultados de la historia, todas las obras de la sociedad dominante, todas las tradiciones: todo lo adquirido, incluido lo muerto y lo inmóvil.

La gran cantidad de actos esbozados por la Comuna permite que se tachen de «atrocidades» unas u otras acciones concretas, que quedaron inacabadas, en un estadio de intención espontánea.

A los historiadores que reconstruyen la historia adoptando, sea de forma consciente o no, el punto de vista de una providencia divina o de un determinismo subyacente (que viene a ser casi lo mismo) no les cuesta nada demostrar que la Comuna estaba objetivamente condenada. Estaba atrapada en sus propias contradicciones y no era capaz de superarlas. Pero no hay que olvidar que, para quienes lo vivieron, la superación de esas contradicciones estaba ahí, cerca, en marcha, en el propio movimiento.

Está claro que la audacia y la inventiva del movimiento revolucionario en 1871 no pueden medirse en relación con nuestra época, sino que hay que contrastarlas con los derechos señoriales que imperaban entonces en la vida cultural, política, moral y cotidiana. El movimiento revolucionario quebrantó esos derechos señoriales. Si consideramos todos los derechos señoriales actuales, podemos imaginar la inventiva que se derivaría de una explosión similar en el mundo moderno. Una explosión espontánea que actualmente no es posible, pero que para nada queda relegada a la imposibilidad absoluta en el futuro más lejano, porque las razones para una revuelta, para el descontento y la frustración se acumulan.

La gran lucha de la que la Comuna constituye un momento aún persiste (aunque sus condiciones hayan cambiado mucho). En lo que respecta a «volver conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna» (Engels), aún no se ha dicho la última palabra. En este punto hemos retomado por completo las ideas de Marx sobre la Comuna y la hemos visto como el gran intento de destruir el poder jerarquizado, como la praxis totalmente subversiva que expone el mundo existente para destruirlo

y sustituirlo por otro, por un mundo nuevo, tangible, sensible y transparente. Un momento único, hasta el momento, de la revolución total.

6.º La victoria inicial de la Comuna augura y prepara —sobre todo por las formas que adoptan espontáneamente la estructura y la organización— la victoria de la Revolución de Octubre.

Al mismo tiempo, el fracaso de la Comuna y su derrumbamiento anuncian el inicio de un largo periodo de estancamiento revolucionario (de 1871 a 1917), de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, de reformismo; también presagian el largo fracaso del movimiento revolucionario en los países industriales avanzados y el traslado de la revolución mundial hacia países predominantemente agrícolas; es la deriva de la historia.

Si la Comuna dio un nuevo impulso, a escala internacional, al movimiento socialista porque «anexionó a Francia los obreros del mundo entero» (Marx), la gran sangría también debilitó mucho al proletariado francés. Inevitablemente, tuvo muchas dificultades para aguantar una sucesión de grandes derrotas históricas (1848, 1871 y después, hasta cierto punto, 1920, por no hablar de 1945 y de la «Liberación»).

Así pues, la Comuna tiene un doble sentido y su impacto también es doble: es la síntesis y el símbolo de un periodo ya cerrado a día de hoy y anuncia un periodo que se abre.

En Francia, hace mucho tiempo que liberales, cristianos de izquierda y estalinistas se pusieron de acuerdo para minimizar la relevancia de la Comuna. De una forma que recuerda al «frente nacional», hacen hincapié en lo que la Comuna tuvo de desasosiego patriótico. Describen un patriotismo innato teñido poco a poco con preocupaciones sociales. Según esa tesis, la Comuna consistió en que el pueblo francés pidió ser bien gobernado, exigió mediante peticiones un gobierno «con pocos gastos» y dirigentes «honestos», y luego la derecha burguesa y apátrida llevó al pueblo a la desesperación. Banalidades y simplezas positivistas.

Nosotros hemos descubierto infinitamente más cosas en el movimiento de la Comuna: el cuestionamiento radical y en acto de la realidad existente, el proyecto de una superación ab-

solita de esa realidad. Contra las interpretaciones restrictivas, hemos tratado de hallar la grandeza perdida del drama.

En estas apreciaciones, pasamos por alto y desdeñamos deliberadamente las objeciones que no van a dejar de presentarse al respecto, la acusación de extremismo, de izquierdismo y de anarquismo (por haber justificado la espontaneidad y ciertos actos habitualmente calificados de errores y de delitos) y también la acusación de oportunismo derechista (por haber rehabilitado en parte la ideología proudhoniana como proyecto descentralizador).

7.º Al acercarnos ahora a la historia y la política «positivas», podemos afirmar que la Comuna salvó la República y permitió el desarrollo ulterior de una democracia burguesa relativamente avanzada.

La sublevación del 18 de marzo paraliza la voluntad política de la Asamblea de Versalles y de su mayoría integrada por rurales monárquicos (y, como ya sabemos, dividida). En cierto sentido, la Comuna permitió que triunfasen las intrigas taimadas de Thiers, que quería una república burguesa y se valió de París para neutralizar a la derecha monárquica.

Durante la agonía de la Comuna y a pesar de que se sofocasen las insurrecciones en provincias, el movimiento republicano se rehace. Así lo demuestran las elecciones municipales y más aún las elecciones de julio de 1871: en ese momento, los republicanos obtuvieron una mayoría aplastante en 44 departamentos; incluso en París, pese al terror, solo hubo cuatro diputados monárquicos de los 21 de nueva elección. De 100 diputados nuevos en total, solo uno es legitimista.

Durante los años siguientes, la lucha política se desarrolla en gran parte en torno a la Comuna, a la rehabilitación de los *communards* y a la amnistía. Los legalistas (Clemenceau), los republicanos centralistas (Gambetta), los conciliadores (la francmasonería), los centristas y los oportunistas aprovechan la coyuntura (el sacrificio de los *communards*), pero se trata de un aspecto menor de la historia. La república burguesa se afianzó el 30 de enero de 1875 y después en febrero de 1876 con las elecciones generales. Esta república, inicialmente conservadora, fue recibiendo poco a poco cierto contenido democrático.

La mayoría de las medidas preconizadas por la Comuna y por las que se le muestra un merecido reconocimiento podían aplicarse en una democracia burguesa. Como constata Lenin, en otro periodo normal de la historia una república burguesa habría resuelto con facilidad los problemas que se le presentaban a la Comuna. «Cuando la burguesía se niega a hacerlo, es el proletariado quien resuelve esos mismos problemas de forma violenta mediante una revolución, que es lo que fue la Comuna».

De hecho, la Comuna proporcionó y durante un tiempo llegó a realizar el programa al que la democracia burguesa dedicó más de 30 años sin llegar a cumplirlo del todo: separación de Iglesia y Estado, enseñanza laica y obligatoria, legislación de los sindicatos y las asociaciones obreras, legislación laboral, etc.

El triunfo político para los *communards* habría podido consistir en la conciliación y el acuerdo con Versalles, para así acelerar el desarrollo de esta República democrática y social. Pero un «triunfo» de ese tipo habría ocultado lo esencial y ¿no habría sido ese el mayor de los fracasos?

Para ilustrar lo que acabamos de decir, vamos a citar otro texto, una carta bastante desconocida de Victor Hugo a los delegados de las 36 000 comunas durante la campaña de las elecciones de 1876:²⁷²

Electores de las comunas de Francia:

Esto es lo que París espera de vosotros: la noble ciudad ha sufrido mucho. Y, sin embargo, ha cumplido con su deber.

El Imperio, en diciembre de 1851, la había tomado por la fuerza y, tras haber hecho de todo para vencerla, hacía todo lo posible para corromperla [...]; la violencia, engendrada en corrupción, no hay yugo más funesto; París llevaba 20 años soportando ese yugo. [...]

Hace cinco años, considerando que era el momento oportuno, creyendo que el 2 de diciembre debía haber terminado ya su labor de degradación, los enemigos violaron a esa Francia atrapada y, tras haber arrasado el Imperio, que desapareció, se abalanzaron sobre París. Creían que se encontrarían con Sodoma, pero dieron con Esparta. ¿Qué Esparta? Una Esparta de 2 millones de hombres, un prodigio; algo nunca visto en la historia [...]; una entrega salvaje, el bombardeo, todas las brutalidades de los vándalos... París, la Comuna que ahora se dirige a vosotras, oh, comunas de Francia, París lo sufrió todo; esos 2 millones de hombres

272 Extracto de un folleto de 15 páginas que contenía un discurso de Gambetta y esta carta de Hugo, París, Impr. A. Thomas, 1876.

demonstraron hasta qué punto la patria es un alma, porque fueron un solo corazón. Cinco meses de invierno polar [...] pasaron por encima de la resistencia de los parisinos sin fatigarlos. Tenían frío, tenían hambre, los embargaba la alegría de sentir que estaban salvando el honor de Francia y que el París de 1871 era una prolongación del París de 1792; el día que los débiles jefes militares hicieron que París capitulara, cualquier otra ciudad habría gritado de alegría, pero París aulló de dolor.

¿Y qué recompensa ha recibido esta ciudad? Todos los ultrajes posibles. [...]

Electores de las comunas, hoy es un gran día, se da la palabra al pueblo y, después de tantos combates, de tanto sufrimiento, de tantas injusticias, de tantas torturas, la ciudad heroica, sufriendo aún el ostracismo, acude a vosotros. [...]

Os pide [...] que sentéis los cimientos de la verdad política, de la verdad social, de la democracia; que sentéis los cimientos de Francia. [...]

Electores de las comunas, París, la Comuna suprema, os pide, habida cuenta de que vuestro voto es un decreto, que decretéis, mediante el significado de vuestras elecciones, el fin de los abusos mediante la llegada de la verdad, el fin de la monarquía con la federación de los pueblos, el fin de la guerra extranjera por obra de la mediación, el fin de la guerra civil mediante la amnistía y el fin de la miseria con el fin de la ignorancia. París os pide que se cierren las heridas.

3

¿PODÍA TRIUNFAR LA COMUNA?

Es una pregunta un tanto académica en la que se enredan hipótesis, postulados y analogías históricas de distinto fundamento. Interesa a los historiadores que quieren comprender el pasado partiendo de variantes imaginarias. Si la Comuna no hubiera cometido tal o cual error político, si hubiera existido un Partido Comunista, si los *communards* hubieran sido marxistas, si el Comité Central hubiera marchado sobre Versalles de inmediato, si hubiera tomado rehenes (el Banco de Francia y los bancos, la Caja de Depósitos y Consignaciones, la Bolsa, etc.), la Comuna habría podido salir victoriosa. Si las negociaciones se hubieran llevado mejor, de forma más enérgica después de haber tomado esas instituciones a modo de rehenes, tal vez se habría logrado un acuerdo, etc. Y así se pueden seguir multiplicando las variantes sin responder a la pregunta.

Es incuestionable que existe cierta analogía entre la sublevación de 1871 y la Revolución de Octubre: formación espontánea de sóviets tras una guerra larga y desastrosa, revolución proletaria en un país relativamente poco industrializado a los pocos meses de una revolución en beneficio de la burguesía, etc. La analogía no debe borrar las diferencias. De lo contrario, los análisis y las teorías leninistas sobre el imperialismo no tendrían propósito ni sentido. En 1917, las condiciones y la época histórica habían cambiado. Por eso, es inútil plantear un razonamiento como si la Comuna en 1871, con casi medio siglo de adelanto, hubiera podido llevar a cabo la Revolución de Octubre y sus objetivos políticos y como si hubiera sido capaz de superarlos, como

si lo único que le hubiera faltado para ello fuera un partido o un genio político...

Para empezar, ¿qué se quiere decir cuando se afirma que la Comuna habría podido triunfar? Para los *communards*, la victoria, y por lo tanto la consecución de sus objetivos, era la realización del proyecto descentralizador y federalista: la transformación radical de la sociedad en un conjunto de asociaciones libres. Sin embargo, nos hemos visto obligados a destacar la falta de madurez del proyecto y de sus condiciones. Hemos señalado sus ambigüedades y su vertiente «anticuada»: el resurgimiento de la Edad Media, el regionalismo, el apego al terruño, la corriente girondina.

Según algunos historiadores estudiosos de la Comuna, la victoria era imposible por culpa de los prusianos. Si la revolución hubiera triunfado, Bismarck habría podido decir: «¿Y mis millones? ¿Quién me los va a pagar?». Habría hecho falta un rehén, una garantía: París, el Banco, un gobierno ultrarreaccionario que mantuviese a Francia en estado de degradación material y social. Los prusianos habrían retomado la guerra y ocupado París y todas las provincias. Thiers contaba con esa baza ganadora: el ejército alemán.

Si creemos la tesis de A. Arnould,²⁷³ la posibilidad de que los alemanes interviniesen dominó todas las preocupaciones del Comité Central e influyó en las decisiones de la Comuna. Eso explicaría las dudas, las fluctuaciones y las divisiones.

Esta valoración deja de lado unos cuantos hechos. Para empezar, los hombres del Comité Central y de la Comuna fueron capaces, no sin habilidad, de cubrirse por el lado de los prusianos. Se les reprochó bastante, a pesar de que actuaban como después lo haría Lenin al imponer a los bolcheviques la paz de Brest-Litovsk. Elegir esta táctica diplomática implicaba que consideraban a Versalles el adversario principal, el enemigo de clase. Por otra parte, Bismarck no tenía ni mucho menos libertad de acción absoluta; en Alemania comenzaban a acumularse las dificultades políticas; la solidaridad del movimiento obrero empezaba a jugar eficazmente en favor de los *communards*. No estaba todo perdido antes de empezar; aunque se corrían riesgos, había

273 *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Bruselas, 1878.

posibilidades de apostar y ganar. En este aspecto, el Comité Central jugó bien sus cartas. Otros historiadores han defendido la tesis contraria, la posibilidad de una victoria total:

Sin tener la preocupación, honorable pero impolítica, de convertirse en un gobierno ordinario, sin esa impaciencia por recibir la aprobación del sufragio universal, el Comité Central habría actuado en calidad de poder provisional sublevado; no se habría detenido en distracciones electorales; habría evitado la emboscada de las negociaciones a la que le atrajeron los alcaldes, a sabiendas o no, y habría dirigido y causado esa salida torrencial que tanto y tan inútilmente se había reclamado durante la presidencia de Trochu. El mismo 19 de marzo habría lanzado a todo el ejército de París hacia la victoria en Versalles, pillado por sorpresa, casi sin defensa, privado en ese momento de su guardián invencible, el Mont-Valérien. La capital de la reacción se habría rendido con armas, equipaje, Asamblea y Ministerios. París, victorioso, se convertía en dueño de su destino y del de Francia.

Las dos objeciones que se plantean, como son la retirada de la Asamblea a otra ciudad (Fontainebleau, Le Mans, Burdeos) y la intervención de los alemanes, no se sostienen. ¿Es necesario refutar esta doble hipótesis, cuya importancia parecen haber admitido varios escritores? Una Asamblea errante, con sus miembros dispersos, no habría tenido ninguna autoridad sobre Francia. Los diputados republicanos, que representaban dos tercios de la Asamblea, no habrían seguido a los monárquicos en otro traslado de la sede e, impresionados por la llegada de las tropas republicanas, ellos mismos habrían renunciado a su mandato. En cuanto a los alemanes, a no ser que se afirme que estaban decididos a retomar la guerra, cosa que niegan los hechos, no le habrían dado mayor importancia al hecho de que la Comuna de París sustituyera como gobierno a la Asamblea de Versalles, igual que no le dieron mayor importancia a que Thiers sustituyera a Trochu o a Gambetta. Eran cuestiones internas en las que no tenían intención de meterse, siempre que se respetasen las condiciones del tratado de paz... Por lo tanto, habrían admitido e incluso sostenido a cualquier gobierno... Este gobierno era posible y deseable, pero con la condición de que se impusiera por la fuerza, cosa que no se consiguió hacer de forma apropiada. La estructura de la Comuna, para permanecer sólida e inquebrantable, tenía que descansar sobre los cimientos firmes de la victoria militar. Lo único que tuvo fue una victoria electoral efímera. Debido a los errores del Comité Central, a la habilidad de Thiers, a la capitulación ilusoria de los alcaldes y a la embriaguez del triunfo popular, el 18 de marzo se convirtió en una sublevación inútil, y la Comuna, condenada a muerte desde su nacimiento a pesar del júbilo de su bautizo, tuvo como cuna un ataúd...²⁷⁴

274 E. Lepelletier, *Histoire de la Commune de 1871*, t. I, pp. 449-451.

Es imposible pasar mejor de unas premisas exageradamente optimistas a una conclusión exageradamente pesimista. De la victoria posible y malograda, el autor llega a la conclusión de la esterilidad. El Comité Central dejó ver sus debilidades; aceptó la apuesta, jugó sus cartas y actuó, dejando pasar el momento oportuno en el que todo era posible. Es demasiado fácil cargar contra él y usarlo como chivo expiatorio; nosotros no hemos adoptado esa actitud. Los fracasos del movimiento revolucionario tienen tanto sentido y tanta relevancia como sus victorias. También son victorias. Lo peor es no participar en la lucha, empezar ya perdiendo y capitular de antemano, sin condiciones (Marx y Lenin).

En nuestra opinión, la razón más profunda del fracaso de la Comuna se sitúa en el plano del desarrollo de las fuerzas productivas y del modo de producción. El capitalismo de libre competencia estaba entonces en plena ascensión. Aún le quedaba mucho para penetrar en todas las provincias francesas; aunque llevase mucho tiempo siendo preponderante, aún no había reestructurado por completo las relaciones sociales en el campo, cosa que no iba a suceder hasta la Tercera República. Deja intacta o incluso reconstruye —lo hemos señalado varias veces— la clase de los terratenientes, los propietarios de tierras, los notables, los «señores» de pueblo.

Un modo de producción no desaparece hasta que ha exhibido todas las fuerzas productivas que oculta en su seno (Marx). En la Rusia zarista, ese desarrollo se verá entorpecido por el predominio del capital extranjero y por la formación de monopolios bajo su égida.

El capitalismo monopolista, que suplantará al capitalismo de libre competencia a comienzos del siglo XX, facilita la transición al socialismo, según Lenin, mediante la creación de grandes organismos económicos y al mismo tiempo proporciona a la burguesía nuevos medios para manejar su política de clase. El imperialismo, indisolublemente unido al capitalismo monopolista, abre el periodo de las guerras mundiales y del movimiento revolucionario extendido a los países oprimidos.

Añadimos que la concentración y la centralización del capital dan un sentido nuevo —concreto, práctico— a la descentralización y al principio federativo, que son lo único que permite

a las regiones y a los países subdesarrollados entrar en grandes unidades económicas sin ser dominados y explotados en ellas. Yugoslavia y la URSS serán federaciones en el seno de las cuales el problema de la descentralización se planteará con una urgencia cada vez más perentoria, pese a las tendencias contrarias al centralismo estatal. La Europa del futuro se descentralizará o será insoportablemente autoritaria, inaceptable desde el punto de vista económico, social y político.

Además, el desarrollo de la industria, al multiplicarse las grandes empresas, convertirá a la unidad de producción (la empresa) en la base de la autogestión y la libre asociación, en contraste con la Comuna y las circunscripciones definidas con criterios territoriales. Así, el proyecto descentralizador es el único que puede convertirse en programa y, dejando de representar ideológicamente lo real y lo posible, entrar en el terreno de la praxis.

En definitiva, hemos puesto de manifiesto otra causa del fracaso: la disolución de las estructuras existentes solo se produjo en París. En provincias, las superestructuras y las estructuras, instituciones y organismos, permanecían casi intactos.

En estos análisis y apreciaciones hemos seguido fielmente nuestra metodología, estipulada al comienzo del estudio: no separar lo posible de lo real, apreciar lo real en función de lo posible y viceversa.

4

¿POR QUÉ VENCÍO THIERS?

Hemos evitado los insultos que suelen dedicarse a Thiers: enano monstruoso, hombrecillo cruento, etc. Esas injurias y muestras de cólera no son más que un recordatorio de la impotencia y la derrota históricas.

Thiers, hombre de Estado y hombre del Estado, reunió en Versalles todo ese Estado centralizado, con todos sus recursos (ejército, policía, burocracia y finanzas) y lo reconstruyó. Tras retomar el control de todos esos estamentos reunidos, pudo cargar contra quienes ponían el Estado en tela de juicio, quienes paralizaban la maquinaria estatal existente y deseaban un Estado en extinción. Con Thiers, fue el Estado (la maquinaria del Estado burgués, puesta a punto por siglos de rutina y de destreza administrativa) quien venció a la Comuna. «París quedará sometida al poderío del Estado igual que una aldea de 100 habitantes» (Thiers). Desde esta perspectiva, el Estado es a la vez hecho y derecho, valor supremo cuya conservación justifica y legitima cualquier acto. Cuando Thiers se vanagloria de haber trabajado 20 horas al día durante el periodo de la Comuna, no hay duda de que es cierto. Maneja todos los asuntos: las conversaciones con Bismarck, la alteración de los alcaldes de París, la reorganización del ejército y las cuestiones financieras. Y eso sin contar sus asuntos personales, como las comisiones sobre préstamos.

¿Por qué no reconocerle a Thiers la genialidad política? La propia esencia de la Comuna consiste en desvalorizar el Estado y la política como tal. Rendir homenaje a Thiers como reconocimiento a esa genialidad no implica ningún tributo de admiración. Digno heredero de Talleyrand, de Mazarin o de Ri-

cheliou, Thiers fue hábil, extremadamente hábil, haciendo gala de una experiencia secular, que había adquirido con paciencia durante décadas de vida política.

No en vano había estudiado las guerras de la Revolución (francesa) y del Primer Imperio. Thiers tiene una táctica y una estrategia. Opositor moderado durante el Segundo Imperio, prepara y desea una república burguesa parlamentaria. No acepta la guerra con Prusia, lo que lo sitúa en buena posición en caso de que acabe en derrota, como él presiente. Una vez llegada la debacle, trata de aprovechar lo mejor posible las circunstancias y de «salvar lo salvable» desde el punto de vista de la burguesía a la que representa y cuyos intereses conoce a la perfección. Como centrista de derechas, necesita que la extrema izquierda y la extrema derecha se neutralicen y se quiebren entre sí, pero necesita, ante todo, someter París. Persigue ese objetivo con denuedo: demostración de fuerza y, después, guerra civil. Admite acuerdos con concesiones cuando le convienen (con la derecha) y se muestra intransigente cuando eso resulta más oportuno para su estrategia.

No se detiene ante ningún escrúpulo a la hora de elegir los medios que emplea. Thiers es el maquiavelismo hecho hombre en la sociedad capitalista y con los medios del Estado burgués. A modo de ejemplo, nos limitaremos a recordar lo que ocurrió con Dombrowski. En el momento oportuno, cerca del desenlace de los acontecimientos, Thiers envía emisarios a algunos oficiales de la Comuna. Les propone la traición: entregar una puerta de París al ejército para facilitar su entrada. Si Dombrowski acepta, recibirá 500 000 francos de oro con un pasaporte y la seguridad de poder volver a su país natal, Polonia. Dombrowski rechaza con cajas destempladas al intermediario, un tal Veysset (que será fusilado por los federados). Pero Thiers hace que sus agentes en París difundan rumores de su traición. La sospecha llega a Dombrowski, que, desesperado, se hace matar en la calle Myrha, al pie de Montmartre.

En el plano táctico, Thiers se vale de todo tipo de medios, legales e ilegales. En el plano estratégico, persigue con obstinación el objetivo que se ha fijado, sea mediante una sucesión de decisiones detalladas o en conjunto. Siempre en busca de la

eficacia inmediata, combina los distintos medios con vistas a ese fin.

Para replicarle habría hecho falta un genio político. ¿Pero la Comuna podía tener, podía despertar esa genialidad? Hizo falta que la Comuna saliera derrotada para que Lenin se diera cuenta de que la insurrección es un arte, que la política es una continuación de la guerra por otros medios, es decir, que requiere —en determinadas condiciones en las que el adversario sigue siendo el más fuerte— habilidad, compromiso, rigor y vigor al mismo tiempo, táctica y estrategia.

Y, sin embargo, ese ascenso de la actividad revolucionaria a la categoría de arte político demostrará también que las fuerzas fundamentales —el levantamiento imparable del proletariado en los grandes países industriales— han desfallecido. Y por eso el Estado, hasta nueva orden, triunfa en el mundo entero (salvo Yugoslavia), y la escalada de los países llamados «subdesarrollados» o «antiguas colonias» se traduce en la creación de nuevos Estados, nuevos aparatos y nuevas instituciones políticas.

Razón de más para restituir la Comuna con todos sus significados y para volver a poner de manifiesto la teoría marxista revolucionaria de la extinción del Estado.

En este sentido, volvemos a repetirlo, la Comuna fracasó en una escala muy superior a la de París y Francia. Pero ese fracaso en sí mismo está provisto de más significados que algunas victorias.

5

ESBOZO DE UNA TEORÍA DEL ACONTECIMIENTO

El estudio del acontecimiento revolucionario, entendido como fenómeno total, se lleva a cabo simultáneamente en dos direcciones: la restitución en su plenitud del acontecimiento y de su relato, con sus características singulares, originales e integradas en la historia y, al mismo tiempo, el análisis de sus elementos y de sus condiciones. La búsqueda de la comprensión no se separa de la búsqueda de la explicación, es decir, de la búsqueda de las causas, las razones y las condiciones. Hemos tratado de comprender la Comuna como acontecimiento único, excepcional. Hemos intentado explicarla sin reducirla a una serie de antecedentes y consecuencias, sin convertirla, al explicarla, en una especie de objeto limitado, definido y ya agotado, cosa que rebajaría su grandeza.

Así pues, hemos revelado muchas condiciones, causas y razones, todas ellas necesarias y ninguna suficiente. En primer lugar, las condiciones económicas. Es evidente que para que se produzca una revolución proletaria es necesario que exista un proletariado, pero ni la descripción de la situación económica ni la de las relaciones de clase en un momento dado bastan para explicar la negatividad del proletariado: su capacidad para cuestionar lo existente, una capacidad fundamental en el caso de la Comuna.

En segundo lugar, las condiciones y las causas históricas: el Segundo Imperio y su desintegración, la guerra perdida. Estas causas históricas por sí solas no explican la explosión revolucionaria. Y ni siquiera bastan para explicar una razón profunda de dicha explosión: la propia conciencia de la historia.

Y la tercera serie de causas son las que se enmarcan específicamente en la sociología, a saber: el desmoronamiento de las estructuras sociales existentes y, al mismo tiempo, en el núcleo mismo de esa desestructuración, el ascenso de estructuras nuevas que niegan radicalmente las antiguas. La investigación sociológica también revela otro tipo de razones: la necesidad de la existencia de un grupo de personas, más o menos homogéneo (muy heterogéneo en el caso de la Comuna, porque estaba formada por hombres de acción y por ideólogos), capaz de orientar el movimiento espontáneo, de tomar las riendas de la formación de estructuras nuevas y de proporcionar un objetivo y un programa. Estos hombres han de ser capaces, además, de afrontar las vicisitudes de la acción, de tentar a la suerte en esta ocasión histórica, de apostar por lo posible y lo imposible. En la democracia «normal», son los partidos políticos —o el partido revolucionario— quienes asumen este rol. Pero, por su propia naturaleza, el partido político desea el poder, mientras que los hombres de la Comuna querían abolir el poder.

Y así llegamos a las razones propiamente ideológicas. Es necesario, por un lado, que las superestructuras ideológicas vigentes —representaciones, símbolos, imágenes justificadoras de instituciones, cultura— se desvaloricen y, por otro, que una ideología le ofrezca un objetivo al movimiento espontáneo. Hemos tenido que hacer hincapié, primero, en el patriotismo y su eliminación y, después, en la ideología proudhoniana, no solo por su naturaleza reformista, sino como proyecto revolucionario radical: proyecto descentralizador y federativo, que transformaba la sociedad existente en una asociación libre de asociaciones libres. Fuera o no realizable con las condiciones que se daban, el proyecto no dejaba de ser total y, por lo tanto, estimulante y vivo. Señalaba algo posible.

Está claro que el acontecimiento no se explica ni a través de otro acontecimiento anterior ni con una sola causa o un único antecedente. La búsqueda de una sucesión lineal, de una concatenación causal más o menos mecánica, puede satisfacer a los espíritus científicos de orientación positivista. No explica el acontecimiento en su unicidad, ni tampoco su originalidad.

Esto nos lleva a distinguir causas y razones. Las causas son objetivas y ciegas; operan —más o menos— fuera de la concien-

cia clara de los actores históricos. Las razones, por el contrario, corresponden al terreno de la conciencia, la subjetividad, el discurso, la ideología.

El conjunto de todas las causas y razones que hemos podido determinar tiene, de entrada y en esencia, una eficacia negativa. Ese conjunto le allana el camino a una espontaneidad fundamental. La libera de los pesos que la aplastan. Le permite desplegarse, por fin, con toda su profundidad y, también, con su torpeza dubitativa y titubeante: su lenta experiencia de sí misma, de sus aspiraciones, de sus objetivos en un principio inciertos. Así, y solo así, el pueblo de París pudo convertirse en comunidad que actúa, en comunión explosiva. En el fenómeno total, la espontaneidad se nos presenta a la vez como condición, como causa y como razón. Es una condición, porque sin ella no se produce nada: ni movimiento ni obra. Es una causa, porque es ciega. Es una razón, porque constituye también una toma de conciencia, la recepción de una ideología y de un programa. La espontaneidad implica como condición necesaria la existencia de la ciudad, del proletariado y del pueblo, y la superación de aquello que trocea al pueblo, lo dispersa, lo separa de sí mismo, lo divide en segmentos ajenos entre sí.

Como señaló Lenin, es la convergencia —única, singular— de elementos objetivos y subjetivos —de causas y de razones— lo que conforma el acontecimiento revolucionario. El análisis siempre corre el riesgo de relegar a la oscuridad una característica esencial del acontecimiento: el hecho de que constituye una totalidad indivisible, original, singular, y todo ello aunque no surja de una forma irracional, aunque pueda compararse con otros acontecimientos y, por último, aunque tenga una importancia y unos significados generales. Estos fenómenos totales, aunque sean originales y estén vinculados a situaciones singulares, también se rigen por leyes. Por ejemplo, la siguiente: se producen «cuando los hombres ya no pueden ni quieren seguir viviendo como vivían» (Lenin).

El famoso esquema aristotélico de la causalidad proporciona una tosca aproximación inicial. Pero hay que concretarlo, introducir lo negativo, restituir los cuatro tipos de causas en su totalidad, despojando a ese esquema de su ontología sustancialista; en una palabra: dialectizándolo. Hemos podido distinguir

causas *materiales* (situación económica, existencia de comunas territoriales y, de entrada, de la ciudad de París), causas *formales* (en el plano negativo, el desmoronamiento de las formas y las estructuras existentes y, en el positivo, la creación de formas y estructuras nuevas), causas *eficientes* (la derrota, la entrada de los prusianos en París, la demostración de fuerza que deseaba Thiers) y, por último, causas *finales* (el proyecto revolucionario, las aspiraciones profundas de la espontaneidad y los objetivos que ha descubierto esa espontaneidad). Sin embargo, este tosco esquema no explica bien la totalidad dada en la situación, y explica aún peor la totalidad nueva y virtual que se esboza en el acto y en el acontecimiento revolucionarios, totalidad cuyo fracaso posterga su realización a una fecha indeterminada.

En cuanto al método de las variaciones, método que con tanta frecuencia usan los historiadores, de forma consciente o no (qué habría pasado si...), nos ha permitido, como mucho, descubrir algunas causas, las más superficiales, del fracaso.

Estos esquemas y estas técnicas, todavía poco elaborados, lo único que permiten es aproximarse al objeto de conocimiento: la *praxis* entendida en su totalidad, con sus contradicciones internas (práctica creativa y práctica cotidiana) y con los intentos de resolver y superar esas contradicciones.

Desde este punto de vista, la historia puede representarse como una sucesión de tiempos de espera, de estancamiento y de equilibrio (relativo), separados por pulsiones creativas (las revoluciones) a las que el historiador como tal nunca logra extraer todo su contenido ni todo su sentido. Eso son los verdaderos acontecimientos. Estos periodos, unos de creación y otros de desarrollo más pausado, no se separan. Los segundos llevan a término las semillas que lanzan los primeros. Los primeros se encuentran latentes en el seno de los segundos. Aunque el historiador, por su propia naturaleza, no pueda comprender todo el devenir, la cooperación del historiador, del sociólogo, del economista, del teórico de las ideas y del psicólogo tiende hacia una historia total.

ANEXOS

INVESTIGACIÓN PARLAMENTARIA SOBRE LA INSURRECCIÓN DEL 18 DE MARZO

La insurrección del 18 de marzo, que sumó la guerra social a los males de la invasión y cuyas ramificaciones se extendieron por toda Francia, [...] revela una enfermedad ya antigua en la sociedad francesa [...]. Desde hace más de un siglo, en Francia la fuerza se impone al derecho. El gran fallo, el error político de aceptar el desorden y la insurrección como vías de progreso se remonta en nuestro país a la Asamblea Constituyente. En lugar de llevar a cabo, en virtud únicamente de la ley, las reformas que figuraban en los inmortales *Cahiers* de 1789, la Asamblea glorificó, el 14 de julio, la revuelta del ejército [...]. Desde entonces hemos hecho 14 revoluciones, la fuerza ha quebrado el orden social establecido 14 veces [...]. Las revoluciones sucesivas que hemos vivido desde 1789 nos han llevado a la última y la más incomprensible de todas [...]. Uno de los signos manifiestos de la gravedad de este mal social es la ausencia de reacción contra las ideas que han desembocado en el dominio de la Comuna; la apatía general y el desánimo que quedan patentes con la abstención de una gran cantidad de personas honradas en las últimas batallas electorales tal vez sean aún más tristes que los delitos de unos cuantos canallas [...]. La insurrección del 18 de marzo no ha sacado a la luz ningún sistema nuevo; ha tomado prestadas de un sistema de ideas antiguo las viejas fórmulas de la Comuna y de la Federación. Su triunfo fue un anacronismo político [...]. La naturaleza de esta última revolución es extraña. Para los hombres del 18 de marzo, la cuestión ya no es mejorar el Estado social, ni siquiera modificar o alterar sus bases. No, lo que quieren es lo contrario; hacer *tabula rasa* [...]. Sencillamente, la sociedad estaba condenada, en sus instituciones y en su existencia; se exigía que desapareciera por completo para dejar paso a un nuevo orden. El enemigo que alzaba esa bandera de una lucha terrible y suprema era la Internacional. La Internacional era una potencia cosmopolita; para ella no había fronteras ni patrias. Su consigna venía del extranjero. Su fuerza la tomaba de las doctrinas materialistas. La Internacional, después de haber contribuido a nuestros desastres mediante su entendimiento con el extranjero, organiza en París ese ejército de la

revolución que vimos en marcha el 18 de marzo. [...] En efecto, tras el 4 de septiembre, los obreros habían entrado en la Guardia Nacional. El batallón se había convertido para ellos en un nuevo núcleo que les permitía actuar de forma inmediata sobre los acontecimientos. [...] Además, en los campamentos, en los clubs y en las reuniones públicas, las cuestiones sociales estaban siempre a la orden del día y ni siquiera necesitaban reuniones específicas para propagar sus ideas. [...] El derecho igual de todos a los bienes y a los goces de este mundo, la destrucción de toda autoridad, la negación de todo freno moral; si se profundiza, esos son los motivos de la insurrección del 18 de marzo y los principios de la temible asociación que le proporcionó un ejército. [...] La gran conquista de la Revolución, el rasgo característico de la sociedad francesa, es la igualdad ante la ley, que implica que todo el mundo pueda acceder a todos los empleos. Aceptamos esa igualdad con todas sus consecuencias, pero con la condición de que, así como se encuentra reconocida en el orden legal, no tratará de conseguirse en el orden material, donde es imposible y absurda. Tanto en las distinciones basadas en la propiedad como las basadas en el trabajo, tanto en las profesiones liberales como en las industriales, la desigualdad es la esencia misma de las cosas. [...] Se produjo un cúmulo de circunstancias desafortunadas que debilitaron en nuestro país las creencias religiosas y ese debilitamiento es una de las principales causas de nuestras flaquezas morales, de nuestra debilidad frente al enemigo y también de nuestra apatía ante la insurrección. Hoy lo reconocemos: el espíritu de la nación se vició en su origen y el desplome del nivel intelectual y moral salta a la vista.²⁷⁵

275 *Enquête*, t. I, pp. 175, 176, 178, 180, 185, 186, 222, 237, 240, 241.

LAS FIESTAS DE LA COMUNA

El tiempo era frío y seco. Los edificios públicos, hasta la Bolsa, estaban cerrados. Todas las tiendas (menos las de alimentación, que abrían por la mañana), todos los cafés y los restaurantes habían cerrado sus puertas. [...] Todos los batallones de la Guardia Nacional permanecían con sus armas en sus respectivos barrios, con un lazo de crepé en el asta de sus banderines. Se veían banderas negras ondeando en los ayuntamientos y en muchas ventanas; las banderas tricolor estaban tapadas con crepé. Aquí y allá se podía leer «Cerrado por luto nacional» o «Cerrado por duelo público». El centro de la calle Royale estaba bloqueado con arcones de artillería y la mayoría de los curiosos se detenían ahí. Algunos, muy pocos, cruzaban nuestras líneas y se aventuraban a la plaza de la Concordia y a los Campos Elíseos. Los vencedores, metidos en su zona, contemplaban asombrados la gran ciudad indómita cuyos magníficos monumentos se perfilaban en el horizonte. Quienes se asomaban a las ventanas eran recibidos con abucheos. Todos los críos de París habían ido a los Campos Elíseos y dirigían sus burlas con saña a los pesados soldados prusianos. Se dieron latigazos a las mujeres acusadas de haber sonreído al enemigo. [...] Llamó mucho la atención que todos los oficiales alemanes vistiesen uniformes nuevos y que llevasen en la mano un plano de París. Sus soldados, terriblemente sucios, cocinaban a la intemperie mientras las ruidosas fanfarrias de música militar recibían los abucheos y los silbidos de los espectadores. Las estatuas de piedra de la plaza de la Concordia, que unas manos desconocidas habían ocultado con lienzos negros, no vieron la deshonra de París. Se habían levantado barricadas para bloquear el Arco del Triunfo, de manera que los alemanes no pudieran desfilan por él. Ese monumento triunfal permaneció virgen, dispensado de esta deshonra. Por la noche, París tomó la prodigiosa y extraña apariencia de una ciudad dormida. Sin ninguna luz y con muy pocos transeúntes; ni ómnibus ni coches. El paso de una patrulla que resonaba, sonoro y rítmico, en la lejanía, y el «¿Quién vive?» de los centinelas era lo único que rompía el lóbrego si-

lencio que planeaba sobre la capital. La larga línea de los bulevares, negra y sombría, guardaba luto por la ciudad...²⁷⁶

Habían colocado grandes lienzos en las rejas de las Tullerías para impedir que la multitud a punto de estallar lo rompiese todo al verlos pasar. En la ventana de la galería de Apolo —desde donde los oficiales habían contemplado la ciudad— el pueblo furioso, que respondía con clamores a sus desafíos y mofas, los había ahogado en afrentas, lanzándoles los primeros proyectiles e incluso monedas: «¡Para ir juntando los 5000 millones...!». De Saint-Germain-l'Auxerrois hasta el puente de Saints-Pères irrumpía un tumulto de gritos e insultos...²⁷⁷

Cuando los prusianos se marcharon corriendo, con la cabeza gacha,

la multitud los insultaba a gritos y los niños les tiraban piedras. A veces un dragón levantaba su sable con aire amenazante y los mirones huían, pero la misma escena se repetía un poco más allá... Cuando pasaban, los vecinos quemaban paja, como si quisieran purificar el aire, y los cafés en los que habían estado bebiendo la víspera habían sido saqueados. Se paseó a una chica desnuda por la plaza de la Concordia, porque las mujeres del barrio juraban que la habían visto con unos prusianos. La obligaron a ponerse de rodillas delante de la estatua de la ciudad de Estrasburgo... Al pasar por delante del Arco del Triunfo, un oficial prusiano sacó su pistola y disparó hacia el monumento. Tras él, los hombres y los niños encendieron una inmensa fogata de celebración con el estiércol de los caballos alemanes...²⁷⁸

He aquí la proclama de la Comuna tras las elecciones del 26 de marzo. Vallès describe en *Le Cri du peuple* la fiesta que tiene lugar:

¡Qué día! El sol templado y claro que dora la boca de los cañones, el aroma de las flores, el estremecimiento de las banderas, el murmullo de la revolución que pasa, tranquila y hermosa como una corriente de agua clara, los temblores, los destellos, las fanfarrias de cobre, los reflejos de bronce, las llamaradas de esperanza, el perfume del honor... Hay motivos para embriagar de alegría al ejército victorioso de los republicanos.

¡Oh, gran París...! Pase lo que pase, si tuviéramos que volver a ser derrotados y hubiéramos de morir mañana, nuestra generación tiene consuelo. Hemos recibido la compensación de 20 años de derrotas y de

276 J. Claretie, *op. cit.*, p. 571-572.

277 P. y V. Margueritte, *La Commune*, París, Plon-Nourrit, 45.^a ed., pp. 34-35.

278 J.-A. Faucher, *op. cit.*, pp. 85-86.

angustias. ¡Clarines, sonad al viento! ¡Tambores, redobles! Un abrazo, camarada...

El 28 de marzo,

Grandes tapices rojos con cenefas doradas cubrían la fachada del Hôtel de Ville. El busto de la Libertad, tocada con el gorro frigio, se alzaba sobre el fuste de una columna, entre las banderas rojas que más ondeaban. Los miembros del Comité Central, engalanados con bandas rojas con franjas plateadas, estaban sentados en el estrado. Assi²⁷⁹ presidía esta ceremonia cuya puesta en escena deslumbraba y embriagaba a la concurrencia. Las salvas de artillería y las fanfarrias con *La Marsellesa* llenaban el aire de cañonazos y toques de clarín. El desfile de los batallones ante el estrado no estuvo exento de entusiasmo ni de emoción. Mucha gente creyó de buena fe que a partir de entonces se terminaría toda guerra civil.²⁸⁰

Con más ingenuidad que Jules Vallès y siendo más sincero que Jules Claretie y que Catulle Mendès,²⁸¹ Léon Cladel reflejó el ambiente de solemnidad sagrada y laica, de ceremonia llena de simbolismos, el ambiente grandioso e ilusionante. El 28 de marzo,

... los representantes elegidos la antevíspera, todos con el uniforme de la Guardia Nacional y con una banda con franjas doradas, subieron a un estrado frente al gran portón del Hôtel de Ville; allí los recibieron con los brazos abiertos sus amigos del Comité Central, vestidos igual, salvo por las bandas, que, en el caso del Comité, tenían franjas plateadas. Antes de sentarse, saludaron como muestra de respeto a la efigie de la Libertad, tocada con un gorro frigio y colocada sobre el fuste de una columna, entre extraordinarios trofeos; el desfile de los batallones populares acababa de empezar cuando un gallo que no se alcanzaba a ver, sin duda posado bajo las buhardas del edificio, se puso a cantar.

Entonces alguien se percató de que el ave sagrada de la Galia, en lugar de cantar para un príncipe o para el hijo de un rey, lo hacía ahora por la

279 Militante obrero, organizador de las huelgas de Le Creusot (a principios de 1870) y miembro de la Internacional. Elegido como integrante del Comité Central de la Guardia Nacional, ocupa el Hôtel de Ville el 18 de marzo. En la Comuna representó al distrito XI, pero tuvo un papel secundario. Fue deportado a Numea, donde murió en 1886.

280 J. Claretie, *op. cit.*, p. 621-622.

281 Véase *Les 73 journées de la Commune*, París, Lachaud, 1871. Nos dispensamos de reproducir la famosa página de Catulle Mendès, citada en la mayoría de las obras dedicadas a la Comuna. Solo vamos a citar un pequeño pasaje: «¡Que quien así lo quiera evite someterse a la irresistible emoción que impone el entusiasmo de las multitudes! Yo no soy político, no soy más que un transeúnte que ve, escucha y aprueba».

victoria de los hijos de aquellos justicieros que, en 70 años, habían destrozado a los monarcas tres veces y habían echado del país sus águilas, sus flores de lis o sus banderas; esa observación causó muchas ocurrencias y fue objeto de gran regocijo. La fraternal y grandiosa ceremonia prosiguió.

De pronto, en la calle de Rivoli y en la avenida Victoria, comenzó a sonar música, pero no eran *La Marsellesa* ni *Le Chant du départ*, sino otros himnos más recientes y creados para la ocasión, como *Ah! Quand viendra la belle*, *Le Chant des ouvriers* [La canción de los obreros], *Le Chant des Paysans* [La canción de los campesinos] y *Le Chant des Transportés* [La canción de los deportados] de *Pierre Dupont*. Al mismo tiempo, gigantescas piezas de artillería, fijadas con la boca al aire sobre el parapeto del muelle de la orilla derecha del río, retumbaron a la vez, lanzando a las nubes remolinos de humo y fuego, y quién sabe qué desafío...

El entusiasmo de la multitud no dejaba de crecer y pronto llegó al paroxismo. En París todos son parisinos y por eso, ese día de memoria eterna todo el mundo estaba feliz en la capital; primero, los nacidos en uno u otro barrio y, luego, los demás, los originarios de cualquier otra parte, que habían dejado su pueblo o aldea, su ciudad, su población, su altito en los suburbios de París o su casucha en el campo. En el nuevo Estado, los delegados de la clase baja, a la que todos pertenecían, aplaudían el triunfo de su ciudad, la primera del mundo para siempre, y los provincianos, por su parte, se daban perfecta cuenta de que, una vez quebrada la centralización de todas las fuerzas de esta prodigiosa metrópoli en la que muchos de ellos habían elegido vivir, esas fuerzas resucitarían sus patrias chicas de norte, sur, este u oeste, absorbidas por Francia en el 90, cuando se establecieron esas divisiones arbitrarias llamadas departamentos. [...]

En pocas palabras, todos los habitantes de la ciudad llegados de los cuatro puntos cardinales se mostraban tan encantados con el futuro régimen como sus hermanos de Île-de-France; todos ellos saludaban el amanecer de una nueva era en la que reinarían la concordia y la armonía desde los Pirineos hasta los Urales, en la que, gracias a la alianza internacional de los trabajadores y haciendo que cada comuna del viejo continente estuviese en plena posesión de sus derechos, sería fácil hacer desaparecer las fronteras y también a los reyes y a todos los ociosos (no menos inútiles que las propias fronteras), para así poder fundar, por fin, los Estados Unidos de Europa.

Hubo abrazos, besos en las mejillas y apretones de manos mientras se juraba que ese sublime sueño se llevaría a cabo. Entre más de 100 000 fusiles que se agitaban al viento y otras tantas bayonetas que resplandecían bajo el sol amarillo de marzo, pudo verse a enemigos irreconciliables que se abrazaban llorando y a chicas que se ofrecían a los hombres a los que llevaban años rechazando; una de estas chicas, mientras saltaba con un extraordinario movimiento al cuello de un amante al que casi había llevado a la desesperación, exclamó: «¡Tranquilo! Se acabó tu tormento; esta

noche nos acostaremos juntos y espero, deseo, tener un hijo tuyo tal día como hoy dentro de nueve meses». De repente, estallaron unos gritos frenéticos e impresionantes detonaciones, todo tembló: el cielo, la tierra y el agua.²⁸²

Unos días más tarde se celebran los funerales de los primeros caídos en combate.

Un murmullo atravesaba la multitud. El primer carro era enorme. [...] Abría la marcha un batallón de jóvenes voluntarios, los *Vengeurs* de París, ataviados con el uniforme de los cazadores a pie. Los seguían los músicos de la Guardia Nacional. Los tambores tapados con crepé resonaban con ruidos sordos que alternaban con el sonido desgarrador de las cornetas. Entre dos hileras de guardias con las armas a la funerala aparecieron luego tres inmensos carros tirados por caballos negros, que transportaban las pilas de féretros bajo lienzos negros con estrellas plateadas. En las cuatro esquinas se desplegaban racimos de banderas rojas, entre palmas verdes y coronas de siemprevivas. Detrás, dirigiendo el luto, iban los miembros de la Comuna, vestidos de color oscuro con la banda roja; después, los padres de los muertos, mujeres y madres desconsoladas; tras ellos, una inmensa multitud con actitud recogida y, cerrando la marcha, una infinita sucesión de batallones...

[...] Desde Beaujon, donde se había expuesto a los muertos a cara descubierta para que sus allegados les dieran su último adiós, el cortejo se desarrolló con esta pompa ostentosa que se quedaba grabada en la imaginación de la multitud que descubría a su paso y en los ánimos de los miles y miles de personas que asistieron, repartidas tras los carros. El cortejo había seguido la larga línea de los bulevares y llegaba a la plaza de la Bastilla, por Château-d'Eau.²⁸³

A finales de abril tiene lugar la gran fiesta de los francmasones que se ofrecen a respaldar la Comuna y tratan de negociar

282 Léon Cladel, *I.N.R.I.*, novela empezada en 1872 que no se publicó hasta 1931, 40 años después de la muerte del autor, pp. 179-182. Pese a su escaso valor literario y su valor histórico casi nulo, este libro y este fragmento en particular tienen un gran interés sociológico. Para empezar, hay que destacar la abundancia y la importancia de los símbolos, pero también su pobreza. El pueblo y el proletariado ya no inventan símbolos o, si lo hacen, muy pocos; utilizan los más antiguos. No hay más que ver el gallo galo. Las franjas plateadas o doradas significan que el Comité Central de la Guardia Nacional cede el poder a la Comuna elegida, pero sin desaparecer. El propio título de la novela de Cladel sacraliza a París de forma muy cristiana, comparándolo con Cristo: París es el Cristo de la libertad, y Francia, el Cristo de las naciones. Cosa que no impide que la fiesta se corone con cierto erotismo. En este breve análisis de contenido, también hay que señalar la confusión y la riqueza de la ideología. El comunalismo, el federalismo y el internacionalismo se mezclan de forma curiosa e indiscernible en la imagen de la descentralización triunfante en París.

283 P. y V. Margueritte, *La Commune*, pp. 231-232. La plaza Château-d'Eau es ahora la plaza de la República.

con Versalles un acuerdo honorable. Las logias más radicales brindaron a los miembros de la Comuna el apoyo oficial, meditado y deliberado de una parte importante de las clases medias.

De todas partes, hacia las rejas del Louvre protegidas por los federados, acudía la multitud ruidosa, admirada o burlona al ver pasar a los francmasones, cubiertos de insignias, con mandiles y bandas. Las delegaciones de las logias, precedidas por sus estandartes, marchaban en formación hasta la plaza Carrousel, donde se habían dado cita. Descontenta con la actitud de Thiers y con las respuestas dilatorias a sus tentativas de conciliación, una parte de la gran asociación secreta había decidido hacer un último intento antes de alinearse definitivamente con la Comuna.

Pese a las protestas del Consejo del Gran Oriente, que rechazaba la responsabilidad de esta manifestación colectiva, varios miles de miembros de los tres ritos, el Escocés, el del Gran Oriente y el Missaïm, se acumulaban ya en la amplia plaza. Hacía ocho días que no se hablaba más que de la resolución adoptada en la reunión de Châtelet: colocar en las murallas los estandartes simbólicos, haciendo un solemne llamamiento a la fraternidad y a la paz: bastaría con que una sola bala los tocase para que todos los hermanos masones se alzasen contra el enemigo común... La Comuna había recibido de buen grado a estas nuevas amistades a las que les debía su primera muestra de simpatía pública; la banda de Jules Vallès le había dado un toque rojo al estandarte de los delegados. Hoy era el gran día, una ceremonia que no se veía desde la proclamación de los electos de París por todo lo alto en la plaza de Grève. [...] A lo lejos se intensificaba el sonido de una enorme prensa, alegre, siguiendo el ritmo en sordina de la música que brotaba de los instrumentos de metal. La plaza Carrousel y la plaza Napoleón estaban tan llenas que las delegaciones, entre empujones y tropiezos, tenían que buscar refugio, desfilando en filas de cuatro, en el espacio vacío de las Tullerías. Un viejo obrero, encaramado a una farola desde la que veía a través de las rejas, iba contando lo que ocurría. Los músicos se acercaban; se podía distinguir a los tambores que marcaban el paso, una masa humana en movimiento.²⁸⁴

Lissagaray narra la misma manifestación masónica con más detalles pintorescos y destacando los simbolismos y el significado político:

Los dirigía Ranvier. Los francmasones se habían reunido por la tarde en el teatro del Châtelet. Uno de ellos propuso ir a plantar las banderas

284 P. y V. Margueritte, *op. cit.*, pp. 352-353.

masónicas a las fortificaciones; la concurrencia respondió con una ovación. Algunos que eran de parecer contrario no pudieron hacer nada contra este entusiasmo, y se decidió salir inmediatamente con la bandera a la cabeza a llevar al Hôtel-de-Ville la magna resolución. La Comuna recibió a los delegados en el patio de honor. «Si al principio —dijo el orador Thirifocq— los francmasones no han querido actuar, es que querían adquirir la prueba de que Versalles no estaba dispuesto a ninguna conciliación. Hoy están resueltos a plantar sus banderas en las fortificaciones. Si una sola bala los toca, los francmasones marcharán con ímpetu unánime contra el enemigo común». Aplausos. La gente se abraza al oír esta declaración. Jules Vallès, en nombre de la Comuna, cuelga su banda roja en la bandera; una delegación de la Comuna acompaña a los «hermanos» hasta el templo de la calle Cadet.

[...] La intervención de esta misteriosa potencia había provocado una gran esperanza en París. El 29 por la mañana, una enorme multitud llenaba las bocacalles del Carrousel, lugar de cita de todas las logias. A pesar de algunos francmasones que protestaron por medio de un cartel, a las diez, seis mil «hermanos», en representación de cincuenta y cinco logias, estaban alineados en el Carrousel. Seis miembros de la Comuna los llevaron al Hôtel-de-Ville, cruzando por entre la muchedumbre y los batallones que acordonaban el trayecto. Una música solemne, de carácter ritual, precedía al cortejo. Los oficiales superiores, los grandes maestros, los miembros de la Comuna y los «hermanos», con la ancha cinta azul, verde, blanca, roja o negra, según el grado, seguían apiñados en torno a sesenta y cinco banderas que aparecían por primera vez a la luz del sol. La que marchaba a la cabeza, la bandera blanca de Vincennes, mostraba en letras rojas la divisa fraternal y revolucionaria: «Amémonos los unos a los otros». Fue especialmente aplaudida una logia de mujeres.

Las banderas y una numerosa delegación penetraron en el Hôtel-de-Ville. Los miembros de la Comuna, agrupados en el rellano de la escalera del patio de honor, les esperaban. Las banderas se escalonaron hasta el descansillo. Aquellos estandartes de paz que se codeaban con la bandera roja, aquella pequeña burguesía que unía sus manos a las del proletariado bajo la imagen de la República, aquellos gritos de fraternidad, dieron nuevos ánimos a los más desalentados. Félix Pyat pronunció una alocución de retórico, hinchada de antítesis. El abuelo Beslay estuvo mucho más elocuente, dirigiendo al auditorio breves palabras, entrecortadas por sinceras lágrimas. Un «hermano» recabó para sí el honor de ser el primero que plantase en las fortificaciones la bandera de su logia, la Perseverancia, fundada en 1790, en el momento de las grandes federaciones. Un miembro de la Comuna les dio la bandera roja: «Que acompañe a vuestras banderas. Que ninguna mano pueda en lo sucesivo lanzarnos a unos contra otros, como no sea para que nos abracemos». Y el orador Thirifocq, señalando la bandera de Vincennes, dijo: «Vamos a presentarla la prime-

ra a las filas del enemigo. Diremos a este: ¡Soldados de la madre patria, fraternizad con nosotros, venid a abrazarnos!... Si fracasamos, iremos a uniros a las compañías de guerra».

A la salida del Hôtel-de-Ville, un globo marcado con los tres puntos simbólicos fue a lanzar desde el aire el manifiesto de la francmasonería. El inmenso cortejo, después de haber exhibido en la Bastilla y en los bulevares sus banderas frenéticamente aplaudidas, llegó a las 2 a la glorieta de los Campos Elíseos. Los obuses del monte Valérien les obligaron a tomar las vías laterales para llegar al Arco de Triunfo. Una delegación de todos los «venerables» fue plantando las banderas desde la puerta Maillot hasta la de Bineau. La bandera blanca fue enarbolada en el sitio más peligroso, en la avanzada de la puerta Maillot. Los versalleses hicieron alto el fuego.

Los delegados y algunos miembros de la Comuna designados por la suerte, avanzaron, con la bandera a la cabeza, por la avenida Neuilly. En el puente de Courbevoie, ante la barricada versallesa, un oficial los recibió y les llevó ante el general Montaudon, también francmasón. Hablan, piden una tregua. El general permite que tres delegados se dirijan a Versalles. Esa noche se hizo silencio de Saint-Ouen a Neuilly.

Al día siguiente volvieron los delegados. Thiers había consentido apenas recibirlos. Impaciente, resuelto a no acceder a nada, no quería admitir ninguna diputación. Al mismo tiempo, las balas versallesas agujereaban las banderas. Los francmasones se reunieron inmediatamente en la sala Dourlan y decidieron ir al fuego con sus insignias. Dos días después, la Liga de los Derechos de París acordó oponer al cañón de Versalles «una inmensa cantidad de firmas».

A la tarde, la Alianza Republicana de los departamentos vino a adherirse a la Comuna. Millière conducía este ejército de varios millares de hombres. Francamente unido a la Comuna, había conseguido agrupar a los oriundos de las provincias. Ya se sabe cuánto dieron estas, en sangre y en nervio, a la gran ciudad. De los treinta y cinco mil prisioneros de origen francés que confesaron haber cogido los versalleses, solamente nueve mil habían nacido en París. Millière organizó la alianza por grupos departamentales, y cada uno de ellos se esforzaba por informar a su región acerca de los acontecimientos de París, enviaba circulares, prospectos, delegados. El 30 de abril, todos los grupos, reunidos en el patio del Louvre, votaron una proclama a los departamentos y se trasladaron al Hôtel-de-Ville para «reiterar su adhesión a la obra patriótica de la Comuna de París». Algunos miembros de la Comuna bajaron para fraternizar.²⁸⁵

285 Lissagaray, *op. cit.*, pp. 239-241 [ed. en cast.: pp. 224-226].

El 16 de mayo se echa abajo la columna de Vendôme, símbolo del bonapartismo, de la opresión y de sus desastres. Y la destrucción de esta *efigie engrandecida entre llantos* se convierte en otra gran fiesta popular.

Se había colocado un sistema de jarcias alrededor de la columna, cuya base se había serrado antes, y se había preparado un lecho de estiércol para amortiguar la caída del coloso.

A las 15:00, un ciudadano se sube a la columna y agita una bandera tricolor, sin duda —se afirma en *Le Mot d'ordre*— para señalar que la caída de la columna debe llevar consigo a la bandera.

En todo caso, es una señal. Los músicos del 190.º batallón tocan *La Marseillaise* y le siguen los del 172.º con *Le Chant du départ*.

Se retiran los cañones de la calle de la Paix y, como medida de precaución, se elimina el centro de la barricada construida con adoquines.

Algunos miembros de la Comuna se colocan en el balcón del Ministerio de Justicia.

A las 15:30 suena el clarín. Los obreros bajan del andamio. Se ordena a todo el mundo que se aleje y la gente se reparte por la plaza.

A las 17:15 se ponen en marcha los cabrestantes. Los cables se van tensando, poco a poco. Son las 17:30. La atención es máxima. Todo el mundo está en vilo. Casi pueden oírse los gritos ahogados del público por miedo a un accidente cuya dimensión sería imposible calcular. La columna se tambalea. Se hace un silencio teñido de espanto en la multitud ansiosa. Luego, tras balancearse un instante sobre su base, la masa de bronce y granito cae en el lecho que se había preparado. Un ruido sordo se mezcla con el crujido de las fajinas; el aire se llena de nubes de polvo. En ese momento, estalla un inmenso clamor entre la multitud; gritan: «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!».

Todo el mundo —añade el periódico que describe la fiesta— se suma a los gritos.

Las fajinas y el estiércol han salido volando hasta diez metros por cada lado. La columna está destrozada. La estatua tiene un brazo roto y la cabeza separada del tronco. A los dos minutos se iza la bandera roja sobre el pedestal, que sigue en pie. Un sargento se sube a la base de la antigua estructura y pronuncia

un discurso. La multitud lo interrumpe, porque quiere escuchar al general Bergeret, subido a los escombros de la columna derribada.

Las 20 000 personas allí congregadas lo aplauden a rabiar, embargadas por la alegría o llevadas por el estupor. Entre aplausos y gritos patrióticos, los cuerpos militares de música tocan *La Marsellesa* y *Le Chant du départ*.

Un infante de marina que había levantado un adoquín quería lanzarlo a la cabeza de Napoleón I, pero se lo impiden.

El ciudadano Henri Festriné, encaramado a los escombros, pronuncia unas palabras:

Ciudadanos, hemos visto caer esta columna y también al hombre que ahora yace sobre los excrementos que debían acogerlo. Este hombre que horrorizó a todas las cortes extranjeras está a vuestros pies, inerme. Helo aquí, él, que sometió a la República bajo su yugo, se ve ahora pisoteado por el pueblo. Es el día de la venganza, el desafío que lanzamos a los asesinos de Versalles, el momento en el que el pueblo reivindica sus derechos.²⁸⁶

Y aquí tenemos la narración de un paseo por las calles de París en el mismo momento en el que comienza la agonía de la Comuna:

[...] Sigamos esos féretros que suben por la calle de la Roquette. Entremos con ellos en el Père-Lachaise. Todos los que mueren por París son enterrados en la gran familia, y la Comuna reclama el honor de pagar sus funerales. Su bandera roja flamea en los ángulos del coche mortuario seguido por los camaradas del batallón; a los cuales se unen siempre algunos transeúntes. Una mujer acompaña al cuerpo de su marido. Un miembro de la Comuna va también detrás del coche. Al borde de la tumba habla, no de lamentos, sino de esperanza, de venganza. La viuda estrecha a sus hijos y les dice: «¡Acordaos y gritad conmigo: viva la República, viva la Comuna!». «Es la mujer del teniente Châtelle [sic]», nos dice uno de los presentes.

Volviendo sobre nuestros pasos, pasamos junto a la alcaldía del XI, cubierta de negro, de duelo por el plebiscito imperial del que el pueblo de París es inocente y del que resulta ser víctima. La plaza de la Bastilla está jubilosa, animada por la feria del pan de especias. París no quiere cederle nada al cañón, incluso ha prorrogado por una semana esta feria. Los columpios se balancean, los torniquetes rechinan, los vendedores pregonan sus chucherías, los acróbatas lucen sus habilidades y prometen la mitad

286 J. Claretie, *op. cit.*, p. 667-668.

de los ingresos para los heridos. Un guardia que vuelve de las trincheras contempla, apoyado en su fusil, el panorama del sitio, la entrada de Garibaldi en Dijon.²⁸⁷

¿Hay que volver a recordar que, mientras las tropas de Versalles, guiadas por Ducatel, franqueaban la puerta de Saint-Cloud la tarde del domingo 21 de mayo, en el jardín de las Tullerías se estaban celebrando un «gran concierto» y una fiesta en beneficio de las viudas y los huérfanos de la Comuna?

287 Lissagaray, *op. cit.*, pp. 291-292 [ed. en cast.: p. 270].

EXTRACTOS DE LAS ACTAS DE LAS REUNIONES DE LA INTERNACIONAL EN PARÍS

Sesión del Consejo Federal del 19 de enero de 1870

COURPY.— [...] Parece que el periódico *La République des travailleurs* quiere seguir un camino distinto.

Esa actitud es censurable.

ROUYEYROLLES.— La clase trabajadora se preocupa muy poco de enviarnos sus delegados.

TABOURET.— El trabajo que se impone a los obreros panaderos es opresivo. Se hace por la noche sin necesidad. Eso nos aísla de la sociedad y de la familia [...] y así tampoco podemos comulgar con las ideas de los trabajadores. Los panaderos piden el apoyo de la Internacional.

Una huelga de panaderos tendría una enorme influencia en la sociedad.

FRANKEL.— Varlin y yo nos hemos ocupado de esta cuestión social y hemos demostrado que, en la Edad Media, los panaderos solo trabajaban de día. [...]

VARLIN.— Ahora mismo sería un mal momento con la escasez de harina.

[...]

VARLIN.— Muchos gremios están igual que los panaderos. Cuando visité las provincias, vi muchos sitios completamente castrados por una miseria atroz. La única solución sería convertirse en un organismo político con poder para actuar por nosotros mismos.

CHALAIN.— La sección del este fomenta los desacuerdos internos; el Consejo Federal ha de cumplir su mandato sin tener en cuenta esa oposición. Se han creado consejos de vigilancia en los distritos. Tal vez fueran útiles en su momento, pero ahora es urgente que todos se reagrupen en el seno del Consejo Federal. [...]

BALLERET.— La Internacional tiene que esforzarse por *ganar terreno en el ámbito político*.

GOULLÉ.— [...] Es urgente que publiquemos un manifiesto fijando nuestra posición en *La Lutte à outrance*. [...]

CHALAIN.— El manifiesto de la Sociedad Internacional de los Trabajadores tendrá que plantear claramente *la cuestión de la liquidación social*. El Imperio ha legado 16 000 millones de deudas, la guerra y el despilfarro más de lo mismo; *la liquidación es inevitable*, hay que decírselo a los burgueses. [...]

LACORD.— La Internacional no ha entendido bien su papel, los trabajadores tenían que haberse hecho con el poder el 4 de septiembre; hay que hacerlo ya. Si ese primer día la Internacional no se hubiera apartado de ese camino, todo habría salido de otra forma, sobre todo el 31 de octubre. Ahora está todo desorganizado, pero la Internacional tiene que comprender que, en la situación actual, está en juego su propia existencia. [...] Para analizar los temas de vital importancia que se debaten en este momento, propongo que las sesiones sean diarias. La Internacional ignora su verdadera fuerza, que es considerable; el público piensa que es rica y está unida.

ROUYEYROLLES.— La Internacional siempre se ha ocupado de la política y, al criticarla, se olvida que las secciones están arruinadas y que sus miembros se han dispersado. Si el público supiese todo eso, vería lo débiles que somos y, así, la Asociación se vendría abajo.

(Frankel lee una propuesta de manifiesto que no figura en el texto).

A. LÉVI.— El manifiesto del Consejo Federal está bien en cuanto a ideas, pero no es suficiente en el sentido actual. Lo que ha hecho fuerte a la Internacional ha sido no limitarse a luchar solo por los trabajadores franceses, sino extenderse al proletariado universal. En 1848 queríamos, también nosotros, reformar la sociedad de arriba abajo. La experiencia del pasado parece demostrar que la manera más segura de convertirse en una potencia temible es agrupar a los trabajadores por gremios; cada grupo con su reglamento particular y su representación en un consejo central. El periódico sería la voz y el instrumento de ese consejo y de las asociaciones gremiales.

VARLIN.— El proyecto de Frankel, aunque excelente en sus ideas, es un artículo, no un manifiesto. Es indispensable que se publique un manifiesto en el periódico fijando una posición en nombre del Consejo Federal. [...] Considero imprescindible que las sesiones sean frecuentes.

Votación: habrá sesiones los martes, los jueves y los sábados a las 20:00. Por unanimidad.

Sesión del 26 de enero de 1871.

Lacord señala que algunos pasajes de las actas serían peligrosos para nosotros si alguna copia se perdiera. Rouveyrolles, según esta acta, dijo que la Internacional era débil. El público no debe conocer los juicios que se insta a formular a los miembros del Consejo Federal. [...]

FRANKEL.— Comparto la observación de Lacord. [...]

VARLIN.— [...] La desgracia ha golpeado con dureza a las secciones de Les Ternes y Batignolles durante el asedio. La muerte de miembros de la Asociación deja a siete huérfanos en nuestras manos.

LACORD.— He redactado un manifiesto; solo tengo dinero para publicar 200 ejemplares.

Lectura del manifiesto. Aprobación.

(El manifiesto no figura en el texto).

VARLIN.— *La République des travailleurs* seguramente no se publique el próximo sábado; falta dinero. Si ya no tenemos periódico, podríamos reunirnos en varios grupos republicanos para publicar un folleto que dé a conocer la verdad sobre lo ocurrido el 22 de enero. Ante la capitulación, la Internacional ha cumplido con su deber.

LACORD.— *La Lutte à outrance* puede caer con dignidad; puede forzar su eliminación publicando un llamamiento al ejército.

GOULLÉ.— La población está corrompida; si el Consejo Federal quiere aceptar la responsabilidad, declárenos alto y claro nuestra opinión sobre la situación política. Yo creo que el pueblo no nos respaldará.

LACORD.— No perdamos la esperanza; aunque nos abandonen, seguiremos siendo la Internacional, es decir, una asociación de hombres prácticos que marchan solos con la cabeza alta. [...]

VARLIN.— Ahora mismo nos falta el componente sólido: los trabajadores; se conforman con indemnizaciones de 1,50 y 0,75 francos para sus mujeres.

GOULLÉ.— Hemos de permanecer muy unidos frente a la burguesía, que ya se está organizando para bajar los salarios tras la guerra; si no lo hacemos, estaremos desatendiendo nuestro deber.

FRANKEL.— Si hacemos propaganda, atraeremos al pueblo.

Los clubs y las ligas no han hecho nada; aunque podían salvarlo, han dejado que París caiga. Los prusianos entrarán, la burguesía los halagará para conservar su poder y sus privilegios y así hará que recaigan sobre nosotros los gastos derivados de la guerra. [...]

VARLIN.— *La République des travailleurs* y *La Lutte à outrance* seguramente no vuelvan a publicarse; así pues, busquemos la manera de hacer un nuevo periódico; nuestra única forma de fortalecernos es reorganizar la Internacional. [...]

HAREKY.— La República está en peligro, hemos de unirnos a los republicanos para defenderla. [...]

Acta de la sesión del Consejo Federal del 15 de febrero de 1871

AVRIAL.— *La Petite Presse* anuncia que Víctor Hugo y Louis Blanc son presidentes de honor de la Internacional y que Malon y Tolain han recibido un anticipo de 20 000 francos sobre los 200 000 que la Internacional les asigna anualmente mientras sean diputados. Sería urgente rectificarlo.

SÉRAILLER.— [...] Yo no veo motivos para rectificar nada más que la afirmación sobre nuestra presidencia; sobre los 200 000 francos, nos conviene hacer creer que somos ricos.

GOULLÉ.— La respuesta tendría que limitarse a enviar tres líneas a *La Petite Presse* declarando que la Internacional no tiene ni presidente ni líder. [...]

Orden del día. Sobre la reorganización de la asociación.

FRANKEL.— Desde el 4 de septiembre, los acontecimientos han hecho que la Internacional se disperse. Es urgente que se vuelvan a constituir las secciones. [...] Tenemos fuerza moral, si no en toda Francia, por lo menos en París; nos falta fuerza material, organización. Muchos miembros no comprenden el objetivo de la Asociación; por eso, hemos confeccionado una lista de candidatos socialistas y muchos miembros no han comprendido las razones que nos llevaron a poner nombres desconocidos en lugar de a Louis Blanc y Victor Hugo. Queremos que varios miembros obreros de la Internacional lleguen a ser diputados. [...] Necesitamos una organización viril, secciones disciplinadas con su propio reglamento, que participen en nuestras labores con sus propios delegados, que se mantengan fieles a la idea de la Internacional. [...]

AVRIAL.— He anunciado en los periódicos la creación de una sección proletaria en el distrito XI. He aquí un resumen de los estatutos: *Todo obrero se suma a la sociedad de resistencia del gremio. A todos los candidatos se les exigirá prueba de medios de subsistencia honorables.* [...]

En el Consejo Federal hacen falta dos cosas: el agrupamiento de los trabajadores manuales y el análisis en profundidad de las cuestiones sociales. Será difícil reconstruir la Internacional: la falta de trabajo ha creado miseria. [...]

THEISZ.— La Internacional tiene que convertirse en el gobierno social también en el futuro. Hoy en día es muy difícil que se agrupen sociedades obreras; es más fácil que se constituyan las secciones; las sociedades obreras están condenadas al fatal destino de la lucha diaria de los asalariados. [...] Las secciones, con un buen espíritu político y social, están llamadas a tener mucha influencia en la opinión pública. [...]

DEMARY.— Es urgente que haya secciones en todos los distritos.

FRANKEL.— Apoyo la propuesta de Theisz de reconstruir la Internacional. [...] Hay que nombrar secretarios para retomar las relaciones con Francia y con el extranjero.

SÉRAILLER.— Dedicamos demasiado tiempo a las secciones y menos del necesario al Consejo Federal, que no ha cumplido con su deber. El Consejo General de Londres nunca ha recibido suficiente información del Consejo Federal para conocer la situación de la rama francesa de la Internacional. [...]

En Londres, la Internacional es una potencia política de primer orden; si estalla cualquier movimiento, la Internacional en Inglaterra está preparada. En Francia no es así.

GOULLÉ.— El proletario francés no tiene la terrible y cruel miseria inglesa como acicate. [...] Desde el 4 de septiembre, los asociados han olvidado

su deber. [...] Ahora hay que pensar en el futuro. Apoyo la propuesta de Theisz.

La propuesta Theisz se aprueba por unanimidad. Se nombra miembros de la comisión a Theisz, Frankel, Rochat, Babick, Goullé, Piau, Dagnerre, Hamet, Demay y Bernard.

Acta de la sesión del Consejo Federal del 22 de febrero de 1871

Picard propone en nombre de la sección de Richard-Lenoir una manifestación pacífica, el 14 de febrero, para declarar enérgicamente las tendencias republicanas del pueblo de París.

A Combaud y Rollet esa manifestación les parece inoportuna. Ridet la apoya.

FRANKEL.— Aunque estoy muy de acuerdo con la manifestación, cuestiono la importancia que pueda tener en vista de los actuales acontecimientos. Es urgente dedicarse a los análisis y a la organización. [...] Tenemos que profundizar en las cuestiones especiales, las relacionadas con los alquileres y con el desempleo en general. [...] Hay que armonizar todas nuestras formas de pensar y nuestras apreciaciones y resumirlas en un mandato para Malon y Tolain, que forman parte de la Asamblea y tienen que hacer que se oiga en ese foro la voluntad de los trabajadores.

Babick, Rochat y Frankel, delegados ante las secciones, informan sobre su misión. [...] Nuestro trabajo con las secciones para trasladarles la propuesta de reconstrucción votada por el Consejo Federal ha tenido una buena acogida. [...]

FRANKEL.— [...] Solicito que se designe una comisión para redactar nuevos estatutos del Consejo Federal [...]. Se acepta [...] la propuesta. Se nombra miembros de la Comisión a Pindy, Rochat, Theisz, Babick, Lacord, Déliot, Frankel y Varlin.

RIDET.— Solicito que todo miembro de alguna sección de la Internacional esté obligado a unirse a la sociedad de resistencia de su gremio y a la sociedad obrera del sindicato.

Malézieux está en contra de esta propuesta.

VARLIN.— En el último congreso se invitó a todos los obreros a agruparse en las sociedades de resistencia de sus gremios. Por lo tanto, considero que se ha de invitar a los miembros de todas las secciones a sumarse a su sindicato respectivo.

GOULLÉ.— Los burgueses y los empresarios se preparan frenéticamente en todo el territorio francés para la inevitable lucha en el terreno político y en el de los asalariados. [...] En vista de la actividad de la burguesía, considero que hemos de declarar alto y claro nuestras reivindicaciones sociales. *Nuestras secciones de provincias tienen que renacer, más estrechamente unidas a nosotros que nunca; cada una de ellas ha de convertirse, en su circunscripción electoral, en un hogar político respetado por sus amigos y temido por sus enemigos, con influencia en la opinión pública.* [...] Si contásemos con un periódico

y con dinero, tendrían una incuestionable utilidad para los intereses de la Asociación. Estaría bien empezar desde ya a escribir a *nuestras secciones de provincias y establecer de manera concreta nuestra situación respecto a cada una de estas cuestiones.*

Acta de la sesión del 1 de marzo de 1871

Comunicado urgente: Comité Central de la Guardia Republicana

VARLIN.— Es urgente que los miembros de la Internacional hagan lo posible para que sean los elegidos en su compañía y para formar parte del Comité Central. Solicito que se cree una comisión de cuatro miembros que se presente ante el Comité, que valore en qué ámbitos puede la Internacional dedicarse a estas cuestiones o si debe hacerlo, y que después transmita toda la información al Consejo Federal. [...]

VARLIN.— Vayamos no como miembros de la Internacional, sino como guardias nacionales, y tratemos de hacernos con el espíritu de la Asamblea.

FRANKEL.— Eso se parece mucho a un arreglo con la burguesía: yo no quiero hacerlo. Nuestro camino es internacional; no debemos alejarnos de esa vía.

LACORD.— Hay que impedir que la Guardia Nacional se deje llevar por la reacción, como ocurrió en la primera vuelta de las votaciones. Esa gente acude a nosotros por la influencia moral que ha logrado tener la Internacional. ¿Por qué repelerlos?

CLAMOUS.— Si conseguimos que nos nombren delegados en nuestras compañías, conquistaremos una fuerza real. [...]

RIDET.— Yo he visto la prueba de ello esta noche; a Vinoy ya no le obedecen. La línea quiere evitar cualquier conflicto con el pueblo. Vinoy la ha enviado a por los cañones a la plaza Royale. La Guardia Nacional se ha negado a entregárselos. La línea no ha insistido.

BABICK.— La influencia de estos acontecimientos va a ser considerable a partir de ahora; puede ser una ventaja enorme.

PINDY.— Todo el mundo parece olvidar que existe el riesgo de involucrar a la Internacional.

FRANKEL.— Nadie de los aquí presentes puede comprometer a la Internacional sin haberlo consultado con su sección.

GOULLÉ.— No hay que comprometer a la Internacional. La cuestión es que entre los delegados de las compañías haya miembros de la Internacional, y luego que haya cuatro miembros en el Comité Central, de manera que actúen ahí en nombre propio y vengan a informar al Consejo Federal.

CLAMOUS.— Los que dirigen el tema son socialistas.

VARLIN.— Los hombres de ese Comité a los que se consideraba sospechosos han sido apartados o se los ha sustituido por socialistas, que desean que haya entre ellos cuatro delegados que actúen como enlace entre ellos y la Internacional. Si permanecemos solos ante tamaña fuerza,

nuestra influencia desaparecerá; si nos unimos a este Comité, daremos un gran paso hacia el futuro social.

[...]

BIDET.— [...] Si los socialistas de este Comité van hacia adelante, sería una locura que la Internacional negase su cooperación tácita.

CHARBONNEAU.— Decís que el Comité se ha vuelto socialista; al principio era reaccionario. Yo sigo teniendo reservas. Por lo tanto, apoyo que se nombre a cuatro miembros; tendrán un mandato determinado y se implicarán únicamente en la lucha social.

[...]

PINDY.— Voy a hacer que la propuesta se vote de la siguiente forma, derivada del debate:

1.º Se envía una delegación de cuatro miembros al Comité Central de la Guardia Nacional.

2.º Su actividad en dicho Comité será a título individual y expresamente reservada a lo relativo a la Asociación Internacional de los Trabajadores de Francia.

La Asamblea aprueba [...].

Sesión del Consejo Federal del 15 de marzo de 1871

Avrial considera que hay que volver a constituir todas las secciones para apartar de ellas a quienes han hecho que la Internacional se desvíe de su objetivo; nos hace falta un programa definido.

Buisset apoya a Avrial. En nombre de la sección social de Écoles, se hace la propuesta de poner en el orden del día de las secciones: la necesidad de celebrar en el futuro próximo un congreso de la Internacional en París.

[...]

Se acepta esa propuesta.

Se acepta una propuesta de Macdonel para que se ponga en el orden del día de las secciones el tema de los alquileres.

Piau solicita que el Consejo Federal le otorgue un mandato para fundar secciones en provincias, ya que va a dejar la capital en unos días. Se acepta esa propuesta.

Frankel, secretario encargado de asuntos exteriores, comunica el resultado de las elecciones en Alemania y lo considera deplorable: ha ganado el partido progresista; desde el punto de vista social, se trata de un partido profundamente reaccionario.

Combaud cita una carta de Karl Marx, reproducida en el *Paris-Journal*, interpretada como una orden de los prusianos a nosotros; el Consejo Federal tendría que rectificarla.

Distintos ciudadanos ponen en duda la autenticidad de la carta.

ROCHAT.— Ese periódico es de la policía.

Varios ciudadanos anuncian la creación de nuevos periódicos revolucionarios.

Theisz, ponente de la comisión de los estatutos, lee la propuesta de informe de la comisión encargada de revisar los estatutos del Consejo Federal.

Art. 1.— Las secciones parisinas de la Asociación Internacional establecen una *federación* con el objetivo de facilitar las relaciones de toda naturaleza entre los distintos grupos de trabajadores.

Esta federación queda representada por un Consejo Federal.

Se siguen los 39 artículos de la propuesta de estatutos:

Organización de las secciones (art. 2-7).

Constitución del Consejo Federal (art. 8-18).

Atribuciones del Consejo Federal, relación del Consejo con las secciones federadas (art. 19-32).

Reuniones del Consejo Federal; asambleas generales (art. 33-36).

Relación del Consejo Federal con las sociedades obreras (art. 37-38).

Revisión de los estatutos (art. 39).

Acta de la sesión del Consejo Federal del 22 de marzo de 1871

Malon expresa sus acuciantes dudas sobre el resultado de un acuerdo entre los ayuntamientos y el Comité Central, y también sobre el éxito de las elecciones a la Comuna. Teme que no se pueda evitar un conflicto sangriento.

SPETLER.— Estaría bien que en la sesión de mañana se hiciese un llamamiento a las secciones y a las sociedades obreras y que, por decisión de esos grupos, se invitase al Comité a dejar sus poderes en manos de los ayuntamientos.

ROUYEVROLLES.— Si el Comité tuviera que traspasar sus poderes, los dejaría en manos del pueblo armado, dado que el Comité es una emanación del pueblo, y el Comité invitaría al pueblo a encargarse de su reemplazo inmediato.

Internacional y Cámara Federal, sesión del 23 de marzo de 1871

BERTIN.— Esta noche hemos de ocuparnos de las elecciones comunales.

FRANKEL.— El consejo municipal no es otra cosa que el consejo de vigilancia de una asociación. Esta asimilación es así hasta tal punto que, en este momento, la cuestión general ya no es política, sino social. Yo considero que ha de hacerse un manifiesto en el que invitemos a todos los nuestros a votar la Comuna.

[...]

ROUYEVROLLES.— Se han cargado muchas cosas sobre los hombros de la Internacional. Si se hiciese un manifiesto, sería vital liberarla de todas esas cargas.

[...]

FRANKEL.— Hagamos un manifiesto; así reforzaremos al Comité Central con toda nuestra fuerza moral.

DUCHÈNE.— Durante el Imperio, la Internacional declaraba alto y claro sus principios; ¿puede permanecer en silencio con la República?

MINET.— Hemos de ser prudentes; lo que está en juego no somos nosotros como personas, sino la institución y la organización de la Internacional; la Internacional ha nombrado oficialmente tres delegados para actuar junto con el Comité Central.

Theisz quiere exonerar a la Internacional de ese hecho. El mandato encomendado a los cuatro delegados era ir a investigar a ese Comité; si los delegados han ido más allá de ese mandato, tal vez hayan hecho bien, pero nosotros no podemos ser responsables de ello (pp. 133-134).

[...]

BOUDET.— Cooperemos plenamente con la República cuando se vuelva una República social.

HEVETTE.— A día de hoy, es necesario que la Internacional tenga una responsabilidad militante.

SPÖETLER.— La Internacional, más idealista que realista, lo ve todo y hace mucha propaganda; estoy a favor de un manifiesto, pero me opondría a que se lanzase de lleno a las sociedades obreras a ese movimiento.

[...]

HAMET.— En la cuestión de la implicación o la responsabilidad estamos todos de acuerdo; solo nos divide el asunto de la conveniencia, del riesgo; nuestra decisión está tomada. [...]

[...]

Se cierra la sesión. La cuestión de la conveniencia u oportunidad se somete a votación y se aprueba por unanimidad menos siete votos.

Se aprueba que la redacción del manifiesto se haga esta noche.

[...]

Se nombra miembros de la Comisión a Frankel, Theisz y Demay. [...]

Sesiones del Consejo Federal de las secciones de París. Acta de la sesión celebrada durante la noche del 23 al 24 de marzo de 1871

Está representada: la Federación de Ruan

Presidente: Spœtler. Asesores: Rouveyrolles y Aubry.

GOULLÉ.— Podríamos aprovechar que tenemos entre nosotros al ciudadano Aubry para hablar de la situación social actual en provincias.

[...]

AUBRY.— Ruan está indeciso; le sorprende no encontrar una vinculación estrecha entre la federación obrera y el Comité Central; sin embargo, la revolución del 18 de marzo es completamente social y los periódicos de toda Francia citan a la Internacional diciendo que se ha hecho con el poder; nosotros sabemos que no es eso lo que ha pasado. Creo que el movimiento se armonizaría invitando al Comité Central a sumarse a la Internacional.

GOULLÉ.— Ahora mismo no se puede esperar mucho de las provincias.

[Goullé pronuncia un discurso [...] sobre los acontecimientos actuales, que, según dice, pueden resultarnos ventajosos; pero no se puede esperar mucho de las provincias. [...] A modo de ejemplo, se citan los acontecimientos más recientes de Roubaix, donde el ayuntamiento ha ordenado a una gran masa obrera, apelando a su honradez, que vuelva al taller en condiciones inferiores a las que tenía antes de la guerra; en el departamento de Nord, hay 700 000 obreros que mañana se plegarán a ese requerimiento y quedarán sometidos a esta dictadura municipal].

AUBRY.— Se puede decir lo mismo del departamento de Seine-Inférieure, donde hay 250 000 obreros en la misma situación. [...]

La comisión de tres vuelve a la sesión y lee la siguiente propuesta de manifiesto:

«Asociación Internacional de los Trabajadores. Consejo Federal de las secciones de París.

Trabajadores:

Una larga sucesión de reveses y una catástrofe que parece llevar consigo la ruina total de nuestro país; ese es el balance de la situación que han creado en Francia los gobiernos que la han dominado.

[...]

El principio de autoridad resulta ya inútil para restablecer el orden en las calles, para hacer que resurja el trabajo en los talleres.

[...]

La insolidaridad de intereses ha causado la ruina general, ha engendrado la guerra social; la libertad, la igualdad y la solidaridad son lo que se ha de exigir para garantizar el orden sobre bases nuevas y reorganizar el trabajo, que es su condición inicial.

La revolución comunal afianza estos principios. [...]

¿Dudáis con respecto a si brindar vuestra aprobación definitiva?

La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, debatidas en libertad, harán que cese el antagonismo de clase y asegurarán la igualdad social.

Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es la garantía para ello. [...]

La autonomía de cada una de las comunas quita cualquier carácter opresivo a sus reivindicaciones y afianza la República en su expresión más elevada. [...]

¿Qué pedimos?

La organización del crédito, de los intercambios y de la asociación para garantizar al trabajador el valor íntegro de su trabajo.

La educación gratuita, laica e integral.

El derecho de reunión y de asociación, la plena libertad de prensa y la libertad del ciudadano.

La organización a escala municipal de los servicios de policía, de fuerzas armadas, de salud pública, de estadística, etc.

[...]

Hoy, el pueblo de París está lúcido. [...] En las elecciones municipales, fruto de un movimiento nacido del propio pueblo, se recordará que el principio rector para organizar un grupo, una asociación, es el mismo que debe gobernar a toda la sociedad; e igual que el pueblo rechazaría a cualquier administrador o presidente impuesto por un poder que le resultase externo a sí mismo, también rechazará a cualquier amo, señor o prefecto impuesto por un gobierno ajeno a sus aspiraciones.

Afirmará su derecho, superior al voto de una asamblea, de seguir siendo dueño de su ciudad y constituir su representación municipal a su conveniencia sin pretender imponérsela a los demás.

El domingo 26 de marzo [...], el pueblo de París considerará un honor votar por la Comuna.

Los delegados presentes en la sesión de la noche del 23 de marzo de 1871.

En nombre del Consejo Federal de las secciones de París de la Asociación Internacional:

E. Aubry (federación de Ruan), Boudet, Chaudesaigues, Coiffé, V. Demay, A. Duchêne, Dupuis, Léo Frankel, Henri Goullé, Laureau, Limousin, Martin Léon, Nostag (con su nombre real: Ruffier) y Ch. Rochat.

En nombre de la Cámara Federal de Sociedades Obreras: Camélinat, Descamps, Evette, Galand, Haan, Hamet, Jance, J. Lallemand, Lazare Lévy, Pindy, Eugène Pottier, Rouveyrolles, A. Theisz y Véry (pp. 145-152).

Se ha decidido que este manifiesto se publicará mediante carteles».

Este manifiesto, dorado en papel rojo, se dirigió a todas las secciones de provincias. Se reproduce en el *Diario oficial* del 27 de marzo, en *La Commune* del 28 de marzo, en *L'Émancipation de Toulouse* del mismo día, etc. (p. 152).

CRONOLOGÍA

1870

19 de julio – Declaración de guerra de Francia a Prusia.

25 de julio – Napoleón III se va con el ejército y deja como regente a la emperatriz Eugenia.

1 de agosto – El ejército francés toma Saarbrücken.

3 de agosto – El ejército prusiano toma Wissemburgo.

6 de agosto – Batalla de Fröeschwiller en Alsacia (cargas de acorazados en Morsbronn y Reichshoffen).

Batalla de Forbach en Lorena.

7 de agosto – El gobierno francés decreta el estado de sitio en París.

9 de agosto – La Cámara derroca al gobierno de Ollivier y lo sustituye un equipo presidido por el duque de Palikao.

10 de agosto – El ejército francés se retira en Metz.

12 de agosto – Bazaine es nombrado general en jefe.

14 de agosto – Batalla de Borny.

16 de agosto – Batalla de Gravelotte. – Napoleón III llega a Châlons. Se nombra al general Trochu gobernador de París.

18 de agosto – Batalla de Saint-Privat.

23 de agosto – El ejército francés, comandado por el Mariscal Mac-Mahon, abandona Châlons en dirección a Montmédy.

31 de agosto – Combate de Bazeilles. Napoleón III y Mac-Mahon se instalan en Sedán.

1 de septiembre – Acorralado en Sedán, Napoleón III ordena que se icle la bandera blanca.

2 de septiembre – Capitulación de Sedán. Hacen prisionero a Napoleón III.

3 de septiembre – Llega a París la noticia de la capitulación de Sedán.

4 de septiembre – Manifestaciones en París y proclamación de la República.

Se constituye el gobierno «de la defensa nacional».

Se proclama en Lyon un Comité de Salvación Pública.

18 de septiembre – Formación de una «Ligue du Midi» en la que se integran Lyon, Marsella y el sureste.

París es sitiado.

27 de octubre – Capitulación de Bazaine en Metz.

31 de octubre – Intento de insurrección en París. Los guardias nacionales ocupan el Hôtel de Ville, pero no logran crear un nuevo gobierno. El movimiento se viene abajo durante la noche.

1 de noviembre – Agitación en Marsella (que fracasa al día siguiente).

1871

5 de enero – Comienzo del bombardeo de París.

7 de enero – Cartel rojo del Comité Central: paso al pueblo, paso a la Comuna.

18 de enero – Se proclama el Imperio alemán en el castillo de Versalles.

21 de enero – Movimiento de los guardias nacionales de París, que liberan a Flourens.

22 de enero – Manifestación ante el Hôtel de Ville, reprimida con dureza. Muerte de Sapia.

23 de enero – Continúa la represión: prohibición de clubs, eliminación de 17 periódicos.

Jules Favre, en Versalles, empieza a negociar la capitulación.

28 de enero – Firma del armisticio (excepto el ejército del este).

12 de febrero – Reunión de la Asamblea en Burdeos.

15 de febrero – La Asamblea suprime el salario (los 30 sueldos) de los guardias nacionales.

19 de febrero – Thiers forma el gobierno.

1 de marzo – Banderas negras en París. Los alemanes ocupan los Campos Elíseos. La Asamblea ratifica los preliminares de paz, pese a la protesta de los diputados de Alsacia y Lorena.

10 de marzo – La Asamblea vota su traslado a Versalles. Abolición de la moratoria de los alquileres y de los efectos comerciales; descontento de la pequeña burguesía.

15 de marzo – Se constituye definitivamente el Comité Central.

18 de marzo – La cuestión de los cañones. El gobierno se repliega en Versalles. Insurrección de París.

23 de marzo – Comuna en Marsella, instigada por Gaston Crémieux.

24 de marzo – El intento de conciliación de los alcaldes de París fracasa ante la Asamblea de Versalles.

25 de marzo – Los alcaldes y los concejales de distrito de París aceptan el principio de elecciones rápidas para la Comuna. Fracaso del movimiento de Lyon.

Elecciones para el Consejo de la Comuna de París, que se celebran sin incidentes.

27 de marzo – Proclamación de la Comuna de París, que se instala en el Hôtel de Ville.

3 de abril – Las fuerzas de la Comuna marchan sobre Versalles y se dispersan por los tiros desde Mont-Valérien (muerte de Flourens).

4 de abril – Retirada de las fuerzas de la Comuna (muerte de Duval).

10 de abril – La misión conciliadora de la francmasonería fracasa en Versalles.

12 de abril – Decreto sobre los vencimientos que suspende todas las actuaciones judiciales.

13 de abril – Decreto que ordena la demolición de la columna de Vendôme.

16 de abril – Elecciones complementarias para el Consejo de la Comuna.

Decreto sobre la reactivación de los talleres abandonados a cargo de las sociedades obreras.

18 de abril – Decreto sobre los vencimientos de los efectos comerciales.

Toma de la estación de Asnières.

19 de abril – Se expone el programa de la Comuna en una declaración al pueblo francés.

25 de abril – Requisa de viviendas vacías.

Alto el fuego en Neuilly para permitir la evacuación de los civiles.

26 de abril – Las tropas de Versalles ocupan Issy-les-Moulineaux.

27 de abril – Prohibición de las multas y retenciones sobre los salarios.

30 de abril – De acuerdo con la Comuna, la Alianza Republicana de los Departamentos se manifiesta en la plaza del Louvre.

Las elecciones municipales en los departamentos indican el avance de los republicanos.

4 de mayo – Prohibición de la acumulación de salarios (de funcionarios).

Decreto de aplicación sobre la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías.

Valiéndose de la traición, en la noche del 3 al 4 de mayo, las tropas de Versalles toman el reducto de Moulin-Sacquet.

7 de mayo – Decreto que facilita los desempeños en el Monte de Piedad.

8 de mayo – Ultimátum de Thiers a los ciudadanos de París.

9 de mayo – Renovación del Comité de Salvación Pública.

Las tropas de Versalles ocupan la fortificación de Issy.

13 de mayo – A partir de entonces, los gremios tendrán preferencia en la adjudicación de encargos.

Las tropas de Versalles ocupan la fortificación de Vanves.

16 de mayo – Destrucción de la columna de Vendôme.

17 de mayo – Se suprime la distinción entre hijos naturales e hijos legítimos en lo relativo a las indemnizaciones a los guardias nacionales.

18 de mayo – El Comité de Salvación Pública suprime diez periódicos.

La Asamblea de Versalles ratifica el tratado de Fráncfort.

Nueva reunión de los delegados de las asociaciones sindicales.

19 de mayo – Édouard Vaillant estipula la laicización de la enseñanza.

21 de mayo – Decreto sobre los teatros.

Cluseret es juzgado y liberado.

Las tropas de Versalles entran en París por Point-du-Jour sin encontrarse con ninguna resistencia y ocupan sin dificultad el distrito XVI y la mayor parte del XV.

22 de mayo – Llamamiento a las armas del Comité de Salvación Pública.

Las tropas de Versalles ocupan los Campos Elíseos.

23 de mayo – Las tropas de Versalles se hacen con Montmartre, Batignolles y el distrito XVIII.

24 de mayo – Las tropas de Versalles recuperan el Banco de Francia, la Bolsa y el Louvre.

Del 25 al 26 de mayo – Las tropas de Versalles llegan a La Villette tras haberse hecho con la Bastilla y con el barrio de Saint-Antoine.

27 de mayo – Fusilamiento en masa de los defensores del Père-Lachaise en el Muro de los Federados.

28 de mayo – Hacia mediodía ha desaparecido cualquier atisbo de resistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Allemand, G., *Des barricades en prison*, Leningrado, 1933.
- Allemane, Jean, *Mémoires d'un Communiste. Des barricades au bain*, París, Librairie socialiste, 1910.
- Alméras, Henri (d'), *La Vie parisienne pendant le siège et sous la Commune*, París, Albin Michel, 1927.
- Ameline, Henri, *Dépositions des témoins de l'enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, vol. I-III, París, Dentu, 1872.
- Amigues, Jules, *Les Aveux d'un conspirateur bonapartiste*, París, Lachaud et Burdin, 1874.
- Andréoli, Émil, *Le Gouvernement du 4 septembre et la Commune de Paris* (compendio de documentos oficiales), París, Bocquet, 1871.
- Andrieux, Louis, *La Commune à Lyon en 1870 et 1871*, París, Perrin, 1906.
- Arago, Étienne, *L'Hôtel de Ville de Paris au 4 septembre et pendant le siège*, París, Hetzel, 1874.
- Arnould, Arthur, *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Bruselas, Kistemaekers, 1878.
- Arsac, Joanni (d'), *La Guerre civile et la Commune de Paris en 1871*, París, Curot, 1871.
- Aubray, Maxime, y Michelesi, Sylla, *Histoire des événements de Marseille*, Marsella, Samat, marzo de 1872.
- Audiganne, Armand, *Mémoires d'un ouvrier de Paris, 1871-1872*, París, Charpentier, 1873.
- Balathier-Bragelonne, Adolphe (de), *Paris insurgé* (extractos de la prensa diaria), París, redacción del periódico *Le Voleur*, 1872.

- Barges, Jean-Joseph, *Notre-Dame-des-Victoires pendant la Commune*, París, Lecoffre, 1889.
- Barron, Louis, *Sous le drapeau rouge*, París, Savine, 1889.
- Bell, Georges, *Paris incendié, histoire de la Commune de 1871*, París, E. Martinet, s.f.
- Bertall, *Les Communeux 1871*, París, Plon, 1880.
- Beslay, Charles, *La Vérité sur la commune*, Bruselas, Kistemaeckers, 1878.
- *Mes souvenirs*, Neuchâtel, Sandoz et Fischbacher, 1873.
- Bizet, Georges, *Lettres*, París, Calman-Lévy, 1908.
- Blanqui, Auguste, *Textes choisis*, París, Éditions sociales, 1956.
- *La Patrie en danger*, París, Chevalier, 1871.
- Bourelly, Jules (general), *Le Ministère de la Guerre sous la Commune*, París, Combet, 1902.
- Bourgin Georges, *Histoire de la Commune*, París, Éd. Cornély, 1907.
- «Le mouvement communaliste dans les départements en 1871», en *Revue socialiste*, mayo de 1909.
- «*La Commune de Paris et le Comité central*», París, 1925.
- *Les Premières journées de la Commune*, París, Hachette, 1928.
- Bruhat, Jean, Dautry, Jean, y Tersen, Émile, *La Commune de 1871*, París, Éd. Sociales, 1960.
- Burnand, François, *Le Clergé pendant la Commune*, París, Tolra, 1892.
- Bystrianski, V., *Notes pour l'histoire de la Commune de Paris*, Praga, 1921.
- Camp, Maxime (du), *Les Convulsions de Paris*, vol. I-IV, París, Hachette, 1878-1879
- Cattelain, Philippe-Auguste, *Mémoires inédits du chef de la Sûreté sous la Commune*, París, Juven, 1900.
- Choury, Maurice, *La Commune au quartier Latin*, París, Club des amis du livre progressiste, 1961.
- Cladel, Léon, I.N.R.I., París, Valois, 1931.
- Claretie, Jules, *Histoire de la révolution de 1870-1871*, vol. I-V, París, redacción de *L'éclipse*, 1875-1886.
- Clément, Jean-Baptiste, *La Revanche des communeux*, París, Jean Marie, 1886-1887.
- Cluseret, Gustave-Paul, *Mémoires*, vol. I-III, París, Lévy, 1887-1888.
- Coullié, (abad) Pierre-Hector, *Saint-Eustache pendant la Commune*, París, Dupont, 1871.

- Crustin, Dr., *Souvenirs d'un Lyonnais*, Lyon, Decléris, 1897.
- Da Costa, Charles, *Les Blanquistes*, Paris, Rivière, 1912.
- Da Costa, Gaston, *La Commune vécue*, vol. I-III, Paris, antigua Maison Quantin, 1903.
- Dalseme, Achille-J., *Histoire des conspirations sous la Commune*, Paris, Dentu, 1872.
- Damé, Frédéric, *La Résistance, les maires, les députés de Paris et le Comité central du 18 au 26 mars*, Paris, Lemerre, 1871.
- Danilin, Yury, *La Vie théâtrale pendant la Commune de Paris*, Moscú, Chud. Lit., 1936.
- Dansette, Adrien, *Les Origines de la Commune de 1871*, Paris, Plon, 1944.
- Dauban, Charles-Aimé, *Le Fond de la société sous la Commune*, Paris, Plon, 1873.
- Dautry, Jean, y Scheler, Lucien, *Le Comité central républicain des 20 arrondissements de Paris*, Paris, Éd. Sociales, 1960.
- Delpit, Albert, *Huit jours d'histoire*, Paris, Lachaud, 1871.
- Dommanget, Maurice, *L'Instruction publique sous la Commune*, Paris, l'Internationale des travailleurs de l'enseignement libre du travail, 1929.
- *Hombres et choses de la Commune*, Marsella, Éditions de la Coopérative des amis de l'«École émancipée», s.f.
- «La Commune et les Communards», suplemento en *Masses*, mayo de 1947, n.º 9.
- «Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire», *Cahiers des Annales*, 1960.
- *Blanqui, la guerre et la Commune*, Paris, Domat-Montchrestien, 1947.
- Dréo, Amaury Prosper Marie, *Procès-verbaux des séances du conseil du gouvernement de la défense nationale*, Paris, Lavauzelle, 1905.
- Dubois, Lucien, *Chapitres nouveaux sur le siège et la Commune, 1870-1871*, Paris, Le Chevalier, 1872.
- Dubreuilh, Louis, «La Commune», en *Histoire socialiste*, publicada bajo la dirección de Jaurès.
- Duclos, Jacques, *À l'assaut du ciel*, Paris, Éditions sociales, 1961.
- Ducrot, Auguste-Alexandre (general), *La Défense de Paris 1870-1871*, vol. I-IV, Paris, Dentu, 1875-1878.
- Dupont, Léonce, *La Commune et ses auxiliaires devant la justice*,

- París, Didier, 1871.
- *Le Dossier de la Commune devant les conseils de guerre. Souvenirs de Versailles pendant la Commune*, París, Dentu, 1881.
- Duportal, Armand, *La Commune à Toulouse; la ville de Marseille; l'insurrection du 25 mars 1871*, Toulouse, Savy, s.f.
- Duquet, Alfred, *Guerre de 1870-1871: Paris le 4 septembre et Châtillon*, París, Charpentier, 1890.
- *Paris, La Malmaison, Le Bourget et le 31 octobre*, París, Charpentier et Fasquelle, 1893.
- *Paris, Thiers, le plan Trochu et L'Hay*, París, Charpentier et Fasquelle, 1894.
- *Paris, le bombardement de Buzenval*, París, Fasquelle, 1898.
- Duveau, Georges, *La Vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, Gallimard, 1946.
- *Le Siège de Paris*, París, Hachette, 1939.
- Esbœufs, Vergès (d'), *Trahison et défection au sein de la Commune*, Ginebra, Blanchard, 1872.
- Fabre, Marc-André, *Le Drame de la Commune*, París, Hachette, 1937.
- *Vie et mort de la Commune*, París, Hachette, 1947.
- Faucher, Jean-André, *La Véritable Histoire de la Commune*, París, Éd. Atlantic, 1960.
- Favre, Jules, *Gouvernement de la défense nationale*, París, Plon, 1871-1875.
- Fetridge, William Pembroke, *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871*, Nueva York, Harper, 1871.
- Fiaux, Louis, *Histoire de la guerre civile de 1871*, París, Charpentier, 1879.
- Flourens, Gustave, *Paris livré*, París, Garnier, 1871.
- Fontoulieu, Paul, *Les Églises de Paris sous la Commune*, París, Dentu, 1873.
- Fribourg, Ernest Édouard, *L'Association internationale des travailleurs*, París, Le Chevalier, 1871.
- Gagnière, Albert, *Histoire de la presse sous la Commune*, París, Lachaud, 1872.
- Garaudy, Roger, *Les Sources françaises du socialisme scientifique*, París, Éd. Hier et Aujourd'hui, 1949.
- Gastyne, Jules (de), *Mémoire secrets du Comité central de la Commune*, París, Lacroix, Verboeckhoven, 1871.
- Gesner, Rafina, *Une mission secrète à Paris pendant la Commune*,

- París, Dentu, 1871.
- Goncourt, Jules y Edmond (de), *Journal*, 2.^a serie, vol. I, 1870-71.
- Gouchtchin, A., *La Commune de Paris et les artistes*, Leningrado, 1934 (en ruso).
- Guesde, Jules, *Le Livre rouge de la justice rurale* (citas de documentos y periódicos versalleses en defensa de la Comuna), Ginebra, Blanchard, 1871.
- Guillemin, Henri, *L'Héroïque Défense de Paris*, París, Gallimard, 1959.
- Hans, Albert, *Souvenirs d'un volontaire versaillais*, París, Dentu, 1873.
- Hérisson, Maurice (d'), *Nouveau Journal d'un officier d'ordonnance: La Commune*, París, Ollendorff, 1889.
- Jellinek, Frank, *The Paris Commune*, Nueva York, 1930.
- Jeloubovskaia, Enna, *La Chute du Second Empire et la naissance de la III^e République en France*, Éd. en langues étrangères, Moscú, 1959.
- Jezierski, Louis, *Entrée de l'armée dans Paris. Bataille des 7 jours*, París, Garnier, 1871.
- Jourde, François, *Souvenirs d'un membre de la Commune*, Bruselas, Kistemaeckers, 1877.
- Kan, C., «La Presse jacobine avant le 18 mars 1871», en *Historic-Marxist*, n.º 6, 1927.
- «La Banque de France et les préparatifs du 18 mars 1871», *op cit.*, n.º 4, 1933.
- «Le Gouvernement de Thiers et les préparatifs de la révolution du 18 mars 1871», en *Borba Classov*, n.º 6, 1933.
- Kerjantsev, P.-M., *Histoire de la Commune de Paris*, Moscú, 1959 (en ruso).
- Kracilnikov, S., *Les Actions militaires de la Commune de Paris 1871*, Éditions de l'Armée, 1935 (en ruso).
- Lamazou (abad), *La Place Vendôme et la Roquette*, París, Douniol, 1873.
- Lanjalley, Paul, y Corriez, Paul, *Histoire de la révolution du 18 mars*, París, Librairie International, 1871.
- Laronze, Georges, *Histoire de la Commune de 1871. La Justice*, París, Payot, 1928.
- Laurent, Benoît, *La Commune de 1871. Les postes, les ballons, le télégraphe*, París, Dorbon, 1934.

- Lavrov, Petr, *La Commune de Paris du 18 mars 1871*, 1.^a ed.: 1879 ; última ed.: 1925.
- Lefèvre, André, *Histoire de la Ligue d'union républicaine des droits de Paris*, París, Charpentier, 1881.
- Lefrançais, Gustave, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, Bruselas, Temps Nouveaux, 1903.
- *Étude sur le mouvement communaliste à Paris en 1871*, Neuchâtel, Guillaume fils, 1872.
- *La Commune et la révolution*, París, Temps Nouveaux, 1896.
- L'Huillier, Fernand, «La Lutte ouvrière à la fin du Second Empire», en *Cahiers des Annales*, 1857.
- Lemonnyer, Jules, *Les Journaux de Paris pendant la Commune*, París, Lemonnyer, 1871.
- Lepelletier, Edmond, *Histoire de la Commune de 1871*, vol. I-III, París, Mercure de France, 1911-1913.
- Lissagaray, Prosper-Olivier, *Les Huit Journées de mai derrière les barricades*, Bruselas, redacción del *Petit Journal*, 1871.
- *Histoire de la Commune de 1871*, Bruselas, Kistemaeckers, 1877 [ed. en cast.: *La Comuna de París*, Tafalla, Txalaparta, 2016].
- Loudun, Eugène, *Journal de Fidès*, vol. I-II, París, Lachaud, 1889.
- Mac-Mahon, mariscal, *L'Armée de Versailles depuis sa formation jusqu'à la complète pacification de Paris*, París, Ghio, 1871.
- Maillard, Firmin, *Les Publications de la rue pendant le siège et la Commune*, París, Aubry, 1874.
- *Affiches, professions de foi, documents officiels, etc.*, París, Dentu, 1871.
- *Histoire des journaux publiés à Paris pendant le siège et sous la Commune*, París, Dentu, 1871.
- Malon, Benoît, *La Troisième Défaite du prolétariat français*, Neuchâtel, Guillaume fils, 1872.
- March, Thomas, *The History of the Paris Commune of 1871*, Londres, Swan Sonnenschein, 1896.
- Marforio (seud. de Louise Lacroix), *Les Écharpes rouges, souvenirs de la Commune*, París, Laporte, 1871.
- Margueritte, Paul y Victor, *La Commune*, París, Plon-Nourrit, 45.^a ed.
- Martin, Claude, *La Commune d'Alger 1870-1871*, París, Éditions Heraklès, 1936.
- Marx, Karl, *La Guerre civile en France 1871*, París, Éd. Sociales, 1953.

- Marx, Engels, Lenin, obras diversas.
- Mason, Edward, *The Paris Commune*, Nueva York, Macmillan, 1930.
- Mendelson, C., *La Commune de Paris du 18 mars*, s.f.
- Mendès, Catulle, *Les 73 journées de la Commune*, París, Lachaud, 1871.
- Michel, Louise, *La Commune*, París, 1898 [ed. en cast.: Madrid, La-Malatesta y Tierra de Fuego, 2014].
- Molinari, Gustave (de), *Les Clubs rouges pendant le siège de Paris*, París, Garnier, 1871.
- Molok A., «L'organisation militaire de la Commune de Paris et le délégué Rossel», en *Historic-Marxist*, n.º 7, 1928.
- «Le Tribunal militaire de la Commune de Paris», en *Sous le drapeau du marxisme*, n.º 6, 1927.
- *La Commune de Paris en 1871*, Leningrado, 1927 (en ruso).
- *La Terreur blanche en France en 1871*, Moscú, 1936 (en ruso).
- *Notes sur la vie et la culture de la Commune de Paris en 1871*, Leningrado, 1924 (en ruso).
- *La Commune de Paris et les paysans*, Leningrado, 1925.
- Morel, Henry, *Le Pilon des Communeux*, París, Lachaud, 1871.
- Moriac, Édouard, *Paris sous la Commune*, París, Dentu, 1871.
- Morin, Georges, *Histoire critique de la Commune*, París, Lacroix, Verboeckhoven, 1871.
- Olivesi, Antoine, *La Commune de Marseille*, París, Rivière, 1950.
- Paul-Louis, *Histoire de la classe ouvrière en France, de la Révolution à nos jours*, París, Rivière, 1929.
- Pelletan, Camille, *La Semaine de mai*, París, Dreyfous, 1880.
- *Questions d'histoire: le Comité central et la Commune*, París, Dreyfous, 1879.
- Pierotti, Ermete., *Décrets et rapports officiels de la Commune de Paris et du gouvernement français à Versailles, etc.*, París, Pierotti, 1871.
- Postgate, Raymond W., *Out of the Past*, Londres, Labour Publishing, 1922.
- Pottier, Eugène, *Chants révolutionnaires*, París, Éd. Sociales Internationales, 1937.
- Rappoport, Charles, *La Commune de Paris dans l'Encyclopédie socialiste*, París, Quillet, 1912.
- Rastoul, Alfred, *L'Église de Paris sous la Commune*, París, Dillet, 1872.

- Reclus, Élie, *La Commune au jour le jour*, 1871, París, Schleicher, 1909.
- Rihs, Charles, *La Commune de Paris, sa structure et ses doctrines*, Ginebra, Droz, 1955.
- Rinn Louis, *Histoire de l'insurrection de 1871 en Algérie*, Argel, Jourdan, 1890.
- Rochefort, Henri, *Les Aventures de ma vie*, vol. I-V, París, Dupont, 1896.
- Rossel, Louis-Nathaniel, *Papiers posthumes*, París, Lachaud, 1871.
— *Mémoires et correspondance*, París, P.-V. Stock, 1908.
- Rousset, Léonce, *La Commune à Paris et en province*, París, Tallandier, 1912.
- Séguin, Léo, «The ministry of war under the Commune», en *Fortnightly Review*, vol. XXII, 1872.
- Sempronius, *Histoire de la Commune de Paris en 1871*, París, Décembre-Alonnier, 1871.
- Sesmaisons (general de), *Les Troupes de la Commune*, París, Chapelot, 1904.
- Simon, Jules, *Le Gouvernement de M. Thiers*, vol. I-II, París, Lévy, 1878.
— *Origine et chute du Second Empire*, París, Lévy, 1874.
— *Le Gouvernement de la défense nationale*, París, Lévy, 1874.
- Stepanova-Skvortsova, I., *La Commune de Paris et les questions de tactique de la révolution prolétarienne*, 1938 (en ruso).
- Talès, *La Commune de 1871*, París, Librairie du Travail, 1921.
- Testut, Oscar, *L'Internationale et le jacobinisme au ban de l'Europe*, vol. I-II, París, Lachaud, 1871-1872.
- Thiers, Adolphe, *Notes et souvenirs*, París, Calmann-Lévy, 1903.
- Trochu, Jules, *Œuvres posthumes*, vol. I-II, Tours, Mame et fils, 1896.
- Vallès Jules (Jacques Vingtras), *L'Insurgé*, París, 1950.
- Vésinier, Pierre, *Histoire de la Commune*, Londres, Chapman and Hall, 1871.
— *Comment a péri la Commune*, París, Savine, 1892.
- Vidieu (abad Auguste), *Histoire de la Commune de Paris en 1871*, París, Dentu, 1876.
- Vienstein O., *Histoire de la Commune de Paris*, Moscú, 1932.
- Villetard, Edmond, *L'Insurrection du 18 mars*, París, Charpentier, 1872.
- Vinoy (general), *L'Armistice et la Commune*, París, Plon, 1872.

- Volin, Boris, *La Commune de Paris selon les rapports de l'ambassadeur du tsar*, Moscú, Ogonek, 1926.
- Vuillaume, Maxime, *Mes cahiers rouges au temps de la Commune*, vol. I-X, París, Cahiers de la Quinzaine, 1908-1914.
- Weill, Georges, *Histoire du mouvement social en France, 1852-1924*, París, Alcan, 1924.
- Wittich, L., *Die Commune von Paris*, Berlín, 1872.
- Yriarte, Charles, *Les Prussiens à Paris et le 18 mars*, París, Plon, 1871.

Documentos

- Actes du gouvernement de la défense nationale*, vol. I-VII, París, Cerf, 1873-1875.
- Actes du gouvernement révolutionnaire de Paris*, París, 1871.
- Annales de l'Assemblée nationale 1871*; informe detallado del general Appert sobre las operaciones de la justicia militar relativas a la insurrección de 1871.
- Annales de l'Assemblée nationale*, vol. I (12 de febrero-11 de marzo); vol. II (20 de marzo-12 de mayo); vol. III (hasta final de mayo de 1871), París, 1871.
- Compte rendu du Congrès de Lausanne*, La Chaux-de-Fonds, 1867.
- Compte rendu officiel du Congrès de Bruxelles*, Bruselas, 1869.
- Congrès ouvrier de l'Association internationale*, Ginebra, 1866.
- Dépêches militaires*, París, 1871.
- Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, vol. I-III, Versailles, Cerf, 1872.
- Journal des journaux de la Commune*, vol. I-II, París, Garnier, 1871.
- Journal officiel de la République française* (organismo oficial de la Comuna de París).
- La Commune de Paris d'après les documents* (en ruso), Leningrado, 1925.
- La Conférence de Londres de la 1re Internationale en 1871*, Moscú, 1936.
- Les séances officielles de l'Internationale à Paris pendant le siège et pendant la Commune*, París, Lachaud, 1872.
- Lettres des correspondants ouvriers de la Commune de Paris* (en ruso), Moscú, 1933.
- Lettres des militants de la Première Internationale pendant les journées de la Commune de 1871*, Moscú, 1933.

Murailles politiques françaises, vol. I-II, París, 1874. (Tomo II: *Les Affiches de la Commune*).

Procès de l'Association internationale des travailleurs, París, 1870.

Procès de la Commune, París 1871-1872.

Procès-verbaux de la Commune de 1871, vol. I, París, 1924.

Troisième procès de l'Association internationale des travailleurs à Paris, París, Le Chevalier, 1870.

Obras publicadas sin autoría

Guerre des communeux de Paris par un officier supérieur de l'armée de Versailles, París, 1871.

Histoire de l'Internationale par un bourgeois républicain, Bruselas, 1873. (Suele atribuirse a Fiaux, pero es poco verosímil que sea el autor).

La Diplomatie tsariste et la Commune de Paris, Moscú, 1933.

La Vérité sur la Commune, fascículos no compilados publicados entre 1879 y 1880.

Pariser Kommune, Berichte und Dokumente, Berlín, Neuer Deutscher Verlag, 1931.

Publications illustrées républicaines, París (s.f.), 420 pp., véase la p. 41.

Biografías

Boyer, Irma, *La Vierge rouge*, Louise Michel, París, Delpeuch, 1927.

Clère, Jules, *Les Hommes de la Commune*, París, Dentu, 1871.

Delion, Paul, *Les Membres de la Commune*, París, Lemerre, 1871.

Dommanget, Maurice, *Le Communard Varlin*, Leningrado, 1927.

Forni, Jules, *Les Célébrités de la Commune*, Raoul Rigault, etc., París, Librairie centrale, 1871.

Foulon, Maurice, E. Varlin, *relieur et membre de la Commune*, Clermont-Ferrand, Éditions Mont-Louis, 1934.

Gerspach, Édouard, *Études sur la Commune*. Le colonel Rossel, etc., París, Dentu, 1872.

Girault, Ernest, *La Bonne Louise*, París, Bibliothèque des Auteurs Modernes, 1906.

Molok, A., «André Léo», en *Sous le drapeau du marxisme*, n.º 6, 1928.

Prolès, Charles, *Les Hommes de la révolution de 1871*, vol. I-IV, París, Chamuel, 1898.

Rozalowski, Włodzimierz, *Leben und Taten des Gen. Dombrowski*, Leipzig, Genossenschaftsbuchdr., 1876.

- Vapereau, Gustave, *Dictionnaire universel des contemporains*, Paris, Hachette, 1873 (suplemento).
- Vermorel, Jean, *Un enfant du Beaujolais*, Auguste Vermorel, Lyon, Cumin et Masson, 1911.
- Wolowski, Bronislas, *Dombrowski et Versailles*, Ginebra, Carey, 1871.
- Zévaès Alexandre, *Les Proscrits de la Commune*, Paris, Bureau d'éditions, 1936.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Adam, Adolphe, 233,387
Alavoine, 218
Allemane, J., 75, 245, 254, 267, 288, 301
Allix, 192, 204, 387
Amouroux, 387
Andignoux, 361
Andrieux, 411
Arago, Emmanuel, 131
Arago, Étienne, 131, 236
Arnaud, Ant., 361, 363, 387, 407
Arnold, Georges, 71, 223, 361, 388, 411
Arnould, Arthur, 75, 219, 301, 302, 343, 387, 411, 430
Aron, Raymond, 44-46
Assi, Adolphe, 96, 97, 185, 282, 314, 361, 387, 393, 395, 449
Aubry, 467-469
Aurette de Paladines, general d', 225, 226, 244, 247, 252, 259, 262, 263, 284, 287, 291
Avoine, hijo, 361
Avrial, 222, 387, 411, 461, 462, 465

B

- Babeuf, 166
Babick, 282, 314, 361, 387, 388, 463, 464
Bakunin, 181, 182, 185

Balleret, 459
Balzac, 17, 153
Barbaroux, 374
Baroud, 361
Barraud, 314
Bastelica, 182, 371
Baudelaire, 17, 18, 153
Bazaine, mariscal, 127, 197, 216, 471, 472
Bergeret, 223, 224, 264, 286-288, 301, 319, 347, 361, 381, 388, 393, 395-397, 399, 456
Bernard, 463
Beslay, 58, 167, 173, 206, 209, 325, 387, 393, 394, 411, 453
Beugnot, capitán, 285, 290
Bidet, 465
Billioray, 314, 361, 387, 388
Bismarck, canciller von, 37, 76, 87, 106, 110, 125, 204, 208, 247, 260, 329, 358, 367, 430, 435
Bisson, Raoul du, 223, 225
Blanc, Louis, 237, 246, 461, 462
Blanchet, 314, 361, 388
Blanqui, Louis-Auguste, 114, 115, 128, 132, 175, 176, 178-180, 182, 195, 215, 226, 235-239, 254, 304, 381, 387, 404
Boissier, 223, 224, 308
Bonaparte, L.-N., 24, 98, 99, 106, 129 (véase también Napoleón III)
Bonaparte, N., véase Napoleón I
Bonne, capitán A., 347
Bonvalet, 291
Bottigelli, 162
Boudet, 467, 469
Bouit, 361
Bourgin, Georges, 69, 214, 370, 379
Boursier, Louis, 70, 331, 354
Bouteiller, M. de, 359, 387
Brelay, 387
Briosne, 344
Bruhat, 69, 76, 126, 155, 182, 187, 203, 211, 214, 224, 376, 379
Brunel, 288, 301, 302, 304, 305, 360-362, 387, 388
Buisset, 465

C

Cail, 88, 89
Caillois, Roger, 153
Calmou, 291
Camélinat, 206, 401, 469
Castioni, 361
Cavaignac, 289
Chabosseau, A., 166
Chalain, 70, 217, 387, 459, 460
Champfleury, 153
Champy, 387
Chanteau, 223
Chanzy, general, 298, 304, 359, 366
Charbonneau, 465
Chardon, 387
Chassier, 208-209
Chassin, 211
Châtelet, teniente, 456
Chaudesaigues, 469
Chaumette, 176
Chemalé, 209
Chéron, 387
Chevalier, L., 89, 153
Chicandart, capitán, 286
Choppin, 61
Choury, M., 171, 191, 203, 211, 239, 245, 344
Chouteau, 281, 361
Cissey, general de, 413
Cladel, Léon, 40, 449, 451
Clamous, 464
Claretie, Jules, 39, 69-71, 196, 200, 217, 224, 226, 239, 243-246, 269, 299, 329, 340, 368, 387, 448, 449, 456
Clemence, 387, 411
Clemenceau, G., 199, 244, 259, 264, 266, 285, 286, 297, 298, 354, 355, 364
Clément, J.-B., 251, 253, 387, 411
Cloots, Anarcharsis, 176
Cluseret, general, 192, 394-399, 404, 406
Coiffé, 469

Combaud, 463, 465
Comte, Auguste, 67, 148, 164
Considérant, Victor, 166
Corriez, 70, 217, 222, 225
Cosnier, 372
Coulon, 276
Courbet, 59, 191, 398, 411
Cournet, 387
Courpy, 459
Courty, 217, 223
Cousin-Montauban, general, 122
Cremer, general, 366
Crémieux, 371-373, 473
Crisenoy, M. de, coronel, 359
Cuvillier, Armand, 169

D

Da Costa, Gaston, 72, 130, 218, 222, 257, 262, 269, 270, 272, 280,
281, 288, 304, 360, 380, 387, 390
Dagnerre, 395
Dailly, capitán, 236
Dame, F., 408, 426
Dansette, Adrien, 148, 408, 417, 422
Darboy, mons., 343
Dardelles, 245
Darivas, 417
Daudel, general, 240-241, 307, 309
Dautry, J., 408, 418-424, 426-427
Debouzy, Jacques, 417
Delescluze, 101, 160, 191, 199, 325, 338, 341, 348-351
Déliot, 396
Delpit, Albert, 47, 427
Delvaux, 421
Demay, V., 320, 395, 400, 402
Denis, Pierre, 324, 341
Dereure, 325
Derroja, general, 214, 239, 241-243, 309, 336-337
Descamps, 469

Desmarets, 387
Diderot, 161
Digeon, 376
Dmitrieff, Élisabeth, 399
Dollfus-Mieg, 88
Dombrowski, 398, 399, 403, 404, 409, 436
Dommaget, Maurice, 55, 101, 132, 159, 176-178
Dorian, 217, 237, 299
Douay, general, 413
Doudeville de Maillefeu, marqués, 296
Dubreuilh, 76
Ducatel, 457
Duchêne, A., 467, 469
Ducrot, general, 238
Dufaure, 221, 250, 254, 291
Dufil, 298
Dumas, Alexandre, hijo, 59
Dumay, Jean-Baptiste, 95, 97, 376
Dumont, 344
Dunois, Amédée, 72
Dupanloup, mons., 62
Dupas, doctor, 206, 208, 386
Dupont, C., 314, 361, 387, 388
Dupont, P., 450
Duportal, prefecto, 374, 375
Dupuis, 469
Duval, 71, 178, 208, 225, 226, 244, 245, 267, 268, 279, 282, 288, 301, 302, 304, 305, 317, 319, 360, 361, 387, 393, 395-397

E

Engels, Friedrich, 13, 15, 18, 24, 54, 87, 106, 121, 126, 128, 162, 165, 166, 187, 345, 419, 420, 423
Enrique III, 166
Espivent, general, 372, 373
Étienne, 372
Eudes, 235, 236, 288, 301, 304, 319, 360, 361, 387, 388, 393, 395, 396, 406, 407
Eugenia, emperatriz, 125, 471

Evette, 467, 469

F

Fabre, Marc-André, 285, 287, 298

Faltot, 282, 288, 304

Faron, general, 260, 262, 267, 279, 283, 289, 367

Faucher, J.-A., 40, 264, 448

Favre, Jules, 37, 127, 129, 130, 197, 198, 201, 216, 217, 221, 238, 246, 255, 289, 291, 299, 304, 357, 358, 472

Ferrat, 314, 361

Ferré, 286, 298, 304, 387, 393, 414

Ferry, E., 387

Ferry, Jules, 63, 127, 130, 198, 231, 236, 238, 239, 279, 283, 289, 292-292, 299, 302, 387

Festriné, Henri, 456

Fiaux, Louis, 67, 68

Fleury, 361

Floquet, 364

Flourens, 115, 199, 200, 213, 215-217, 226, 238, 239, 304, 381, 387, 397, 472, 473

Fortuné, 387, 388

Fougeret, 361

Fourier, 17, 166

Foville, 90

Franck, capitán, 285

Frankel, Léo, 81, 187, 264, 345, 381, 382, 387, 395, 404, 411, 412, 459-467, 469

Fruneau, 387

G

Galand, 469

Galliffet, general de, 394

Gambetta, Léon, 96, 127, 129, 130, 133, 195, 196, 249, 371, 372, 425, 426, 431

Gambon, 387

Garcia, 223

Garcin, 279

Gasnier d'Aubin, 334

Gaudier, C., 361
Gauthier, 314
Gérardin, Charles, 407, 411
Gérosme, 314
Girardin, 387
Gouhier, 331, 361
Goullé, Henri, 214, 345, 459, 461-464, 467-469
Granger, 235, 236
Grangier, 128
Grelier, 223, 325
Grévy, Jules, 246, 362
Grolard, 287, 361
Grollier, 319
Groppo, 364
Gros, Roger, 164
Grousset, Paschal, 319, 339, 387, 394, 412
Guillard, 372
Guillaume, hijo, 75, 126
Guillemin, Henri, 61, 127, 202, 238
Gurvitch, G., 170, 172

H

Haan, 469
Halbwachs, M., 152
Halévy, L., 153
Hamet, 463, 467, 469
Hanriou, general, 262, 267
Hareky, 461
Haussmann, 48, 92, 152
Hébert, 176, 177
Hegel, Fr., 32-34, 117, 169, 419
Heitzmann, Victor, 95
Henry, 226, 268, 288
Heracles, 21, 36, 414, 422
Herpin-Lacroix, 296
Hevette, 467
Hilferding, 102
Hugo, Victor, 117, 141, 153, 231, 238, 246, 268, 283, 405, 426, 461, 462

I

Ibos, M., coronel, 359

J

Jaclard, 178, 199, 223, 286, 297, 298

Jacob, L., 211

Jance, 469

Jaurès, J., 76

Jellinek, F., 58, 278

Jeloubovskaia, E., 87-89, 92, 99, 126, 127

Josselin, 361

Jourde, 264, 308, 314, 319, 324, 325, 332, 343, 361, 387, 388, 394, 411

K

Kardanski, 290.291, 297

Kératry, conde de, 131, 207, 374, 375

Kerjantsev, 58, 258, 282, 305

Kistemaeckers, 75

Kugelmann, 364, 419

L

L'Huillier, F., 93, 94, 96, 103

La Cécilia, 398

Lachaud, 188, 191, 360, 449

Lacord, 460, 461, 463, 464

Ladmirault, general, 413

Lafont-Mocquart, 294

Lalande, 276, 278

Lallemand, J., 469

Lamazou, abad, 62

Landowski, 264

Langevin, 387

Langlois, coronel, 264, 291, 298, 307, 308

Lanjalley, 70, 217, 222, 225

Lannes de Montebello, Napoleón-Camille, conde de, 296, 298

Larocque, 96

Lassalle, Fernand, 110, 111, 148
Laureau, 469
Laurier, 249
Lautréamont, 191
Lavalette, 314, 361
Lavigne, coronel, 359
Lavisse, E., 166
Lavrov, 303, 320
Le Flô, general, 263, 283, 289.292, 366
La Mariouse, general, 262, 283, 367, 397
Lebeau, 319
Lecomte, general, 260, 261, 265, 266, 269, 271, 275-280, 284, 285, 291, 296-298, 300
Ledru-Rollin, 212, 237
Leduc, 296, 298
Lefaucheux, 88
Lefèvre, E., 387
Lefrançais, 74, 75, 178, 199, 209, 211, 237, 239, 344, 386, 387, 389, 393, 409
Legge, conde de, 238
Lenin, 54, 55, 71, 77, 80, 102, 105, 111, 181, 304, 420, 426, 529, 430, 432, 437, 441
Léo, André, 399
Léon, Martin, 40, 449, 451, 469
Lepelletier, Edmond, 73, 74, 159, 167, 254, 255, 268, 431
Leperche, coronel, 407
Leport, 89
Leroy, A., 387
Levasseur, E., 86, 90
Leverdays, 209, 211
Lévy, Armand, 206
Lévy, Lazare, 469
Liebknecht, 36
Limousin, Charles, 156, 469
Lissagaray, 16, 29, 41, 72, 122, 126, 128, 134, 151, 203, 213, 218, 221, 249, 250, 286, 287, 330, 334, 340, 344, 348, 349, 362, 374, 452, 454, 457
Lockroy, 211, 264, 364
Loiseau-Ponson, 387

Longuet, Charles, 176, 209, 319, 337, 381, 390, 411
Lorgeril, vizconde de, 246
Luis Felipe, 94, 292
Lullier, 305, 308, 360, 365, 366, 396

M

Macdonel, 465
Mac-Mahon, mariscal de, 415, 471
Maillard, Firmin, 379
Malézieux, 463
Maljournal, 361
Malon, Benoît, 97, 126, 345, 353, 387, 399, 411, 461, 463, 466
Marat, 177, 192
Marcel, Étienne, 74, 155, 156, 163, 164, 229
Margueritte, P. y V., 40, 448, 451, 452
Mariel, 372
Marin, Léo, 296, 298
Marmottan, 387
Maroteau, 192
Marx, Karl, 13, 17, 18, 23-25, 31-35, 43, 46, 47, 49, 51, 54, 75, 76, 80,
81, 85, 87, 91-93, 98-101, 106, 108, 111, 112, 115, 128, 129, 131,
132, 143, 144, 146, 155, 160-162, 164-166, 169, 170, 173, 174, 180,
182, 185-187, 264, 305, 313, 364, 382, 383, 387, 418, 419, 421, 423,
424, 432, 465
Mathiez, 69
Maudhuy, general, 262, 267
Mayer, Simon, capitán, 280, 285, 286, 290
Mazarin, 435
Meilhac, 153
Meillet, 387, 407
Méline, Jules, 387
Mendès, Catulle, 449
Meyer, teniente, 290
Michel, Louise, 266, 268, 304, 399
Millière, 128, 199, 205, 217, 237, 299, 352, 354, 355, 454
Minet, 467
Miot, 387, 406
Mirodaine, 298

Molinari, 203
Monicaud, M. de, comandante, 359
Montandon, general, 414
Montelle, 211
Moreau de Beauvière, Édouard, 192, 305, 314, 317, 319, 331, 337, 361
Morel, Henri, 191
Morgan, 249
Mortier, 314, 387, 388
Mottu, 196, 199, 238
Murat, 387

N

Napoleón I, 24, 106, 334, 456
Napoleón III, 18, 24, 25, 95, 101, 105-107, 110, 115, 125, 128, 129,
131, 197, 292, 293, 329, 334, 452, 456, 471, 472 (véase también
Bonaparte)
Niel, mariscal, 120, 121
Nostag (Ruffier, alias), 469

O

Okounev, 305
Olivesi, Antoine, 370-373
Ollivier, Émile, 127, 471
Ostyn, 411
Oudet, 381, 467, 469

P

Pache, 314
Paget-Lucipin, 318, 319
Palikao, 122, 127, 128, 201, 471
Parent, 387
Paturel, 260, 265, 267
Pellé, 397
Pelletan, Camille, 65-67
Petit-Dutaillis, 164
Piau, 463, 465
Picard, E., 224, 231, 244, 247, 252, 253, 284, 289, 291, 293, 355, 363

Pigerre, 270-275
Pilotell, 319
Pindy, 70, 211, 222-224, 282, 287, 288, 301, 387, 411, 414, 463-465, 469
Piquet, 274, 344
Ploeuc, de, 325
Pommeraye, Henri de la, 217
Poncin, 296
Ponsot, 94
Ponvielle, 387
Portalís, 196
Pothuan, almirante, 289
Pottier, Eugène, 469, 483
Poussargue, comandante, 265, 266, 279, 285, 296
Pouyer-Quertier, 221
Protot, 387
Proudhon, 8, 17, 68, 169-173, 185, 189, 307
Prudhomme, 281, 361
Pyat, Félix, 159, 192, 197, 237, 239, 283, 381, 387, 401, 404, 407, 410, 413, 453

Q

Quantin, 72, 130
Quinet, Edgar, 246

R

Ranc, 389
Randon, mariscal, 120
Ranvier, 128, 199, 238, 239, 282, 301, 361, 381, 387, 388, 397, 407, 452
Rappoport, Charles, 76
Ras, capitán, 296
Raspail, 238
Rastoul, 387
Razoua, 387
Renan, E., 117
Restif de La Bretonne, 154
Richard, Albert, 182
Richelieu, 131, 223, 255
Ridet, 463, 464

Rigault, Raoul, 16, 177, 178, 191, 192, 213, 217, 264, 304, 319, 333, 387, 393-395, 399
Rigère, 211, 387
Rihs, Charles, 74, 147, 164, 186, 218
Rimbaud, 16, 17, 50, 153, 154, 191
Robinet, 387
Robiquet, 164, 166, 229, 230
Rochard, 387
Rochat, Ch., 463, 465, 469
Rochebrune, 216, 217
Rochefort, Henri, 130, 237, 246
Rogear, 337
Rollet, 463
Rossel, coronel, 366, 395, 402, 404-407, 409, 410, 412
Rostow, 85
Rothschild, de, 324
Rouland, 325
Roullier, Ed., 208, 319, 386
Rousseau, Nestor, 86, 90, 282, 287, 361
Rouveyrolles, 459, 460, 466, 467
Roy, E., 211
Ruffier (alias Nostag), 469

S

Saint-James, capitán, 280
Saint-Simon, 156, 162, 169, 172, 173
Saisset, almirante, 348, 358, 359
Sanglier, 359
Santerre, 389
Sapia, 213, 239, 472
Sartre, Jean-Paul, 165
Scheler, 72, 134, 156, 187, 189, 203, 206-208, 211, 213, 214, 344,
Schneider, 88, 94-97, 128, 303
Schœlcher, 264
Sérailler, 81, 187, 461, 462
Simiand, 90
Simon, Jules, 130, 221, 238, 289, 291, 319, 400
Soboul, A., 46

Spœtler, 466, 467
Starkenschneider, 303
Stendhal, 153
Sue, Eugène, 141

T

Tabouret, 459
Taine, 117
Talès, 76, 77, 189
Talleyrand, 255, 435
Tamisier, 217
Tersen, 69, 76, 126, 155, 182, 187, 211, 214, 224, 376, 379
Theisz, 330, 331, 381, 387, 395, 411, 414, 462, 463, 466, 467, 469
Thierry, Augustin, 162, 164
Thiers, Ad., 9, 16, 37, 40, 60, 61, 64, 69, 71, 75-77, 80, 114, 115, 128, 193, 221, 225, 239, 240, 243, 246, 247, 249, 251, 254-256, 260, 266, 283, 284, 286, 287, 289-291, 293, 298, 299, 303, 307-309, 313, 317, 325, 329, 335, 343, 352, 356, 358, 364-367, 373, 374, 377, 397, 399-401, 404, 405, 408, 410, 425, 430, 431, 435, 436, 442, 452, 454, 472, 474
Thirifocq, 453
Thomas, Clément, general, 217, 219, 294-297, 300, 426
Tirard, 308, 367, 387, 394, 395
Tolain, 185, 199, 206, 291, 353, 364, 400, 461, 463
Triboulet, 223
Tridon, 176, 177, 213, 239, 387, 411
Trochu, 38, 128, 131, 197, 198, 204, 213, 216, 237, 238, 302, 431, 471
Trotski, León, 76-80
Turpin, 265, 266, 268

U

Urbain, 387

V

Vacherot, 245, 288, 299
Vaillant, 209, 319, 363, 387, 389, 413
Valentin, 226, 267, 283
Vallès, Jules, 40, 154, 191, 208, 213, 222, 239, 319, 338, 339, 384, 386, 387, 411, 448, 449, 452, 453

Varlin, 16, 70, 96, 97, 185, 187, 206, 223, 224, 282, 287, 288, 301, 302, 308, 309, 314, 319, 324, 325, 332, 343, 345, 354, 361, 387, 411, 459-461, 463, 464
Vassal, comandante, 265
Vautrain, 299
Verdagner, sargento, 279, 298
Vermersch, 192, 251
Vermorel, 166, 387, 404, 411
Véry, 469
Vésinier, 239, 410
Veuillot, Louis, 153
Veysset, 436
Viard, 222, 223, 281, 361
Vinoy, general, 219, 226, 244, 245, 251, 253-255, 260, 263, 266, 267, 276, 280, 289-293, 299, 302, 308, 338, 365, 397, 413, 415, 464
Volguine, 179
Voline, 305
Vuillaume, M., 75, 177, 192, 264, 319

W

Weidemeyer, 161
Windischgrätz, 289
Wolff, general, 262, 267, 283
Wrobleski, 398

Z

Zentz, general, 376

